Rosa Luxemburg

# OBRAS ESCOGIDAS

# I

Fondo documental EHK Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

ROSA LUXEMBURGO | OBRAS ESCOGIDAS

# Obras escogidas

## Tomo 1
## **Escritos políticos I**

Prólogo y selección
de Bolívar Echeverría

Primera Edición en español 1981
Partido del Trabajo
México
Impresión:
Talleres Gráficos del Partido del Trabajo
Oriente 107 Nº 3162
Col. Tablas de San Agustín
C.P.07860, México D.F.
Impreso en México

Nota de EHK sobre la conversión
a libro digital para facilitar su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.

Este trabajo ha sido convertido a libro digital
para el estudio e investigación
del pensamiento marxista.

**Euskal Herriko Komunistak**
**http://www.abertzalekomunista.net**

ÍNDICE

*Prólogo,* 9

27 ¿Reforma o revolución?,
85 Milicia y militarismo,
102 La causa de la derrota,
108 Y por tercera vez el experimento belga,
124 El movimiento obrero y la socialdemocracia,
128 La cuestión del terrorismo en Rusia,
134 En memoria del partido “Proletariado”,
181 Esperanzas truncadas,
188 Problemas de organización de la socialdemocracia rusa,
206 Socialdemocracia y parlamentarismo,
214 La revolución en Rusia [I],
223 Después del primer acto,
228 La revolución en Rusia [II],
231 El problema de los “cien pueblos”,
236 La revolución en Rusia [III],
244 La revolución en Rusia [IV],
252 Al resplandor de la revolución,
257 En la hora revolucionaria: ¿Y ahora qué? [I],
268 En la hora revolucionaria: ¿Y ahora qué? [II],
284 Los debates de Colonia,
289 En la hora revolucionaria: ¿Y ahora qué? [III],
311 Huelga de masas, partido y sindicatos,
376 Discurso en el Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia,
400 ¿Y después qué?,
410 ¿Desgaste o lucha?,
438 La teoría y la práctica,
478 La huelga política de masas y los sindicatos,
496 *Referencias bibliográficas,*

# PROLOGO
## POR BOLÍVAR ECHEVERRÍA

[...] Der historische Materialist rückt ...
nach Massgabe des Mííglíchen von [der
Überlieferung] ab. Er betrachtet es ais seine
Aufgabe, die Geschichte gegen den Strich zu
bürsten.*

* [...] El materialismo histórico toma distancia,
en la medida de lo posible, de lo reconocido
tradicionalmente. Considera como tarea suya
la de pasar el cepillo sobre la historia, pero
a contrapelo.

W. Benjamín, *Tesis sobre filosofía de la historia.*

Rosa Luxemburgo fue una mujer de apariencia física nada favorable: su cuerpo, notoriamente pequeño, era poco agraciado y de andar un tanto defectuoso. A su rostro, en el que sorprendían la belleza y la viveza de sus ojos, acudía con frecuencia una sonrisa insegura, irónica y agresiva. Aparte de su unión con Leo Jogiches, su amante de juventud y su camarada de toda la vida, sus relaciones afectivas fueron escasas y distanciadas; prefería el retiro, amaba la naturaleza.

Rosaba Luxenburg fue además judía y, concretamente, judía polaca. De su familia, en la que había también un pasado germano, heredó la tradición ilustrada y cosmopolita de ese tipo de gente propiamente "europeo" (de la época de la libre competencia) que pertenecía enteramente a su país, pero era extranjero en su estado nacional. Por esta razón, no obstante que ella discutía con igual presencia lo mismo las cuestiones polacas de su partido de origen que las alemanas de su partido de adopción, y pese a que se inmiscuía sin ningún reparo, ni siquiera idiomático, lo mismo en el contorno republicano de un Jaurés que en el ambiente conspirativo de un Lenin, nunca fue aceptada del todo en los medios socialistas "nacionales", especialmente en la socialdemocracia alemana, donde no se olvidaba el hecho de que provenía de una nación sojuzgada o "de segunda".

Dos datos atípicos que se constatan en la vida de Rosa Luxemburgo: en su condición de mujer y en su condición de individuo nacional.[1] Son dos datos que de por sí no dicen nada. Ambiguos, ya que pueden encontrarse en

[1] La vida y la obra de Rosa Luxemburgo han sido tratadas principalmente por P. Frölich, en su breve y ya clásica semblanza *R. L. pensamiento y acción,* y por P. Nettl, en su acuciosísimo y pese a ello no del todo compenetrado estudio *Rosa Luxemburgo.* Ed. Era, México, 1974.

biografías muy diferentes. Interesan sólo porque indican dos situaciones extremas que, al ser enfrentadas por Rosa Luxemburgo a su manera, pasaron a definirla a ella misma o a caracterizar de manera especial la sustancia de la que ella decidió estar hecha; la sustancia revolucionaria.

10

Ya a fines del siglo XIX, una mujer que se encontraba en el "error objetivo" de no poder ser "atractiva" tenía la oportunidad de salirse de él si cultivaba como gracias compensatorias las virtudes "masculinas", pero si lo hacía de manera propiamente "femenina", es decir, disminuida o como imitación que sirviera al modelo para verse confirmado en su superioridad. Si demostraba la validez del espíritu de empresa productivista ("masculino"). y burgués —compuesto básicamente de ambición, pero inteligente, voluntarioso y realista— al mostrarlo en una versión defectuosa, que sólo resultase explicable por la acción del inmediatismo, la inconsistencia y la exageración propios de lo "femenino". Que la vida de Rosa Luxemburgo se hallaba encaminada a lograr un efecto de esta clase —reivindicarse en lo privado sometiéndose para ello doblemente a las normas establecidas— era algo que pudo creerse incluso en medios bastante afines y cercanos a ella dentro del partido. La originalidad de "Rosa, la roja" —oradora encendida, polemista implacable, teórica iconoclasta, trabajadora incansable y llena de amor propio— no parecía expresar para ellos ningún exceso propiamente revolucionario. Su "extremismo" y su "pathos" eran comprendidos por ellos como el aporte de "temperament" o el toque "femenino" que una mujer de ambiciones excepcionales le entregaba a su institución, sin afectarla de manera decisiva en su esencia política.[2]

Sin embargo, la empresa en que se encontraba empeñada Rosa Luxemburgo era de un orden totalmente diferente. La experiencia, ineludible en su caso, de la situación femenina de opresión y sobreexplotación fue convertida por ella en una vía de acceso clara y definitiva a la experiencia de la necesidad de la revolución comunista: una experiencia que, en la *belle époque* del imperialismo, tendía a volverse menos intensa y más rara incluso en las propias filas del proletariado metropolitano. El contenido de la problemática femenina que se le planteaba personalmente fue integrado (que no reducido o disuelto) por ella en el de otra —menos ancestral y básica pero más actual y decisiva—, la problemática de la explotación de clase en el sistema social capitalista. Por esta razón, su autorreivindicación como mujer se realizó bajo la forma de una intervención muy peculiar en la historia del movimiento obrero organizado. Rosa Luxemburgo pudo emprender una tarea cuya necesidad

[2] Pocos fueron los que, como Mehring en 1907 ("Rosa Luxemburgo es la mente más genial entre los herederos científicos de Marx y Engels"), reconocieron que con la originalidad de Rosa era el movimiento comunista el que avanzaba un paso más.

otros no atinaban ni siquiera a vislumbrar: el rescate o la conquista de la *radicalidad comunista* como condición de existencia y eficacia no sólo del movimiento revolucionario sino del movimiento obrero sin más. El arribo a metas mínimas e inmediatas o de transición por parte del partido revolucionario del proletariado sólo es efectivo políticamente, aun en términos de mero realismo, si está organizado de tal manera, que anticipa o hace presentes, en el contorno histórico concreto, las metas máximas y lejanas del movimiento comunista: la conquista del poder, la abolición del capitalismo y la propiedad privada, de las clases y el Estado, la instauración de la comunidad democrática. Esta sería la ley de la radicalidad comunista —aparentemente sencilla pero no fácil de cumplirse— que llegó a guiar siempre la actividad y el discurso políticos de Rosa Luxemburgo.

11

Formando parte del mismo proceso en que Rosa Luxemburgo integró a su problemática femenina como elemento radicalizador de la problemática política general se encuentra también la elaboración a la que ella sometió a su conflictiva condición de judía polaca en Alemania. En lugar de "ganarse" privadamente una "nación de primera", al aceptar la propuesta de convertirse en el "departamento eslavo" del Partido Socialdemócrata Alemán (para que éste pudiera llenar así un requisito principal de "internacionalismo" sin tener que abandonar su cerrazón chauvinista); en lugar de afirmarse mirando hacia el pasado, como miembro de un Estado nacional polaco (que estaba destruido y sólo podía reconstituirse como dependiente del imperialismo). Rosa Luxemburgo supo encontrarle otra solución al problema de su falta de pertenencia a una nación-Estado. Lo convirtió en el punto de partida de una lucha que no ha vuelto aún a ser tan decisiva y prometedora como lo fue entonces: la lucha por despertar y difundir el carácter "histórico-mundial" (Marx) de la revolución comunista. Y aquí también su actividad y su discurso encontraron un postulado guía: el internacionalismo proletario no puede resultar de una coincidencia automática de los intereses proletarios en los distintos y enfrentados Estados nacionales; debe ser levantado de manera consciente y organizada mediante una política que haga presente el alcance mundial de toda conquista comunista, incluso en las que parecen más internas, locales o nacionales de las luchas proletarias.

El intento de potenciar en sentido comunista el comportamiento de la clase proletaria y sus instrumentos organizativos, he aquí la línea central y determinante que imprime coherencia y continuidad a la serie de empresas políticas teórico-prácticas de Rosa Luxemburgo,[3] cuya sucesión constituye lo

[3] Esta serie de intervenciones políticas teórico-prácticas de Rosa Luxemburgo estaría compuesta de ocho principales:

1] En la discusión contra el reformismo ("revisionismo"). 1898-1904.

principal de su vida.[4]

12

La línea de la radicalidad comunista luxemburguiana se presenta ya en plenitud y de manera ejemplar en la primera de las intervenciones de Rosa en la historia general del movimiento obrero revolucionario: en su polémica contra la posición reformista ("revisionista") dentro de la socialdemocracia alemana y de toda la II Internacional socialista, que Eduard Bernstein, en los últimos años del siglo XIX, propuso que prevaleciera sobre la posición marxista revolucionaria, heredada de la I Internacional.

Revisar el marxismo para encontrar lo que en él falte o haya caducado y estorbe a su operatividad; introducir o sustituir esas partes faltantes o caducas; adaptar el marxismo a las nuevas necesidades de la lucha socialista. Esta era la inobjetable intención manifiesta —y del todo sincera— de Bernstein cuando (en 1898) publicó su libro *Las premisas del socialismo.* La caducidad del marxismo que en él detectaba sólo afectaba, en definitiva, a uno de los teoremas centrales, el que afirma la agudización creciente del carácter contradictorio del modo de producción capitalista. Teorema que, como lo explicaba en la primera parte de la obra (cap. 1 y 2), era sólo retóricamente, no científicamente central, pues provenía más de una falla o carencia en el método del marxismo —la ausencia de un concepto de dialéctica no hegeliano o no centrado en la idea de contradicción como incompatibilidad esencial— que de este método en su conjunto o del saber producido con él.

---

2] En la discusión contra el nacionalismo burgués dentro del movimiento socialista polaco, (Tratamiento del problema de la autonomía y la autarquía de las naciones.) Véase el libro de María-José Aubec *Rosa Luxemburgo y la cuestión nacional,* Ed. Anagrama, Barcelona, 1977.

3] En la primera discusión sobre la huelga de masas y sus resultados en Bélgica y sobre todo en la revolución rusa de 1905: contra la dualidad oportunista de economicismo y politicismo 1902-1906.

4] En la segunda discusión sobre la huelga de masas: contra el oportunismo parlamentarista y claudicante del "centro" del Partido Socialdemócrata Alemán (Kautsky, etcétera).

5] En la discusión contra la interpretación "politicista" del imperialismo, el militarismo y la guerra. 1912-1915.

6] En la discusión contra la interpretación nacionalista de la guerra. 1915-1917.

7] En las discusiones de las nuevas perspectivas del socialismo: la nueva Internacional, la realización bolchevique de la dictadura del proletariado. 1916-1918.

8] En la discusión preparatoria de la transformación del Grupo Espartaco en Partido Comunista Alemán. 1917-1918. Véase la cronología al final del segundo volumen de estas obras. Hasta la fecha el estudio más completo de la obra de Rosa Luxemburgo ha sido realizado por Gilbert Badia en su "biografía intelectual" *R. L. journaliste, polémiste, révolutionnaire.* Ed. Sociales, París, 1975. Destacan también Lelio Basso, *Rosa Luxemburgo,* Ed. Nuestro Tiempo, México, 1977, y la serie de ensayos de Norman Geras, reunidos en su libro *The Legacy of R. L.* Ed. New Left Books, Londres, 1976.

[4] Esta búsqueda de la radicalidad comunista, que la enfrenta irreconciliablemente con el reformismo, la distinguirá también de otros revolucionarios "radicalistas": los que definen esa radicalidad no como la presencia refuncionalizadora del sentido comunista máximo y futuro en el sentido concreto de la actividad que prepara la revolución, sino como la sustitución de éste por el primero.

La interesante actitud de los anarquistas frente a Rosa Luxemburgo puede reconocerse en: Daniel Guérin, *R. L. el la spontanéité révolutionnaire,* París, 1971. y en Redaktionskollektiv der Schwarzen Protokolle, *R. Ls. theoretisches Verhalten zur Arbeiterbewegung.* Berlín Occidental, 1972.

Bernstein consultaba las estadísticas, y ellas le señalaban un mejoramiento en las condiciones de trabajo y de restauración de los obreros, una concentración del capital con participación de la clase media, la tendencia a una prosperidad permanente y sin crisis. Dando por presupuesta una definición cuantitativista del "carácter contradictorio del capitalismo", interpretaba estos síntomas y llegaba a diagnosticar que dicho carácter se debilitaba: que el orden privado, irracional o "anárquico" de las relaciones de apropiación privada cedía el paso a un proceso de "socialización" o "democratización" de la propiedad del capital y al desarrollo de un control regulador del mecanismo macroeconómico; y que, al reducirse la forma privada o irracional de la propiedad sobre la riqueza, se reducía también su contradicción o falta de concordancia con el funcionamiento básico de las fuerzas productivas, que es necesariamente socializador,

De esta segunda parte (cap. 3), propiamente "científica", de la revisión del marxismo, Bernstein pasaba a la tercera y conclusiva (cap. 4 y 5), de orden netamente político.

Decía Bernstein, para alcanzar el socialismo -—el último paso en la historia del progreso de la democracia, el paso en que ella se enriquece con la institucionalización de la democracia económica—, el movimiento socialdemócrata debe desechar la idea utópica del Marx hegeliano acerca de la necesidad de un mundo sustancialmente diferente del capitalista, al que sólo se puede llegar mediante la conquista y el uso proletario del poder político, mediante el cambio revolucionario violento. No existe la necesidad de ese otro mundo porque éste, el capitalista, ha dejado paulatinamente de ser lo que antes era; su propio progreso le ha hecho incorporar elementos socialistas, adentrarse ya en el futuro. De lo que se trata es de continuar y acelerar intencionalmente esta revolución lenta y pacífica que está ya en movimiento: convencer a toda la sociedad para que reconozca la superioridad ética del orden socialista y lo adopte constitucionalmente en sustitución del capitalismo. Se trata de ganar una mayoría de adeptos para esta idea socialista en todas las clases de la sociedad, y el partido socialdemócrata podría lograrlo si sólo "quisiera aparentar lo que él ya es en realidad: un partido para la reforma democrático-socialista" ("eine demokratisch-socialistische Reformpartei"). Si aceptara que sus únicas armas deben ser: los sindicatos (y las cooperativas), en lo económico, y el parlamento ("encamación de la voluntad de la sociedad, al margen de las clases"), en lo político.

La crítica de Rosa Luxemburgo, expuesta en su folleto *¿Reforma social o revolución?* (1899), abarca los tres planos del razonamiento de Bernstein —

el metodológico, el económico y el político— pero combinados o entrecruzados en una sola totalidad argumental. Se trata de un acoso al revisionismo, que ataca su objetivo una y otra vez desde todos los ángulos y en los más variados tonos, con la intención de demostrar que no representa una actualización o un adelanto de la teoría marxista ortodoxa, sino por el contrario su liquidación o su regresión: su reconversión de teoría proletaria o libre de obligaciones en teoría burguesa u obligada a la conservación del orden dominante.

14

Allí está, ante todo, la demostración de que la creación de un sistema monopólico y financiero en el capitalismo desarrollado, lejos de aminorar, acentúa las contradicciones entre la potenciación exorbitante de las fuerzas productivas, con su tendencia a volverse sociales y mundiales, por un lado, y la apropiación capitalista-privada y nacional de la riqueza, por otro lado; entre los intereses proletarios, por un lado, y los intereses burgueses, por otro. Allí, la observación de que las crisis capitalistas, con su mayor o menor frecuencia y con su mayor o menor intensidad, sólo son una de las formas de manifestación de estas contradicciones.

Allí está también la demostración de que se puede perfeccionar en términos reformistas, con la acción de los sindicatos (y las cooperativas) y con el fortalecimiento del parlamento, no es la democracia que pretende instaurar el movimiento comunista en términos revolucionarios. La democracia económica que pueden alcanzar los sindicatos —por lo demás, en una interminable tarea de Sísifo— no puede ir más allá de la generalización del respeto de los capitalistas por el valor real de la fuerza de trabajo obrera, siempre como simple mercancía, y por el tiempo que ella necesita para su reproducción "normal". No puede convertirlos en el sujeto comunitario autárquico del proceso de vida social. Y la democracia política que se puede alcanzar en el parlamento no puede ser más que la situación de igualdad de los individuos (capitalistas o proletarios) ante el Estado, pero ante un Estado que es la institucionalización de la violencia de toda la clase capitalista al defender y desarrollar sus privilegios económicos.

Pero sobre todo, y es lo que interesa destacar aquí, allí está una de las más ricas y complejas y al mismo tiempo claras y precisas exposiciones del marxismo ortodoxo sobre la necesidad del progreso a una forma de sociedad esencialmente diferente de la capitalista y sobre el carácter ineludiblemente revolucionario que debe adoptar dicho progreso.

Después de Marx y Engels, nadie como Rosa Luxemburgo ha sabido definir el carácter total, es decir, unitariamente objetivo y subjetivo de la situación revolucionaria.[5] Según ella, la posibilidad real o concreta del

[5] Este aspecto central del pensamiento luxemburguiano lo destaca G. Lukács en *Rosa Luxemburgo como*

progreso histórico hacia el comunismo se va constituyendo durante todo un periodo excepcional en el cual el agravamiento de la explotación capitalista durante un momento de crisis desata al mismo tiempo una serie de respuestas, cada vez más amplias, sutiles y potentes, por parte del proletariado consciente y organizado, y una reacción de la burguesía que, reduzca o no el tipo de explotación inicial, pone al descubierto otros tipos de explotación, más complejos, decisivos e insolubles. Este periodo de maduración de la situación revolucionaria es precisamente el mismo en el que el contenido de la revolución que se plantea se vuelve cada vez más radical. De esta manera, la conquista del poder político y su uso proletario —la dictadura de) proletariado, más o menos pacífica— surgen como el único medio para cumplir el imperativo (que se ha vuelto urgente) de esa revolución radical; para romper con toda una época y un mundo históricos e instaurar otros nuevos.

15

El tema guía en toda la obra de Rosa Luxemburgo —la afirmación del carácter esencial o cualitativo del tránsito del capitalismo al comunismo— aparece así, en este escrito, en calidad de fundamentación directa de la distinción que, contra Bernstein, ella propone que no sea olvidada en el movimiento socialdemócrata europeo, la distinción entre reforma y revolución:

"La reforma legislativa (legislación) y la revolución no son métodos de desarrollo histórico que puedan elegirse a gusto en el buffet de la historia, como quien elige salchichas frías o salchichas calientes. La reforma legislativa y la revolución son diferentes *dimensiones* [Momente] en el desarrollo de la sociedad dividida en clases. Se condicionan y complementan mutuamente, y al mismo tiempo se excluyen entre sí, como el polo norte y el polo sur, como la burguesía y el proletariado.

Toda constitución legal es simplemente el *producto* de una revolución. En la historia de la sociedad dividida en clases, la revolución es un acto de creación política, mientras que la legislación es el vegetar político inerte de la sociedad. La acción legal de la reforma no tiene impulso propio independientemente de la revolución. Durante cada periodo histórico, se cumple únicamente en la dirección que le da el ímpetu de la última revolución, y se mantiene en tanto el impulso de ésta se halla presente en ella. Concretando, en cada periodo histórico, la tarea de las reformas se cumple únicamente *en el marco* de la forma social creado por la última revolución. Este es el núcleo de la cuestión.

---

*marxista* (1921), uno de los dos ensayos sobre Rosa que el autor incluye en su libro *Historia y consciencia de clase.* Ed. Grijalbo, México, 1969.

Es completamente falso y contrario a la historia representarse la acción legal de la reforma como una revolución extendida y la revolución como una reforma concentrada. Una revolución social y una reforma legislativa son dos diferentes dimensiones [Momente] no por *duración* sino por su *esencia.* El secreto del cambio histórico mediante la utilización del poder político reside precisamente en la conversión de las modificaciones simplemente cuantitativas en una nueva cualidad o, para decirlo más concretamente, en la transición de un periodo histórico de una forma de sociedad a otra.

16

Es por esto que quienes se pronuncian a favor del camino de las reformas legislativas *en lugar de* —y *en contraposición a*— la conquista del poder político y de la revolución social, no están realmente eligiendo un camino más calmo, seguro y lento hacia *la misma* meta, sino una meta *distinta.* En lugar de dirigirse al establecimiento de una nueva sociedad, se dirigen simplemente hacia modificaciones inesenciales (cuantitativas) de la existente. Si seguimos las concepciones políticas del revisionismo (Bernstein), llegamos a la misma conclusión que se alcanza cuando seguimos sus teorías económicas: no se encaminan a la realización del orden *socialista,* sino a la reforma del *capitalista;* no a la supresión del sistema salarial, sino a un más o menos de la explotación, es decir, a la supresión de los abusos del capitalismo y no a la supresión del capitalismo en cuanto tal."

Rosa Luxemburgo fue asesinada en Berlín el 15 de enero de 1919. Hacía apenas dos meses que se encontraba libre, después de haber estado en prisión desde comienzos de 1915. El Estado monárquico del capitalismo alemán había castigado su antibelicismo de comunista internacionalista; sus acciones minaban la moral del ejército, implicaban alta traición a la patria. El Estado republicano del mismo capitalismo alemán —administrado esta vez por quienes años antes fueran sus camaradas de partido— mandó asesinarla sin juicio previo. Era parte de la masacre que desató para aniquilar a los pocos comunistas que intentaron frenar, mediante una insurrección desesperada, el apaciguamiento burgués de la revolución alemana de 1918.

Este final de Rosa Luxemburgo comenzó a decidirse ya por los años de 1910-1912, cuando la concepción comunista radical de la revolución proletaria —de sus estrategias y su organización—, que ella pretendió introducir en el masivo y poderoso pero burocratizado e inofensivo Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), no logró romper el dominio de la línea de la revolución "paso a paso" defendida por los dirigentes tradicionales (Kautsky, etcétera): línea "realista", que conquistaba reformas a cambio de claudicaciones. Se convirtió en un final casi predecible desde que la

revolución europea del proletariado —que sólo se desarrollaba en la medida en que su carácter comunista y su carácter internacionalista se complementaban mutuamente— se vino abajo en 1914. La II Internacional de los partidos socialistas —con el partido alemán, el más avanzado y ejemplar, al frente— se hallaba impreparada debido a su "astuta" moderación, para la guerra de clase de los proletarios contra los burgueses; debió entonces elegir la guerra nacional y enfrentar así a proletarios contra proletarios.

17

En el caso de Rosa Luxemburgo, como en el de otros grandes revolucionarios, su muerte fue la ratificación de su fracaso, y su fracaso personal implicó también el fracaso del movimiento revolucionario en el que ella no pudo triunfar. El radicalismo comunista ortodoxo que ella intentó imprimir al movimiento socialista alemán de esa época no alcanzó a prender en él, no pudo ser recibido por él; y si éste se traicionó primero y se desintegró después, fue precisamente por su carencia de radícalidad revolucionaria. Una incompatibilidad profunda —oculta para ambos bajo una engañosa complementaridad mutua— se interpuso insuperablemente entre el Partido Socialdemócrata Alemán, en su imponente ascenso, y Rosa Luxemburgo. quien fuera desde comienzos de siglo uno de los principales impulsadores de ese ascenso.[6]

Rosa Luxemburgo fracasó en su intento de llevar la historia del movimiento comunista a su salto definitivo. La verdad del discurso marxista —como la de todo discurso concreto— está en su poder real, en su capacidad para "volverse mundo" (Marx), para acompañar funcionalmente a la revolución comunista en sus triunfos y su realización; y el discurso de Rosa Luxemburgo no llegó en el momento favorable, o no lo hizo por la vía adecuada, como para disputar ese poder o demostrar su capacidad de convertirse en fuerza histórica real. Pero no se puede decir que la figura de Rosa Luxemburgo carezca de actualidad y que su discurso haya sido "refutado por la historia". En la historia de los intentos revolucionarios del

[6] El grueso del Partido Socialdemócrata Alemán adjudicó a Rosa la función de máximo nivel, pero no obstante secundaria de "principal agitadora" del partido; nunca la aceptó como un contrincante de sus dirigentes tradicionales que estuviese en capacidad de remplazados en algún momento. Esta incompatibilidad entre la idiosincrasia del PSA y la persona de Rosa es uno de los síntomas más interesantes de otra incompatibilidad, de orden social general, que comenzó a desarrollarse a fines del siglo pasado —y que un movimiento socialista acertado pudo tal vez haber convertido en afinidad— entre los intereses de la clase obrera en la zona imperialista del capitalismo y las necesidades más profundas de la revolución comunista.

Véase Juergen Kuczynski, *Der Ausbruch des ersten Weltkriegs und dic deutsche Sozialdemokralie.* Berlín (RDA), 1959. También la obra de A. Laschitza y G. Radczun, *R. L„ ihr Wirken in der deutschen Arbeiterbewegung,* Berlín (RDA) 1971, aporta a la elaboración de esta problemática. (Radczun es el encargado de la más representativa de las ediciones de la obra de Rosa Luxemburgo, la del Partido Socialista Unificado de Alemania.)

proletariado —historia que, como decía Marx, avanza cíclicamente, volviendo sobre su propio pasado y retomándolo criticamente en un nivel superior— la inoportunidad que hace fracasar a un proyecto de revolución no lo afecta siempre de manera definitiva ni invalida siempre su contenido discursivo. Y en el caso de Rosa Luxemburgo todo parece indicar que su intervención política fracasó porque, en una época en que el socialismo sólo ejecutaba la necesidad del orden capitalista de "reformarse para poder seguir siendo el mismo", ella fincaba demasiado en el pasado revolucionario (era demasiado marxista ortodoxa) o adelantaba demasiado el futuro revolucionario. A lo mejor, el discurso de Rosa Luxemburgo comienza apenas a ser verdaderamente escuchable dentro de las fuerzas revolucionarías: a tener la oportunidad de tomar cuerpo en la acción política de la clase proletaria.[7]

18

Pero el mensaje contemporáneo. La discusión entre los nuevos revolucionarios sobre la figura real de Rosa y sobre la actualidad y utilidad de su obra debe primero despejar el camino que puede acercarlos a ellas. Despejarlo de un gran obstáculo, que se ha asentado y consolidado tanto, que no parece tal: la doble figura ficticia de una Rosa "luxemburguista" y, su contrapartida y complemento, una Rosa casi "leninista".

Un ejemplo. La primera recopilación más o menos amplia de la obra de Rosa Luxemburgo publicada después de 1945 en los "países socialistas" va precedida de un voluminoso cuerpo introductorio de 150 páginas.[8]

Se trata a primera vista de un aparato correctivo, destinado a rescatar para el lector las partes válidas, no desechadas por la historia, de lo que Rosa dijo y escribió y a rechazar sus partes erróneas e incluso nocivas, sus partes contaminadas de "luxemburgitismo". Pero es en realidad un dispositivo compuesto para promover una suplantación; para desviar al lector en dirección a una Rosa Luxemburgo artificial, cerrándole así el paso, sin que él pueda darse cuenta, hacia la Rosa Luxemburgo de verdad. En efecto, después del deslindamiento que se propone en él, la elección del lector es fácil, casi obligada: se apartará de Rosa Luxemburgo en tanto que autora de su obra errónea y se quedará con ella en tanto que autora de su obra válida. ,-Pero qué es esa Rosa Luxemburgo válida por un lado y dañina por otro? Es, ante todo, una figura demasiado inverosímil, carente de vida

---

[7] El renacimiento actual del interés por la obra de Rosa Luxemburgo, preparado por las publicaciones de los *Cahiers Spartacus* en París (B. Fouchére A. Guillerm. etcétera) y ñor el pequeño pero comprensivo estudio de Tony Cliff *Rosa Luxemburno,* Ed. Galerna, Buenos Aires, 1971, comienza también en 1968 Ceorges Haunt. Michael Lowv, entre otros prepararon en ese año el número 45 de *Prartisans.* intitulado *Rota Luxemburg vivante.*

[8] Rosa Luxemburgo. *Auxgewaehlte Reden und Schriften.* 2 vol. Berlín (RDA), 1955, 1500 pp. A más del prólogo oficial de W. Pieck la introducción incluye tres conocidos artículos de Lenin (dos de ellos sobre dos obras importantes de Rosa, excluidas de la recopilación) y uno más de Stalin.

propia y autonomía que se parece demasiado, ora en negativo ora en positivo, a la figura paradigmática de alguien diferente, a la figura de "Lenin". Los rasgos que podrían perfilar la figura propia y específica de Rosa Luxemburgo no están allí: los que se destacan son rasgos prestados. En negativa, los rasgos de un anti-"Lenin". en positivo, los rasgos de un casi-"Lenin".[9]

19

Cuando, después del fracaso parcial de un proyecto revolucionario, éste no tiene sucesión en uno nuevo, más acorde con la realidad, y el proceso histórico debe avanzar a tientas, carente de la iniciativa de un sujeto en fusión, la meta que estuvo propuesta inicialmente suele ser reducida, por quienes usufructúan el triunfo parcial, a la dimensión de los resultados alcanzados. La imagen de lo efectivamente logrado suele ser elevada ideológicamente a la jerarquía de ideal cumplido. Después del fracaso de la revolución comunista europea a comienzos de siglo, la ideología del "socialismo en un solo país" se encargó de identificar el impulso original de ella con el anquilosamiento burocrático de sus adelantos parciales en Rusia.[10] Y sólo una encamación mítica de esta identificación impensable o absurda podía garantizar, con su concreción indudable, que fuese pensada y aceitada. El mito positivo que ha servido de soporte a la ideología del "socialismo en un solo país" ha sido el "leninismo": la presentación embalsamada (y por tanto falseante) del principio que guio el hacer práctico y teórico de Lenin bajo la figura de un aparato de fórmulas, a la vez mecánico y proteico, obligado a traducir todos los datos del detenimiento y por tanto desvirtuamiento) de la Revolución de Octubre en pruebas de su progreso.[11]

Mientras el mito positivo tiende a. ser único (para parecerse a la verdad,

---

[9] La dualidad de esta imagen de "Rosa Luxemburgo" suele presentarse encubierta bajo otra: su vida correcta ("leninista") frente a su pensamiento errado ("luxemburguista"). Cf. F. Oelssner, *R. L. Fine kritische biographische Skizze.* Berlín (RDA), 1951

[10] La necesidad histórica de la situación en que apareció el absurdo "socialismo en un solo país" la estudia Rud¡Dutschke en su obra *Versuch, Lenin auf die Fuessc zu stellen* (Intento de poner a Lenin de pie). Berlín Occidental, 1974.

El modo como actúa esta necesidad histórica lo explica Sartre en el marco de su *Crítica de la razón dialéctica,* en un pasaje del segundo tomo inédito. Véase Sartre, "El socialismo en un solo país". *Cuadernos Políticos* n. 12. México, abril-junio de 1977.

[11] En el mismo texto en que Stalin afirma que el socialismo "no puede ser construido en un solo país" (primera edición) y que el socialismo "puede y debe" ser construido en un solo país (segunda edición), queda también fundada la doctrina universal del "leninismo". Cf. las dos primeras ediciones de la conferencia de Stalin en la Universidad Sverdlov en abril de 1924, intitulada *Sobre los fundamentos del leninismo,* y el comentario del propio Stalin al respecto de su cambio de opinión en *En torno a los problemas del leninismo.* Stalin, *Obras.* Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1953, t. VI; y *Cuestiones del leninismo.* Ed. Sociales, México, 1944.

El marxismo de Lenin como sustancia que recibe la forma ideológica apologética de "leninismo" es tratado por Bernd Rabehl en *Marx und Lenin. Wiedeisprueche einer ideologischen Konstruktion des "Marxismus-Leninismus".* Berlín Occidental, 1973.

de la que se dice que también lo es) los mitos negativos que lo acompañan y le sirven de marco contrastante suelen ser innumerables ("el error es múltiple"). Pero entre los muchos mitos negativos que fueron improvisados como trasfondo en el levantamiento del mito del "leninismo" han sido el "trotskismo" y el "luxemburguismo" los que han ocupado el sitio privilegiado.

20

Al "trotskismo" le tocó el lugar más amplio y más expuesto: más concreto y más práctico. Era un mito de alcance particular, referido directamente a la historia de la revolución rusa —la que debía ser siempre el antecedente afirmativo del último acierto histórico del Jefe del Partido y el Estado soviéticos— y que era sentido en carne propia por quienes lo contaban y por quienes lo oían. Era el mito que narraba cómo, a la muerte de "Lenin". el núcleo de los bolcheviques (léase Stalin) sólo pudo continuar el "leninismo" gracias a la extirpación de Trotsky, el seudo-"Lenin". y la derrota de su modo de hacer política.

El "luxemburguismo", en cambio, debió ocupar un lugar menos visible, más abstracto y más teórico en el cuerpo mitológico que sustentaba la idea del "socialismo en un solo país". Era, no obstante, un lugar de mayor jerarquía negativa: ayudaba a definir por contraposición la esencia misma del "leninismo" como teoría revolucionaria en general, como "la única versión genuina del marxismo en el siglo XX".

Los rasgos más frecuentemente usados en la composición del aspecto propiamente negativo o "luxemburguista" de "Rosa Luxemburgo" tienen relación con los siguientes tres elementos centrales de la política comunista:

1] la determinación del tipo de revolución que exige la situación histórica de tránsito a la sociedad comunista; del grado en que se combinan en ella la necesidad objetiva del desarrollo capitalista y la voluntad del factor subjetivo, la clase proletaria;

2] la definición del tipo de relación que debe existir entre la clase obrera, con sus instituciones gremiales, y su organización política revolucionaria; la definición, por tanto, de las funciones y la estructura de esta organización;

3] el reconocimiento de otras luchas políticas verdaderamente coincidentes con la lucha revolucionaria del proletariado: luchas por reivindicaciones nacionales y por intereses campesinos, especialmente.

Rasgos "luxemburguistas" quiere decir "errores". Tres tipos de errores serían los que habría cometido la Rosa "luxemburguista" en el planteamiento y la solución de estos tres conjuntos de cuestiones.

En primer lugar, el mecanicismo (fatalismo o "hegelianismo") catastrofista. Las teorías económicas de Rosa llevarían al absurdo de prever

un momento final de asfixia en el desarrollo del sistema capitalista (cuando se hayan agotado los territorios no capitalistas para su expansión en el planeta). El orden socialista resultaría así automáticamente de la crisis final o hundimiento del capitalismo: una ley natural o una necesidad trascendente se impondría de todas maneras, sea mayor o menor la iniciativa revolucionaria de la clase obrera. La existencia misma del movimiento comunista, de sus luchas y sus triunfos, quedaría, en última instancia, calificada de superflua.

21

En segundo lugar, el espontaneísmo. Rosa habría exaltado hasta el endiosamiento la capacidad revolucionaria espontánea o no provocada de las masas proletarias indiferenciadas de emprender y llevar a cabo la revolución comunista, en el momento marcado por la necesidad histórica y con aparatos organizativos creados ad hoc. Se habría cerrado así la vía para la comprensión de las funciones específicas que le corresponden al partido revolucionario como organización permanente y de vanguardia del proletariado, sin la cual el instinto revolucionario de éste permanece en potencia o bien se desvía, se pierde y falla su objetivo.[12]

Muestras de este error serían:

— el descuido de la problemática acerca de la constitución orgánica del partido (y por tanto la incomprensión de la importancia de la división entre bolcheviques y mencheviques en el Partido Socialdemócrata de Rusia);

— el exceso de respeto frente a la autonomía de los sindicatos en su relación con el partido;

— la tardanza en la construcción de una organización propia para la corriente revolucionaria del Partido Socialdemócrata Alemán;

— el desinterés en la preparación de la insurrección espartaquista de Berlín en 1919;

— la incomprensión del peculiar tipo de dictadura del proletariado que los bolcheviques instituyeron después de la Revolución de Octubre.

En tercer lugar, el esquematismo o abstraccionismo obrerista. Rosa se habría atenido a un modelo purista del desarrollo del capitalismo y de las relaciones de clase e internacionales que él impone. Por esta razón, al tratarse de la interpretación de la situación concreta, la presencia en la

[12] Es notorio que Lenin, cuando se refiere a los errores de Rosa, no menciona el error de espontaneísmo. "A veces, las águilas vuelan más bajo que las gallinas, pero las gallinas jamás podrán elevarse a la altura de las águilas. Rosa Luxemburgo se equivocó en el problema de la independencia de Polonia; se equivocó en 1903, en su apreciación del menchevismo; se equivocó en la teoría de la acumulación del capital; se equivocó en julio de 1914, cuando junto con Plejánov, Vandervelde, Kautsky y otros defendió la unidad de los bolcheviques y los mencheviques; se equivocó en sus escritos de la cárcel, en 1918 (por lo demás, ella misma al salir en libertad, a fines de 1918 y principios de 1919, corrigió gran parte de sus errores). Pero a pesar de todos sus errores, Rosa Luxemburgo fue y seguirá siendo un águila." *Notas de un publicista. Obras completas.* Ed. Cartago, Buenos Aires, 1971, t. XXXVI, p. 169.

realidad de ciertos conflictos diferentes del que existe entre obreros y capitalistas —conflictos entre naciones o minorías nacionales y Estados imperialistas, entre campesinos precapitalistas y economías nacionales capitalistas— no podría ser percibida por Rosa. En consecuencia, su política sería necesariamente pobre y unilateral.

De estos tres "errores" —cuyo contenido ha sido inventado a partir de deformaciones e incluso inversiones de ciertos datos reales de la práctica y la teoría de Rosa—, el segundo, el "espontaneísmo", sin ser el más decisivo lógicamente, ha sido el que con mayor insistencia y amplitud ha perfilado la imagen del "luxemburguismo" o lado negativo de "Rosa Luxemburgo" como figura mítica negativa.

22

Bastaría destacar, en toda la extensión de la obra de Rosa, junto a la rica serie de pasajes centrales en los que ella expone la necesidad que la clase proletaria tiene de una organización política centralizada y permanente como condición indispensable del buen éxito de su lucha revolucionaria, otra serie de afirmaciones, igualmente centrales y frecuentes, sobre la responsabilidad revolucionaria que debe reconocerse a las instituciones y los dirigentes políticos proletarios, para demostrar sin lugar a duda que en Rosa Luxemburgo no existe tal fe ciega —y cómoda— en un desenvolvimiento automático del proceso revolucionario.[13]

Por otra parte, bastaría recordar la tradición y el medio político socialista en los que actuaba, hablaba y escribía Rosa —que privilegiaban sin compensaciones la importancia del aparato organizativo y de las decisiones en su cúspide— para explicar el hecho de que, en su necesario "torcer en sentido inverso la vara torcida, a fin de enderezarla" (Lenin), hubiera insistido mucho más en las capacidades revolucionarias de las masas que en las virtudes revolucionarias de los comités centrales de sus partidos.[14]

Es posible, en efecto, destruir la imagen caricaturesca de una Rosa adoradora de la creatividad del caos: dejar firmemente asentado que la actividad revolucionaria de las masas proletarias es para ella un fenómeno conscientemente provocado (no "espontáneo" en la acepción de "automático") y que ese provocar consciente es la función específica del partido comunista. Pero ello no es suficiente para escapar a la mitología de una Rosa "luxemburguista" en cuestiones de organización; se llega, a lo mucho, a reconstruir una figura que no es tan "espontaneísta" (anti-"leninista") como se cree, y cuya innegable porción de "espontaneísmo"

[13] Así lo hace L. Basso, en *Rosa Luxemburgo,* ed. cit.

[14] Como lo hace Tony Cliff en *Rosa Luxemburgo.* Ed. Galerna, Buenos Aires, 1971, donde recuerda como Rosa se hallaba rodeada de partidos que idolatraban la visión y la voluntad de los jefes (el Partido Socialista de Pilsudski) y que confiaban ciegamente en el funcionamiento de su aparato organizativo, político (en Alemania) o sindical (en Francia).

representa por otro lado una complementaria y saludable (casi "leninista") acentuación de la importancia que tiene el instinto revolucionario de las masas al ser conducidas por el partido.

Lo que el mito del "espontaneísmo luxemburguista" afirma es propiamente esto: la concepción que Rosa Luxemburgo tiene de las relaciones entre la clase proletaria y el partido comunista es en sí absurda; para volverla comprensible es necesario traducirla a los términos de la concepción "leninista", según la cual toda acción revolucionaria efectiva se compone, en una combinación armónica, de un movimiento espontáneo e inconsciente de ¡as masas, por un lado, y de una dirección estimuladora y consciente proveniente del partido, por otro. Traducida a estos términos —que serían los únicos racionales y "marxistas"— la concepción de Rosa Luxemburgo resulta necesariamente "espontaneísta" porque adjudica a las masas en mayor o menor medida lo que sólo puede ser función del partido: la conciencia y la dirección.

23

Para romper —y no sólo debilitar— el mito de Rosa Luxemburgo "espontaneísta" se debe comenzar por rechazar la necesidad de esa traducción; por afirmar que la concepción luxemburguiana de la relación clase-partido se sostiene por sí sola: que no es absurda sino diferente de la que se presenta a sí misma como paradigma, que no es más errónea respecto de ésta que lo que ésta puede ser respecto de ella.

El concepto luxemburguiano de la espontaneidad de las masas proletarias —que sólo es una ampliación sistemática del concepto de subjetividad [Subjektcharakter] o autoactividad [Selbsttaetigkeit] de la clase obrera, uno de los conceptos claves del discurso comunista de Marx— no pone el acento en el problema, en alguna medida superfluo, de la repartición de las distintas funciones revolucionarias entre las masas y la dirección en un episodio histórico concreto. Sería éste un problema derivado, pues un proceso más determinante relativiza fuertemente toda adjudicación de ciertas funciones precisas a uno y a otro de estos dos protagonistas: la visión certera y la iniciativa, que parecen facultades propias de la dirección, pueden a veces encontrarse no en ella sino en las masas; a la inversa, el impulso y la perseverancia, virtudes que suelen atribuirse a las masas, pueden faltar en ellas, pero estar en la dirección. El problema esencial para Rosa Luxemburgo es el de establecer la ley o el principio que rige el proceso de repartición y de permutación de funciones entre las masas proletarias y sus instrumentos organizativos y de vanguardia.

La afirmación luxemburguiana de la espontaneidad revolucionaria de las masas proletarias no se agota en un juicio acerca de la capacidad de éstas de llevar a cabo una acción revolucionaria sin haber sido motivadas o

provocadas, encauzadas o dirigidas por líderes o grupos especiales. Esta espontaneidad coyuntural, cuya existencia puede comprobarse en la historia sería para Rosa Luxemburgo sólo una de las dos manifestaciones esenciales complementarias —la otra sería precisamente la organización comunista— de una espontaneidad revolucionaria más profunda y permanente.

La compleja teoría luxemburguiana de la espontaneidad, que sustenta todas sus consideraciones acerca de la relación entre la clase proletaria y el partido comunista, tiene su origen en una idea constantemente repetida por Marx bajo las más variadas formas y cuya versión más concisa se encuentra en la tercera *Tesis ad Feuerbach.* ¿En virtud de la posesión de qué ciencia pueden saber los transformadores de los hombres y de las circunstancias en qué dirección debe acontecer esa transformación? Esta es la pregunta que subyace en el texto de Marx. Y la respuesta es: En virtud de una ciencia en la que sólo pudieron ser educados por esa misma transformación del mundo, en tanto que proceso que los rebasa y que se realiza mediante ellos. La transformación del mundo o "praxis revolucionaria" se constituye, por lo tanto, como "...coincidencia del cambio de las circunstancias con el cambio de la actividad humana o autotransformación".

24

Para Rosa Luxemburgo, la espontaneidad de las masas es propiamente la espontaneidad o autoactividad de esta "praxis revolucionaria". Se trata de espontaneidad y no de automatismo porque ella es la característica de un proceso objetivamente necesario que está siendo interiorizado por un sujeto, por la clase social que hace de él una empresa suya propia. La revolución comunista, como actividad masiva de la clase proletaria, es espontánea; y esta espontaneidad de la clase es la que se efectúa mediante una "dialéctica" o un proceso de interacción permanente entre esta clase, en su estado orgánico elemental, y un destacamento suyo de vanguardia que la motiva y dirige en sus acciones, la perfecciona en su conciencia y organización, adaptándose constantemente a los cambios de estas necesidades.

La relación clase-partido no es, pues, una relación de exterioridad, como la que presupone la concepción llamada "leninista", sino una relación entre la totalidad de la clase proletaria, en un cierto grado de madurez revolucionaria, y aquella parte especial suya que le posibilita el tránsito a una nueva figura de sí misma, más perfeccionada. La clase proletaria, por su especificidad histórica, no puede existir realmente sin desdoblarse dialécticamente, sin una dinámica interna entre masas y partido.[15]

[15] Por esto, nada es más ajeno a Rosa Luxemburgo que la afirmación kautskiana de que "...el socialismo contemporáneo nació en el cerebro de ciertos individuos de la categoría 'intelectuales burgueses' y es por ellos que fue comunicada a los proletarios más desarrollados intelectualmente quienes lo introdujeron en la

Por esta razón, para Rosa Luxemburgo, el partido comunista tiene principalmente una función de "formación" político-práctica de la clase proletaria; pero la función formadora de ese "educador" que, según Marx, está siendo "educado". En la historia concreta de una lucha de clases, cada episodio de ésta es un momento formativo dentro de un proceso circular o en ascenso espiral. El partido, al hacer —con su labor de organización y dirección— que las masas aprendan o se perfeccionen políticamente en la transformación de las "circunstancias", se somete también a ese vuelco ascendente y se deja transformar por la transformación de las circunstancias.

25

La de Rosa Luxemburgo es, pues, una teoría de la revolución comunista que ubica en el centro la espontaneidad revolucionaria de la clase proletaria y su realización mediante la interacción dialéctica entre masas y partidos. Es así una teoría que privilegia la espontaneidad sin ser "espontaneísta": no porque sea también, en igual medida, "dirigista", sino porque se halla en un plazo que supera el de la oposición entre "espontaneísmo" y "dirigismo".

Las otras dos componentes principales del "luxemburguismo" —lado "oscuro" de la imagen mí tico-negativa de "Rosa Luxemburgo"—, el "mecanicismo catastrofista" y el "esquematismo obrerista" se hallan directamente supeditadas a la central, que es el "espontaneísmo". Son mitificaciones construidas, al igual que ésta, mediante la traducción —necesariamente deformadora— de lo que es problematizado por Rosa en el plano altamente complejo de la ciencia crítico-revolucionaria del marxismo a los términos de un conjunto de afirmaciones dirigidas elemental y desesperadamente a la apología del detenimiento de una revolución.

Lo que en Rosa Luxemburgo es exploración del contorno (no sólo geográfico) de realidades no capitalistas, que el capitalismo necesita para sobrevivir, reproducirse y ampliarse; de las posibilidades que hay de que esas realidades se agoten (aunque después de la crisis provocada por su agotamiento sean reconstruidas o remplazadas) y del modo como la existencia y la escasez de ese médium no capitalista determina la vida económica y el comportamiento político de la burguesía imperialista; toda esta investigación científica marxista de las condiciones en que el proletariado debe construir su estrategia revolucionaría es convertida, dentro de la mitología sustentadora de la ideología del "socialismo en un solo país", en un intento insensato de demostrar que el capitalismo tiene sus días contados, que en cuanto termine de extenderse por todo el globo,

---

lucha de clases del proletariado, allí donde las condiciones lo permitían. Así pues, la conciencia socialista es un elemento importado de fuera en la lucha de clases del proletariado, y no algo que haya surgido originalmente allí".

fenecerá por falta de “espacio vital”.[16]

Lo que en Rosa Luxemburgo es búsqueda para la estrategia proletaria de aliados de clase cuyos intereses históricos no sean directamente integrables por la burguesía imperialista —como lo son los intereses de “independencia nacional” de las burguesías nativas o de los países ya integrados en el funcionamiento imperialista del capitalismo— es convertida en “Ceguera ante las legítimas reivindicaciones de fuerzas sociales (clases, naciones) no proletarias”.

Una Rosa Luxemburgo de perfiles propios, no de los “leninistas”-“luxemburguistas” que le adjudicaron, se encuentra en la obra que ella dejó: en el ejemplo de su acción histórica, en los textos de sus discursos, sus propuestas en el partido, sus artículos polémicos o explicativos, sus libros científicos y su correspondencia. Pero llegar a ella requiere aproximarse —más allá del nivel de la preocupación intelectual o del campo de la política coyuntural— al terreno en el que ella vivía verdaderamente: el de la experiencia radical, en todos los ámbitos de la cotidianeidad, de la necesidad de la revolución comunista.[17]

[16] Véase el prólogo a la segunda sección de estas *Obras: Obras teóricas.*

[17] Véase la Introducción de Juergnen Hentze *a Rosa Luxemburg Internatiunalismus und Klassenkamp* (los escritos polacos de Rosa Luxemburgo). Neuwied, Berlín Occidental, 1971.

# ¿REFORMA O REVOLUCIÓN?

Quizás el título de la presente obra sorprenda de primera intención: ¿REFORMA O REVOLUCIÓN? ¿Es que la socialdemocracia puede estar enfrente de una reforma social? ¿O puede oponer a la reforma social la revolución, la transformación del orden existente, aquello que constituye su último objetivo?

Desde luego, no. Para la socialdemocracia, la lucha práctica, cotidiana, que tiende a alcanzar una reforma social, a mejorar, aun dentro de lo existente, la situación del pueblo trabajador, a conseguir instituciones democráticas, esta lucha constituye, más bien, el único camino por donde el proletariado ha de llevar su lucha de clases, por donde ha de arribar a su último objetivo, a la conquista del poder político, a la abolición del sistema de salario. Para la socialdemocracia, la reforma social y la revolución social forman un todo inseparable, por cuanto, según su opinión, el camino ha de ser la lucha por la reforma, y la revolución social, el fin.

Solamente encontramos una oposición entre ambos momentos del movimiento en la teoría de Eduard Bernstein, que queda expuesta en sus artículos *Problemas del socialismo,* publicados en la *Neue Zeit,* en los años 1897 y 1898, y, muy especialmente, en su libro *Las premisas del socialismo.* Prácticamente, toda su teoría se reduce a aconsejar el abandono del objetivo final de la socialdemocracia, la revolución social, y convertir el movimiento de reforma, de un medio que es, en el fin de la lucha de clases. El mismo Bernstein ha concretado maravillosamente sus puntos de vista en la frase: *"Para mí, el fin, sea cual sea, no es nada; el movimiento lo es todo.*"

Pero como quiera que el objetivo final es precisamente lo único concreto que establece diferencias entre el movimiento socialdemócrata, por un lado, y la democracia burguesa y el radicalismo burgués, por otro; y como ello es lo que hace que lodo el movimiento obrero, de una cómoda tarea de remendón encaminada a la salvación del orden capitalista, se convierta en una lucha de clases contra este orden, buscando la anulación de este orden, tenemos, pues, que este dilema de "¿Reforma... o revolución?" es, al mismo tiempo, para la socialdemocracia, el de "ser o no ser". Al discutir con Bernstein y sus partidarios, no se trata, en último extremo, de esta o de aquella manera de luchar, de esta o de aquella táctica, sino de la vida toda del movimiento socialdemócrata.

Y reconocerlo así es doblemente importante para los trabajadores,

porque se trata justamente de ellos mismos y de su influencia en el movimiento en general; porque son sus barbas las que se van a rasurar. La corriente oportunista, teóricamente formulada por Bernstein, no es otra cosa que una oculta tendencia a asegurar en el partido la supremacía de los advenedizos elementos pequeñoburgueses, pretendiendo amoldar a sus espíritus la práctica y los fines del partido. La cuestión de reforma social o revolución, de movimiento y de objetivo final, es, por otra parte, la conservación del carácter pequeñoburgués o proletario en el movimiento obrero.

*Primera parte* [1]

## I. EL MÉTODO OPORTUNISTA

Si en el cerebro del hombre las teorías son reflejos de los fenómenos del mundo exterior, debemos también añadir, en vista de las teorías expuestas por Bernstein, que estos reflejos dan, a veces, las imágenes invertidas. ¡Una teoría de la implantación del socialismo por medio de reformas sociales! ¡Y esto después del último sueño de la socialreforma alemana; de los sindicatos controlando el proceso de producción; después del fracaso de los metalúrgicos ingleses* y de una mayoría parlamentaria socialdemócrata; después de la revisión constitucional sajona y de los atentados al sufragio universal! Pero el centro de gravedad de las lucubraciones bernsteinianas no está, a nuestro modo de ver, en sus opiniones sobre los cometidos prácticos de la socialdemocracia, sino en lo que dice sobre el curso del movimiento objetivo de la sociedad capitalista, con el cual sus opiniones están, desde luego, en la relación más estrecha.

* De julio de 1897 a enero de 1898, alrededor de 70.000 trabajadores industriales ingleses fueron a la huelga, exigiendo una jornada de trabajo de ocho horas. A pesar de la gran solidaridad del resto de los trabajadores ingleses y de una buena parte de los trabajadores alemanes, la huelga terminó con una derrota. [E.]



[1] Hasta el momento del gran debate sobre el revisionismo, la prensa del partido socialdemócrata alemán, realizaba en general una función principalmente agitadora. El *Vorwärts se* reservaba los asuntos oficiales de cierta importancia y *Die Neue Zeit,* las cuestiones teóricas. Precisamente en este último, publicó Bernstein su serie de artículos acerca del revisionismo. Kautsky editó los artículos de Bernstein, y cuando aparecieron los primeros ataques en contra de éste, publicó la réplica de Bernstein, pero se negó a hacer lo mismo con los artículos que lo atacaban. En este contexto aparece la intervención de Rosa Luxemburgo: se trata de una réplica a Bernstein, a lo largo de una serie de artículos aparecidos durante el verano de 1898 en el *Leipziger Volkszeitung.* Rosa Luxemburgo considera urgente esta réplica a las posiciones revisionistas, dado que para octubre de ese mismo año, se celebraría el congreso de Stuttgart, durante el cual esperaba que el partido tomara posición frente a Bernstein. Esta réplica constituye la primera parte del folleto *Reforma o revolución,* la primera de las grandes obras teóricas de Rosa Luxemburgo. Se trata de una refutación teórica de Bernstein, hecho bastante inusitado hasta entonces en el seno de la socialdemocracia alemana. Esto explica la "sensación" que produjo esta primera serie de artículos. Se habló de Rosa Luxemburgo como del "único filósofo del partido", se decía de ella que era "la mejor pluma del partido", y algunos de los dirigentes de la socialdemocracia le encontraron un gran parecido teórico con Marx. Si esta obra "causó sensación", es porque fue para la socialdemocracia alemana una lección de teoría marxista y, sobre todo, una lección acerca de las consecuencias políticas de una revisión en la teoría, al mismo tiempo que un intento de explicación del origen del oportunismo en el proceso general de la lucha de clases. En su gran libro sobre Rosa Luxemburgo, Peter Nettl pone como título a uno de los capítulos. *La dialéctica: una carrera,* para concluir que todo lo que hacía Rosa, era con el fin de "hacer carrera". (Era, México, 1974, pp. 143-69.) En esta apreciación, Peter Nettl pierde de vista lo fundamental. Es cierto que Rosa Luxemburgo estaba ansiosa por luchar, pero no por cualquier causa. En el debate contra el oportunismo lo que está en juego es la posición política proletaria, su causa. Rosa Luxemburgo es una militante revolucionaria, y toda su talla la da ya desde *Reforma o revolución.* [E.]

Según Bernstein, un derrumbe general del capitalismo será cada vez más imposible, dado su desenvolvimiento; porque el sistema capitalista va mostrando, por un lado, una mayor facultad de adaptación, y por el otro, la producción se va diferenciando más y más. También Bernstein afirma que esta virtud capitalista de adaptación se manifiesta, primero, en la desaparición de las crisis generales, debida al desarrollo del sistema de crédito, al de las asociaciones de empresas y al del tráfico, así como a un mejor servicio de información: luego, en una mayor consistencia, en la clase media, como consecuencia de esa continua diferenciación en las ramas de producción, así como en el acceso, a esta clase, de amplias capas proletarias, y, por último, en una mayor elevación política y económica de la situación del proletariado, como consecuencia de su lucha en todo el mundo.

De ello resulta, para la lucha práctica de la socialdemocracia, la advertencia general de que su actividad no ha de encaminarse hacia la toma del poder político del Estado, sino a elevar la situación de la clase trabajadora y a implantar el socialismo, y ello, no por una crisis política y social, sino por una ampliación progresiva del control social y por un gradual cumplimiento del principio cooperativista.

Poca novedad ve Bernstein en sus propias afirmaciones, y hasta piensa que se hallan conformes, tanto con ciertas manifestaciones de Marx y Engels como con la general tendencia que hasta ahora predominó en la socialdemocracia. A nuestro juicio, será fácil demostrar que la concepción de Bernstein está realmente en contradicción fundamental con el modo de discurrir del socialismo científico.

Si la revisión bernsteiniana se limitara a decir que el curso del desarrollo capitalista es mucho más lento de lo que se supone, ello implicaría únicamente una demora, por parte del proletariado, en la hasta ahora supuesta conquista del poder y, a lo más, en la práctica, un compás más lento de lucha. Pero no se trata de eso. Lo que Bernstein pone en duda no es la rapidez en la lucha sino el propio curso evolutivo de la sociedad capitalista, y, por tanto, el tránsito a un orden socialista.

30

Si la teoría socialista existente consideró siempre que el punto de arranque de la revolución socialista sería una crisis general y de estructura, a nuestro modo de pensar, hay que distinguir dos casos: el pensamiento básico que encierra y su forma externa. Él pensamiento consiste en aceptar que el orden capitalista se desquiciará por la fuerza de sus propias contradicciones y alumbrará por sí mismo el momento del derrumbe, el de su imposibilidad de subsistir. Había, ciertamente, razones de peso para suponer que este momento lo marcaría una crisis del comercio; pero, para

la idea básica, esto es, sin embargo, secundario e inesencial. Las bases científicas del socialismo descansan, principalmente y en forma harto conocida, en tres resultados del desarrollo capitalista, que son: el primero y principal, la anarquía creciente de su economía, la cual lo lleva a declinar irremediablemente; el segundo, en la progresiva socialización del proceso de producción, que marca los comienzos positivos del régimen social futuro, y c! tercero, en la mayor conciencia de clase del proletariado y en su organización creciente, factor activo en la revolución que se avecina.

Es al primero de los llamados pilares básicos del socialismo científico al que Bernstein omite. Afirma, principalmente, que el desarrollo capitalista no camina hacia un crac económico de carácter general. Mas con ello no rechaza solamente la forma que ha de adoptar la decadencia capitalista, sino la decadencia misma. Y expresamente afirma, en la *Neue Zeit:*

> Ahora bien; pudiera objetarse que, cuando se habla de un derrumbe de la sociedad actual, se piensa más bien en una crisis comercial generalizada y superior a las precedentes, es decir, es un hundimiento del sistema capitalista debido a sus propias contradicciones.

Y a esto responde luego Bernstein:

> Dado el desenvolvimiento actual de la sociedad, un derrumbe próximo del sistema de producción capitalista no se torna más verosímil, sino más inverosímil, por cuanto este sistema eleva, por un lado, su virtud de adaptación, y por otro —y al propio tiempo—, aumenta la variedad de su industria.

Pero entonces surge el problema principal: ¿Cómo y por qué razón es posible llegar al objetivo final de todos nuestros esfuerzos? Desde el punto de vista del socialismo científico, se aprecia la necesidad histórica de la transformación social, debido, ante todo, a la anarquía creciente del sistema capitalista, que se arrastra por un callejón sin salida. Pero, con todo, supongamos, como Bernstein, que el desarrollo capitalista no camina hacia su ocaso. Entonces el socialismo dejará de *ser necesario objetivamente*.[2] De

[2] En su crítica del revisionismo, Rosa Luxemburgo no se coloca exclusivamente sobre el terreno teórico, sino fundamentalmente sobre el terreno político. En el revisionismo de Bernstein, lo que está en Juego es el carácter de la práctica política misma y, por consiguiente, los objetivos políticos del partido. La intervención de Rosa Luxemburgo es una intervención teórica, pero que adquiere su validez desde el lugar de la posición política de clase. Parvos, otro miembro destacado de la socialdemocracia alemana, había polemizado desde el comienzo con Bernstein. Sus artículos, publicados entre el 28 de enero y el 6 de marzo de 1898, causaron tal revuelo. que Bernstein hubo de interrumpir su propia serie de artículos para responder a los ataques de Parvus. Sin embargo, el debate se fue centrando cada vez más en tomo a cuestiones personales. Por el contrario, cuando interviene Rosa Luxemburgo, el problema es teórico-político: no se trata simplemente de la fidelidad a la letra de Marx, sino de los efectos políticos de cada interpretación. Esto marca, por una parte, el

las piedras angulares de su construcción científica sólo quedarán los otros dos resultados del sistema capitalista: el proceso socializante de la producción y la mayor conciencia de clase del proletariado. Bien pensó Bernstein en ello cuando proseguía:

31

> El ideario socialista no perderá nada de su fuerza convincente si abandona la teoría del derrumbamiento. Pues, bien mirado, ¿qué son en sí los factores, ya enumerados, que han de eliminar o modificar las antiguas crisis? Preliminares condiciones simultáneas y, en parte, hasta comienzos de la socialización de la producción y del cambio.

Sin embargo, bastará una leve consideración para demostrar que lo que dice es un sofisma. ¿En qué estriba la importancia de los síntomas considerados por Bernstein como medios capitalistas de adaptación, es decir, los cárteles, el crédito, el perfeccionamiento de los transportes, la mayor elevación de la clase obrera, etcétera? Al parecer, en que eliminan las contradicciones internas del sistema capitalista, o, al menos, las disminuyen e impiden su agravación y desarrollo. La desaparición de la crisis implicaría anular la contradicción que en el régimen capitalista se da entre producción y cambio; la elevación de la clase trabajadora, ya como tal o ya como tránsfuga a las clases medias, significaría la aminoración del antagonismo entre capital y trabajo.

Si los cárteles, el crédito, los sindicatos, etcétera, eliminan las contradicciones capitalistas, es decir, salvan de la muerte a este sistema y conservan el capitalismo —por lo que Bernstein llama "medios de adaptación"—, ¿cómo pueden, al propio tiempo, representar otras tantas "condiciones previas y en parte hasta comienzos" del socialismo? Será porque conducen a que se haga más fuerte el carácter social de la producción.

Pero si este carácter social ha de conservar su molde capitalista, ¿no resultará cada vez. más innecesario el paso de esta producción socializada a la forma socialista? Podrán, sí. representar comienzos y condiciones preliminares del orden socialista; pero solamente en sentido abstracto, nunca en sentido histórico; es decir, serán hechos de los cuales, dada nuestra idea del socialismo, sabemos que están ligados con éste, pero que realmente, no sólo no acarrearán la transformación socialista, sino que más bien la harán innecesaria. Queda, pues, solamente y como fundamento del socialismo, la conciencia de clase del proletariado. Pero no en todos los casos ésta es resultado de la simple repercusión espiritual de las contradicciones, cada vez más graves, del capitalismo, ni de su futura

---

carácter de la intervención de Rosa Luxemburgo y. por la otra, uno de los rasgos sorprendentes de la teoría marxista: las diversas interpretaciones de la misma son a su vez efectos de la lucha de clases. [E.]

decadencia —decadencia que han de impedir sus medios de adaptación—, sino un mero ideal cuya fuerza de convicción descansa en las perfecciones que le atribuimos.

32

En una palabra: lo que por este lado nos llega es una justificación "meramente intelectual" del programa socialista, o, dicho más brevemente, una ordenación idealista del mismo, pero que hace desaparecer la necesidad objetiva, es decir, su justificación basada en el curso del desenvolvimiento social y material de la sociedad.

La teoría socialista se encuentra ante un dilema: o la revolución socialista sólo se concibe como resultado de las contradicciones internas del orden capitalista, contradicciones que aumentan al desarrollarse éste, haciendo el derrumbe inevitable, no importa el momento ni la forma en que se presente, pero que convierte en inútiles los medios de adaptación, siendo, por tanto, justa la teoría del derrumbe o, por el contrario, esos medios de adaptación son capaces de evitar el hundimiento capitalista y de anular sus contradicciones, con lo que cesa entonces el socialismo de ser una necesidad histórica, pudiendo ser luego todo lo que quiera, pero nunca el resultado del desarrollo material de la sociedad.

Este dilema nos presenta a su vez otro: o el revisionismo tiene razón en cuanto al curso del desarrollo capitalista, siendo, por tanto, una utopía la transformación socialista de la sociedad, o el socialismo no es tal utopía, quedando entonces malparada la teoría de los "medios de adaptación". *That is the question.* Ése es el problema.

32

## II. ADAPTACIÓN DEL CAPITALISMO

Según Bernstein, los más importantes medios de adaptación con que cuenta la economía capitalista son: el crédito, la mejora de los medios de comunicación y la coalición de empresas.

Si empezamos por el *crédito,* veremos que éste cumple múltiples funciones en la economía capitalista. Pero la más importante consiste, como es sabido, en aumentar la capacidad expansiva de la producción, en mediar y facilitar el intercambio. Allí donde el capitalismo, con su oculta e ilimitada tendencia a la expansión, tropieza con los muros de la propiedad privada; allí donde se ve encerrado en el estrecho círculo del capital se presenta como el medio de salvar, en forma capitalista, estas limitaciones, fundiendo en uno solo muchos capitales particulares —sociedades por acciones— y permitiendo a un capitalista disponer de capital ajeno —crédito industrial. Además, como crédito comercial, acelera el intercambio de mercancías, es decir, aviva el retomo del capital a la producción, y perfecciona y cierra el ciclo del proceso de ésta. Los efectos que estas dos funciones importantísimas del crédito ejercen sobre la formación de las crisis son fáciles de apreciar.

33

Si las crisis, como sabemos, se originan de la contradicción entre la capacidad y tendencia expansivas de la producción y la capacidad limitada del consumo, el crédito será justamente el medio más apropiado para poner en evidencia, tantas veces como sea necesario, esta contradicción. Ante todo, eleva la facultad expansiva de la producción de modo exorbitante, y constituye el resorte oculto que la mueve a rebasar continuamente los límites del mercado. Pero el crédito obra de dos distintas maneras. Si como factor en el proceso de la producción despertó la superproducción, razón de más para que, en su calidad de intermediario en el cambio de mercancías, destruya durante la crisis las fuerzas productoras que él mismo convocó. Al primer síntoma de estancamiento, el crédito se paraliza y deja al intercambio entregado a su propia suerte, precisamente cuando más debe ayudarle. Donde todavía subsiste se muestra falto de fuerza y de fin, restringiendo hasta el mínimo, además, durante la crisis, la capacidad de consumo.

Aparte de estos dos importantísimos resultados, el crédito interviene también bajo diversas formas en el origen de la crisis. No sólo ofrece al capitalista el medio técnico de disponer de los capitales extraños, sino que,

al propio tiempo, es el acicate que le empuja a un empleo audaz e imprudente de la propiedad privada, es decir, a temerarias especulaciones. Dada su falacia en el cambio de mercancías, no sólo contribuye el crédito a la formación de la crisis, sino que facilita su presencia y amplitud, puesto que, teniendo como base real una pequeñísima cantidad de dinero en metálico, hace del cambio un mecanismo artificial y complicadísimo, dispuesto a detenerse ante la menor causa.

Así, pues, tenemos que el crédito, lejos de ser un medio de eliminar estas crisis o al menos de mitigarlas, resulta, por el contrario, un especial y poderoso factor para la generación de éstas. Y no puede ser de otro modo. Dicho en términos muy generales, la función específica del crédito no es otra que la de desterrar toda estabilidad en las relaciones capitalistas en general y producir la mayor elasticidad posible, haciendo de las fuerzas capitalistas algo dúctil, sensible y relativo. Resulta, pues, evidente que las crisis, que no son más que choques periódicos de las fuerzas contradictorias de la economía capitalista, se agudizan y multiplican con el crédito.

Pero, al propio tiempo, esto nos lleva a la otra cuestión: la de cómo el crédito puede, en general, presentarse como "medio de adaptación" del capitalismo. Sea cual fuere la relación y forma en que nos imaginemos la "adaptación" con ayuda del crédito, su única esencia consistirá, claramente, en que toda relación antagónica de la economía capitalista queda compensada, y cualquiera de sus contradicciones, desterrada o aplacada, concediendo así a las fuerzas oprimidas espacio libre sobre cualquier lugar.

34

Si en la actual economía capitalista existe algún medio para elevar al máximo sus contradicciones, ése es el crédito. Aumenta la contradicción existente entre las *formas de producir y cambiar,* poniendo en máxima tensión la producción, pero restringiendo el intercambio por la causa más pequeña. Eleva las contradicciones entre las *formas de producción* y, puesto que separa producción y propiedad; transforma el carácter del capital, que pasa a ser social; pero, en cambio, una parte del beneficio toma la forma de renta del capital, es decir, que se convierte en un mero título de propiedad. Hace resaltar también la contradicción existente en las relaciones de producción y propiedad, al concentrar en pocas manos enormes fuerzas productoras por medio de la expropiación de muchos pequeños capitalistas. Aumenta la contradicción entre el carácter *social* de la producción y la *propiedad privada* capitalista, al hacer necesaria la intervención del Estado en la producción (sociedades por acciones).

En una palabra: el crédito reproduce todas las contradicciones de fondo del mundo capitalista. Las extrema y acorta el camino que ha de llevar al capitalismo a su fin, al derrumbe. Por eso, en cuanto al crédito, el primer

medio de “adaptación” a que debiera recurrir el capitalista sería el de *abolirlo,* o restringirlo. El crédito, tal como es hoy, no constituye un medio de adaptación, sino de destrucción; un medio de máxima eficacia revolucionaria. Sin embargo, este carácter revolucionario del crédito, de efectos superiores al mismo capitalismo, ha inducido a plantear reformas que se estimaron socialistas, e incluso ha hecho aparecer a grandes representantes del crédito, como Isaac Péreire, en Francia, mitad profetas y mitad pillos, según afirma Marx.

Con tan escasa consistencia como el primero, se muestra, luego de. una detenida observación, el segundo “medio de adaptación” de la producción capitalista: las *coaliciones de empresas.* Según Bernstein, éstas están llamadas a poner término a las crisis y a evitar la anarquía, regulando la producción.

El desarrollo de los trusts y cárteles es, a decir verdad, un fenómeno todavía no estudiado en sus múltiples efectos económicos. Esto constituye un problema que sólo puede resolverse en manos de la teoría marxista. Pero hoy sabemos de sobra que no es posible hablar de dominar la anarquía capitalista por medio de los cárteles de empresas, en tanto que los cárteles, trusts, etcétera, no se inclinen hacia una forma general y socializada de producción. Esto es, justamente, lo que por su propia naturaleza niega el cártel.

El único fin económico, así como la actividad de estas asociaciones, consiste en operar sobre la masa de beneficios que se consigue en el mercado, desterrando la competencia dentro de una rama de la industria, y elevando así la parte de esta masa de beneficios que hubiera cabido a dicha rama. La organización sólo puede elevar la cuota de beneficios en una rama de la industria y a costa de las otras ramas, por lo cual este aumento no puede ser en modo alguno general. Extendida la organización a todas las ramas más importantes de la producción, ella misma destruiría su propia virtud.

35

Pero también en el terreno de su aplicación práctica, las coaliciones de empresas producen efectos contrarios a la desaparición de la anarquía industrial. Por regla general, los cárteles consiguen en el mercado interior la indicada elevación de la cuota de beneficios, si aquellas porciones de capital excedentes que no pueden emplearse en las necesidades internas, son invertidas en el extranjero con una cuota de beneficios mucho más baja, es decir, si venden sus mercancías en el exterior a precio mucho más bajo que en el propio país. El resultado es una mayor competencia en el extranjero, una mayor anarquía en el mercado mundial, justamente lo contrario de aquello que se pretendió alcanzar. Un ejemplo lo ofrece la historia

internacional de la industria azucarera.

En fin, siendo las coaliciones de empresas una de las formas que adopta la producción capitalista, no pueden ser concebidas sino como un determinado tránsito, un estadio más en el desenvolvimiento capitalista. Y así resulta, en efecto. Pues, en último extremo, los cárteles son el medio más apropiado para contrarrestar, en la forma capitalista de producción, la baja fatal de la cuota de beneficio, que corresponde a cada rama de la industria.

Pero, ¿cuál es el método que usan los cárteles para este fin? No otro, en el fondo, que la retirada de una parte del capital acumulado; es decir, el mismo método que, en forma distinta, se suele emplear en las crisis. Pero tal remedio se parece a la enfermedad como un huevo a otro huevo, y sólo puede considerarse como mal menor hasta un determinado momento. Saturado y exhausto el mercado mundial por los países capitalistas competidores —y la llegada más o menos tardía de este momento no puede ser negada—, la venta empezará a reducirse y la retirada parcial y obligada del capital tomará entonces tales proporciones, que la medicina se convierte en ayuda de la enfermedad, y el capital que la organización socializó ya fuertemente retorna a su carácter privado... Ante las escasas posibilidades de hallar para sí un puesto en el mercado, cada porción privada de capital prefiere probar suerte por sí misma. Las organizaciones estallan como pompas de jabón, dando lugar a una libre competencia mucho más terrible.[1]

36

Así, pues, cárteles y crédito se presentan como fases determinadas de desenvolvimiento, que, en último extremo, aumentan aún más la anarquía del mundo capitalista, produciendo y dando madurez a sus contradicciones internas. Al llevar al máximo la lucha entre productores y consumidores, agravan la contradicción entre las formas de producir y cambiar, como ya

[1] En una nota al tercer volumen de *El Capital* escribía Federico Engels en 1894: ''Desde que se escribieron las anteriores líneas (1865), se ha acentuado considerablemente la competencia en el mercado mundial gracias al rápido desarrollo de la industria en todos los países civilizados, principalmente en Estados Unidos y en Alemania. El hecho de que las modernas fuerzas productivas, con su rápido y gigantesco desarrollo, rebasen cada día más, día tras día, las leyes del cambio capitalista de mercancías dentro de las cuales debieran moverse, es un hecho que hoy va imponiéndose más y más incluso a la conciencia de los capitalistas. *Así* lo revelan, sobre todo, dos síntomas. El primero es esa nueva manía de los aranceles aduaneros, que se distinguen del antiguo régimen arancelario especialmente por las circunstancias de que tiende precisamente a gravar más los artículos susceptibles de exportación. El segundo son los *cárteles* (trusts), formados por los fabricantes de grandes ramas de producción en su totalidad para regular la producción y, a través de ella, los precios y las ganancias. Es evidente que esta clase de experimentos sólo son viables en épocas de clima económico relativamente favorable. La primera tormenta que estalla da necesariamente al traste con ellos y pone de manifiesto que si la producción necesita ser regulada, no es, evidentemente, la clase capitalista la llamada a regularla. Por el momento, estos *cárteles* no tienen más finalidad que velar porque los peces chicos sean devorados más rápidamente todavía que antes por los peces gordos.” C. Marx, *El Capital.* Ed. FCE, México, 1972, t. III, p. 130, n. 4.

hemos visto en los Estados Unidos de América. Al oponer a los obreros la omnipotencia del capital organizado, agudizan, además, la contradicción entre las maneras de producción y apropiación, elevando al máximo las contradicciones entre capital y trabajo.

Extreman, en fin, la contradicción entre el carácter internacional de la economía capitalista y el carácter nacional del Estado capitalista. Teniendo como síntoma acompañante una guerra general de tarifas, llevan al máximo las divergencias que surgen entre los Estados capitalistas independientes. A esto hay que añadir el efecto directo y altamente revolucionario de los cárteles sobre la concentración de los productos, perfeccionamiento técnico, etcétera.

Tenemos, pues, que los cárteles y trusts se presentan, dado el efecto que al fin producen sobre la economía capitalista, no como un "medio de adaptación" que ha de limar sus contradicciones, sino justamente como instrumentos que ellos mismos han creado para aumentar la anarquía, para dirimir sus propias contradicciones internas, para apresurar su decadencia.

Pero si el crédito, los cárteles, etcétera, no pueden dominar la anarquía económica del capitalismo, ¿cómo es posible que durante dos decenios —desde 1873— no se haya registrado ninguna crisis comercial? ¿Será una señal de que el sistema capitalista, su forma de producir, se "adapta" realmente —al menos en lo general— a las necesidades de la sociedad, habiendo superado el análisis que Marx hizo del sistema?

A la pregunta sigue la respuesta inmediatamente. No bien Bernstein desechó como chatarra la teoría marxista de las crisis, cuando se presentó una en 1900, con carácter violento y, siete años más tarde, otra que, originándose en Estados Unidos, repercutió sobre el mercado mundial. Y fue así, con hechos que hablaban bien claro, como quedó aniquilada la teoría de la "adaptación". Con ello se demostró, al mismo tiempo, que quienes *habían* abandonado la teoría marxista de las crisis sin más razón que la de haber fallado en dos de los "plazos presupuestos", confundían lo que era el alma de la teoría con un detalle extremo y superficial, con los ciclos de diez años. Pero señalar el periodo de diez años como fórmula temporal en la circulación capitalista moderna, fue, en Marx y Engels, en los años 1860 y 1870, una simple comprobación de hechos, los cuales no descansaban por sí sobre ley natural alguna, sino sobre una serie de determinadas circunstancias históricas que aparecían ligadas con la expansión, a saltos, de la esfera de actividad del joven capitalismo.

37

En efecto: la crisis de 1825 fue un resultado de las grandes obras de carreteras, canales y gasificación, que habían tenido lugar en el decenio anterior, especialmente en Inglaterra, donde se desarrolló esta crisis. La

crisis siguiente de 1836 a 1839 fue, igualmente, el resultado de colosales inversiones de capital en la construcción de nuevos medios de transporte. La crisis de 1847 fue ocasionada, como se sabe, por las febriles construcciones ferroviarias en Inglaterra (de 1844 a 1847, es decir, en sólo tres años, se otorgaron concesiones de ferrocarriles por valor de unos ¡mil quinientos millones de talers!). En los tres casos citados vemos, pues, que las crisis son, bajo formas diversas, el séquito de una nueva constitución de la economía capitalista, del establecimiento de nuevas bases para su desarrollo. La crisis de 1857 coincidió con la apertura de nuevos mercados en América y Australia para la industria europea, como consecuencia del descubrimiento de las minas de oro; en Francia la crisis se debió especialmente a las construcciones ferroviarias, ya que este país siguió las huellas de Inglaterra (desde 1852 a 1856 se construyeron, en Francia, ferrocarriles por valor ele mil doscientos cincuenta millones de francos). Finalmente, la gran crisis de 1873, como se sabe, fue una consecuencia directa de la nueva constitución económica, de la ofensiva de la gran industria en Alemania y Australia, que siguió a los acontecimientos políticos de 1866 y 1871.

En todo momento fue, pues, el rápido crecimiento de los dominios económicos del capitalismo lo que hasta ahora dio motivo a las crisis comerciales. La repetición de estas crisis internacionales con una precisión de diez años, es, en sí, un fenómeno completamente externo y casual. El esquema que sobre la formación de las mismas trazó Engels en el *Antidühring,* y Marx en el primer y tercer tomo de *El Capital,* es aplicable a todas las crisis, en general, por cuanto descubre su *mecanismo interno* y sus *causas comunes* y profundas. No importa que estas crisis se repitan cada diez o cada cinco años, o cada veinte o cada ocho.

Pero, en cambio, la teoría de Bernstein es totalmente ineficaz y se demuestra precisamente en que la crisis última, la de 1907 a 1908, donde se manifestó con una mayor violencia tuvo lugar, justamente, en aquel país en que los famosos “medios de adaptación”, como el crédito, los trusts y los transportes, habían llegado a su máxima perfección.

38

En general, la creencia de que la producción capitalista puede “adaptarse” al cambio, supone aceptar una de estas dos cosas: o que el mercado mundial es ilimitado y crece hasta lo infinito o que, por el contrario, las fuerzas de producción detienen su crecimiento para no saltar sobre los límites del mercado. Lo primero es una imposibilidad física; a lo segundo se opone el hecho de que continuamente se verifican revoluciones técnicas en todos los aspectos de la producción, despertándose cada día nuevas fuerzas productoras.

Según Bernstein, existe, además, un hecho que niega el curso señalado a

los asuntos capitalistas: “la falange casi inconmovible” de la industria media, a la cual nos remite. Lo toma por manifestación de que el desarrollo de la gran industria no obra en forma tan revolucionaria y concentradora como cabía esperar, dada la “teoría del derrumbe”. Sin embargo, sería en realidad una manera falsa de concebir el desarrollo de la gran industria si esperásemos que la industria media ha de desaparecer paulatinamente de la superficie.

Los capitales pequeños, según la tesis de Marx, juegan en el curso general del desarrollo capitalista precisamente el papel de pioneros de la revolución técnica, y ciertamente en un doble sentido, tanto en relación con los nuevos métodos aplicados a ramas de la producción anticuadas, pero fuertemente arraigadas, como también respecto a la creación de nuevas ramas todavía no explotadas por los grandes capitales. Perfectamente falso es el criterio de que la historia de la industria media ha de llevar una recta siempre descendente, hasta su total decadencia.

El curso real del desenvolvimiento es, más bien, simplemente dialéctico, y se mueve continuamente entre contradicciones. Al igual que la clase obrera, la clase media capitalista se encuentra bajo la influencia de dos tendencias contrapuestas: una, que la eleva, y otra, que la oprime. Esta tendencia opresora es, en ciertos casos, el alza continua de la escala de producción, la cual periódicamente devasta los dominios del capital medio, descartándolo y eliminándolo de la competencia una y otra vez. En cambio, la tendencia elevadora es la desvalorización periódica del capital ya empleado, que motiva que la escala de la producción, según el *valor del* capital mínimo necesario, descienda continuamente y durante cierto tiempo, ocasionando también la entrada de la producción capitalista en nuevas esferas productivas. La lucha de la industria media con el gran capital no debe considerarse como una batalla formal en que las tropas de la parte más débil quedan cada vez más diezmadas, sino como una siega periódica de los pequeños capitales, que no cesan de brotar para ser de nuevo seccionados por la guadaña de la gran industria.

De estas dos tendencias, que juegan arrojándose la pelota de la clase media capitalista, triunfa en primera línea —en oposición al desarrollo de las *clases* medias trabajadoras— la tendencia *oprimente.* Pero esto no necesita, en modo alguno, manifestarse en la mengua numérica y absoluta do la industria media, sino, en primer lugar, en el capital mínimo, mayor cada vez, que se necesita para mantener vivas las industrias pertenecientes a ramas antiguas, y, en segundo lugar, en el periodo cada vez más corto de que disponen los pequeños capitales para gozar libres de la explotación de nuevas ramas. De ello resulta, para el pequeño capital *individual,* un plazo de vida cada vez más corto y un camino cada vez más rápido de los métodos

de producción y de las formas de invertir el capital, y para la clase en general, un metabolismo social más acelerado.

39

Esto último lo conoce bien Bernstein, e incluso lo afirma. Pero lo que parece olvidar es que con ello queda establecida la propia ley de movimiento de la industria media. Si los pequeños capitales son, pues, la vanguardia del progreso técnico y el progreso técnico es la pulsación vital de la economía capitalista, veremos claramente que los pequeños capitales constituyen un fenómeno inseparable del desarrollo capitalista y que sólo con éste podrán desaparecer. La desaparición gradual de la industria media —en el sentido de la estadística simple y absoluta, con la cual opera Bernstein— significaría, no el curso del desarrollo revolucionario del capitalismo, como opina Bernstein, sino justamente lo contrario: su estancamiento, su adormecimiento.

La cuota de ganancia, es decir, el incremento relativo del capital es importante, sobre todo, para todos los exponentes del capital nuevos y que se agrupan por su cuenta. Tan pronto como la formación de capital cayese exclusivamente en manos de unos cuantos grandes capitales ya estructurados, en los que la masa de ganancia supera a la de ésta, se extinguiría el fuego animado de la producción. Ésta caería en la inercia. (*El Capital,* cit., t. III, p. 256.)

39

## III. IMPLANTACION DEL SOCIALISMO POR MEDIO DE LAS REFORMAS SOCIALES

Bernstein desecha la "teoría del derrumbe" o catastrófica como el camino histórico que ha de llevar a la realización de un mundo socialista. ¿Cuál será, entonces, la ruta que, desde el punto de vista de la "teoría de adaptación del capitalismo", puede llevarnos a esa socialización? Bernstein no ha hecho más que insinuar la contestación a esta pregunta, y el intento de explicarla en detalle, en el sentido en que él Jo hubiera hecho, le ha correspondido a Konradt Scbmidt.[1] Según éste, las luchas políticas y sindicales en pro de reformas de carácter social posibilitarían un control social, cada vez más amplío, sobre las condiciones de producción,

40

y por medio de leyes

> se limitarían los derechos de la propiedad capitalista, convirtiendo a ésta poco a poco en simple administradora

hasta que finalmente,

> el ya maduro y baqueteado capitalista ve disminuir para si el valor de su propiedad, una vez apartado de la dirección y administración de su empresa,

que se convierte finalmente en empresa social.

Encontramos, pues, que los sindicatos, las reformas sociales y, aun más —como afirma Bernstein—, la democratización política del Estado, han de ser los medios para la gradual implantación del socialismo.

Empezando por los sindicatos, vemos que su función más importante —y nadie ha demostrado esto mejor que Bernstein en la *Neue Zeit*— consiste en posibilitar a los obreros el medio de hacer respetar en toda su validez la ley capitalista del salario; esto es, conseguir que la venta de la fuerza de trabajo se cotice al precio mayor que consientan las circunstancias del mercado. El verdadero servicio que los sindicatos hacen al proletariado es permitirles aprovechar todas las posibilidades que el mercado ofrezca en determinado momento. Siendo, por un lado, la demanda de la fuerza de trabajo consecuencia de una situación más o menos próspera de la producción; determinando, por otro, la proletarización de las clases medias y la natural propagación de la clase obrera, la mayor o menor oferta de trabajo, y

---

[1] Schmidt, en consonancia con la posición de Bernstein, escribe en su artículo *Endziel und Bewegung,* aparecido el 20 de febrero de 1898 en *Vorwärts,* n. 43: "En fin, aparece que la conquista del poder político por el proletariado, sólo difícilmente puede tomar la forma de una dictadura [...] Suponiendo que las cosas continúen evolucionando normalmente, la conquista del poder político coincide con la conquista de la mayoría parlamentaria." (Citado por G. Badia, *R. Luxemburg.* Ed. Sociales, París, 1975, p. 48.) [E.]

siendo, por último, variable el grado de productividad de la fuerza de trabajo, vemos que las posibilidades que el mercado puede ofrecer son circunstancias que escapan, por sus orígenes, a la esfera de influencia de los sindicatos. Por ello no les será nunca posible liquidar la ley del salario, pudiendo, en el mejor de los casos, reducir la explotación capitalista a los límites que en un momento dado se consideren *normales;* pero de ninguna manera estarán en condiciones de anular, ni aun gradualmente, la explotación.

Es verdad que Konradt Schmidt llama al actual movimiento sindical *"leves estadios iniciales",* prometiendo para el futuro que *"los sindicatos conseguirán una influencia mayor en la regulación de la producción"* Esta regulación se puede entender de dos modos: como intervención en el aspecto técnico del proceso de producción, o corno determinación del volumen mismo de la producción. ¿De qué naturaleza puede ser esa influencia sindical en cada uno de estos dos aspectos?

41

Es cierto que, en lo que respecta a la técnica de la producción, el interés del capitalista coincide en ciertos límites con el progreso y el desarrollo de la economía capitalista. La propia necesidad lo obliga a implantar mejoras técnicas. La postura de cada trabajador por si, con respecto a estos progresos ha de ser, por el contrario, completamente adversa, puesto que toda revolución técnica ataca a los intereses del obrero afectado directamente por la mejora, y empeora su situación inmediata al desvalorizar la fuerza de trabajo y hacer la tarea más monótona, intensiva y torturante.

Si el sindicato logra influir en el progreso técnico de la producción, lo hará en sentido negativo, es decir, obrando como si fuera un grupo particular de trabajadores afectados directamente, y oponiéndose, por lo tanto, a todo perfeccionamiento. Pero en este caso el sindicato no actúa en interés de la clase trabajadora en general y de su emancipación —interés que más bien coincide con el progreso, es decir, con el interés de los capitalistas particulares—, sino justamente en oposición a toda renovación y en sentido reaccionario. Y digo reaccionario porque esta tendencia a influir en el aspecto técnico de la producción no pertenece al futuro —como pretende Schmidt—, sino al pasado del movimiento sindical. Esta tendencia intervencionista caracteriza la fase más antigua del tradeunionismo inglés (hasta 1860), cuando todavía conservaba restos de tradiciones gremiales de origen medieval, cuya fuente hay que buscar en el anticuado principio del *''derecho adquirido al trabajo conveniente"*.[2]

La tendencia de los sindicatos a determinar el volumen de la producción

[2] Webb, Teoría *y práctica de los sindicatos.*

y el precio de las mercancías es, por el contrario, un fenómeno de fecha muy reciente. Sólo en tiempos muy modernos —y también en Inglaterra— se aprecian intentos de este orden.[3] Pero estos esfuerzos son, por su carácter y tendencia, perfectamente equivalentes a aquéllos. Pues al participar activamente el sindicato en la determinación de los precios y volumen de la producción de mercancías, ¿qué otra cosa hace sino formar un cártel de trabajadores y empresarios, en contra de los consumidores, haciendo uso, en su lucha contra los empresarios competidores, de medidas que no se diferencian nada de los métodos de las legales coaliciones de empresas? Al fin y al cabo, esto ya no es una lucha entre capital y trabajo, sino una lucha solidaria de capital y trabajo contra la sociedad consumidora. Según su valoración social, éste es un principio reaccionario que, por serlo, no puede ya constituir ninguna etapa en la lucha de emancipación que lleva el proletariado, puesto que más bien representa lo más contrario a la lucha de clases. Según su valor práctico, es también una utopía que nunca podrá extenderse a ramas de mayor importancia y que compitan en el mercado mundial, como puede apreciarse después de una pequeña reflexión.

42

La actividad de los sindicatos se limita, pues, en lo general, a la lucha por salarios y a la disminución del tiempo de trabajo, es decir, a regular simplemente la explotación capitalista dentro de las condiciones del mercado. En cambio, la naturaleza de las cosas les impide influir abiertamente en el proceso de la producción. Aún más, incluso toda la marcha del desarrollo sindical se realiza en sentido completamente opuesto; en el sentido —como también acepta Schmidt— de liberarse completamente del mercado de trabajo, de romper toda relación inmediata con el resto del mercado de productos. Y su mejor característica es el hecho de que hasta la tendencia a poner en relación inmediata, siquiera *pasivamente,* el contrato de trabajo con el estado general de la producción por medio del sistema de las llamadas listas oscilativas de salarios, ha sido rebasada por el desarrollo mismo, apartándose de ella las *trade-unions* cada vez más.[4]

Pero ni aun dentro de su influencia efectiva, el movimiento sindical lleva la marcha que supone la teoría de la adaptación del capital, que afirma que el progreso sindical no reconocerá límites. Muy al contrario, si abarcamos grandes sectores del desarrollo social habremos de reconocer el hecho de que, en general, no son épocas de triunfos las que en el desarrollo de nuestras fuerzas se vislumbran, sino de dificultades cada vez mayores para el movimiento obrero.

---

[3] Ibid.
[4] Ibid.

Si el desarrollo de la industria ha alcanzado ya su punto máximo y empieza, por tanto, el "declive" capitalista en el mercado mundial; si tiende a *bajar la cuesta,* la lucha sindical será entonces doblemente difícil: primero, porque se empeoran las posibilidades objetivas que el mercado ofrecerá a la fuerza de trabajo, puesto que la demanda será más lenta y la oferta más rápida, como actualmente ya ocurre, y segundo, porque el capital, para resarcirse de las pérdidas, discutirá cada vez con más encono la porción del producto correspondiente a la mano de obra. No en balde la reducción de salario es "una de las causas más importantes que contribuyen a contrarrestar la tendencia decreciente de la cuota de ganancia".[5]

Inglaterra ofrece ya la imagen de lo que será el segundo estadio del movimiento sindical. Los sindicatos se ven obligados, por la necesidad, a limitarse a defender lo ya conseguido, y ello a fuerza de luchar en condiciones cada vez más desventajosas. El curso de los acontecimientos es justamente el menos favorable para una lucha de clases *política y* social.

Debido a una apreciación falsa de la perspectiva histórica, Schmidt comete el misino error con respecto a las *reformas sociales,* de las cuales espera que

> del brazo de las asociaciones obreras impongan a la clase capitalista las condiciones únicas en que pueda emplearse la fuerza de trabajo.

43

Interpretar así el sentido de la reforma social lleva a Bernstein a llamar a la ley de fábricas pieza de "control social", y como tal..., un trozo de socialismo. También Schmidt, cuando habla de la protección oficial de los trabajadores, llama a las reformas sociales en general "control social, convirtiendo caprichosamente el Estado en sociedad, y luego, al referirse a ésta, añade con el mayor desparpajo: *"Es decir, la clase trabajadora en auge."* Con esta operación convierte a los inofensivos acuerdos sobre protección obrera dictados por el senado alemán en medidas de tránsito al socialismo conseguidas por el proletariado germano.

La mistificación se presenta bien a las claras. En el sentido de la "clase trabajadora en auge", el Estado actual no puede ser concebido como "sociedad", sino como representante de la sociedad *capitalista,* es decir, como Estado capitalista. Por ello, la reforma social con que manipula no es un producto del "control social", es decir, del control de la libre sociedad obrera sobre el proceso del trabajo, sino el *control de la organización de clase del capital sobre el proceso de producción capitalista.* En esto, es decir, en el interés del capital, las reformas sociales encontrarán asimismo sus límites naturales. Por esta razón, Bernstein y Schmídt sólo aprecian en el

[5] Carlos Marx. *El Capital,* op. cit., t. III, p. 235.

presente “débiles estadios iniciales”, prometiéndose para el futuro una pogresión infinita en las reformas sociales a conseguir. Pero entonces cometen la misma falta que cuando aseguran un aumento ilimitado en la fuerza sindical.

La teoría de la implantación gradual del socialismo por medio de reformas sociales supone, desde luego —y en esto radica su principal importancia—, un determinado desenvolvimiento objetivo, tanto de la *propiedad* capitalista como del *Estado.* En relación a lo primero, Schmídt cree que,

> en el futuro los propietarios capitalistas se verán más y más reducidos al papel de administradores, debido a una limitación de sus derechos.

Creyendo imposible una expropiación tan general como rápida de los medios de producción, Schmidt se forja una teoría de *expropiación progresiva.* Para ello, se imagina como condición preliminar y necesaria un fraccionamiento del derecho de propiedad en favor de una “superpropiedad”, de mayor importancia cada vez, y que adjudica a la “sociedad”, creando asimismo un derecho de usufructo que irá reduciéndose en manos de los capitalistas hasta quedar en la simple administración de sus empresas.

44

Ahora bien; o este edificio intelectual es un juego de palabras sin ninguna trascendencia —y entonces la teoría de la expropiación cae por los suelos—, o es un esquema de desarrollo jurídico seriamente pensado. El fraccionamiento de las distintas diferencias apreciables en el derecho de propiedad —argumento al que recurre Schmidt para su “gradual expropiación” del capital— es la característica de la sociedad feudal con economía natural, sociedad en la cual la división del producto se efectuaba *in natura* entre las diversas sociedades y sobre la base de relaciones personales entre los señores feudales y sus siervos.

La descomposición de la propiedad en diversos derechos parciales fue consecuencia de hallarse organizada de antemano la división de la riqueza social. Con el tránsito a la producción de mercancías y la disolución de los lazos personales existentes entre todos los que aisladamente participaban en el proceso de producción, se afirmó, por el contrario, la relación entre hombre y cosa: advino la propiedad privada. Al no realizarse la partición por medio de relaciones personales, sino valiéndose del *cambio,* las diversas pretensiones de participar en la riqueza social ya no se miden descomponiendo en partes el derecho de propiedad que existe sobre un objeto determinado, sino el que se tiene sobre el valor llevado al mercado por alguien.

La primera novedad en las relaciones jurídicas que acompañan a la

aparición de la producción de mercancías en las comunas de las ciudades medievales, fue la formación de un derecho cerrado y absoluto en el seno de estas relaciones jurídicas basadas en la partición de la propiedad. Pero en la producción capitalista continúa este desarrollo. A medida que el proceso de producción se socializa, más descansa sobre el cambio el proceso de división o reparto; y cuanto más cerrada e inasequible se hace la propiedad privada capitalista, tanto más esta propiedad se convierte, de un derecho al producto del propio trabajo, en un simple derecho de apropiación respecto al trabajo ajeno. Mientras el capitalista dirige la fábrica, la división está todavía en cierto grado ligada a la participación personal en el proceso de producción. Pero a medida que la dirección personal del empresario se hace superfina —cosa que ocurre completamente en la sociedad anónima—, la propiedad del capital, como título de pretensión al reparto, se separa absolutamente de toda relación personal con la producción, y aparece en su forma más cruda y rigurosa. En el capital por acciones y en el que sirve de crédito o préstamo industrial, el derecho capitalista de propiedad alcanza por vez primera su completa formación y desarrollo.

El esquema histórico del desarrollo del capitalismo o como lo llama Schmidt, el de "de propietario a simple administrador", se presenta, por tanto, como el real y verdadero desarrollo, sólo que interpretado al revés y haciendo del que es propietario y administrador un simple propietario. A Schmidt le ocurre como a Goethe:

45

> Lo que posee lo que ve en la lejanía;
> más lo que pierde, eso sí que lo palpa.

Y como el esquema que él imagina para el futuro retrocede económicamente de las modernas sociedades anónimas a la manufactura e incluso al taller, parece no pretender otra cosa que hacer entrar jurídicamente al mundo capitalista actual en el cascarón feudal de la economía natural.

También desde este ángulo se presenta el "control social" bajo una faz distinta a la vista de Schmidt. Lo que hoy funciona como "control social" —protección al obrero, inspección sobre sociedades anónimas, etcétera— no tiene nada que ver con una participación en el derecho de propiedad, con esa "superioridad" que él inventa. Este control no actúa como *limitación* de la propiedad capitalista, sino, por el contrario, como su *protección.* O económicamente hablando, no constituye una *intervención* en la explotación capitalista, sino un sometimiento a normas, una ordenación de esta explotación. Y cuando Bernstein quiere adivinar la cantidad del socialismo que hay en una ley de fábricas, podemos asegurarle que. en la mejor ley de fábricas, cabe el mismo socialismo que en las disposiciones

municipales sobre la limpieza de las calles y el alumbrado público, que también son, indudablemente, “control social”.

## IV. MILITARISMO Y POLÍTICA ADUANERA

Fusión del Estado con la sociedad. He aquí la segunda posibilidad que admite Eduard Bernstein al tratar de la gradual implantación del socialismo. Que el Estado actual es un Estado de clase ha llegado a ser hoy lugar común por harto conocido. Sin embargo —y ésta es nuestra opinión—, es un concepto que, al igual que todo aquello que se refiere a la sociedad capitalista, no puede aceptarse como algo estable, de permanencia. sino más bien en estado de movimiento evolutivo.

Con el triunfo de la burguesía, el Estado se ha convertido en un Estado burgués. Ciertamente que el mismo desarrollo capitalista cambia esencialmente la naturaleza del Estado, ampliando, cada vez más, el radio de sus actividades y adjudicándole, sin cesar, nuevas funciones relacionadas principalmente con la vida económica, con lo cual hace más necesaria la intervención y el control estatal sobre la misma. En tanto, se prepara lentamente la fusión futura de Estado y sociedad, es decir la reversión a la sociedad de las funciones del Estado. Según esta tendencia, no será aventurado hablar de una transformación del Estado en sociedad, y es, sin duda, en este sentido, que Marx dice que la protección obrera es la primera intervención consciente de la sociedad en el proceso social de su propia vida, extremo este a que se remite Bernstein.

Mas, por otra parte, y debido a la misma evolución capitalista, se verifica otra transformación. En primer lugar, el Estado actual es una organización de la clase capitalista dominante. Si en interés del progreso social ha de tomar el Estado diversas funciones de interés general, lo hará únicamente tanto y mientras los intereses y el desenvolvimiento social concuerden con los intereses de la clase dominante. La protección del trabajador, por ejemplo, es de un interés tan inmediato para los capitalistas como clase, como para la sociedad en general. Pero esta armonía de interés dura sólo hasta un momento dado del desenvolvimiento capitalista.

46

Cuando el desarrollo ha alcanzado cierto grado, los intereses de la burguesía como clase y los del progreso económico empiezan a divergir. Creemos que esta fase ha sobrevenido ya, y que se manifiesta en los dos fenómenos más importantes de la vida social actual: el *militarismo* y la *política aduanera.* Ambos —tanto la política aduanera como el militarismo— han jugado en la historia del capitalismo un imprescindible papel que fue también, durante un tiempo dado, revolucionario y progresista. Sin la protección aduanera, el nacimiento de la gran industria dentro de cada país hubiera sido dificilísimo. Pero hoy no ocurre lo mismo. Ahora la protección

aduanera no sirve para asegurar el desarrollo a las industrias nacientes, sino para conservar artificialmente formas anticuadas de producción. Desde el punto de vista del desarrollo capitalista, es decir, desde el punto de vista de la economía mundial, hoy carece de importancia el hecho de que Inglaterra exporte más mercancías a Alemania, que Alemania a Inglaterra. Teniendo en cuenta el desarrollo industrial "el moro ha cumplido su deber, y debiera irse". Debiera irse, sí.

En la actual interdependencia de las diferentes ramas de la industria, la protección aduanera sobre cualquier mercancía encarece, en el interior, la producción de otras, es decir, que ha de maniatar nuevamente a la industria. Pero no ocurre así desde el punto de vista de los intereses de la *clase capitalista.* Para su *desenvolvimiento,* la industria no necesita de la protección aduanera, pero la precisa el capitalista para asegurar su venta. Esto significa que las aduanas ya no sirven para proteger una producción capitalista incipiente contra otra de una mayor madurez, sino como medio de lucha de un grupo nacional de capitalistas contra otro. Las aduanas, además, no son ya necesarias, como medios de protección industrial, para crear y conservar un mercado interior, sino como recurso indispensable para cartelizar la industria, es decir, para la lucha de los capitalistas productores contra la sociedad consumidora. En fin, hay algo que no deja lugar a dudas sobre el carácter específico de la actual política aduanera, y es el hecho de que hoy, en general, no es la industria, sino la agricultura, la que juega el principal papel en ella. Lo que es igual a decir que la política aduanera ha llegado a ser, propiamente, un medio de *fundir intereses feudales en el molde capitalista y darles nueva vida.*

En el militarismo se ha operado igual cambio. Si contemplamos la historia, no como hubiera podido o debido ser, sino como fue realmente, será fácil comprobar que la guerra fue factor imprescindible en el desenvolvimiento capitalista. Derrotados o triunfantes, a las guerras deben los Estados Unidos y Alemania, los países balcánicos e Italia, Polonia y Rusia, el punto de arranque y creación y aparición de las condiciones precisas para su desarrollo industrial.

47

En tanto que hubo países cuya desmembración interior y aislamiento económico-cultural era necesario vencer, el militarismo jugó también un papel revolucionario en sentido capitalista. Hoy los tiempos han cambiado. Cuando la política mundial amenaza con sus conflictos, no se trata tanto de la apertura de nuevos países para el capitalismo, como de incompatibilidades surgidas en Europa y trasplantadas a otras partes del mundo, donde llegan a desbordarse. Los que hoy se presentan como enemigos, armas en mano, en Europa o en otro continente cualquiera, no son, de un lado, países capitalistas, y, de otro, países de economía natural,

sino Estados que, justamente por la semejanza de su alto desenvolvimiento capitalista, se ven arrastrados a un conflicto. En estas circunstancias, y una vez llegado el rompimiento, el conflicto sólo será, ciertamente, de trascendencia fatal si tiene como resultado una revolución y convulsión profundísima en la vida económica de todos los países capitalistas.

Distinto aspecto presenta esta cuestión desde el punto de vista de la *clase capitalista.* Para ella, el militarismo ha llegado a ser imprescindible por cuanto le interesa en un triple aspecto: primero, como medio de lucha de los intereses "nacionales" competidores y contra otros grupos nacionales; segundo, como medio importantísimo de inversión, tanto para el capital financiero como para el industrial, y tercero, como instrumento interno de dominación clasista, enfrente del pueblo trabajador —intereses todos que nada tienen que ver con el progreso en el modo de producción capitalista.

Y lo que más pone en evidencia este carácter específico del militarismo actual es, en primer término, su crecimiento general y porfiado en todos los países o, por decirlo así, por propio impulso mecánico e interno —fenómeno que hace dos decenios, no más, era completamente desconocido— y, además, la inevitabilidad, el carácter fatal de la explosión, la imposibilidad absoluta de determinar, hoy por hoy, el motivo que a ella ha de conducir, países interesados más directamente en la pugna, presa a disputar y otras circunstancias. Lo que para el desarrollo capitalista fue impulso vivificante se ha convertido en su mal endémico.

En la ya expuesta discordia existente entre el desarrollo capitalista y los intereses de clase hoy dominantes, el Estado se coloca al lado de estos últimos. Tanto como la burguesía se opone políticamente al desenvolvimiento social, perdiendo, por tanto, cada vez más, su carácter de representante de la sociedad en general y convirtiéndose, al propio tiempo y en medida equivalente, en simple *Estado de clase.* Ó, hablando más justamente: estas dos cualidades suyas tienden a distanciarse degenerando en contradicción a causa de la esencia misma del Estado. Contradicción señalada que, ciertamente, se hace más crítica cada día, pues, por un lado, las funciones del Estado, de carácter general, aumentan su intervención en la vida social y su "control" sobre ésta. Pero, por otra parte, su carácter de clase lo fuerza cada vez más a trasladar el punto de gravedad de su actividad y sus medios coercitivos a terrenos que sólo benefician a los intereses de clase de la burguesía, como son el militarismo y la política aduanera y colonial. En segundo lugar, su "control social" queda, por esta causa, influido y dominado por el carácter de clase (el trato dado a los trabajadores en todos los países).

48

La transformación señalada en la vida del Estado no contradice, sino más

bien concuerda perfectamente con el desarrollo de la democracia, en la que Bernstein ve igualmente el medio de implantar el socialismo gradualmente.

Según expone Schmidt, la consecución de una mayoría socialdemócrata en el parlamento será incluso el camino recto para esta gradual socialización de la sociedad. Las formas democráticas de la vida política son ahora, indudablemente, el fenómeno que expresa más fuertemente la conversión del Estado en sociedad, y constituye, por consiguiente, una etapa para la transformación socialista. Pero la discordia existente en el Estado capitalista —que nosotros ya explicamos— se manifiesta con la mayor claridad en el parlamentarismo moderno. Ciertamente, conocida su estructura, el parlamentarismo sirve para dar expresión, en la organización estatal, a los intereses de la sociedad, en general. Pero por otra parte, será únicamente la sociedad capitalista, es decir, una sociedad en que los intereses capitalistas dan la norma, la que encuentre esa expresión. Las instituciones, solamente democráticas por su forma, quedan por consiguiente, y dado su contenido, convertidas en instrumento de los intereses de clase predominantes.

Esto se manifiesta en forma convincente en el hecho de que, tan pronto como la democracia muestra la tendencia a olvidar su carácter de clase, convirtiéndose en instrumento de los verdaderos intereses del pueblo, la propia burguesía y su representación estatal sacrifican las formas democráticas. En vista de esto, la idea de una mayoría parlamentaria socialdemócrata se presenta, en el espíritu del liberalismo burgués, solamente como una posibilidad en que sólo el lado formal de la democracia cuenta, pero de ninguna manera su contenido real. Y entonces, el parlamentarismo se presenta, en general, para nosotros, no como un elemento inmediatamente socialista, que vaya a minar poco a poco la sociedad capitalista —como admite Bernstein— sino por el contrario, como un medio específico del Estado burgués que madura y da cima a las contradicciones capitalistas.

En vista de este desarrollo objetivo del Estado, la afirmación de Bernstein y Schmidt de que “el control social” por vía de crecimiento traerá inmediatamente el socialismo, se convierte en una frase que, día a día estará más en pugna con la realidad.

49

La teoría de la implantación gradual del socialismo tiende hacia una reforma progresiva, en sentido socialista, de la propiedad y del Estado capitalista. Sin embargo, ambos se desenvuelven, en la sociedad actual, por la fuerza objetiva de los hechos, en una dirección completamente opuesta. El proceso de producción se socializa más y más, y la intervención, el control del Estado sobre el proceso de producción, toma proporciones mayores. Pero la propiedad privada va adquiriendo, al propio tiempo, la forma más

cruda de explotación del trabajo ajeno, y el control del Estado se ve infiltrado, cada vez más, por intereses cerrados, absolutos, de clase. De esta forma, el Estado —es decir, la organización *política*— y las relaciones de propiedad —es decir, la organización *jurídica* del capitalismo—se convierten cada vez en *más capitalistas* por la fuerza misma del movimiento, pero no en más socialistas, y oponen a la teoría de la implantación gradual del socialismo dos dificultades insuperables.

La sugestión de Fourier de convertir en limonada el agua del mar por medio del sistema falansteriano fue, ciertamente, fantástica. Pero la idea de Bernstein de transformar el mar de la amargura capitalista en uno de dulzuras socialistas, vertiendo a vasos la limonada reformista, además de ser de un dudoso gusto, no cede en fantasía a la otra.

Las relaciones de producción de la sociedad capitalista se aproximan más y más a la socialista, en tanto que, por el contrarío, las relaciones jurídicas y políticas elevan, entre la sociedad capitalista y la socialista, un muro cada vez más alto. No será por el desarrollo de la democracia y la reforma social como este muro caerá al suelo, puesto que, al contrario, ambas lo hacen más espeso y fuerte. Para derribarlo sólo tendrá fuerza el mazazo de la revolución, es decir, la conquista del poder político por el proletariado,

# V. CARÁCTER GENERAL Y CONSECUENCIAS PRACTICAS DEL REVISIONISMO

Ya en el primer capítulo procuramos demostrar que la teoría bernsteiniana desplaza el socialismo de nuestro programa de su base materialista, para trasplantarlo a una base idealista. Esto en cuanto a los fundamentos teóricos. Pero, ahora bien: ¿cómo resulta la teoría de Bernstein traducida a la práctica? Cierto que no se diferencia, en sentido formal e inmediato, de la práctica usual hasta ahora en la lucha socialdemócrata. Sindicalización, lucha por reformas sociales y democratización de las instituciones políticas; lo mismo, al menos en la forma, de lo que en la socialdemocracia constituye la actividad del partido. La diferencia, pues, no está en el *qué*> sino en el *cómo.*

Según se desarrollan actualmente los acontecimientos, la lucha parlamentaria y sindical se concibe como un medio de educar y llevar al proletariado poco a poco a la conquista del poder político. Mas, en vista de la imposibilidad e inutilidad de esta conquista, opina la concepción revisionista que se debe tender simplemente a conseguir resultados inmediatos, esto es, a elevar la condición material del obrero y a limitar gradualmente la explotación capitalista, ampliando el control social.

50

Si prescindimos del fin de la inmediata elevación de la condición del obrero —ya que este punto es común a ambos criterios, tanto al seguido hasta hoy en el partido como al revisionista— tendremos que toda la diferencia consistirá, dicho en pocas palabras, en lo siguiente: según la opinión en uso, la importancia socialista de la lucha sindical y política consiste en que da al proletariado, es decir, al factor *subjetivo* de la transformación social, la preparación necesaria para llevar ésta a cabo. Pero, según Bernstein, la diferencia estriba en que la lucha política y sindical deber ir limitando, si bien gradualmente, la explotación capitalista; ha de despojar cada vez más, a la sociedad capitalista, de su carácter de clase, marcándole la impronta socialista; en una palabra, debe llevar adelante la transformación socialista en un sentido *objetivo.* Si apreciamos las cosas más de cerca, veremos que ambas concepciones son perfectamente opuestas. La opinión que priva en el partido es la de que el proletariado llegará, con el ejercicio de la lucha política y sindical, a convencerse de la imposibilidad de cambiar fundamentalmente su situación por medio de esta lucha, así como también de la inevitabilidad de una conquista final de los instrumentos políticos del poder. Pero, en el concepto de Bernstein, se parte

del supuesto de la imposibilidad de esta toma política del poder estatal, implantándose el socialismo por simple lucha política y sindical.

Según la interpretación bernsteiniana, el carácter socialista de la lucha económica y parlamentaria se encuentra, precisamente, en esa fe, en una gradual influencia socialista sobre la economía actual. Pero ya hemos tratado de demostrar que tal influencia es una fantasía. La organización capitalista de la propiedad y del Estado lleva una dirección opuesta. Y ello hace que la lucha práctica, diaria, de la socialdemocracia pierda, en última instancia, toda relación con el socialismo. El socialismo trascendente, verdadero, de la lucha sindical y política consiste en que, al educar el juicio y la conciencia del proletariado, lo organiza como clase. Pero si. por el contrario, este juicio y conciencia se entienden como medios para una inmediata socialización de la economía capitalista, además de negar la virtud socializante que se les atribuye, perderán también su otra significación: la de ser medios de educar a la clase trabajadora para la conquista proletaria del poder.

Cometen, pues, Bernstein y Schmidt una gran equivocación, cuando afirman que dirigir toda la lucha en favor de los sindicatos y las reformas sociales no significa abandonar el objetivo final, puesto que todo paso dado en aquel terreno repercute sobre éste, acercándonos a el, ya que el socialismo es inmanente en la tendencia misma del movimiento. Esto es, ciertamente, lo que en general ocurre con la táctica actual de la socialdemocracia alemana, donde a la lucha sindical y en pro de beneficios sociales *precede,* como guía, la consciente y firme tendencia hacia la conquista del poder político. Si nos separamos de esta tendencia, previamente admitida en el movimiento, y colocamos las reformas sociales como fin inmediato y único, conseguir estas ventajas no nos llevará a la realización de los fines socialistas, sino más bien a lo contrario.

51

Schmidt se confía simplemente a la —llamémosla así— técnica del movimiento, por entender que, una vez en marcha, no podrá detenerse por sí misma, basándose en el sencillo argumento de que comiendo se abre el apetito, de que “el comer y el rascar todo es empezar'*, y en que la clase trabajadora jamás se dará por satisfecha, en tanto no consiga la transformación social. La última suposición es verdaderamente justa, y esto mismo nos garantiza la insuficiencia de las reformas sociales. Pero la consecuencia que de ella se saca sería verdadera sólo si se pudiera construir una cadena de reformas sociales cada vez más progresivas, que enlazara, directamente con el socialismo, el actual orden social, y esto no es más que una fantasía. Por la naturaleza misma de las cosas la cadena se partiría más bien, siendo entonces múltiples los caminos que, desde este momento, el movimiento puede llevar.

Más fácil y presumible será entonces un abandono, un cambio de táctica. en el sentido de conseguir, por todos los medios, resultados prácticos en la lucha, obtener mejoras sociales. Aquel irreconciliable y absoluto punto de vista clasista que existe solamente en la idea de la conquista política del poder, se convertirá en impedimenta embarazosa tan pronto como los resultados prácticos e inmediatos constituyan el objetivo único. La consecuencia lógica será, pues, una "política de compensación" —o hablando claramente: una política de toma y daca— y una hábil actitud conciliadora, propia de políticos profesionales. Pero el movimiento no puede quedar mucho tiempo detenido por esta causa. Pues como las mejoras sociales jamás, en el mundo capitalista, llegan a tener actualidad ni eficacia —cualquiera sea la táctica que se emplee—, la consecuencia, inmediata será la falta de fe en una reforma social, es decir, en esa bahía tranquila donde actualmente los profesores Schmolíer y compañía se dedican al pacífico estudio de soluciones a gusto de ambas partes, para, al final, encomendar todo a la voluntad de Dios.* El socialismo no surge espontáneamente de las luchas diarias de la clase trabajadora y bajo cualquier circunstancia, Es el resultado sólo de las contradicciones, mayores cada vez, de la economía capitalista, y del convencimiento, por parte de la clase obrera, de la necesidad de que estas contradicciones desaparezcan por una transformación social. Si negamos las unas y desechamos la otra, como hace el revisionismo, entonces el movimiento obrero se limitará inmediatamente a simples sindicalerías más o menos sociales, llegando, en último extremo y por propia fuerza de gravedad, al abandono de toda posición clasista.

* Los profesores Schmolíer. Brentano y otros, celebraron un congreso en Eisenach, el año de 1872. El objetivo era conseguir la implantación de mejoras sociales en beneficio de la clase obrera. Para lograrlo, constituyeron la "Unión pro reformas sociales". Años más tarde, cuando la persecución de los socialistas se agudizó, estas lumbreras del socialismo, corno diputados del Reichstag, votaron la prórroga de la ley de excepción que condenaba a los socialistas a la ilegalidad. Toda la labor de esta "Unión" quedó limitada a discutir, en sus asambleas anuales, prolijas memorias sobre cuestiones diversas, escritas en tono doctoral y publicadas por ellos mismos. Acertadamente, el liberal Oppenheim, les llamó con ironía, "socialistas de cátedra". [E.]

52

Las consecuencias serán claras si contemplamos la teoría revisionista desde otro aspecto, y nos hacemos la pregunta de cuál es el carácter de esta interpretación social. Claro es que el revisionismo no descansa sobre la misma base que las relaciones de producción capitalista ni niega sus contradicciones, como hacen los economistas burgueses. Al igual que la concepción marxista, parte más bien, en su teoría, de estas contradicciones como condiciones preliminares existentes. Mas, por otra parte —y aquí está, en general, tanto el punto más importante de su concepción como la diferencia con la interpretación socialdemócrata que rige hasta el presente—, no basa su teoría sobre la *anulación* de estas contradicciones

por medio del propio desenvolvimiento futuro. Su teoría equidista de ambos extremos. No pretende llevar las contradicciones capitalistas al máximo, eliminándose luego por un golpe revolucionario, sino que quiere descabezarlas, *seccionarlas.* De esta forma la desaparición de las crisis, así como las coaliciones de empresas, embotarán la contradicción existente entre producción y cambio; la elevación de la situación del proletariado y la supervivencia de la clase media acabarán con el antagonismo existente entre trabajo y capital, y el mayor control y la democracia anularán la pugna surgida entre el Estado de clase y la sociedad en general.

Desde luego, la táctica corriente socialdemócrata no consiste en *esperar* el desarrollo de las contradicciones capitalistas hasta su momento extremo, para luego derribarlas simplemente. Por el contrario: nos apoyamos, desde luego, en la ya estudiada *dirección* del movimiento capitalista, para después, en la lucha política, llevar sus consecuencias al máximo, en lo cual consiste, por lo demás, la esencia de toda táctica revolucionaria. He ahí la razón de por qué la socialdemocracia combate, en todo momento, tanto el militarismo como la lucha aduanera, y no sólo cuando su carácter reaccionario ya ha Llegado a manifestarse. Pero Bernstein apoya en general su táctica, no sólo sobre la agravación y consecuente desarrollo de las contradicciones capitalistas, sino sobre el aplacamiento de éstas. Él mismo lo ha dado a conocer con toda precisión al hablar de una adaptación o acomodo de la economía capitalista. ¿Cuándo será verdad esa adaptación? Todas las contradicciones de la sociedad actual son simples resultados de la manera de producir capitalista. Si suponemos que esta forma de producción seguirá desenvolviéndose en la misma dirección que hasta ahora, con ella habrían de desarrollarse, al propio tiempo, todas sus contradicciones, más graves y extremas cada vez, no más débiles e inocuas. En última instancia supone también Bernstein que hasta a la forma capitalista de producción se le pueden poner trabas. Dicho en pocas palabras: la teoría bernsteiniana viene a creer, en general, en *un alto en el progreso capitalista,* en la desaparición de su carácter contradictorio.

53

Pero al afirmarlo así, la teoría queda juzgada por sí misma, y, ciertamente, en doble sentido. Primeramente pone de manifiesto el carácter *utópico* de la misma con respecto al objetivo socialista final, pues desde un principio está bien claro que un estancamiento del desarrollo capitalista no puede conducir a una transformación socialista, demostrándose aquí la verdad de nuestra manera de juzgar el resultado práctico y negativo de la teoría bernsteiniana; y en segundo lugar, ésta descubre su carácter *reaccionario* con respecto al desarrollo capitalista, verdaderamente rápido y espontáneo. Y ahora se impone la pregunta, ¿cómo ha de explicarse, o más bien caracterizarse, la concepción de

Bernstein frente a este desarrollo capitalista?

Desde luego, creemos haber probado, en el primer capítulo, la poca firmeza de los supuestos económicos de que parte Bernstein, cuando, al explayar su teoría de la "adaptación" capitalista, hizo el análisis de las actuales condiciones sociales. También vimos que ni el crédito ni los cárteles pueden concebirse como "medios de adaptación" de la economía capitalista, de igual manera que ni la desaparición temporal de las crisis ni la supervivencia de la clase media pueden entenderse como síntomas de la adaptación capitalista. Pero en el fondo de cualquier —llamémoslo así— detalle de la teoría de adaptación, existe un rasgo común y característico. Esta teoría concibe todos los fenómenos de la vida económica que estudia, no en su dependencia orgánica con el desarrollo económico en general, y en su relación con el mecanismo económico total, sino independientes por sí, de generación espontánea, como *disfecta membra,* como rueda separada de una máquina sin vida. Así tenemos, por ejemplo, cómo concibe la virtud de adaptación del crédito.

Si consideramos el crédito como un paso superior e instintivo de las contradicciones inmanentes en el intercambio nos será imposible ver en él un "medio de adaptación" mecánico y permanente, funcionando, al propio tiempo, al margen de ese cambio; de la misma manera que no podemos considerar la mercancía, el capital y aun el mismo dinero, como un "medio de adaptación" del capitalismo. Pero el crédito es, en cierto grado de la economía capitalista, tan miembro de ésta como puedan serlo el dinero, la mercancía o el capital, y en ese momento constituye, al igual que cualquiera de éstos, tanto una rueda imprescindible de su maquinaria, como un instrumento de destrucción, por cuanto eleva las contradicciones internas.

54

Otro tanto ocurre con los cárteles y el mejoramiento ele los medios de comunicación.

La misma concepción mecánica y poco dialéctica se aprecia en la manera que Bernstein tiene de considerar la desaparición de las crisis como un síntoma de "adaptación" de la economía capitalista. Para él, las crisis son simplemente trastornos de la economía capitalista, permitiendo a ésta, al ser eliminados, un funcionamiento normal. Pero en el justo sentido, las crisis no son tales "trastornos", o, mejor dicho, son "trastornos", pero sin los cuales la economía capitalista, en conjunto, no puede marchar en forma alguna. El hecho de que las crisis son posibles solamente sobre una base capitalista, y, por lo tanto, constituyen el método normal de liquidar periódicamente la disensión existente entre la ilimitada capacidad extensiva propia de la producción actual y los estrechos límites del mercado, nos muestra que las crisis son fenómenos orgánicos e inseparables de la

economía capitalista en su totalidad. Peligros más grandes que las mismas crisis existen, para la producción capitalista, en un progreso "sin trastornos", en un desarrollo normal. Y se deben, principalmente, a la baja continua de la cuota de beneficio, cuota que no es consecuencia automática de la contradicción entre producción y cambio, sino del desarrollo de la productividad del trabajo; baja, además, que marca una tendencia, sumamente peligrosa, a imposibilitar la entrada en la producción a los capitales medianos y pequeños, y a evitar, por tanto, la constitución de nuevos capitales, poniendo barreras al aumento en las inversiones de éstos.

Pero justamente, las crisis —que, como las otras consecuencias, son resultados del mismo proceso de producción— ocasionan de manera simultánea, y debido a la *desvalorización* periódica del capital, al abaratamiento de los medios de producción y a la paralización de una parte del capital activo, el alza del beneficio, dando lugar a nuevas inversiones y, con ello, al progreso de la producción. Así, pues, las crisis se presentan como medios de avivar continuamente el fuego de la producción capitalista y su desaparición absoluta —y no, como nosotros suponemos, en un determinado momento de la formación definitiva del mercado mundial— llevaría directamente a la economía a la paralización. Pero no, como Bernstein supone, a un nuevo florecimiento. Debido a tan mecánico modo de pensar —lo cual caracteriza a toda su teoría de adaptación—, Bernstein olvida la necesidad de las crisis y la de nuevas y cada vez mayores inversiones de pequeños y medianos capitales, y ello porque, entre otros errores, se imagina el renacimiento del pequeño capital como un síntoma capitalista de paz, y no una manifestación normal del desarrollo-capitalista, como lo es, realmente.

55

Existe ciertamente un punto de vista desde el cual todos los fenómenos aquí estudiados se presentan en forma igual a como son concebidos por la "teoría de adaptación". Y este punto de vista es el del capitalista *particular,* que los imagina tal y como se los hacen ver los hechos de la vida económica, si bien desfigurados por la ley de la competencia. El capitalista particular ve, efectivamente y en primer lugar, cualquier parte orgánica del conjunto económico como un todo independiente por sí; la ve, además, en el aspecto en que obra sobre él, capitalista particular, y, por lo tanto, la considera, ya como mero "trastorno", ya como simple "medio de adaptación". Para el capitalista particular, las crisis son más bien simples "trastornos", cuya desaparición le permite un mayor plazo de vida; y al crédito lo considerará igualmente como un medio de "adaptar" sus insuficientes fuerzas de producción a las exigencias del mercado, y no dudará de que el cártel del cual entra a formar parte ha de suprimir de un modo efectivo la anarquía de la producción.

En una palabra: la teoría de la adaptación de Bernstein no es más que una generalización teórica de la forma de ver las cosas del capitalista particular. Pero esta manera interpretativa, ¿qué es, en su expresión teórica, sino lo característico y esencial de la economía vulgar burguesa? Todos los errores económicos de esta escuela descansan, justamente, sobre la equivocación de considerar como propios de la economía en conjunto, ciertos fenómenos de la concurrencia tal y como resultan vistos por los ojos del capitalista individual. Y de igual modo que Bernstein entiende el crédito, considera la economía vulgar el *dinero;* es decir, que lo ve como un ingenioso "medio de adaptación" a las necesidades del cambio. La economía vulgar busca, en los fenómenos capitalistas, incluso el contraveneno de los males propios de este sistema. Cree, en concordancia con Bernstein, en la *posibilidad* de regular la economía capitalista, y de acuerdo siempre con él, se refugia en último momento, en un embotamiento de las contradicciones capitalistas y en un taponamiento de sus heridas. O, más bien, dicho con otras palabras, recurriendo a un proceso reaccionario, en vez de revolucionario, y aceptando, por lo tanto, una utopía.

La teoría revisionista, apreciada en su conjunto, la explicaremos, pues, como una *teoría del estancamiento socialista, basada al modo de la economía vulgar, en una teoría del estancamiento capitalista.*

*Segunda parte*[1]

## I. EL DESAROLLO ECONÓMICO Y El SOCIALISMO

La más grande conquista de la lucha obrera de clases durante el curso de su desarrollo fue descubrir el momento en que la realización del socialismo nace de las relaciones económicas de la sociedad capitalista. He aquí por qué el socialismo, que para la humanidad fue durante miles de años un "ideal" irrealizable, ha llegado a constituir una *necesidad histórica.*

56

Bernstein combate la creencia de que en la sociedad actual se estén dando las condiciones económicas que son preliminares del socialismo. Por ello, en vías de demostración, forja un interesante desarrollo para el capitalismo. En la *Neue Zeit* combatió ya la rapidez de la concentración en la industria, apoyando sus argumentos en una comparación de los datos sacados de la estadística de fábricas en Alemania en 1882 y en 1895. Entonces, con el fin de aprovechar para sus fines estos datos, recurrió a experimentos tan mecánicos como superficiales. Pero ni aun en el caso más favorable, a pesar de aludir a la consistencia apreciable en la clase media, pudo destruir en lo más mínimo el análisis marxista. Marx no señala un *compás* o ritmo determinado para la concentración de la industria, es decir, un *plazo* calculado para la realización de los fines socialistas y menos aún considera —como ya hemos demostrado— la *desaparición absoluta* del pequeño capital y, por lo tanto, la de la pequeña burguesía como condición precisa para la realización del socialismo.

Al desarrollar sus puntos de vista, Bernstein nos ofrece en su libro un mayor caudal demostrativo, como, por ejemplo, la *estadística de las sociedades anónimas,* que tiene como fin probar que el número de los accionistas aumenta sin cesar; es decir, que la clase capitalista no disminuye, sino que, por el contrario, se hace cada vez mayor. Asombra verdaderamente el poco conocimiento que Bernstein demuestra tener del material que maneja y el poco partido que saca de él para sus fines.

Si con las sociedades anónimas quiso demostrar algo contra la ley marxista del desarrollo industrial, hubiera debido presentar otras cifras. Todo el que conozca la historia de las sociedades anónimas en Alemania,

---

[1] * Cuando en 1890, Bernstein publicó su libro *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia,* Rosa Luxemburgo atacó de nuevo tas posiciones revisionistas del mismo, en una serie de artículos publicados igualmente en la revista *Leipziger Volkszeitung.* Dichos artículos constituyen esta segunda parte de *Reforma o revolución.* [E.]

sabe que el capital inicial medio correspondiente a una industria se halla en *disminución* constante. Así, pues, el importe de este capital en Alemania fue de cerca de 10,8 millones de marcos antes de 1871; sólo de 4,01 millones en 1871; en 1873, 3,8 millones; de 1883 a 1887, menos de un millón: en 1890, 0,56 millones; en 1892, 0,62 millones. Desde entonces las cifras fluctúan entre el millón de marcos, aunque en 1895 volvieron a subir a 1,78 millones, para descender nuevamente a 1,19 millones en el primer semestre de 1897.[2]

¡Oh, el poder de los números! A este paso Bernstein llegaría incluso a deducir de ellos una completa tendencia *antimarxista, y* hablaría del retroceso de la gran fábrica a la pequeña. Pero entonces se le podría contestar que si con esta estadística pretende demostrar algo, debe convencernos previamente de que se refiere a una *misma* rama de la producción *y de* que las empresas más pequeñas ocupan el *lugar* de las grandes ya existentes, y no van allí donde hasta ahora vivió el capital particular, el taller o la industria enana. Mas no llegará a probar nada; puesto que si tras de las grandes asociaciones anónimas han venido las medias y las pequeñas, es fenómeno que sólo puede explicarse por el hecho de que el capital en acciones nutre continuamente *nuevas* ramas, y que si al principio sólo tuvo aplicación para la formación de empresas gigantescas, hoy es adoptado en todas partes, tanto para la mediana como para la pequeña industria. (Hay ya sociedades anónimas con mil marcos de capital, y aun con menos.)

57

Pero ¿qué importancia tiene, desde el punto de vista de la economía política, esta extensión cada vez mayor del capital en acciones? Significa la *progresiva socialización de la producción* en su forma capitalista; la socialización, no sólo de la gran producción, sino de la media y hasta de la pequeña; es decir, algo que no se opone a la teoría marxista, sino que le presta una mayor validez.

En efecto, ¿en qué consiste el fenómeno económico de las sociedades por acciones? Por una parte, en la reunión de muchas pequeñas fortunas en dinero en un capital de producción. Por otra parte, en separar la propiedad del capital y la producción; es decir, en una doble superación de la manera de producir capitalista —siempre, claro, sobre una base capitalista. En vista de ello, ¿qué significa la estadística mentada por Bernstein, que registra el gran número de accionistas interesados en una empresa? No prueba sino que, actualmente, una empresa capitalista no pertenece a un propietario de capital, como antes, sino a (oda una multitud, a un número cada vez mayor de propietarios de capital; que por consiguiente, el concepto económico

[2] Van der Borght: *Diccionario de economía política.*

"capitalista" ya no coincide con el individuo particular; que el actual capitalista industrial es una personalidad compleja compuesta de cientos y hasta de miles de personas; que el concepto "capitalista", incluso en el marco de la economía capitalista, se convirtió en una categoría social al socializarse aquélla.

Pero en vista de ello, ¿cómo se explica que Bernstein conciba el fenómeno de las sociedades por acciones justamente como un fraccionamiento y no como una reunión del capital? ¿Cómo se explica que vea una difusión de la propiedad capitalista allí donde Marx aprecia una limitación de esta propiedad? Se explica por un error muy sencillo, propio de la economía vulgar. Porque Bernstein entiende por capitalista, no una categoría de la producción, sino un derecho de propiedad; no una unidad económica, sino una unidad político-contributiva, y al capital no lo ve como un todo dentro de la producción, sino únicamente como capitales pecuniarios, fortunas en dinero. Por ello ve en el trust textil inglés, no la compleja. soldadura de doce mil trescientas personas en una, sino doce mil trescientos capitalistas de cuerpo entero, siendo esta la razón por la cual considera capitalista incluso a su ingeniero Schulze, luego de haber recibido como dote de la esposa "una mayor cantidad de acciones'', razón para que se imagine que el *mundo está plagado de "capitalistas"*.[3]

58

Pero, en todo momento, el error de economía vulgar cometido por Bernstein es, simplemente, la base teórica que sirve para toda una vulgarización del *socialismo.* Cuando Bernstein traslada el concepto capitalista, desde las relaciones de producción, a las de propiedad, y cuando habla "de hombres en vez de empresarios", lleva también la cuestión del socialismo, desde el terreno de la producción al de las relaciones pecuniarias; de la relación de *capital* y *trabajo* a la de *rico* y *pobre.*

Y aquí nos encontramos con que hemos retrocedido, desde Marx y Engels, al autor del *Evangelio del pobre pecador,* con la sola diferencia de que Weitling,[4] con acertado instinto proletario, *reconocía,* aun en forma

[3] N. B. Bernstein cree ver, en esta multitud de pequeños accionistas, una demostración de que la riqueza social empieza ya a derramar su bendición sobre las gentes modestas en forma de acciones. En efecto, ¿habrá pequeño burgués u obrero que renuncie a comprar acciones por la módica suma de una libra esterlina? Claro que no. Pero ello se debe a un error de cálculo, puesto que no hay que operar con el valor nominal, sino con el *electivo.* Ejemplo: en el mercado minero se cotizan las acciones de las minas sudafricanas del Rand. El precio de estas acciones es, como el de casi todos los valores mineros, de una libra, es decir, de veinte marcos papel. Pero su precio, en 1899, era ya, según cotización del mes de marzo, de 43 libras, o sean 860 marcos. Y esto es lo que suele ocurrir por regla general. Las "pequeñas" acciones por muy democráticas que parezcan, sólo suelen estar al alcance de la gran burguesía y pocas veces al de la pequeña, pero en cuanto a) proletariado, bien puede despedirse de estos bonos de participación en la riqueza social, pues son contadísimos los accionistas que las adquieren en su valor nominal.

[4] Wilhelm Weitling desarrolló una teoría del comunismo igualitario, de la que Marx mostró c) carácter utópico. Su obra principal es *Garantías de la armonía y de la libertad* (1842). [E.]

primitiva y en esta contradicción de rico y pobre, los antagonismos de clase, y pretendía convertirla en palanca del movimiento social; en tanto que Bernstein, por el contrario, ve al socialismo en la transformación de los pobres en ricos, es decir, en la lenta desaparición de los antagonismos de clase, y adivina el futuro socialista al final de un proceso pequeñoburgués.

Desde luego, Bernstein no se limita a la estadística de ingresos. Nos da también la estadística de fábricas, e incluso de distintos países: de Alemania, Francia, Inglaterra, Suiza, Austria y Estados Unidos. Pero, ¿qué estadística nos muestra? No creamos que son datos de *diversos momentos,* pero iguales para todos los países, sino que toma para cada país un momento distinto. No compara, por ejemplo —si exceptuamos a Alemania, en que repite su antigua comparación de 1882 a 1895—, el estado de la división de las fábricas en un país y en determinados momentos, sino solamente cifras *absolutas* para los diversos países. (De Inglaterra, el año 1891; de Francia, 1894; de Estados Unidos, 1890, etcétera.) La deducción que saca es que "si en la industria, hoy, la gran fábrica ha alcanzado el predominio, aun sumándole las pequeñas fábricas que de ellas puedan depender, no representan, en países tan progresistas como Prusia, más de la *mitad de la población que toma parte activa en la producción,* y lo mismo ocurre en Alemania en general, Inglaterra, Bélgica, etcétera.

59

Lo que con ello se demuestra no es, ciertamente, esta o aquella *tendencia del desenvolvimiento económico,* sino, simplemente la *relación absoluta de fuerzas* entre las diversas formas de empresas, o de las diversas clases de productores. Si con ello ha de demostrarse la carencia de posibilidades socialistas, también se manifiesta, en el fondo de toda esta demostración, una teoría según la cual la relación física y numérica de las fuerzas en lucha, es decir, el simple momento de la *violencia* será lo que determine el resultado de las dos tendencias sociales: capitalismo y socialismo.

No cejando un solo momento en sus sospechas blanquistas, Bernstein incurre aquí, para no pecar de monótono, en la más torpe equivocación del blanquismo —claro que siempre con la diferencia de que, representando los partidarios de Blanqui una tendencia revolucionaria y socialista, suponían natural la realización del socialismo, y, por tanto, fundaban sus esperanzas en una poderosa revolución, aun hecha por una pequeña minoría, en tanto que Bernstein deduce la imposibilidad socialista de la insuficiencia numérica de la mayoría del pueblo. La socialdemocracia no cree llegar a su meta ni por la violencia triunfante de la minoría ni por la ventaja numérica de la mayoría, sino por la necesidad económica y reflexionando sobre esta necesidad, la cual exige la anulación del capitalismo por a masa del pueblo, luego de hacerla necesaria, ante todo, la *anarquía capitalista.*

En cuanto a esta última y decisiva cuestión de la anarquía, Bernstein llega a negar las grandes crisis de carácter más o menos general, si bien no las crisis nacionales y parciales. Hasta pone en duda la anarquía, aunque acepta al propio tiempo —y usemos alguna vez las palabras de Marx— como a aquella doncella alocada que tuvo un niño y que se disculpaba diciendo: "sí; pero es muy pequeñito".

Lo malo del asunto está en que en ciertas cosas como la anarquía, poco es tan malo como mucho. Si Bernstein acepta un tanto de anarquía, ya se cuidará por sí el mecanismo de la economía mercantil de llevar esta anarquía hasta... hasta el derrumbamiento.

Pero si Bernstein espera que, conservando la producción mercantil, ese poco de anarquía se convertirá paso a paso, en armonía y orden, caerá nuevamente en uno de los errores fundamentales de la economía vulgar burguesa, al considerar independientes entre sí las maneras do producir y cambiar.

Éste no es el lugar más oportuno para mostrar en su conjunto la sorprendente confusión en que incurre Bernstein en su libro, en relación con los más elementales principios de la economía política. Pero hay un punto, al cual nos llevan los orígenes de la anarquía capitalista, que debe ser aclarado.

60

Bernstein asegura que la teoría del *valor por el trabajo,* de Marx, es una abstracción, lo cual, según él, en economía política supone claramente un insulto. Pero si el valor por el trabajo no es más que una abstracción, una "quimera", según Bernstein, tendremos que todo honrado ciudadano que haya cumplido su servicio militar y pague religiosamente todos los impuestos, tendrá el mismo derecho que Carlos Marx para hacer de cualquier estupidez una "quimera", como, por ejemplo, la de la teoría del valor.

> Marx —dice Bernstein— tiene un perfecto derecho a hacer caso omiso de las propiedades de las mercancías, por cuanto, en último extremo, siempre serán materializaciones de cantidades de simple trabajo humano —así como a la escuela de Böhm-Jevons le está permitido hacer abstracción de las cualidades todas de las cosas, a excepción de su utilidad.

Entre el trabajo social marxista y la utilidad abstracta de Menger[5] no

[5] Kart Menger escribe en 1871 los *Principios (Grundsatze)*. En esta obra, formula su principio de la pérdida y de la igualación de las utilidades marginales, distinguiendo igualmente dos clases de mercancías, las

parece que Bernstein aprecie ninguna diferencia: para él, todo es pura abstracción. Parece, pues, haber olvidado que la abstracción marxista no es un invento, sino un descubrimiento; que éste no estaba en la cabeza de Marx, sino en la economía mercantil; que, socialmente, implica algo real, tan real que puede cortarse, unirse, pegarse o marcarse. El trabajo humano abstracto, descubierto por Marx, no es precisamente en su forma desdoblada, otra cosa que... *dinero.* Y esto es uno de los más grandes descubrimientos de Marx, en tanto que para la economía burguesa en general, desde el primer mercantilista hasta el último, la esencia mística del dinero sigue siendo el libro cerrado con siete sellos.

Por el contrario, la utilidad abstracta de Bóhin-Jevons es simplemente una quimera o, más bien, un producto de su calenturienta fantasía; una estupidez de la cual no puede hacerse responsable a una sociedad mercantil ni a cualquier otra sociedad humana, sino únicamente a la economía vulgar burguesa. Dueños de esta "quimera", tanto Bernstein, como Böhm. como Jevons, pueden mantenerse todavía una veintena de años, al frente de la comunidad subjetiva de fieles, ante el divino misterio del oro, sin que lleguen a ninguna otra solución que a la que cualquiera tiene olvidada por archisabida: que el dinero es también una cosa "útil".

61

Ante la teoría del valor de Marx, Bernstein llega a perder por completo la cabeza. Pero todo el que tenga algún conocimiento del sistema económico marxista comprende claramente que, sin la teoría del valor, el sistema, en su totalidad, se hace incomprensible; o, hablando más concretamente, si no se comprende la esencia de la mercancía y de su cambio, la economía capitalista en general y todo su mecanismo quedarán en las tinieblas.

Pero, ¿cuál es la llave mágica que permite a Marx violar hasta los secretos más íntimos de todos los problemas capitalistas; qué le llevó a resolver, con rapidez maravillosa, problemas cuya existencia ni aun las más grandes inteligencias de la economía clásica capitalista, como Smith y Ricardo, acertaron siquiera a sospechar? Esta clave no fue otra que concebir la economía capitalista en su conjunto como un fenómeno histórico, y no ciertamente en relación con el pretérito —como fue costumbre, incluso en los más felices momentos de la economía clásica—, sino en marcha

---

mercancías de "orden primero" y las mercancías de "orden más alto". El mismo año de 1871, aparece también la *Theory of Political Economy* de W. S. Jevons, que inicia la llamada "revolución jevoniana". Más tarde, E. Böhm-Bawerk, publica la *Teoría positiva del capital* (1891) *y La conclusión del sistema de Kart Marx* (1896) [en *Economía burguesa*] *economía socialista,* Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, n. 49, 1974, pp. 23-127]. La característica general de estos tres representantes de la economía política, es su proyecto de refutación de la teoría marxista de la plusvalía. J. A. Schumpeter, en su *Historia del análisis económico* [FCE, México, 1971], llama a E. Bbhm-Bawerk el "Marx de la burguesía". Se entiende así, que las críticas que R. Luxemburgo hace a Bernstein, alcancen igualmente a estos tres representantes de la economía burguesa que intentan "superar" a Marx. [E.]

progresiva, y no sólo con respecto a la economía feudal, sino, sobre todo, en relación con un *futuro socialista.* Aquello que la teoría marxista del valor, el análisis del dinero, las teorías del capital y de la cuota de beneficio encierran en sí, es... el carácter efímero y temporal de la economía capitalista, su derrumbe, es decir —y he aquí su reverso—, el *objetivo final socialista.* Justamente sólo debido a que Marx examinó, de. antemano y como socialista, la economía actual *bajo un punto de vista histórico,* pudo descifrar sus jeroglíficos, y si pudo dar una base científica al socialismo fue porque hizo, del punto de vista socialista, *el de la partida* para el análisis científico de la sociedad burguesa.

En ello está la piedra de toque de las observaciones de Bernstein hechas al final de su libro, cuando se lamenta del "dualismo", de

> un dualismo que se aprecia en toda la obra monumental de Marx, [de] un dualismo consistente en que esta obra pretende ser científica exploración y, sin embargo, trata de demostrar una tesis ya dada antes de la concepción de la obra misma; fundándose sobre una fórmula en la cual el resultado a que su desarrollo hubiera de conducir se halla fijado de antemano. El retroceso al *Manifiesto comunista* (*es decir, al* objetivo final socialista) demuestra la persistencia, en la conciencia de Marx, de restos efectivos de utopismo.

Pero el "dualismo" marxista no es más que el dualismo existente entre el porvenir socialista y el presente capitalista; el de capital y trabajo, de proletariado y burguesía: es el reflejo monumental y científico del *dualismo existente en la sociedad burguesa, de sus propias contradicciones.*

62

Al apreciar Bernstein este dualismo teórico de Marx como "una reminiscencia del utopismo", enjuicia de una manera infantil, negando el dualismo histórico en la sociedad burguesa y las contradicciones capitalistas de clase, hasta el punto de que, para él, el socialismo ha llegado a ser una "reminiscencia utópica". El "monismo", esto es, la ordenación dada por Bernstein, es la ordenación del orden capitalista como eterno; la ordenación de un socialista que ha olvidado su objetivo final para adivinar el fin del desenvolvimiento humano dentro de una sociedad burguesa única e invariable.

Pero si Bernstein ve en la estructura económica del capitalismo incluso la dualidad, pero no el desenvolvimiento hacia el socialismo, con el fin de salvar -—al menos en su forma— el programa socialista, ha de recurrir a una construcción idealista al margen del desarrollo económico, transformando el propio socialismo, de una fase histórica determinada del desarrollo

económico, en un “principio” abstracto. El “principio cooperativista” de Bernstein, que ha de ser disfraz y adorno de la economía capitalista; esa finísima “quintaesencia” del objetivo final socialista, se presenta ante nosotros, no como un testimonio de su teoría burguesa sobre el futuro socialista de la sociedad, sino como prueba irrecusable del pasado socialista. . . de Bernstein.

62

## II. SINDICATOS, COOPERATIVAS Y DEMOCRACIA POLITICA

Ya hemos visto que el socialismo de Bernstein discurre sobre dejar a los trabajadores participar en la riqueza social, convertir a los pobres en ricos. ¿Cómo puede verificarse esto? En los artículos publicados en la *Neue Zeit* y titulados *Problemas del socialismo,* Bernstein deja entrever indicios apenas reconocibles, aunque en su libro da conclusiones sobre esta cuestión. Su socialismo ha de realizarse por dos medios: por el de los sindicatos, Llamado por Bernstein de la democracia económica, y el de las cooperativas. Por el primer sistema pretende acabar con el beneficio industrial; por el segundo, con el comercial.

En lo que respecta a las cooperativas, muy particularmente a las de producción. representan, debido a su esencia interna, un algo *híbrido* dentro de la economía capitalista; una. producción socializada en pequeño dentro del régimen capitalista de cambio. Pero en la economía capitalista el cambio domina a la producción, convirtiendo, en vista de la concurrencia, la explotación desmedida, es decir, el sometimiento completo del proceso de producción a los intereses del capital, en condición necesaria de la empresa. Prácticamente, esto se manifiesta en la necesidad de hacer el trabajo lo más intensivo posible, siendo aumentado o disminuido, según la situación del mercado; alquilar la fuerza de trabajo de acuerdo con las exigencias de la demanda mercantil, o despedirla, poniéndola en la calle; en una palabra, emplear cuantos medios se conocen para poner a una empresa en condiciones de poder competir con otras. Por ello, en las cooperativas de producción, se da la necesidad contradictoria de que los trabajadores, dueños de la empresa, han de regirse con todo rigor, incluso contra sí mismos, para poder desempeñar el papel de empresarios capitalistas. En esta contradicción perece la cooperativa de producción, retrocediendo hacia la empresa capitalista, o disolviéndose, en caso de que los intereses de los obreros fueran más fuertes. Éstos son hechos que, aunque Bernstein los llega a confundir cuando ve en la falta de "disciplina", de acuerdo con la señora Potter-Webb, la razón de la decadencia de las cooperativas de producción en Inglaterra. Lo que aquí con demasiada ligereza se califica de disciplina, no es otra cosa que el régimen, por naturaleza absoluto, del capital, que hace que los trabajadores no puedan emplearlos para consigo mismos.[1]

63

De ello resulta que las cooperativas de consumo sólo podrán asegurar su

[1] "Cierto que las fábricas pertenecientes a cooperativas representan el primer resquebrajamiento del molde antiguo sin salir ele él, soliendo reproducir, en su verdadera organización, todas las faltas del sistema actual?" Marx, *El Capital.*

existencia en la economía capitalista si, recurriendo a algún expediente, anulan la contradicción oculta en ésta y que se da entre las formas de producir y cambiar, escapando artificialmente a las leyes de la libre competencia. Esto será posible únicamente si de antemano se asegura un mercado de venta, un seguro círculo de consumidores. Como tal remedio pueden servir las *cooperativas de consumo.* Y aquí tenernos nuevamente, y no en la diferencia entre cooperativas de producción y de consumo —o como en otro lugar se desprende de la ocurrencia de Óppenheimer-—, el problema tratado por Bernstein de por qué las cooperativas de producción independientes fracasan, y sólo las de consumo pueden asegurar su existencia.

Pero si las condiciones de vida de las cooperativas de producción en la sociedad actual han de estar, por lo tanto, ligadas a las de las cooperativas de consumo, resulta entonces, como consecuencia lógica, que las cooperativas de producción han de quedar, en el caso más favorable, condenadas a un mercado local y reducido, y a producir contados artículos de consumo inmediato y, con preferencia, los de primera necesidad. Las industrias textil, carbonera, metalúrgica, petrolera, así como las de construcción de locomotoras, barcos y maquinaria: todas las ramas más importantes de la producción capitalista, quedan excluidas “a priori”, tanto de las cooperativas de consumo como de las de producción. Prescindiendo, pues, de su carácter híbrido, pueden las cooperativas de consumo emprender principalmente, como tarea general, y dentro de pequeños círculos de producción y de cambio, la abolición del mercado mundial y la disolución de la economía existente; es decir, que, según su esencia, supondrán un retroceso desde la producción mercantil del alto capitalismo a la producción medieval.

64

Pero también en los límites de su posible realización sobre la base de la sociedad actual, las cooperativas de producción redúcense forzosamente a ser simples servidores de las de consumo, que se presentan, por tanto, en primer plano y como los principales agentes de la reforma socialista proyectada. Toda la reforma socialista por medio de las cooperativas queda reducida, por esta razón, de una lucha contra el capital productivo, esto es, contra el trono de la economía capitalista, a una lucha contra el capital comercial y, desde luego, contra el capitalismo de los acaparadores y pequeños comerciantes, es decir, contra pequeñas *ramificaciones* del tronco capitalista.

En lo que respecta a los sindicatos —los cuales, según Bernstein, desempeñan por sí un papel contra la explotación capitalista—, ya hemos demostrado que no son capaces de asegurar a los obreros influencia alguna sobre el proceso de producción, tanto en relación con el *volumen* de ésta,

como sobre su *técnica.*

Pero en lo referente al aspecto puramente económico, “a la lucha entre las cuotas de salario y de beneficio”, como Bernstein la llama, ésta se desarrollará —según ya hemos demostrado—, no en el amplio espacio azul, en las nubes, sino en el campo delimitado de la ley del salario, ley que no pueden transgredir, sino, a lo sumo, hacer cumplir. Esto aparece claramente si concebimos el asunto desde otro aspecto, y planteamos la cuestión según las funciones privativas de los sindicatos.

Bernstein confiere a éstos el papel de llevar en la lucha emancipadora de la clase obrera, el verdadero ataque contra el beneficio industrial, diluyéndolo en la cuota de salario; pero si los sindicatos no se hallan de ninguna manera en condiciones de llevar una ofensiva política contra el beneficio porque no son nada más que la *defensiva* organizada de la fuerza de trabajo contra los ataques del beneficio, representarán, simplemente, la defensa de la clase obrera contra la tendencia bajista de la economía capitalista. Y ello por dos razones:

Una, porque si los sindicatos tienen por misión influir, con su organización, sobre la situación alcanzada en el mercado por la mercancía fuerza de trabajo, esta organización será, a su pesar, rebasada una y otra vez debido al proceso de proletarización de las clases medias, que lleva al mercado continuamente nueva mercancía. Y otra razón, porque si los sindicatos tienen por misión elevar las condiciones de vida de la clase trabajadora y conseguir una mayor participación en la riqueza social, esta participación, debido al crecimiento de la productividad del trabajo, disminuirá continuamente, con la inexorabilidad de un proceso de la naturaleza. Para comprender esto último no necesita nadie ser un marxista, sino simplemente haber tenido alguna vez a mano el libro de Rodbertus *Para aclaración de la cuestión social.*

65

En estas dos principales cuestiones, la lucha sindical conviértese en un trabajo de Sísifo, de subir y bajar a pesar de los progresos objetivos que logra alcanzar en la sociedad capitalista. Este subir y bajar es, sin embargo, indispensable si el trabajador ha de conseguir, en general, la cuota de salario que le corresponde, dada la situación temporal del mercado; si ha de hacer respetar la ley capitalista del salario, paralizando o, más bien, debilitando los efectos de la tendencia bajista del desenvolvimiento económico. Pero si se quiere convertir a los sindicatos en un medio de reducir gradualmente el beneficio en favor del salario, supondrá esto, ante todo y como condición social, un alto tanto en la proletarización de las clases medias como en el crecimiento de la productividad del trabajo, es decir, que en ambos casos —e igual que en la relación de la teoría cooperativista— significará *un*

*retroceso al estado anterior al gran capitalismo.*

Ambos remedios de la reforma bernsteiniana, las cooperativas y los sindicatos, manifiéstanse, por tanto, como incapaces completamente de transformar el *modo de producir* capitalista. A decir verdad, Bernstein llega a darse cuenta de ello hasta cierto punto, y los concibe simplemente como medios de regatear a los capitalistas la parte del león en el *beneficio,* enriqueciendo así al obrero. Por lo tanto, renuncia incluso a luchar contra el *modo capitalista de producción* y reduce el movimiento socialdemócrata a la protesta contra la partición capitalista. Así, pues, en su libro, Bernstein formula repetidamente su socialismo como la lucha por una partición "justa", "más justa", "y si aun fuera posible, más justa", y en el *Vorwärts* del 26 de marzo de 1899 vuelve a repetir esta concepción del socialismo.

Desde luego, que la razón más inmediata del movimiento socialdemócrata, al menos para las masas, ¡o es también la "injusta" partición y distribución propia del orden capitalista. Y al luchar por la socialización de la economía en total, tiende asimismo la socialdemocracia, lógicamente a una partición "justa" de la riqueza social. Pero gracias al descubrimiento de Marx de que la "partición" en un momento dado es simplemente una consecuencia lógica y natural de la forma de producir que entonces domine, la socialdemocracia lucha ahora no hacia la partición dentro del cuadro de la producción capitalista, sino hacia la anulación de la producción mercantil misma. Pretende, en una palabra, llegar a la *partición socialista* por la liquidación del modo de producir capitalista, en tanto que el procedimiento de Bernstein es precisamente lo contrario: quiere combatir la *partición capitalista* y espera llegar de este modo y gradualmente a una *forma de producción socialista.*

Pero ¿cómo puede, en este caso, razonarse la reforma socialista de Bernstein? ¿Por determinadas tendencias de la producción capitalista? De ninguna manera, pues primeramente niega él mismo estas tendencias, y en segundo lugar, porque para Bernstein, según lo antes dicho, la transformación que se anhela en la producción es resultado y no causa de la partición. El razonamiento de *su* socialismo no puede ser de ninguna forma económico. Al poner del revés el fin y medios del socialismo, y por lo tanto las relaciones económicas, no *puede* dar ninguna argumentación materialista a su programa y *se ve forzado* a darle una base idealista.

66

> ¿Por qué derivar el socialismo de la necesidad económica? —pregunta—. ¿Para qué degradar el raciocinio, la idea de la justicia, la voluntad de los hombres? [2]

[2] *Vorwärts,* 26 de marzo de 1899.

La partición más justa que proclama Bernstein ha de realizarse, pues, por voluntad activa y espontánea de los hombres, no forzada por la necesidad económica; o mejor aún, como quiera que la voluntad misma es un simple instrumento, por la fuerza de la discriminación de lo justo, es decir, por la *idea de la justicia.*

Y ya aquí hemos llegado, felizmente, al principio de la justicia, a este viejo corcel en que vienen cabalgando, hace mil años, todos los redentores de la humanidad, por falta de un medio de locomoción histórico más seguro. A este Rocinante maltrecho sobre el cual todos los Quijotes de la historia cabalgaron hacia una transformación del mundo, para finalmente no conseguir más que puñetazos y palos.

La relación de pobre y rico como justificación histórica del socialismo, el "principio" del cooperativismo como su contenido, la "partición más justa" como su fin, y la idea de la justicia como su única legitimación histórica... ¡Con cuánta más fuerza, con cuánto más espíritu, con cuánta más brillantez defendió Weitling, hace más de cincuenta años, esta especie de socialismo! Pero el genial sastre no conocía todavía el socialismo científico. Y si *hoy,* después de medio siglo, vuelve a resucitar la teoría cuya disección en menudos trozos les cupo a Marx y Engels, y se le ofrece al proletariado alemán como la última palabra de la economía, no negamos que esto sea también labor de sastre, pero no de un sastre genial.

Así como la teoría revisionista considera los sindicatos y cooperativas como los puntos económicos de apoyo, también supone como condición política previa más importante, el desarrollo progresivo y continuo de la *democracia.* Para el revisionismo, las actuales erupciones reaccionarias son simplemente "convulsiones", que considera pasajeras y casuales y que no impiden establecer una regla general para las luchas obreras.

Según Bernstein, la democracia se presenta, por ejemplo, como un paso ineludible en el desarrollo de la sociedad moderna: para él, exactamente igual que para los teóricos burgueses del liberalismo, la democracia es la gran ley fundamental del desarrollo histórico en su conjunto, y todas las fuerzas políticas activas han de contribuir a su desenvolvimiento. Mas planteado en esta forma absoluta, es radicalmente falso, y nada más que una esquematización demasiado superficial y pequeñoburguesa de los resultados obtenidos en un pequeño apéndice del desarrollo burgués en los últimos veinticinco o treinta años. Si contemplamos más de cerca la evolución de la democracia en la historia y, a la par, la historia política del capitalismo, obtendremos entonces resultados esencialmente distintos.

67

En lo que respecta al primer punto, encontramos la democracia en las formas históricas más diversas: en las primitivas sociedades comunistas, en los antiguos Estados de esclavos, en las comunas de las ciudades medievales. De igual manera, vemos el absolutismo y la monarquía constitucional presidiendo las relaciones económicas más diversas. Por otra parte, el capitalismo, en sus comienzos como producción mercantil, dio vida a una concepción democrática en las comunas de las ciudades; luego, en su forma más desarrollada, como manufactura, encuentra en la monarquía absoluta su forma política más conveniente. Finalmente, y ya como economía industrial desarrollada, crea en Francia, sucesivamente, la república democrática (1793); la monarquía absoluta de Napoleón I; la monarquía aristocrática del tiempo de la Restauración (1815 a 1830); la monarquía constitucional burguesa de Luis Felipe; la república democrática, otra vez; luego, la monarquía de Napoleón III, y, finalmente, por tercera vez, la república. En Alemania, la única institución verdaderamente democrática —el sufragio universal— no es una conquista del liberalismo burgués, sino un instrumento de fusión de los pequeños Estados, y solamente en este aspecto tiene importancia para el desarrollo de la burguesía alemana, la cual, por lo demás, se contenta con una monarquía constitucional semifeudal. En Rusia, el capitalismo consiguió prosperar, durante largo tiempo, bajo una autocracia oriental sin que la burguesía diera muestras de desear ardientemente una democracia. En Austria, el sufragio universal se ha manifestado, en gran parte, como el salvavidas de *una monarquía que* se desquicia. En Bélgica, finalmente, la conquista democrática del movimiento obrero —el sufragio universal— está en dependencia indudable con la debilidad del militarismo, es decir, con la particular situación geográfico-política de Bélgica, y es un "trozo de democracia" arrancado, no por la burguesía, sino en *contra* de ella.

El progreso ininterrumpido de la democracia se presenta, tanto para nuestro revisionismo como para el liberalismo burgués, como la gran ley básica de la historia, si no en general, al menos contemporánea; pero de un mejor estudio se deduce que este juicio es una simple quimera. Entre la democracia y el desarrollo capitalista no cabe apreciar ninguna relación general y absoluta. La forma política es, en todo momento, el resultado de la suma total de los factores políticos internos y externos, y admite, dentro de sus límites, la escala completa de los regímenes políticos, desde la monarquía absoluta a la república democrática.

68

Si, por tanto, hacemos abstracción de una ley general e histórica para el desarrollo de la democracia, incluso en el cuadro de la sociedad moderna, y nos dirigimos solamente a la fase presente de la historia burguesa, vemos también, en la situación política, factores que de ningún modo conducen a

la comprobación del esquema dado por Bernstein, sino más bien a lo contrario, al abandono de las conquistas actuales por la sociedad burguesa. Por un lado, tenemos las instituciones democráticas que —y esto es muy importante— ya han desempeñado en alto grado su papel para el desarrollo burgués. Y ello por cuanto fueron necesarias para la fusión de los pequeños Estados y para la creación de los grandes Estados modernos (Alemania e Italia), a la par que el desarrollo económico producía una unión orgánica interna.

Igual virtud han tenido con respecto a la transformación de toda la maquinaria, tanto política como administrativa, del Estado, convirtiéndolo de un mecanismo parcial o totalmente feudal, en uno capitalista. Esta transformación, históricamente inseparable de la democracia, ha llegado a desarrollarse en tal medida, que el ingrediente puramente democrático de la vida del Estado —el sufragio universal, la forma republicana— pudiera eliminarse sin que fuera preciso que el ejército, la administración, las finanzas, retrocedieran a las formas premarxistas anteriores a 1848.

De esta manera, el liberalismo como tal, ha llegado a ser para la sociedad burguesa hasta cierto punto superfluo, y aun en ciertos aspectos muy importantes, es más bien un obstáculo. Aquí se presentan a juicio dos factores que dominan directamente toda la vida política del Estado contemporáneo: la *política mundial* y el *movimiento obrero,* los cuales son sólo dos aspectos, aunque diversos, de la actual fase de la evolución capitalista.

El grado de desarrollo alcanzado por la economía mundial, y la agravación y generalización de las luchas por la competencia en el mercado internacional, ha hecho del militarismo instrumento de la política mundial, siendo ello lo que caracteriza el momento actual tanto en la política interior como exterior de los grandes Estados. Pero si la política mundial y el militarismo es una *tendencia en auge* en la fase actual, lógicamente la democracia burguesa ha de marchar hacia el ocaso. En Alemania, tanto la era de los grandes armamentos —comenzada en 1893— como la política internacional, inaugurada con la toma de Kiao-Chou,[3] la democracia burguesa las pagó inmediatamente con dos víctimas: la decadencia del liberalismo y la conversión del centro, de partido de oposición que era, en partido gobernante. Las últimas elecciones al Reichstag, celebradas en 1907 bajo el signo de la política colonial, marcan, al propio tiempo, la muerte del liberalismo alemán.

69

Si la política exterior arroja a la burguesía en brazos de la reacción, otro tanto le sucede debido a la política interna y respecto a la clase trabajadora

[3] * El 14 de noviembre de 1897, el imperialismo alemán se anexó el territorio chino de Kiao-Chou. [E.]

en auge. Bernstein reconoce esto al hacer responsable de la deserción de la burguesía liberal a la "leyenda devoradora"[4] socialdemócrata, esto es, a las tendencias socialistas de la clase trabajadora. Luego aconseja al proletariado sacar al liberalismo, muerto de miedo, de la madriguera de la reacción, abandonando para ello el objetivo socialista final. Por lo tanto, si apartarse del movimiento obrero *socialista* ha de ser hoy la condición vital y precedente social necesario de la democracia burguesa, se demuestra con toda claridad que esta democracia contradice la tendencia interna del desarrollo de la sociedad actual, y ello, en igual medida que el movimiento obrero *socialista,* es un producto directo de esta tendencia.

Pero con esto demuestra aún algo más. Al pedir que la clase obrera renuncie al objetivo final socialista, por entender que este abandono es condición y precedente del resurgir de la democracia liberal, muestra Bernstein, por sí mismo, cuán poco la democracia burguesa puede ser condición y precedente necesario para el movimiento y el triunfo socialista. Aquí su razonamiento se encierra en un círculo vicioso, en el cual la última deducción "devora" a lo que es su condición primera.

Pero la salida de este círculo vicioso es bien sencilla. Del hecho de que el liberalismo burgués haya fallecido de terror ante el movimiento obrero en auge y sus últimos objetivos, se desprende únicamente que el movimiento obrero socialista puede ser —y ya lo es hoy— el único apoyo de la democracia, y que no es la suerte del movimiento socialista, sino, por el contrario, la del desarrollo democrático, la ligada al movimiento socialista. Por lo tanto, la democracia no se hallará en mejores condiciones de vida, según vaya abandonando la clase obrera su lucha de emancipación, sino que, por el contrario, aumentará su vigor en la proporción en que el movimiento socialista se haga más fuerte, luchando contra las consecuencias reaccionarias de la política mundial y contrarrestando la deserción burguesa de las filas liberales. Todo el que desee mayor fuerza en la democracia ha de querer, justamente, un fortalecimiento, no un debilitamiento del movimiento socialista, no debiendo olvidar jamás que relegar las tendencias socialistas supone abandonar, por igual, la democracia y el movimiento obrero.

[4] * Con la expresión "leyenda devoradora", Bernstein se refiere a la demanda de la clase obrera consistente en la expropiación general y simultánea de los medios de producción. [E.]

## III. LA CONQUISTA DEL PODER POLÍTICO

El destino de la democracia se halla ligado, como ya hemos visto, al del movimiento obrero. ¿Pero es que aun en el mejor de los casos, el desarrollo de la democracia llega a hacer innecesaria o imposible una revolución proletaria en el sentido de la toma del poder político, en el sentido de la conquista política del poder?

70

Para decidir esta cuestión Bernstein llega a una ponderación fundamental de los lados buenos y malos de la reforma legal y de la revolución, y los calcula con tanto detalle y parsimonia como si se tratara de pesar azúcar en cualquiera de sus cooperativas de consumo.

Para él, si la evolución discurre por cauce legal, será la obra de la inteligencia, y si por el revolucionario, la del sentimiento; en la obra de la reforma aprecia un método lento del progreso histórico, y en la revolución, uno rápido; en la legislación adivina una fuerza sistemática, y en la revuelta, una elemental.

Es cosa harto sabida que todo reformista pequeñoburgués cree ver en todas las cosas del mundo un lado “bueno” y otro “malo”, y que también acostumbra probar todos los platos. Igualmente se da por archisabido que el curso real de las cosas se preocupa bien poco de las combinaciones pequeñoburguesas, mandando a paseo, de un soplo, el montón de “lados buenos”, cuidadosamente exprimidos de todas aquellas cosas que en el mundo son posibles. Así vemos, efectivamente, en la historia, que la reforma legal y la revolución tienen raíces más hondas que las ventajas o perjuicios que resultan de tal o cual experimento.

En la historia de la sociedad burguesa, la reforma legal sirvió para el fortalecimiento gradual de la clase ascendente, hasta que se sintió bastante madura para conquistar el poder político, destruyendo todo el sistema jurídico entonces existente para edificar uno nuevo. Tronando contra la conquista del poder político por considerarse una teoría blanquista de violencia, Bernstein tiene la desgracia de tomar por error de cálculo, propio de los partidarios de Blanqui, lo que fue, durante siglos, piedra angular y motor de la historia humana. Desde que existen las sociedades de clase, y las luchas de estas clases forman el contenido esencial de la historia social, la conquista del poder fue siempre el objetivo principal de todas las clases en ascenso, asi como el punto en el que se resuelve y termina todo periodo histórico. Y ello lo vemos en Roma, en las largas luchas de los labriegos

contra la nobleza y los poseedores de dinero; en las ciudades medievales, en las luchas del patriciado con los obispos, y de los artesanos con los patricios; en la edad moderna, en las luchas de la burguesía con el feudalismo.

La reforma legislativa (legislación) y la revolución no son métodos de desarrollo histórico que puedan elegirse a gusto en el buffet de la historia, como quien elige salchichas frías o salchichas calientes. La reforma legislativa y la revolución son diferentes *dimensiones* en el desarrollo de la sociedad dividida en clases. Se condicionan y complementan mutuamente, y al mismo tiempo se excluyen entre sí, como el polo norte y el polo sur, como la burguesía y el proletariado.

71

Toda constitución legal es simplemente el *producto* de una revolución. En la historia de la sociedad dividida en clases, la revolución es un acto de creación política, mientras que la legislación es el vegetar político inerte de la sociedad. La acción legal de la reforma no tiene impulso propio independientemente de la revolución. Durante cada periodo histórico, se cumple únicamente en la dirección que le da el ímpetu de la última revolución, y se mantiene en tanto el impulso de ésta se halla presente en ella. Concretando, en cada periodo histórico, la tarea de las reformas se cumple únicamente *en el marco* de la forma social creado por la última revolución. Este es el núcleo de la cuestión.

Es completamente falso y contrario a la historia representarse la acción legal de la reforma como una revolución extendida y la revolución como una reforma concentrada. Una revolución social y una reforma legislativa son dos diferentes dimensiones no por *duración* sino por su *esencia.* El secreto del cambio histórico mediante la utilización del poder político reside precisamente en la conversión de las modificaciones simplemente cuantitativas en una nueva cualidad o, para decirlo más concretamente, en la transición de un periodo histórico de una forma de sociedad a otra.

Es por esto que quienes se pronuncian a favor del camino de las reformas legislativas *en lugar de* —y *en contraposición a*— la conquista del poder político y de la revolución social, no están realmente eligiendo un camino más calmo, seguro y lento hacia *la misma* ¡neta, sino una meta *distinta.* En lugar de dirigirse al establecimiento de una nueva sociedad, se dirigen simplemente hacia modificaciones inesenciales (cuantitativas) de la existente. Si seguimos las concepciones políticas del revisionismo (Bernstein), llegamos a la misma conclusión que se alcanza cuando seguimos sus teorías económicas: no se encaminan a la realización del orden *socialista,* sino a la reforma del *capitalista;* no a la supresión del sistema salarial, sino a un más o menos de la explotación, es decir, a la supresión de los abusos del capitalismo y no a la supresión del capitalismo en cuanto tal.

¿Pero es que acaso las frases dichas anteriormente sobre la función de las reformas sociales y de la revolución mantienen su justeza solamente en cuanto a las actuales luchas de clases? ¿Es que acaso, desde ahora y gracias al perfeccionamiento del sistema jurídico burgués, la reforma legal, el tránsito de la sociedad de una fase histórica a otra determinada, y la conquista del poder por el proletariado "se han convertido en frases sin sentido", como dice Bernstein en su libro?

El caso es justamente lo contrario. ¿Qué características distinguen a la sociedad burguesa de las anteriores sociedades de clase —de la antigua y de la medieval? Precisamente la circunstancia de que el dominio de clase no descansa sobre "derechos bien adquiridos", sino sobre *relaciones efectivas de orden económico;* y de que el sistema de salario no es una relación jurídica, sino simplemente económica. No se encontrará en todo nuestro sistema jurídico una fórmula legal que corresponda a la actual dominación de clase. Si alguna queda, será, como la ley de servidumbre, residuo de las relaciones feudales.

72

¿Cómo se puede, pues, anular "por el camino legal" y gradualmente la esclavitud del salario, si no está expresada en ley ninguna? Al acomodarse a la obra de reforma legal, Bernstein trata de poner fin, por este camino, al capitalismo; pero cae en la postura de aquel policía ruso, cuya historia cuenta Uspienski:

.. . Agarró en seguida al individuo por el cuello, y ¿qué creéis que ocurrió? Pues nada; que el maldito no tenía cuello...

Una cosa así le ocurre a Bernstein.

La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases.[1]

Pero en las fases anteriores de la sociedad moderna, este antagonismo fue expresado en determinadas relaciones jurídicas e incluso pudo por esa causa, y hasta cierto grado, dar lugar, dentro del marco de las antiguas relaciones, a las modernas.

El siervo se fue convirtiendo, sin salir de su servidumbre, en miembro de la comuna.[2]

¿Y cómo pudo ser así? Por la abolición gradual, dentro del recinto de la ciudad, de todo aquel cúmulo de derechos independientes entre sí: las frondas, kurmedos, parentela, mañería, capacitación, luctuosa, etcétera, cuyo conjunto constituía la servidumbre.

---

[1] C. Marx y F. Engels, "Manifiesto del Partido Comunista" en *Obras escogidas.* Ed. Progreso, Moscú, 1971, t. t, p. 19.

[2] Ibíd., p. 20.

De igual manera, el "vecino libre" de las pequeñas villas convertíase en burgués bajo el yugo del absolutismo feudal.[3] ¿Y en qué forma? Por la abolición formal y gradual o por el relajamiento efectivo de las ligaduras gremiales; por la lenta transformación de la administración del ejército o la finanza en la proporción de una general conveniencia.

Si se quiere tratar la cuestión en forma abstracta más bien que históricamente, entonces debemos pensar, al menos, en un tránsito legal y reformista de la sociedad feudal a la burguesa. Pero, ¿qué se desprende de ello? Que allí, las reformas legales tampoco sirvieron para hacer innecesaria la conquista del poder político por la burguesía, sino que, por el contrario, prepararon y dieron posibilidad a esta conquista. Una revolución política y social completa era precisa, tanto para la abolición de la servidumbre, como para la destrucción del feudalismo.

Pero las cosas se presentan hoy de distinta manera. Ahora no existe ley alguna que obligue al proletariado a someterse al yugo del capital; sólo le lleva a ello la necesidad, la carencia de medios de producción. Ninguna ley en el mundo puede, dentro del marco de la sociedad burguesa, otorgarle estos medios, porque se la despojó de ellos, no por ley alguna, sino por el desenvolvimiento económico.

73

Además, la explotación *por medio* de las relaciones del salario no descansa sobre leyes, pues la altura del salario no se determina por vía legal, sino por factores económicos. Y el hecho mismo de la explotación no se apoya sobre una disposición legal, sino sobre la realidad económica de que la fuerza de trabajo se presenta como mercancía que, entre otras cualidades, tiene la positiva de producir valor y, más aún, *supervalor* o plusvalía, al ser pagado el obrero con medios de subsistencia. En una palabra: todas las relaciones básicas del dominio capitalista de clase no pueden ser transformadas por medio de reformas legales y sobre una base burguesa, por la sencilla razón de que estas relaciones no han sido consecuencia de leyes burguesas, ni estas leyes les han dado su fisonomía. Bernstein no sabe esto cuando plantea una "reforma" socialista. Pero, aun no sabiéndolo, lo dice al escribir en su libro que

> la razón económica se presenta hoy francamente donde antes se disfrazaba con relaciones de dominio o ideologías de toda clase.

Pero aún hay más: la otra particularidad del sistema es que todos los elementos de la sociedad futura toman, al desenvolverse, primeramente una forma que no los acerca al socialismo, sino que los aleja de él. En la

[3] Ibid., p. 20.

producción se manifiesta más y más su carácter social. Pero ¿en qué forma? En la de gran empresa, de sociedad anónima, de cártel, allí donde las contradicciones capitalistas, la explotación y el sometimiento de la fuerza de trabajo han llegado al máximo.

En cuanto al ejército, este desarrollo implica la extensión del servicio militar obligatorio, el acortamiento del tiempo de servicio; es decir, la aproximación material al ejército popular. Y esto en la forma del militarismo moderno, precisamente cuando el dominio del pueblo, a través del Estado militar, cuando el carácter de clase del Estado llega a su más clara expresión.

En las relaciones políticas, y en tanto que encuentra condiciones favorables, el desarrollo de la democracia conduce a la participación de todas las clases del pueblo en la vida política; es decir, en cierto modo, al "Estado popular". Y ello en la forma del parlamentarismo burgués, cuando los antagonismos de clase, el dominio de clase, no han sido abolidos, sino multiplicados y puestos en evidencia. Porque si el desarrollo capitalista vive, por tanto, en contradicciones y, por consiguiente, hay que mondar el fruto de la sociedad, quitándole la cáscara contradictoria que lo cubre, será una razón más para que sean necesarias, tanto la conquista del poder político por el proletariado, como la abolición total del sistema capitalista.

74

Ciertamente, Bernstein saca otras conclusiones. Si el desarrollo de la democracia llevara a la agravación y no al debilitamiento de las contradicciones capitalistas,

> entonces —contesta— la socialdemocracia, si no quiere dificultarse a sí misma el trabajo, tenderá a anular, con todas sus fuerzas, cualquier reforma social o el crecimiento de las instituciones democráticas.

Ello, desde luego, si la socialdemocracia, hoy todavía pequeñoburguesa, encontrara placer en el tranquilo pasatiempo de elegir todos los lados buenos y descartar todos los lados malos de la historia. Entonces debiera "tender, lógicamente, a inutilizar" también al capitalismo en general, puesto que indudablemente éste es el principal malvado que le pone tantos obstáculos en el camino del socialismo. Realmente, el capitalismo, al propio tiempo que pone *impedimentos,* da también las *posibilidades* de realizar el programa socialista. Otro tanto cabe decir con respecto a la democracia.

Si la democracia es, en parte, superflua para la burguesía, y en parte hasta un obstáculo, en cambio para la clase trabajadora es necesaria e indispensable. Y lo es en primer lugar porque crea formas políticas (autonomía, sufragio, etcétera) que pueden servir de comienzos y puntos de apoyo al proletariado en su transformación de la sociedad burguesa. Pero,

además, es indispensable, porque sólo en ella, en la lucha por la democracia, en el ejercicio de sus derechos, el proletariado puede llegar al verdadero conocimiento de sus intereses de clase y de sus deberes históricos.

En una palabra: la democracia es indispensable, no porque haga *innecesaria* la conquista del poder político por el proletariado, sino, al contrario, porque hace *indispensable* y *posible* la conquista del poder. Cuando Engels revisó en su prefacio a *La guerra civil en Francia* la táctica del movimiento obrero actual, y opuso a las barricadas la lucha legal, no trataba —*y asi se desprende de cualquier línea de ese prólogo*— la cuestión de la conquista del poder político, sino la de la actual lucha cotidiana; no la conducta del proletariado frente al Estado capitalista en el momento de la toma del poder estatal, sino su proceder dentro del *marco* de la sociedad capitalista. En resumen: Engels dio la pauta del proletariado *dominado,* pero no al vencedor.[4]

Un sentido distinto encierra la conocida frase de Marx con respecto a la cuestión de la tierra en Inglaterra, la cual saca a colación Bernstein:

Seguramente resultaría más barato comprar la tierra a los propietarios;

puesto que no se refiere a la conducta del proletariado antes de su victoria, sino después de triunfar. Pues no puede hablarse de “compras” a la clase dominante hasta tanto la clase obrera esté en el poder. Lo que Marx plantea aquí es el ejercicio pacífico de la dictadura proletaria, y no el sustitutivo de esta dictadura a base de reformas sociales.

75

La necesidad misma de la conquista del poder político por el proletariado estuvo en todo momento fuera de duda, tanto para Marx como para Engels. Y a Bernstein quedó reservado considerar la charla del parlamentarismo burgués como el órgano llamado a realizar la transformación más grande del mundo: el tránsito de la sociedad, de su forma *capitalista,* a la *socialista.*

Pero Bernstein empieza su teoría con la duda y el temor de si el proletariado no tomará el timón antes de tiempo. En este caso, según Bernstein, debiera respetar las circunstancias burguesas tal y como se hallan, e incluso no importarle una derrota, que pudiera ser beneficiosa. En primer lugar se desprende de este temor que el consejo “práctico” que da al proletariado para el caso de que las circunstancias le llevaran a empuñar el timón es echarse a dormir. Con esto se juzga por sí mismo el consejo como

[4] * La dirección del partido socialdemócrata, falsificó en 1895, este prefacio de Engels. Sólo posteriormente, Riazánov descubrió esta falsificación. Rosa Luxembur*go* adivina ya aquí, el sentido correcto del texto falseado. [E.]

interpretación que condena al proletariado, en las fases más importantes de la lucha, a la inactividad, a la pasividad y traición hacia su propia causa.

Verdaderamente sería nuestro programa un mísero papelucho si no sirviera para *todas* las circunstancias y para *todos* los momentos de la lucha, y su utilidad no se demostrara realmente *cumpliéndolo,* no recitándolo. Pero si nuestro programa significa el sometimiento a fórmulas del desarrollo histórico de la sociedad en su trayectoria de capitalismo a socialismo, estudia también claramente todas las fases transitorias de este desenvolvimiento, concretando en sí los rasgos más esenciales, es decir, indicando al proletariado la actitud que ha de adoptar en cualquier momento para acercarse al socialismo. De ello resulta que para la clase obrera *no puede* existir ocasión en que se vea obligada a abandonar su programa o verse abandonada por él.

Prácticamente esto se manifiesta en que el proletariado no puede admitir la llegada de un momento en que, empujado al poder por el curso de las cosas, no se considera obligado, dada la situación, a adoptar ciertas medidas para la realización de su programa, ciertas medidas transitorias, pero de un sentido socialista. Tras la afirmación bernsteiniana de que el programa socialista pudiera, en un momento dado, fallar completamente en cuanto al dominio político del proletariado, no dando indicación alguna para su ejecución, se oculta inconscientemente esta otra afirmación: *el programa socialista es, en general y en todo momento, irrealizable.*

¿Y si estas medidas transitorias resultan prematuras? Esta cuestión oculta en sí toda una madeja de opiniones equivocadas con respecto al curso efectivo de las revoluciones sociales.

76

La toma por el proletariado del poder estatal, esto es, por una gran clase popular, no es algo artificioso. Si exceptuamos aquellos casos en que —como la Comuna de París— el dominio del proletariado no fue consecuencia de una lucha consciente del objetivo a conquistar, sino que, más bien y por excepción, el poder fue una cosa abandonada por todos y que no encontraba dueño, la conquista del poder político supone un determinado grado de madurez en las relaciones político-económicas. Aquí se halla la diferencia fundamental entre el golpe de Estado blanquista —obra de una "minoría decidida", dispuesta a actuar en cualquier momento y, por lo tanto, siempre a destiempo— y la conquista del poder del Estado por una masa popular amplia y consciente, conquista que sólo puede ser producto de un derrumbe progresivo de la sociedad burguesa, por lo cual lleva en sí la legitimidad económico-política de un fenómeno inevitable en el tiempo.

Y si, por lo tanto, desde el punto de vista de las condiciones sociales, la conquista del poder político por la clase trabajadora jamás podrá realizarse

si el momento es “demasiado prematuro”, tendremos que, lógicamente, sí podrá llevarse a cabo desde el punto de vista del efecto político de la *mantención* en el poder, aun cuando necesariamente resulte “demasiado prematura”. Esta revolución demasiado temprana que quita el sueño a Bernstein, nos amenaza como la espada de Damocles, y contra ella no valen ruegos ni miramientos, por dos razones ciertamente muy importantes.

Primero, si existe una revolución social tan poderosa como es el paso del orden capitalista al socialista, no puede concebirse como cosa de un momento y debido a un golpe victorioso del proletariado. Aceptarlo como posible será, en verdad, dar a luz una interpretación perfectamente *blanquista.* La revolución socialista supone una lucha larga y tenaz, en la cual el proletariado, según todas las probabilidades, más de una vez habrá de ceder terreno por haber tomado el timón —hablando desde el punto de vista del resultado final de la lucha en su conjunto— en tiempos “demasiado prematuros”.

Pero, en segundo lugar, estos “prematuros” asaltos al poder del Estado, son, asimismo, inevitables, puesto que esos ataques “tempranos” constituyen por sí mismos un factor muy importante que ha de crear las condiciones *políticas* necesarias para el triunfo final y, además, porque la clase obrera, ya sea en el curso de aquella crisis política que acompañará a su conquista del poder, o bien en el fuego de luchas más largas y sostenidas, puede adquirir el necesario grado de madurez política que la capacite para la gran revolución final.

Así, pues, aquellas luchas “prematuras” del proletariado por la conquista del poder, se presentan incluso como momentos históricos e importantes que colaboran en la creación del *momento* del triunfo último. Desde este aspecto, la idea de una conquista “prematura” del poder político por la clase trabajadora se presenta como un contrasentido político, que tiene su origen en aceptar un desenvolvimiento mecánico de la sociedad y en suponer un momento determinado para el triunfo en la lucha de clases, pero al *margen e independiente* de esta lucha.

77

Mas como el proletariado no puede, por lo tanto, conquistar el poder en otra forma, sino como algo “demasiado prematuro”; o dicho en otras palabras, como quiera que lo ha de conquistar una o varias veces, pero sin que sepa cuántas, si bien, siempre en forma “demasiado prematura”, para luego tomarlo, al fin, con carácter permanente, la oposición a esta *prematura* conquista del poder no es más que la *oposición, en general, a la tendencia del proletariado a apoderarse del poder del Estado.*

Si por todas partes se llega a Roma, también desde este punto llegaremos al lógico resultado de que el consejo revisionista de abandonar el

*objetivo final* socialista lleva al otro punto: al abandono total del *movimiento* socialista.

# IV. EL DERRUMBE

Bernstein empieza su revisión del programa socialdemócrata con el abandono de la fe en el derrumbe capitalista. Pero como el derrumbe de la sociedad burguesa es la piedra angular del socialismo científico, alejarse de este punto capital llevaría, lógicamente, al desmoronamiento de toda la concepción socialista. En el curso del debate, y para mantener su primera afirmación, va cediendo una tras otra todas las posiciones socialistas.

Como sin catástrofe del capitalismo es imposible la expropiación de la clase capitalista, Bernstein renuncia a esta expropiación, y pone como *fin del movimiento* obrero la realización gradual del "principio cooperativista".

Pero como el cooperativismo no es posible dentro de la producción capitalista, también Bernstein renuncia a socializar la producción, y Llega a la reforma del comercio sobre la base de cooperativas de consumo.

Pero como la transformación de la sociedad por medio de estas cooperativas del brazo de los sindicatos no concuerda con el desarrollo material y efectivo de la sociedad capitalista, Bernstein niega también la concepción materialista de la historia.

Pero como su concepto del curso del desarrollo económico no se aviene con la ley marxista de la plusvalía, Bernstein abandona la teoría del valor y la de la plusvalía, es decir, toda la doctrina económica de Marx.

Pero como sin objetivo final y sin base económica la lucha de clases del proletariado no puede existir en la sociedad actual, Bernstein renuncia igualmente a esta lucha clasista y pide la reconciliación con el liberalismo burgués.

Pero como en una sociedad de clases la lucha de ésta es un fenómeno natural e inevitable, Bernstein, en ulterior consecuencia, combate hasta la existencia de las clases en esta sociedad. Para él, la clase trabajadora no es más que un montón de individuos aislados, sin trabazón política ni espiritual, cuanto menos económica. Y según él, la burguesía tampoco se halla unida políticamente por intereses económicos, sino simplemente por una fuerza exterior, venga de abajo o de arriba. Luego si no hay base económica para una lucha de clases y, en resumidas cuentas, tampoco existen las clases, la lucha futura entre proletariado y burguesía se presenta tan absurda como hasta ahora, y la socialdemocracia, con sus triunfos y todo, será algo inconcebible. Mas si hubiera que interpretarla, sería solamente como resultado de la opresión política del gobierno; no como consecuencia legítima del desarrollo histórico, sino como producto azaroso de la conducta hohenzollerniana; no como hijo legítimo de la sociedad

capitalista, sino como bastardo de la reacción. Así Bernstein nos lleva, con lógica que él entenderá aplastante, de la concepción materialista de la historia al ideario de la *Frankfurter* o de la *Vossische Zeitung.*

78

Pero después de haber negado en su totalidad la crítica socialista de la actual sociedad, aún le queda por encontrar agradable lo existente, al menos en su conjunto. Y Bernstein no se arredra por eso. Para él, la reacción no es demasiado violenta en Alemania.

> En los países occidentales de Europa la reacción apenas existe; [en casi todos estos países] la actitud de la clase burguesa ante el movimiento socialista es, a lo sumo defensiva, pero nunca de opresión.[1]

Los obreros no son cada vez más pobres, sino que, por el contrario, van siendo dueños de algo; la burguesía, políticamente, es progresista, y hasta moralmente sana; ya no se ve reacción ni opresión, y todo va mejor en el mejor de los mundos...

Y así Bernstein, con lógicas deducciones, no deja registro por tocar. Empezó demostrando que había que renunciar al *objetivo final* socialista, en beneficio sólo del movimiento. Mas como sin un objetivo final socialista no puede haber movimiento socialdemócrata, concluye tirando por la borda hasta ese mismo *movimiento.*

Toda la concepción socialista de Bernstein por lo tanto fracasa. El firme, maravilloso y simétrico edificio del sistema marxista queda convertido por Bernstein. para siempre, en un montón de cascote, en una ruina de todas las teorías, en el derrumbadero común al que se arrojan pensamientos escogidos al tizar entre todos los grandes y pequeños pensadores: Marx y Proudhon; León von Buch y Franz Oppenheimer; Federico Alberto Lange y Kant; Prokopowitch y el doctor Ritter von Neupauer; Hirkner y Schultze-Gavemitz; Lassalle y el profesor Julio Wolf; todos, todos contribuyen con su óbolo a crear el sistema bernsteiniano, y en el campo de todos ha espigado Bernstein. ¡No hay que maravillarse! Pues con el abandono del punto de vista clasista ha perdido el compás político, y con la renuncia al socialismo científico le falta el eje de cristalización espiritual, no pudiendo agrupar los hechos aislados en el total orgánico de una visión mundial y lógica.

79

Esta teoría, formada de trozos elegidos caprichosamente y pertenecientes a otros sistemas, parece, a primera vista, hallarse libre de prejuicios. Bernstein no quiere oír hablar de una “ciencia de partido”, o, más

---

[1] *Vorwärts,* 26 de marzo de 1899.

justamente, de una ciencia de clase, así como tampoco de un liberalismo y de una moral de clase. Cree defender y representar una ciencia humana común, abstracta; un liberalismo abstracto, una moral abstracta. Pero como la sociedad viva se compone de clases con tendencias, intereses y concepciones diametralmente opuestos, tenemos que, hoy por hoy, una ciencia humana, común en cuanto a las cuestiones sociales; un liberalismo abstracto, una moral abstracta, son una fantasía, es engañarse a sí mismo. Lo que Bernstein tiene por ciencia humana común, por moral, por democracia, es, sencillamente, la ciencia, la democracia y la moral burguesas.

En efecto: al negar el sistema económico de Marx para abrazar las teorías de Brentano, Böhm-Jevons, Say y Julio Wolf, ¿qué hace si no cambiar los principios científicos de la emancipación proletaria por la apología de la sociedad burguesa? Cuando habla del carácter humano y general del liberalismo y convierte el socialismo en un derivado de éste, ¿qué otra cosa hace sino despojar al socialismo de su carácter de clase, es decir, de su contenido histórico, del contenido en general, convirtiendo, por tanto, a la burguesía en arca histórica y vehículo del liberalismo, en la representante de los intereses humanos en general?

Y cuando habla en contra de “la exaltación de los factores materiales como fuerzas omnipotentes del desenvolvimiento”; cuando despotrica contra “el desprecio del ideal”, propio de la socialdemocracia; cuando defiende el idealismo y la moral, combatiendo, al propio tiempo, la única fuente de resurrección espiritual del proletariado, la lucha de clases revolucionaria, ¿qué hace, en verdad, sino predicar a la clase trabajadora lo que es quintaesencia de la moral burguesa: la reconciliación con el orden existente, y confiar sus esperanzas en el más allá, en un mundo religioso más justo?

Al dirigir sus más afilados dardos contra la dialéctica, no hace más que combatir el pensamiento específico de un proletariado con conciencia de clase; ir en contra de la espada que ha de ayudar a la clase obrera a desgarrar las tinieblas de su porvenir histórico; mellar el arma espiritual con la cual, aun siguiendo sujeto materialmente a su yugo, el obrero derrota a la burguesía, puesto que la convence del carácter efímero y temporal de la sociedad actual, de la ineluctabilidad del triunfo proletario, hecha ya la revolución en el reino del espíritu. Despidiéndose Bernstein de la dialéctica y subiendo al balancín intelectual de los peros y quizás, de los no y de los sí, de los aunque y los sin embargo, de los menos y de los más, cae lógicamente en la ideología, históricamente limitada, de la burguesía en decadencia; forma de pensar que es fiel reflejo espiritual de su existencia social, de su actuación política. Las disyuntivas y dudas de la burguesía actual recuerdan

perfectamente la forma de razonar propia de Bernstein, y su lógica es la muestra más fina y segura de la concepción burguesa y universal que le es propia.

80

Para Bernstein la palabra “burgués” ya ha perdido su significación de clase y expresa un concepto social de carácter general. Esto sólo indica que ha trocado la ciencia, la moral, la política, el pensamiento e incluso el lenguaje proletario, por el pensamiento, la ciencia, la moral y la política burgueses. Cuando Bernstein devuelve a la palabra “burgués” su antigua significación antifeudal, ciudadana, lo hace para acabar hasta con los antagonismos verbales. Para él, el hombre es simplemente un burgués, y la sociedad humana sólo debe ser burguesa.

80

## V. EL OPORTUNISMO EN LA TEORIA Y EN LA PRACTICA

Tanto en Alemania como en los demás países, el libro de Bernstein ha tenido una gran significación histórica para el movimiento obrero. Fue el primer intento de dar una base teórica a las corrientes reformistas aparecidas en la socialdemocracia. En nuestro movimiento, estas corrientes reformistas datan de más tiempo, si consideramos sus manifestaciones esporádicas. Por ejemplo, en la subvención a la flota mercante.[1] Pero una corriente en este sentido marcada y uniforme, data sólo desde principios de 1890, a partir de la caída de la "ley de los socialistas" y de la reconquista de la legalidad para el partido. El socialismo de Estado, de Vollmar;[2] la votación del presupuesto bávaro;[3] el socialismo agrario de la Alemania del Sur; los proyectos de compensación de Heine;[4] el punto de vista de Schippel con respecto a las milicias y las aduanas.[5] he ahí los *hitos que marcan* el camino recorrido por la práctica oportunista.

81

¿Y qué es lo que principalmente la caracteriza en su exterior? Su hostilidad contra la *teoría.* Y esto es muy natural; pues que nuestra "teoría",

---

[1] * En 1885, estando aún en vigor la ley que mantenía al partido socialdemócrata en la ilegalidad, la fracción parlamentaria socialdemócrata votó una subvención de cinco millones de marcos a las líneas de vapores, manteniendo una posición totalmente reformista y justificándola con argumentos que sirvieron después para la más reaccionaria defensa del imperialismo. [E.]

[2] ** Vollmar, que en un tiempo formó parte del ala radical del partido, en 1890, a raíz de la vuelta del partido a la legalidad, pasó a posiciones reformistas, sosteniendo que la intervención del Estado en el desarrollo de la economía nacional era ya el "socialismo de Estado" y que mediante reformas sucesivas, era posible llegar a un "Estado sin clases". [E.]

[3] *** Como consecuencia del escaso desarrollo industrial del sur de Alemania, la lucha de clases no estaba ahí tan agudizada como en otras regiones del país. Las posiciones oportunistas en el partido, buscando solamente ganar votos para las elecciones. olvidaban la posición política de clase cuando ésta representaba un peligro para el triunfo electoral. Por ejemplo, en la Dieta bávara, la fracción socialdemócrata aprobó un presupuesto favorable a los agricultores grandes y medianos, otorgando así un voto de plena confianza al gobierno de Baviera, y ganando algunos votos para los candidatos socialdemócratas, pero dejando totalmente de lado el análisis de la lucha de clases. [E.]

[4] * A partir del revisionismo teórico de Bernstein, la política oportunista llegó a verdaderas aberraciones. En las elecciones para el Reichstag, celebradas en 1898, Heine, partidario de Bernstein y candidato por un distrito de Berlín, se manifestó con respecto a la cuestión militar, como defensor de una "política de compensación". Esta política consistía en lo siguiente; acceder a las diversas pretensiones militares del gobierno, a cambio de la obtención de ciertas concesiones democráticas. El oportunismo consideraba que reforzar el aparato represivo del Estado, no traía ninguna consecuencia para la clase obrera, ya que el socialismo, realizándose por simple evolución del capitalismo, pondría automáticamente todo el poderío militar del Estado en manos de la clase obrera. Se olvidaba así, por una parte, que el aparato represivo del Estado es un punto estratégico de la lucha de clases y. polla otra, que en el proceso de transformación de las relaciones de producción capitalistas, el proletariado ha de conquistar necesariamente el poder político. [E.]

[5] ** En el congreso de Stuttgart de 1898, Schippel presentó la ponencia acerca de la política aduanera y comercial. En ella se declaró favorable *a* una política proteccionista para la industria, dando como razón, la necesidad de proteger al obrero alemán de la competencia de las industrias extranjeras. Con respecto a la posición del mismo Schippel acerca de las milicias, ver el artículo siguiente de Rosa Luxemburgo: *Militarismo y milicias.* [E.]

es decir, los principios del socialismo científico, establecen líneas marcadísimas para la actividad práctica, tanto con respecto a los *fines,* como a los *medios* de lucha a emplear y a la forma de combatir. Por eso aquellos que no pretenden conseguir más que resultados prácticos sienten la tendencia natural a pedir libertad de movimientos, esto es, a separar la "teoría" de la práctica, a independizarse de aquélla. Porque esa teoría se vuelve contra ellos en todo momento. El socialismo de Estado, el socialismo agrario, la política de compensación, la cuestión de las milicias, son otras tantas derrotas para el oportunismo. Está claro que esta corriente quisiera afirmarse frente a nuestros principios, llegando incluso a oponerse a la misma teoría y, en lugar de ignorarla, tratar de destruirla, confeccionando una teoría propia. Y un intento en este camino fue precisamente la teoría bernsleiniana, y de ahí por qué, en el Congreso de Stuttgart, se agruparon, con rapidez, en derredor de la bandera de Bernstein, todos los elementos oportunistas. Si, por una parte, las corrientes oportunistas de este señor resultan, en la práctica, fenómenos naturales y comprensibles, surgidos de las condiciones de nuestra lucha y de las proporciones que toma, por otra parte, la teoría de Bernstein es un ensayo, no menos comprensible, de agrupar estas corrientes en una expresión general teórica, para sentar sus propias bases científicas y liquidar de una vez el socialismo marxista. Por ello, la nueva teoría fue, de antemano, la prueba de fuego a que se sometía el oportunismo para llegar a su legitimación científica.

82 ¿Cómo ha resistido esta prueba? Ya lo hemos visto. El oportunismo no es capaz de oponer una teoría positiva que resista en cierto modo la crítica. Todo lo que puede hacer es combatir la teoría, previo un desglose de sus diversos principios, para luego, y puesto que este sistema representa un todo armónico y entrelazado, destruir el edificio en total, desde la azotea hasta los cimientos. Con ello se demuestra que la práctica oportunista es, en su esencia y en su fundamentación, incompatible con el sistema marxista.

Y se demuestra, además, que el oportunismo es del todo incompatible con el socialismo, por cuanto su tendencia interna se encamina a encauzar el movimiento obrero por caminos burgueses, esto es, a paralizar completamente la lucha proletaria de clases. Ciertamente que esta lucha de clases, si no se entiende como proceso histórico, no puede identificarse completamente con el sistema marxista. También antes de Marx y con independencia de él, ha existido un movimiento obrero y diversos sistemas socialistas. Cada uno de éstos dio, a su modo y en relación con la época, expresión teórica a los anhelos de emancipación de la clase trabajadora. Basar el socialismo sobre un concepto moral de justicia; luchar contra el modo de participación, en lugar de combatir la forma de producción capitalista; concebir los antagonismos de clase como contraste entre pobre

y rico; tender a injertar el “cooperativismo” en la economía capitalista, todo esto que encontramos en Bernstein, todo esto ya ha existido. Y estas teorías fueron en su momento, aun con todas las deficiencias, teorías que influyeron sobre la lucha de clases del proletariado. Fueron los gigantescos andadores en que éste aprendió a caminar sobre el escenario histórico.

Pero luego que el desenvolvimiento de la lucha de clases misma y su trascendencia social ha llevado a olvidar estas teorías idealistas y a formular las bases del socialismo científico, ¿es posible —al menos en Alemania— otro socialismo que no sea el marxista, una lucha de clases al margen de la socialdemocracia? Cada vez más se identifican socialismo y marxismo, lucha de emancipación obrera y socialdemocracia. El retroceso a las teorías socialistas anteriores a Marx no significa siquiera volver a los gigantescos andadores del proletariado, no; es calzarse nuevamente las raquíticas y gastadas zapatillas de la burguesía.

La teoría de Bernstein ha sido el primero y último intento de dar al oportunismo una base científica. Y decimos el último, porque este oportunismo ha ido tan lejos, tanto negativamente al abjurar del socialismo científico, como positivamente al condimentar su potaje teórico confusionista; este oportunismo ha ido tan lejos con Bernstein, que a estas alturas ya cumplió todos sus fines. Al plasmarse en un sistema, ha expresado teóricamente su futuro; ha sacado sus últimas consecuencias.

La doctrina marxista no sólo es capaz de refutarles en el terreno teórico, sino que es también la única que se halla en condiciones de explicar el oportunismo como fenómeno histórico en la evolución del partido. No hay que considerar el avance histórico del proletariado en el mundo, el avance hasta la victoria final, como “cosa tan simple”. Toda la particularidad de este movimiento consiste en que aquí, por vez primera en la historia, por sí mismas e incluso en contra de las clases dominantes, las masas ejercen su voluntad; pero esta voluntad han de ponerla en el ocaso de la sociedad actual, más allá de esta misma sociedad. Mas esta voluntad ha de imponerla la masa una vez y otra, luchando continuamente con el orden actual y dentro del marco de éste. Procurar la comunión de la masa con la gran transformación del mundo: he ahí el vasto problema que toca resolver a la socialdemocracia. Nuestro deber es luchar sin desmayo, manteniendo firme la ruta marcada por el marxismo. Ruta que guardan, celosos y amenazantes, dos escollos: el del abandono de su carácter de masa y el del olvido del objetivo final; el de la recaída en la secta y el de su naufragio en el movimiento reformista burgués; el del anarquismo y el del oportunismo.

83

Bien es verdad que el arsenal teórico de la doctrina marxista nos prestó, hace medio siglo, armas perfectas que aseguraban el triunfo sobre uno y

otro enemigo. Mas como quiera que nuestro movimiento es movimiento de masas, y los peligros que lo amenazan no proceden de las cabezas humanas sino de las condiciones sociales, no es de extrañar que las extravagancias oportunistas y anarquistas volvieran a la carga, a pesar de las repetidas derrotas que nuestra teoría marxista les promete. Hecha carne la teoría por la fuerza de la práctica, el movimiento mismo —siempre con las armas de Marx— tendrá poder para impedir toda desviación, todo asalto de los elementos intrusos. El peligro menos importante —el sarampión anarquista— pasó ya con el "movimiento de los independientes". Y es el riesgo mayor —la hidropesía oportunista— la enfermedad que al presente está sufriendo —y venciendo— la socialdemocracia.

Con el enorme crecimiento en extensión del movimiento durante los últimos años, con la complicación de las condiciones y de las tareas que en esa etapa tenía que afrontar la lucha, debió llegar el momento en que surgieran en su seno un escepticismo respecto a la conquista de las grandes metas finales y una indefinición respecto al elemento ideológico del propio movimiento. Pero así, y no de otro modo, ha de transcurrir el gran movimiento proletario. Y estas épocas de escepticismo y de duda no pueden constituir sorpresa para la doctrina marxista. Ya Marx lo profetizó hace tiempo:

> Las revoluciones burguesas, como la del siglo X y III —escribió hace medio siglo, en su *18 Brumario—,* avanzan arrolladoramente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se atropellan, los hombres y las cosas parecen iluminados por fuegos de artificio, el éxtasis es el espíritu de cada día; pero estas revoluciones son de corta vida, llegan en seguida a su apogeo y una larga depresión se apodera de la sociedad, antes de haber aprendido a asimilarse serenamente los resultados de su periodo impetuoso y agresivo. En cambio, las revoluciones proletarias, como las del siglo xix, se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzarlo de nuevo, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan: *¡Hic Rhodus, hic salta*![6]



[6] C. Marx, "El Dieciocho Bromado de Luis Bonaparte'' en *Obras escogidas.* Ed. Progreso, Moscú, 1971, t. I, pp. 233-34.

Y ésta fue siempre la verdad, reconocida por la misma teoría del socialismo científico. El movimiento proletario no es hoy totalmente socialdemócrata. Ni aun siquiera en Alemania. Pero día llegará en que adquiera en su totalidad este carácter, venciendo las extravagancias extremas de anarquistas y oportunistas, que no son más que momentos en el *proceso* total de la socialdemocracia.

En vista de ello no debe sorprendernos la existencia de estas corrientes oportunistas, sino la debilidad que manifiestan. Mientras se encarnaron únicamente en casos aislados, dentro de la práctica del partido, temimos que tras de estos hechos se ocultara una teoría seria. Mas ahora, desnuda esa teoría en su total desarrollo, nos preguntamos asombrados, luego de leer el libro de Bernstein: ¿pero era todo esto lo que tenía que decir? ¡Ni el más pequeño asomo de una nueva idea! Ni un solo pensamiento que el marxismo no haya destruido hace decenios, que no haya pisoteado, destrozado, ridiculizado y reducido a la nada.

Bastó que el oportunismo hablara, para demostrar que no tenía nada que decir. Y ésa es la verdadera trascendencia que para la historia del partido encierra el libro de Bernstein.

Al despedirse éste de la forma de pensar del proletariado revolucionario —de la dialéctica— y de la concepción materialista de la historia, encontramos circunstancias atenuantes que favorecen su éxito. La dialéctica y la concepción materialista de la historia —tan generosas siempre— nos lo muestran tal cual es: Bernstein fue el instrumento, tan propicio como inconsciente, que sirvió al proletariado para expresar sus indecisiones momentáneas, sus momentos de angustia en un vía crucis de redención. Llegada la luz del alba y comprobado lo que fue motivo de espanto, no puede menos que reírse en sus propias barbas, para terminar, irritado, arrojándolo de su presencia.

# MILICIA Y MILITARISMO [1]

I

No es la primera vez —y esperamos que tampoco será la última— que de las filas del partido se elevan voces criticando determinados puntos de nuestro programa, e incluso combatiendo nuestra táctica. Nunca apreciaremos bastante la necesidad de tales críticas. Pero sólo en cuanto al *modo* de ejercer esa crítica, pues no entendemos beneficiosa la costumbre, hoy imperante en el partido, de armar la gran tremolina, a la primera oportunidad, con el fin exclusivo de sobresalir entre la masa de afiliados. Lo que estimamos importante en la crítica son las bases de los argumentos y la visión general que de ellas se deduzca.

Y una visión general es, efectivamente, la que se manifiesta en la cruzada emprendida por SchippeJ, *el Lobo,* contra las milicias y a favor del militarismo.

En SchippeJ, al defender el militarismo, se aprecia como punto de vista general la opinión de que el actual sistema militarista es *necesario.* Con cuantos argumentos halla a mano, pretende demostrar la necesidad de un ejército permanente. Y, según cierto punto de vista, tiene razón, desde luego. El ejército permanente, el militarismo, es realmente imprescindible. Pero, ¿para quién? Para las clases y gobiernos actualmente dominantes. De lo cual se desprende, pues, que, *desde el punto de vista que les es propio,* la supresión del ejército permanente y la creación de milicias, es decir, el armamento del pueblo, han de ser, para estas clases, pretensiones tan inadmisibles como absurdas.

Y si Schippel, por su parte, coincide con esa opinión, ¿qué demuestra con ello sino que él mismo enfoca la cuestión militarista *desde el punto de vista burgués,* con igual perspectiva a la que le es propia a un gobierno capitalista o a la clase burguesa en general? Cuando opinamos así, englobamos igualmente, en nuestro juicio, todos los argumentos con que pretende justificar su posición. Schippel afirma que la cuestión capital del sistema de milicias, el proveer de armas a todos los ciudadanos, sería imposible de resolver económicamente, por no haber dinero bastante para ello, ni se

[1] * Los siguientes artículos aparecieron en el *Leipziger Volkszeitung,* entre el 20 y el 25 de febrero de 1899Se trata de la réplica de Rosa Luxemburgo al artículo de M. Schippel, *¿Creía F. Engels en las milicias?* M. Schippel defendía los créditos para armamentos del ejército alemán, Rosa Luxemburgo los condicionaba a la transformación del mismo en milicias. [E.]

debe sacar de otro lado, “ya que —y copio su frase— bastante mermado está el presupuesto de cultura”. Claro que al decir esto no se imagina que pueda adoptarse un sistema contributivo distinto al prusiano, que rige *hoy* para toda Alemania, y, por lo tanto, ha de renunciarse a la idea de obligar, por ejemplo, a la clase capitalista a contribuir en mayor proporción al sostenimiento de estas milicias.

86

Schippel considera indeseable la educación guerrera de la juventud —otro de los puntales del sistema militar— porque los suboficiales, sus instructores, habrían de ejercer la más perniciosa influencia sobre los jóvenes. Tan carente de una visión futura se manifiesta Schippel en este caso como en el referente a la reforma fiscal que pudieran acarrear las milicias, simplemente porque no se le ocurre un cambio en el espíritu de la gente encargada de la instrucción militar, creyendo que forzosamente han de ser los actuales subalternos imbuidos del espíritu cuartelero. Su manera de interpretar recuerda vivamente a la del profesor Julio Wolf, cuando en su tiempo veía un inconveniente en el régimen socialista, porque —según él— se presentaría un alza general en la tasa de interés.

La razón que Schippel alega para considerar indispensable el actual militarismo es la de que “alivia” a la sociedad de la opresión económica. Kautsky tiene problemas cuando trata de adivinar los motivos que pueden mover a un socialdemócrata a ver un “alivio” económico en el militarismo, y a un cúmulo de interpretaciones posibles le hace acompañar de un sinfín de réplicas acertadas. No da en el clavo; pero se debe a que Schippel no adopta, al enjuiciar el asunto, el punto de vista que corresponde al pueblo trabajador. Si Schippel encuentra posible ese “alivio” es porque se coloca en el terreno del capital, y entonces tiene razón. Para él, el militarismo se presenta como una de las más importantes formas de inversión de capitales, y, por lo tanto, ¿qué tiene de particular que coincida con la opinión capitalista, que considera como un *alivio* al militarismo? No dudo de que Schippel, en este aspecto, representa los intereses capitalistas. ¿Quién lo garantiza? Un fiador envidiable, el más apropiado.

En la sesión del Reichstag del 12 de enero de 1899, se decía lo siguiente:

> Yo afirmo, señores, que es completamente falsa la afirmación de que dos mil millones del presupuesto del Reichstag se apliquen a gastos improductivos y que frente a ellos no se presente gasto productivo alguno. Yo digo que no hay gasto más productivo que el aplicado al ejército.

Y el relato taquigráfico añade, como era de suponer: “Risas en los bancos de la izquierda.” El orador era el *barón von Stumm, el* colega de Krupp.

Pero no importa tanto la *vacuidad* de las afirmaciones de Schippel como que se caracterice por adoptar el punto de vista de la sociedad burguesa, y pierda el ángulo visual propio de la socialdemocracia, viendo los asuntos completamente al revés. Según él, el ejército permanente es indispensable; el militarismo, económicamente provechoso; la milicia, irrealizable, etcétera.

87

Pero hay otra cosa sorprendente en Schippel: que su postura en esta cuestión del militarismo coincide con la adoptada por él en otros importantes problemas de la lucha política; en el proteccionismo, por ejemplo.

En primer lugar, tenemos su renuncia a relacionar con la democracia o la reacción las posturas que adopta ante la solución de un problema. Este oportunismo lo lleva a decir, en el discurso pronunciado en el Congreso de Stuttgart, que

> es completamente falso entender como idénticos libre cambio y progreso, al igual que no lo son reacción y proteccionismo. Muchas páginas de la historia nos demuestran que se puede ser, al mismo tiempo, librecambista y reaccionario, proteccionista y amigo de la democracia.
>
> Hay entusiastas de las milicias que quisieran alterar nuestra vida de trabajo produciendo en el mercado perturbaciones y crisis, y trasplantar el espíritu cuartelero a las más jóvenes promociones escolares, lo cual es mucho peor que el actual militarismo. Existen contrarios a la milicia que son, en todo momento, enemigos mortales de cualquier concesión en el fuero y exigencias militares.

Pero, ¿qué importancia tiene para un socialdemócrata que los políticos *burgueses* no adopten en cada cuestión actitudes que respondan a un *principio?* Su política es política de circunstancias. De ello quiere deducir el socialdemócrata Schippel el derecho y la necesidad de negar el fondo inevitablemente reaccionario del militarismo y el proteccionismo en sí, aceptando necesariamente la significación progresista de la milicia y del libre cambio. Es decir, *no considerar estos asuntos como cuestión de principios.*

En segundo lugar vemos en sus intentos de apreciar el proteccionismo desligado de la cuestión militar una renuncia expresa a combatir ambos extremos formando un todo inseparable, unido por principio. En su discurso de Stuttgart oímos a Schippel atacar, por excesivas, ciertas tarifas solamente; pero reiterando el consejo de no “comprometerse”, de no

"atarse de pies y manos", de no combatir el proteccionismo por sistema y, con carácter general. Ahora, en el número de noviembre de *Socialistischen Monatscheftus,* Schippel aplaude la campaña de agitación hecha en el parlamento y en la calle, en contra de *las pretensiones militares que tengan un carácter concreto,* si bien con el consejo que da en la *Neue Zeit* de

> no tomar por esencia del sistema militarista lo que son simples casualidades tan externas como secundarias, así como tampoco ciertos efectos *reaccionarios* que el militarismo hace sentir, casualmente, sobre otros aspectos de la vida social.

88

Y en último lugar *y* finalmente —*y* aquí se expone la base de ambos puntos de vista— vemos que su error fundamental consiste en considerar el problema con opinión que corresponde al *pasado* desarrollo burgués, es decir, en su aspecto progresivo y determinado por la historia, haciendo caso omiso de su evolución sucesiva, tanto presente como futura, la cual se halla en tan estrecha relación con el lado *reaccionario* de los fenómenos en cuestión. Para Schippel el proteccionismo sigue siendo lo que fue en tiempos del difunto Federico List, hace más de medio siglo: un gran progreso sobre el desmembramiento feudal y económico de Alemania. Pero no puede admitir que el libre cambio sea hoy necesario para acabar con las fronteras económicas nacionales, que se levantan por doquier, dividiendo nuevamente lo que en otro tiempo llegó a ser mercado mundial, y pone de manifiesto el carácter reaccionario del proteccionismo.

tro tanto le ocurre en la cuestión del militarismo. Sigue viéndola todavía como instrumento de progreso, encarnado en el ejército permanente en base del servicio militar obligatorio, y frente a las antiguas mesnadas feudales y ejércitos mercenarios. Para Schippel, ahí se detiene la vida. Sobre el ejército permanente resbala la historia, sin que exija siquiera una mayor generalización del servicio militar obligatorio.

ero, ¿qué importancia encierran estos puntos de vista, tan característicos, que Schippel adopta tanto para la cuestión aduanera como para la militar? Significan, en primer lugar, una política de *circunstancias* frente a una actitud de principios, y, en segundo lugar y en lógica consecuencia, un ataque contra el *sistema* mismo. Pues, ¿qué otra cosa es esta política que el oportunismo, ese buen amigo tan conocido en los últimos tiempos de la historia del partido?

Es la "política práctica" otra vez; es el oportunismo levantando nuevamente la cabeza y negándose, con Schippel, a pedir una milicia (punto de los más importantes de nuestro programa). En esta resurrección estriba, para el partido y su punto de vista, la verdadera importancia del éxito de

Schippel. Sólo englobado en la totalidad de las tendencias afines y en su aspecto oportunista, puede juzgarse certeramente esta última manifestación socialdemócrata en favor del militarismo.

## II

Es carácter esencial de la política oportunista concluir siempre, en lógica dependencia, sacrificando el objetivo final y los intereses de liberación de la clase obrera en beneficio de aquellos que le están más próximos y que, por regla general, suelen ser completamente ficticios.

Este postulado del beneficio inmediato concuerda exactamente con la posición adoptada por Schippel, y se demuestra claramente cuando en la cuestión militarista llega a hacer una afirmación importantísima. La principal razón que, según Schippel, nos fuerza a mantener el sistema militarista es el "alivio" económico que proporciona a la sociedad. Prescindamos de esta extraña declaración, que lo muestra como desconocedor de las más sencillas realidades económicas. Para caracterizar su manera de razonar queremos aceptar, por un mojnento, que esa afirmación falsa sea verdad y que el militarismo "descargue" verdaderamente a la "sociedad" de sus fuerzas productoras excedentes.

89

¿Qué importancia encierra este fenómeno de "descarga" de fuerzas para la clase trabajadora? Solamente por cuanto el ejército castrense, siendo de carácter permanente, descarga en cierta manera aquel otro civil de reserva de trabajo que, por hallarse siempre a disposición del capital, impide el alza de los salarios y empeora el mercado de fuerza trabajadora. Éste puede ser el anverso de la medalla. Veamos ahora el reverso. Presenta tres aspectos: primero, que el obrero, con el fin de limitar la competencia en el mercado de trabajo, y para disminuir la oferta, ha de ceder al Estado una parte de su salario con el fin de conservar, como soldados, a sus competidores; segundo, que hace de estos un instrumento que sirve al Estado capitalista para sofocar todo movimiento encaminado a mejorar la situación del obrero (huelgas, coaliciones), en caso necesario a ahogarlo en sangre, resultando fallidas cuantas esperanzas puso la clase trabajadora en el militarismo como remedio contra la competencia en el mercado de trabajo; y tercero porque, al aceptar el sistema, el propio trabajador convierte a sus competidores en el puntal más firme de la reacción política del Estado, es decir, en el de su propia esclavitud social.

Digámoslo con otras palabras. Por el militarismo el trabajador burla, en determinada cantidad, una disminución inmediata de su salario; pero con

ello pierde, en gran proporción y *por largo tiempo,* la posibilidad de luchar por el alza de los jornales o la mejora de su situación. Como vendedor de la fuerza de trabajo, gana; pero, al mismo tiempo, y como ciudadano, enajena su libertad de movimientos, para resultar en último extremo, perjudicado también como vendedor de dicha fuerza. Elimina un competidor en el mercado de trabajo, pero ve surgir un guardián de su esclavitud como asalariado. Evita una disminución de jornal, para luego restringir tanto la perspectiva de una mejora duradera ele su situación, como la posibilidad de una liberación definitiva, social, económica y política. Ésta es la verdadera significación del "alivio" económico de la clase trabajadora por medio del militarismo. Aquí, como en el caso de todos los especuladores de la política oportunista, vemos sacrificar los grandes fines de la liberación socialista de clase en favor de minúsculos intereses prácticos del momento, intereses que, por lo demás, son simplemente ficticios, como se demuestra apreciándolos más de cerca.

Preguntamos: ¿Cómo pudo Schippel llegar a la absurda idea de calificar al militarismo como "alivio", y más desde el punto de vista de la clase trabajadora? Recordemos nuevamente cómo esta cuestión se presenta a la consideración capitalista. Ya hemos demostrado que, para el capital, el militarismo es la forma de inversión más beneficiosa y necesaria. Está claro que aquellos medios económicos que a través de los impuestos llegan a manos del gobierno, sirven para mantener el militarismo; que si hubieran quedado en poder del pueblo representarían una mayor demanda de medios de subsistencia, y que si el Estado los empleara en difundir la cultura, en mayor proporción, producirían una petición mayor de trabajo social. Así, pues, resultará que, para la sociedad en general, el militarismo no es, desde luego, un "alivio".

90

Mas, con respecto al beneficio capitalista, con respecto al empresario, la cuestión se presenta de modo distinto. AI capital no le puede ser indiferente que una demanda determinada de productos provenga de compradores dispersos o del Estado. Los pedidos oficiales se distinguen por su firmeza, su volumen y, en la mayor parte de los casos, por una relativa monopolización en los precios, todo lo cual hace del Estado el comprador más ventajoso, y sus pedidos, el negocio más brillante para el capital.

Pero la ventaja que presentan los suministros militares, comparados, por ejemplo, con los gastos oficiales dedicados a fines de cultura, son las continuas revoluciones técnicas y el crecimiento sin fin de los desembolsos bélicos. Así, pues, ¿qué tiene de particular que el militarismo sea para el capital la rica e inagotable fuente de ganancia que ha de elevar, además, el capital al rango de una potencia social? Esto lo saben bien los obreros de las fábricas de Krupp y Stumm.

Si para la sociedad en general se presenta el militarismo como un absurdo despilfarro de gigantescas fuerzas de producción, para la clase obrera significa, por el contrario, un empobrecimiento de su situación económica y la perpetuación de su esclavitud social. Si para la clase *capitalista* constituye, económicamente, el modo de inversión más insustituible y brillante, social y políticamente será el mayor sostén de su dominio de clase. Cuando, por lo tanto, Schippel declara resueltamente al militarismo como un "alivio" económico necesario, no sólo confunde el punto de vista de los intereses sociales con los intereses de clase, adoptando, por consiguiente —como dijimos al principio— el punto de vista burgués, sino que al entender que toda ventaja económica para la clase capitalista se traduce, necesariamente. en ventaja para la clase obrera, parte asimismo de la base de la *armonía de intereses entre capital y salario.*

Pero este falso punto de vista no es otro que el adoptado también por Schippel en la cuestión aduanera. En este momento se manifestó por el proteccionismo, alegando la necesidad de defender al obrero *productor* de la competencia ruinosa de la industria extranjera. Tanto aquí como en sus proyectos militares, pretende defender los intereses económicos inmediatos del obrero, haciendo caso omiso de aquellos de carácter político y social que guardan una estrecha dependencia con el libre cambio o la abolición del ejército permanente. En ambos casos toma por intereses inmediatos de la clase obrera los intereses del capitalista en general, por entender que todo lo que puede beneficiar a las empresas ha de ser ventajoso para el trabajador. Para la teoría oportunista existen dos principios en absoluta dependencia, que forman a la vez la característica esencial de toda su política: el sacrificio del objetivo final ante los éxitos prácticos del momento, y la apreciación de estos intereses prácticos desde el punto de vista de la armonía entre capital y trabajo.

91

A la primera ojeada sorprenderá que un defensor de *esta* política encuentre incluso la posibilidad de remitirse a los fundadores del programa socialdemócrata. y hasta crea muy seriamente que si el barón de Stumm le sale de garante en la cuestión militar, no obsta para que también lo avale Federico Engels. Lo que Schippel cree tener de común con éste es haber visto la necesidad y el carácter histórico del militarismo. Pero ello no indica otra cosa que cuando no se digiere —como antes le ocurrióla dialéctica hegeliana ni la concepción marxista de la Historia —como le sucede ahora— se corre el grave peligro de sufrir serios trastornos cerebrales. Gomo también se demuestra que, tanto el pensamiento dialéctico en general como la filosofía materialista de la Historia en particular, son tan revolucionarios en su justa interpretación, como peligrosas y reaccionarias pueden ser las consecuencias a deducir si se los entiende al revés. Leyendo

las citas que Schippel saca especialmente del *Antidühring,* de Engels, tratando del desarrollo del sistema militarista y de su desaparición y conversión en ejército popular, no acertaremos, a primera vista, con la diferencia que existe entre la concepción de Schippel y la aceptada por el partido.

Nosotros juzgamos al militarismo, tal cual es hoy, como un producto fatal e irremediable de la evolución social, y así lo ve Schippel. También afirmamos que el militarismo ha de terminar, dado su desarrollo ulterior, en ejército popular y lo mismo afirma Schippel. ¿En dónde está, por lo tanto, la diferencia que pudiera llevarlo a una postura reaccionaria en la cuestión de las milicias? Es muy sencillo. En tanto que nosotros, de acuerdo con Engels, vemos en la evolución del militarismo hacia las milicias *simplemente las condiciones* que llevan a su desaparición, Schippel opina que el futuro ejército popular surgirá *por sí mismo,* "de dentro hacia afuera", y del actual sistema militar. Mientras nosotros, apoyados en estas condiciones materiales que nos ofrece el desarrollo objetivo y el acortamiento del tiempo de servicio, creemos llegar *por la lucha política* a la realización del sistema de milicias, Schippel pone su esperanza en la evolución misma del militarismo y en sus consecuencias lógicas, y tacha de mera fantasía y de política de café toda intervención consciente que tienda a crear las milicias.

Lo que de esta manera hemos obtenido no es la concepción histórica de *Engels,* sino la de Bernstein. Así como en ésta la economía capitalista llega sin violencias, tranquilamente, a ''florecer" en socialista, de igual manera. en Schippel, el militarismo actual dará como fruto espontáneo las milicias. Y como a Bernstein le sucede con el capitalismo en general, le ocurre a Schippel respecto al militarismo, no comprendiendo que el desarrollo objetivo, material, nos traerá a la mano solamente las *condiciones* de un grado mayor de desenvolvimiento, pero que sin nuestra *intervención consciente,* sin la lucha *política* de la clase trabajadora en pos de la transformación socialista o de las milicias, ni la una ni la otra se realizaría jamás.

92

Mas como ese cómodo "florecer" no pasa de ser una quimera, una huida oportunista para evitar la lucha revolucionaria y consciente, la revolución social y política a que ese camino lleva se convierte en un pobre trabajo burgués de remiendos y composturas. Ai igual que en la teoría de "socialización lenta", de Bernstein, desaparece hasta la noción del socialismo mismo —al menos lo que nosotros entendemos bajo ese concepto—, convirtiéndolo en un "control social", es decir, en unas inofensivas reformas sociales burguesas; también en la concepción de Schippel el "ejército popular", formado por el pueblo en armas y siendo árbitro de la paz y de la guerra, que es nuestro fin, queda transformado en

un deber militar exclusivo a todos los ciudadanos útiles, con un menor tiempo de servicio, pero siempre dentro del actual sistema de ejército permanente. Aplicar a todos los objetivos de nuestra lucha política la concepción de Schippel, nos llevaría, en línea recta, al abandono total del programa socialdemócrata.

La defensa que Schippel hace del militarismo es una exposición clara de toda la corriente revisionista y, al propio tiempo, un paso importante en el desarrollo de la misma. Antes conocimos a un diputado socialdemócrata, Heine, que quería acceder, en determinadas condiciones, a las exigencias militares del gobierno capitalista. Pero era pensando simplemente en hacer esas concesiones con vista a fines más altos de la democracia. Según Heine, los cañones servirían, al menos, para pagar ciertos derechos que se otorgarían al pueblo. Pero ahora Schippel explica su concesión pollos cañones en sí. Si tanto aquí como allí el *resultado* es idéntico, es decir, un apoyo al militarismo, siquiera en Heine fue el producto de una falsa interpretación en la *forma de luchar* socialdemócrata. Pero, en Schippel, se debe simplemente a un desplazamiento del *objeto* de la lucha. Allí se propuso, en vez de la táctica socialdemócrata, la burguesa, pero aquí se coloca, con el mayor desparpajo, en lugar del socialdemócrata, el *programa burgués.*

En el "escepticismo miliciano" de Schippel, la "política práctica" ha sacado sus últimas consecuencias. En sentido reaccionario no puede ir más allá; pero todavía le queda extenderse sobre otros puntos del programa antes de arrojar del todo el manto socialista, con cuyos colgajos se cubre, para presentarse en toda su clásica desnudez: como el padre Naumann.[2]

93

## III

Si la socialdemocracia fuera un club de discusión de cuestiones sociopolíticas podría considerar resuelto el caso Schippel después de una discusión teórica con él, pero puesto que es un partido de lucha política con la comprobación teórica de lo errado del punto de vista de Schippel la cuestión no está resuelta sino apenas planteada. La publicación de Schippel sobre la milicia no es sólo la expresión de determinadas ideas, sino también una acción política, por ello el partido no debe responderla solamente con una refutación de opiniones sino como una acción política. Y esta acción

[2] * F. Naumann fue un teólogo evangelista, fundador de las Asociaciones Sociales Nacionales, que intentó someter la clase obrera al Estado alemán, mediante un reformismo pequeñoburgués y una fraseología liberal. Trabajó en estrecha colaboración con el capital financiero y tuvo relaciones políticas con los dirigentes oportunistas de la socialdemocracia alemana. [E.]

debe estar en proporción con el alcance de las expresiones de Schippel.

En el transcurso del año pasado prácticamente todos los postulados que regían, hasta entonces, como piedras fundamentales de la socialdemocracia fueron sacudidas en su vigencia indiscutible por ataques provenientes de nuestras propias filas. Eduard Bernstein declaró que para él la meta *final* del movimiento proletario no era nada, Wolfgang Heine mostró con sus propuestas de compensación que para él la *táctica* tradicional de la socialdemocracia no era nada en los hechos. Ahora Schippel demuestra directamente que él se encuentra por encima del *programa político* del partido. Casi ningún principio de la lucha proletaria quedó librado de ser disuelto por parte de ciertos representantes del partido. De por sí todo esto ofrece una imagen global nada satisfactoria. Sin embargo, hay que diferenciar estas expresiones, por más significativas que sean, del punto de vista del interés del partido. Sin duda, la crítica de Bernstein a nuestras intenciones *teóricas* es un fenómeno nefasto. Pero el oportunismo /irrfctico es para el movimiento incomparablemente más peligroso. El escepticismo respecto de la *meta final* puede siempre ser eliminado fácilmente por el movimiento mismo si éste es sano y fuerte en su lucha práctica, en cambio cuando las metas inmediatas —es decir la lucha práctica misma— son puestas en cuestión, entonces todo el partido con su meta final y su movimiento se convierten en *fiada,* no sólo en la representación subjetiva de éste o el otro filósofo del partido sino también en el mundo objetivo de la apariencia.

El ataque de Schippel se dirige solamente a un punto de nuestro programa político. Pero este único punto, dada la importancia fundamental del militarismo para el Estado contemporáneo representa prácticamente la negación de *toda* la lucha política de. la socialdemocracia.

94

En el militarismo se cristaliza el poder y el dominio, tanto del Estado capitalista como de la clase burguesa, y puesto que la socialdemocracia es el único partido que los combate *por principio,* la lucha de principio contra el militarismo pertenece por tanto a *la esencia* de la socialdemocracia. El abandono de la lucha contra el sistema militar desemboca en la *práctica* en la negación de la lucha contra el orden social actual en general. Al final del capítulo anterior, decíamos que al oportunismo sólo le falta extender la toma de posición de Schippel sobre la cuestión militar a otros puntos del programa para abjurar totalmente de la socialdemocracia. Con ello pensábamos solamente en el desarrollo *subjetivo,* consciente de los partidarios de esta política. Pero *objetivamente,* si miramos el asunto en cuanto tal, este desarrollo ha tenido ya lugar en la expresión de Schippel.

Hay otro aspecto de las manifestaciones oportunistas de los últimos

tiempos, y concretamente en la toma de posición de Schippel que merece ser tenido en cuenta por lo menos en su valor sintomático. Se trata de la ligereza juguetona, de la tranquilidad inconmovible incluso, en última instancia, de la graciosa elegancia con la que se sacuden los principios que deberían ser consustanciales a todos los camaradas que no se sienten por sobre los intereses del partido, y cuyo cuestionamiento debería motivar por lo menos una seria crisis de conciencia en todo socialdemócrata sincero. Son estos signos inequívocos del bajísimo nivel revolucionario, de la merma del instinto revolucionario, fenómenos que pueden ser de por sí imperceptibles y carentes de importancia, pero que sin duda son esenciales para un partido como el socialdemócrata que se encuentra por lo pronto dirigido a triunfos más ideales que prácticos y que plantea un nivel individual de exigencias muy alto. El complemento armónico del *modo de pensar* burgués propio del oportunismo es su *modo de sentir* burgués.

El alcance que la manifestación de Schippel tiene en todos sentidos vuelve necesaria una contramanifestación correspondiente del partido. ¿En qué puede consistir esta contra-acción? En primer lugar en la *toma* de posición clara y precisa de toda la *prensa del partido* sobre esta cuestión y en la correspondiente discusión del asunto en las reuniones del partido. Si el partido no comparte el punto de vista de Schippel, para quien las reuniones populares son sólo oportunidades en las que se echa a las masas ciertos restos llamados “consignas” para que en un determinado momento elijan a un “ser superior” político para el Reichstag, entonces tampoco debe considerar la discusión de los principios políticos partidarios más importantes como un “banquete de nobles”, que sólo es bueno para un grupo selecto y no para el gran montón de los camaradas. Por el contrario, sólo el llevar la discusión a los más amplios círculos del partido puede impedir una posible propagación de las opiniones de Schippel.

En segundo lugar, y esto es lo más importante, en la *toma* de posición por la *fracción* socialdemócrata, fue a ésta a la que le correspondía sobre todo dar la opinión directriz en el asunto de Schippel, tanto porque Schippel es miembro del Reichstag y miembro de la fracción, como porque la cuestión planteada por él es uno de los principales asuntos de la lucha parlamentaria. No sabemos si la fracción ha hecho algo al respecto o no. Puesto que después de la aparición del artículo de Isegrim se volvió un secreto público quién era el que se ocultaba bajo este seudónimo, es de suponerse que la fracción no habrá visto con los brazos cruzados cómo uno de sus miembros hacía burla de su propia actividad.

95

Y si no lo ha hecho todavía podría hacerlo ahora, una vez que Kautsky expulsó ya a Schippel de su piel de lobo. Aunque la fracción haya tomado o no posición en el caso de Schippel el resultado es más o menos el mismo, en

la medida en que no lo ha puesto en conocimiento de todo el partido. Obligada a moverse sobre el pulido piso del parlamentarismo burgués, ajeno a su esencia, la socialdemocracia, por lo que se ve, sin quererlo e inconscientemente ha adoptado ciertas costumbres del parlamentarismo que no son armonizables con su carácter democrático. Una de ellas es a nuestro parecer la presencia de la fracción como un cuerpo cerrado no sólo frente a los partidos burgueses, lo que es indudablemente necesario, sino también frente al propio partido, que es algo que puede conducir a incompatibilidades. Las fracciones de los partidos burgueses en los que la lucha parlamentaria se lleva por lo general en la forma banal del comercio y el intercambio tienen toda la razón para huir de la luz pública. La fracción socialdemócrata, en cambio, no tiene necesidad ni motivo para considerar como un secreto los resultados de sus discusiones, en lo que respecta a los principios del partido y a otras cuestiones tácticas importantes. Despachar cuestiones de este orden en una sesión secreta de la fracción, sería suficiente sólo si para nosotros, como para los partidos burgueses, se tratara solamente de alcanzar una determinada *votación* para la fracción en el Reichstag. A la socialdemocracia, en cambio, para la que la lucha parlamentaria de su fracción es más importante desde el punto de vista agitativo que desde el punto de vista práctico, lo que debe importarle no es la resolución mayoritaria formal de la fracción sino la discusión misma, el esclarecimiento de la situación. Para el partido es igualmente importante saber cómo piensan sus representantes sobre las cuestiones parlamentarias como saber de qué manera *vota* el conjunto en el Reichstag. En un partido fundamentalmente democrático, la relación entre electores y representantes no puede agotarse bajo ninguna circunstancia en el acto de la votación y en el informe sumario externo y formal en el congreso del partido. Por el contrario, la fracción debe mantenerse en un contacto vivo e ininterrumpido con la masa del partido y esto es algo que se convierte en una exigencia de autoconservación frente a las corrientes oportunistas, que aparecen en los últimos tiempos precisamente entre los parlamentarios del partido. Una toma de posición pública de la fracción con respecto a las expresiones de Schippel fue y es necesaria por el simple hecho de que el partido y su masa, por más que lo quieran no tiene la posibilidad *física* de presentarse *como un todo* en el tratamiento de esta cuestión. La fracción es una representación política oficial del partido en su totalidad y debió ayudar indirectamente; con su propio comportamiento, al partido en su necesaria toma de posición.

96

En tercer lugar y finalmente, el partido tiene que decir su palabra directamente y esto en la única forma que le corresponda: en el *próximo congreso del partido.*

Se decía en la discusión de Stuttgart sobre el artículo de Bernstein que el partido no puede ir a votación sobre cuestiones teóricas. Pero ahora en el caso de Schippel estamos ante una cuestión puramente práctica. Se decía que las propuestas de compensación de Heine no eran más que una música inoportuna del futuro con la que el partido no tenía nada que ver. Ahora con Schippel tenemos música contemporánea. Y en la toma de posición de Schippel sobre la cuestión de la milicia la política oportunista se ha desarrollado, como decíamos, hasta sus últimas consecuencias. Nos parece que es una tarea urgente del partido sacar de este desarrollo, mediante una toma de posición clara y unívoca las conclusiones correctas.

El partido tiene todas las razones para ello, se trata en el presente caso de un hombre de confianza, de un representante político del partido, que debía servirle como espada y escudo frente a los ataques del Estado burgués. Pero si el escudo se vuelve en cualquier momento de composición gelatinosa y la espada se rompe en la lucha como si fuera de papel acaso el partido no puede entonces exclamar contra *esta* política:

Fuera la gelatina
no la necesito
de cartón no forjo
ninguna espada.

Rogando su publicación, se recibió en el *Leipziger Volkszeitung,* el 24 de febrero de 1899, el siguiente escrito de Schippel:

“Querido amigo Schoenlank:

“Siempre leo con gran interés los artículos que la compañera Rosa Luxemburgo publica en la *Leipziger Volkszeitung,* y no por estar siempre de acuerdo con todos sus puntos, sino por apreciar la naturaleza combativa, el convencimiento honrado y la dialéctica profunda de quien los escribe.

"Pero esta vez repaso, y no sin asombro, las conclusiones, cada vez más punzantes, que saca basándose en una mera *suposición.* Dice la compañera:

> La razón económica que a nosotros, según Schippel, nos fuerza a mantener el sistema capitalista, es el “alivio” económico que para la sociedad este sistema representa... También desde el punto de vista de la clase trabajadora, Schippel considera este sistema como un “alivio”... partiendo del principio de una *armonía* de intereses entre capital y trabajo.

97

“Las conclusiones son ciertas; pero la premisa es tan falsa como equivocada. Ya he explicado suficientemente, en la *Neue Zeit,* que los gastos

*gigantescos e* improductivos, debidos al lujo y a las locuras de los particulares, o a los excesos militaristas y prebendas de todas clases por parte de los Estados, aminoran las fiebres intermitentes de las crisis que, en forma duradera, se apoderarían de una sociedad a manera de 'superproducción', sí el despilfarro improductivo no fuera mayor cada vez. con respecto a la acumulación con fines productivos. Naturalmente que yo no he aplaudido jamás el despilfarro y los gastos improductivos, y mucho menos lo he exigido *en interés de la clase trabajadora.* Yo quise referirme a otras ya conocidas influencias efectivas de los mismos *sobre la sociedad moderna.*

"Tuve al principio por cosa segura que nadie me consideraría capaz de luchar en vanguardia 'por esta sociedad moderna'. Sin embargo, poseo una gran experiencia en estas discusiones socialdemócratas. Por eso, en el párrafo relativo a la superproducción, añadí como colofón esta pequeña frase: 'Naturalmente que, no por ello, el militarismo me ha de ser más agradable, sino más desagradable.'

"Esto, según su sentido, quiere decir 'más detestable'. Pero tampoco este exceso de prudencia por mi parte parece haber servido de nada, por cuanto la camarada estima que 'sigue dando lo mismo'. Es decir; igual que si se discutiera con alguna dama burguesa.

"Sin embargo, después de reconocer la nobleza de la colaboradora de la *Leipziger Volkszeitung,* esperaré a que se dé cuenta de que ha tomado la salida en falso, y que, por Jo tanto, esa carrera en que nos íbamos a disputar el premio de decisión revolucionaria y proletaria debe comenzar otra vez.

'Suyo

Max Schippel."

## IV

Si el compañero Schippel leyó con asombro las "cada vez más punzantes" conclusiones que deduje de *una* opinión expresada por él, una vez más quedará demostrado que las opiniones también tienen su lógica, y precisamente allí donde les falta a los hombres.

Para las ideas que Schippel formula en la *Neue Zeit* sobre el "alivio" económico de la sociedad capitalista por el militarismo, constituye su réplica de ahora un corolario no despreciable. Junto al militarismo se presentan "las prebendas de todas clases" y "el lujo y las locuras de los particulares" como otros tantos medios de profilaxis y alivio contra las crisis. La extraña opinión sobre la función económica del militarismo da paso, desde luego, a la teoría

de que el despilfarro es un remedio de la economía capitalista, y demuestra que no hemos tenido razón al meternos con el barón de Stumm como economista social, al consagrarlo en nuestro primer artículo fiador de Schippel.

98

Cuando calificaba los gastos para el ejército como los más productivos, pensaba, por lo menos, en la importancia del militarismo en cuanto a la lucha por los mercados y también en la defensa de la "industria patria". Pero resulta que Schippel hace abstracción de la función específica del militarismo en la sociedad capitalista, y en él ve solamente una manera ingeniosa de tirar por la ventana cada año una cantidad determinada de trabajo social. Para él, el militarismo es, económicamente, lo mismo que, por ejemplo, los dieciséis perritos de la duquesa de Uzés, que "alivia" en París al capitalismo con los gastos de todo un piso, un cuerpo de criados y un vestuario completo para sus perros.

Lástima que el compañero Schippel, al mudar tan caleidoscópicamente sus simpatías económico-políticas, rompa siempre en forma tan radical con sus inclinaciones de ayer y no le quede de ellas el más pequeño recuerdo. De lo contrario, como antiguo rodbertusiano, se vería obligado a recapacitar sobre las páginas clásicas de las *Cuatro cartas sociales a uon Kirchmann,* donde su anterior maestro refuta esta nueva teoría de las crisis a base del lujo. Pero esta teoría es bastante más vieja que el mismo Rodbertus.

Esta idea del alivio económico de la sociedad especialmente por el militarismo tiene siquiera un encanto para las filas del partido, y es su novedad, aunque para la sociedad capitalista sea esta teoría general sobre la salvadora función del despilfarro tan antigua como la misma economía vulgar.

Esta economía vulgar ha lanzado al mundo, en la serie de embustes de que es progenitora, bastantes teorías de las crisis, y, entre ellas, una de las más triviales es ésta que ahora se apropia nuestro Schippel, hallándose -— en lo que respecta a una visión exacta del mecanismo de la economía capitalista— muy por debajo de la teoría expuesta por J. B. Say, el estúpido payaso de la economía vulgar, que afirmaba que la superproducción no era, en sí, sino una escasez de producción.

¿Cuál es el supuesto general de la teoría de Schippel? Que las crisis surgen debido a lo poco que se consume en relación con el volumen de lo producido, y que, por lo tanto, las crisis podrán dominarse aumentando el consumo en el seno de la sociedad. Por tanto, aquí no se deriva la formación de las crisis capitalistas de la tendencia interna de la producción a rebasar los límites del mercado; ni tampoco de la irregularidad de la producción,

sino de la desproporción absoluta entre producción y consumo. La masa de bienes de la sociedad capitalista se presenta en este caso, por decirlo así, como una montaña de granos de arroz de una altura determinada. a través de la cual la humanidad se devora a sí misma. A más que se consuma, menos gravitará el exceso como resto imposible de digerir, sobre la conciencia económica de la sociedad, y mayor será el "alivio".

99

Esta es una teoría *absoluta* de las crisis, que se relaciona tan exactamente con la relativa de Marx, como la teoría sobre la población de Malthus, con la marxista de la superpoblación relativa.

Pero según esa ingeniosa teoría, a la sociedad le importa mucho *quién* es el consumidor. Si el consumo ha de servir solamente para poner otra vez la producción en movimiento, la montaña de arroz crecerá por segunda vez; "la sociedad" nada ganará con ello y la fiebre de las crisis la sacudirá como antes. Mas para que la sociedad pueda respirar libremente, los productos han de quedar para siempre consumidos, y por gentes que no intervengan en el proceso de producción, y así es como las crisis podrán ser efectivamente encauzadas.

El fabricante Hinz no sabe qué hacer con las mercancías que produjo (es decir, que produjeron sus obreros). Por fortuna, el fabricante Kunz gasta un lujo asiático y compra a su apurado colega de clase las mercancías que lo agobian. Pero Kunz también tiene un exceso de géneros producidos, y no sabe cómo darles salida. Felizmente, el ya citado Hinz ama también los "lujos y disparates" y se ofrece al preocupado Kunz como el comprador anhelado. Ahora, ya concluido el negocio, nuestros dos fabricantes se miran algo asustados y exclaman sin poderse contener: "¿Quién está loco, tú o yo?" Realmente, los dos lo están. Porque, ¿qué es lo que han conseguido con la operación que les aconseja Schippel? Con la mayor buena fe se han ayudado mutuamente a deshacerse de una cantidad de mercancías que les sobraban. Pero, ¡ay!, el objeto de los fabricantes no es dar salida a los géneros, sino conseguir plusvalía en dinero contante y sonante. Y, en este aspecto, de poco les sirvió su ingenio, pues quedan igual que si cada uno hubiera consumido su propia plusvalía. Éste es el remedio de Schippel para conciliar las crisis.

Los reyes del carbón sufren la superproducción en la Westfalia occidental. ¿Serán estúpidos? No tienen más que aumentar la calefacción de sus palacios y "aliviar" así el mercado carbonero. Los propietarios de canteras en Carrara sufren una paralización en sus ventas. Pues que construyan cuadras de mármol para sus caballos, y ya bajará la "fiebre de la crisis" en la industria del mármol. Y cuando se cierne la nube amenazadora de una crisis general del comercio, Schippel gritará al capitalismo: "¡Más

ostras, más champaña, más servidumbre, más bailarinas, y estaréis salvados!" Ahora que tememos que estos "vivos" le contesten: "¡Eh, amigo! ¿Nos toma usted por más idiotas de lo que somos?"

Esta teoría económica, con todo el ingenio que encierra, conduce a otras conclusiones políticas y sociales. Sí, por ejemplo, el consumo improductivo, es decir, el del Estado y el de las clases burguesas, constituye un alivio económico y un remedio para conciliar las crisis, tendremos que el interés de la sociedad y el curso tranquilo del ciclo de producción exigirán que el consumo improductivo aumente lo más posible y que el consumo productivo disminuya en igual grado. Que la parte que los capitalistas y el Estado se apropian de la riqueza social sea la mayor posible, y que, por el contrario, la que queda para el pueblo trabajador, sea la más insignificante; que los impuestos y beneficios se eleven al máximo, y los salarios se reduzcan al mínimo. El obrero resulta una "carga" ceonómica para la sociedad, y los perritos de la duquesa de Uzés un ancla de salvamento. Éstas son, y no otras, las consecuencias que se sacan de la teoría del "alivio", preconizada por Schippel.

100

Ya hemos dicho que esta teoría resulta la más trivial entre todas las de la economía vulgar. Pero, ¿cuál es el graduador de la trivialidad en esta economía? Su esencia está en considerar los procesos de la economía capitalista, no en su verdadero conjunto y en su esencia íntima, sino en su superficial disgregación, debida a las leyes de la competencia. No la ve a través del catalejo de la economía, sino con las gafas de los intereses particulares dentro de la sociedad burguesa. Pero cuanto más captemos el terreno en que cada particular se mueve, más se nos alejará la imagen de la sociedad en general, y menos directamente se reflejará ésta en el cerebro del economista. Cuanto más cerca del punto de vista del verdadero proceso de producción, tanto más a punto estaremos de concebir la verdad. Y cuanto más se investigue el mercado de cambio, y más se excave en la región de lo que es el verdadero terreno de la competencia, tanto más cierta se presentará, vista desde aquel punto, la imagen de la sociedad.

La teoría de las crisis imaginada por Schippel es, como hemos demostrado, absolutamente insostenible desde el punto de vista de los capitalistas *como clase.* Lleva a aconsejarles que consuman por sí mismos el excedente de su producción. Es teoría que *lodo industrial,* aisladamente, habrá de acoger con indiferencia. Un Krupp o un Von Heyl están demasiado cuerdos como para dar en la locura de creer que su lujo y el de sus compañeros de clase puedan paliar en lo más mínimo estas crisis. Esta interpretación no entusiasmará más que al *capitalista comerciante,* o mejor aún, a cualquier *vendedor de chucherías* de precio, para el cual el lujo de su inmediata clientela, los grandes señores, puede parecer el sostén de toda

economía. La teoría de Schippel no es, desde luego, un duplicado de la concepción que tiene el empresario capitalista; es, directamente, una expresión teórica del punto de vista de un *joyero de lujo.*

La idea de Schippel de "aliviar" la sociedad por medio del militarismo, demuestra nuevamente, al igual que en su tiempo las lucubraciones de Bernstein, que al comulgar en política con el punto de vista burgués, el revisionismo se entronca a sí mismo con las cábalas económicas de la economía vulgar.

Pero Schippel también combate las consecuencias que nosotros deducimos de su teoría del "alivio". Si hubiera hablado solamente del alivio de la *sociedad* y no del de la clase trabajadora, además de interpretaciones erróneas se hubiera evitado el insertar la confesión de que, para él esto vuelve "el militarismo no más agradable, sino más desagradable". Leyéndola, cualquiera diría que Schippel consideraba ruinoso el capitalismo también desde el punto de vista de la *clase trabajadora.*

101

*¿Para qué,* pues, aludir al alivio económico? ¿Qué conclusiones saca en cuanto a la conducta de la clase obrera para con el militarismo? Oigámoslo.

> Naturalmente que, para mí, el alivio económico no hace el militarismo más agradable, sino más desagradable... Pero tampoco puedo, desde este punto de vista, sumarme al coro pequeñoburgués y liberal, que vocifera contra los gastos improductivos militares...

Schippel califica, pues, de *pequeñoburgucsa,* de falsa, la opinión sobre los efectos económicos ruinosos del militarismo. Para él el militarismo no supone ruina alguna, y cree equivocado "sumarse al coro pequeñoburgués y liberal", esto es, luchar contra él. Incluso todo su artículo está encaminado a demostrar a la clase trabajadora la necesidad del militarismo. ¿Qué importa, frente a esto, la salvedad que intercala de que, precisamente por eso, el militarismo no le es más agradable, sino más desagradable? Es simplemente la lógica afirmación de que no es con alegría, sino con disgusto, como defiende el capitalismo; de que, aun dentro de su política oportunista, no encuentra ningún placer en ello, y que su corazón es mejor que su cabeza.

En vista de lo cual, pudiera evitarme ya aceptar la invitación de Schippel para una carrera de "decisión revolucionaria y proletaria". La lealtad me impide correr con nadie que se encuentre dispuesto a hacer la carrera de espaldas a la meta.

# LA CAUSA DE LA DERROTA

El desmoronamiento repentino de la gran acción de la clase obrera belga, hacia la cual estaban dirigidas las miradas del proletariado internacional, es un duro golpe para el movimiento de todos los países. Sería inútil consolamos con las frases generales de costumbre diciendo que la lucha sólo está postergada, que tarde o temprano también ganaremos en Bélgica. Para juzgar tal o cual episodio de la lucha de clases, no basta considerar la marcha general de la historia, que en fin de cuentas nos beneficia. Ésta no es más que la *condición* objetiva de nuestras luchas y victorias. Lo que es preciso considerar son los elementos subjetivos, la actitud consciente de la clase obrera combativa y de sus jefes, actitud que apunta claramente a asegurarnos la victoria por el camino más rápido. Desde este punto de vista, inmediatamente después de la denota, nuestra primera tarea es darnos cuenta lo más claramente posible de sus causas.

## I. CUANDO TRIUNFA EL OPORTUNISMO

Lo que surge ante todo con absoluta claridad cuando se pasa revista a la corta campaña de las últimas semanas, es la falta de una táctica clara y consecuente de nuestros líderes belgas.

Como primera medida los vemos limitar la lucha al marco de la cámara. Aunque desde el comienzo no hubiera, por así decirlo, ninguna esperanza de que la mayoría clerical capitulara, la fracción socialista parecía no querer proclamar la huelga general. Ésta estalló por la decisión soberana de la masa proletaria impaciente. El 14 de abril se podía leer en *Le Peuple* de Bruselas: “Se dice que el gobierno está decidido a mantenerse hasta el fin, y también la clase se prepara para todo. Y por eso la huelga general acaba de ser proclamada en todo el país, no por los órganos políticos del partido, sino por sus órganos económicos, no por sus diputados, sino por sus delegados sindicales. Es el mismo proletariado organizado que, no viendo otros medios para vencer, acaba de decidir solemnemente interrumpir el trabajo en todas partes.”

El diputado Demblon, el 18 de abril, hizo la misma comprobación en la cámara: “¿Quién se atrevería a decir aún hoy que nadie está en estado de agitación, sino los mismos agitadores, frente a la fulminante explosión de la

huelga general, que nosotros mismos no esperábamos?" (véase informe parlamentario de *Le Peuple* del 19 de abril).

103

Al haber estallado espontáneamente la huelga general, los jefes socialistas declararon inmediatamente su solidaridad con las masas y a la huelga general como el supremo medio de lucha. *La huelga general hasta la victoria,* tal fue la consigna lanzada por la fracción socialista y por la dirección del partido. El 15 de abril *Le Peuple* escribe: "Desde el fondo de su alma, los socialistas habrían deseado no verse llevados a la huelga general, y el congreso de pascuas del partido, remitiéndose a las circunstancias para determinar el instrumento conveniente de lucha, no habría decidido nada al respecto. . . Pero solamente la huelga general es capaz de asegurarnos definitivamente y a pesar de todo la victoria."

*Le Peuple* del 17 de abril dice: "No hay ni cansancio ni desaliento en la clase obrera, lo juramos en su nombre. Lucharemos hasta la victoria."

*Le Peuple* del 18 afirma: "La huelga general durará tanto tiempo como sea necesario para conquistar el sufragio universal."

El mismo día, el consejo general del partido obrero decidió *continuar la huelga general,* después que la cámara rechazara la revisión.

La mañana del 20 de abril, el órgano central del partido de Bruselas asegura: "Continuar la huelga general es salvar el sufragio universal."

Y el mismo día, la fracción socialista y la dirección del partido, con una súbita media vuelta, decidieron terminar la huelga general.

Las mismas vacilaciones se manifestaron con respecto a la otra consigna de la campaña: la disolución del parlamento. Cuando el 15 de abril, los liberales la reclamaron a la cámara, los socialistas se abstuvieron de intervenir y por lo tanto no votaron tampoco a favor del aplazamiento del momento decisivo, aplazamiento deseado por la burguesía.

Puestos frente a la decisión de terminar la huelga general, nuestros camaradas retoman esa consigna y *Le Peuple* del 20 de abril recomienda a los obreros: "¡Reclamad por todas partes y a voz en cuello la disolución del parlamento!" Incluso estos últimos días se nota un giro sobre el mismo tema en la actitud de los jefes. *Le Peuple* del 20 de abril presenta *la huelga general* como el único medio de imponer la disolución de la cámara. Pero, ese mismo día, la dirección del partido decide terminar la huelga general, y desde entonces la única vía que permite conseguir la disolución del parlamento parece ser la intervención del rey.

Asi se enmarañaban, se cruzaban y chocaban mutuamente las diferentes consignas en el transcurso de la reciente campaña belga: obstrucción al parlamento, huelga general, disolución de la cámara, intervención del rey.

Ninguna de esas consignas fue proseguida hasta el final y por último toda la campaña fue ahogada de un solo golpe, sin ninguna razón aparente, y los obreros fueron mandados de vuelta a sus casas, consternados, con las manos vacías.

Si no se podía esperar que la mayoría parlamentaria consintiera en revisar la Constitución, no se comprende por qué se recurrió a la huelga general con tanta vacilación y repugnancia. No se explica por qué, de pronto, precisamente cuando tomaba un buen impulso, fue suspendida cuando se había reconocido que era el único medio de lucha.

104

Si la disolución del parlamento y nuevas elecciones realmente dejaban prever la derrota de los clericales, es imposible entonces la pasividad de nuestros diputados cuando los liberales propusieron disolver el parlamento, y más imposible todavía comprender toda la campaña actual para la revisión de la Constitución, que de todos modos podía ser conseguida efectivamente en las próximas elecciones. Pero si es vana la esperanza puesta en nuevas elecciones bajo el sistema electoral actual, es a su vez incomprensible el entusiasmo actual de los socialistas por esa consigna.

Todas estas contradicciones parecen insolubles en tanto se analiza la táctica socialista *en sí* en la campaña belga, pero ellas se explican muy simplemente en cuanto se considera el campo socialista en su unión con el campo *liberal.*

Ante todo fueron los liberales quienes determinaron el programa de los socialistas en la reciente lucha. Fundamentalmente por designio el partido obrero tuvo que renunciar al sufragio femenino para adoptar la representación proporcional como cláusula de la Constitución.

Los liberales dictaron igualmente a los socialistas los *medios* de la lucha, alzándose *contra* la huelga general incluso antes de que hubiera estallado, imponiéndole los límites legales cuando se desencadenó, lanzando primero la consigna de la disolución de la cámara, apelando al rey como árbitro supremo y decidiendo por fin en su sesión del 19, *contrariamente* a la decisión de la dirección del Partido Socialista del 18 de abril, la culminación de la huelga general. La tarea de los jefes socialistas no era sino transmitir a la clase obrera las consignas lanzadas por sus aliados y hacer la música de agitación que correspondía al texto liberal. Finalmente, el 20 de abril, los socialistas pusieron en ejecución la última decisión de los liberales mandando la retirada de sus tropas.

Así, en toda la campaña, los *liberales* aliados con los socialistas aparecen como los verdaderos *jefes,* los socialistas como sus sometidos ejecutantes y la clase obrera como una masa pasiva, arrastrada por los socialistas a remolque de la burguesía.

La actitud contradictoria y tímida de los jefes de nuestro partido belga se explica por su posición intermedia entre la masa obrera, que se entrena en la lucha, y la burguesía liberal que la retiene por todos los medios.

## II. PARLAMENTARISMO O ACCION DE MASAS

No solamente el carácter vacilante de esta campaña, sino también su derrota final, se explican por la posición dirigente de los liberales.

En la lucha por el sufragio universal desde 1886 hasta el momento actual, la clase obrera belga hizo uso de la huelga de masas como el medio político más eficaz. Fue a la huelga de masas a la que debió, en 1891, la primera capitulación del gobierno y el parlamento: el comienzo de revisión de la Constitución. A ella le debió, en 1893, la segunda capitulación del partido dirigente: el sufragio universal con voto plural.

105

Es evidente que, incluso esta vez, solamente la presión de las masas obreras sobre el parlamento y sobre el gobierno permitió arrancar un resultado palpable. Si la defensa de los clericales fue desesperada ya en el último decenio del siglo pasado, cuando no se trataba más que del comienzo de las concesiones, a todas luces debía convertirse en una lucha a muerte ahora que se trata de entregar el resto: la dominación parlamentaria. Era evidente que los ruidosos discursos en la cámara no podían conseguir nada. Hacía falta la presión máxima de las masas para vencer la resistencia máxima del gobierno.

Frente a ello, las vacilaciones de los socialistas en proclamar la huelga general, la esperanza secreta pero evidente, o por lo menos el deseo de triunfar, en lo posible, *sin* recurrir a la huelga general, aparecen desde un comienzo como el primer síntoma del reflejo de la política liberal sobre nuestros camaradas, de esta política que en todas las épocas, se sabe, creyó poder quebrantar las murallas de la reacción ron el sonido de las trompetas de la grandilocuencia parlamentaria.

No obstante, la aplicación de la huelga general en Bélgica es un problema claramente determinado. Por su repercusión *económica* directa, la huelga actúa ante todo en desmedro de la burguesía industrial y comercial, y en una medida muy reducida solamente en detrimento de su enemigo verdadero, el partido clerical. En la lucha actual, la repercusión *política* de la huelga de masas sobre los clericales en el poder no puede ser, por tanto, más que un efecto *indirecto* ejercido por la presión que la burguesía liberal, molestada por la huelga general, transmite al gobierno clerical y a la

mayoría parlamentaria. Además, la huelga general también ejerce una presión política *directa* sobre los clericales, apareciéndoseles como el precursor, como la primera etapa de una verdadera revolución callejera en gestación. Para Bélgica, la importancia política de las masas obreras en huelga residió siempre, y aún hoy, en el hecho de que en caso de rechazo obstinado de la mayoría parlamentaria, están dispuestas y son capaces de vencer al partido en el poder por medio de disturbios, por medio de sublevaciones callejeras.

La alianza y el compromiso de nuestros camaradas belgas con los liberales privaron a la huelga general de su efecto político en dos puntos.

Imponiendo de *antemano* límites y formas legales a la lucha, bajo la presión de los liberales, prohibiendo toda manifestación, todo espíritu de las masas, disipaban la fuerza política latente de la huelga general. Los clericales no tenían por qué temer una huelga general que *de todas maneras* no quería ser otra cosa que una huelga pacífica. Una huelga general, encadenada de *antemano a* los hierros de la legalidad, se asemeja a una demostración de guerra con cañones cuya carga habría sido previamente arrojada al agua, a la vista del enemigo. Ni siquiera un niño se asusta de una amenaza "con los puños en el bolsillo", así como lo aconseja seriamente *Le Pcuple* a los huelguistas, y una clase en el poder, luchando hasta la muerte por su dominación política, se asusta menos todavía. Precisamente por eso en 1891 y 1893 le bastó al proletariado belga con abandonar tranquilamente el trabajo para romper la resistencia de los clericales, que podían temer que la paz se trocara en disturbio y la huelga en revolución. Por eso, incluso esta vez, la clase obrera quizá no hubiera necesitado recurrir a la violencia si los dirigentes no hubiesen descargado su arma de *antemano,* si no hubiesen hecho de la expedición de guerra una parada dominical y del tumulto de la huelga general una simple falsa alarma.

106

Pero, en segundo lugar, la alianza con los liberales aniquiló el otro efecto, el efecto directo de la huelga general. La presión de la huelga sobre la burguesía sólo tiene importancia política si la burguesía está obligada a transmitir esta presión a sus superiores políticos, a los clericales que gobiernan. Pero esto sólo se produce si la burguesía se siente súbitamente asaltada por el proletariado y se ve incapaz de escapar a esta presión.

Este efecto se pierde en cuanto la burguesía se encuentra en una situación cómoda que le permite, trasladar, sobre las masas proletarias que lleva a remolque, la presión que padece, antes que transmitirla a los gobiernos clericales, desembarazándose de este modo de un peso difícil con un simple movimiento del hombro. La burguesía belga se encontraba precisamente en esta situación en el transcurso de la última campaña:

gracias a la alianza, ella podía determinar los movimientos de las columnas obreras y hacer cesar la huelga general en caso de necesidad. Esto es lo que ocurrió, y en cuanto la huelga comenzó a importunar seriamente a la burguesía, ésta lanzó la orden de volver al trabajo. Y aquí terminó la "presión" de la huelga general.

Así, la derrota final aparece como la consecuencia inevitable de la táctica de nuestros camaradas belgas. Su acción parlamentaria no dio resultados porque la presión de la huelga general que apoyaba esta acción no se presentó. Y la huelga general tampoco porque, detrás de ella, no estaba el espectro amenazador del libre desarrollo del movimiento popular, el espectro de la revolución.

En una palabra, la acción extraparlamentaria fue sacrificada a la acción parlamentaria, pero, precisamente a causa de ello, ambas fueron condenadas a la esterilidad, y toda la lucha al fracaso.

## III. EL BUROCRATISMO CONTRA LA ESPONTANEIDAD

El episodio de la lucha por el sufragio universal que acaba de terminar representa un viraje en el movimiento obrero belga. Por primera vez en Bélgica el partido socialista entró en la lucha ligado al partido liberal por un compromiso formal, y, del mismo modo que la fracción ministerialista del socialismo francés aliada al radicalismo, se encontró en la situación de Prometeo encadenado. ¿Sabrán o no liberarse nuestros camaradas del abrazo asfixiante del liberalismo? De la respuesta a esta pregunta depende, no vacilamos en decirlo, el porvenir del sufragio universal en Bélgica y del movimiento obrero en general. Pero la experiencia reciente de los socialistas belgas es preciosa para el proletariado internacional. No será nuevamente sino un efecto de ese simún tibio y enervante del oportunismo que sopla desde hace algunos años, y que se manifestó en la alianza funesta de nuestros amigos belgas con la burguesía liberal.

107

La decepción que acabamos de sufrir en Bélgica debería ponernos en guardia contra una política que, extendiéndose a todos los países, conduciría a graves derrotas y finalmente al relajamiento de la disciplina y de la confianza ilimitada que las masas obreras tienen en nosotros, los socialistas; de esas masas sin las cuales no somos nada y que algún dia podríamos perder con ilusiones parlamentarias y experiencias oportunistas.

# Y POR TERCERA VEZ EL EXPERIMENTO BELGA

## I. RESPUESTA AL CAMARADA EMILE VANDERVELDE

Si para formular nuestras observaciones críticas sobre la última campaña de los camaradas belgas por el sufragio universal no hemos esperado que terminaran los ataques de los adversarios burgueses contra la socialdemocracia belga, teníamos dos buenas razones. En primer lugar, porque sabemos que nuestro partido hermano belga, verdadero partido combativo, nunca dejó de ser el blanco de los ataques enemigos, y, en segundo lugar, porque la experiencia nos enseña que el camarada Vandervelde y sus amigos nunca se sintieron particularmente afectados por esos ataques, sino que al contrario, siempre prosiguieron su camino sin inquietarse, descargando sobre sus agresores burgueses algunos golpes bien dirigidos. No obstante, el examen crítico de su táctica en las recientes luchas les pareció a los mismos camaradas belgas lo bastante importante para convocar a tal efecto un congreso nacional extraordinario.

El camarada Vandervelde me reprocha que presente los acontecimientos de Bélgica de una manera totalmente inexacta. Los liberales no habrían tenido ninguna influencia sobre la conducta de los jefes socialistas, y la táctica de los jefes obreros en cada una de las medidas adoptadas habrían tenido sus razones particulares.

Nadie se sentiría más feliz que nosotros de ver el error de nuestras alarmantes observaciones rectificado por labios autorizados, por el jefe más eminente de nuestros camaradas belgas. Desdichadamente la exposición del camarada Vandervelde oscurece y complica todavía más la cuestión.

Los liberales se benefician con el injusto régimen electoral existente. En la campaña electoral se habrían dejado arrastrar como si se tratara de conducirlos al matadero. En el fondo no han sido los aliados, sino los *adversarios* de los socialistas; pero ¿cómo conciliar esto con el hecho de que el partido obrero, sin embargo, por amor a esos supuestos amigos, ha restringido el objetivo de la lucha al sufragio masculino, ha renunciado oficialmente a fijar las condiciones que autorizan el derecho del voto (21 años) y ha hecho de la representación proporcional, bastante poco simpática para los camaradas belgas, una cláusula de la Constitución?

Cómo explicarse entonces que los líderes obreros belgas hayan afirmado durante toda su campaña su solidaridad con los liberales, y que incluso, ante

el pueblo, su primer grito haya sido, después de la derrota sufrida en la cámara y afuera: "¡Nuestra alianza con los liberales es más firme que nunca!"

109

El camarada Vandervelde tiene toda la razón al afirmar que en el fondo los liberales belgas son y se revelaron como los *adversarios* y no los amigos de la campaña por el sufragio universal. Pero, lejos de contradecir la afirmación de que los camaradas belgas se han solidarizado con los liberales en la última lucha, esto no hace sino *explicar* por qué esta lucha debía conducir, en tales circunstancias, a una estruendosa derrota.

Todo lo que escribe el camarada Vandervelde lo confirma. En cuanto los liberales, al comienzo de la campaña, traicionaron al partido obrero, debía ser evidente, en nuestra opinión, que nada podía esperarse de la acción parlamentaria y que solamente la acción extraparlamentaria, la acción callejera, era susceptible de dar resultados.

El camarada Vandervelde infiere, al contrario, que la acción extraparlamentaria perdió toda posibilidad de éxito en cuanto los liberales se alzaron contra los socialistas. La continuación de la huelga general tendría entonces el único objetivo de llevar al rey a disolver la cámara, y desde el momento en que el rey se negó, no se pudo hacer otra cosa que volver a casa. Pero así se pronunciaría la condena a muerte de la huelga general, no solamente en este caso especial, sino en general para Bélgica; ya que basta con que los liberales se pronuncien contra el movimiento de masas y que Cleopoldo[1] lo mande al diablo —y con toda seguridad se puede contar en el porvenir con ambos resultados— para que la acción de las masas obreras sea reconocida inútil. Frente a esto sería preciso tan sólo que el camarada Vandervelde nos explicara incluso por que fue proclamada la huelga general, si no para ofrecer al mundo el maravilloso espectáculo de un lechazo del trabajo unánime y de una reanudación del mismo igualmente unánime.

Pero lo que más importa en este razonamiento del camarada Vanderveldc es la conclusión inevitable de que el triunfo de ese sufragio universal ya no puede ser esperado más que por el método parlamentario, por una heroica victoria de los mismos clericales. Con gran seriedad, el camarada Vandervelde se apoya en una declaración del líder de la derecha belga, Woeste, declarándose dispuesto a todo nuevo engaño de sufragio, con la única excepción del sufragio universal integral, del que precisamente se trata.

La total falta de confianza en la acción de las masas populares, y la única esperanza en la acción parlamentaria, la tentativa de hacerle creer al

[1] Cleopoldo: Deformación del nombre de Leopoldo II alusiva a sus relaciones con Cléo de Mérode.

enemigo que el que está vencido es él, cuando acaba de asestarle un vigoroso golpe en la cabeza, la búsqueda de pretextos en favor de la derrota durante la lucha, y el consuelo, al día siguiente de la derrota, con una perspectiva incierta de futuras victorias, la creencia en toda suerte de milagros políticos salvadores, tales como la intervención de un rey, el suicidio político de los adversarios, todo esto es tan típico de la táctica pequeñoburguesa liberal, que la argumentación del camarada Vandervelde reforzó todavía más nuestra opinión de que los liberales tenían la dirección ideológica durante la última campaña, sin que hayamos pensado siquiera que habría sido firmado un tratado de alianza notariado entre socialistas y liberales.

110

Por otra parte, si todavía teníamos dudas acerca de la exactitud *objetiva* de nuestras concepciones referentes a los acontecimientos belgas, concepciones que nos hemos formado de lejos, el curso del congreso extraordinario que acaban de mantener nuestros camaradas belgas las disiparía. Las propuestas de los socialistas de Charleroi, lamentando la decisión del consejo general sobre la reanudación del trabajo, y condenando todo compromiso con partidos burgueses, las declaraciones de los representantes de la gran masa de los mineros, de esos batallones que son los más antiguos e importantes del ejército obrero belga, demuestran que del mismo modo se puede, de cerca, desembocar en idénticas conclusiones.

Es cierto que el congreso finalizó con un voto de confianza al consejo general del partido obrero, cosa que prueba que la disciplina y la confianza en los jefes de nuestro partido belga aún no están, por fortuna, seriamente desquiciadas. No obstante, la primera experiencia en que se tuvo en cuenta la táctica liberal condujo ya a vehementes discusiones; debería ser la última vez si no se quiere desembocar en consecuencias más graves.

Esto es lo que teníamos que responderle al camarada Vandervelde.

En esta ocasión parece necesario, no obstante, consagrar a los acontecimientos belgas algunas observaciones de orden general.

Si hay una enseñanza que surge clara de la experiencia belga para el proletariado internacional, en nuestra opinión es precisamente ésta: las esperanzas en la acción parlamentaria y la democracia burguesa, sólo pueden orientarnos hacia una serie de derrotas políticas desmoralizadoras. Al respecto, los acontecimientos belgas tendrían que ser considerados como un ensayo práctico de las teorías del oportunismo y debieran llevar a sus partidarios a revisarlas.

Pero en algunos se produce el efecto contrario. Tanto en la prueba del partido belga como en la del partido alemán, se trata, extrañamente de acuerdo con el liberalismo burgués y el cura Naumann, de sacar provecho

de la derrota belga en sentido inverso: para revisar la táctica revolucionaria. Se esfuerzan por demostrar que la huelga general, la acción callejera en general, evidenciaron ser caducas e ineficaces. En *Le Peuple* de Bruselas, un camarada, Franz Fischer, llega incluso a declarar que la lección suprema de las más recientes experiencias es la ... necesidad de pasar del "método de la fraseología revolucionaria de los franceses" al "método ponderado de organización y de propaganda de la socialdemocracia alemana, esa vanguardia del socialismo internacional"; aquí se apoya en un artículo aparecido en el *Eco* de Hamburgo, que estima que la caída de la Comuna de París había suministrado ya la última demostración de la ineficacia, de los medios revolucionarios.

111

Por otra parte, se podía leer en la prensa del partido alemán, después de la reanudación del trabajo en Bélgica, que "la táctica seguida *desde ahora* por los camaradas belgas es la de la socialdemocracia alemana" *. que la socialdemocracia alemana siempre combatió la huelga general como "inútil y superflua"; que siempre "consideró *la educación política y la organización de la clase obrera* como la única preparación segura para la conquista del poder político".

Partiendo de los recientes acontecimientos, la revisión de la táctica belga en sentido inverso se hace, pues, por así decirlo, bajo la égida especial de la socialdemocracia alemana. Examinemos brevemente lo que se puede deducir de la táctica de la socialdemocracia alemana sobre la cuestión de la huelga de masas en particular y luego, en general, sobre el papel de la violencia en la lucha proletaria.

## II. LA HUELGA GENERAL

La *huelga general* se cuenta indudablemente entre las consignas más viejas del movimiento obrero moderno: en torno a esta cuestión se desarrollaron luchas extremadamente violentas y frecuentes en los medios socialistas. Pero si uno no se deja cegar por la palabra, por el sonido, si por el contrario se llega hasta el fondo *de la cosa,* es preciso reconocer que en casos diferentes se concibe, con el nombre de la huelga general, cosas totalmente diferentes y, en consecuencia, diferentemente apreciadas.

Es evidente que en caso de guerra, la famosa huelga general de Nieuwenhuis[2] es otra cosa que la huelga general internacional de los

[2] F. Dómela Nieuwenhuis (1846-1919). Pastor holandés que desde sus posiciones iniciales favorables al anarquismo fue luego adoptando la doctrina marxista. Fundador del Partido Socialdemócrata Holandés,

mineros, proyectada en el último decenio del siglo pasado en Inglaterra, y a favor de la cual Eleonor Marx hizo adoptar una proposición en el Congreso de los socialistas franceses en Lille (octubre de 1890); es indudable que existen profundas diferencias entre la huelga general de octubre de 1898 en Francia, proclamada por todas las ramas para sostener el movimiento de los ferroviarios, que fracasó lamentablemente, y la huelga de los ferrocarriles del noreste de Suiza; del mismo modo la huelga general victoriosa de Carmaux en 1893, para protestar contra la revocación del minero Calvinhac, elegido alcalde, no tiene nada en común con el "mes sagrado" fijado ya por la convención partidaria en febrero de 1839, etcétera. En resumen, la primera condición para apreciar seriamente la huelga general es distinguir entre huelgas generales nacionales y huelgas internacionales, huelgas políticas y huelgas sindicales, huelgas industriales en general y huelgas provocadas por un acontecimiento determinado, huelgas que surgen de los esfuerzos de conjunto del proletariado, etcétera. Basta recordar toda la variedad de fenómenos concretos de la huelga general, las múltiples experiencias debidas a ese medio de lucha, para mostrar que toda tentativa de esquematizar, de rechazar o de glorificar sumariamente esta arma es una ligereza.

112 Haciendo abstracción de la huelga general industrial, puramente sindical, la huelga general se ha convertido ya, en la mayoría de los países, en un fenómeno cotidiano y, por lo tanto, se hace superfluo su tratamiento teórico. Nos ocuparemos especialmente de la huelga general *política,* que en nuestra opinión, según la naturaleza de este método de lucha, debe clasificarse en dos categorías: la huelga general *anarquista* y la huelga política accidental de masas, que podríamos llamar la huelga *ad hoc.* En la primera, se debe ubicar sobre todo la huelga general nacional por la introducción del régimen socialista, que desde hace mucho tiempo es la idea fija de los sindicatos franceses, de los brusistas y de los alemanistas. Esta concepción fue expresada con la mayor claridad en el periódico *La Internacional* del 27 de mayo de 1869: "Si las huelgas se extienden y se unen entre sí, son capaces de convertirse en una huelga general; y una huelga general, con las ideas de emancipación que reinan actualmente, no puede desembocar más que en una gran catástrofe, que realizaría la revolución social." En el mismo sentido está concebida una decisión del Congreso sindical francés de Bordeaux, en 1888: "Solamente la huelga general o la revolución podrá realizar la emancipación de la clase obrera." Un equivalente característico de esta decisión es otra resolución, votada por el mismo congreso, que invita a los obreros a "separarse claramente de los

---

después del Congreso de Londres de 1896 retornó a sus viejas concepciones anarquistas.

políticos que los engañan". Otra proposición francesa, sostenida por Briand y combatida por Legien, en el último Congreso Socialista Internacional en París, en el verano de 1900,[3] se basa en las mismas consideraciones: "invita a los obreros del mundo entero a organizarse para la huelga general, ya sea que esta organización deba ser entre sus manos un simple medio, una palanca para ejercer la presión indispensable sobre la sociedad capitalista *para la realización de las reformas necesarias, políticas y económicas,* ya sea que las circunstancias se vuelvan tan favorables que la huelga general pueda ser *puesta al servicio de la revolución social".*

En la misma categoría podemos clasificar la idea de recurrir a la huelga general contra las *guerras capitalistas.* Esta idea fue expresada ya en el Congreso de la Internacional, en Bruselas, en 1868,[4] en una resolución retomada y defendida en el transcurso del último decenio del siglo pasado por Nieuwenhuis, en los congresos socialistas de Bruselas, de Zurich y de Londres.

113

Lo que caracteriza esta concepción, en ambos casos, es la fe en la huelga general como si fuera una panacea universal contra la sociedad capitalista^ o bien, lo que viene a ser lo mismo, contra algunas de sus funciones vitales, la fe en una categoría abstracta, absoluta, de la huelga general; considerada como *el* medio de la lucha de clases que a cada instante y en todos los países es aplicable y eficaz por igual. Los panaderos no venden bollitos, los faroles permanecen apagados, los ferrocarriles y los tranvías no circulan, ¡es el acabóse! ... Este esquema trazado en el papel, a imagen de una varita que gira en el vacío, evidentemente era aplicable a todos los tiempos y a todos los países. Esta abstracción del lugar y del tiempo, de las condiciones políticas concretas de la lucha de clases en cada país, al mismo tiempo que la unión orgánica de la lucha socialista decisiva con las luchas proletarias de cada día, con el trabajo progresivo de educación y de organización, marca la huella *anarquista* tipo de esta concepción. Pero el carácter anarquista revelaba también el carácter utópico de esta teoría y conducía nuevamente a la necesidad de combatir por todos los medios la idea de la huelga general.

Ésta es la razón por la que vemos a la socialdemocracia alzarse desde hace decenas de años contra la huelga general. Las críticas infatigables del partido obrero francés contra los sindicatos franceses apuntaban al mismo fondo que los duelos de la delegación alemana con Nieuwenhuis en los congresos internacionales. La socialdemocracia alemana adquirió allí un

---

[3] El Congreso Socialista Internacional se reunió en París del 23 al 27 de septiembre de 1900. En el orden del día figuraba como punto 12 la discusión sobre él tenía de la huelga general. Los informantes eran Legien, de Alemania y Aristides Briand, de Francia, por la minoría.

[4] Rosa Luxemburgo se refiere aquí a la amenaza de una guerra franco-alemana. La resolución invitaba a los trabajadores a la huelga general en caso de guerra en su país.

mérito particular, no solamente oponiendo argumentos científicos a la teoría utópica, sino sobre todo respondiendo a las especulaciones sobre una batalla única y definitiva de "brazos caídos" contra el sistema burgués, con la práctica de la lucha política cotidiana en el terreno del parlamentarismo.

Pero hasta allí, y no más lejos, llegan los argumentos tan a menudo expresados por la socialdemocracia contra la huelga general. La crítica del socialismo científico se dirigía únicamente contra la teoría absoluta, *anarquista,* de la huelga general, y en efecto solamente contra ella *podía* dirigirse.

La huelga general política accidental, tal como la emplearon en diversas ocasiones los obreros franceses para ciertos objetivos políticos, por ejemplo en el caso señalado de Carmaux, y tal como la aplicaron sobre todo los obreros *belgas* en varias oportunidades en la lucha por el sufragio universal, no tiene nada en común con la idea anarquista de la huelga general, salvo el nombre y los aspectos técnicos. Pero, políticamente, son dos concepciones diametralmente opuestas. Mientras en la base de la consigna anarquista de la huelga de masas hay una teoría general y abstracta, las huelgas políticas de la última categoría son, en algunos países o incluso en algunas ciudades y comarcas, solamente el producto de una situación particular, el medio para conseguir cierto resultado político.

114

La eficacia de esta arma no puede ser puesta en duda ni en general ni *a prior i,* porque los *hechos,* las victorias logradas en Francia y en Bélgica, prueban lo contrario. Toda la argumentación que fue tan eficaz contra Nieuwenhuis y contra los anarquistas franceses, es impotente contra las huelgas generales políticas locales. La afirmación de que la realización de una huelga general tiene como condición previa cierto nivel de organización y de educación del proletariado que hacen a la misma huelga superflua, y la toma del poder político por la clase obrera indiscutible e inevitable, esa brillante estocada del viejo Liebknecht contra Nieuwenhuis, no puede aplicarse a huelgas generales políticas locales y accidentales, ya que para estas últimas la única condición previa necesaria es una consigna política popular y una situación favorable. Al contrario, no cabe duda de que las huelgas generales belgas, como medios de lucha por el sufragio universal, arrastran regularmente al movimiento mayores masas populares de aquellas que están dotadas de la conciencia socialista en el verdadero sentido de la palabra. La huelga política de Carmaux también tuvo un efecto de educación tan fuerte y rápido que hasta un diputado de la derecha les dijo a los socialistas al final de la campaña: "Produzcan algunos éxitos más como el de Carmaux, y habrán conquistado el campo, ya que los campesinos están siempre del lado del más fuerte, y ustedes probaron que son más fuertes que la compañía de minas, que el gobierno y que la cámara." Así en

lugar de moverse en el círculo cerrado de la educación socialista, supuesta condición indispensable, y del resultado esperado en favor de esta educación como ocurrió con las huelgas generales de Nieuwenhuis o con las huelgas anarquistas en Francia, la huelga general política accidental gravita únicamente alrededor de los factores profundos y excitantes de la vida política cotidiana, y al mismo tiempo, sirve de medio eficaz para la agitación socialista.

Del mismo modo, imaginar una contradicción entre el trabajo político de todos los días —sobre todo el parlamentarismo— y este último tipo de huelga general, es malograr el objetivo final, ya que lejos de querer remplazar las pequeñas tareas parlamentarias, la huelga general política no hace sino agregarse, como un nuevo eslabón de una cadena, a los otros medios de agitación y lucha. Más aún, se pone directamente, como instrumento, al servicio del parlamentarismo. Es característico observar que todas las huelgas generales políticas sirvieron hasta ahora para defender o conquistar derechos parlamentarios: la de Carmaux fue realizada por el sufragio comunal, la de Bélgica por el sufragio universal.

El hecho de que todavía no se hayan producido huelgas generales políticas en Alemania y que éstas sólo hayan sido practicadas en un pequeño número de países, no es porque aquéllas estarían en contradicción con un supuesto “método alemán” de la lucha socialista, sino porque se requieren condiciones sociales y políticas muy determinadas para posibilitar el uso de la huelga general como instrumento político. En Bélgica lo que favorece y acelera la extensión local de la huelga es el desarrollo industrial elevado *comparado* con la superficie reducida del país, de manera que un número de huelguistas que en términos absolutos no es muy considerable (alrededor de 300.000) basta para paralizar la vida económica del país. Con su gran superficie, sus distritos industriales y su numeroso ejército obrero, Alemania se encuentra, al respecto, en una situación incomparablemente desfavorable. Lo mismo ocurre con Francia y en general con los grandes países que poseen una menor centralización industrial.

115

Pero el elemento decisivo que se le agrega es la vigencia de la *libertad de coalición* y de costumbres democráticas. En un país en que los obreros en huelga son llevados al trabajo por la policía y los gendarmes, como en Alta Silesia, en que la agitación de los huelguistas entre los que “consienten en trabajar” conduce directamente a la cárcel, si no a los trabajos forzados, naturalmente no se podría hablar de una huelga general política. El uso que se ha hecho hasta ahora de la huelga general como un arma política únicamente en Bélgica, y en parte en Francia, no debe ser considerado, pues, como una superioridad imaginaria de la social democracia alemana y una desviación momentánea de los países latinos. Al contrario —junto a la

falta de ciertas condiciones sociales y geográficas— es un testimonio más de nuestra inferioridad política semiasiática.

Finalmente, el ejemplo de Inglaterra, donde en gran medida están dadas todas las condiciones económicas y políticas para una huelga general victoriosa y donde esta poderosa arma, sin embargo, nunca es aplicada en la lucha política, muestra también otra condición importante de su aplicación: *la profunda interpenetración del movimiento obrero sindical y político.* Mientras en Bélgica la lucha económica y la lucha política funcionan como un todo orgánico, uniéndose los sindicatos al partido en toda acción importante, la política de grupo de los tradeunions, estrechamente sindical, y, por esta razón, dividida, así como la ausencia de un partido socialista fuerte en Inglaterra, excluyen la unión de los dos movimientos en la huelga general política.

Un examen serio demuestra, así, que toda apreciación o condena de la huelga general que no tenga en cuenta las circunstancias particulares de cada país, y que se base fundamentalmente en la práctica alemana, no es más que presunción nacional y *esquematizarán* irreflexiva. En esta ocasión vemos una vez más que cuando nos ponderan con tanta elocuencia las ventajas de la “mano libre” en la táctica socialista de la “no determinación”, de la adaptación a toda la variedad de las circunstancias concretas, en el fondo no se trata de otra cosa que de la libertad de pactar con los partidos burgueses. Pero, en cuanto se trata de una acción de clase, de un método de lucha que se asemeje, aunque fuera de lejos, a una táctica revolucionaria, los entusiastas de la “mano libre” se presentan inmediatamente como estrechos dogmáticos, deseosos de encerrar la lucha de clases del mundo entero en los cepos de la supuesta táctica alemana.

116

Ahora bien, si la huelga general belga no ha tenido ningún resultado, este hecho es insuficiente para justificar una “revisión” de la táctica belga, ya que es evidente que la huelga general no ha sido ni preparada, ni realmente política, sino que al contrario fue suspendida por los jefes antes de haber podido desembocar en algo. Como la dirección política, o más precisamente, la dirección parlamentaria del movimiento no había encarado la acción de masas, las masas en huelga se quedaron indecisas, en segundo plano, sin ninguna relación con la acción real efectuada en el proscenio, hasta el momento que se les ordenara retirarse totalmente. El fracaso de la reciente campaña belga, por lo tanto, no demuestra que la huelga general es impotente, del mismo modo que la capitulación de Bazaine en Metz no prueba la inutilidad de las fortalezas en la guerra, o que el ocaso parlamentario de los liberales alemanes no constituye un argumento en favor de la impotencia del parlamentarismo.

Muy por el contrario, el fracaso de la última acción del partido obrero belga debe convencer a todos aquellos que conocen los acontecimientos de que la huelga general —si realmente la hubieran usado—podía dar resultados. Y la necesidad de revisar la táctica de los camaradas belgas, en nuestra opinión se impone sólo en el sentido en que lo hemos indicado en nuestro artículo precedente. La campaña de abril demostró claramente que una huelga dirigida indirectamente contra los clericales, pero directamente contra la burguesía, no dará resultado si el proletariado en lucha está ligado políticamente a la burguesía. De este modo la burguesía se convierte en una traba que paraliza a la clase obrera, en lugar de ser un medio de presión política sobre el gobierno. La enseñanza más importante de la experiencia belga no condena a la huelga general en sí; al contrario, condena la alianza parlamentaria con el liberalismo, que destina al fracaso a toda huelga general.

Pero es preciso combatir con energía la costumbre de reaccionar contra la simple palabra “huelga general” por medio de las viejas consignas de otros tiempos, que sirvieron y terminaron de servir para luchar contra las lucubraciones estúpidas de los anarquistas y de Nieuwenhuis, así por las tentativas de “revisar” la táctica belga, únicamente en virtud incomprensión absoluta de los acontecimientos de Bélgica. Es preciso combatir esta manía tanto más enérgicamente cuanto que no sólo la clase obrera belga, sino también el proletariado sueco, se aprestan a recurrir, tanto hoy como ayer, al arma de la huelga general en la lucha por el sufragio universal. Sería muy triste que una parte de los militantes de esos países, por más insignificante que fuese, se dejara despistar en su estrategia por frases sobre la excelencia de los métodos supuestamente “alemanes”.

## III. VIOLENCIA Y LECALIDAD

Aunque se haya hablado mucho, estos últimos tiempos, de la imposibilidad definitiva de emplear “medios revolucionarios al estilo antiguo”, nunca se ha dicho claramente lo que se entiende por esos medios ni por qué otros se quiere sustituirlos.

117

Así, pues, en ocasión de la derrota belga, por lo común se opone a los "medios revolucionarios”, es decir a la revolución violenta, a las luchas callejeras, la *organización y la educación cotidianas* de las masas obreras. Pero tal manera de proceder es errónea porque la organización y la educación en sí mismas no son aún la lucha, sino únicamente los medios de preparación para la lucha y, como tales, son necesarias tanto para la

revolución como para cualquier otra forma de lucha. La organización y la educación en sí mismas no hacen superflua la lucha política, del mismo modo que la constitución de sindicatos y la percepción de cotizaciones no hacen superfluas las luchas por los salarios y las huelgas. Lo que en realidad se preconiza, al oponer a los "medios revolucionarios" las ventajas de la organización y la educación, es la separación de la revolución violenta de la reforma legal, del *parlamentarismo.* "Es posible pasar del capitalismo al comunismo por una serie de formas sociales, de instituciones jurídicas y económicas; por eso nuestro deber es desarrollar ante el parlamento esta progresión lógica." Estas palabras de Jaurés (*Petite République,* 11 de febrero de 1902) formulan claramente esta concepción, igual que esta otra declaración suya: "El único método que le queda al proletariado es el de la organización y la acción legal" *{Petite République,* 15 de febrero de 1902).

Para clarificar la cuestión es extremadamente importante estar convencido de su necesidad, para desechar todas las frases inútiles sobre la eficacia de la organización y la educación de las masas y para concentrar la discusión en el verdadero punto en cuestión.

Lo que sobre todo nos parece extraño en la firme decisión de sustituir la acción parlamentaria a todo uso de la violencia en la lucha proletaria, es la idea de que una *revolución* puede ser *hecha arbitrariamente.* Partiendo de esta concepción, se proclaman revoluciones o se renuncia a ellas, se las prepara y se las aplaza, según que se las haya reconocido útiles, superfluas o nocivas, y depende únicamente de la convicción que domine en la socialdemocracia el hecho de que en el porvenir se produzcan o no revoluciones en los países capitalistas. Tanto como subestima la potencia del partido obrero en otras cuestiones, en este punto la teoría legalista del socialismo la sobrestima.

La historia de todas las revoluciones precedentes nos muestra que los grandes movimientos populares, lejos de ser un producto arbitrario y consciente de los supuestos "jefes" o de los "partidos", como se imaginan el policía y el historiador burgués oficial, son más bien fenómenos sociales elementales, producidos por una fuerza natural que posee su fuente en el carácter de clase de la sociedad moderna. El desarrollo de la socialdemocracia no cambió en nada este estado de cosas, y su papel por otra parte no consiste en prescribir leyes a la evolución histórica de la lucha de clases sino, por el contrario, en ponerse al servicio de esas leyes, en plegarlas así a su voluntad. Si la socialdemocracia se opusiera a revoluciones que se presentan como una necesidad histórica, el único resultado sería haber transformado la socialdemocracia de vanguardia en retaguardia, en obstáculo impotente ante la lucha de clases, que al fin de cuentas triunfaría, mal o bien, sin ella y, llegado el caso, aun contra ella.

Basta con aprehender estos simples hechos para reconocer que la cuestión: revolución o transición puramente legal al socialismo, no es propia de la *táctica* socialdemócrata, sino que sobre todo es una cuestión de la *evolución histórica.* En otros términos, al eliminar la revolución de la lucha de clases proletaria, nuestros oportunistas decretan ni más ni menos que la violencia ha dejado de ser un factor de la historia moderna.

Éste es el fondo teórico de la cuestión. Basta con formular esta concepción para que su sentido salte a la vista. La violencia, lejos de dejar de desempeñar un papel histórico por la aparición de la "legalidad" burguesa, del parlamentarismo, es hoy, como en todas las épocas precedentes, la base del orden político existente. Todo el Estado capitalista se basa en la violencia. Su *organización militar* por sí misma es una prueba suficiente y sensible, y el doctrinarismo oportunista realmente debe tener dones milagrosos para no percibirlo. Pero los mismos dominios de la "legalidad" suministran suficientes pruebas, si se mira más de cerca. ¿Los créditos para China no son acaso medios suministrados por la "legalidad", por el parlamentarismo, para ejecutar actos de violencia? Las sentencias de los tribunales, como la de Löbtau,[5] ¿no son acaso un ejercicio "legal" de la violencia? O mejor aún: ¿en qué consiste a decir verdad toda la función de la legalidad burguesa?

Si un "libre ciudadano" es encerrado por otro ciudadano contra su voluntad, por coacción, en un sitio estrecho e inhabitable, y si lo detienen allí durante algún tiempo, todo el mundo comprende que es un acto de violencia. Pero en cuanto la operación se efectúa en virtud de un libro impreso, llamado código penal, y ese sitio se llama "cárcel real prusiana", se transforma en un acto de la legalidad pacífica. Si un hombre es forzado por otro, y contra su voluntad, a matar sistemáticamente a sus semejantes, es un acto de violencia. Pero en cuanto esto se llama "servicio militar", el buen ciudadano se imagina respirar en medio de una paz y legalidad completas. Si una persona es privada por otra de una parte de su propiedad o de sus ingresos, nadie dudará en decir que es un acto de violencia; pero en cuanto esta maquinación se llama "percepción de impuestos indirectos", ya no se trata más que de la aplicación de la ley.

En una palabra, lo que se presenta ante nuestra vista como legalidad burguesa, no es otra cosa que la violencia de la clase dirigente, erigida de antemano como norma imperativa. En cuanto los diferentes actos de violencia han sido fijados como norma obligatoria, la cuestión puede reflejarse al revés en el cerebro de los juristas burgueses, del mismo modo

[5] Proceso seguido contra algunos obreros de la construcción, acusados, según parece abusivamente, de haber intentado asesinar a un empresario constructor, y condenados a penas de hasta 10 años de reclusión.

que en los de los oportunistas socialistas: el “orden legal” como una creación independiente de la “justicia”, y la violencia del Estado como una simple consecuencia, como una “sanción” de las leyes. En realidad, la legalidad burguesa (y el parlamentarismo en cuanto legalidad en devenir), por el contrario, no es más que una formación social determinada de la violencia política de la burguesía, que florece sobre su fundamento económico.

119

Se puede reconocer entonces hasta qué punto es caprichosa toda la teoría del legalismo socialista. Mientras las clases dirigentes se apoyan en la violencia para toda su acción, el proletariado debería renunciar de entrada y de una vez por todas al uso de la violencia en la lucha contra esas clases. ¿Qué formidable espada debe emplear entonces para derribar la violencia del poder? La misma legalidad, por la cual la violencia de la burguesía se atribuye el sello de la norma social y su omnipotencia.

Cierto es que el terreno de la legalidad burguesa del parlamentarismo no es solamente un campo de dominación para la clase capitalista, sino también un terreno de lucha, sobre el cual tropiezan los antagonismos entre proletariado y burguesía. Pero del mismo modo que el orden legal para la burguesía no es más que una expresión de su violencia, para el proletariado la lucha parlamentaria no puede ser más que la tendencia a llevar su propia violencia al poder. Si detrás de nuestra actividad legal y parlamentaria no está la violencia de la clase obrera, siempre dispuesta a entrar en acción en el momento oportuno, la acción parlamentaria de la socialdemocracia se convierte en un pasatiempo tan espiritual como extraer agua con una espumadera. Los amantes del realismo, que subrayan los “positivos éxitos” de la actividad parlamentaria de la socialdemocracia para utilizarlos como argumentos contra la necesidad y la utilidad de la violencia en la lucha obrera, no notan que esos éxitos, por más ínfimos que sean, sólo pueden ser considerados como los productos del efecto invisible y latente de la violencia.

Pero hay algo mejor aún. El hecho de que encontremos siempre la violencia en la base de la legalidad burguesa se expresa en las vicisitudes de la historia del propio parlamentarismo.

La práctica lo demuestra a todas luces: en cuanto las clases dirigentes se persuadieron de que nuestros parlamentarios no están apoyados por grandes masas populares dispuestas a la acción si es preciso, de que las cabezas revolucionarias y las lenguas revolucionarias no son capaces o consideran inoportuno hacer actuar, llegado el caso, a los puños revolucionarios, el mismo parlamentarismo y toda la legalidad se les escaparía tarde o temprano como base de la lucha política; prueba positiva

para corroborar lo dicho: las vicisitudes del sufragio en Sajonia; prueba negativa: el sufragio en el Reichstag. Nadie dudará que el sufragio universal, tan a menudo amenazado en el Reich, está mantenido no en consideración al liberalismo alemán, sino principalmente por temor a la clase obrera, por la certeza de que la socialdemocracia lo tomaría en serio. Y, del mismo modo, los mayores fanáticos de la legalidad no se atreverían a poner en duda que en caso de que, pese a todo, un buen día nos escamotearan el sufragio universal en el Reich, la clase obrera no podría contar solamente con las "protestas legales", sino que debería apelar a medios violentos para reconquistar tarde o temprano el terreno legal de lucha.

120

Así, la teoría del legalismo socialista se reduce al absurdo por las eventualidades prácticas. Lejos de ser destronada por la "legalidad", la violencia aparece como la base y el protector real de la legalidad, tanto por el lado de la burguesía como por el del proletariado.

Y por otra parte la legalidad evidencia ser el producto, sometido a perpetuas oscilaciones, de la relación de fuerzas de las clases que se enfrentan. Baviera y Sajonia, Bélgica y Alemania suministran ejemplos bastante recientes, demostrando que las condiciones parlamentarias de la lucha política son otorgadas o negadas, mantenidas o quitadas, según que los intereses de la clase dirigente puedan estar seguros o no por esas instituciones, según que la violencia latente de las masas populares ejerza su efecto como arma de ataque o de defensa.

Ahora bien, que en ciertos casos extremos no se puede prescindir de la violencia como medio de *defensa* de los derechos parlamentarios, no implica que en otros aquélla no sea un medio de *ofensiva* ¡reemplazable, allí donde aún se trata de conquistar el terreno legal de la lucha de clases.

Las tentativas de revisar el "método revolucionario" como resultado de los recientes acontecimientos belgas son quizás la más singular demostración de consecuencia política que la tendencia revisionista haya suministrado desde hace años. Aun si se pudiera hablar de un fracaso del "método revolucionario" en la campaña belga en cuanto al uso de la violencia, la condena sumaria de este método como consecuencia de la derrota belga partiría de la suposición de que su uso en la lucha obrera debe ser en todos los casos y en todas las circunstancias una garantía de éxito. Es evidente que al adoptar tales conclusiones, desde hace ya mucho tiempo tendríamos que haber renunciado a la lucha sindical, a tas luchas por los salarios, ya que éstas nos han traído innumerables derrotas.

Pero lo más extraño es que en la lucha belga, que supuestamente habría servido para demostrar la ineficacia de los métodos violentos, de ningún modo los obreros recurrieron a la violencia —a menos que, a ejemplo de la

policía, se pretenda considerar la huelga apacible como un acto de "violencia". No estaba proyectada ni tampoco se intentó hacer una revolución callejera. Y precisamente por eso la derrota belga atestigua lo contrario de lo que se esfuerzan por hacerle demostrar: que actualmente, en Bélgica, teniendo en cuenta la traición de los liberales y la firmeza del clericalismo, dispuesto a servirse de todos los medios, el sufragio universal tiene muy pocas posibilidades de ser reconocido si se renuncia a la violencia,

121

¡Pero esta derrota prueba algo más aún! Prueba que si formas parlamentarias tan elementales, puramente burguesas, que no superan de ningún modo el marco del orden existente, tales como el sufragio universal, no pueden ser conquistadas por la vía pacífica, que si las clases dirigentes apelan a la violencia brutal para resistir una reforma puramente burguesa y muy natural en el Estado capitalista, todas las especulaciones acerca de una abolición parlamentaria y pacífica del *poder del Estado capitalista,* de la dominación de clases, no son más que una ridicula y pueril fantasía.

¡La denota belga prueba otra cosa más! Demuestra una vez más que si los legalistas socialistas consideran la democracia burguesa como la forma histórica llamada a realizar gradualmente el socialismo, no operan con una democracia y un parlamentarismo concretos, tales como existen miserablemente aquí, sino con una democracia imaginaria y abstracta, que alzándose por encima de todas las clases, se desarrolla hasta el infinito y ve aumentar ininterrumpidamente su poder.

La subestimación caprichosa de la reacción creciente y la sobrestimación igualmente caprichosa de las conquistas de la democracia son inseparables y se complementan mutuamente de la manera más feliz. Ante las miserables reformas de Millerand y los éxitos microscópicos del republicanismo, Jaurés rebosa de alegría proclamando como piedra angular del orden socialista toda ley sobre la reforma de la instrucción en los colegios, todo proyecto de una estadística de desocupación. Al hacer esto, nos recuerda a su compatriota Tartarín de Tarascón, que, en su famoso "jardín encantado", entre macetas de flores y bananas gruesas como un dedo, baobabs y cocoteros, se imagina que está paseando a la sombra fresca de una selva virgen de los trópicos.

Y nuestros oportunistas se tragan esas bofetadas —como la última traición del liberalismo belga— y declaran que el socialismo sólo podrá ser realizado por la democracia del Estado burgués.

No se dan cuenta de que no hacen más que repetir en otros términos las viejas teorías según las cuales la legalidad y la democracia burguesa están llamadas a realizar la libertad, la igualdad y la bienaventuranza generales —no las teorías de la gran Revolución Francesa, cuyas consignas no fueron

más que una creencia ingenua *antes* de la gran prueba histórica, sino las teorías de los literatos y los abogados charlatanes de 1848, de los Odilon Barrot, Lamartine, Garnier-Pages, que juraban realizar todas las promesas de la gran revolución por medio de la vulgar charlatanería parlamentaria. Fue preciso que esas teorías fracasaran cotidianamente durante un siglo y que la socialdemocracia, encarnando el fracaso de esas teorías, las enterrara tan radicalmente que hasta su recuerdo, el recuerdo de sus autores y de todo el colorido histórico, se desvaneciera, para que hoy pudieran resucitar y presentarse como ideas absolutamente nuevas, susceptibles de conducir a los objetivos de la socialdemocracia. Lo que está en la base de las enseñanzas oportunistas, por lo tanto, no es, como uno se lo imagina, la teoría de la evolución, sino de las repeticiones periódicas de la historia, de la que cada edición es más aburrida e insulsa que la precedente,

122

Indiscutiblemente la socialdemocracia alemana realizó una revisión extremadamente importante de la táctica socialista, hace algunas decenas de años, y de ese modo adquirió un inmenso prestigio ante el proletariado internacional. Esta revisión fue la destrucción de la vieja creencia en la revolución violenta como *único* método de la lucha de clases, como medio aplicable *en cualquier momento* para instaurar el orden socialista. Hoy, la opinión dominante, formulada nuevamente por Kautsky, en la resolución de París, dice que la toma del poder político por la clase obrera no puede ser más que el resultado de un periodo más o menos largo de lucha social regular *y* cotidiana, en que el esfuerzo para democratizar progresivamente el Estado y el parlamentarismo constituye un medio extremadamente eficaz de recuperación ideológica y, en parte, material de la clase obrera.

Esto es todo lo que demostró la socialdemocracia en los hechos. No obstante, esto no quiere decir que la violencia haya sido desechada de una vez por todas, ni que las revoluciones violentas hayan sido repudiadas como medio de lucha del proletariado y que el parlamentarismo haya sido proclamado el único método de la lucha de clases. Muy por el contrario, la violencia es y sigue siendo el último medio de la clase obrera, la ley suprema, ora latente, ora actuante, de la lucha de clases. Y si nosotros “revolucionamos” los cerebros con nuestra actividad parlamentaria y nuestro trabajo, lo hacemos para que, en caso de necesidad, la revolución baje de las cabezas a los puños.

Es cierto que no es por amor a la violencia o por romanticismo revolucionario, sino por dura necesidad histórica, que los partidos socialistas deben prepararse para sostener encuentros violentos con la sociedad burguesa, tarde o temprano, en los casos en que nuestros esfuerzos tropiecen con los intereses vitales de las clases dominantes. El parlamentarismo como método exclusivo de la lucha política de la clase

obrera no es menos caprichoso y, en el fondo, no menos reaccionario que la huelga general o la barricada como método exclusivo. La revolución violenta, en las circunstancias actuales, sin duda es una espada de doble filo y difícil de manejar. Y nosotros creemos que debemos esperar que el proletariado no recurrirá a ese método sino cuando vea en él la única salida posible y, por supuesto, con la única condición de que toda la situación política y la relación de fuerzas garantice más o menos la probabilidad del éxito. Pero la clara comprensión de la *necesidad* del uso de la violencia, tanto en los diferentes episodios de la lucha de clases como para la conquista final del poder estatal, es indispensable de antemano, ya que precisamente es esta comprensión la que da impulso y eficacia a nuestra actividad pacífica y legal.

123

Si llevada por las sugerencias de los oportunistas, la socialdemocracia realmente pretendiera renunciar de antemano y de una vez por todas a la violencia, si pretendiera exhortar a las masas obreras a respetar la legalidad burguesa, toda su lucha política, parlamentaria y demás, tarde o temprano se derrumbaría lamentablemente para dar lugar a la dominación sin límites de la violencia reaccionaria.

# EL MOVIMIENTO OBRERO Y LA SOCIALDEMOCRACIA

*Leipzig, 4 de junio*

A mediados de este mes se reunirá en Stuttgart el congreso de los sindicatos alemanes.[1] La reunión de este año, coincide muy de cerca, con un momento de reposo externo en la historia del movimiento sindical; la crisis iniciada desde hace un año, ha puesto un fin provisional al periodo de auge económico en Alemania, empeorando así también las condiciones naturales del rápido ascenso de los sindicatos en los siete años pingües de la prosperidad industrial. En el esfuerzo formidable de la expansión de la idea sindical y de las numerosas formaciones nuevas en el seno de los sindicatos, se ha producido una pausa natural, que bien puede incitar a una mirada retrospectiva sobre la labor realizada, '"el mayor logro de la clase trabajadora alemana en el decenio pasado", lo mismo, por lo demás, que a consideraciones de carácter general sobre la relación y las conexiones del movimiento sindical, la socialdemocracia y el movimiento obrero. Ahora bien, mientras la voluminosa documentación necesaria para semejantes razonamientos es proporcionada por la Comisión General de los Sindicatos con diligencia digna de agradecer y con un resumen completo, determinadas consideraciones de carácter natural se complacen, con desprecio soberano del material presentado, en poner los conceptos de movimiento sindical, socialdemocracia y movimiento obrero, en una relación diametralmente opuesta a todas las tradiciones y a la historia positiva del movimiento. Sin duda, se trata en la mayoría de los casos, de un jugueteo con conceptos abstractos, a los que cada cual —según una antiquísima costumbre de los eruditos alemanes-— atribuye arbitrariamente un contenido propio. Pero, en cambio, para la *praxis* del movimiento, semejante filosofar unilateral, constituye no pocas veces una notable fuente de error y puede tener como resultado concreto una confusión nada insignificante acerca de los objetivos y el espíritu del movimiento sindical.

La discusión sobre las conexiones entre el movimiento obrero y la socialdemocracia, ha empezado con un artículo del sociólogo burgués, doctor Freund, en la *Soziale Praxis,*[2] al que la prensa sindical reaccionó inmediatamente, comentándolo en conexión con el problema más viejo de

[1] El IV Congreso de los Sindicatos de Alemania tuvo lugar del 16 a) 21 de junio de 1902 en Stuttgart.

[2] Richard Freund, ''Sozialdemokratie und Arbeiterscliaft", en *Soziale Praxis* (Leipzig), del 20 de febrero de 1902.

la "neutralidad" de los sindicatos. No podemos decir que el curso de la discusión nos *haya* satisfecho especialmente, como tampoco nos satisface el artículo del camarada Heine en el último cuaderno de los *Sozialistische Monatshefte*,[3] según el cual esta cuestión ha de solventarse pacíficamente en cierto modo, de común acuerdo, para llegar a un arreglo. Ante todo, encontramos que falta en toda la discusión una delimitación precisa de la *socialdemocracia* con respecto al movimiento sindical y una exposición estrictamente elaborada del carácter básico de dicho partido.

125

Que el movimiento obrero no sigue necesariamente un curso socialista, esto lo muestra ya un examen sumario del movimiento en otros países. En Inglaterra, socialismo y movimiento obrero no han logrado unirse propiamente hasta la fecha; en efecto, el socialismo inglés tiene su lugar predominantemente en los círculos de ideólogos burgueses, en tanto que, en Inglaterra, la clase obrera sencillamente no es socialista. En Francia, la oposición entre socialismo y movimiento obrero ha penetrado en la propia clase trabajadora, y éste es el origen histórico de las profundas divisiones en el seno del movimiento obrero francés. El país clásico de la fusión del movimiento obrero y el socialismo es Alemania, en donde el socialismo ha encontrado en la socialdemocracia su encarnación y su realidad.

Pero de allí no se deduce todavía, ni con mucho, que la socialdemocracia sea, sin más, un partido de trabajadores. En efecto, si se considera a la socialdemocracia en sus manifestaciones positivas de vida y en su aparición, no coincide en absoluto, sin más, con el concepto de un mero partido obrero. La masa socialdemócrata de electores constituida por dos y medio millones de votos, no comprende siquiera todo el proletariado industrial con derecho de voto, que en una apreciación moderada, no deja de movilizar sus tres millones de electores, y comprende, por otra parte, sin duda alguna, una fracción muy considerable de elementos pequeñoburgueses y de *pequeños campesinos.* Ni siquiera en sus congresos, la forma más pura de sus manifestaciones vitales, se presenta el partido como representante unilateral de la clase asalariada industrial. En no menos de dos congresos, se han esforzado, con amargo sudor, por el establecimiento de un programa agrario, y también en dos congresos se ha mencionado y se ha discutido cierta oposición entre la socialdemocracia y el movimiento sindical, el cual debería ser, sin duda, la forma apropiada de un movimiento de *trabajadores* exclusivamente. Tampoco la minoría socialdemócrata del Congreso del Reich y las minorías de los congresos de los Estados practican una política doctrinaria. En efecto, ven la reforma social burguesa con suma desconfianza; negaron a principios de los años noventa su aprobación a la

[3] Wolfrang Heine, "Arbeiterbewegung und Sozialdemokratie", en *Sozialistische Monatshefte* (Berlín).

legislación conjunta para la protección de los trabajadores, y han recurrido, por otra parte, a los medios parlamentarios más extremos, contra aspiraciones de carácter político general, en las que la clase trabajadora industrial sólo tenía provisionalmente un interés indirecto —tal, por ejemplo, la ley Heinze.[4] Un simple partido obrero, podría limitarse a aumentar las funciones sociales del Estado, oponiéndose al gravamen excesivo de la clase trabajadora con impuestos directos e indirectos, como lo hacen, por ejemplo, los representantes de los trabajadores en el parlamento inglés, aunque no siempre, por supuesto.

126

Por lo demás, durante el último decenio, se ha convertido en una especie de abuso —no sin la influencia del movimiento sindical ascendente—, el hablar siempre parcialmente del trabajador industrial, perorar acerca de la "elevación de la clase obrera" y, mientras tanto, olvidar por completo la antigua consigna de la "liberación de la clase trabajadora". Nuestros precursores intelectuales no hablaban tanto de la "clase obrera", sino mucho más, en cambio, del *proletariado.* Y forma parte del proletariado, en primer lugar, sin duda, el trabajador asalariado, en cuanto clase explotada y oprimida *sans phrase,* pero pertenecen también al mismo las capas de población de carácter económico ambiguo, tales como los pequeñoburgueses y los *pequeños campesinos,* quienes en la medida en que tienen intereses proletarios contra sus explotadores y contra el dominio de clase en el Estado, pueden incluirse perfectamente en la agitación de la socialdemocracia y ser representados en la actividad legislativa del partido. El concepto de proletariado refleja además en esta sola palabra toda la filosofía del socialismo, permitiendo que la socialdemocracia practique en los parlamentos no una simple "política obrera", sino aquella política de los trabajadores que se mueve en la dirección del carácter de lucha de clase del partido. Situándose en este punto de vista, las diversas antinomias entre socialdemocracia y política obrera encuentran su solución perfectamente natural.

Pero, ¿qué hay del movimiento sindical? Éste ha crecido en Alemania en conexión histórica y unidad intelectual con la socialdemocracia, y los esfuerzos por emanciparse del partido son de fecha relativamente reciente. Se sitúa, en conjunto, en el terreno de la lucha de clases, y el Estado policiaco alemán cuida infatigablemente, mediante atentados legislativos, como la ley prusiana de asociación,[5] el proyecto de ley de trabajadores

---

[4] * Se trataba de una ley que limitaba la libertad del artista. En varias ocasiones, Rosa Luxemburgo criticó la táctica adoptada por la socialdemocracia en la lucha contra esta ley, señalando que esa táctica se justificaba únicamente en la medida en que se ampliara el debate. [E.]

[5] Con la ley prusiana de asociaciones, las organizaciones obreras se encontraban sometidas a restricciones que se les aplicaban con especial rigor. Así, por ejemplo, les estaba prohibida a los jóvenes y a las mujeres, la participación en las asociaciones políticas y sus reuniones. Estas disposiciones eran utilizadas a

forzados, las sentencias de Löbtau,[6] así como mediante una interpretación rebuscada del artículo relativo a la extorsión, que el movimiento sindical no olvide este carácter de la lucha de clases.

127

Sin embargo, el crecimiento enorme del movimiento sindical en los años de auge, ha triplicado el número de afiliados de los sindicatos, ha casi decuplicado sus ingresos y quintuplicado sus egresos, ha proporcionado diariamente alimento a los esfuerzos en favor de la "neutralidad", en tanto que la otra corriente, esto es, el movimiento que persigue la emancipación con respecto al ideario socialdemócrata, se ha hecho ya inequívoca. A los sindicatos se les ha subido menos a la cabeza la ilusión alocada de poder de los supereconomistas del tipo de los Kampffmeyer, que la idea de conseguir los fines puramente económicos del movimiento, mediante la unión de todos los esfuerzos sindicales, encontrándose así, en forma insospechada, más cerca de su objetivo. Al propio tiempo, al llenarse las arcas de los sindicatos, se ha puesto de manifiesto un fenómeno que la antena sensible del cura Naumann ha captado inmediatamente. En efecto, éste ha formulado la observación de que, mediante la acumulación de grandes medios financieros aportados penosamente pollos trabajadores centavo tras centavo, crecía en los sindicatos el sentido de responsabilidad de los dirigentes, al paso que el afán de huelgas disminuía en la medida en que aumentaban los medios que en la lucha habían de arriesgarse. Naumann aconsejaba, por consiguiente, poner a los sindicatos bajo la protección de una legislación política conservadora del Estado, para fomentar su engrosamiento y poder aprovechar así las organizaciones, sometidas mediante semejante domesticación a la fidelidad del Estado, para sus proyectos de un futuro nacionalista socializante. La consigna del "trabajo positivo" encontró también numerosos partidarios entre los sindicados, y el movimiento sindicalista alemán del último decenio puede mostrar en la política partidista del poder y del éxito, manifestaciones mucho más considerables que la socialdemocracia alemana, pese a que el parlamentarismo sea, como es bien sabido, la alta escuela de los compromisos, *y que la* política de los éxitos sea más propia de la vivacidad natural del partido político que del movimiento sindical, siempre más sobrio.

El congreso de los sindicatos a punto de celebrarse, habrá de mostrar de qué modo se presenta el "reflejo ideológico" de la crisis en el movimiento

---

menudo por las autoridades policiacas y judiciales para impedir también, mediante interpretación arbitraria de la ley de asociaciones, el trabajo de las organizaciones sindicales, que legalmente no eran consideradas como políticas.

[6] * El 3 de febrero de 1899, nueve trabajadores de Lobtau fueron condenados a penas severísimas por el tribunal de Dresde. [E.]

sindical. Creemos juzgar acertadamente el movimiento sindicalista alemán, al esperar que los tiempos difíciles y decisivos a cuyo encuentro va todo movimiento obrero en Alemania, también le sugerirán a este movimiento el retomo incondicional a las buenas viejas tradiciones.

# LA CUESTIÓN DEL TERRORISMO EN RUSIA [1]

*Leipzig, 27 de agasto*

I

En su número del lunes, la *Leipziger Volkszeitung* ha comunicado para información de los lectores, el documento publicado por el grupo terrorista ruso en ocasión del atentado contra el gobernador de Charkov, príncipe Obolenski.[2] Sin embargo, por nuestra parte, no podemos dejar de observar que este documento, así como el manifiesto relativo a la constitución de la organización terrorista, igualmente reproducido por nosotros, ha despertado en nuestro ánimo una serie de reparos.

Aunque no nos sea posible formular desde Alemania un juicio completamente seguro sobre los *detalles* de la táctica partidista de nuestros camaradas rusos, tanto más interés tenemos, en cambio, en observar atentamente las rutas que emprende el movimiento revolucionario recién despertado en el imperio de los zares y en darnos claramente cuenta, en cada caso, de sus perspectivas. Desde que en los últimos años empezara a soplar del "campo —político— de la nieve perpetua" del reino de los zares un tibio viento primaveral, desde que lo aparentemente inconcebible se convirtiera en realidad y un *levantamiento revolucionario de masas*[3] del pueblo trabajador empezara a minar desde abajo la gruesa capa de hielo del absolutismo, volvieron a animarse las esperanzas de todos los amigos de la libertad en el oeste de Europa, o más exactamente, de los partidos socialistas. Volvió a cobrarse ánimo y fe en que la tarea del derrocamiento del despotismo ruso, hasta allí considerada imposible, iba, con todo, a acercarse a su solución en un futuro previsible. Eso es lo que explica la calurosa simpatía y el vivo interés con que se acogieron las noticias insólitas de las manifestaciones de trabajadores y los desfiles de masas en las grandes ciudades de Rusia. De todas estas noticias cabía extraer la

[1] Este artículo no está firmado. De una carta de Rosa Luxemburgo a Kurt Eisner del 27 de abril de 1904, se desprende que ella es la autora. (Véase Instituto de marxismo-leninismo, en el CC de la SED [Partido Socialista Unificado de Alemania], Archivo Centra) del Partido, NL 60/66, vol. 55/56).

[2] El 11 de agosto se había producido un atentado contra el gobernador J. M. Obolenski. La *Leipziger Volkszeitung* publicó el 25 de agosto el documento de los terroristas con el título de "Un ajusticionamiento consumado por el terrorismo".

[3] Desde la fundación del Partido Socialdemócrata de los Trabajadores de Rusia, en 1898, el movimiento revolucionario se había vigorizado en dicho país. Los trabajadores pasaron de las huelgas económicas a las huelgas y las manifestaciones políticas y atrajeron también a otras capas de la población a la lucha contra el zarismo.

impresión de una lucha profundamente seria y digna de todo respeto entre el proletariado ruso y el absolutismo. Pero ahora nos parece, en cambio, que las últimas noticias que del partido terrorista se han dado en la prensa alemana, son más apropiadas para desvirtuar dicha impresión que para reforzarla.

129

La cuestión del *terrorismo* en Rusia, como arma en la lucha contra la prepotencia zarista, puede considerarse desde puntos de vista diversos. Si se trata de actos individuales de desesperación y del valor de sacrificio de luchadores aislados de la libertad, de explosiones elementales de la ira popular llevada hasta el extremo, entonces se requiere el espíritu intransigente de la *Post* o un alma liberal auténticamente alemana, a la manera de la "Tía" Voss, para condenar estos actos de pura defensa como "propaganda de la acción", magnicidio, etcétera. Todo individuo de pensamiento honrado y políticamente decente, ha de tributar a los actos de desesperación de los pioneros de la libertad del pueblo, reprimidos con crueldad inhumana y con refinamiento por los sátrapas rusos, el homenaje de su más profunda simpatía, de todo su respeto y de su incondicional admiración. Y como quiera que el sentimiento de honradez y de la decencia política, encuentran prácticamente su única representación en la Alemania de hoy, entre las masas trabajadoras con conciencia de clase, hubo de revelarse también, en ocasión de la discusión acerca del atentado contra el gobernador de Vilna, von Walt, [4] que la totalidad de la prensa socialdemócrata se hizo solidaria de la *Lcipzigcr Volkszeitung,* cuando la liberal *Vossische Zeitung,* trató de acusarnos con valor liberal, ante tronos principescos, de "glorificación" del atentado.

En relación con semejantes actos individuales espontáneos de terrorismo, como en el caso del estudiante Karpowitsch que ha matado al ministro Bogolepow, [5] o del trabajador de Vilna, Leckert, inclusive la pregunta acerca de la *eficacia* resulta desplazada. Esta pregunta sólo resulta justificada y aun necesaria cuando tenemos frente a nosotros la otra clase de terrorismo, el terrorismo representado por el grupo de los revolucionarios socialistas, esto es, el *terrorismo sistemático,* el terrorismo como *táctica* consciente de una organización socialista determinada, aplicada para la *consecución de un efecto político.* Hace unos meses, sólo nos encontrábamos en Rusia ante atentados terroristas de la primera clase, y no podíamos menos que manifestar nuestra profunda simpatía por el heroico sacrificio personal de los mártires del régimen bárbaro. Es el caso,

[4] Contra el gobernador de Vilna, W. W. von Wal, G. D. Leckert había efectuado un atentado en relación con la orden de aquél de azotar a los detenidos con motivo de la fiesta del lo. de mayo de 1902. Leckert fue ejecutado en junio de 1902.

[5] El ministro de Instrucción Pública, N. P. Bogolepow, había sido muerto en febrero de 1901.

sin embargo, que en estos últimos meses vamos recibiendo noticias, cada vez con mayor frecuencia, de un comité terrorista especial de los revolucionarios socialistas, lo que nos obliga a preguntarnos si en la situación actual esto constituye efectivamente una táctica apropiada de nuestros camaradas rusos.

130

No tenemos reparo en decir francamente que lo *dudamos.* En efecto, el terrorismo como sistema no derrocará en modo alguno, por sí mismo, el régimen absoluto en Rusia. Esto lo demostró ya el gran experimento de la Narodnaya Volia. Todo zar eliminado encuentra un sucesor, y lo mismo todo gobernador muerto. Para derrocar el *régimen* hay que aplicar el hacha a su *raíz,* y la raíz del absolutismo no es otra que *la estupidez política de la masa popular.* Prescindiendo de alguna calamidad de la política exterior, como por ejemplo una guerra desafortunada que, por lo demás, sólo puede sacudir los muros del absolutismo, pero sin crear nada positivo, el zarismo sólo puede ser derrocado por un auténtico levantamiento popular consciente, que por su parte, sin embargo, sólo puede prepararse mediante una prolongada labor ilustradora y de organización. La socialdemocracia i-usa ha emprendido esta labor desde hace algunos años, y las últimas manifestaciones de masa demuestran cuán fecundo es el terreno y cuán acertada la táctica.

Un terrorismo sistemático, así nos parece a nosotros, sólo puede ejercer sobre dicha difícil y lenta labor de organización de las masas trabajadoras un efecto perturbador. Y no sólo porque proporcione una ocasión oportuna para las represalias y para la violencia reaccionaria; en efecto, la represión en Rusia apenas puede hacerse peor, y ni siquiera se esfuerza por buscar pretextos, simplemente porque es en el imperio zarista una institución *permanente* y la mera *norma.* El terrorismo, en cambio, en nuestra opinión, puede fácilmente confundir a las masas y desviarlas de la lucha política lenta y diaria hacia el camino más rápido de las luchas violentas aisladas. Y mientras, además, el terrorismo tiende por razón natural a conducir la lucha inmediata a manos de una pequeña sociedad cerrada de “elegidos”, la cuestión vital para la revolución rusa está precisamente ahora, en dar a entender a las grandes masas populares, que *únicamente ellas mismas,* que única y exclusivamente ellas están en condiciones de vencer el absolutismo. Finalmente, el terrorismo sistemático contrarresta también la labor organizadora de la clase trabajadora por el hecho de que trata de forzar al absolutismo a hacer concesiones por miedo a un “comité” misterioso, invisible y no obstante todopoderoso, en tanto que de lo que se trata es de intimidar finalmente el absolutismo, que ha superado ese temor del “comité” desde hace ya un par de decenios, con el miedo *a la masa popular* como enemigo político consciente.

Quisiéramos añadir además la observación de que una circunstancia externa, en sí misma secundaria, nos parece confirmar el punto de vista que acabamos de exponer. Se trata del aparato con que el comité terrorista ruso rodea su actividad; la publicidad, las penas de muerte ya listas que se entregan a los sentenciados que permanecen con vida, las pistolas con grabación de palabras terribles, el rápido informe detallado del partido acerca del comportamiento de los encarcelados, de acceso sin embargo tan difícil, informe que da la impresión de haber sido redactado por anticipado con base en declaraciones y gestos convenidos de antemano con el autor del atentado, etcétera. No queremos con esto desvirtuar de ningún modo el valor, la lealtad a sus convicciones y el espíritu de sacrificio del revolucionario ruso que intentó el atentado contra el príncipe Obolenski. Pero esta publicidad dada al atentado y, especialmente a los comunicados del comité terrorista, dan inevitablemente un poco la impresión de un *jugueteo* terrorista, y el jugueteo al *principio* mismo de la práctica terrorista constituiría un síntoma sutil, pero psicológicamente seguro, del carácter absurdo de la propia táctica.

131

Otra circunstancia accesoria importante hace también que la madurez política del grupo terrorista ruso nos parezca dudosa. En efecto, en el mismo documento relativo al atentado contra Obolenski que reprodujimos en nuestro número del lunes, la organización en cuestión comunica que el autor encarcelado del atentado habría afirmado, en su declaración escrita (que por lo visto estaba convenida con el comité), que los campesinos en revuelta habían sido exhortados por el partido terrorista a la lucha. Ahora bien, es muy posible que, entre otros, se repartieran también entre los campesinos volantes de contenido revolucionario. Pero, por lo que hemos oído de las recientes revueltas rurales y por lo que sabemos además de las condiciones de allí, los levantamientos de los campesinos rusos han sido puros movimientos elementales, provocados por miseria extrema y hambre, pero sin carácter político concreto alguno y, más aún, sin *objetivo* político determinado. Es muy posible, pues, que los revolucionarios socialistas exageraran aquí un poco su propio papel. Ahora bien, si han contribuido efectivamente a las últimas revueltas campesinas, aunque en una mínima parte, entonces se dan a sí mismos un testimonio político muy poco favorable. Porque es el caso que el *objetivo* de revueltas tan caóticas y tan poco organizadas y. además, en un momento tan poco preparado y tan inapropiado es, sencillamente, en cuanto táctica política, incomprensible. Y esta circunstancia, en conexión con la forma y manera en que el terrorismo es practicado por dicho grupo, hace que su táctica conjunta se presente como sospechosa de ligereza.

Por supuesto, no esperamos influir con las observaciones que preceden

en la táctica de los socialistas rusos, pero creemos, con todo, que sería saludable que la prensa alemana del partido, a la que le son comunicadas noticias por los camaradas rusos, mantuviera frente a éstas un espíritu crítico, con objeto de tener de los destinos de la causa revolucionaría rusa, que es también *nuestra* causa, ideas claras.

132

Para terminar, quisiéramos destacar en esta ocasión un hecho interesante. Mientras aquí entre nosotros se sospecha de tendencias blanquistas, como es sabido, al marxismo "ortodoxo" y se ha descubierto el bacilo del blanquismo, como es sabido, en el propio Marx, en el único país donde la táctica blanquista puede hallar aplicación, en Rusia, son "marxistas *no* ortodoxos" los que la patrocinan. Por el contrario, por el momento, la socialdemocracia rusa, representada por Vera Zasúlich y otros, rechaza el terrorismo sistemático con la mayor decisión. En todo caso, esta táctica, fuertemente emparentada con el blanquismo, es practicada y defendida por aquel grupo de los socialistas rusos que, al igual que nuestros revisionistas alemanes, han emprendido una guerra de liberación contra el "dogma marxista".

## II

En relación con la cuestión del terrorismo en Rusia, hicimos algunas observaciones en nuestro editorial del 27 de agosto e invitamos a la prensa del partido a que adoptara una actitud crítica frente a las noticias del caso procedentes de Rusia.

El *Vorwärts* del 30 de agosto, publica acerca de la misma cuestión la siguiente nota:

> Acerca del comité terrorista ruso por cuyo "encargo" el atentado contra el gobernador de Charkov habría sido llevado a cabo, se han publicado estos últimos días en la prensa informes detallados. Un "testigo ocular", por ejemplo, dio no sólo una descripción detallada de los incidentes del atentado, sino también del interrogatorio del detenido que, indudablemente, hubo de tener lugar a puerta cerrada. No hemos tomado de dichos informes nota alguna, porque nos parecen llevar de modo demasiado claro el sello de la inverosimilitud. Si existe, en efecto, un comité terrorista por cuyo encargo se llevan a cabo en Rusia atentados políticos, dicho comité evitará cuidadosamente proyectar sobre sí mismo, mediante la propagación de semejantes informes sensacionales, una luz sumamente dudosa.

Puesto que fuimos los primeros en exponer nuestros reparos acerca de la

táctica terrorista actual de los revolucionarios socialistas rusos, nos sentimos obligados a hacer constar expresamente que, para los que conocen la situación en Rusia, *no puede hablarse en absoluto del carácter dudoso* del comité terrorista en dicho país. En efecto, tanto la existencia de la organización terrorista de lucha de los socialistas revolucionarios, como la honradez política intachable de sus miembros, como, finalmente, el atentado de Charkov, efectivamente llevado a cabo por encargo suyo, no pueden ser objeto de la menor duda.

Lo único que parece dudoso es el valor y la eficacia de la táctica terrorista, y si señalamos la forma y manera un poco infantil en que los terroristas rusos hacen ostentación de su actividad, estas exterioridades no tenían *más valor,* para nosotros, que el de un síntoma del carácter equivocado de la táctica misma. Que estas exterioridades no son hijas del puro azar, sino que se relacionan íntimamente con la inoportunidad del terrorismo en la situación actual de Rusia, de ello nos ocuparemos tal vez en otra ocasión.

# EN MEMORIA DEL PARTIDO “PROLETARIADO” [1]

## I

Hace ya muchos años que en el aniversario de la heroica muerte de Kunicki, Bardowski, Ossowski y Pietrusiñski se producen junto a las tumbas de los caídos por el socialismo internacional escaramuzas que vulneran el recuerdo de los fundadores del primer partido socialista en Polonia. Pensamos en las festividades anuales que organiza, sobre todo en el extranjero, el Partido Socialista Polaco. Su objetivo es usurpar el pasado del movimiento obrero polaco en favor del nacionalismo actual que se oculta bajo un camuflaje socialista. Pensamos en los importunos homenajes de esa orientación política para cuyo programa y cuya ética política eran solamente condenables la vida y los hechos de los caídos.

Las personas que alcanzan un nivel espiritual tan elevado como aquellos cuatro que afrontaron con la cabeza erguida la muerte por una idea y que muriendo alentaban e inflamaban todavía a los amigos que dejaban, no son, sin ningún género de duda, propiedad exclusiva de ningún partido, grupo o secta en particular. Su lugar está en el panteón de toda la humanidad, y todo aquel para quien es cara la idea de libertad, con cualquier contenido y en cualquier forma que sea, puede saludarlos como espíritus afines y honrar su memoria. Y sobre todo cuando la juventud académica polaca participa numerosa en las festividades en conmemoración de Proletariado, saludamos el hecho con sincera alegría, como síntoma del idealismo y de las prometedoras tendencias revolucionarias que reinan en las esferas de

[1] * El partido Proletariado había sido fundado hacia el año 1882, por Ludwik Warynski. Puede decirse que fue el primer partido socialista polaco, a pesar de que, como lo señala Rosa Luxemburgo, nunca logró convertirse en partido de masas. Cuando Warynski fue sentenciado en 1886, Rosa Luxemburgo, estudiante en Varsovia, no cumplía aún quince años, pero estaba ya relacionada con círculos de estudiantes disidentes de la misma ciudad. En su artículo *En memoria del partido Proletariado,* de 1903, Rosa Luxemburgo tiene como propósito rescatar la tradición revolucionaria de Proletariado, de las manos de aquéllos que la utilizan para sus “cabriolas socialpatrióticas” o “para jugar con soldaditos de plomo al ‘levantamiento nacional’ Pero rescatar una tradición revolucionaria, no consiste para Rosa Luxemburgo, en la repetición cansada de lo pasado, sino en el análisis riguroso que permita sacar del pasado lecciones políticas para el presente. Rosa Luxemburgo realiza esta tarea con una lucidez extraordinaria. No sólo va a buscar las condiciones objetivas que explican la contradictoria síntesis teórica que Proletariado intenta hacer, sino también analiza las contradicciones diversas de la práctica política efectiva de este partido en relación con sus declaraciones teóricas. Una cuestión se plantea cada vez con mayor insistencia: el papel del partido en la lucha por el socialismo. A esta misma cuestión se enfrentaba, teórica y prácticamente, en la misma fecha, un “marxista ruso”: Lenin. En cierta forma, *En memoria del partido Proletariado,* prepara la discusión que el siguiente año Rosa Luxemburgo entablaría con Lenin. [E.]

nuestra intelectualidad.

135

No queremos, ni monopolizar el recuerdo de los héroes de Proletariado, ni combatir en torno suyo por restringidos intereses de partido, como si se tratara del cadáver de Patroclo. Pero cuando las honras a la memoria de los ahorcados se convierten en deporte ruidoso y huero de pensamiento, cuando se rebajan al nivel de una vulgar propaganda de un grupo político, más aún, cuando se abusa y se malinterpretan con tan bajo fin las ideas y los hechos de los “Proletarios”, por los que ellos fueron a la muerte, es sencillamente obligación de quienes, por el espíritu de sus principios son los herederos directos de la tradición revolucionaria de Proletariado, protestar en voz alta. No somos amigos de tanta festividad anual, regular, en conmemoración de las tradiciones revolucionarias, porque su propia regularidad mecánica las hace cosa común y corriente y, como todo lo tradicional, harto banales. Pero opinamos que actualmente, el mejor modo de honrar a los caídos del 28 de enero, es dar fe de que sus tumbas no son lugar adecuado para cabriolas socialpatrióticas, ni para jugar con soldaditos de plomo al “levantamiento nacional”.

Además, las tradiciones del movimiento socialista en nuestro país son por desgracia tan poco conocidas por la actual generación de revolucionarios polacos, que creemos llegada la hora de refrescar los recuerdos de nuestro combate pasado, de un combate que en los tiempos actuales puede ser rico venero de fortalecimiento moral y de enseñanzas políticas. Es hora sobre todo, de mostrar el verdadero rostro del primer partido socialista de Polonia de poderosa influencia y sólida organización, el Proletariado, y de exponerlo a la luz de la verdad histórica en sus hechos y palabras.

Quien quiera entender y apreciar debidamente las ideas del partido Proletariado, debe partir de la premisa de que, por su programa, no era un partido unitario; de que por su programa y orientación tenía la influencia de dos elementos diversos: el Occidente y Rusia, la teoría marxista y la práctica de la Narodnaya Volia.

Las condiciones sociales de la Polonia nacida del Congreso de Viena, en los ochentas, fueron una base excelente para la formación de un movimiento obrero en el sentido europeo de la palabra. El desarrollo de la industria después del fracaso del último levantamiento y de la reforma agraria, completó el triunfo definitivo del capitalismo, tanto en la ciudad, como, parcialmente, en el campo. La teoría positivista del trabajo orgánico,[2]

[2] El término de “trabajo orgánico” es un concepto de la historia de las ideas políticas en Polonia, en el siglo xix. Después de la fallida sublevación de 1863, una parte de la burguesía progresista de Polonia, se apartó del romanticismo político de la época del levantamiento, para fomentar el desarrollo económico de

barrió de la sociedad los últimos restos de la ideología nacional de los nobles y puso así las bases del dominio social e intelectual de la burguesía en forma más cruda que en ningún otro país. El moderno antagonismo de clases, la situación económica y la importancia social del proletariado industrial se manifestaron claramente. Se cumplían así, en la Polonia del Congreso, en alto grado, las condiciones objetivas que forman la base de la doctrina marxista, y el Proletariado nacía lógicamente, con toda la base de su empeño socialista, del suelo del marxismo.

136

Consciente y claramente se expresa este pensamiento en el segundo capítulo de la exhortación del comité de trabajadores del partido socialrevolucionario Proletariado en el año de 1882:

> Nuestro país no es ninguna excepción en la evolución general de la sociedad europea: su constitución pasada y presente, fundada en la explotación y el so juzgamiento, no ofrece a nuestros obreros sino miseria y degradación. Nuestra sociedad tiene hoy todas las características de una constitución burguesa capitalista, aunque la falta de libertad política le dé además un aspecto seco y enfermizo. Pero eso no cambia el meollo del asunto.[3]

El socialismo tiene también aquí cimientos modernos, de clase:

> Los intereses de los explotados no se pueden armonizar con los de los explotadores: no pueden avanzar de consuno, en nombre de una ficticia unidad nacional. Cuando se considera simultáneamente que el interés de los obreros en la ciudad y el de los trabajadores del campo es el mismo, se está declarando que el proletariado polaco se distingue fundamentalmente de las clases privilegiadas y asume el combate contra éstas en calidad de clase autónoma, cuyas tendencias económicas, políticas y morales son totalmente diferentes.[4]

Esta exhortación señala desde el principio el carácter puramente internacional de la lucha de clases socialista, y subraya que

> las condiciones económicas son la base de las relaciones sociales y que todos los demás fenómenos se subordinan a estas condiciones.[5]

Al hacerlo así, la proclama, reconoce formalmente que la base de su ideología es el materialismo histórico.

Así, con la filosofía de Proletariado, se implantan en suelo polaco, en

---

Polonia mediante el "trabajo orgánico”. (N. del trad. del polaco.)

[3] Z *pola walki,* ed. Walka Klas, Ginebra, 1886, p. 27.

[4] *Z pola walki,* ed. Walka Klas, Ginebra, 1886, p. 29

[5] Ibid., p. 32.

todos los puntos decisivos, las ideas del *Manifiesto del partido comunista* de Marx y Engels.

137

Esta crítica general del capitalismo no define empero todavía el tipo de acción inmediata del partido, su programa político ni su táctica. Entre el reconocimiento de las bases generales del socialismo científico y sus consecuencias para la actividad y las tareas del partido, entre la teoría del *Manifiesto del partido comunista,* el programa directo y la praxis de la socialdemocracia, hay un abismo. Pero por otro lado, en las ideas políticas de Proletariado influyó mucho la Narodnaya Volia rusa.

Esta organización llevaba en toda su configuración la impronta de condiciones sociales totalmente distintas. Nació en el terreno de una sociedad capitalista poco desarrollada, en que la vida social todavía estaba determinada en gran parte por la agricultura y los restos de la antiquísima propiedad comunal rusa. La teoría socialista de la Narodnaya Volia, no arranca del proletariado citadino, sino del propietario, esto es, de la comunidad campesina. No se esforzaba por la realización y superación del capitalismo sino por impedir su desarrollo. Buscaba su éxito, no en la lucha de clases, sino en el intento, por parte de una valerosa minoría, de llegar hasta el timón del Estado.

Si tomamos en cuenta el idealismo subjetivo como base de las miras históricas de la Narodnaya Volia, tenemos por resultado una teoría que se diferencia en todos sus rasgos de los principios de Proletariado.

La Narodnaya Volia no era ciertamente una creación del todo unitaria; se pueden observar en muchos de sus puntos los principios de la teoría marxista, así como las influencias de Occidente. Tampoco era fácil determinar el programa político de la Narodnaya Volia. Por lo tanto, sólo tras seria reflexión y un análisis de las publicaciones periódicas de ese partido, se puede lograr una respuesta clara a la cuestión de cómo ha de entenderse en realidad la acción política de la Narodnaya Volia. ¿Intentaba derribar la autocracia y convocar el Semski Sobor para tomar de inmediato medidas de transición en sentido socialista, destinadas ante todo a reforzar el sistema de la propiedad comunal, base futura del orden de la sociedad socialista? ¿O quería primero imponer los derechos constitucionales acostumbrados otrora? En su tiempo hubo también, como veremos, voces que interpretaron los objetivos de la Narodnaya Volia en ese sentido. Pero, sin duda, si se quiere utilizar una etiqueta correspondiente de la historia del socialismo europeo occidental, la táctica política de la Narodnaya Volia se puede determinar mejor con el concepto de blanquismo. táctica que por una parte, está regulada para ganarse la confianza de la masa del pueblo, y por la otra, para tomar el poder por medio de un partido de conjurados que,

a fin de poder apoyarse en las masas, ejecutan del programa socialista “lo que pueda hacerse”. Precisamente ése es el juicio de la socialdemocracia rusa, que en sus diversas publicaciones programáticas hace una crítica amplia y exhaustiva de la ideología histórica y de las teorías económicas de la Narodnaya Volia y de sus métodos políticos.

138 Dadas ideas tan opuestas, la influencia de la Narodnaya Volia en Proletariado parece a primera vista incomprensible, y la unión de elementos tan dispares en un todo, una tarea difícil de llevar a cabo. Mientras Proletariado se apoyaba, en su ideología fundamental, en bases internacionales europeas comunes, la Narodnaya Volia era una creación rusa, indígena. El cómo y el por qué de todos modos resultó acertada la unión de esos dos elementos tan diversos, es un problema cuya correcta solución reviste la mayor importancia, ya que tal unión desempeñó un papel decisivo en la historia y en la etapa final de proletariado.

## II

En la evolución espiritual de los creadores del partido Proleteario pueden distinguirse tres fases, de las cuales la segunda es la que más fuertemente marcó el programa. Está estrechamente relacionada con la actividad de la cabeza más lúcida y el jefe más prestigioso del socialismo polaco en aquel tiempo: Ludwik Warynski. La primera fase duró más o menos hasta 1880. Es una época de fermentación teórica y se debió ante todo a los emigrantes socialistas en Suiza. Su órgano literario fue *Równosc* [Igualdad] de Ginebra. La teoría del socialismo científico, su economía y su crítica general del orden social burgués, halla ya aquí un reconocimiento parcial; pero en cuanto a la aplicación práctica de esta teoría y al programa de la actividad directa, el modo de ver de *Równosc* no está todavía nada claro. Su programa, que nació el año de 1878, es el llamado programa de Bruselas. Después de haber expuesto en los cuatro primeros puntos, las bases económicas y sociales del orden de la sociedad socialista, anuncia que la realización de esos principios será obra de una “revolución general e internacional”. Sobre esta base pide el programa, en forma no muy clara, una “alianza federal con los socialistas de todos los países”. En relación con la actividad práctica, el programa contiene solamente una aclaración bastante enigmática en el sentido de que “la base de nuestra actividad es la concordancia moral de los medios con el fin a que se aspira”. Enumera de un modo muy general, como “medios que contribuyen al desarrollo de nuestro partido”: la organización de las fuerzas populares, la propaganda de palabra y por escrito de los principios del socialismo y la agitación, “o sea, protestas, manifestaciones y sobre todo la

lucha activa contra el actual orden social, de acuerdo con nuestros principios”. Finalmente, se indica que dada la falta de éxito de los medios de combate legales, este programa sólo puede hacerse realidad “mediante una revolución social”.[6] En este programa no hallamos reivindicaciones de ninguna clase, ni reivindicaciones inmediatas o progresivas, ni reivindicaciones políticas. Por eso, el grupo Równosc tampoco distingue en su programa las tres divisiones del territorio, orientando sus principios y agitación del mismo modo, en Galitzia que en el territorio de Posen y en la Polonia del Congreso. Y cuando los socialistas no tienen ningún programa de reivindicaciones directas, apropiadas a las condiciones dadas del territorio, sino que aspiran directamente a la revolución social internacional mediante la “organización” de los obreros, las diversas condiciones políticas y estatales de los tres territorios separados, no tienen, naturalmente, papel alguno que desempeñar, y no requieren ningún procedimiento distinto. Y no es solamente eso: además, el programa de los Równosc, podría aplicarse igualmente, bien o mal, tanto en los distintos territorios de la Polonia dividida, como en Inglaterra, Francia o Alemania. En cuanto a la posición política del socialismo en aquella fase, sólo en un aspecto se advierte claramente su rechazo del nacionalismo y su firme posición internacional. Con el título de “Patriotismo y socialismo”, leemos en el artículo editorial de la *Równosc*:

139

> De los partidos patrióticos sólo han quedado pequeños grupos aferrados a la creencia de que todavía volverán a alzar la bandera de la “libertad de la patria”, de que todavía se medirán por última vez con el enemigo en el campo de batalla, y que después ¡volverán a ver su amada patria! Respetemos todos los nobles sentimientos de esas personas, ayer decididas a darlo todo por su patria y hoy dispuestas todavía a todos los sacrificios. *Pero nosotros, los socialistas polacos, ¡no tenemos nada en común con ellas!* El patriotismo y el socialismo son dos ideas que de ningún modo pueden hacerse armonizar.”[7]

“Lo que distingue nuestra actual asamblea de tantas otras pasadas”, dice Ludwik Warynski.

> es el modo de hallarnos, frente a frente, nosotros, los socialistas polacos, y ustedes, nuestros camaradas rusos. No nos presentamos como campeones del futuro Estado polaco, como súbditos oprimidos del Estado ruso, sino como representantes y defensores del

[6] *Równosc,* año 1, n. 1, octubre de 1879.
[7] Ibid., n. 2, noviembre de 1879.

> proletariado polaco, ante los representantes del proletariado ruso.[8]

“Nos son ajenos”, concluye Warynski,

> los ideales de federaciones eslavas, con que soñara Bakunin. Nos son indiferentes éstas o aquellas fronteras del Estado polaco, que tanto excitan a nuestros patriotas. Nuestra patria es todo el mundo. No somos los conjurados de los treintas, que se buscaban mutuamente para aumentar su número. No somos los luchadores de 1863, unidos sólo por el odio al zarismo y que dejaron su vida en los campos del combate nacional. No consideramos enemiga a ninguna nación. Somos compatriotas y miembros de una gran nación, más desdichada que Polonia: la nación de los proletarios.[9]

Y aún más decidida que su representante Warynski en el discurso citado la *Równosc* anuncia al mismo tiempo en su artículo editorial:

> Hemos roto de una vez para siempre con los programas patrióticos; no queremos ni una Polonia democrática ni una Polonia noble; y no solamente no las queremos, sino que estamos firmemente convencidos de que la lucha del pueblo por el restablecimiento de Polonia es hoy una idea absurda.[10]

Aparte de esta firme posición internacional, que en las condiciones especiales de nuestro país tenía un significado político más positivo que en otros países, el socialismo polaco de entonces, que no tomaba en cuenta la lucha política, denota una inconsciente afinidad con el anarquismo. Hoy no tenemos ninguna posibilidad de determinar exactamente, hasta qué punto sea cierto esto de los miembros más o menos numerosos del grupo de la *Równosc.* Pero teniendo en cuenta su rápida transición a ideas políticas más maduras, se puede suponer que las oscilaciones anarquistas iniciales fueron más bien síntoma de modos de ver disímiles dentro del grupo.

En todo caso, es característica al respecto, la opinión presentada en *Równosc,* de que las condiciones de la política oficial de cada país, sólo son un obstáculo para las tendencias internacionales del socialismo. La fundación de partidos socialistas particulares, así como la lucha política que debe corresponder a esas condiciones especiales, se consideran solamente

---

[8] Informe de la asamblea internacional, convocada para el 50 aniversario del levantamiento de noviembre, Ginebra, 1881, p. 77.

[9] Ibid., p. 83.

[10] *Równosc,* año 2, n. 1, noviembre de 1880.

un mal necesario (*malum necessarium*)*:*

> Nuestro ideal sigue siendo la unión internacional, y si las condiciones políticas existentes no se opusieran a una vasta organización internacional, si no absorbiera una parte de las fuerzas socialistas la lucha con el gobierno [...] la base de una organización socialista común estaría sólo en las condiciones económicas.[11]

En los mejores casos, se puede deducir de ahí, el hecho de que la relación orgánica de las condiciones económicas con las instituciones oficiales era entonces, por lo menos para algunos dirigentes de la *Równosc,* un verdadero misterio, al igual que aquella enseñanza fundamental de que toda lucha de clases es por naturaleza una lucha política. Esto concuerda con el hecho de que la *Równosc,* si bien aspiraba a una unión internacional, no entendía que constituye un fenómeno necesario y progresista, en determinada etapa del desarrollo del combate socialista, el derrumbe de esa unidad y la aparición de partidos obreros separados en cada país.

141

Pero, como ya dijimos, en la actitud programática de los socialistas polacos, se produjo rápidamente un cambio decidido de orientación. En el verano de 1881 vemos ya, por influjo de Warynski. el paso a la segunda fase de una clara formulación del programa. El programa de los obreros de Galitzia, en el año primero de la publicación de la revista *Przedswit* [Aurora], nos muestra ya las ideas del fundador de Proletariado en plena madurez, y el carácter político de) programa se revela con toda claridad.

Por una parte, se advierte aquí la posición internacional y antinacionalista con la misma firmeza que en la fase anterior. Sin duda, en la medida en que el grupo de Warynski, en lugar de hacer una propaganda confusa, pasa en adelante al terreno de la actividad práctica, o sea a la lucha política, su antinacionalismo adquiere incluso mayor importancia en el cuadro general de las ideas políticas del grupo, al mismo tiempo que formas más concretas y claras.

Por ejemplo, en el mencionado discurso de Warynski, la solidaridad con los revolucionarios rusos y la evaluación negativa del nacionalismo polaco, parecen deberse al carácter internacional del socialismo como meta final, cosa que todavía corresponde a la posición de la *Równosc,* en tanto que las mismas ideas en el *Przedswit,* se fundan inequívocamente en un programa mínimo o más exactamente, en la acción política de los socialistas.

Especialmente característica al respecto, es la crítica de Warynski acerca de la liga socialpatriótica de entonces, Lud Polski [El pueblo polaco], que en

[11] Ibid., n. 3 y 4, enero y febrero de 1881.

agosto de 1881 se presentó con una proclama programática.

Mientras otros socialistas del grupo de Ginebra —Brzezinski, Jablonski. Padlewski— se declararon contra la mencionada proclama, entre otras *cosas,* porque “no consideramos los objetivos del socialismo lejanos y definitivos (como hace la proclama del Lud Polski), sino como los únicos”,[12] o sea, mientras otros socialistas del grupo todavía no tenían conciencia de la relación entre los fines definitivos y el programa político inmediato, Warynski escribe con sorprendente lucidez:

> En el programa de la proclama del Lud Polski, no es nada casual aquello que acabo de escribir, ni es solamente una inexactitud trivial, sino que está en estricta relación con los puntos fundamentales de este programa, el que, a diferencia de todos los programas de los partidos socialistas, y en contra de las teorías del socialismo moderno, pone el problema de la liberación política nacional en el mismo plano que la misión general y humana de la liberación socioeconómica. Esta coexistencia de problemas generales y problemas particulares, contenidos en los primeros, sólo es posible en un programa, cuando los problemas particulares se plantean como objetivo cercano, como reivindicaciones mínimas. En otro caso, es incomprensible que se pongan de relieve problemas particulares, como el de la supresión del yugo político nacional de los territorios polacos, junto al de la liberación social y económica. Dicho de otro modo: demuestra que no se ha comprendido que la liberación del yugo económico y social es al mismo tiempo una liberación del individuo y de todos los grupos respecto de la opresión material y moral. Por eso consideré yo también la supresión del yugo político nacional, que contiene el programa de la “Proclama” como un programa mínimo planteado sin claridad, y como tal lo he tratado.

142

Después de haber pulverizado Warynski de este modo, con dos palabras, el programa del movimiento nacional como una reivindicación que equivalía al objetivo final del socialismo, analizaba el mismo postulado como tarea inmediata del proletariado:

> Sin preguntar por qué la liga Lud Polski formula *oscuramente* ese programa mínimo; sin preguntar por qué no lo plantea claramente como meta inmediata de sus esfuerzos, opino yo, que la proposición de tal programa, clara u oscura, tanto para los tres territorios separados como también para cada uno de ellos, perjudica las tareas que los socialistas han debido plantearse para su actividad práctica.

---

[12] *Przedswit,* año 1, n. 3 y 4, octubre de 1881.

> El programa mínimo propuesto por los socialistas, parte del supuesto de la lucha cotidiana contra el capital. No es su objetivo un “renacimiento nacional”, sino el aumento de los derechos políticos del proletariado, la posibilidad de formar organizaciones de masas para el combase contra la burguesía como clase política y social.
>
> De igual modo, el *Programa del Partido Obrero de Galitzia* no había sido escrito solamente para el pueblo polaco, sino para los diversos grupos proletarios de las nacionalidades que se unían solidariamente en Galitzia en un partido. Este hecho debe servir de respuesta a quienes quieran hablar de las condiciones especiales de desarrollo de nuestra sociedad. Aconsejamos también a nuestros innovadores socialistas que dediquen más reflexión a este hecho.

Es fácil prever que el movimiento socialista seguirá el mismo camino en Posnania que en Galitzia. También allí los trabajadores polacos se unirán con los alemanes en una firme organización que no sólo estará condicionada por los hechos exteriores, sino que, por su contenido y su esencia, estará además basada en los principios de la solidaridad internacional [...] No dudamos de que en la Polonia del Congreso habrá personas que entiendan bien las tareas del socialismo y se entreguen lealmente a su causa, contribuyendo at desarrollo del movimiento socialista en la misma dirección.

143

Nos hemos detenido en esta larga cita, porque para el lector que conoce bien el proceso mental de las actuales orientaciones socialistas, constituye una típica profesión de fe de la socialdemocracia.

Lo que caracteriza precisamente a la posición socialdemócrata y la diferencia de otras corrientes socialistas, es ante todo la concepción del modo de transición de la sociedad actual a la socialista, es decir, la idea de la relación entre las tareas inmediatas y los objetivos finales del socialismo.

Según el modo de ver de la socialdemocracia, que sustenta sus ideas en la teoría del socialismo científico, el paso al orden de la sociedad socialista sólo puede ser consecuencia de una fase evolutiva más o menos larga. Esta evolución no excluye ciertamente que la transformación definitiva de la sociedad en sentido socialista solamente pueda lograrse mediante un golpe de fuerza político, o sea con lo que suele designarse como revolución. Pero esta revolución es por otra parte imposible, si antes la sociedad burguesa no ha pasado por determinadas fases evolutivas.

Esto se aplica, tanto al factor objetivo de la subversión socialista (la misma sociedad capitalista), como al factor subjetivo (la clase trabajadora).

Partiendo del principio del socialismo científico de que “la liberación de

la clase obrera sólo puede ser obra de la misma clase obrera”, la socialdemocracia reconoce que solamente la clase obrera como tal puede realizar la gran subversión, o sea la revolución, para hacer realidad la transformación socialista. Por clase obrera se entiende la gran masa de los trabajadores y, principalmente, la del proletariado industrial. Una condición indispensable para la transformación socialista debe ser, pues, la conquista del poder político por la clase obrera y la instauración de la dictadura del proletariado, absolutamente necesaria par imponer las medidas de transición.

Pero para estar a la altura de esta misión, la masa de los trabajadores debe tener conciencia de sus obligaciones y convertirse en una masa organizada de acuerdo con su clase; por otra parte, la sociedad burguesa tiene que haber alcanzado ya una etapa de desarrollo económico y político que facilite la introducción de las instituciones socialistas.

Estas dos condiciones previas son dependientes una de otra y se influyen mutuamente. La clase trabajadora no puede tener ninguna organización ni conciencia sin determinadas condiciones políticas que faciliten una franca lucha de clases, o sea, sin instituciones democráticas dentro del marco del Estado. E inversamente, el logro de las instituciones democráticas en el Estado y su prolongación hasta la clase trabajadora es imposible, a partir de determinado momento histórico y de determinada fase de agudización del antagonismo entre las clases, sin la lucha activa del proletariado consciente y organizado.

La solución de esta aparente contradicción de las tareas está en el proceso dialéctico de la lucha de clases del proletariado, que combate por las condiciones democráticas del Estado y, al mismo tiempo, se organiza en el curso de la lucha y adquiere conciencia de clase. Mientras logra esta conciencia y se organiza, coadyuva a una democratización del Estado burgués y, en la medida en que él mismo madura hace madurar a éste para una revolución socialista.

144

En esta concepción se basan principios elementales en los que se apoya la actividad práctica de la socialdemocracia: el combate socialista tiene que ser un combate de las masas proletarias, una lucha diaria por la democratización de las instituciones del Estado y por la elevación del nivel espiritual y material de la clase obrera y, al mismo tiempo, por la organización de las masas obreras en un partido político especial, que oponga conscientemente a toda la sociedad burguesa su lucha por la transformación socialista.

La apropiación y aplicación de estos principios por parte del movimiento socialista polaco era una tarea doblemente importante y difícil. A diferencia

de las provincias de Europa occidental, la situación de los socialistas en Polonia se complica, por una parte, por los tres tipos de condiciones políticas en que vive el proletariado polaco; esto se refiere principalmente, a las condiciones políticas específicas de la parte más importante de Polonia: el territorio que le tocó a Rusia en el reparto. Por otra parte, la situación de los socialistas en Polonia se agrava con la cuestión nacional.

Esta importante y difícil tarea fue llevada a cabo por primera vez en la historia del movimiento obrero polaco, como puede comprobarse por el trozo citado, por Ludwik Warynski, quien expuso los principios socialdemócratas de las tareas inmediatas del socialismo, con tanta lucidez y tanto conocimiento como ni en su tiempo, ni antes, las encontramos en ningún otro socialista polaco.

En lo tocante a la cuestión nacional, Warynski rechaza la restauración de Polonia con la misma decisión que el grupo de *Równosc,* pero traspone la solución de este problema a un plano totalmente distinto. Mientras el grupo de *Równosc* apoyaba su posición negativa respecto de las tendencias nacionalistas en la oposición de éstas a los fines internacionales del socialismo, así como en su indiferencia con respecto a las tareas políticas,[13] Warynski no rechaza el programa nacional a causa de los objetivos finales del socialismo, sino a causa de las tareas inmediatas. A la política de los nacionalistas opone la política de los trabajadores.

Como el objetivo de la acción cotidiana del proletariado es la organización y la ilustración de la clase obrera —deducía Warynski—, su programa político no puede ser la caída ni la formación de Estados, sino la defensa y el ensanchamiento de los derechos políticos, absolutamente necesarios para la organización de las masas dentro de los Estados burgueses en que operan.

145

Con ello define Warynski, para el proletariado polaco, dos principios del programa político en el sentido de la socialdemocracia: en primer lugar, como punto de partida de la acción política, el reconocimiento de las relaciones históricas y estatales existentes en tanto que condiciones dadas; en segundo lugar, como objeto de esa acción, la democratización de las condiciones políticas dadas.

Si en esta forma, la deducción negativa de esos principios era el rechazo del programa de la restauración del Estado polaco, sólo quedaban por

[13] Es característico al respecto el siguiente fragmento del artículo de K. DIuski, “Patriotismo y socialismo”: “La idea del socialismo es más grande y amplia que la de patriotismo. Nace del campo de fuerzas de las relaciones políticas en que radica el patriotismo y preconiza, fundándose en bases económicas, una transformación de las relaciones sociales. Consideraba así las condiciones económicas sólo como el fondo sobre el cual se han agrupado todas las demás relaciones e intereses, vinculadas tanto con la vida de sociedades enteras como con la de los individuos.” *Równosc,* año 1, n. 2, noviembre de 1879.

extraer, para el proletariado polaco, las deducciones positivas en forma de un programa socialista o, más bien, de tres programas. Esto es, si las condiciones político-estatales se consideran decisivas para la determinación de las tareas políticas del proletariado, resulta que son imposibles una acción y un programa políticos para la clase obrera polaca en los tres territorios separados, y que más bien deben ser distintos la acción y el programa políticos en cada uno de los territorios, pero comunes, con todo, con el proletariado del territorio de la potencia divisora correspondiente, sin tomar en cuenta las nacionalidades. En el artículo mencionado, Warynski expone ya ese principio, clara y lúcidamente, para Galitzia y el territorio de Posnania. Para el territorio que había pasado a Rusia, este principio se expresó en un documento algo posterior, que fue el fruto más maduro de las concepciones de Warynski y su grupo en aquella fase media, inmediatamente antes de la organización formal del partido Proletariado. Este documento fue la proclama de un grupo de antiguos miembros de la *Równosc* y de la redacción de la revista socialista *Przedsivit,* del 8 de noviembre de 1881, a los socialistas rusos, impreso en los números 6 y 7 de *Przedswit,* el lo. de diciembre de 1881. El objeto de esta proclama era convencer a los camaradas rusos de que se eleaborara un programa político común con los socialistas polacos, o sea, la más audaz consecuencia política que se podía sacar de aquellos principios. Pero no es sólo la conclusión, sino también el razonamiento, lo que se muestra en el mencionado documento con especial claridad y con energía de pensamiento tan características en Warynski, que no tememos reproducir toda la parte de la conclusión de su proclama.

Después de haber examinado la importancia de la lucha política en Rusia y de la decadencia de la cuestión histórica polaca, concluye con estas palabras:

Resumamos lo que llevamos dicho:

a] El socialismo es entre nosotros, como en todas partes, un problema económico que no tiene nada en común con el problema nacional y aparece en la vida práctica en la forma de lucha de clases.

b] Es garantía del avance de esa lucha y de la futura victoria aei proletariado en la revolución social, el desarrollo al máximo de la conciencia socialista de la clase obrera y su organización como clase sobre la base de sus intereses de clase.

c] Para el cumplimiento de estas tareas se requiere libertad política, cuya ausencia plantea en Rusia inauditas dificultades para la organización de los trabajadores.

Más adelante, coincidiendo con las resoluciones del antiguo grupo de *Równosc,* aceptadas el año anterior tras de una discusión con los camaradas rusos:

a] solamente influyen en el carácter de la organización socialrevolucionaria los intereses económicos comunes y las condiciones políticas;

b] la organización del partido socialista puede realizarse, por una parte, con fundamento en las condiciones económicas y, por otra, con fundamento en las condiciones de la política estatal realmente existente, para lo cual no pueden servir de base de la organización las fronteras etnográficas; por lo tanto:

c] el partido socialista polaco no puede existir como unidad homogénea; sólo puede haber grupos socialistas polacos de Austria, Alemania y Rusia que, junto con las organizaciones socialistas de otras nacionalidades, formen en el Estado de que son parte, una unión orgánica, lo que no les impide concertar alianzas entre sí y con otras organizaciones socialistas.

Finalmente nos sirve de regla lo siguiente:

a] el éxito de la lucha terrorista por las libertades políticas en Rusia, depende de la colaboración de las masas obreras, solidariamente organizadas, de las diferentes nacionalidades dentro del Estado ruso;

b] la insistencia en la cuestión nacional política polaca no puede sino perjudicar la lucha por las libertades políticas dentro del Estado ruso y, por lo tanto, sólo puede ser desventajosa también para los intereses de la clase trabajadora.

Si tomamos en cuenta lo que llevamos dicho, llegamos a los siguientes resultados:

I. La organización de un partido socialista común que abarque las diferentes nacionalidades del Estado ruso es absolutamente necesaria.

II. También es en extremo necesaria una fusión de ¡as organizaciones que hasta ahora luchan separadamente en el campo económico y en el político, para proseguir la lucha con fuerzas unidas.

III. Es imprescindible la elaboración de un programa político común para todos los socialistas que operan dentro del Estado ruso, esto es de un programa que corresponda, en todo, a los requisitos expuestos por nosotros.

Basta echar una ojeada a la proclama, para cerciorarse de que se trata de un documento de extraordinaria importancia en la historia del moví' miento socialista de Polonia. Pero es innegable que la proclama de diciembre de 1881, formula los principios y el programa político que son socialdemócratas en grado máximo e idénticos en todo a las ideas de la actual “socialdemocracia de los reinos de Polonia y Lituania”.

Esto es así no solamente para los principios generales: la imposibilidad de un programa y una organización comunes para los socialistas polacos de los tres territorios separados y la necesidad imprescindible de un programa y una organización comunes para los socialistas de cada potencia divisora; no solamente para la conclusión negativa que de ahí se desprende: el rechazo consecuente de un programa de la independencia polaca se manifiesta nuevamente con la mayor energía, si no más aún, la proclama del *Przedswit* y del antiguo grupo *Równosc* formula, por primera vez en la historia del socialismo polaco, un programa positivo de la socialdemocracia para el territorio que pasó a Rusia: *la conquista de libertades políticas, o sea, de formas constitucionales dentro de Rusia.*

Pero esto no es todo. El lector atento observará que la proclama de Warynski y sus camaradas da en cierto modo por supuesto que los socialistas rusos se plantean *la misma* misión. Al mencionar claramente la proclama, la actividad de la Narodnaya Volia habla, inclusive, sin vacilar, del “combate terrorista por las libertades políticas en Rusia”, y sencillamente ve en ese terrorismo del partido ruso una táctica en la lucha por derribar el zarismo e imponer las libertades democráticas en sentido europeo.

Aparte de esto, la proclama intenta poner esa táctica, hasta donde sea posible, en el terreno de la socialdemocracia, declarando que el terrorismo de la Narodnaya Volia sólo tendrá significado político si se apoya en una acción consciente de la clase obrera organizada en todo el Estado.

Sin duda, la socialdemocracia, tanto polaca como rusa, no considera el terrorismo como una forma de lucha objetiva y conducente a la meta. La socialdemocracia, aun enriquecida con las experiencias de Proletariado y de la Narodnaya Volia, entiende que el terror no puede combinarse con la lucha de las masas obreras, y que más bien la dificulta y compromete. Pero en 1881 Warynski y sus camaradas no podían tener todavía esta experiencia. Además, tenían que creer en la objetividad y necesidad del terror en Rusia, ya que lanzaban su proclama en un momento en que el partido terrorista ruso estaba todavía en el punto culminante de su pujanza y parecía sacudir los cimientos del zarismo. Por lo demás, hallamos exactamente las mismas ideas en las publicaciones fundamentales de la socialdemocracia rusa, publicaciones que destruyeron críticamente toda la base programática y táctica de la Narodnaya Volia, y esto cuatro años

después de haber sido señalado ya por Warynski.

148

Por eso, no es sorprendente que se reconociera el terror, sino más bien, el hecho de que la proclama de los socialistas polacos se empeñara en atribuir al terror tantos objetivos socialdemócratas como una amplia base en la lucha de clases.

Hasta dónde esta concepción del socialismo ruso de la época correspondía a la realidad es lo que vamos a ver. Pero aquí tiene su importancia otro aspecto de la cuestión, esto es, el hecho de que el grupo de Warynski llegara en el camino del desarrollo programático, a una posición puramente socialdemócrata y que, a partir de ella, como principio básico, fundamentara la unidad de acción y de programa con los socialistas rusos.

Este momento representa el punto culminante en la evolución del fundador de Proletariado y, al mismo tiempo, un punto crítico en su historia. Después de sacadas las últimas consecuencias políticas, Warynski y sus camaradas proceden a su aplicación práctica, a la organización formal del partido Proletariado en el país, lo que inicia la tercera y última fase de su evolución.

## III

El documento mencionado, esto es, la proclama dirigida a los camaradas rusos, nos muestra que los socialistas polacos habían llegado a fines de 1881 a una posición socialdemócrata en dos puntos importantes: primeramente, en el principio general de que el programa político del proletariado polaco debía ser el mismo que el de las potencias que tenían anexionados los tres territorios; en segundo lugar, en el reconocimiento de que en el territorio de Rusia ese programa debía abarcar la caída de la autocracia y la lucha por las libertades políticas, o sea, pugnar por la forma de gobierno parlamentaria y democrática. Si bien estas conclusiones iban juntas y se completaban lógicamente, con todo, entraron en conflicto en cuanto los socialistas polacos quisieron ponerlas en práctica. En efecto, el principio general socialdemócrata los conducía a la unidad de programa y de acción con los socialistas rusos; pero el socialismo ruso de entonces *no era* una socialdemocracia. El grupo de Warynski planteaba ciertamente como programa común la lucha por la Constitución, pero ese programa no era en el fondo el de la Narodnaya Volia. Los socialistas polacos sólo consideraban victoriosa la lucha contra el zarismo si la ejecutaban las masas obreras organizadas, pero es el caso que los socialistas rusos no realizaban entonces agitación alguna entre las masas y no se apoyaban ni en su teoría ni en su

práctica, en la clase obrera. En realidad, la Narodnaya Volia no luchaba “por la ampliación de los derechos políticos del proletariado”, con el fin de “facilitar la formación de organizaciones de masas para la lucha contra la burguesía”, como había formulado Warynski el contenido de un programa político de acuerdo con las ideas de la socialdemocracia. La Narodnaya Volia pugnaba más bien por “tomar el poder”, con el objetivo de llevar inmediatamente a cabo reformas con carácter de transición, en el sentido de la revolución socialista. Para ello no se apoyaba en la acción de las masas con conciencia de clase, ni en la organización y la lucha del proletariado industrial, sino en las maquinaciones de una “valiente minoría” de conjurados.

Por eso tenían que chocar los principios directivos de Warynski y sus camaradas con su aplicación en la práctica.

Si, como es hoy el caso, con excepción de unas cuantas organizaciones, el movimiento socialista de Rusia se hubiera desarrollado entonces en un terreno socialdemócrata, los principios del fundador de Proletariado hubieran conducido, por una parte, a una cabal y armónica cooperación entre el socialismo ruso y el polaco y, por la otra, ya desde principios de los años ochenta, a un florecimiento del movimiento obrero de masas en Polonia de carácter deliberadamente socialdemócrata.

Pero, como quiera que en la época en que se organizó el partido Proletariado, no había en Rusia movimiento socialdemócrata alguno sino sólo un partido de conjurados de tipo blanquista, los socialistas polacos se encontraban frente a un dilema si querían conservar su programa socialdemócrata: habían de renunciar a la comunidad de programa y acción con los socialistas rusos y emprender independientemente en Polonia la lucha para derribar el zarismo mediante la agitación de las masas y la organización de los obreros polacos, o bien, para seguir fieles a su principio fundamental de la unidad de acción con el socialismo ruso, habían de renunciar al programa socialdemócrata y a la lucha de masas y subordinarse a los métodos de combate de la Narodnaya Volia.

Sin duda, de la solución que se diera a este problema dependía el destino del socialismo en Polonia por casi un decenio, y así fue, desafortunadamente, pero no dejamos de reconocer, con todo, que, en las condiciones entonces reinantes, era más natural y lógico que se escogiera la segunda alternativa, teniendo en cuenta que en la lucha política contra el sistema imperante en Rusia debía ser este mismo el terreno decisivo, y que la Polonia del Congreso sólo podía ocupar un lugar secundario, amén de que la Narodnaya Volia era muy superior en el número de miembros y en la importancia política a los socialistas polacos, y había ya cosechado una victoria política y moral tan significativa como el atentado del 13 de marzo,

que a los ojos de todo el mundo parecía sancionar su programa y su táctica, mientras que Proletariado apenas llegaba a partido. Dadas todas estas circunstancias, era comprensible que la organización socialista tratara de amoldarse al movimiento ruso.

Dan fe de hasta qué punto dominaba entonces los pensamientos la Narodnaya Volia y de cuán grandes esperanzas de una subversión política próxima hacía nacer en su tiempo, las palabras escritas en 1894 por Engels, quien decía de aquella época de Rusia:

150

> Había entonces en Rusia dos gobiernos, el de los zares y el del comité ejecutivo secreto de los conjurados terroristas. El poder de este segundo gobierno secreto aumentaba de día en día. La caída del zarismo parecía inminente; una revolución en Rusia privaría a toda la reacción europea de su más fuerte puntal, de su gran ejército de reserva y, con ello, el movimiento político de Occidente cobraría nuevo y vigoroso impulso y se crearían además condiciones más favorables para su acción.[14]

Cuando investigadores de la historia social tan serenos como Engels y Marx —ya que las palabras anteriores caracterizan también las ideas y la actitud de Marx en aquel tiempo—, quienes con las experiencias de la historia revolucionaria de Europa, acumuladas personalmente, nos han dado indicaciones tan importantes para juzgar los procesos de la evolución histórica, sobreestimaban a tal punto los resultados de la actividad de la Narodnaya Volia, no es maravilla que los socialistas polacos contemporáneos, que estaban metidos en la lucha, sucumbieran desde el primer momento de su actividad práctica a la influencia enorme de aquel partido.

Luego, pues, que el socialismo polaco dedujo, a partir de su evolución en el sentido de la socialdemocracia europea occidental, la consecuencia política de una alianza con el socialismo ruso para la acción común, tenía que acabar, dadas las circunstancias, por ir siguiendo las vías blanquistas. Desde el momento de la organización formal del partido Proletariado en el país hasta su ocaso, al finalizar los años ochenta, su historia es, pues, un continuo alejarse de la posición formulada en la proclama a los socialistas rusos, en diciembre de 1881, en dirección de una posición blanquista.

Naturalmente, sería erróneo suponer que los socialistas polacos escogieron deliberadamente, en la situación en que se hallaban, el camino citado. Hemos formulado estas alternativas para lograr un análisis de la

---

[14] Federico Engels, *Internationales aus dem Volksstaat. Soziales aus Russland.* Berlín, 1894, p. 69.

situación real, pero es sumamente probable que el grupo de Warynski no se diera cuenta de un modo tan categórico de su situación. Ello se debe, por una parte, a que entonces, en 1882, Warynski y sus camaradas no veían tan claramente la esencia real de la Narodnaya Volia y su contradicción con la posición de ellos, ni tampoco era tan fácil determinarlas entonces como lo fue después, con base en documentos y hechos. Ya hemos demostrado, con fundamento en la proclama del grupo de Warynski a los rusos, que aquél se hacía ilusiones socialdemócratas acerca de la actividad de la Narodnaya Volia.[15] Además, como lo revela una lectura atenta de la literatura socialista de entonces (*Równosc, Przedswit* y folletos), aparte de Warynski, nadie había entre los socialistas polacos que fuera un socialdemócrata tan consciente y experimentado como lo hacía suponer la proclama.

151

Así, la unión de Proletariado con la Narodnaya Volia se realizó desde fuera, no como consecuencia de una seria discusión sobre las ideas socialistas en Polonia, sino, antes bien, como resultado natural de la situación general. Por otra parte, la historia y la fisonomía de un grupo tan pequeño como es hoy todavía normalmente la principal organización socialista en Polonia fueron determinadas, en un periodo de pocos años, no sólo por las grandes directrices de la evolución lógica, sino también por muchos elementos personales accidentales, y como consecuencia de la desigual madurez teórica del fundador de Proletariado, ese movimiento tenía que caer, tanto más fácilmente, bajo la influencia rusa. Aunque las publicaciones y la actividad de Proletariado no se distinguieron desde el principio por su carácter unitario, bastó la desaparición de Warynski de la lucha, después de su detención, en el otoño de 1883, para que el movimiento se dejara deslizar rápidamente por el plano inclinado de la conspiración política desesperada.

Si queremos poner de relieve la diferencia entre el llamado blanquismo y la ideología de la socialdemocracia, debemos ante todo dejar bien sentado que el blanquismo no tenía ninguna teoría propia en sentido socialdemócrata, es decir, una teoría de la evolución de la sociedad hacia el socialismo. Por lo demás, esto no es ninguna característica específica de aquel partido, desprendido del socialismo, porque precisamente la teoría de Marx y Engels es el primer intento, y hasta el presente victorioso, añadimos, de fundamentar las tendencias socialistas sobre el terreno de una concepción científica de las leyes de la evolución histórica en general y de la

[15] Confirman esto también las palabras que leemos en *Równosc:* con ocasión del atentado del 13 de marzo (de 1881) contra Alejandro II, analiza la *Równosc* el programa de la Narodnaya Volia y le atribuye “la petición moderada de una monarquía constitucional”. Los autores del atentado del 13 de marzo no querían, según la *Równosc,* más concesiones. “Queremos modificar en forma política el régimen actual, es decir, queremos lo que quiere la Narodnaya Volia.” *Równosc,* año 2, n. 5-6, marzo y abril de 1881.

sociedad capitalista en particular. Las anteriores teorías utópicas del socialismo, si se puede hablar aquí de teorías, se limitan en lo esencial, a la exposición de los esfuerzos socialistas mediante un análisis de los defectos de la sociedad existente, y a su comparación con la perfección y la superioridad moral del sistema del socialismo.

El blanquismo, como todas estas escuelas socialistas, al apoyar sus concepciones en la crítica negativa del orden social burgués y de su propiedad privada, representaba solamente un tipo de táctica de la acción práctica. A este respecto, delataba su descendencia de los revolucionarios radicales de la gran revolución francesa y representaba, en cierto modo, una aplicación de la táctica jacobina a los afanes socialistas, cuyo primer intento vemos en la conjuración de Babeuf.

152

La idea rectora de esta táctica, es la fe ilimitada en el poder del dominio político, que es capaz de realizar en el organismo social, en cada momento que se desee, los cambios económicos y sociales que se juzguen útiles y convenientes.

Ciertamente, la teoría del socialismo científico ve también en el dominio político una palanca de la transformación social. Pero en la concepción de Marx y Engels, al dominio político le toca solamente, en tiempos revolucionarios, el papel de un elemento, por así decir, ejecutante, que hace realidad los resultados de la evolución interna de la sociedad y halla su expresión política en la lucha de clases. Según la conocida fórmula de Marx, el poder político desempeña en tiempos revolucionarios el papel de comadrona, que facilita y suaviza el parto de la nueva sociedad, contenida como un fruto maduro en la sociedad antigua. De ahí se deduce ya, naturalmente, que las variaciones sociales fundamentales por medio del dominio político, sólo han de intentarse en determinada etapa de la evolución social, y que el poder político como instrumento del cambio, sólo puede funcionar en las manos de una clase social que en el momento histórico dado es el procurador de la revolución, en tanto que la única legitimación y prueba de la conveniencia y de la posibilidad de la subversión, la constituye la madurez de esa clase para la apropiación duradera del poder político.

Al no reconocer, o mejor dicho al no conocer el blanquismo esta teoría, trata el dominio político como instrumento de la subversión social, sin relación con la evolución social y sobre todo sin relación con la lucha de clases. Este instrumento está listo para servir en cualquier momento a quienquiera que disponga de él. Desde este punto de vista, las únicas condiciones del cambio son: la voluntad de un grupo decidido de personas y, en el instante favorable, una conjuración con el fin de tomar el poder.

Dice Engels en 1874 en su conocido artículo del *Volksstaat:*

> Blanqui es en esencia un revolucionario político, socialista sólo por el sentimiento de simpatizar con los sufrimientos del pueblo, pero no tiene ni una teoría socialista, ni proposiciones prácticas concretas de remedio social. En su actividad política, fue esencialmente un “hombre de acción” convencido de que una pequeña minoría bien organizada, que en el momento adecuado intenta un golpe de mano revolucionario, puede, con un par de éxitos iniciales, arrastrar a las masas y hacer una revolución victoriosa [...] De donde, dado que Blanqui concibe toda revolución como el golpe de mano de una pequeña minoría revolucionaria, se deduce la necesidad de la dictadura después del triunfo: entiéndase bien, de la dictadura, esto es, no de toda la clase revolucionaria del proletariado, sino del pequeño número de los que dieron el golpe, y que ya de antemano están organizados bajo la dictadura de uno o de unos cuantos.[16]

153

Como vemos, la táctica de los blanquistas está directamente enderezada hacia la ejecución de la revolución social, sin tomar en cuenta ningún periodo de transición ni etapa evolutiva alguna. De este modo, el blanquismo era una receta para realizar la revolución en cualesquiera condiciones y en cualquier momento, es decir, desdeñaba todas las condiciones concretas histórico-sociales. El blanquismo era así una táctica universal que podía aplicarse venturosamente en cualquier país. Pero era evidente que en ninguna parte podía tener la aplicación de ese método de acción una influencia tan decisiva en el destino del socialismo, como en las condiciones especiales del zarismo.

Sobre todo, la táctica del “salto” directo a la revolución social, debia influir fatalmente en la fisonomía política de un partido que operaba dentro del marco de un Estado con formas de gobierno despóticas y absolutistas.

Por eso se puede seguir mejor, paso a paso, la influencia del blanquismo en los socialistas polacos, en la gradual modificación de sus ideas políticas.

Por lo demás, ya el programa oficial publicado en septiembre de 1882. se apartaba significativamente de la posición tanto del artículo de Warynski (*Przeasivit,* n. 3-4) como de la proclama a los camaradas rusos. En su parte general, este documento ve el futuro socialista de Polonia, como ya indicamos, en el terreno del socialismo científico, y se apoya en los principios de la lucha de clases y del materialismo histórico. El carácter del programa no es nada fácil de determinar. Vemos en él tres partes paralelas,

[16] *Internationales aun dem Volksstaat,* pp. 41-42.

que son las reivindicaciones del partido “en el terreno económico”, “en el terreno político” *y* “en el terreno de la vida moral”.[17]

Si dejamos la última parte como prácticamente insignificante, en las otras dos tenemos, por un lado, la formulación a la manera de coordenadas de las reivindicaciones que forman el contenido de la *revolución socialista:*

> 1] que la tierra y los medios de producción pasen de la propiedad del individuo a la propiedad común de los trabajadores, a propiedad del Estado socialista, 2] que el trabajo asalariado se transforme en trabajo de la comunidad, etc.;

por otro lado, las reivindicaciones políticas que, a primera vista, forman el contenido de las instituciones democráticas parlamentarias, se plantean con respecto al Estados burgués:

> 1] autonomía completa de los grupos políticos, 2] participación de todos los ciudadanos en la legislación, 3] elegibilidad de todos los funcionarios, 4] cabal libertad de palabra, de prensa, de reunión, de organización, etcétera, 5] total igualdad de derechos para las mujeres, 6] total igualdad de derechos de las confesiones y nacionalidades y 7] solidaridad internacional como garantía de la paz general.

154

Imposible decir en pocas palabras a qué categoría pertenece exactamente este programa. Examinado más de cerca, son posibles dos interpretaciones. Las reivindicaciones políticas enumeradas, recuerdan, a excepción de la primera que no está del todo clara, el usual programa mínimo de los partidos socialdemócratas. Pero la misma reunión de estas aspiraciones como coordenadas de los requerimientos de un cambio socialista, hace sospechar que no se referían al orden social burgués actual. Al mismo tiempo, es dudoso que se refirieran a la sociedad socialista, ya que tomaban demasiado en cuenta el orden social actual, basado en la desigualdad de las clases, de los sexos y de las nacionalidades. Tal vez no se trate pues, de un programa mínimo, sino de un programa destinado a la época de transición que ha de seguir a la toma del poder por el proletariado, y cuyo objetivo es la puesta en marcha de la revolución socialista.

El arquetipo de un programa semejante, que pone también en el mismo plano las reivindicaciones y reformas políticas y democráticas en el sentido de una revolución socialista, y está concebido para la fase de transición inmediatamente después de la revolución, lo hallamos por ejemplo, en los

[17] Z *pola walki.* pp. 30-31. También *Przedwit,* año, 2, n. 4, octubre de 1882.

*Postulados del Partido Comunista en Alemania,* formulados por la autoridad central de la Alianza Comunista en París, en 1848, y que llevan entre otras las firmas de Max y Engels.[18]

Debe subrayarse, sin embargo, que el anterior programa no permite reconocer ninguna táctica blanquista en los creadores del *Manifiesto comunista,* como afirma, por ejemplo Eduard Bernstein. Para entender este programa, basta recordar que Marx y Engels lo formularon teniendo presentes la revolución de febrero en Francia, y el estallido de la revolución de marzo en Alemania. Sabido es, que ambos sobreestimaron el ímpetu revolucionario de la burguesía y contaban con que la burguesía europea, una vez dentro del torbellino del movimiento revolucionario recorrería, en un periodo más o menos largo, todo el ciclo de su dominio, que transformaría “a su imagen y semejanza” las condiciones políticas de los países capitalistas, de donde las olas de la revolución, por sí mismas, llevarían a la pequeña burguesía a su lugar y, finalmente el proletariado, que de este modo podría enlazar directamente con los resultados de la revolución burguesa, sería llamado a realizar una revolución en el sentido de su emancipación de clase.

155

Actualmente, con abundante experiencia histórica, estamos en condiciones de apreciar todo el optimismo de este modo de ver. Sabemos que la burguesía europea, inmediatamente después del primer asalto revolucionario, dio marcha atrás, y después de haber sofocado su propia revolución, llevó nuevamente a la sociedad por el camino “normal” de las cosas y la puso bajo su dominio. Sabemos también, que las condiciones económicas de entonces en Europa, estaban muy lejos de aquel grado de madurez que hubiera facilitado el cambio socialista. El capitalismo no se preparaba entonces a la muerte, sino por el contrario, al verdadero principio de su dominio; igualmente se ha alargado también la fase que a los comunistas de 1848 parecía separarlos sólo unos años de la dictadura del proletariado, y esa época, que todavía no acababa, se ha convertido en medio siglo.

Pero la razón que hizo a Marx y Engels preparar ya entonces un

---

[18] Las principales reivindicaciones eran:

1. Se declara a Alemania república una e indivisible,

4. armamento general del pueblo,

11. todos los medios de transporte (ferrocarriles, canales, vapores, correos, etc.) pasan a poder del Estado; se convierten en propiedad nacional y quedan (gratuitamente) a disposición de la clase desposeída.

erección de talleres del Estado, que garantiza a todos los obreros su existencia y cuida de los que no puedan trabajar.

instrucción general (popular) gratuita.

C. Marx, *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas en Colonia.* Introducción de F. Engels, 1885, pp. 11-12. Según *ME Werke,* t. v, pp. 3-4. Berlín, 1559 [TK],

programa de acción directamente calculado para la revolución de los trabajadores no era el placer ni la esperanza de “saltarse” la fase del dominio burgués, sino solamente la falsa estimación del ritmo efectivo de la evolución social bajo la influencia de la revolución. En las condiciones de la actividad de Proletariado, resulta difícil hallar circunstancias análogas que pudieran aclarar el programa. Luego, si queremos atribuir a sus postulados el carácter de un programa adecuado a la época de transición, sólo nos queda suponer que Proletariado se había ya apropiado, en cierto modo, el punto de vista blanquista.

Hay que dejar constancia, no obstante, de que fuera de esa confusión de los objetivos finales con los objetivos inmediatos del programa de Proletariado éste está impregnado en su conjunto del espíritu de la ideología socialdemócrata. Esto lo demuestra el acento puesto sobre la idea de que la transformación socialista sólo puede llevarla a cabo la *clase obrera,* y que solamente la lucha de masas, la organización del proletariado y su ilustración pueden preparar las condiciones para el futuro orden social. La idea de la agitación y de la organización de las masas, es el motivo dominante de todo el programa, y hace ver que el partido se preparaba entonces a una larga fase de trabajo sobre la base de los intereses cotidianos del proletariado.

156

También señalan esto algunos pasajes del programa, en que Proletariado enfoca las libertades políticas como condición de la organización y la lucha de masas, lo que recuerda precisamente alguna que otra vez, las formulaciones de Warynski en *Przedswit* del año anterior. Leemos en el programa.

> Desaprobamos decididamente, la falta de libertad de conciencia, de expresión, de reunión, de organización, de palabra y de prensa, *porque todo eso pone grandes obstáculos al desarrollo de la conciencia de los trabajadores,* despierta odio o fanatismo religiosos y nacionales, o bien hace imposible la propaganda y la organización de las masas, las únicas que pueden poner la primera piedra para la futura organización del orden socialista.

Y un poco más allá:

> Seguiremos luchando contra la opresión, tanto defensiva como ofensivamente. Defensivamente, no permitiendo ningún empeoramiento; ofensivamente, fomentando el mejoramiento de las condiciones de vida del proletariado en el Estado ruso.

Si bien no hallamos, a pesar de esto, una clara y categórica formulación de la lucha contra el zarismo y por las libertades democráticas, como tarea inmediata del programa —predomina cierta indecisión y una fluctuación en el contenido político—, de todos modos, este programa y la fundamentación de sus ideas positivas no denotan en absoluto blanquismo alguno. El único hecho que se puede comprobar, con base en este documento, es que la posición de los socialistas polacos había ya sin duda perdido mucho de aquella claridad cristalina que la caracterizaba en los documentos del grupo de Ginebra analizados por nosotros. Pero debemos también tomar en cuenta que el programa de 1882 era ya obra del grupo varsoviano que trabajaba en la patria, y que Warynski, después de haber trasladado su actividad a la zona rusa, seguramente se veía obligado a contar más con los camaradas de allá, más fuertemente sometidos a la influencia directa de los rusos que la emigración polaca en Suiza. Pero si el carácter del programa oficial del partido Proletariado se distingue por su poca claridad, las otras formas de su actividad no nos dejan ninguna duda acerca de la creciente influencia del blanquismo. Y si consideramos la evolución de Proletariado en su conjunto, no vacilamos en designar su programa de 1882 como un fenómeno de transición que, a pesar de su poca claridad, representa el momento crítico entre la fase socialdemocrática y la blanquista en la evolución del socialismo polaco.

157

## IV

En la sección anterior hemos deducido el paso del partido fundado por Warynski y sus camaradas de la posición social democrática a la blanquista, como consecuencia lógica del principio rector político de la acción común con el socialismo ruso, aplicado en las circunstancias reinantes.

Confirma nuestra conclusión, de modo muy claro, un análisis de documentos de la actividad de Proletariado, que demuestra que los socialistas polacos, al aproximarse a la Narodnaya Volia, adoptaron sus ideas y su táctica al pie de la letra. Esto se puede observaren sucesión cronológica precisa. Es ya característico al respecto, por ejemplo, el documento más antiguo, de principios de 1883, o sea de apenas unos meses después de la proclama del comité obrero, esto es, del programa formal del partido Proletariado. Pensamos aquí, en la resolución tomada por el “Congreso de los representantes de algunos grupos socialrevolucionarios”, que había dado el primer paso hacia un acercamiento mutuo y hacia la formación de un partido socialrevolucionario firmemente organizado. Este documento no declara ciertamente de cuáles “grupos socialrevolucionarios” se trata, ni

lleva la firma oficial del partido Proletariado, pero su publicación en la “parte oficial” de la revista *Przedsioit,* así como la tendencia política general del documento, que concuerda con las miras de Warynski y sus camaradas, no dejan ninguna duda acerca de que se trata, si no de la expresión ideológica de todo el partido Proletariado o de su dirección, sí, por lo menos, de las ideas de una parte de sus activistas reputados. No insistimos aquí en la importancia *práctica* de estas resoluciones, aunque en posteriores publicaciones del partido aparecen como la base de la notoria e íntima unión de Proletariado con la Narodnaya Volia; las consideramos solamente un *síntoma* del modo de sentir de los socialistas polacos poco después de fundado el partido.

Las conclusiones, cuya idea rectora, como en la proclama “A los camaradas socialistas rusos”, es la formación de un partido único para el Estado ruso, con un programa común, empiezan con el siguiente, característico planteamiento de cuestiones:

¿Debe formarse un partido revolucionario especia! polaco-lituano-ruso blanco?

Unánimemente: ¡No! En cambio, los grupos polacos, lituanos y rusos blancos, deben entrar en un partido unitario que opere dentro de las fronteras del Estado ruso.

¿Cuál será la actividad de ese partido?

Esta actividad deberá abarcar dos tipos: por una parte, la propaganda y agitación socialrevolucionaria, por la otra, la lucha contra el gobierno ruso, directamente en su centro.

158

Si bien el final de este último párrafo, calculado para la actividad de la Narodnaya Volia, delata ya la posición conspiradora de la lucha política, el siguiente trozo es aun más característico:

La agitación política sólo se considera apropiada cuando la opresión política corre pareja con la económica. Si el gobierno se pone, por ejemplo, de parte de la clase poseedora, la lucha contra ésta es al mismo tiempo una lucha contra el gobierno. *En cambio, si el gobierno no se apoya en ninguna clase social* y su presión paraliza la actividad del partido socialrevolucionario, *debería —y esto es inclusive bastante posible— ser derribado por una conjuración.* Por eso, es una condición ineludible del ulterior progreso de la revolución, la íntima unión de las masas populares sobre la base del antagonismo entre sus intereses y los intereses de las clases acomodadas.[19]

[19] *Przedswit,* año 2, n. 17, 14 de mayo de 1883. La redacción de *Przedswit* adjunta a las “conclusiones” citadas, la advertencia de que no está totalmente de acuerdo con las ideas expresadas en ellas. Pero para nosotros, son sobre todo importantes las ideas de los activistas que entonces operaban en el interior del país.

Todo aquel que conozca las teorías del socialismo ruso, reconocerá aquí, inmediatamente, el eco de las ideas de la Narodnaya Volia, herencia, por lo demás, de los bakuninistas.

Ya el editor de *Nabat,* Tkachov, uno de los más antiguos blanquistas rusos, formuló en 1874, en su “Carta abierta al señor Federico Engels”, que apareció en alemán en Zurich, la teoría de que el gobierno zarista “no se apoya en ninguna clase social” y que, por eso, “puede y debe” ser derribado. Este Estado, anuncia Tkachov,

> sólo de lejos parece potencia [...] No tiene raíces en la vida económica del pueblo, no personifica los intereses de ningún estrato social [...] Entre ellos [Alemania, occidente, RL], el Estado no es un poder aparente. Se apoya con ambos pies en el terreno del capital y personifica en sí ciertos intereses económicos [...] Entre nosotros [en Rusia, RL], sucede precisamente lo contrario; nuestra forma de sociedad debe su existencia al Estado [...] que en cierto modo flota en el aire y nada tiene en común con el orden social existente, cuyas raíces están no en la actualidad, sino en el pasado.[20]

En las ideas de los socialistas rusos de los años setenta y ochenta, esta teoría del Estado ruso “suspendido en el aire”, era sólo una parte de la teoría del desarrollo “autónomo” de Rusia. En el campo de la economía, correspondían a ella la consideración de que el capitalismo era en Rusia una “planta artificial” “trasplantada” por el gobierno ruso al suelo ruso, y la de que la verdadera forma de la economía rusa era la propiedad comunal de la tierra.

159

Naturalmente. la relación entre las condiciones económicas de la sociedad y su sistema político era puesta así de cabeza. Las condiciones económicas, en la medida en que se trataba de su forma capitalista, eran, según esa teoría, un *producto* arbitrario del poder político. Por otra parte, según las teorías de la Narodnaya Volia, el zarismo estaba en decidida contraposición a la propiedad comunal de la tierra, forma natural de la economía nacional. Lógicamente, pues, a la pregunta de ¿en qué sustenta realmente su existencia el dominio político en Rusia?, la única respuesta posible era decir que el Estado en Rusia estaba “en el aire”, o como lo formulara aún más precisamente el programa del comité ejecutivo de la Narodnaya Volia: “Esta excrecencia estatal burguesa *no tiene otro sostén*

---

Además, la redacción de *Przedswit* no indica en detalle sus opiniones divergentes, de modo que falta la base para cualquier conclusión.

[20] Citado en *Internationale s aus detn Volksstaat, Soziales aus Russland,* p. 50.

*que la fuerza.”*[21]

Atribuyendo de este modo todo el sistema político existente en Rusia a la fuerza política, no quedaba sino la conclusión lógica de que la *supresión* de ese sistema no podría deberse sino al empleo de la fuerza, y por lo tanto, el todopoderoso régimen “podía y debía fácilmente ser derribado por una conjuración”.

En 1874 se había opuesto ya Friedrich Engels a este modo de pensar, señalando inmediatamente, con sorprendente profundidad conceptual, los puntos flacos de la teoría de los *narodniki* rusos. Declaraba que el Estado ruso de ninguna manera se hallaba suspendido “en el aire”, sino que se apoyaba muy vigorosamente en la clase de los nobles terratenientes y, al mismo tiempo, en la clase naciente de la burguesía y, que tal vez, quienes estuvieran suspendidos en el aire, fueran aquellos socialistas rusos que no reconocían tales bases materiales del régimen zarista. Y prosigue Engels señalando que la *obshchina* rusa, considerada la base del cercano porvenir socialista de Rusia por los socialistas rusos “autónomos”, era un fundamento apropiado, pero no para el orden de la sociedad socialista, sino precisamente para el despotismo oriental del zarismo ruso. Analizaba luego los fenómenos de disolución dentro de esa *obshchina, y* profetizaba su disolución aún mayor por la influencia del desarrollo de la burguesía, en caso de que no se les prestara la debida atención.

En una palabra, si bien Engels no señaló las tareas positivas de los socialistas rusos y, sobre todo, no tomó en cuenta la acción futura del proletariado industrial, destruyó, de todos modos, el camino fantástico, construido “en el aire” y “autónomo”, de Rusia hacia el socialismo, y declaró al mismo tiempo que las personas que, como Tkachov y otros *narodniki* socialistas, se basaban en el hecho de que “ciertamente” Rusia no tenía proletariado pero, “por eso mismo”, tampoco burguesía, y se imaginaban más cerca del socialismo que los países europeos, “tenían que aprender todavía el ABC del socialismo”.[22]

160

El caso es que el ABC del socialismo, sobre todo del marxismo, enseña que el orden socialista no es una sociedad ideal inventada de alguna manera con antelación y alcanzable por diversos caminos y de diversos modos, más o menos ingeniosos, sino que es simplemente la tendencia histórica de la lucha de clases del proletariado en el capitalismo, contra el dominio de la clase burguesa. Fuera de esta lucha de clases entre dos clases sociales bien determinadas, el socialismo no es realizable, ni a través de la creación de comunidades cristianas primitivas, ni por la propaganda del más genial de

[21] *Calendario "Narodnoy voli”,* p. 5.
[22] *Internationales aus dem Volksstaat, Soziales aus Russland,* p. 50.

los creadores de una utopía socialista, ni por guerras campesinas o conjuraciones revolucionarias. En su programa, como vimos, los socialistas polacos partían formalmente de estos principios, y querían apoyar su actividad en la lucha de clases del proletariado. Pero en el fondo, en el citado documento, cometieron la misma falta que los *narodniki* rusos con el “ABC del socialismo”.

Al aceptar nuestros revolucionarios la idea de los *narodniki* de que el Estado ruso no se hallaba vinculado a ninguna clase social, sino “suspendido en el aire”, y creer que ese Estado podía derribarse fácilmente por medio de una conjuración, separaban también artificialmente la lucha *política* del resto de su actividad socialista; separaban la lucha con el gobierno, que era asignada como misión especial al partido de los conjurados, de la agitación socialista y la lucha de clases, que sin embargo, consideraban, era en Polonia misión de la clase obrera. A esta concepción corresponde asimismo la categórica división de las tareas del partido en el primer punto de las citadas “resoluciones”, en “agitación socialrevolucionaria y propaganda”, por una parte, y “lucha contra el gobierno directamente en su centro”, por la otra.

Dijimos arriba, que es característica principal del blanquismo el “considerar el poder político como medio tanto para la transformación social revolucionaria, independientemente del desarrollo social, como de la lucha de clases”. Los socialistas polacos que no aceptaron esta teoría en modo alguno en su forma general, sino que declararon, como vimos, conscientemente y con cabal convicción, que “la liberación de la clase obrera *sólo* puede ser obra de la misma clase obrera” se pusieron de todos modos, inconscientemente pero de hecho, del lado de la posición blanquista arriba formulada, al adoptar los puntos de vista de los *narodniki* sobre el Estado ruso. La esperanza en la posibilidad de realizar directamente, y obviando la fase parlamentaria burguesa, una revolución socialista, tenia que parecer conclusión lógica de ese modo de ver.

Efectivamente, las publicaciones del partido nos permiten ver muy pronto la evolución de esas ideas. En la revista *Proletariado,* que salía en el interior y de la que se hicieron cinco números en una imprenta secreta desde septiembre de 1883 hasta mayo de 1884, aparece ya un irónico desprecio por la “libertad burguesa” del liberalismo, tan característico del socialismo de conjura y el anarquismo. En el número 2 de la revista, había aparecido el poema satírico, “Himno liberal al año 1880 en espera de una Constitución”, y en el editorial del mismo número, al tratar de las ventajas que reportaba la “nueva palabra” del combate socialista aceptada en el partido, aparecían los siguientes originales puntos de vista:

161

Tiene todavía una tercera ventaja el combate ya iniciado: que *arroja a*

> *la sociedad burguesa en brazos del gobierno,* con cuyo todopoderoso apoyo espera salvarse del nuevo enemigo de sus privilegios; la lucha funde estos dos elementos cada vez más íntimamente *y* hace de ellos un solo enemigo de la clase obrera que no se oculta detrás de ninguna máscara de palabras hueras.

A primera vista parece incomprensible que en la fase inicial del movimiento socialista, faltando las más elementales libertades democráticas, se pueda ver en la creciente reacción de las clases burguesas un fenómeno positivo. Al lanzarse la burguesía en los brazos del zarismo, prolonga naturalmente su existencia, y refuerza, al mismo tiempo, todo aquello que, según las mismas palabras del programa del partido Proletariado,

> crea grandes dificultades al desarrollo de la conciencia de los trabajadores. Hace imposibles la propaganda y las organizaciones de masas, las únicas que pueden poner la primera piedra en el futuro edificio del orden de la sociedad socialista.

Pero la posición expuesta en el programa de 1882 no era ya, como veremos, la posición del partido en 1883, y el modo de ver el partido los fenómenos políticos era ahora muy diferente:

> Eso, [la reacción burguesa, RL] oímos decir ahora, *ciertamente dificulta el combate al principio,* por cuanto aleja a amplios círculos de neutrales y aun de descontentos con el gobierno, pero por otro lado, *pone bases tanto más firmes para el combate, al dar a este una orientación,* impidiendo el falseamiento del movimiento revolucionario y haciendo difícil así *la seducción de las masas, posible o practicada* por las clases dominantes, *desde mucho* antes del estallido de las posibilidades.

La medida de la estimación de las condiciones políticas para la acción, no es ya el carácter indispensable de la gradual organización de las masas, o sea la necesidad de la lucha diaria, sino la visión del momento del “estallido”. la preparación inmediata de la revolución social.

Este modo de ver la situación del socialismo en Polonia, se completa armónicamente con la idea que Proletariado se hacía al mismo tiempo de la situación en Rusia y de la actividad de la Narodnaya Volia. A consecuencia de los golpes terroristas de ésta,

> en el pueblo se estima grandemente la fuerza de los revolucionarios, y

> poco a poco se va haciendo la pregunta de si no sería mejor estar con ellos, y de si no le devolverían las tierras, los bosques y los pastizales. *De los revolucionarios depende decir que “sí” al pueblo, y el destino de la revolución estará decidido*.[23]

162

Ciertamente, podríamos decir aquí, con Engels, que no es posible imaginarse una revolución más fácil y agradable.

el trabajo de preparación, de ilustración y organización de la clase obrera ya no se habla, más bien se supone que las masas populares llevan en sí la tendencia a cambiar el orden social y, a partir de este punto de vista, naturalmente, las modificaciones parciales dentro del sistema de gobierno existente, como la democratización del Estado, parecen pequeñeces sin importancia y pérdida de tiempo. En el número 3, del 20 de octubre de 1883, leemos también en el artículo “Nosotros y la burguesía”, esta inequívoca aclaración:

> La masa [del pueblo que labora] reconoce su incapacidad para la realización de un cambio revolucionario, y busca personas en quienes confiar, a quienes dejar la dirección y, hasta aquí calla. ¿Quién sino nosotros podría y debería ganarse esa confianza? Mas para ganarla debemos demostrar con hechos que somos enemigos de su tiranos, que no retrocedemos ante la lucha que en su interés libramos, que *nos esforzamos por dar a la masa lo que es de ella,* y *sólo por eso rehuimos el torneo de los parlamentos burgueses, en que una mayoría no ilustrada pone en manos de sus enemigos la decisión del cambio revolucionario.* Por eso consideramos que la mejor garantía de la transmisión más amplia posible de la propiedad a la clase obrera, es un gobierno provisional compuesto exclusivamente por socialistas.

Esto es una profesión de fe de tipo clásicamente blanquista; la contraposición de “un gobierno provisional de socialistas” y el “torneo de los parlamentos burgueses”, donde el programa político pierde completamente su importancia actual.

El manifiesto de los blanquistas franceses, publicado en Londres en 1874, enuncia exactamente:

> Somos comunistas porque queremos llegar a nuestro fin sin detenernos en estaciones intermedias, en componendas o transacciones que solamente dan largas a la victoria y prolongan la

[23] *Proletariado,* n. 2, lo. de octubre de 1883.

esclavitud [...][24]

163

En su crítica de este manifiesto (que lleva las firmas de 33 blanquistas), responde Federico Engels:

> Los comunistas alemanes son comunistas porque *a través de todas las estaciones intermedias* y *todas las transacciones, que no son cosa de ellos sino de la evolución histórica* [cursivas de RL], ven claramente y persiguen su objetivo final: la abolición de las clases, la edificación de una sociedad donde no haya propiedad privada de la tierra ni de los medios de producción. Estos treinta y tres son comunistas porque se imaginan que en cuanto tienen la buena voluntad de saltarse las estaciones intermedias y las transacciones la cosa está hecha, y que cuando llegue el día y tomen el timón, de la noche a la mañana va a quedar “introducido el comunismo”. Si esto no es posible inmediatamente, no son, pues, comunistas. *Ingenuidad infantil que hace alegar la impaciencia como razón teórica convincente.*

Por cierto que el número 4 de *Proletariado,* muestra nuevamente determinadas oscilaciones en relación con la vuelta a las concepciones socialdemócratas. En el artículo “Nosotros y el gobierno” se lee lo siguiente:

> Pero, hasta la fase de la batalla final, nuestro movimiento habrá de pasar por diversas vicisitudes. Una de las tareas principales del trabajo de preparación, es la lucha contra los ataques del régimen que nos persigue y representa los intereses de la burguesía, es la defensa de la libertad política frente a esa vil conjura contra las reivindicaciones del pueblo. La libertad política no ha liberado al pueblo de la opresión social, y nosotros la apreciamos por otra razón: nuestra actividad requiere, para ser venturosa, de la luz del día, donde puede desenvolverse ancha y libremente, y solamente a la fuerza pasa a la conspiración secreta. En las condiciones de la libertad política se facilita la acción sobre las masas, su conciencia se despierta más pronto, se juntan más rápidamente en torno a la bandera de las ideas sociales y su organización es posible en mayor escala. La lucha con las dificultades políticas que los gobiernos oponen a nuestra actividad, debe ser especialmente encarnizada allí donde la opresión política reina en su descarada forma original, donde prevalece la arbitrariedad ilimitada, donde no se respetan los más primitivos derechos humanos. Es allí donde uno de los principales puntos del programa

[24] *Internacionales aus dem Volksstaat.* Manifestaciones de dos fugitivos, p. 45.

socialista de acción, debería ser la caída del gobierno.



Con base en los párrafos citados, podría parecer que Proletariado entendía la necesidad de conquistar libertades políticas antes del “estallido”, a fin de facilitar la mayor agitación y organización. Pero aquí también salta a la vista la valoración formalista, fuertemente parcial y superficial, de las libertades políticas, que sólo se aprecian como medios técnicos de facilitar la actividad de los socialistas. No se toma en cuenta el lado objetivo e histórico de las formas de gobierno parlamentarias burguesas como etapa imprescindible en la evolución de la misma sociedad capitalista. Como por otra parte, la democracia parlamentaria se considera solamente un medio externo que facilita la preparación del “estallido”, no se puede llegar a la conclusión lógica de que la lucha por la realización de las formas democráticas es una tarea necesaria y primordial de la clase obrera, y no se va más allá de considerar su obtención como una agradable eventualidad, ciertamente no despreciable, pero a la cual se puede renunciar, de todos modos, llegado el caso.

Tales son en el fondo las conclusiones que saca *Proletariado* en la segunda parte del artículo “Nosotros y el gobierno”, en el quinto y último número de su revista de Varsovia:

> El gobierno puede espantarse de los progresos de nuestra labor revolucionaria; nuestra más o menos patriótica burguesía puede acercarse y hacerle algunas concesiones de política nacional para invitarle a la lucha común contra nosotros... ¡nosotros encantados! *No protestaremos por semejantes concesiones* y nos esforzamos por utilizar contra la burguesía cuanto se haga por ella, y en volverlo contra el gobierno.

Una acentuación todavía más fuerte de este modo puramente blanquista de ver las libertades políticas se halla en la parte final del artículo en que se saca la consecuencia de los dos artículos fundamentales:

> Saquemos la conclusión: el Estado actual tiene para nosotros una importancia esencial y básica. Al unir el Estado íntimamente su existencia a la conservación del sistema económico dado, defiende a las clases privilegiadas y oprime y persigue a los partidos que aspiran a una liberación social. Quebrantar el aparato del régimen es derribar los obstáculos organizados que estorban nuestro camino.

Finalmente, no se habla ya de gobierno despótico, sino del “Estado

actual”, con lo que, sencillamente, se identifica la forma propia rusa de gobierno con la institución del Estado clasista. Según eso, la tarea del partido socialista consiste, ante todo, no en una reforma progresista de las instituciones oficiales, sino en “quebrantar el aparato del régimen”, o sea en derribar directamente el gobierno basado en el dominio de una clase como fortaleza del sistema de dominación burguesa.

El desarrollo de las ideas políticas que aquí se discute, aparece por fin 164 en todo su esplendor en el documento más importante de la historia del partido, el convenio formal con el partido Narodnaya Volia a principios de 1884, o sea solamente después de apresado Ludwik Warynski y desaparecido ya del campo de batalla. Este convenio, que como de costumbre, sólo mucho después de realizado tuvo reconocimiento oficial de la unión del movimiento socialista polaco y el ruso, es un excelente compañero de la proclama *A los camaradas rusos,* que ya conocemos. En él se manifiesta cuánto camino había recorrido en sus migraciones políticas el socialismo polaco en el breve espacio de tiempo que media entre fines de 1881 y principios de 1884.

165

En el informe dirigido al comité ejecutivo de la Narodnaya Volia por el comité central de Proletariado, hallamos la aclaración siguiente:

> Los grupos de combate ejercitados y organizados en la lucha [por el partido Proletariado, RLJ serán empleados en el momento indicado como sección auxiliar para derribar al gobierno existente y *hacer que el comité central tome el poder.* El comité central se apoyará en las masas, porque es el único representante verdadero de sus intereses, *y realizará una serie de reformas políticas y económicas para desacreditar definitivamente las actuales ideas de propiedad.* El comité central llevará a cabo aquella parte del programa socialista cuya realización sea posible en el momento del cambio revolucionario.[25]

Se concibe aquí claramente la caída del “gobierno existente” (*prouitestvo*), o sea, del zarismo, como introducción inmediata a la revolución social; la lucha contra el despotismo pierde totalmente el carácter de la lucha diaria en el terreno del orden social burgués; desaparece la diferencia entre los postulados políticos mínimos y el objetivo final, entre el programa político y el programa de la transformación socialista, y la acción cotidiana se transforma inmediatamente en especulación sobre el “estallido” que debe introducir directamente el

[25] *Viestnik Narodnoy voli,* n. 4, 1885, p. 242.

cambio social revolucionario.

De acuerdo con eso, el comité central trata más ampliamente todos los detalles del “estallido”; promete no iniciar el “cambio estatal” (*gosudarstviennyi perevorot*) antes de que dé la señal el comité ejecutivo de la Narodnaya Volia y se reserva la independencia “en sus labores creadoras” (*sotsidatielnij rabotaj*) después de la subversión, etcétera.

En resumen, a pesar del punto de vista de la lucha de clases, de la acción de las masas, etcétera, puesto de relieve en otros lugares del documento, tenemos aquí un programa típicamente blanquista. Con ello, este documento, que es el remate práctico de las ideas expresadas en la proclama *A los camaradas rusos,* es al mismo tiempo el punto final de una serie de transformaciones graduales del socialismo polaco.

## V

Los cambios de concepción política del partido deben reflejarse, naturalmente, en su actividad práctica.

Esto se manifestó en dos puntos fundamentales: la atrofia de la agitación de masa y la atrofia de la acción política.

Teóricamente, el partido Proletariado se apoyaba todavía, según los principios de su programa, en la lucha de clases. Hasta el final, hizo mucho hincapié en la importancia de la lucha de las masas y de la agitación en el terreno de los intereses cotidianos.[26] Pero después de haber tomado el camino hacia la revolución socialista directa, mediante la conjura de una “minoría valiente”, perdió el hilo conductor de la lucha de masas. Ya en la concepción de la táctica, formulada por ejemplo en el citado artículo de “Nosotros y la burguesía”, se deja a las masas populares un papel totalmente pasivo hasta el momento de la insurrección social.

> La masa reconoce su incapacidad para la realización de un cambio revolucionario, y busca personas en quienes confiar, a quienes dejar la dirección, y hasta aquí calla.

La distribución de los papeles revolucionarios en esta teoría,

[26] En el mencionado convenio del comité central con el comité ejecutivo de la Narodnaya Volia, hadamos todavía el siguiente párrafo: “De este modo, la actividad del partido se reduce principalmente a propagar entre los obreros la conciencia de su diferencia de condición, por una parte, mediante la propaganda del socialismo y, por la otra, mediante la agitación de las masas sobre la base de los intereses cotidianos más inmediatos y mediante la lucha organizada en torno a esos intereses contra las clases privilegiadas y el gobierno, cuya consecuencia debe ser la desorganización de la máquina estatal existente.” Op. cit.

corresponde, pues, a la de la tragedia griega antigua: los individuos obran y la masa forma el coro, eco pasivo de sus hazañas.

Además, la misma técnica de combate de una conjuración, excluye la actividad de las masas. La conjuración, a que siempre estuvo vinculado el programa, nunca fue tarea de las masas, y por su misma naturaleza no podía serlo, sino solamente de un pequeño grupo de individuos, y menos aún el terrorismo, tal como fue practicado, a la larga, como el principal método de lucha. En consecuencia, la agitación de las masas anunciada por Proletariado fue un principio que no encontró aplicación.

Ciertamente, suelen indicarse como prueba de agitación de las masas por Proletariado, dos hechos conocidos de su actividad: la acción contra la ordenanza de la dirección general de policía en febrero de 1883, relativa a una inspección sanitaria de las trabajadoras, y la manifestación de los despedidos en la plaza del castillo de Varsovia, en marzo de 1885.

Pero los ejemplos citados no pueden apoyar en lo más mínimo la tesis de que Proletariado realizara o fuera capaz de realizar un movimiento de masas en Polonia.

167

En ambos casos, el partido demostró ciertamente que comprendía la necesidad de orientarse hacia las masas y defenderlas en casos excepcionales, en situaciones que nacían independientemente de su voluntad y su iniciativa. En el primer caso, el partido aprovechó diestramente una ordenanza de las autoridades, para lanzar una audaz exhortación a las masas y pedir la abolición de esa ordenanza. En el segundo caso, ante el hecho de una manifestación tumultuosa de una multitud de obreros no organizados y sin conciencia de su situación de clase, lanzó una proclama a la multitud y la convocó en torno a su bandera. Pero ambos casos demuestran al mismo tiempo, que el partido Proletariado, dada su posición táctica, no podía aprovechar las condiciones existentes a fin de iniciar una agitación duradera entre las masas. Para hacerlo, hubiera necesitado saber señalar a las masas obreras soliviantadas alguna misión inmediata positiva, una acción que pudieran comprender al punto. Lo hubiera conseguido indicando a las obreras ofendidas y a los obreros despedidos que eran el gobierno despótico y la ausencia de derechos políticos de los trabajadores el mayor obstáculo al mejoramiento de su situación material y social, y exponiéndoles la ineludible necesidad de organizarse para la lucha cotidiana, para luchar tanto contra la explotación por este o aquel capitalista como por la libertad política contra el régimen zarista. En una palabra, el partido sólo hubiera podido iniciar una agitación duradera entre las masas, si ya desde antes hubiera tenido un programa para la lucha diaria —económica y política—, un programa calculado

inclusive para una acción de masas.

Pero como el partido quería directamente la revolución socialista por su propia acción, y como asignaba a la clase obrera, hasta el momento de la subversión, el papel de un espectador pasivo, no sabía hacia dónde dirigir y en qué aplicar la indignación de las masas, que para él fue una sorpresa.

Al mismo tiempo, estos dos ejemplos demuestran, por la diferencia observable entre ellos, que el partido se iba alejando de la posición socialdemócrata, e iba perdiendo, cada vez más, el contacto con las masas.

En el primer caso, el de la proclama a la obreras, en el año de 1883, no hallamos en verdad la menor conclusión política de un asunto tan fácil como era la ordenanza en cuestión de tas autoridades del régimen zarista, pero hallamos por lo menos una incitación positiva a una actividad práctica: la formación de sindicatos de fábrica y de cajas de huelga.[27]

168

En el llamado a los manifestantes de 1885, en la Plaza del Castillo, no vemos ya ningún objetivo inmediato y práctico; el partido indica a los despedidos que pedían pan y trabajo en las calles de Varsovia, que hagan realidad el orden socialista... y naturalmente, de la forma más tosca y demagógica. [28]

---

[27] “Cada fábrica, cada taller, cada almacén, deben formar un círculo. Formen cajas para ayudar a las compañeras perseguidas por su resistencia, para que, en adelante. abandonen ustedes los talleres en masa y obliguen a sus ‘amos’ a hacerles concesiones.” *Przedswit,* año 2, n. 15, 10 de abril de 1883.

[28] Después de haber expuesto la proclama el aspecto económico de la economía

burguesa y su anarquía, concluye: “¡Se acabó! ¡Nosotros también queremos tener derechos humanos! ¡Quitemos sus privilegios a los poderosos y repartamos entre nosotros el trabajo justo y su producto!

“¡Camaradas! Ése es nuestro objetivo. Tenemos que entender, finalmente, que sólo podremos alcanzarlo si nos damos la mano y marchamos unidos y de común acuerdo contra nuestros enemigos para hacerles frente con mayor valentía y agresividad. Y aunque la victoria nos cueste todavía muchas víctimas, el futuro es nuestro. Llamamos a todos nuestros hermanos obreros, en nombre de los derechos humanos, a unirse bajo una bandera y con una consigna: 'Libertad, fábricas y tierra’; pedimos a todos los hombres de buena voluntad que se rebelen contra el yugo que oprime a la humanidad. Una vez más, ‘Proletarios de todos los países, ¡unios!’.” *Walka Klas* (Ludia de clases —TK), año 1, n. 10, 11 y 12, febrero, marzo y abril de 1885.

Todo socialista debe ciertamente utilizar los movimientos de masas que se formen para, señalar siempre las amplias perspectivas de la liberación definitiva del proletariado. Pero estos señalamientos sólo tienen valor real para las masas cuando al mismo tiempo se les indica un camino viable que lleve a esos lejanos objetivos. Soluciones tan abstractas como las propuestas por Proletariado, quedarán pues, en sonidos ininteligibles y frases vacías. No podrían servir a la conciencia de las masas ni para mejorar un contenido político ni para señalar de algún modo acciones ulteriores. De este modo, incluso momentos de agitación tan señalados como los dos que citamos, quedan sin efecto duradero para el movimiento. Tanto más claro es que, en las condiciones usuales y con la agitación regular, el partido Proletariado menos aún podía despertar en las grandes masas un grado de conciencia política y voluntad activa, ni organizarías de modo alguno.

Por la misma razón, la agitación y la organización económica de las masas, a las que tanto valor concedía el partido Proletariado en sus escritos, resultaba imposible. Desde el punto de vista del “estallido” que la masa esperaba “en silencio”, la lucha económica pierde por completo su significado. En este sentido, el partido declara también el siguiente principio, en el número 2 de la revista de Varsovia, *Proletariado,* en el artículo sobre “Desempleo y terror”: "Si dejar el trabajo sirve de tan poco a los trabajadores, solamente deberíamos hacerlo con gran cautela, después de examinar y calcular todas las posibilidades de éxito. Mas si a pesar de nuestra voluntad se llegara a un acuerdo secreto, deberíamos imprimirle el carácter de un

De este modo en el terreno político y económico, el partido apartaba a las masas de la lucha directa, pretendiendo en cambio obrar por ellas y en su nombre.

169

Necesariamente, Proletariado se limitaba más y más a la propaganda en un pequeño círculo y, en el mejor de los casos, a sacar de la masa individuos para hacerlos entrar en la organización secreta del partido, mientras no dejaba de anunciar agitaciones de masas.

Pero como de este modo la lucha política de Proletariado se iba reduciendo a especulaciones acerca del “estallido” y su agitación se limitaba a los grupos de sus miembros, al cabo de cierto tiempo era inevitable su total desaparición de la lucha política.

El destino de Proletariado sufrió además de modo especial la influencia de una circunstancia. La actividad de juramentados, orientada hacia la caída del régimen y la toma del poder, se caracteriza por ser solamente aplicable allí donde se hallan las autoridades principales del Estado y los órganos más importantes del gobierno. En el mejor de los casos, podía imaginarse la “toma del poder” en San Petersburgo, pero no en Varsovia, dado su papel subordinado y provincial en el aparato estatal de Rusia. Si en semejante acción la provincia debía desempeñar durante el “estallido” un papel auxiliar, en todo caso, mientras llegaba ese momento, su papel se reducía al de una espera pasiva y a la agitación dentro de los grupos. Incluso el terror sistemático, que era la forma principal de acción de la Narodnaya Volia y apuntaba a la desorganización del régimen, naturalmente sólo podía ejercerse contra los más importantes representantes del poder central, o sea, en la capital, y no contra sátrapas provinciales de segundo o tercer orden, a menos que se tratase de un castigo por algún delito especial.

Pero la cosa cambia totalmente si adoptamos la posición de la lucha de masas contra el zarismo y por las libertades democráticas, como la entiende la socialdemocracia. Sin ninguna duda, también aquí desempeña un papel decisivo y capital, ante todo, la misma Rusia. Pero como desde ese punto de vista, sólo la acción directa de los trabajadores puede derribar el zarismo, la lucha del proletariado en todo el territorio del Estado ruso es la condición *sine qua non* de una victoria duradera. Y como es la clase obrera en sí, y no un puñado de jefes conjurados socialistas, lo que hace realidad la victoria sobre el zarismo, es absolutamente necesario el máximo desarrollo de la

---

combate enérgico, aunque no de combate de masas, sino de uno aislado. Si la lucha pacífica no nos procura ninguna victoria, tendremos que recurrir a la fuerza de las armas y al terror.” Y más adelante: “El dejar tranquilamente el trabajo no da ningún resultado. Debe ir acompañado del castigo de quienes son responsables de esos sucesos y difunden por doquier miseria y opresión. No necesitamos convocar a las masas a tal tipo de lucha, porque ese tipo de lucha debería ser consecuencia de la actividad individual y adquirir el carácter de una venganza y una punición secreta y misteriosa.”

conciencia de clase política en todos los círculos y grupos del proletariado en Rusia.

Los socialistas polacos estaban entonces obligados de antemano, desde el punto de vista de la conjuración, a quedar pasivos, a adoptar el papel de testigo mudo, a ser los servidores de la Narodnaya Volia. Pero hay que añadir, que también la Narodnaya Volia, en el tiempo en que el partido Proletariado se comprometió firme y formalmente a luchar en común con ella, se hallaba ya en un plano inclinado. Después del atentado contra Alejandro II, su historia es de decadencia progresiva. Desde mediados de la década de los ochentas, se observa en el movimiento ruso la influencia desintegradora de las inevitables dificultades en que un partido de conspiradores se encuentra, cuando no tiene fuerzas para lanzar ataques terroristas y empieza a vivir hablando de atentados, o a tratar de realizarlos en condiciones desfavorables.

170

Pero cuando en Rusia, único lugar en donde la acción podía efectuarse, se produjo un estancamiento, el movimiento tenía que declinar en Polonia, por ley natural, rápidamente. Y es la verdad que Proletariado no ejerció ningún terror, pese a hablar tanto de él en su agitación de los últimos años. Los únicos actos terroristas que realizó fueron dos atentados contra el traidor Sremski y la muerte de los traidores Helszer y Skrypozynski. Pero la supresión de espías y traidores en caso de necesidad y cuando es posible, es un acto de legítima defensa en las condiciones políticas del zarismo, y nada tiene en común con el programa y con la táctica terrorista.[29]

De hecho, en la historia de Proletariado, el terrorismo fue sólo una intención y nunca se hizo realidad política.

## VI

Hasta aquí hemos considerado la actividad de Proletariado en dos aspectos: el del programa político, tal y como se configuró en breve tiempo por influencia de la Narodnaya Volia de Rusia, y el trabajo práctico, en la

[29] En su discurso ante el tribunal, Warynski lo hace constar así al contradecir las afirmaciones del fiscal, que atribuía a Proletariado la aplicación del terror “externo c interno”: “Nuestro terror se entiende por acciones de violencia contra personas que encarnan un determinado sistema político. Naturalmente, para lo que el señor fiscal prefiere llamar terror externo e interno, o sea la muerte de espías y traidores, no se puede emplear la calificación de terrorismo. La existencia de una organización secreta crea la necesidad de emplear determinados medios para garantía de la seguridad. Es esto tan natural que, en los estatutos de la famosa sociedad secreta de los Iluminados, a la que pertenecían personajes coronados y aun papas, se halla un párrafo que castigaba la traición con la muerte.” Z *pola walki,* p. 149.

forma prevista por el programa político.

Aparte de la táctica, el partido Proletariado se diferenciaba, como sabemos, de su hermano ruso en que reconocía decididamente como suya la teoría de Marx y Engels, y esta diferencia se advierte ya en su programa de 1882, así como en su convenio con la Narodnaya Volia de 1884, y, finalmente, en su actividad propagandística hasta el final. En su fundamentación general del socialismo, Proletariado siguió hasta el último momento siendo adepto formal de la socialdemocracia europea occidental y, más exactamente, de la alemana.

El hecho en sí no contradecía en absoluto el carácter de conjura de Proletariado. El blanquismo, que realmente no era teoría, ni tenía teoría propia de la evolución social, podía hacerse concordar en algo con cualquier teoría socialista.

171

Es, por ejemplo, un hecho en extremo interesante el que, como ya comprobara Federico Engels, el primer manifiesto en que los obreros franceses reconocían el “comunismo alemán” como la teoría del socialismo científico, era precisamente el programa antes mencionado de los blanquistas franceses de 1874.[30]

Si bien al principio, las ideas básicas del “comunismo alemán” (materialismo histórico, teoría de la lucha de clases y teoría de la evolución gradual de la sociedad) armonizaban poco con la táctica de “ejecución” de la revolución y la fe en la omnipotencia del poder político, esta relación era empero, para el socialismo francés, un gigantesco paso hacia adelante, que inauguraba una nueva época en la historia de esta importante fracción del movimiento obrero.

A partir de aquel momento, en efecto, los blanquistas franceses se acercaron más y más a la socialdemocracia, no sólo en la teoría, sino también en la concepción de las tareas inmediatas. Ya en los noventas, el partido de Edouard Vaillant, aunque todavía “blanquista” de nombre, era cabalmente socialdemócrata en el fondo. La unión de esta organización con el partido de los marxistas franceses, totalmente realizada desde hacía poco, coronaba la evolución natural, cuyo camino ya habían recorrido los

[30] “El segundo punto del programa [de este grupo —LR], escribe Engels, es el comunismo. Allí nos sentimos ya más seguros, porque el barco que nos lleva se llama *Manifiesto del Partido Comunista, publicado en febrero de 1848.* Ya en otoño de 1872, los cinco blanquistas que salieron de la Internacional habían reconocido un programa socialista que en todos sus puntos esenciales era semejante al del actual comunismo alemán, y fundaron su salida solamente en que la Internacional se negaba a jugar a la revolución de la manera como esos cinco querían. Hoy el consejo de los Treinta y Tres adoptó ese programa con toda su concepción materialista de la historia, aunque el traslado de ella al francés blanquista dejara mucho que desear, sobre todo que el manifiesto no se conservó casi literalmente.” *Internationales aus dem Volksstaat,* loe. cit., p. 44.

blanquistas en los setentas.

Mas para el socialismo polaco, cuyo punto de partida era el “comunismo alemán” al principiar los ochentas, la unión de la teoría marxista con la táctica blanquista de la Narodnaya Volia no representaba ningún adelanto en su propia evolución, como tampoco le daba la primacía sobre el socialismo ruso contemporáneo. Antes bien, el socialismo polaco hubo de perder mucho, en comparación con el ruso, en su unidad interna y en su coherencia.

En realidad, si es cierto, como decíamos, que en su propia patria, Francia, el blanquismo no se elevó a ninguna teoría propia de la sociedad, defecto que le obligó a adoptar teorías extrañas y aun contrarias a su esencia, sin embargo, la única excepción al respecto, la constituye el socialismo ruso.

La conjunción de circunstancias especiales que halló aquí la táctica blanquista, le hizo crear, por primera y única vez en su historia, una teoría específica de la evolución social que —al menos en apariencia-— le dio una cierta base material, una suerte de ideología histórica y social cerrada. Esta base fue la teoría del *narodnichestvo* (la teoría de “los populares”).

172

El blanquismo se apoyaba, como sabemos, en la suposición de que la caída del régimen existente y la introducción del socialismo eran posibles a voluntad, pero no se podía fundar en ninguna otra legitimación que la fuerza decisiva del poder político. La teoría del *narodnichestvo* colmó afortunadamente esta laguna, si no mediante una teoría general de la sociedad, por lo menos mediante una teoría específicamente rusa de la *obshchina.*

Como los *narodniki* veían en los restos de la propiedad comunal rusa (que *nota bene,* como lo han demostrado hace tiempo investigaciones científicas, es una formación estatal, fiscal, relacionada con la servidumbre) la base natural de la economía y el alma del campesinado ruso, opinaban que en lo que quedaba de la *obshchina* habían hallado el punto de apoyo que pedía Arquímedes para la introducción inmediata del socialismo en Rusia. La supresión de todas las fases evolutivas, de acuerdo con la idea de la acción blanquista, hallaba también aquí su fundamento aparente en la configuración especial de la economía agrícola rusa, para la que el desarrollo de la producción capitalista y del orden social burgués parecía casi una desviación del camino más directo y corto hacia el socialismo.

Después de haber tomado esta explicación de la evolución social en Rusia de los *narodniki,* la concepción de la acción inmediata y de las tareas del socialismo de la Narodnaya Volia, se halló, por decirlo así, en terreno firme, Sabemos, por un amplio análisis de lo publicado por el grupo ruso Osvobozhdeniye, hasta qué punto era errada la teoría del camino histórico

autónomo de Rusia. Pero aquí no se trata de lo acertado o falso de esas opiniones, sino de su concordancia con la táctica especial de los terroristas rusos.

De hecho, si ya estaba dada y lista la base económica y social para la realización del ideal socialista —en la forma de la *obshchina*— dentro del marco de la sociedad rusa, naturalmente, sólo se necesitaba la máquina estatal, para dominar y allanar el obstáculo al desarrollo espontáneo del socialismo: la autocracia. Por otra parte, si el ideal comunista estaba ya en el espíritu y el alma del pueblo en la forma de instinto natural innato, sólo le quedaba al partido socialista la misión de llamar al pueblo al poder y a la toma de decisiones, y estaba de más toda agitación para ilustrar y organizar a las masas.

Así formaron, en cierto modo, una unidad cerrada la táctica de la Narodnaya Volia y su teoría fundamental de la evolución histórica especial de Rusia. No así en el partido Proletariado, en donde la táctica estaba, punto por punto, en contradicción con los principios generales del socialismo, aceptados y propagados por el partido.

173

*Si los socialistas* rusos querían llegar al socialismo por la *obshchina,* saltándose todo el periodo del orden social burgués, los socialistas polacos, que por su parte derivaban la justificación de su existencia del sistema capitalista de las relaciones económicas y sociales en la Polonia del Congreso, querían ahorrarse la fase del régimen burgués parlamentario, que era empero la consecuencia natural y el correlato político de la economía desarrollada.

Mientras la Narodnaya Volia especulaba con las ideas comunistas innatas del campesinado ruso, Proletariado, que contaba con la formación de una conciencia socialista en el proletariado industrial polaco, rechazaba aquellas condiciones políticas en que solamente se podía desarrollar del modo debido la conciencia de la lucha de clases. De este modo, la concepción marxista, en lugar de demostrar la superioridad del socialismo polaco sobre el socialismo “innato” de Rusia, sólo servía para crearle toda una serie de contradicciones internas.

Por otra parte, esta contradicción, resultado de la alianza de la táctica blanquista con la teoría del socialismo científico, dadas las formas políticas especiales del zarismo, en que operaba Proletariado, tenía que dar frutos muy diferentes de los de Francia. Aquí donde en el momento de que hablamos el campo de actividad del socialismo fue la Tercera República de los años setenta y posteriores, es decir, una formación burguesa en su más alto desarrollo político, el desprecio blanquista por los “torneos parlamentarios” y “componendas” por el estilo tenía que quedar como una

consigna más o menos inofensiva, dado que las condiciones para una amplia lucha de clases cotidiana estaban ya presentes. La teoría a la que los socialistas fueron llevados inconscientemente, paso a paso, por la práctica de la vida política y de la lucha de clases cada vez más fuerte e impetuosa, había do *vencer* allí, al cabo de cierto tiempo, y anular la táctica que se le oponía. Y así sucedió, como dejamos dicho.

Pero en la Polonia del Congreso, en las condiciones del régimen absolutista del zar, el despreciar al “liberalismo burgués” no era una manifestación de desilusión y, más exactamente, de falta de comprensión del valor histórico de las formas democráticas ya alcanzadas, sino expresión de indiferencia en cuanto a alcanzarlas o no.

Mas en vista del hecho de que inclusive la supresión del zarismo y la conquista de las formas democráticas era una cuestión vital para el movimiento socialista dentro del Estado ruso, la táctica de Proletariado, que dejaba fatalmente de lado esa vital cuestión, tenía que ejercer una influencia decisiva. Por el contrario de lo que sucedió en la historia de los blanquistas franceses, la táctica tenía que aniquilar aquí la importancia práctica de las ideas propagadas en contradicción suya, o para decirlo con mayor exactitud, tenía que remodelar todos los conceptos de la teoría a su semejanza.

174

La tarea del historiador y crítico de las teorías sociales, sería en el fondo cosa muy superficial y sencilla, si las palabras y los conceptos tuvieran siempre el mismo contenido ideológico y se hallaran, por decirlo así, estáticos, si fueran un medio de pago para valores conceptuales siempre iguales. En realidad sucede precisamente lo contrario, y puede decirse en cierto modo, aunque parezca paradoja, que no hay imagen más inexacta del valor espiritual del pasado de un partido que sus propias palabras.

Si alguien quisiera juzgar el partido Proletariado basándose en las ideas expuestas en sus publicaciones sobre los principios y la misión del socialismo, se sorprendería de la energía con que repitió hasta el final formulaciones del acervo teórico del marxismo. Pero, como sabemos de qué modo aplicaba concretamente Proletariado sus principios generales y conocemos las conclusiones que de allí sacaba para sus actividades, no ignoramos que, con el tiempo, sólo quedó *el lenguaje del* marxismo, con cuya ayuda el partido expresaba contenidos totalmente antimarxistas.

Proletariado reconocía enteramente, de acuerdo con el *Manifiesto comunista,* que la verdadera base para el movimiento socialista y para la realización del socialismo es el *“orden social burgués”.* Pero entendía por eso solamente el aspecto *económico* —la forma de producción capitalista— y no el *político* —el dominio directo de la burguesía en el gobierno y la

legislación. Al mismo tiempo consideraba *la existencia* de la economía capitalista en determinada extensión, pero no advertía en su *desarrollo* la base del socialismo. Veía en el capitalismo el *Estado,* no el proceso.

Proletariado reconocía también en la *organización de la clase obrera,* la garantía del cumplimiento de la revolución socialista. Pero entendía por ello la unión de las masas obreras sólo para el momento del cambio social, no para la lucha cotidiana con las clases dominantes. Le parecía posible organizar a las masas mediante la propagación de la idea de que la revolución era inevitable, pero no organizarías gradualmente *durante* la lucha en defensa de los intereses cotidianos. En una palabra, entendía la organización de la clase obrera como producto artificial de la agitación socialista y no como producto natural, histórico, de la lucha de clases, a la que la agitación socialista sólo añade la conciencia.

Proletariado reconocía ciertamente la “lucha de clases” como el alfa y el omega del socialismo, pero entendía principalmente con ello la lucha del proletariado contra la burguesía en la forma de una revolución, y tomaba así un momento del proceso histórico por todo el proceso.

En vista de todas estas inversiones de los conceptos, la “revolución social”, también significaba en el lenguaje de Proletariado una cosa muy distinta de lo que significaba para la socialdemocracia. No era, en efecto, la consecuencia política de la madurez de las fuerzas productivas, el hacer saltar las cadenas capitalistas, sino solamente la consecuencia de un empleo discrecional del poder político por parte de una pequeña minoría de socialistas que arrastraban al pueblo tras de sí, en razón de su descontento con el orden existente y su ansia de cambiarlo por algo mejor.

175

De este modo, en el transcurso del gradual cambio espiritual de los socialistas polacos, sus ideas teóricas originales se fueron transformando en un modo de pensar de donde iba desapareciendo el contenido propio, remplazado por otro, blanquista.

## VII

Como suele suceder en tales casos, cuanto menos caían en suelo propicio y menos hallaban posibilidades de aplicación las ideas tácticas admitidas por Proletariado, tanto más fuerte y alto se expresaban en las consignas propagadas por el partido. Cuando, con el tiempo, la generación más antigua de los activistas de Proletariado fue desapareciendo de la escena, cuando la agitación en el país se hizo menor y a pesar del sacrificio de todos

los osados individuos que hasta el fin se agruparon en torno a la bandera de Proletariado, el trabajo quedó necesariamente reducido a proporciones infructuosas, se propagó rápidamente en la literatura del partido la vulgar frase “revolucionaria”, desprovista de toda consideración teórica profunda. Ya el *Przedswii* de 1885, se dedica a ensalzar de modo totalmente irreflexivo la violencia, estudiando por ejemplo, en nueve largas columnas, la cuestión del asesinato del rey y examinando con toda seriedad el problema de si se debía matar al gobernante solamente después de iniciada la revolución y en virtud de un juicio popular, o si no sería más práctico empezar la revolución ejecutando al gobernante de inmediato.[31]

176

Sin duda, hoy no hay ningún socialista, como no sea de la raza fantasiosa de Bernstein, que se haga la ilusión de que un cambio político digno de ser tomado en serio y principalmente una revolución socialista, sea posible por un camino pacífico “legal”, sin emplear la fuerza para derribar los poderes contrarrevolucionarios. Nadie negará tampoco que en tiempos revolucionarios puede darse la necesidad de suprimir una testa coronada, como por ejemplo la de Luis XVI, que convertido en reo de alta traición y puntal del partido contrarrevolucionario, o sea, un serio peligro para el destino de la revolución, conspiraba contra su país. Pero, sin ninguna duda, por principio de cuentas es una idea original la del “cadalso para todas las dinastías reinantes”, como atributo importante e insoslayable de toda revolución popular. Involuntariamente se piensa en las palabras que Engels pronunciara una vez a propósito de semejantes excesos revolucionarios de los blanquistas franceses: “A esas niñerías se llega cuando personas en el fondo bonachonas sienten la necesidad de parecer terribles.” Pero la “niñería” de los revolucionarios polacos en la emigración tenía mejor fundamento. Esas espantables ideas “revolucionarias”, hacían brillar la luz de la esperanza en el muy próximo “estallido” de la revolución social (¡en el zarismo ruso!), y más aún. la visible fe en que la garantía del éxito de una

---

[31] Véase el artículo “Cómo debieran terminar los reyes”, en *Przedswit,* n. 6, 7 y 8, de 1885. En cuanto al nivel político, el artículo es semejante al interesante poema ya publicado en *Przedswit* el lo. de octubre de 1883.

Adelante, adelante, obreros.
Empuñen pronto las armas.
A los muyales, a las estac as.
Libérense de la miseria.
Aunque corra la sangre a torrentes,
aunque el fuego nos consuma,
aunque muchos de nosotros perezcan
en el tormento o en Siberia.
Con tal que nuestro sacrificio
no haya sido en vano,
y que las muertes y la ruina
anuncien el alba de la libertad.

subversión estaba en el abundante y oportuno empleo de la violencia. Los detalles del empleo de la fuerza física en la venidera revolución, que desde el punto de vista del paso al socialismo plantean todavía de momento una cuestión bastante válida y que, de hecho, actualmente ya no representan un problema de investigación para los adultos, esos detalles tenían para los conjurados de entonces la mayor importancia. La fe en la omnipotencia del *elemento político,* que es el punto de partida del blanquismo, adopta mediante una agitación vulgarizada, la forma de la creencia en el omnímodo poder de la pura prepotencia física: las barricadas, los “cadalsos” o “paredones”, las “hoces y mayales”.

Un síntoma no menos característico es, por ejemplo, la otra idea dominante en aquel tiempo en *Przedswit,* a saber, su agitación en favor de la “formación profesional” de los obreros, para ser capaces de organizar la producción “al día siguiente de la revolución”.[32]

Los teóricos de *Przedswit* no comprendían que la producción socialista madura desde dentro del capitalismo en el aspecto técnico y que, por lo tanto, el proletariado victorioso recibe su organización ya lista de la sociedad burguesa para desarrollarla sobre la base histórica dada, reformar las relaciones de propiedad, etcétera. Por eso suponían probablemente que la economía “después de la revolución” sería, por decirlo así, una *tabula rasa,* en cuyo terreno tendría que organizarse una nueva producción solamente de acuerdo con el “mejor” plan ideado, con las fuerzas reunidas... de los hoy zapateros, carpinteros, cerrajeros, etcétera.

176

La idea puramente mecánica del cambio socialista y la “realización” artificial de la revolución ha pasado ahora de la esfera política a la económica. Y no se sabe bien si lo que anuncia la tremenda ruptura total con la teoría de la revolución social y con el materialismo histórico, es el supuesto de que la “revolución” y la victoria del proletariado son posibles antes de que el proceso productivo esté tan socializado y las fuerzas productivas tan desarrolladas, que un acto político de la revolución sólo rompa las cadenas del orden social burgués que lo sujetan, o bien, el supuesto de que el “plan” de esa organización socialista de la producción se

[32] “Nuestra *Przedswit* dará siempre toda clase de ayuda. Una vez nos escribe un carpintero cómo cree él que deberán organizarse los carpinteros después de la revolución; otra vez nos escribe un zapatero, otra nos comunica sus pensamientos un cerrajero. Lo que no nos guste, lo escribimos.” *Przedswit,* n. 2, 1885.

Es interesante el que estos apresurados preparativos para la ‘‘revolución” hagan que se pierda en el extranjero la comprensión de los hechos más sencillos del movimiento obrero. La prensa sindical, que en Alemania como en todas partes era, naturalmente, un órgano de la lucha económica diaria, le parecía al *Przedswit* una escuela de periodismo para la formación de administradores de la producción en el futuro orden social.

“Y así vemos también —dice— cómo en el extranjero los trabajadores editan revistas técnicas, con cuya ayuda se preparan a tomar en sus manos el gobierno y la economía en el futuro.”

puede, concebir en cada momento y para cada esfera de trabajo.

La preocupación por preparar a tiempo técnicos para el futuro orden social, es el remate lógico de la preocupación por preparar “cadalsos” para las dinastías reinantes; en suma, es el cuadro de un cabal achatamiento de la teoría socialista hasta las simas de la vulgaridad.

Después de 1886, el grupo de los editores de *Przedswit* y *Walka Klas.* que labora en el extranjero, abandonado a su propia suerte como un volante desprendido de su mecanismo, empieza a saltar por montes y valles de las diversas concepciones teóricas, chapotea por el camino —por ejemplo en el folleto *A los oficiales del ejército ruso*— durante breve tiempo, en el pantano del paneslavismo al uso, se mueve en un torbellino cada vez más rápido, se lanza después en modificaciones, por series, de las ideas políticas, hasta salir al fin, a toda velocidad, del antiguo carril, describiendo un inmenso arco en el aire y quedando profundamente estancado en *el* nacionalismo. Pero el destino de *Przedswit* después de 1886-1887, no pertenece ya a la historia del movimiento socialista polaco propiamente dicho, sino más bien a la historia de las tonterías de la emigración socialista.

La evolución histórica del socialismo polaco en el primer periodo termina en 1884, o sea, en el momento en que se ven las consecuencias de los desplazamientos del partido Proletariado en dirección blanquista.

El último rayo de luz que cae sobre la imagen de la historia de las ideas del partido Proletariado y que recuerda el florecimiento inicial del desarrollo teórico del socialismo polaco, son las palabras de Warynski, palabras que él no pronunció ya durante su febril actividad en una revista de partido, ni en una asamblea de revolucionarios, sino en la sala del tribunal después de 28 meses de encarcelamiento, en diciembre de 1885, rodeado por una muchedumbre de gendarmes y espías.

178

De aquella alocución parece desprenderse con certeza que por lo menos aquel máximo exponente del pensamiento socialista en Polonia, no cambió personalmente de modo tan radical en sus opiniones, como el movimiento socialista polaco de aquella época. Por desgracia, nos faltan indicios que permitan deslindar claramente el pensamiento y la actividad de Warynski de la actividad colectiva de su grupo, de modo que no nos es posible aclarar con exactitud en qué se diferenciaba su posición de la evolución claramente blanquista que se manifestó durante su libertad en 1883. Nos parece también improbable la suposición de que Warynski haya podido mantenerse alejado totalmente de la influencia de la Narodnaya Volia a la vista de esos fenómenos. En los documentos del proceso de los miembros de Proletariado no nos queda constancia de su modo de ver las tareas políticas en aquel tiempo. Pero del resumen de su discurso que se halla en dichos

documentos, se desprende con plena seguridad que Warynski se había guardado bien de vulgarizar la teoría socialista en sus rasgos principales, y que los fundamentos de su ideología siguieron siendo hasta el último minuto las concepciones generales de la teoría marxista, en toda su profundidad y su rigor teórico.

Y así, salta a la vista en el discurso de Warynski, ante todo, el característico énfasis en el papel activo de la clase obrera en el movimiento socialista, la insistencia en la lucha de clases cotidiana. Dice:

> Cuando la clase obrera entró en la lucha política, tenía que oponer organización a organización y librar la lucha por determinados ideales contra el orden social dado. Esta es la misión de la clase obrera que combate bajo la bandera del socialismo. Es lo contrario de otras clases sociales y se opone a las tendencias reaccionarias. El partido de los trabajadores ansia un cambio radical del orden social y actualmente realiza los necesarios trabajos preparatorios. Su tarea consiste en hacer que los obreros tengan conciencia de sus intereses, y en llamarlos a defender empeñosamente sus derechos. El partido de los trabajadores despierta la disciplina de la clase obrera, la organiza y la guía a la lucha contra el gobierno y las clases privilegiadas.

Es característico que Warynski sólo hable del terror como de un medio auxiliar en la lucha diaria, en la lucha por la conquista de condiciones más libres para la organización y la acción de masas. Niega, en cambio, el papel del terror como medio de realizar el cambio social:

El tener que operar por la fuerza es una triste pero inevitable consecuencia del defectuoso orden social actual. El terrorismo económico no es ningún medio de cumplir nuestra misión social, pero, en determinadas condiciones, es el único medio de luchar contra el mal que ha echado raíces en el actual sistema social.

179

Aunque este modo de considerar la táctica de la lucha económica era totalmente errado, no cabe duda de que también en este punto las ilusiones de Warynskí sobre los resultados positivos del terrorismo, no se debían a que él viera el combate socialista con ojos de conjurado, sino que procedían de una errónea estimación de los métodos prácticos de la lucha de clases. Puede servir de prueba el hecho de que Warynskí cite la táctica original de los sindicatos ingleses del siglo anterior. Esta táctica era el resultado de las condiciones política entonces reinantes en Inglaterra, que hacían imposible una organización abierta y una lucha sindical. Y al mismo tiempo, esa táctica era el método que tenía como objetivo la conquista de las libertades necesarias para esa lucha.

Es sobre todo importante en el discurso de Warynskí, su insistencia en el papel de los elementos objetivos del desarrollo autónomo social. Con vistas a esa evolución, el partido socialista recibe ante todo el papel de ilustrador de la orientación histórica de la lucha de clases de la clase obrera:

> Sabemos que los crecientes antagonismos sociales y las llagas y tumores del cuerpo social, tienen que conducir irremediablemente a una erupción. Sabemos también las espantosas devastaciones que se producen cuando la pobreza lleva a las masas populares al último grado de desesperación, y los elementos más furiosos se lanzan con increíble pujanza contra el orden establecido. Por eso mismo, es nuestra obligación preparar a la clase obrera para la revolución, hacer consciente su movimiento, obligarlo a entrar en el marco de la discplina de partido y preparar un programa concreto de medios y fines.

No estamos por encima de la historia y nos sometemos a sus leyes. El cambio a que aspiramos lo consideramos resultado de la evolución histórica y de las condiciones sociales. Lo vemos venir y nos afanamos por que no nos tome desprevenidos.

De un modo totalmente categórico rechaza Warynski la táctica de la preparación directa de la revolución social, del “estallido”.

> Hemos organizado a la clase obrera para la batalla con el actual orden social. No *hemos organizado ninguna subversión, pero hemos organizado para la subversión.*

Y después de caracterizar las metas y los principios fundamentales del partido Proletariado exclama:

> ¿Puede decirse que nuestra actividad es una conjuración urdida con el fin de derribar violentamente el orden social, económico y estatal existente?

180

Con base en nuestro análisis, sabemos ya que en el momento en que Warynski grita estas palabras, su partido estaba muy lejos de las ideas por él expuestas. La idea rectora de la actividad de Warynski, a saber, la unión espiritual del socialismo polaco con el ruso, condujo, después de haberse realizado la fundación del partido Proletariado, a consecuencias que ya entonces eran visibles, pero Warynski ni las previo ni tuvo conciencia de ellas.

Pero hoy, cuando tenemos ante la vista, en su conjunto, la historia del partido Proletariado, reconocemos una evolución totalmente lógica.

Las condiciones sociales de Polonia, formadas por el capitalismo fuertemente desarrollado y por influencias de Europa occidental, condujeron al socialismo polaco, ya en 1881, a una posición socialdemócrata. El principio fundamental de esta posición, nacido de un programa común y una acción común con el socialismo ruso, expuso al socialismo polaco, en los ochentas, a las influencias de la Narodnaya Volia. Pero esta influencia lo llevó por las vías blanquistas y, a los pocos años, a fenecer junto con el movimiento ruso.

Concluye así el primer capítulo de la historia de la ideología socialista en Polonia; las deducciones que pueden sacarse de ahí *a priori,* con toda certeza, son las siguientes: en el caso de que el socialismo polaco volviera a tener las manos libres para seguir las tendencias propias de su evolución interna, que corresponden a las condiciones sociales de la Polonia del Congreso, habría de volver a la posición socialdemócrata. Por otra parte, el desarrollo del movimiento socialdemócrata en la Polonia del Congreso sólo podrá estar asegurado para siempre si el socialismo ruso se asienta igualmente en el terreno de la socialdemocracia.

La primera de estas condiciones ha llenado el periodo de estancamiento del movimiento socialista que se inició al disolverse la Narodnaya Volia, cuando el socialismo polaco, libre ya de las influencias de las teorías “autónomas” rusas, se convirtió al comenzar la década de los noventas en un movimiento de masas en la Polonia del Congreso y, primero de hecho y, pronto (en 1893) formalmente, llegó también a ser la organización de la socialdemocracia del reino de Polonia.

La segunda condición la cumplió el movimiento de masas del proletariado industrial en Rusia, formado a mediados de la década de los noventas, y que sustrajo definitivamente a las teorías “caseras” del socialismo, teorías que desde hacía tiempo habían sido echadas abajo gracias a la crítica de los marxistas rusos. Así, su terreno, el proletariado industrial, ha dado al partido socialista de Rusia una base firme.

# ESPERANZAS TRUNCADAS

El comportamiento de la prensa burguesa ante los sucesos en nuestro partido[1] demuestra, una vez más, cómo el instinto de clase triunfa sobre todas las diferencias externas de los partidos burgueses. De nuevo se han puesto de acuerdo. Los liberales y el centro, los Knuten-Oertel y la herencia de Voss,[2] de acuerdo en su alegría rebosante y en el grito de triunfo sobre el lamento de la socialdemocracia. Unos se alegran por la "comprensión mutua" que por fin se ha iniciado y la más bella de las esperanzas que pronto habrá de ser realidad: la socialdemocracia, la mala yerba del prado burgués, se "despedaza" por sí sola de una vez por todas. Los otros se encumbran en el triunfo sobre el infortunio de algunos académicos de la socialdemocracia, como prueba de que entre el "hombre culto" y la "masa ciega" existe un abismo insuperable, en cuya transgresión "se rompe uno el cuello". Los terceros festejan que la socialdemocracia ya no podrá mirar desde lo alto al mundo burgués, como el caudillo erguido, pues adolece del mal de la corrupción en su propia casa —*tout comme chez nous*—. Y al unísono entonan la canción: ¡La imagen, el poderío fascinante de la socialdemocracia, ha sido destruido! ¡Para siempre!

La alegría ha sido muy bien correspondida por la sumisión. Tan bien correspondida, que un periódico del partido la ha considerado seriamente como un "regocijo" a tono, ante el cual se pretende, como patéticos lamentos del partido, hacer un llamado a la vigilancia y a no perder de vista la advertencia y la necesidad de una reanimación.

En realidad, sólo se requiere un oído más o menos agudo, para poder escuchar la tortuosa desilusión, el odio contenido en todo este estridente concierto de la alegría y el triunfo. El consentimiento general y la simpatía de la prensa burguesa por los "hombres cultos" aparentemente maltratados por la horda de bárbaros llorones, así como las insinuaciones sobre la "masa ciega" y su "desprecio por los académicos" demuestran claramente la herida, en la cual deben ser colocados sin miramientos los dedos del partido.

En el medio actual burgués, el escándalo puede aparecer como bárbaro y, en cierto grado, cómico. Escándalo que en la socialdemocracia hubiera

---

[1] Rosa Luxemburgo se refiere al Congreso del Partido de Dresden, celebrado del 13 al 20 de septiembre de 1903, en el cual la polémica contra los oportunistas adquirió su punto más culminante.

[2] Se trata del Partido Popular de la Opinión Libre dirigido por Eugen Richts que estaba situado en una posición cercana al *Vossische Zeitung.*

pasado por tina mera “bagatela”, y que en cualquier partido burgués hubiera sido asimilado con el silencio del entendimiento interno. Es grotesca la imagen de un partido de tres millones de hombres maduros que se degradan de esta manera y convierten en acción central y del Estado, un par de “faltas a la sinceridad”, que comparadas con la suma de mentiras de algún héroe de la mayoría parlamentaria en una sola sesión de las cámaras o de un conservador en un solo discurso de campaña, desaparece como un pobre rayo de luz en los brillantes destellos del sol de mediodía.

182

La polémica contra el revisionismo se ha convertido en una cuestión puramente personal, vergonzosamente “personal”. Esto debe ser aceptado por nosotros definitivamente. No nos encontramos en la cómoda situación de los liberales o los del centro, de los junkers o de la Opinión Libre, para hacer política de la corrupción y del engaño a las masas fundamento de la existencia del partido, en donde cada disputa desleal se pierde como una gota en el mar.

Y además, si el acercamiento de la masa proletaria hacia nuestro partido contra los actos aislados de corrupción entre los “académicos” irrita tanto a la burguesía, hay que reconocerle que en los sucesos actuales, ha tocado con instinto seguro, aquel aspecto del movimiento obrero moderno, convertido en su calvario durante la última mitad del siglo, la transformación radical de la relación entre la “masa” y el “líder”, inducida por la socialdemocracia.

Las palabras de Goethe acerca de la mayoría “odiosa”, compuesta por unos cuantos antecesores, “por picaros acomodaticios, por debilidades asimiladas y la masa que rueda, sin saber en lo más mínimo lo que quiere”, con las cuales los escribanos burgueses pretenden herir a la masa *socialdemócrata,* no son otra cosa más que el esquema clásico de las “mayorías” en los partidos burgueses. Hasta la fecha, en todas las luchas de clases enarboladas en interés de las *minorías,* como Marx dijo, el desarrollo histórico ha transcurrido en contra de las masas populares. La falta de claridad de las masas sobre los objetivos verdaderos constituye el contenido material, los límites de la acción histórica y la condición misma de esta acción. Esta incomprensión fue también el terreno histórico específico del “liderazgo” por parte de la “burguesía ascendente”, el cual correspondió a la “inercia” de las masas.

Pero, escribía Marx en 1845, “con la cimentación de la acción histórica, habrá de crecer también el volumen de las masas, cuya acción la constituyen”. La lucha de clases proletaria es la más “cimentada” de todas las acciones históricas. Comprende a todas las capas populares bajas y es la *primera* acción que corresponde a los intereses propios de la masa, desde la

existencia de la sociedad de clases.

La visión *propia* de las masas en sus tareas y caminos, es por tanto, una condición ineluctable de la acción socialdemócrata, así como antes, su falta de visión era la condición de las acciones de las clases dominantes.

183

Con esto queda superada la contradicción entre el "liderazgo" y la mayoría *"rodante". La* relación entre masas y líder queda volteada de cabeza. El único papel de los llamados "líderes" en la socialdemocracia, consiste en aclarar a las masas su tarea histórica. La imagen, la influencia del "líder" en la socialdemocracia crece sólo en relación a su capacidad de aclaración. Es decir, en relación a la destrucción del fundamento de los liderazgos que han imperado hasta la fecha, la ceguera de las masas. En relación, en una palabra, a la *exteriorización* de las masas en su propio liderazgo, en su propia conversión en líder, *promotora* e instrumento de la acción consciente de masas. La "dictadura" de un Bebel, es decir, su enorme presencia y su influencia, está sólo basada en su enorme obra de aclaración a las masas sobre su capacidad política. Y hoy cosecha los frutos de este trabajo. Las masas lo siguen entusiastamente, en tanto que, como en este momento, es el portavoz de su pensamiento y voluntad. Y si la conformación del liderazgo lúcida, consciente y pensante de las masas, es y será un proceso dialéctico en la vinculación lassalliana de la ciencia con los trabajadores, debido al flujo permanente de elementos frescos de los círculos obreros y simpatizantes de otras capas, la *tendencia* dominante del movimiento socialdemócrata, es y será: la abolición del "líder" y las masas "dirigidas" en el sentido burgués, condición histórica de toda la dominación de clase.

Sin duda alguna, significaría un insulto para las sombras de los viejos luchadores burgueses por la libertad, si quisiéramos situarlos en el mismo nivel de los "líderes" actuales. La génesis de la socialdemocracia ha repercutido en forma radical sobre la relación entre la masa y los líderes, *fuera* de la propia lucha proletaria, en el mismo medio burgués. Los movimientos de clase de la burguesía *ascendente* no sólo estaban basados en la falta de visión de las masas populares sobre los objetivos de las acciones correspondientes, sino también, en gran parte, en la falta de visión de los propios líderes. Ahora, después de que los propios intereses de clase de las masas populares han sido abandonados, la burguesía pretende mantener su adhesión sólo a través del enmascaramiento de sus propias intenciones de clase con los intereses, opuestos a ella, del pueblo. Los precursores revolucionarios de la burguesía eran luchadores populares sobre la base de un *autoengaño histórico* —los Bachem, Bassermann, Richter cuya paga de escribanos claman sobre la "dictadura" de Bebel, son representantes sobre la base de una *mentira política.*

Si estos partidos, fundados sobre el engaño profesional de las masas, aventajan al liberalismo y a todos, en insultos sobre la “masa ciega” de la socialdemocracia y la “consternación ante el puño insolente” contra el “espíritu sacrosanto de la educación”, esto no hace más que demostrar drásticamente, el cambio radical en la última mitad del siglo, del escenario histórico y el “espíritu” de estos señores.

184

Fue el hegeliano Bruno Bauer el que después de su renuncia al movimiento radical a principios de los años 40, polemizó contra los “representantes liberales más insignes de la masa”, para hacerles entender que es “en la masa”, y no al contrario, donde hay que buscar el “verdadero enemigo del espíritu”. Los “pensadores liberales”, *no* buscaban en aquel entonces el “verdadero enemigo del espíritu” en la “masa”, sino por el “contrario”, en el “Estado prusiano reaccionario”. Hoy, después de que los “representantes liberales” han conjurado contra la “masa” junto con la reacción del Estado prusiano, ven en ellos mismos al “verdadero enemigo del espíritu”. El 16 de junio, esa “masa”, que con desprecio les ha vuelto la espalda para luchar por su propio pie contra la reacción y el liberalismo burgués, ha acercado un trecho considerable a su tumba a los “representantes”.

Es la vieja fábula de las uvas verdes. Después de que la burguesía perdió día con día sus adeptos en las amplias masas populares a costa de la socialdemocracia, sólo le quedó la esperanza de avasallar a los trabajadores socialdemócratas, por lo menos, a través del revisionismo. Incitándolos hacia el camino de la política burguesa, a romper la rueda de la lucha de clases proletaria y poder tomar así una débil venganza en los incontables vericuetos y derrotas del juego de la historia.

Mientras sustentaban esta esperanza, las masas socialdemócratas parecían haber traicionado el gran sentido de la “cultura” y la “educación” y prometían convertirse paulatinamente en una potencia “civilizadora”. Ahora, después de ser reticentes enemigas del espíritu, después de que la burguesía les colocó cariñosamente en su nido a todos los “cucús”, y ellas los pisotearon en Dresden con la gruesa bota proletaria, obviamente no puede existir ninguna duda de que sólo se trata de una horda ciega que se deja enardecer por líderes y dictadores, para cometer acciones en extremo incivilizadas.

La imagen no puede eludir cierta comicidad. Se puede aceptar por esta vez, que el dolor de los mentirosos engañados, tenía serios fundamentos. Si los congresos anteriores del partido acusaron las expresiones más diferentes de la teoría y la praxis del revisionismo, el partido en Dresden, y en el camino hacia Dresden, no sólo repitió en forma acrecentada aquella

acusación, sino que llevó a juicio otro aspecto del revisionismo —su ética política y el vínculo personal con la burguesía ligada a ella.

Para cualquiera que pretenda hacer cuentas sobre los sucesos de los últimos días, no puede haber duda de que el artículo tan prometido sobre la "moral del partido",[3] por más que su aparición pueda ser considerada como espontánea y por menos que caracterice la forma de actuar de todos los compañeros revisionistas, puede ser considerado como la expresión adecuada de la ética del revisionismo, y como la forma en que ésta corresponde lógicamente a su manera de pensar. La masa que debe ser educada como un niño, al cual no se le puede decir todo, y que en última instancia se le puede engañar y mentir: y a los "líderes", que construyen el templo del futuro según sus propios planes, a partir de ese tono tan acogedor como hombres de Estado con misión de largo alcance. Esta es la ética política, tanto de los partidos burgueses como del socialismo revisionista, aunque las intenciones perseguidas de uno y otro puedan ser diferentes.

185

Vemos cómo se abre camino la aplicación de esta relación entre las masas y el líder, con Jaurés en Francia y las intenciones de Turati en Italia. Las "federaciones" "autónomas" del partido de Jaurés inconexas, heterogéneas, la propuesta de Turati en Imola, de abolir el comité central del partido, no es otra cosa que la disolución de la masa partidaria organizada férreamente. Su conversión de una masa que se dirige autónomamente, a instrumento impotente de sus parlamentarios. En aquella "masa ciega", que debe "rodar", porque "no sabe en lo más mínimo, lo que quiere", o bien, cuando lo sabe, como en el Congreso de Burdeos,[4] no tiene la fuerza para edificar ordenadamente su voluntad. Tanto esto, como las intenciones de los diputados jauresianos, de liberarse incluso del control y la influencia de las organizaciones partidarias, las cuales los mandaron al parlamento, y sobre cuya cabeza apelan directamente a las masas de electores amorfos, desorganizados, son las condiciones previas de la relación mutua entre el líder y la masa. Por lo menos así fueron expuestas en el artículo aparecido en *Zukunfe* bajo la égida de. la psicología necesaria y la norma de *cada* movimiento de masas. Esta misteriosa desaparición de los límites entre la tropa consciente del proletariado y la masa popular desorganizada, corresponde armónicamente a la desaparición de los límites entre el "liderazgo" del partido y el medio burgués —el acercamiento de los parlamentarios socialistas a los literatos burgueses en el terreno de la "educación humanitaria multifacética".

---

[3] George Bernhard, *Parteimoral* en: *Die Zukunft.* Berlín, XI, Jg, 1903, n. 15, pp. 79-81.

[4] El Congreso del Partido Socialista Francés tuvo lugar en Burdeos, del 12 al Pide abril de 1903.

Bajo el fetiche de la “educación” y de la “cultura humanitaria multifacética”, se reunieron en una espléndida noche de invierno los parlamentarios socialdemócratas con los periodistas, para descansar de las “peripecias del oficio” y de la “politiquería”. Como en la cumbre de la época de oro de la Grecia antigua, los hombres de Estado, filósofos, políticos y artistas se reunían en torno a Pericles para escalar, en intercambio libre de ideas, el pico más alto del espíritu humano y probar las delicadezas más sutiles de la cultura, los estadistas socialdemócratas se reunieron en una cantina de Berlín en torno al Harden-Pericles, y rodeados de hermosas mujeres y periodistas pictóricos de espíritu, charlaron profusamente sobre política y arte, lejos de la cruda realidad de la lucha de clases y del olor a sudor de las masas. Aunque faltaron las coronas de laureles sobre las cabezas de los reunidos y hubo que sustituir el noble néctar de la Afrodita de Tesalia por el desagradable menjurje de Pschorr, en el ambiente imperaba el verdadero espíritu de una amistad añeja, de una educación refinada. Y con verdadera tolerancia de espíritus superiores fueron intercambiadas y comparadas concepciones y opiniones —entre otras cosas, material detectivesco contra compañeros insoportables. “Así como entre gente culta”, diría el compañero Reine.

186

Y ahora le toca atacar al rudo puño proletario, que no tiene miramientos ni por la educación refinada, ni por la época de Pericles, y que se enfila hacia la bárbara destrucción de todo el “delicado humanismo libre”. Las plumas y lápices de la sociedad burguesa que se han desplegado hasta nuestro campo se retiran de prisa, con dolor enternecedor. Los insultos de la mente enferma del señor Jastrow, de los rostros enmudecidos de “Vossischen” y del Sentido Amplio de Moss, se rinden ante sus esperanzas truncadas. La niebla revisionista se ha despejado, y ante la mirada repleta de odio de la burguesía, se levanta la muralla de los bastiones proletarios. Ésta y el mundo burgués están separados por un abismo infranqueable, y lo que hace un momento parecía ser un simple paseo para los merodeadores, es ahora un brinco “donde uno se rompe el cuello” —cuando no se pone toda la personalidad sobre la balanza.

La relación entre los fenómenos éticos de los últimos días y los métodos revisionistas, es clara. Ese alegre ir y venir sobre las tumbas que separan el campo de batalla del proletariado y los enemigos burgueses, producido a través de la prensa burguesa por la “crítica libre” revisionista, la “libertad de opinión” y la “libre cooperación”, ese fue el terreno donde florecieron los esfuerzos cuyo retoño más bello es la conspiración contra Mehring. Entre la socialdemocracia y el mundo burgués se produjo una endósmosis espiritual, a través de la cual las sustancias tóxicas de la descomposición burguesa pudieron penetrar libremente en la circulación sanguínea del cuerpo

proletario del partido.

*¡Hinc illae lacrimae!* De allí las burlas de la prensa burguesa y las amenazas de que embromamos a nuestros "seguidores" y de que hemos cerrado el paso a los académicos. El compañero Göhre, opina un periódico de la opinión libre, habrá reconocido ahora, después de su renuncia al mandato, "el error que cometió" al ingresar en la socialdemocracia. Este reconocimiento inocente de una bella alma liberal demuestra lo que se piensa sobre la membresía de un partido en este tipo de situaciones. El noble pensamiento liberal concibe el ingreso a la socialdemocracia como "un error", así como se cometen errores cuando en el devenir de los negocios, se "trata" del café en vez de la lana. Y con todo esto ni siquiera supuso que este enjuiciamiento profesional de los sucesos en la socialdemocracia, degradaron la política en la propia casa al nivel de simple prostitución.

Aquellos académicos que partiendo de este punto de vista no vienen a nosotros o habrán de abandonarnos, los encomendamos tranquilamente al abrazo tan ansiado del liberalismo. *Similia similibus*— "...Dios los cría y ellos se juntan". Tememos sólo que el pobre sentido libre no habrá de hacer ningún negocio con esta tan esperada liquidación parcial de "la competencia". Seguramente, los "académicos", condolidos de la mutación de su espíritu, no habrán de cometer el "error" de ingresar condicionadamente a una compañía en bancarrota.

187

Por lo que respecta a nuestra misión cultural, los terratenientes parecen estar muy preocupados por el "levantamiento de los puños desnudos" contra los "académicos", los amigos de la cultura del Elba oriental, habrán de experimentar con dolor que, después de la ruptura con el revisionismo, la acción salvadora de la cultura ejercida por la socialdemocracia habrá de levantarse contra los terratenientes con potencia inusitada. El nexo interno de la socialdemocracia con la cultura no está basado sobre los elementos que vienen hacia nosotros de la burguesía, sino sobre la masa proletaria ascendente. No descansa en el parentesco de nuestro movimiento con la sociedad burguesa, sino en su *contradicción* con esta sociedad. Su fuente de inspiración es el *objetivo* socialista, pues significa la recuperación de toda la cultura humana para la totalidad de la humanidad. Y mientras más tajante aparezca el carácter y el objetivo proletario de la socialdemocracia en el trasfondo del movimiento, la cultura alemana estará más resguardada de sus amigos del Elba oriental y Alemania habrá de ser salvada de su caída en un asiatismo conservador.

Por eso es impostergable limpiar al partido de los fenómenos de descomposición, que han surgido a consecuencia de los últimos cinco años.

Pues, el “volumen de la masa” habrá de crecer con “la firmeza”, en cierto sentido, de esta “acción histórica”. Masa que nos sigue confiadamente al terreno, al único terreno político, donde sus intereses de clase más puros son defendidos desde una cristalina transparencia.

# PROBLEMAS DE ORGANIZACIÓN DE LA SOCIALDEMOCRACIA RUSA [1]

Pertenece a las viejas y veneradas verdades que quedan, la de que el movimiento socialdemócrata de los países atrasados debe aprender del movimiento más viejo de los países más avanzados. Nosotros nos atrevemos a añadir a esta frase su contraria, los partidos socialdemócratas más viejos y adelantados pueden y deben igualmente aprender del conocimiento cercano de sus partidos hermanos más jóvenes. Así como para el economista marxista —a diferencia del clásico burgués y con mayor razón del economista vulgar— no todas las etapas económicas que precedieron al orden económico capitalista son simples formas de "falta de desarrollo" con referencia a la cúspide de la creación —el capitalismo—, sino diferentes tipos de economía *históricamente* con el mismo derecho. Así también para el político marxista los movimientos socialistas de diferente desarrollo son cada uno individualidades históricas determinadas. Y mientras más llegamos a reconocer los mismos rasgos fundamentales de la socialdemocracia en toda la pluralidad de sus diferentes medios sociales, más conscientes nos volvemos de lo esencial, de lo fundamental, de los *principios* del movimiento socialdemócrata; más se anula la limitación de la perspectiva condicionada

[1] * En ocasión del II Congreso de) Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, Lenin logró que se adoptara un nuevo tipo de organización, que marcaba bien la diferencia entre la clase obrera y su vanguardia organizada, *el partido,* órgano centralizado y disciplinado. Retomando estas ideas acerca de la organización, Lenin las expuso en el folleto *Un paso adelante, dos pasos atrás,* en donde además muestra el parentesco de los mencheviques con los oportunistas alemanes, al ser hostiles ambos a la organización de un partido centralizado. En 1903-1904, Rosa Luxemburgo publica en *Neue Zeit, Problemas de organización de la socialdemocracia rusa,* que es una recensión del mencionado folleto de Lenin. En esta recensión, Rosa Luxemburgo critica fundamentalmente lo que ella considera exceso de centralismo en la concepción leninista, señalando que una dirección dotada de poderes tan amplios favorecería el desarrollo de una burocracia autoritaria y frenaría el movimiento de masas. Al mismo tiempo, Rosa Luxemburgo formula por primera vez lo que se ha llamado la teoría de la organización proceso, y que algunos consideran, falsamente, como alternativa a la teoría leninista del partido. Lenin, en *Respuesta a Rosa Luxemburgo* (Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, 1971, n. 12, pp. 6577), indica que nunca ha defendido "ultracentralismo" alguno y afirma que de ninguna manera pretende que el comité central sea el único "núcleo activo del partido", sosteniendo simplemente que el comité central debe defender la línea de la mayoría del partido. En el curso de la revolución rusa de 1905, las teorías pasaron "la prueba ae fuego", y los puntos de vista de Rosa Luxemburgo se acercaron a los de Lenin. Y esto será una constante: aunque siempre subsistieron puntos de vista divergentes en cuanto a la concepción del partido, cada vez que la teoría pasó "la prueba de fuego", la práctica, corrigiendo la teoría, hizo aparecer puntos de contacto entre las dos concepciones. [E]

El presente trabajo tiene su punto de partida en la situación rusa pero las cuestiones de organización que trata son importantes también para la socialdemocracia alemana, no sólo por la significación internacional que ha alcanzado ahora nuestro partido hermano la socialdemocracia rusa, sino también porque problemas de organización parecidos ocupan actualmente de la manera más viva a nuestro propio partido. Por esta razón damos a conocer a nuestros lectores este articulo de *Iskra.* La redacción *[Neue Zeit].*

por cualquier localismo. No es casual que en el marxismo revolucionario vibre tan fuerte la nota internacional; no es casual que la argumentación oportunista resuene siempre en el aislamiento nacional. El artículo que sigue que fue escrito a petición de *lskra,* el órgano del Partido Socialdemócrata Ruso, debería ser también para el público alemán de algún interés.

189

Una tarea nueva y sin precedentes en la historia del socialismo le ha correspondido a la socialdemocracia rusa: la misión de definir una táctica socialista, es decir, una táctica conforme a las luchas de clases del proletariado, en un país donde todavía domina la monarquía absoluta. Todo parangón entre la situación rusa y la Alemania del 1878-1890, cuando estaban en vigor las leyes de Bismarck contra los socialistas, es fundamentalmente errónea, porque consideraría al régimen policial y no al régimen político. Los *obstáculos* que la ausencia de las libertades democráticas crea al movimiento de las masas tienen una importancia relativamente secundaria: también en Rusia el movimiento de las masas ha logrado abatir las barreras del orden absolutista y darse su “constitución”, aunque precaria, de “motines callejeros”. Ellas sabrán, por cierto, perseverar en este camino hasta la victoria completa sobre el absolutismo.

La dificultad principal que encuentra la lucha socialista en Rusia deriva del hecho de que el dominio de clase de la burguesía está oscurecido por el dominio de la violencia absolutista; esto confiere inevitablemente a la propaganda socialista para la lucha de clases un carácter abstracto, mientras que la agitación política inmediata asume sobre todo un carácter revolucionario democrático.

En Alemania la ley contra los socialistas tendía a poner al margen de la constitución solamente a la clase obrera, en una sociedad altamente desarrollada, en la cual los antagonismos de clase se habían manifestado ya plenamente en el curso de las luchas parlamentarias.

Y precisamente en esto, por lo demás, consistía el absurdo y lo alocado de la empresa bismarekiana. En Rusia, por el contrario, se trata de hacer la experiencia opuesta: crear una socialdemocracia antes de que el gobierno esté en manos de la burguesía.

Esta circunstancia modifica de manera particular no sólo la cuestión del trasplante de la doctrina socialista sobre el suelo ruso, no sólo el problema de la *agitación,* sino también el de la *organización.*

A diferencia de las viejas experiencias del socialismo utópico, en el movimiento socialdemócrata la *organización* no es el producto artificial de la propaganda, sino el producto de la lucha de clases, a la que la socialdemocracia da simplemente conciencia política.

En condiciones normales, es decir allí donde el dominio político de la burguesía, realizado plenamente, precedió al movimiento socialista, es la misma burguesía la que creó en gran medida los rudimentos de una cohesión política de la clase obrera. “En esta etapa”, dice el *Manifiesto comunista, “si los* obreros forman en masas compactas, esta acción no es todavía la consecuencia de su propia unidad, sino de la unidad de la burguesía”. En Rusia, la socialdemocracia está obligada a suplir con su intervención consciente todo un periodo del proceso histórico y a conducir al proletariado, en tanto que clase consciente de sus objetivos y decidida a realizarlos a través de una lucha muy ardua, de la atomización política que constituye el fundamento del régimen absolutista, a la forma más elevada de organización.

Esto hace particularmente difícil el problema de la organización, no tanto por el hecho de que la socialdemocracia debe proceder a esta organización sin poder gozar de las garantías formales que ofrece la democracia burguesa, sino porque ella debe, al igual que el Dios Padre, hacer surgir esta organización “de la nada”, sin disponer de la materia prima política que en otros lugares la misma sociedad burguesa prepara.

El objetivo detrás del cual la socialdemocracia rusa se afana desde hace varios años consiste en el pasaje del tipo de organización de la fase preparatoria, cuando al ser la propaganda la forma principal de actividad los grupos locales y ciertos cenáculos pequeños se mantenían sin establecer ningún vínculo entre sí, a la unidad de una organización más vasta tal como lo requiere una acción política concertada sobre todo el territorio del Estado. Pero ya que la perfecta autonomía y el aislamiento habían sido las características más condenadas de la forma de organización hoy arcaica, era natural que la consigna de la nueva tendencia, que predicaba una vasta unión, fuese el *centralismo.* La idea del centralismo fue el motivo dominante de la brillante campaña llevada a cabo durante tres años por *Iskra* para llegar al congreso de agosto de 1903, que si bien es considerado como el segundo congreso del partido socialdemócrata, ha sido de hecho su asamblea constituyente. La misma idea se había adueñado de la joven élite de la socialdemocracia rusa.

Pero muy prontamente, durante el mismo congreso y aún más después de éste, debíamos convencernos de que la fórmula del *centralismo* estaba lejos de abrazar todo el contenido histórico y la originalidad del tipo de organización que necesita la socialdemocracia. Una vez más se tuvo la prueba de que ninguna fórmula rígida puede bastar cuando se trata de interpretar, desde el punto de vista marxista, un problema del socialismo, aunque sólo fuera un problema concerniente a la organización del partido.

El libro del compañero Lenin, uno de los dirigentes y de los militantes más conocidos de *lskra: Un paso adelante, dos pasos atrás,* es la exposición sistemática de las opiniones de la tendencia *ultracentralista* del partido ruso. Este punto de vista, que él expresa con un vigor y un rigor sin igual en las consecuencias, es el de un rudo centralismo cuyos principales *principios* consisten, por un lado, en la drástica diferenciación y separación de los grupos organizados de revolucionarios activos de su medio ambiente, cuando éste es desorganizado aunque revolucionario, y por otra parte, la estricta disciplina y la directa, decisiva intervención de la autoridad central en todas las actividades de los grupos partidarios locales. Es suficiente observar que según esta concepción el comité central está autorizado a organizar todos los comités locales del partido, que por lo tanto goza también del poder de decidir sobre la composición personal de cada organización rusa local, desde Ginebra y Lieja hasta Tomsk e Irkutsk, para imponerles sus propios estatutos, disolverlas por decreto y crearlas nuevamente, y de este modo influir indirectamente hasta en la composición de la instancia suprema del partido, el congreso partidario. Es así como el comité central aparece como el verdadero núcleo activo del partido y las demás organizaciones como simples instrumentos ejecutivos.

191

Y es precisamente en esta unión del más riguroso centralismo organizativo y del movimiento socialista de las masas donde Lenin ve un principio específico del marxismo revolucionario, y aporta una cantidad de argumentos en apoyo de esta tesis. Pero tratemos de analizar la cuestión con mayor detenimiento.

No se podría poner en duda de que en general es propia de la socialdemocracia una fuerte tendencia hacia la centralización.

Habiendo crecido en el terreno económico del capitalismo, sistema centralizador por esencia, y debiendo luchar en el marco político de la gran ciudad burguesa centralizada, la socialdemocracia es profundamente hostil a toda manifestación de particularismo o de federalismo nacional. Ya que su misión es la de representar, dentro de las fronteras de un Estado, los intereses comunes del proletariado en cuanto clase, y de contraponer estos intereses generales a todos los intereses particulares o de grupo, la socialdemocracia tiende por naturaleza a reunir en un partido único los reagrupamientos de obreros, cualesquiera sean sus diferencias de orden nacional, religioso o profesional entre los miembros de la misma clase.

Ella no renuncia a este principio y no se resigna al federalismo, salvo en presencia de condiciones excepcionalmente anormales, como ocurre por ejemplo en la monarquía austrohúngara. Desde este punto de vista no se puede en modo alguno poner en duda el hecho de que la socialdemocracia

rusa no deba constituir un conglomerado federativo de las innumerables nacionalidades y de los particularismos locales, sino que debe ante todo constituir un partido único para todo el Imperio. Pero se plantea también otra cuestión: la del grado de centralización que puede convenir, teniendo en cuenta las condiciones actuales existentes en el interior de la socialdemocracia rusa, unificada y única.

Desde el punto de vista de los objetivos formales de la socialdemocracia como partido de lucha, el centralismo de su organización aparece a primera vista como una condición de cuya realización dependen directamente la capacidad de lucha y la energía del partido.

192

Sin embargo, estas consideraciones de carácter formal y que se aplican a cualquier partido que se proponga una acción concreta, son mucho menos importantes que las condiciones históricas de la lucha proletaria.

En la historia de las sociedades basadas en el antagonismo de clases, el movimiento socialista es el primero que cuenta en todos sus estudios y en todo su camino con la organización y la acción directa y autónoma de la masa.

A partir de esto la democracia socialista crea un tipo de organización totalmente distinta de la de los movimientos socialistas precedentes, por ejemplo, los movimientos de tipo jacobino-blanquista.

Lenin parece subestimar este hecho cuando en el libro citado expresa la opinión de que el socialdemócrata revolucionario no seria otro que un jacobino indisolublemente ligado a la *organización* del proletariado que ha *tomado conciencia* de sus intereses de clase. Para Lenin, la diferencia entre el socialismo democrático y el blanquismo se reduce al hecho de que hay un proletariado organizado y provisto de una conciencia de clase en lugar de un puñado de conjurados. Él olvida que esto implica una completa revisión de las ideas sobre la organización y, en consecuencia, una concepción totalmente distinta de la idea del centralismo, como así también de las relaciones recíprocas entre la organización y la lucha.

El blanquismo no se planteaba el problema de la acción inmediata de la clase obrera y por ello podía dejar de lado la organización de las masas. Al contrario, ya que las masas populares no debían entrar en escena sino en el momento de la revolución, mientras que la obra de preparación correspondía solamente al pequeño grupo armado para el golpe de fuerza, el éxito mismo del complot exigía que los iniciados se mantuvieran a distancia de la masa popular. Pero esto era igualmente posible y realizable porque no existía ningún contacto íntimo entre la actividad conspirativa de una organización blanquista y la vida cotidiana de las masas populares.

Al mismo tiempo la táctica, como también los objetivos concretos de la acción, ya que eran improvisados libremente a partir de la inspiración y sin contactos que el terreno de la lucha de clase elemental, podían ser fijados en sus detalles más pequeños y tomaban la forma de un plan predeterminado. En consecuencia, los miembros activos de la organización se transformaban en simples órganos ejecutores de las órdenes de una voluntad fijada con anticipación fuera de su propio campo de actividad, es decir, en *instrumentos* de un comité central. De aquí derivaba la segunda particularidad del centralismo conspirador: la sumisión absoluta y ciega de la sección del partido a la instancia central y la extensión de la autoridad de esta última a la extrema periferia de la organización.

193

Radicalmente distintas son las condiciones de las actividades de la social democracia. Ella surge históricamente de la lucha de clases elemental. y se mueve en esta contradicción dialéctica. Sólo en el curso de la lucha se recluta el ejército del proletariado y a su vez este último toma conciencia de los fines de ella. La organización, los progresos de la conciencia y la lucha no son fases particulares, separadas mecánicamente en el tiempo, como en el movimiento blanquista, sino por el contrario son aspectos distintos de un mismo y único proceso. Por una parte, fuera de los principios generales de la lucha, no existe una táctica ya elaborada en todos sus detalles que un comité central podría enseñar a sus tropas como en un cuartel; por la otra, las peripecias de la lucha, en el curso de la cual se crea la organización, determinan incesantes fluctuaciones en la esfera de influencia del partido socialista.

De aquí deriva que el centralismo socialdemócrata no podría basarse ni en la obediencia ciega, ni en una subordinación mecánica de los militantes al centro del partido. Además, no se pueden establecer compartimientos estancos entre el núcleo proletario consciente, sólidamente encuadrado en el partido, y los estratos contiguos del proletariado, cuya conciencia de clase crece cada día más a medida que son arrastrados a la lucha de clases.

Fundar el centralismo sobre estos dos principios —la subordinación ciega de todas las organizaciones hasta en los mínimos detalles al centro, que es el único que piensa, trabaja y decide por todos, y la separación rigurosa del núcleo organizativo respecto del ambiente revolucionario, como piensa Lenin— nos parece, por consiguiente, una trasposición mecánica de los principios blanquistas de organización de los círculos de conjurados al movimiento socialista de las masas obreras. Y nos parece que Lenin expresa su punto de vista de un modo tan sorprendente que ninguno de sus adversarios habría osado atribuirle, cuando define a su “socialdemócrata revolucionario” con un “jacobino ligado a la organización del proletariado que ha tomado conciencia de sus intereses de clase”.

En realidad, la socialdemocracia no está ligada a la organización de la clase obrera, ella es el *movimiento mismo* de la clase obrera. Es necesario, por lo tanto, que el centralismo de la socialdemocracia sea de naturaleza fundamentalmente distinta del centralismo blanquista. No podría ser otra cosa que la imperiosa concentración de la voluntad de la vanguardia consciente y militante de la clase obrera frente a sus grupos e individuos. Es, por así decirlo, un "autocentralismo" del estrato dirigente del proletariado, es el reino de la mayoría en el interior de su mismo partido.

194

Este análisis del contenido efectivo del centralismo socialdemócrata muestra ya que las condiciones indispensables para su realización no existen del todo en la Rusia moderna: la existencia de un contingente muy numeroso de obreros ya educados en la lucha política, y la posibilidad para ellos de desarrollar su acción específica mediante la influencia directa sobre la vida pública (en la prensa del partido, en congresos públicos, etcétera).

Esta última condición no podrá ser evidentemente realizada sino en la libertad política, en cuanto a la primera —la formación de una vanguardia proletaria consciente de sus intereses de clase y capaz de orientarse en la lucha política— está solamente a punto de brotar y todo el trabajo de agitación y de organización socialista debe tender a apresurar esta fase.

Es por ello muy extraño ver que Lenin profesa la opinión contraria: él está persuadido de que todas las condiciones preliminares para la constitución de un partido obrero potente y fuertemente centralizado existen ya en Rusia. Y si en un acto de optimismo proclama que en la actualidad *'no es más el proletariado, sino ciertos intelectuales de nuestro partido los que carecen de autoeducación en cuanto a espíritu de organización y de disciplina", y si glorifica la acción educadora de la fábrica, que habitúa al proletariado "a la disciplina y a la organización", todo esto prueba una vez más su concepción demasiado mecánica de la organización socialista.

La disciplina que Lenin tiene presente es inculcada al proletariado no sólo por la fábrica, sino también por el cuartel y por el burocratismo actual, en síntesis, por todo el mecanismo del Estado burgués centralizado.

Se hace un uso erróneo de las palabras y se cae en un error si se designa con el mismo término de "disciplina" dos nociones tan distintas como, por una parte, la ausencia de pensamiento y de voluntad en un cuerpo de los miles de manos y piernas que realizan movimientos automáticos, y, por la otra, la coordinación espontánea de los actos políticos conscientes de una colectividad. ¿Qué puede tener de común la docilidad bien guiada de una clase oprimida con la rebelión organizada de una clase que lucha por su

emancipación integral?

No es partiendo de la disciplina impuesta por el Estado capitalista al proletariado (después de haber simplemente sustituido a la autoridad de la burguesía la de un comité central socialista), sino extirpando hasta su última raíz estos hábitos de obediencia y de servidumbre como la clase obrera podrá adquirir el sentido de una nueva disciplina, de la autodisciplina libremente consentida por la socialdemocracia.

De aquí resulta que el centralismo en sentido socialista no podría ser una concepción absoluta aplicada a cualquier fase del movimiento obrero; es necesario concebirlo ante todo como una *tendencia* que se convierte en realidad en la medida del desarrollo y de la educación política de las masas obreras en el curso de sus luchas.

196

Vale decir que la ausencia de las condiciones más necesarias para la realización completa del centralismo en el movimiento ruso puede constituir un obstáculo muy serio.

Sin embargo, nos parece que sería un grueso error pensar que se podría sustituir “provisoriamente” en el partido el dominio aún irrealizable de la mayoría de los obreros conscientes por el poder absoluto de un comité central que actúa como por tácita “delegación”, y remplazar el control público ejercido por las masas obreras sobre los órganos del partido con el control opuesto del comité central sobre la actividad del proletariado revolucionario.

La misma historia del movimiento obrero en Rusia nos ofrece muchas pruebas del dudoso valor de un centralismo similar. Seria absurdo que un centro omnipotente, investido de un ilimitado derecho de control y de injerencia, según el ideal de Lenin, tuviera una competencia limitada a las funciones exclusivamente *técnicas* tales como la administración de los fondos, la división del trabajo entre los propagandistas y los agitadores, los transportes clandestinos de la prensa, la difusión de los periódicos, circulares, manifiestos. Se podría comprender el fin político de una institución munida de tales poderes, sólo si sus fuerzas fueran consagradas a la elaboración de una táctica uniforme de lucha y si ella asumiera la iniciativa de una vasta acción revolucionaria. ¿Pero que nos enseñan las vicisitudes atravesadas hasta ahora por el movimiento socialista en Rusia? Los cambios más importantes y fecundos de táctica en los últimos diez años no fueron debidos a los descubrimientos de algún dirigente y aún menos de órganos centrales, fueron siempre el producto espontáneo del movimiento en fase de actividad.

Así ocurre durante la primera etapa del movimiento verdaderamente proletario en Rusia, que puede datarse desde la huelga general espontánea

de Petrogrado en 1896, y que señala el comienzo de toda una fase de luchas económicas realizadas por las masas obreras. Así ocurre también en la segunda fase de la lucha, signada por las demostraciones callejeras, que se desarrollaron a partir de la agitación espontánea de los estudiantes de Petrogrado en marzo de 1901.

El gran giro sucesivo de la táctica que abrió nuevos horizontes estuvo signado —en 1903— por la huelga general de Rostov del Don: también una explosión espontánea, porque la huelga se transformó "por sí misma" en manifestación política con agitaciones callejeras, grandes actos populares abiertos y discursos públicos, que el más entusiasta de los revolucionarios no habría osado soñar algunos años antes.

En todos estos casos nuestra *causa* hizo progresos inmensos. La iniciativa y la dirección consciente de las organizaciones socialdemócratas sólo tuvieron una participación insignificante. Esto no se explica por el hecho de que tales organizaciones no estaban particularmente preparadas para esos acontecimientos (aunque dicha circunstancia haya podido influir), y aún menos por la ausencia de un aparato central omnipotente tal como el preconizado por Lenin. Por el contrario, es bastante probable que la existencia de un centro directivo de ese tipo no habría hecho más que aumentar la confusión de los comités locales, acentuando el contraste entre el asalto impetuoso de las masas y la posición prudente de la socialdemocracia. Por otra parte se puede observar que este mismo fenómeno —el papel insignificante de la iniciativa consciente de los órganos centrales en la elaboración de la táctica— se advierte en Alemania como en otras partes. A grandes líneas, la táctica de lucha de la socialdemocracia no debe, en general, ser "inventada"; es el resultado de una serie ininterrumpida de grandes actos creadores de la lucha de clases con frecuencia espontánea, que busca su camino.

196

El inconsciente precede lo consciente y la lógica del proceso histórico objetivo precede la lógica subjetiva de sus protagonistas. La función de los órganos directivos del partido socialista tiene en gran medida un carácter conservador: tal como nos enseña la experiencia, cada vez que el movimiento obrero conquista un terreno nuevo, estos órganos lo cultivan hasta sus límites extremos, pero al mismo tiempo lo transforman en un bastión contra procesos ulteriores de mayor amplitud.

La táctica actual de la socialdemocracia alemana es estimada universalmente por su agilidad y, al mismo tiempo, por su firmeza. Pero esta táctica denota solamente una admirable adaptación del partido, hasta en los mínimos detalles de la acción cotidiana, a las condiciones del régimen parlamentario: el partido ha estudiado metódicamente todos los recursos

de este terreno y sabe extraer beneficios sin derogar sus principios. Y sin embargo, la misma perfección de esta adaptación cierra horizontes más vastos. Se tiende *a* considerar a la táctica parlamentaria como inmutable, como la táctica específica de la lucha socialista. Ella se rehúsa, por ejemplo, a examinar la cuestión planteada por Parvus del cambio de táctica a considerar en el caso de la anulación del sufragio universal en Alemania; y sin embargo esta eventualidad es considerada con mucha seriedad por los jefes de la socialdemocracia.

Esta inercia es debida en gran paite al hecho de que es muy difícil definir, en el vacío de cálculos abstractos, los contornos y las formas concretas de coyunturas políticas todavía inexistentes y por ello imaginarias. Lo que importa siempre para la socialdemocracia no es evidentemente la preparación de un esquema ya definido para la táctica futura sino mantener el juicio histórico correcto sobre las formas de lucha correspondientes a cada momento dado, la comprensión viva de la relatividad de esa fase de lucha y de la ineluctabilidad del agravamiento de las tensiones revolucionarias desde el punto de vista del objetivo final de la lucha de clases. Pero confiando al órgano dirigente del partido poderes casi absolutos de carácter *negativo,* como quiere Lenin, no se hace sino reforzar hasta un punto muy peligroso el natural conservadurismo inherente a este órgano.

197

Si la táctica del partido es el producto no del comité central sino del conjunto del partido o, mejor aún. del conjunto del movimiento obrero, es evidente que las secciones y federaciones necesitan de esa libertad de acción que es la única que les permite utilizar todos los recursos de una situación y desarrollar su iniciativa revolucionaria. El ultracentralismo defendido por Lenin se nos aparece como impregnado no ya de un espíritu positivo y creador, sino más bien del espíritu estéril del vigilante nocturno. Toda su preocupación está dirigida a *controlar* la actividad del partido y no a fecundarla, a restringir el movimiento antes que a desarrollarlo, a destrozarlo antes que a unificarlo.

Una experiencia similar, en las circunstancias actuales, sería doblemente riesgosa para la socialdemocracia rusa. Ella está en el umbral de las batallas decisivas que la revolución dará al zarismo; está por comprometerse, o mejor dicho está ya comprometida, en una fase de intensa actividad creadora en el plano de la táctica y —lo que es natural en un periodo revolucionario— en una fase en la cual su esfera de influencia se ampliará y desplazará espontáneamente y a saltos. Intentar en tal momento encadenar la iniciativa del partido y rodearlo de alambradas, significa impedir que cumpla con las formidables tareas de la hora.

Todas las consideraciones generales que hemos expuesto a propósito de

la esencia del centralismo socialista no bastan para delinear un proyecto de estatuto adaptado a la organización del partido, determinado solamente por las condiciones en que se desarrolla la acción rusa. En última instancia, un estatuto de este tipo no puede ser determinado sino por las condiciones en que se efectúa la acción del partido en un periodo dado. Y ya que en Rusia se trata de la primera tentativa de poner en pie una gran organización del proletariado, es dudoso que un estatuto, cualquiera que el sea, pueda pretender ser infalible de antemano: antes es necesario que sufra la prueba de fuego. Pero lo que sí tenemos el derecho de deducir de la idea general que nos hemos hecho de la organización de la socialdemocracia, es que el espíritu de esta organización comporta, en especial al comienzo del movimiento de masas, la coordinación, la unificación del movimiento, y no ya su sumisión a un reglamento rígido. Y, a condición de que el partido sea preparado en este espíritu de ductilidad política que debe ir acompañado de una fidelidad absoluta a los principios y con el propósito de la unidad, podemos estar seguros de que la experiencia práctica corregirá las incongruencias del estatuto, por más desafortunada que pueda ser su redacción. Ya que no es la letra, sino el espíritu viviente que le confieren los militantes activos, lo que decide del valor de esta o aquella forma de organización.

Hasta aquí hemos examinado el problema del centralismo desde el punto de vista de los principios generales de la socialdemocracia y, en parte, bajo el aspecto de las condiciones particulares de Rusia. Pero el espíritu de cuartel del ultracentralismo preconizado por Lenin y por sus amigos no es, en efecto, el producto de un modo de proceder casual. Dicho espíritu se vincula a la lucha contra el oportunismo que Lenin extiende hasta el terreno de los detalles más minuciosos de la organización.

198

Se trata, dice Lenin, “de forjar un arma más o menos afilada contra el oportunismo. Y el arma debe ser tanto más eficaz cuanto más profundas sean las raíces del oportunismo”.

De igual modo, Lenin ve en los poderes absolutos que atribuye al comité central, y en el muro que eleva en torno al partido, un dique contra el oportunismo cuyas manifestaciones específicas provienen, a su entender, de la tendencia innata del intelectual a la autonomía y la desorganización, de su aversión por la disciplina estricta y por toda “burocracia”, necesaria, sin embargo, en la vida del partido.

Según Lenin, es sólo entre los intelectuales, que se mantienen individualistas e inclinados a la anarquía, aunque se hayan adherido al socialismo, donde se encuentra esta repugnancia a soportar la autoridad

absoluta de un comité central, en tanto que el proletario auténtico logra mediante su instinto de clase una especie de voluptuosidad con la que se abandona al puño de una sólida dirección y a todos los rigores de una disciplina despiadada.

"El burocratismo opuesto al democratismo", dice Lenin, "no significa otra cosa que el principio de organización de la socialdemocracia revolucionaria opuesto a los métodos de organización oportunistas". Él insiste sobre el hecho de que el mismo conflicto entre tendencias centralizadoras y tendencias autonomistas se manifiesta en todos los países en los que se enfrentan el socialismo revolucionario y el reformismo. Recuerda en particular los debates que suscita en la socialdemocracia alemana la cuestión de la autonomía que debe ser concedida a los colegios electorales. Y esto nos incita a verificar los paralelos establecidos por Lenin.

Comencemos observando que la exaltación de las facultades innatas de las que estarían provistos los proletarios en lo referente a la organización socialista, y la desconfianza frente a los intelectuales, no son en sí mismas expresiones de una mentalidad *marxista revolucionaria;* por el contrario, se podría demostrar fácilmente que estos argumentos se emparentan con el oportunismo.

El antagonismo entre los elementos proletarios puros y los intelectuales no proletarios es la bandera ideológica bajo la cual se reúnen: el semianarquismo de los sindicalistas puros franceses con su consigna semejante de "desconfiad de los políticos", el *trade-unionismo* inglés lleno de desconfianza hacia los "soñadores socialistas", y finalmente, si nuestras informaciones son exactas, ese "economismo puro" que no hace mucho tiempo predicaba en las filas de la socialdemocracia rusa el grupo que imprimía clandestinamente en Petrogrado la revista *Rabóchaya Mysl* [Pensamiento obrero].

199

Indudablemente no se podría negar que, en la mayor parte de los partidos socialistas de Europa occidental, existe un nexo entre el oportunismo y los intelectuales, como así también entre el oportunismo y las tendencias descentralizadoras.

Pero nada es más contrario al espíritu del marxismo, a su modo de pensar historicista y dialéctico, que separar los fenómenos de la *base histórica* de la que nacen y hacer esquemas abstractos de importancia absoluta y general.

Razonando abstractamente se puede reconocer solamente que el "intelectual", siendo un elemento social proveniente de la burguesía y extraño al proletariado, puede adherir al socialismo no ya por sus sentimientos de clase, sino al contrario, a su pesar. Es por esto que está

expuesto a las oscilaciones oportunistas mucho más que el proletario que encuentra en su instinto de clase un punto de apoyo revolucionario bastante sólido, por poco que conserve el vínculo con su ambiente de origen, la masa obrera. Sin embargo, la forma concreta que asume la tendencia del intelectual hacia el oportunismo, y sobre todo el modo en que esta tendencia se manifiesta en las cuestiones relativas a la organización, depende en cada caso del ambiente social concreto.

Los fenómenos observados en la vida del socialismo alemán, francés o italiano, a los que se refiere Lenin, son productos de una base social bien determinada, es decir, del parlamentarismo burgués. Y ya que este parlamentarismo es, por lo general, precisamente el vivero de todas las actuales tendencias oportunistas del socialismo de Europa occidental, genera también en particular las tendencias desorganizadas del oportunismo.

El parlamentarismo, tal como se presenta en Francia, Italia y Alemania, no alimenta solamente las muy conocidas ilusiones del oportunismo actual: la sobreestimación de la importancia de las reformas, la colaboración de las clases y de los partidos, el desarrollo pacífico, etcétera. Pero separando en las filas del partido socialista a los intelectuales de los obreros y colocándolos, en su condición de parlamentarios, en cierto modo por encima de los obreros, el parlamentarismo crea también un terreno propicio para el desarrollo práctico de estas ilusiones.

Finalmente, los progresos del movimiento obrero hacen del parlamentarrismo un trampolín para el “carrerismo” político, y es por esto que vemos cobijarse bajo los estandartes del partido socialista a muchos ambiciosos y desplazados pertenecientes a la burguesía.

Es a todas esas circunstancias que se debe atribuir la conocida tendencia del intelectual oportunista de los partidos socialistas de Europa occidental hacia la desorganización y la indisciplina.

Otra fuente muy determinada del oportunismo contemporáneo es la existencia de un movimiento socialista muy desarrollado y, en consecuencia, la existencia de una organización que dispone de considerables medios e influencias. Esta organización constituye una defensa del movimiento de clase contra las desviaciones en el sentido del parlamentarismo burgués, las cuales, para triunfar, deben tender a la destrucción de esta defensa y a sumergir la élite activa y consciente del proletariado en la masa amorfa del “cuerpo electoral”.

200

Es así como nacen las tendencias “autonomistas” y descentralizadoras perfectamente adaptadas a ciertos objetivos políticos; en consecuencia, conviene explicarlos no como hace Lenin por el carácter de desplazado del

"intelectual", sino por las necesidades del politiquero parlamentario burgués, no por la psicología del "intelectual", sino por la política oportunista.

La cuestión se presenta totalmente distinta en Rusia, bajo el régimen de la monarquía absoluta, donde el oportunismo del movimiento obrero es generalmente el producto no de la fuerza de la socialdemocracia ni de la descomposición de la sociedad burguesa, sino, al contrario, de las condiciones políticas atrasadas de esta sociedad.

El ambiente en el que se reclutan en Rusia los intelectuales socialistas es mucho menos burgués y más desclasado, en el sentido preciso de este término, que en Europa occidental. Esta circunstancia unida a la inmadurez del movimiento proletario en Rusia— ofrece, es cierto, un campo muy vasto a las teorizaciones falaces y a las oscilaciones oportunistas que llegan, por una parte, hasta la negación completa del aspecto político de las luchas obreras, y, por la otra, hasta la fe incondicional en la eficacia de los atentados aislados, o también hasta el quietismo político, el pantano del liberalismo y del idealismo kantiano.

Sin embargo nos parece que el intelectual ruso, miembros del partido socialdemócrata, difícilmente puede sentirse atraído por una labor de desorganización, porque una tendencia así no es favorecida ni por la existencia de un parlamento burgués, ni por el estado de ánimo del ambiente social. El intelectual occidental que profesa hoy el "culto del yo" y tiñe de moral aristocrática hasta sus veleidades socialistas, es el representante característico no de la "clase intelectual burguesa", en general, sino solamente de una fase determinada de su desarrollo: el producto de la decadencia burguesa. Por el contrario, los sueños utópicos y oportunistas de los intelectuales rusos, ganados para la causa del socialismo, tienden a rellenarse de fórmulas teóricas, en las que el *yo* no es exaltado, sino humillado, y la moral del renunciamiento y de la expiación es el principio dominante. Así como los *narodnikis* (o "populistas") del 1875 predicaban la absorción de los intelectuales por la masa campesina, y los partidarios de Tolstoi practican la evasión de los ciudadanos hacia la vida de la gente "simple", los factores del "economismo puro" en las filas de la socialdemocracia querían que ésta se inclinara ante "las manos callosas" del trabajador.

Se obtienen resultados muy distintos cuando en lugar de aplicar mecánicamente a Rusia los esquemas elaborados en Europa occidental nos esforzamos por estudiar el problema de la organización en relación con las condiciones específicas de la sociedad rusa.

201

De cualquier modo, atribuirle, como hace Lenin, una preferencia

inmutable por una forma determinada de organización y particularmente por la descentralización, significa ignorar la naturaleza íntima del oportunismo.

Ya se trate de organización o de otra cosa, el oportunismo sólo conoce un único principio: la ausencia de todo principio. Escoge sus medios de acción de acuerdo a las circunstancias, si estos medios le parecen aptos para lograr los fines que persigue.

Si con Lenin nosotros definimos al oportunismo como la tendencia a paralizar el movimiento revolucionario autónomo de la clase obrera y a transformarlo en instrumento de las ambiciones de los intelectuales burgueses, debemos reconocer que en las fases iniciales del movimiento obrero este objetivo puede ser alcanzado no mediante la descentralización, sino a través de una rígida *concentración,* que entregará este movimiento de proletarios aún incultos a los jefes intelectuales del comité central. En los comienzos del movimiento socialdemócrata en Alemania, cuando no existía todavía ni un sólido núcleo de proletarios conscientes, ni una táctica basada en la experiencia, hemos visto enfrentarse los partidarios de dos tipos opuestos de organización: el centralismo a ultranza, sostenido por la Asociación general de obreros alemanes fundada por Lasalle. y el autonomismo del partido que se constituyó en el congreso de Eisenach con la participación de W. Liebknecht y de A. Bebel. Aunque la táctica de los eisenacheanos era bastante confusa, desde el punto de vista de los principios, ella contribuyó infinitamente más que la acción de los lassalleanos. a suscitar en la masa obrera el despertar de una nueva conciencia. Y los proletarios desempeñaron rápidamente un papel preponderante en este partido (como se puede ver en la rápida aceleración de los periódicos obreros publicados en provincia), el movimiento se extendió rápidamente, en tanto que los lassalleanos, a pesar de todas sus experiencias de “dictadores”, llevaban a sus partidarios de una desventura a otra.

En general es fácil demostrar que cuando la cohesión entre los sectores revolucionarios de la clase obrera es aún débil y cuando el movimiento mismo avanza todavía con altibajos, es decir, cuando estamos en presencia de condiciones similares a las que hoy existen en Rusia, es precisamente el centralismo despótico y riguroso lo que caracteriza a los intentos organizativos de los intelectuales oportunistas. Exactamente como en un periodo posterior —bajo el régimen parlamentario *y con* un partido obrero sólidamente constituido— las tendencias oportunistas de los intelectuales se expresan en una propensión a la “descentralización”.

Si colocándonos desde el punto de vista de Lenin temiéramos sobre todo la influencia de los intelectuales en el movimiento obrero, no podríamos

concebir un peligro mayor para el partido socialista ruso que los planes de organización propuestos por Lenin. Nada podría someter más un movimiento obrero todavía tan joven a una élite de intelectuales, ávidos de poder, que esta coraza burocrática en la que se lo aprisiona para reducirlo a un autómata manejado por un "comité".

202

Y, por el contrario, contra los manejos oportunistas y las ambiciones personales, no existe garantía más eficaz que la actividad revolucionaria autónoma del proletariado, gracias a la cual adquiere el sentido de sus propias responsabilidades políticas.

En efecto, esto que hoy es un fantasma, que obsesiona la imaginación de Lenin, podría mañana convertirse en realidad.

No olvidemos que la revolución, que, estamos seguros, no tardará en estallar en Rusia, no es una revolución proletaria, sino una revolución burguesa, que modificará radicalmente todas las condiciones de la lucha socialista. Entonces los intelectuales rusos se embeberán también ellos rápidamente de la ideología burguesa. Si en la actualidad la socialdemocracia es la única guía d las masas obreras, después de la revolución se asistirá naturalmente a la tentativa de la burguesía, y en primer lugar de los intelectuales burgueses, de hacer de las masas la base de su dominio parlamentario.

El juego de los demagogos burgueses será bastante más fácil si en la actual fase de la lucha la acción espontánea, la iniciativa y el sentido político de la vanguardia obrera habrían sido coartados en su desarrollo y en su expansión por la tutela de un comité central autoritario.

Y en primer lugar, la idea que está en la base del centralismo a ultranza, es decir el querer obstaculizar el camino al oportunismo con los artículos de un estatuto, es fundamentalmente errónea.

Bajo la impresión de lo ocurrido recientemente en los partidos socialistas de Francia, Italia y Alemania los socialdemócratas rusos son propensos a considerar al oportunismo en general como un ingrediente extraño, introducido en el movimiento obrero por los representantes del democratismo burgués. Aunque así fuese, las sanciones de un estatuto serían impotentes contra esta intrusión de elementos oportunistas. Dado que el aflujo de afiliados no proletarios en el partido obrero es el efecto de causas sociales profundas, tales como la decadencia económica de la pequeña burguesía, el fracaso del liberalismo burgués, la decadencia de la democracia burguesa, sería verdaderamente una piadosa ilusión pensar en detener este ímpetu tumultuoso con la barrera de una fórmula inserta en el estatuto.

Los artículos de un reglamento pueden dominar la vida de pequeñas sectas y de cenáculos privados, pero una corriente histórica pasa a través de las mallas de los parágrafos más sutiles. Pero además es un error muy grande creer que se pueda defender los intereses de la clase obrera rechazando los elementos que la disgregación de las clases burguesas impulsa en masa hacia el socialismo. La socialdemocracia siempre afirmó representar, junto a los intereses de la clase obrera, la totalidad de las aspiraciones progresistas de la sociedad contemporánea y los intereses de todos aquellos que son oprimidos por el dominio de la burguesía. Esto no se debe entender sólo en el sentido de que dicho conjunto de intereses está idealmente comprendido en el programa socialista. El mismo postulado se traduce en la realidad con la evolución histórica que hace de la socialdemocracia, como *partido político,* el refugio natural de todos los elementos insatisfechos y de tal manera el partido de todo el pueblo contra la ínfima minoría burguesa que detenta el poder.



Pero es necesario que los socialistas sepan siempre subordinar a los fines supremos de la clase obrera todas las necesidades, todos los rencores, todas las esperanzas de la multitud heterogénea que acude a ellos. La socialdemocracia debe contener el tumulto de la oposición no proletaria en los cuadros de la acción revolucionaria del proletariado y, en una palabra, asimilar los elementos que se aproximan a ella.

Esto no es posible sino a condición de que la socialdemocracia constituya ya un núcleo proletario fuerte y políticamente educado, bastante consciente de ser capaz, como hasta ahora ha ocurrido en Alemania, de arrastrar a remolque a los contingentes de desclasados y de pequeños burgueses que entran en el partido. En este caso, un mayor rigor en la aplicación del principio del centralismo y una disciplina más severa, formulada explícitamente en los artículos del estatuto, pueden constituir una salvaguardia eficaz contra las desviaciones oportunistas. En efecto, existen todas las razones para considerar a la forma de organización prevista por el estatuto como un sistema defensivo directo contra el asalto oportunista; es así como el socialismo revolucionario francés se ha defendido contra la confusión jauresista. Y una modificación en el mismo sentido del estatuto de la socialdemocracia alemana constituiría una medida bastante acertada. Pero, aún en este caso, no se debe considerar al estatuto como un arma que en cualquier momento es de por sí suficiente: no es más que un medio extremo de coerción para dar ejecutividad a la voluntad de la mayoría proletaria que predomina efectivamente en el partido. Si esta mayoría fallara, las sanciones más tremendas formuladas en el papel serían inoperantes.

Sin embargo, esta afluencia de elementos burgueses no es por cierto la única causa de las corrientes oportunistas que se manifiestan en el seno de la socialdemocracia. Otra causa se manifiesta en la esencia misma de la lucha socialista y en las contradicciones inherentes a ella. El movimiento mundial del proletariado hacia su emancipación total es un proceso cuya particularidad consiste en lo siguiente: por primera vez desde que existe la sociedad civil, las masas populares hacen valer su voluntad conscientemente y frente a todas las clases dominantes, mientras que la realización de esta voluntad sólo es posible más allá de los límites del actual sistema social. Pero las masas no pueden adquirir y fortificar dentro de sí esta voluntad sino en la lucha cotidiana contra el orden constituido, o sea en los límites de este orden. Por una parte las masas populares, por la otra un fin situado más allá del orden social existente; por un lado la lucha cotidiana, y por el otro la revolución: tales son los términos de la contradicción dialéctica en la que se mueve el movimiento socialista. De aquí resulta la necesidad de desplazarse hábilmente entre dos escollos: uno es la pérdida de su carácter de masa, el otro la renuncia al objetivo final, la recaída al estado de secta y la transformación en un movimiento reformista burgués.

204

He aquí por qué es una ilusión contraria a las enseñanzas de la historia querer fijar de una vez por todas la dirección revolucionaria de la lucha socialista y querer garantizar para siempre al movimiento obrero de todas las desviaciones oportunistas. Indudablemente la doctrina de Marx nos provee de los medios infalibles para denunciar y combatir las manifestaciones típicas del oportunismo. Pero como el movimiento socialista es un movimiento de masa, y los escollos que lo amenazan son los productos no de artífices insidiosos sino de condiciones sociales ineluctables, es imposible precaverse anticipadamente contra la posibilidad de oscilaciones oportunistas. Sólo podemos superarlas con el mismo movimiento ayudándonos, como es obvio, con los recursos que ofrece la doctrina marxista, y solamente después que las desviaciones, cualesquiera ellas sean, hayan adquirido una forma tangible en la acción práctica.

Considerado desde este punto de vista, el oportunismo aparecería como un producto del movimiento obrero y como una fase inevitable de su desarrollo histórico. Especialmente en Rusia, donde la socialdemocracia ha nacido hace poco y las condiciones políticas en las que se forma el movimiento obrero son extremadamente anormales, el oportunismo es en gran medida el resultado de las inevitables vacilaciones y de las tentativas, en medio de las cuales la acción socialista se abre camino en un terreno distinto de cualquier otro.

Si las cosas son de este modo, no podemos menos que sorprendernos por la pretensión de alejar la posibilidad misma de toda desviación

oportunista escribiendo ciertas palabras en lugar de otras en el estatuto del partido. Tal tentativa de exorcizar al oportunismo con un pedazo de papel puede ser extremadamente perjudicial, no para el oportunismo, sino para el movimiento socialista en cuanto tal. Frenando las pulsaciones de una vida orgánica sana, se debilita al cuerpo y se disminuye su resistencia y también su espíritu combativo, no sólo contra el oportunismo, sino también —y esto debería tener una gran importancia— contra el ordenamiento social existente. El medio propuesto se opone al fin.

En esta premura obsesiva por establecer la tutela de un comité central omnisciente y omnipotente, por preservar un movimiento obrero tan prometedor y tan vigoroso de cualquier imprudencia, creemos advertir síntomas de ese mismo *subjetivismo* que ya ha jugado algunas malas pasadas al pensamiento socialista en Rusia. Es verdaderamente divertido observar las extrañas cabriolas que la historia hace hacer al respetable "sujeto" humano en su actividad histórica. Aplastado y casi reducido a polvo por el absolutismo ruso, el *yo* toma su revancha en la medida en que, en su pensamiento revolucionario, se pone a sí mismo sobre el trono y se proclama omnipotente, bajo la forma de un comité de conjurados, en nombre de una inexistente "Voluntad del Pueblo". Pero el "objeto" demuestra ser el más fuerte y el *knut* no tarda en triunfar puesto que representa la expresión "legítima" de esta fase del proceso histórico.

205

Finalmente, vemos aparecer en la escena un hijo todavía más "legítimo" del proceso histórico: el movimiento obrero ruso. Por primera vez en la historia rusa, sienta con éxito las bases para la formación de una auténtica voluntad popular. Pero he aquí que el *yo* del revolucionario ruso se apresura a hacer cabriolas y una vez más se proclama dirigente omnipotente de la historia, esta vez en la persona de Su Alteza el Comité Central del movimiento obrero socialdemócrata. El hábil acróbata ni siquiera advierte que el único "sujeto" al que corresponde hoy el papel de dirigente es el *yo* colectivo de la clase obrera, que reclama resueltamente el derecho de cometer ella misma las equivocaciones y de aprender ella misma la dialéctica de la historia. Y en fin, digamos francamente entre nosotros: los errores cometidos por un verdadero movimiento obrero revolucionario son históricamente de una fecundidad y de un valor incomparablemente mayores que la infalibilidad del mejor de los comités centrales.

# SOCIALDEMOCRACIA Y PARLAMENTARISMO [1]

## I

El Reichstag ha vuelto a reunirse bajo síntomas concomitantes muy significativos. Por una parte, ataques descarados de la prensa reaccionaria del calibre de la *Post* contra el sufragio universal y, por otra parte, signos claros de "cansancio parlamentario" en los propios círculos burgueses, con la posposición, cada vez más llamativa, de la convocatoria del Reichstag hasta poco antes de las vacaciones de Navidad: todo esto proporciona una imagen brutal de la rápida decadencia del parlamento alemán más importante y de su significado político. Está perfectamente claro, ahora, que el Reichstag sólo se reúne principalmente para aprobar el presupuesto, un nuevo proyecto de ley sobre el ejército, nuevos créditos para la guerra colonial africana,[2] con, en el trasfondo, apuntando ya, nuevas exigencias inevitables de la marina y los tratados comerciales: hechos consumados todos, resultado de la acción *extraparlamentaria* de factores políticos, ante los cuales se sitúa al Reichstag para que, como máquina de decir sí, suministre los medios de esta política extraparlamentaria. Hasta qué punto la burguesía acepta este papel lamentable de su parlamento y participa con plena *conciencia* en esta sumisión, lo muestra en forma clásica la declaración de un periódico berlinés de la izquierda liberal que, en presencia de las nuevas y exorbitantes demandas militares —que representan un aumento del ejército permanente en más de 10.000 hombres y de los gastos correspondientes, en el próximo quinquenio, de más de 74 millones, y le son presentadas al Reichstag con la amenaza usual, a la manera de una pistola

[1] * En este artículo, Rosa Luxemburgo da algunas indicaciones con respecto a la táctica que ha de adoptar un partido revolucionario, en condiciones precisas —en el caso concreto, la socialdemocracia alemana—, en su acción parlamentaria. Entre tales indicaciones, una es fundamental: la lucha de clase proletaria es la que ordena la acción parlamentaria y también la extraparlamentaria. Al poner así. en el primer lugar de la política del partido, la lucha proletaria, Rosa Luxemburgo toma posición frente al oportunismo de los dirigentes de la socialdemocracia alemana que consideraban que la democracia burguesa era la forma histórica de la realización progresiva del socialismo. Desde *Reforma social o revolución,* Rosa Luxemburgo había mostrado que en la época del imperialismo se da un debilitamiento de la democracia, la cual, no siendo asumida ya por la burguesía, sólo tiene en adelante como único defensor consecuente al proletariado. Lo que no quiere decir que el proletariado pueda contentarse con la democracia burguesa; por el contrario, la lucha por las reformas sociales constituye para el proletariado el medio para llegar al fin: la revolución socialista. [E.]

[2] A principios de 1904, los herreros se habían sublevado en el Africa suroccidental contra la explotación *y* la opresión de las autoridades coloniales alemanas. En octubre de 1904 se adhirieron a la revuelta los hotentotes. Solamente a principios de 1907, las tropas coloniales alemanas, en forma brutal, con prepotencia militar, lograron reprimir la revuelta.

puesta ante el pecho, de que, en otro caso, volverá a introducirse el servicio de tres años—, dice, anticipándose, con un silencioso suspiro: puesto que la representación popular no puede querer esto (el servicio de tres años), el proyecto de ley relativo al ejército *"puede considerarse ciertamente desde hoy ya como aprobado".* Y, por supuesto, esta profecía heroica del liberalismo acertará tan brillantemente como todo otro cálculo que la vergonzosa autoalienación de la mayoría burguesa del Reichstag tome como punto de partida.

207

Tenernos aquí ante nosotros, en los destinos del Reichstag alemán, una parte importante de la historia del parlamentarismo burgués en general, de cuyas tendencias y conexiones internas es importante que la clase trabajadora —y tiene interés en hacerlo— cobre conciencia clara.

Constituye una ilusión histórica, no sólo explicable, sino además necesaria, de la burguesía que lucha por el poder —y más aún de la que ya lo ha conquistado—, el que su parlamento sea el eje central de la vida social y la fuerza motora de la historia. Concepción, por lo demás, cuya flor natural es aquel famoso "cretinismo parlamentario" que, ante el complacido chapoteo verbal de un par de cientos de diputados en una cámara legislativa burguesa, no advierte las fuerzas históricas ingentes que afuera, en el seno de la evolución social, actúan con magnífica independencia de la farsa legisladora. Y es precisamente este juego de las ciegas fuerzas elementales de la evolución social, en que la propia clase burguesa participa aun sin saberlo, lo que conduce a socavar incontenibilemente no sólo el significado pretensioso, sino también cualquier otro significado del parlamentarismo burgués.

En efecto, según puede comprobarse en los destinos del Reichstag alemán con mayor fuerza que en cualquier otro país, es el doble efecto de la evolución, tanto *nacional* como *internacional,* lo que produce la decadencia del parlamentarismo burgués. Por una parte, la *política mundial,* que en los últimos diez años ha adquirido un auge enorme, arrastra toda la vida económica y social de los países capitalistas en un torbellino de efectos, conflictos y transformaciones imprevisibles, en el que los parlamentos burgueses son lanzados impotentes, como un madero en un mar tormentoso, de un lugar para otro.

Y por otra parte, la docilidad y la impotencia del parlamento burgués frente a dicho asalto del oleaje político universal, frente al militarismo, el marinismo y la política colonial, son fomentadas y maduradas por la evolución interna de las clases y los partidos de la sociedad capitalista.

208

Lejos de ser un producto absoluto de la evolución democrática, del progreso del género humano o de otras bellas cosas por el estilo, el

parlamentarismo es, antes bien *la forma histórica concreta del dominio de clase de la burguesía* y —esto no es más que el otro lado de dicho dominio— de su *lucha con el feudalismo.* El parlamentarismo sólo permanece en vida mientras dura el conflicto entre la burguesía y el feudalismo, Y si la fuerza vivificadora de esta lucha se apaga, entonces pierde el parlamentarismo, desde el punto de vista burgués, su finalidad histórica. Es el caso, sin embargo, que desde hace un cuarto de siglo, la característica general de la evolución política es en los países capitalistas un *compromiso* entre la burguesía y el feudalismo. El que se borre la diferencia entre los *whigs* y los *tories* en Inglaterra, o entre los republicanos y la nobleza clerical y monárquica en Francia, es producto y manifestación de este compromiso. En Alemania, el compromiso se encontraba ya en la cuna de la emancipación de clase de la burguesía, luego, ahogó su punto de partida —la Revolución de Marzo—, y confirió de antemano al parlamentarismo alemán, la figura estropeada de un engendro oscilando constantemente entre la vida y la muerte. El conflicto prusiano relativo a la Constitución,[3] constituyó la última llamarada de la lucha de clases de la burguesía alemana contra la monarquía feudal. Desde entonces, la base del parlamentarismo, esto es, la coincidencia de la representación popular con el poder gubernamental, no se regula en Alemania, como en Inglaterra, Italia o los Estados Unidos, por ejemplo, de modo que el gobierno se extraiga de la mayoría parlamentaria en cada caso, sino de un modo *inverso,* que corresponde a la particular miseria prusiano-alemana: todo partido burgués que llega en el Reichstag al poder, se convierte *eo ipso* en *partido gubernamental,* esto es, en instrumento de la reacción feudal. Véanse si no, los destinos de los liberales y de los centristas.

El compromiso feudal-burgués, perfeccionado en forma tal, que desde el punto de vista histórico ha reducido al parlamentarismo mismo a un rudimento y un órgano desprovisto de función propia, ha producido también, con lógica obligada, todos los rasgos de la decadencia parlamentaria que hoy llaman la atención. En efecto, mientras subsiste la lucha de clases entre la burguesía y la monarquía feudal, la lucha abierta de los partidos en el parlamento constituye su medio de expresión apropiado. Pero, en cambio, sobre el terreno del compromiso perfeccionado, las luchas de partido burguesas en el parlamento carecen de objeto. Los conflictos de intereses entre los diversos grupos de la reacción feudal-burguesa dominante ya no se resuelven por medio de demostraciones de fuerza en el

[3] En 1862, Otto, Príncipe von Bismarck, había sido nombrado presidente del consejo de ministros, con el encargo de imponer en el congreso de los diputados la reforma del ejército, contra la resistencia de la burguesía que había negado los fondos. Al eliminar el parlamento, desencadenó en Prusia una crisis política, que creaba condiciones favorables para una unión revolucionaria y política en Alemania. Por temor al proletariado, la burguesía no supo aprovechar dicha posibilidad.

parlamento, sino por el sistema del regateo entre bastidores. Lo que queda todavía de luchas parlamentarias abiertas ya no son en modo alguno conflictos de *clase* o de *partido,* sino, a lo sumo, en países atrasados como Austria, por ejemplo, pugnas de nacionalidades, esto es, de *camarillas,* cuya forma parlamentaria apropiada es la pendencia, el escándalo.

209

Al extinguirse las luchas parlamentarias burguesas, desaparecen también sus órganos naturales, esto es, las personalidades parlamentarias descollantes, los grandes oradores y los grandes discursos. La lucha verbal como medio parlamentario, sólo tiene objeto para un partido de lucha que cuenta con un respaldo popular. El hablar en el parlamento es *siempre* un hablar "a través de la ventana". En cambio, desde el punto de vista del regateo tras bastidores, como método normal de conciliación de los conflictos de intereses, las batallas verbales carecen de sentido, cuando no son inclusive contraproducentes. De ahí el disgusto de los partidos burgueses a propósito del "excesivo discursear" en el Reichstag; de ahí el vago sentimiento paralizante de inutilidad que pesa como una losa de plomo, sobre las campañas oratorias de los partidos burgueses, y convierte el Reichstag en una casa de la aridez intelectual más mortal.

Y finalmente, el compromiso feudal-burgués ha puesto en entredicho la piedra angular misma del parlamentarismo: *el propio sufragio universal.* También éste, en efecto, sólo tenía sentido histórico, desde el punto de vista burgués, como arma en la lucha entre las dos grandes fracciones de las clases acomodadas. Era necesario para la burguesía, a fin de movilizar "al pueblo" contra el feudalismo; era necesario, para el feudalismo, para conducir al campesinado contra la ciudad industrial. Pero después que el conflicto mismo ha desembocado en un compromiso y, que de los dos polos de la ciudad y el campo, en lugar de tropas liberales y agrarias ha surgido algo distinto —*la socialdemocracia —,* el sufragio universal se ha convertido, desde el punto de vista de los intereses dominantes burgueses y feudales, en un absurdo.

En esta forma, pues, ha recorrido el parlamentarismo burgués el ciclo de su evolución histórica y ha llegado a su propia negación. Es el caso, sin embargo, que, como causa y consecuencia de estos destinos de la burguesía, la socialdemocracia ha pasado a ocupar el lugar de la misma, tanto en el país como en el parlamento. Y si el parlamentarismo ha perdido para la sociedad capitalista todo contenido, en cambio, se ha convertido para la clase trabajadora ascendente en uno de los medios más poderosos e indispensables de la lucha de clases. Salvar el parlamentarismo burgués de manos de la burguesía *y contra* la burguesía, he aquí una de las tareas políticas más urgentes de la socialdemocracia.

Formulada en esta forma, la tarea se presenta en sí misma como una contradicción. Sólo que, como dice Hegel: *la contradicción es lo que conduce adelante.* De la tarea contradictoria de la socialdemocracia con respecto al parlamentarismo burgués resulta la obligación, pues, de proteger y reforzar esta ruina decadente de la magnificencia democrático-burguesa, de modo tal, que acelere tanto el hundimiento definitivo del orden burgués en su conjunto como la toma del poder por el proletariado socialista.

210

## II

Está muy extendida en nuestras filas la idea de que una exposición sin rodeos de la decadencia interna del parlamentarismo burgués y una crítica severa franca de éste constituye un curso político arriesgado, porque se desilusiona en esta forma al pueblo acerca del valor del parlamentarismo, y se facilita así el trabajo de zapa de la reacción contra el sufragio universal.

Para todo el que está íntimamente familiarizado con la ideología de la socialdemocracia y adhiere a ella, la inconsistencia de semejantes consideraciones es obvia. En efecto, jamás pueden cuidarse los verdaderos intereses tanto de la socialdemocracia como de la democracia en general, mediante el ocultamiento de conexiones reales ante la gran masa del pueblo. Las astucias diplomáticas servirán de vez en cuando, sin duda, como medio de pequeñas tretas parlamentarias de las camarillas burguesas. Pero el gran movimiento histórico de la socialdemocracia sólo practica, frente a la masa trabajadora, la franqueza y la sinceridad más completas, ya que su esencia propia y su misión histórica consisten precisamente en despertar en el proletariado la *conciencia* clara de los resortes del desarrollo burgués, tanto en su conjunto como en sus detalles.

Particularmente, en relación con el parlamentarismo, el conocimiento de las verdaderas causas de su decadencia, tal como resultan del desarrollo burgués con lógica férrea, es absolutamente necesario para poner en guardia a la masa obrera con conciencia de clase, contra la ilusión perniciosa de que, mediante la atenuación y el amortiguamiento de la lucha de clases socialdemócrata, podría ayudarse a que la democracia y la oposición burguesas cobraran artificialmente nueva vida en el parlamento.

Las consecuencias extremas de la aplicación de *este* método de salvar el parlamentarismo, las estamos presenciando actualmente en la táctica ministerialista de Jaurés en Francia. En efecto, se funda en un doble artificio. Por una parte, en difundir en los círculos obreros esperanzas e ilusiones exageradas acerca de las conquistas positivas que pueden esperar del parlamentarismo *en general.* El parlamento burgués no sólo es alabado

como el instrumento predestinado del progreso social, de la justicia social, de la mejora de la clase trabajadora, de la paz universal y de otras maravillas de esta clase, sino que se presenta además directamente como el medio predestinado para la realización de los *objetivos finales* del socialismo. En esta forma, todas las esperanzas, todos los esfuerzos y toda la atención de la clase trabajadora se concentran en el parlamento.

Por otra parte, en el propio parlamento, la actitud de los socialistas ministeriales se orienta exclusivamente a llevar al poder y mantener en vida el lamentable resto, muerto interiormente, de democracia burguesa. Para este fin, se niega por completo la oposición de clases de la política proletaria con respecto a la política democrático-burguesa, se renuncia a la oposición socialista y, finalmente, los propios socialistas de Jaurés se presentan en su táctica parlamentaria como puros demócratas burgueses. De los verdaderos demócratas, estos demócratas disfrazados sólo se distinguen por la etiqueta socialista y... por su mayor moderación.

211

Una mayor negación de sí mismo y un mayor sacrificio del socialismo en el altar del parlamentarismo burgués apenas son posibles. ¿Cuáles son los resultados?

El efecto fatal de la táctica jauresiana sobre el movimiento de clase del proletariado francés es conocido de sobrar la disolución de la organización obrera, la confusión de los conceptos, la desmoralización de los diputados socialistas. Pero no es esto lo que importa, sino las consecuencias de dicha táctica para *el propio parlamentario.* Y éstos son totalmente fatales. En efecto, la democracia burguesa, los republicanos, los “radicales”, no sólo no se han rejuvenecido y reforzado en su política, sino que, por el contrario, han perdido para el socialismo, que hasta cierto punto los respaldaba, todo respeto. Pero es mucho más peligroso todavía otro síntoma, que en estos días se va poniendo de manifiesto: *la desilusión creciente de los propios trabajadores franceses en relación con el parlamentarismo.* Es obvio, en efecto, que las excesivas ilusiones cultivadas en el proletariado por la política de frases de Jaurés, habían de conducir forzosamente a un violento revés, y han conducido efectivamente al punto en que una buena parte de los trabajadores franceses ya no quieran saber nada, no sólo de Jaurés, sino del parlamento y de la política en general.

Acaba de sorprendernos el órgano normalmente tan inteligente y eficaz de los jóvenes marxistas franceses, el *bíouvement Socialiste,* con una serie de artículos en los que se predica el abandono del parlamentarismo en favor del puro sindicalismo y se presenta la lucha puramente económica de los trabajadores como el “verdadero revoluciona rismo”. Simultáneamente, otro periódico socialista de provincia, el *TravaUleur de l’Yonne,* propone una

idea más original todavía, en la que expone que la acción parlamentaria es totalmente estéril y corruptora para el proletariado, por lo que sería mejor renunciar en adelante, totalmente, a la elección de diputados socialistas y no enviar eventualmente al parlamento más que a diputados radicales burgueses.

Éstos son, pues, los bellos resultados de la acción jauresiana de salvación del parlamentarismo: una repugnancia creciente en el pueblo por toda acción parlamentaria, y un retorno al *anarquismo* o, en pocas palabras, el mayor peligro verdadero para la subsistencia del parlamento y aun de la propia república en general.

Sin duda, semejantes desviaciones de la praxis socialista con respecto al terreno de la lucha de clases no se conciben en Alemania en las condiciones actuales. Pero las consecuencias extremas a las que dicha táctica ha llegado en Francia, sirven también de clara advertencia para todo el movimiento internacional del proletariado, en el sentido de que no debe emprender, en su tarea de proteger el parlamentarismo burgués decadente, este camino. El verdadero camino es, antes bien, no el que va por la desvirtuación y el abandono de la lucha de clase proletaria sino, precisamente al revés, el que conduce a través de la insistencia en dicha lucha y su mayor propagación, y aun tanto *en* el parlamento como fuera de él. Y para esto se requieren tanto el refuerzo de la *acción extraparlamentaria* del proletariado como una determinada conformación de la acción *parlamentaria* de nuestros diputados.

212

En oposición directa al supuesto erróneo de la táctica de Jaurés, los fundamentos del parlamentarismo están tanto mejor y más seguramente protegidos cuanto más nuestra táctica no se funda en el parlamento solo, sino también en la acción directa de la masa proletaria. El peligro para el sufragio universal se reduce en la medida en que damos a entender claramente a la clase gobernante que la verdadera fuerza de la socialdemocracia no se basa en modo alguno en la acción de sus diputados en el Reichstag, sino que se encuentra afuera, en el propio pueblo, “en la calle”, y que la socialdemocracia está en su caso en condiciones, y en disposición, de movilizar también directamente al pueblo en defensa de sus derechos políticos. No queremos decir con esto que baste, por ejemplo, tener la huelga general en cierto modo como un medio automático en el bolsillo, para consideramos armados contra todas las eventualidades de la política. Sin duda, la huelga general política es una de las manifestaciones más importantes de la acción de masas del proletariado, y es absolutamente necesario que la clase trabajadora alemana se acostumbre a considerar también este medio, probado hasta ahora solamente en los países latinos, sin pretensión y sin doctrinarismo, como una de las formas de lucha que

eventualmente podría probarse también en Alemania. Pero es más importante, con todo, la conformación total de nuestra agitación, de nuestra prensa, en el sentido de que la masa trabajadora confía cada vez más en su propia fuerza y en su propia actividad, y no considera las luchas parlamentarias como eje central de la vida política.

Se relaciona directamente con esto nuestra táctica en el propio Reichstag. Aquello que facilita tanto cada vez a nuestros diputados su magnífica campaña y su papel destacado, es indudablemente —debemos percatarnos claramente de ello— la ausencia, en el Reichstag, de toda democracia y oposición burguesas dignas de dichos nombres. En efecto, frente a la mayoría reaccionaria, le resulta fácil la tarea a la socialdemocracia, en cuanto única intérprete consecuente y segura de los intereses del bienestar del pueblo y del progreso en todos los dominios de la vida pública.

213

Pero precisamente, de esta situación peculiar resulta para la minoría socialdemócrata la difícil tarea de actuar no sólo como representante de un *partido de oposición,* sino también como representante de una *clase revolucionaria.* En otros términos: resulta la tarea, no sólo de criticar la política de las clases gobernantes desde el punto de vista de los intereses actuales del pueblo, esto es, desde el punto de vista de la sociedad existente, sino de presentarle también ante los ojos, a cada paso, el ideal de la sociedad socialista, que va más allá de la política burguesa aun más progresista. Y si en cada debate del Reichstag el pueblo puede convencerse sin lugar a duda de cuánto mejor, más avanzadas y económicamente más ventajosas estarían las cosas en el Estado actual si se aceptaran cada vez los deseos y las mociones de la socialdemocracia, habrá de convencerse con mucha mayor frecuencia que hoy, a partir de los debates en el Reichstag, de cuán necesario es revolucionar el orden conjunto para realizar el socialismo.

En el último número de los *Socialistische Monatshefte* (Cuadernos mensuales socialistas) escribe Bissolati. uno de los directivos de los oportunistas italianos, en su artículo sobre las elecciones italianas,[4] entre otras, esta frase:

> En mi opinión, constituye una prueba del atraso de la vida política, el que la lucha de los diversos partidos verse todavía sobre sus tendencias básicas, en lugar de sobre cuestiones sueltas, que surgen de la realidad de la vida cotidiana y confieren expresión a dichas tendencias.

[4] Leonida Bissolati, “El resultado de las elecciones italianas”, en *Sozialistische Monatshefte.* Berlín, 1904, vol. II, cuaderno 2, p. 955.

Es obvio que este razonamiento, típico del oportunismo, pone la verdad de cabeza. En efecto, con el desarrollo y el fortalecimiento de la socialdemocracia, será cada vez más necesario que, sobre todo en el parlamento, *no* baje aquélla a las cuestiones particulares de la vida cotidiana y sólo practique oposición, sino que ponga cada vez más de manifiesto su "tendencia básica", esto es: el empeño, de la toma del poder por el proletariado, para los fines de la revolución socialista.

Cuanto más, en violenta disonancia con el tono banal y soso y la monótona rutina de todos los partidos burgueses, resuene en el Reichstag la franca y estimulante agitación de la socialdemocracia, no sólo en favor de su programa mínimo, sino también de los fines socialistas, tanto más subirá aquél en el respeto de las grandes masas populares. Y tanto más firme será también la garantía de que dichas masas no se dejarán arrancar pasivamente dicha tribuna y, con ella, el sufragio universal.

# LA REVOLUCIÓN EN RUSIA [I] [1]

[1] * Los seis artículos que siguen, escritos todos ellos entre enero y febrero de 1905, constituyen una serie de lecciones políticas que Rosa Luxemburgo saca de los acontecimientos revolucionarios en Rusia. Lecciones para la socialdemocracia alemana y para los revolucionarios rusos, pero también, lecciones siempre actuales, ya que la lucha de clase proletaria en una situación revolucionaria y más aún en el mismo "hacer la revolución", es la lección de la que siempre puede aprender el proletariado.

En el primer artículo, *La revolución en Rusia* [I], Rosa Luxemburgo pone en relación la jornada del 22 de enero de 1905 en San Petersburgo con la huelga de mineros del Ruhr que duró de mediados de enero hasta el 9 de febrero de ese mismo año. Sobre la "guerrilla parlamentaria", domina así, de nuevo, la lucha de masas proletarias, anunciando la "próxima aurora revolucionaria". A partir de ese "domingo sangriento" de San Petersburgo, que señala el principio de la revolución en Rusia, toda la actividad teórica de Rosa Luxemburgo se consagra a estudiar la revolución. Ésa es la única forma de deshacerse de esquemas preestablecidos. En esas jomadas revolucionarias que empiezan el 22 de enero, la lucha de clases muestra su verdadero rostro, y el movimiento obrero, su fuerza: hay que "aprender" a descifrar las lecciones misteriosas de esa "esfinge".

*Después del primer acto* insiste en la necesidad de asimilar teóricamente el nuevo fenómeno revolucionario. Las revoluciones son una "mina de experiencias históricas y políticas", por eso, la socialdemocracia y los socialdemócratas han de ser estudiantes eternos: Marx, para quien la política era un "largo estudio", *lo* había enseñado.

Ya desde esta serie de artículos, cuando Rosa Luxemburgo sólo conocía los acontecimientos revolucionarios de Rusia por la prensa, aparecen conclusiones de gran importancia:

1) De inmediato, la revolución rusa representa para Rosa Luxemburgo una etapa importante en la historia del movimiento obrero. Si durante las revoluciones de los siglos XVIII y XIX, el proletariado constituía sólo una fuerza de apoyo y la burguesía la fuerza dirigente, ahora es totalmente distinto; el motor de la revolución rusa es el proletariado. Precisamente por eso, la revolución rusa marca una nueva época para los movimientos revolucionarios.

2) Este papel del proletariado que constituye la gran originalidad de la revolución rusa, sólo es posible gracias al desarrollo de la gran industria, gracias al desarrollo del capitalismo y al trabajo de educación llevado a cabo por la socialdemocracia. Desde estos primeros artículos de comienzos de 1905, Rosa Luxemburgo señala este aspecto de la revolución rusa: ninguna otra revolución anterior había tenido un carácter proletario tan marcado, tan puro.

3) Rosa Luxemburgo señala con insistencia que en Rusia el proletariado no actúa como "representante histórico de la burguesía" (*La revolución en Rusia* [iv]), es decir, no está realizando una revolución burguesa de tipo clásico, y esto a pesar de que eventualmente la revolución termine simplemente permitiendo a la burguesía tomar el poder. Si esto sucediera así, se trataría de un aspecto puramente "formal". En la medida en que el proletariado impulsa y dirige la revolución, se trata en realidad de la contradicción capital-trabajo plenamente desarrollada. De aquí el carácter contradictorio de esta revolución: burguesa en la forma, pero la contradicción burguesía-proletariado dominando la contradicción burguesía-absolutismo. Los revolucionarios rusos no se limitan a reivindicar las libertades políticas, la democracia contra el absolutismo zarista, atacan igualmente la explotación capitalista, insistiendo entonces en una serie de reivindicaciones proletarias: salarios, organización sindical, jomada de trabajo de ocho horas. Así pues, contra las interpretaciones socialdemócratas que consideran que la revolución en Rusia ha de contentarse con ser una revolución burguesa, Rosa Luxemburgo sostiene que en Rusia la revolución ha cambiado de carácter: la clase obrera es la única portadora del movimiento revolucionario.

4) A lo largo de estos artículos, sobre todo en *La revolución en Rusia* [ni], Rosa Luxemburgo insiste también en la modestia que cualquier partido revolucionario ha de mantener ante la historia. El punto de partida de toda acción de masas, es una situación política que ninguna organización puede determinar arbitrariamente: las situaciones históricas no son provocadas por decisiones del partido; son las contradicciones del capitalismo las que crean estas situaciones. En este sentido, toda revolución es "inesperada" (*La revolución en Rusia* [ni; la socialdemocracia no puede "fabricar revoluciones", ya que las revoluciones "que se fabrican, que se organizan y se dirigen de acuerdo a un plan preestablecido" (Ibid.), sólo existen en la imaginación de los policías rusos y de los procuradores prusianos. Pero, por otra parte, Rosa Luxemburgo insiste en el papel de la socialdemocracia, del partido, en la revolución rusa; ésta no ha sido una "rebelión a ciegas de esclavos oprimidos" (*La revolución en Rusia* [nt]), sino un "movimiento verdaderamente político del proletariado urbano con conciencia de su pertenencia de clase". (Ibid.) Este trabajo fue preparado pacientemente por el Largo trabajo de topo de la socialdemocracia. Así, el papel de la socialdemocracia es

Ya me levanto furioso hacia la altura
ya me retiro con calma

El mundo capitalista, y con él la lucha de clases internacional, parece querer salir finalmente del estancamiento, de la fase prolongada de la guerrilla parlamentaria, y entrar de nuevo en un periodo de luchas de masas. No es sin duda el gallo galo, esta vez, el que, según Marx lo había esperado, vuelve a anunciar con su desenvuelto canto la próxima aurora revolucionaria en Europa. Precisamente, los lodazales del periodo parlamentario se han revelado particularmente peligrosos para Francia, que parece haber soltado provisionalmente las riendas de la dirección internacional de la lucha de clases. El punto de partida de la próxima ola revolucionaria se ha desplazado del oeste hacia el este; en efecto, en Alemania y en Rusia han estallado casi simultáneamente dos luchas sociales formidables, dos levantamientos proletarios en masa, que de golpe han vuelto a llevar a la superficie, las fuerzas elementales que trabajan en el seno de la sociedad moderna, y han esparcido a todos los vientos, como briznas de paja, las ilusiones acerca del curso tranquilo, "regular", que la evolución debía mantener en adelante, y que durante la calma internacional se habían acumulado en abundancia. ¿Quién ha "querido" la huelga en la región del Ruhr[2] y quién la ha "provocado"? Si en ocasiones se dio en otra

---

doble: *antes* de la revolución debe explicar y organizar, asegurar su influencia sobre las masas y formar un núcleo sólido de obreros bien educados y que saben a dónde van, *durante* la revolución ha de conquistar "el lugar dominante" y "dominar la corriente en plena corriente" (La *revolución en Rusia* [IV]).

Ciertamente, esta *espontaneidad* de la situación revolucionaria y de la huelga de masas no es la espontaneidad que se ha querido atribuir a Rosa Luxemburgo y que vendría a identificarse con un puro voluntarismo; por el contrario, por espontaneidad Rosa Luxemburgo entiende lo imprevisible de las situaciones revolucionarias, su carácter brusco, su inmediatez. El adjetivo *elemental* que emplea con frecuencia, es sinónimo de la espontaneidad entendida en el último sentido. La espontaneidad de esas situaciones no significa que las mismas se den a partir de nada, sino que se trata siempre de frutos de una larga preparación y de un largo trabajo. Por eso, para explicar la revolución rusa de 1905, Rosa Luxemburgo va hasta la huelga general de Petersburgo de 1896. Se ve así el sentido político revolucionario de Rosa Luxemburgo: es la historia de la lucha de clase proletaria la que explica el carácter de las nuevas luchas y el de las situaciones revolucionarias. [E.]

[2] El 7 de enero de 1905, los mineros de la mina Bruchstrasse, en Langendreer, habían abandonado el trabajo como protesta por prolongaciones de las horas de trabajo y contra el paro proyectado de algunas minas. Hasta el 16 de enero se habían sumado a la huelga unos 100.000 trabajadores de otras minas. Bajo la presión de los mineros, los dirigentes de los sindicatos libres, de los sindicatos cristianos y de las asociaciones mineras de Hirsch-Duncker, se vieron obligados el 17 de enero, a proclamar la huelga. A continuación hubo diariamente unos 215.000 mineros en lucha por el turno de ocho horas, por aumento de sueldos, por la seguridad en las minas y por la supresión de todas las medidas disciplinarias por causa de actividad política. El 9 de febrero, contra la voluntad de los trabajadores, el comité director, en el que tenían mayoría los reformistas y los líderes de los gremios burgueses, decretó, sin resultado, el fin de la huelga.

forma, en ésta, todo obrero organizado y con total o parcial conciencia de clase se esforzó y empeñó —las asociaciones obreras confesionales, los sindicatos libres y la socialdemocracia— más bien por *impedir* el fin de la huelga que por provocarlo. Si sólo se hubiera tratado de una gran huelga, de una lucha amplia por el salario, como las que de vez en cuando se producen, entonces también se la habría podido acaso hacer fracasar, posponer o dividir. Pero, puesto que el movimiento de la región del Ruhr no era en modo alguno, por su carácter general —por la diversidad de los elementos que estaban en la base y que en su totalidad agotan la existencia entera del proletariado minero, así como por la indeterminación de su motivación última—, una lucha parcial contra tal o cual aspecto concreto, sino, en el fondo, un levantamiento de los esclavos del salario contra el *dominio del capital* como tal, en su configuración más aparente, el movimiento estalló como una tormenta atmosférica, con fuerza elemental. La parte consciente organizada del proletariado, no tenía más elección que la de ponerse al frente de la marea viva o verse descartada violentamente por ella. Y es por esto que la huelga general de la región del Ruhr constituye un ejemplo típico, aleccionador, del papel que la socialdemocracia tendrá que asumir también en todas partes, en los levantamientos proletarios en un futuro más o menos próximo; un ejemplo que pone de manifiesto el carácter absolutamente ridículo de todas las cómodas disquisiciones literarias acerca de si nosotros "hacemos" la revolución, o si nos desprendemos de ese método "anticuado" e "incivil" y preferimos con frecuencia dejarnos llevar por votación, al parlamento.

217

La misma enseñanza histórica, en otra forma, también nos la ofrece *Petersburgo* en este momento. Los grandes acontecimientos revolucionarios poseen la particularidad de que. por mucho que hayan sido anticipados y esperados, con todo, tan pronto como se producen, se presentan ante nosotros en su complicación y su configuración concreta, como una esfinge, como un problema que ha de comprenderse, indagarse y aprenderse en cada una de sus fibras. Y para mayor abundamiento, está perfectamente claro que la actual revolución rusa no se deja comprender con meras frases por el estilo de los "témpanos crujientes", "estepas infinitas", "almas cansadas que sollozan en silencio" y otros giros poéticos por el estilo muy del gusto de periodistas burgueses, Cuyo conocimiento de Rusia proviene en su totalidad de la más reciente representación teatral gorkiana de *Asilo de noche* o de un par de novelas de Tolstoi, y quienes, con una ignorancia moderadamente benigna, se deslizan por encima de los problemas de ambos hemisferios. Por otra parte, también constituiría manifiestamente un botín harto exiguo de prudencia política y enseñanza histórica, el que, a título de primera y más importante conclusión, quisiéramos extraer de la

revolución de Petersburgo, con *L'Humanité* de james, la seguridad verdaderamente aniquiladora para el absolutismo ruso y reconfortante para el proletariado mundial de que, después de la matanza[3] de Petersburgo, el último Romanov se había hecho en cierto modo indeseable para la diplomacia burguesa y que ningún "monarca constitucional" o "jefe de Estado republicano" podía considerarlo en adelante digno de una *alianza.*

Pero, ante todo, sería absolutamente equivocado pensar que la socialdemocracia de Europa occidental sólo quisiera ver en la revolución rusa, un absurdo asentimiento como el de un Ben Akíba, una histórica imitación simiesca de aquello que en Alemania y en Francia "hemos tenido" desde hace tiempo. En efecto, contrariamente a Hegel, cabe decir, con mucha mayor razón, que en la historia *nada* se repite dos veces. Y así, la revolución rusa, que *formalmente* sólo recupera para Rusia lo que la revolución de febrero y marzo llevó a cabo hace medio siglo para la Europa occidental y central, es no obstante al propio tiempo —*precisamente* por ser un elemento rezagado de las revoluciones europeas—. una forma absolutamente particular y única.

218

Rusia aparece en el escenario de la revolución mundial como el país más atrasado y, desde el punto de vista de la evolución *burguesa* de clase, no puede en modo alguno sostener la comparación con la Alemania anterior al mes de marzo. Pero precisamente por esto, la revolución rusa actual ostenta, contrariamente a todas las opiniones comentes, un carácter proletario de clase más pronunciado que todas las revoluciones anteriores. Sin duda, los objetivos inmediatos del levantamiento actual en Rusia no van más allá de una Constitución estatal democrático-burguesa, y el resultado final de la crisis, que tal vez y con toda probabilidad pueda demorarse todavía en rápida alternancia de flujo y reflujo por muchos años, no será acaso más que una raquítica Constitución. Y sin embargo, esta revolución, condenada históricamente al parto de ese engendro burgués, es una revolución tan auténticamente proletaria, como la que más entre todas las anteriores

Ante todo, falta totalmente en Rusia aquella clase social que en todas las revoluciones anteriores desempeñaba el papel principal, el papel de guía, por cuanto, capa intermedia entre la burguesía y el proletariado, se convertía para ambos en *eslabón* de enlace, condicionaba el carácter democrático de las luchas de clase burguesas, conquistaba así al

[3] El 22 de enero de 1905, 140.000 trabajadores se dirigieron en manifestación, en Petersburgo, al Palacio de Invierno, con una petición en la que suplicaban al zar que fueran mejoradas sus condiciones de existencia. Los manifestantes, entre los que figuraban también mujeres y niños, fueron recibidos, por orden del zar. con descargas de fusil. Murieron más de 1.000 individuos y fueron heridos más de 5 000. Este derramamiento de sangre desencadenó una serie de huelgas de protesta en toda Rusia.

proletariado para las huestes de la burguesía y proporcionaba el mecanismo material indispensable de todas las revoluciones precedentes. Nos referimos a la *pequeña burguesía.* Ésta era indudablemente, en efecto, el aglutinante vivo que en las revoluciones europeas soldaba en una acción común las capas diversas y el que en las luchas de clase, que por su *contenido* histórico eran movimientos de la *burguesía,* actuaba como creador y exponente de la ficción necesaria de la totalidad del "pueblo". La propia pequeña burguesía era también la *educadora* política, ideológica e intelectual del proletariado, y precisamente en aquella revolución de febrero, en que el proletariado parisiense aparece por primera vez con conciencia de clase y se separa de la clase burguesa, es donde en mayor grado se pone de manifiesto la influencia de la pequeña burguesía.

En Rusia, una pequeña burguesía en el sentido europeo moderno, ni siquiera existe. Hay baluarte sin duda, una burguesía provinciana, pero ésta constituye precisamente el amparo mayor de la reacción política y de la barbarie intelectual.

En cambio, desempeña en Rusia un papel análogo al de la pequeña burguesía la capa extensa de la *intelligentsia,* constituida por las llamadas profesiones liberales. Ésta es la que desde siempre se ha dedicado en masa a la educación de la clase trabajadora. Sin embargo, esta intelectualidad misma no es, como antaño en Alemania y en Francia, la representación ideológica de determinadas clases de la burguesía liberal y de la pequeña burguesía democrática. Porque la *burguesía* tampoco es en Rusia exponente, como clase, del liberalismo, sino del conservadurismo reaccionario o, lo que de hecho es peor todavía, de la total pasividad reaccionaria. Por su parte, el liberalismo no ha salido, en la marmita de brujas de Rusia, de una tendencia burguesa moderna y progresista del capitalismo industrial, sino, antes bien, de la *nobleza agraria* de espíritu liberal, impelida a la oposición por la atención que en forma obligada el Estado presta al capitalismo. Con esto queda ya dicho que el liberalismo ruso no posee en sí, ni la fuerza revolucionaria de un sano movimiento de clase moderno, ni tiene aquella afinidad natural y aquellos puntos de contacto con la clase obrera que se daban entre la burguesía industrial liberal y el proletariado industrial en los países europeos. La debilidad enfermiza y la cobardía interna del liberalismo agrario ruso, lo mismo que su enajenación con respecto al proletariado industrial urbano, se daban, pues, en estas condiciones; pero es el caso que así quedaba eliminado allí el liberalismo como guía político y educador de la clase trabajadora.

219

La labor de ilustración, capacitación y organización de la masa del proletariado, que era llevada a cabo en todos los países en las épocas prerrevolucionarias por clases, partidos e ideólogos burgueses, en Rusia

quedó exclusivamente a cargo de la intelectualidad, pero no precisamente de la intelectualidad ideológicamente burguesa, sino de los intelectuales revolucionarios, *socialistas,* que habían roto con su clase, que actuaban como representación ideológica de la propia *clase trabajadora.* La suma total de conciencia de clase y de madurez e idealismo políticos que ha encontrado expresión en el levantamiento en masa del proletariado de Petersburgo y se ha convertido en acción, esta suma hay que atribuirla exclusivamente a la infatigable labor de zapa, durante decenios, de la agitación socialista o, más exactamente, socialdemócrata.

Y esta suma es, si se mira más de cerca, *enorme.* Sin duda, la primera aparición de la masa trabajadora de Petersburgo ha llevado todavía a la superficie diversas escorias: fe ilusa en el zar, guías casuales aún desconocidos la víspera, etcétera. Como en todas las grandes erupciones revolucionarías, la lava candente arrastra todavía inicialmente toda clase de lodo, desde el fondo hasta el borde del cráter. Pero es el caso, con todo, que entre estas casualidades del momento y estos rudimentos de una ideología tradicional, que por lo demás quedan eliminados vertiginosamente en el fuego de la situación revolucionaria, se ponen claramente de manifiesto los gérmenes vigorosos, sanos, bien desarrollados de la conciencia de clase auténticamente proletaria, así como también aquel sencillo idealismo heroico, *sin* pose y *sin* la teatralidad de los grandes momentos históricos *burgueses,* que constituyen un síntoma típico y seguro de todos los movimientos de clase del ilustrado proletariado moderno. Además, todo aquel que conoce siquiera superficialmente las condiciones rusas, sabe que también contrariamente a los ejemplos de Europa occidental, el proletariado de la *provincia* rusa, arrastrado ahora progresivamente por la ola revolucionaria, el proletariado del sur, del oeste y del Cáucaso, tiene considerablemente más conciencia de clase y está mejor organizado que el proletariado de la capital de los zares.

220

Sin duda, este primer levantamiento en masa de la clase trabajadora de Petersburgo ha debido constituir para la propia socialdemocracia rusa una sorpresa: es manifiesto que tampoco la *dirección* externa de la grandiosa revuelta política se encontraba en sus manos. Es probable, pues, que se esté propensa a hablar de que los acontecimientos “se le han anticipado” a la socialdemocracia rusa. Si con esto se quiere aludir al crecimiento elemental del movimiento en *extensión* y *rapidez* más allá de los cálculos de los agitadores, y también más allá de las fuerzas y medios de éstos para su dominio y conducción, entonces el comentario en cuestión se aplica, sin duda alguna, al momento actual en Rusia. Pero, ¡ay de la socialdemocracia que en el momento histórico correspondiente *no* logre conjurar en el escenario social a espíritus que “se le anticipen” *en el sentido indicado'.* Esto

sólo demostraría, con otras palabras, que la socialdemocracia no sabe poner en marcha un verdadero *movimiento de masas* revolucionario; porque lo cierto es que las revoluciones provocadas, organizadas y dirigidas conforme a un plan o, en una palabra, las revoluciones "fabricadas", sólo existen en la fantasía floreciente de las almas policiacas de Puttkamer o de los procuradores generales rusos y prusianos.

Pero si con el "anticipársele" se quiere significar que la *orientación,* la *fuerza* y el *fenómeno* mismo de la revolución proletaria han constituido para los políticos una sorpresa, que en su curso impetuoso aquélla ha fijado *sus objetivos* mucho más allá de lo que se esperaba, entonces la socialdemocracia es hoy directamente *el único factor* de la vida pública en el imperio de los zares al que los acontecimientos de Petersburgo *no* se le han anticipado, el único que domina intelectualmente la situación por completo.

El repentino levantamiento político de masas del proletariado de Petersburgo fue un rayo en cielo sereno, no sólo para los imbéciles cretinos de la banda de ladrones del zarismo; sino también para el basto grupo, corto de entendimiento, de los ricachones industriales que ocupan en Rusia el lugar de la burguesía. Y no lo fue menos para los liberales rusos, para los tragones, *ad matorem libertatis gloriam,* que en las aceras de Kíev y Odesa recibieron a los oradores proletarios que se presentaban con gritos de abucheo y de "¡fuera!"; para los Struve y compañía, quienes, la *víspera* misma de la revolución de Petersburgo, consideraban de hecho la acción revolucionaria del proletariado ruso como una "categoría abstracta" y creían poder derribar las murallas de Jericó del absolutismo con el maullar y gimotear liberal de las "muy respetables personalidades".

Y finalmente, no lo fue menos, tampoco, para aquella capa móvil, poco coherente, de íos revolucionarios de la intelectualidad, quienes, meciéndose constantemente de un lado a otro como juncos al viento, ya creen únicamente en la bomba o el revólver salvadores grabados con palabras terribles, ya únicamente en los ciegos tumultos campesinos, o bien, en nada en absoluto; estos intelectuales lanzan alternativamente gritos de júbilo o llevan la muerte en el alma y oscilan entre el terrorismo y el liberalismo y viceversa, como la arena movediza de la revolución, y lo único en lo que nunca han logrado creer firmemente es en la acción independiente de clase del proletariado ruso.

221

Y únicamente los dogmáticos rígidos de la socialdemocracia rusa, los Plejánov, Axelrod, Zasúlich y sus discípulos, esta sociedad antipática y obstinada, que en determinados círculos de la Internacional goza de la misma honrosa impopularidad que los guesdistas franceses, han *predicho,* con la inconmovible tranquilidad y seguridad que sóio confiere una ideología

científica coherente, el advenimiento del 22 de enero en Petersburgo, y han contribuido con su agitación consciente a *prepararlo* y *provocarlo.*

Ha sido efectivamente el "dogma" marxista el que le ha permitido a la socialdemocracia rusa prever, hace más de veinte años, en la extraña peculiaridad de las condiciones sociales en Rusia y con seguridad casi matemática, las grandes líneas de la evolución capitalista y anticipar *y* realizar, con una actividad metódica, sus consecuencias revolucionarias.

Fue el "dogma" marxista el que permitió a los socialdemócratas descubrir en Rusia a la clase trabajadora primero como clase política y exponente futuro único de la emancipación con respecto al absolutismo zarista y luego de la propia emancipación, con respecto al dominio capitalista.

Y el propio "dogma" marxista hizo que la socialdemocracia rusa defendiera contra todo y contra todos la tarea y la política de clase independientes, la política de la clase trabajadora, cuando la existencia *física* de dicha clase había que descubrirla, en Rusia, a través del lenguaje coriáceo de las estadísticas industriales oficiales; cuando primero había que contar las fábricas rusas y cuando a casi cada proletario numérico había en cierto modo que conquistarlo primero entre acaloradas polémicas.

Y todo esto, cuando el vacilante intelectual ruso volvía a atormentarse de nuevo por preocupaciones acerca de que el capitalismo ruso no se desarrollara "en amplitud", sino "en profundidad", esto es, que la industria, equipada con la técnica desarrollada en el extranjero, ocupara *demasiado pocos* proletarios, de modo que la clase trabajadora rusa pudiera resultar acaso demasiado débil para su tarea; cuando para la "sociedad", la existencia *cultural* del proletariado ruso sólo se descubrió a partir de las memorables publicaciones del acceso de los trabajadores a las salas de lectura públicas, tal como suele descubrirse la existencia de nuevas tribus salvajes en las selvas vírgenes americanas. Y aún anteayer, cuando, pese al enorme movimiento socialista ruso, en el extranjero se creía ante todo y sobre todo, con auténtica obstinación doctrinaria, en el movimiento *liberal* del imperio zarista. Y ayer todavía, en presencia de la guerra,[4] de hecho, una vez más, no se creía en la acción de clase de los proletarios rusos, sino que se ponían todas las esperanzas en los *japoneses.*

222

Y todavía a última hora, una y otra vez, reinaba la incredulidad acerca de la política revolucionaria independiente de la clase trabajadora socialdemócrata, y se pensaba, a lo sumo, en una mezcla de todos los partidos "revolucionarios" y de "oposición" en Rusia, esto es, en un pastel

[4] * En enero de 1904, Japón emprendió una guerra imperialista contra Rusia, por el dominio de algunas regiones del este. La severa derrota de las tropas rusas en 1905, debilitó el zarismo y facilitó la crisis revolucionaria en Rusia. [E.]

político, al que la política proletaria, junto con todas las demás, habría de sumarse con la mayor urgencia, “por razones superiores” y “en presencia del gran momento”.

El 22 de enero convirtió el verbo en carne y mostró al proletariado ruso, en una política revolucionaria independiente, ante el mundo entero. Es el espíritu *marxisla* el que en las calles de Petersburgo ha librado la primera gran batalla por la libertad rusa, y es él el que a la corta o a la larga, con la imperiosa necesidad de una ley natural, obtendrá la victoria.

# DESPUÉS DEL PRIMER ACTO

Hace una semana escribíamos acerca de la revolución en *Petersburgo*[1] y hoy tenemos la revolución casi en el imperio entero. En todas las ciudades importantes —en Moscú, Riga, Vilna, en Livonia y en Mitau, en Yekaterinoslav y Kíev, en Varsovia y Lodz—; los proletarios han reaccionado a la matanza de Petersburgo con huelgas en masa —en Varsovia con una huelga general en sentido literal—, y han demostrado enérgicamente su solidaridad de clase con el proletariado de la ribera del Neva. Y con las masas que pasan a la acción, crece también, por decirlo con Marx, "la solidez" de las masas, resultado de esta misma acción.

En Petersburgo, el levantamiento del proletariado fue espontáneo, y la señal la dio un líder casual, pero los objetivos, el programa y, por consiguiente, el *carácter político* de la sublevación fueron obra, según lo confirman ahora informes más detallados, de la intervención directa de los trabajadores socialdemócratas. En el resto del imperio, especialmente en Polonia, la paternidad y la dirección del movimiento estuvieron de buenas a primeras en manos de la socialdemocracia. Sin duda, tampoco aquí en el sentido de que la socialdemocracia por sí misma y según su propio criterio hubiese sacado las huelgas de masas de la nada; antes bien, tuvo que adaptarse en todas partes a la presión de la clase obrera, que ya a las primeras noticias y los primeros rumores de los acontecimientos de Petersburgo se emocionó y pasó instintivamente a la acción solidaria. Pero fue la socialdemocracia, con todo, la que prestó inmediatamente a los asaltos de la masa la expresión necesaria, la consigna política y la orientación clara.

Así es como la revolución rusa, considerada *en conjunto,* asumió ya al día siguiente de la matanza del 22 de enero, el carácter declarado de una sublevación política de clase del proletariado. Precisamente, el eco que los acontecimientos de Petersburgo encontraron en seguida en otras regiones industriales de Rusia, constituye la mejor prueba de que no se trataba, en modo alguno, en la capital, de una ciega revuelta aislada y desesperada de un sector obrero determinado, de las que en Rusia se han producido muchas y sanguinarias, y desde siempre entre los campesinos, sino que fue una expresión del mismo fermento y de las mismas aspiraciones que abrigan los trabajadores industriales en el reino entero. Una acción de solidaridad de

[1] * Rosa Luxemburgo se refiere al artículo anterior, *La revolución en Rusia* [i], [E.]

esta clase, consciente y declarada, y aun de solidaridad *política* de la clase trabajadora en las diversas ciudades y regiones de Rusia, no se había producido nunca antes, desde que el imperio de los zares existe. Ni siquiera la fiesta de mayo, cuya idea ha ejercido en Rusia una gran influencia, había logrado jamás producir una manifestación de masas de algún grado de coherencia. Únicamente la lucha inmediata ha hecho que se diera de pronto esta acción, y ha demostrado por vez primera, que la clase trabajadora en el imperio de los zares ya no es en modo alguno un concepto abstracto o un agregado mecánico de grupos proletarios aislados, de intereses homogéneos y aspiraciones paralelas, sino un todo orgánico, capaz de acción, y una *clase política,* con una voluntad colectiva y una conciencia común de clase. Desde las luchas de la semana pasada, ya no hay en el imperio zarista trabajadores rusos esparcidos en el norte, el sur y el este, proletarios letones, judíos, polacos, que sacuden, cada grupo por sí, las cadenas de la esclavitud común. Frente al zarismo se levanta hoy una falange proletaria cerrada, *única,* que con enormes sacrificios ha demostrado en la lucha que sabe burlar a fondo la antiquísima consigna de la sabiduría política de todo despotismo, el *divide et impera,* y que, gracias a la sangre vertida, se ha convertido mucho más eficazmente que mediante todos los "convenios" en el papel y todos los conventículos secretos de partidos, en una clase revolucionaria *única.*

224

Reside en esto el valor perdurable de la última semana de enero, que en la historia del proletariado internacional y de su lucha de emancipación habrá de formar época. El proletariado ruso ha subido por primera vez el escenario político como fuerza independiente, como el proletariado parisiense en la carnicería de junio,[2] ha recibido en la matanza del 22 de enero su bautismo de sangre, y se ha incorporado como nuevo miembro activo a la familia internacional del proletariado militante.

Que este hecho formidable no existe para el literato burgués, que se limita a acuñar urgentísimamente en moneda corriente, para fines de propaganda de Moss, el temido martirio de Máximo Gorki, esto es perfectamente normal.[3] Y si a título de diversión queremos observar, por una vez, en su forma más pura los saltos grotescos de la "inteligencia" burguesa de nuestros días frente a la tragedia histórica de la ribera del Neva, basta leer el periódico del señor Harden, *Zwkunft* (Futuro), bañado en todas

[2] En junio de 1848, el proletariado parisiense se había levantado contra la burguesía francesa que mandó cerrar los talleres nacionales. Unos 133.000 trabajadores quedaban así sin trabajo y sin ingreso. La burguesía, los pequeñoburgueses y los monárquicos formaban un frente compacto contra la sublevación, que en tres días fue reprimida sangrientamente por una fuerza militar superior.

[3] Máximo Gorki, expuesto ya reiteradamente a las represalias de las autoridades zaristas por su participación en la lucha del proletariado revolucionario, había sido detenido, después de la manifestación de los trabajadores de Petersburgo del 22 de enero. Fue puesto en libertad, bajo fianza, el 27 de febrero.

las aguas negras de la decadencia "moderna", que en competencia con las agencias telegráficas de Trépov, demuestra, negro sobre blanco, que el Estado político actual de Rusia "satisface las necesidades de la masa rusa", rehabilita ante el mundo a los "pobres" trabajadores de Petersburgo, "engañados" por demagogos, como piadosos y leales corderitos del zar, y declara que la marcha de la muerte de 2.000 proletarios en lucha por la libertad no es nada en comparación con la revuelta de los decembristas[4] de hace 80 años, en la que *"inclusive* oficiales de la guardia" habían proclamado ya en una ocasión la República. Los cerebros burgueses normales jamás estuvieron en condiciones, ni en sus mejores tiempos, de comprender la grandeza histórica de las luchas proletarias. Y es obvio que mucho menos lo estarán todavía los cerebros enanos de la burguesía de la decadencia.

225

Pero también para la socialdemocracia internacional, el levantamiento del proletariado ruso es un nuevo fenómeno que hay que asimilar primero intelectualmente. Somos todos nosotros, en nuestros estados de conciencia inmediatos, por dialécticamente que pensemos, unos incorregibles metafísicos que adherimos a la invariabilidad de las cosas. Y pese a que seamos el partido del progreso social, toda porción sana de progreso que se ha producido invisiblemente y se presenta de repente ante nuestros ojos en su forma acabada, constituye para nosotros mismos una sorpresa, a la que sólo *a posteriori* podemos adaptar nuestras ideas. Y es el caso que, para más de un socialdemócrata de Europa occidental, el proletario ruso sigue viviendo como el mujik, el campesino de pelo largo rubio, de pies cubiertos con trapos y de expresión facial estúpida, venido del campo solamente desde ayer, esto es, un huésped extraño en el mundo civilizado de la ciudad moderna. No se ha observado en absoluto cómo se ha producido el ascenso cultural e intelectual del proletariado ruso por el capitalismo y luego por la labor educadora socialdemócrata bajo la losa de plomo del absolutismo; cómo el mujik de ayer se ha convertido en el proletario urbano ambicioso, ávido de saber, idealista y dispuesto a la lucha, de hoy. Y si se tiene en cuenta que la agitación socialdemócrata propiamente dicha apenas data en Rusia de 15 años y que el primer intento de la lucha de masas sindical tuvo lugar en Petersburgo el año 1896,[5] entonces el ritmo del trabajo interno de zapa del progreso social ha de considerarse verdaderamente como

[4] Los "decembristas", "aristócratas revolucionarios" (Lenin) que, por temor de la actividad de las masas populares, actuaban aisladamente con respecto a ésta», habían organizado el 14 de diciembre de 1825 en Petersburgo, una sublevación militar contra el absolutismo zarista y el gobierno feudal, movimiento que fue sofocado el mismo día por tropas zaristas.

[5] * Bajo la dirección de la Alianza por la lucha de la liberación de la clase obrera, en el verano de 1896. alrededor de 30.000 trabajadores de la industria textil fueron a la huelga. Exigían el pago de los días festivos y la disminución de la jornada de trabajo. Para impedir la extensión de la huelga hacia una huelga general, las reivindicaciones de los trabajadores fueron parcialmente satisfechas y la huelga terminó tres semanas después.

*vertiginoso.* Todas las nieblas perezosas y los vapores en fermento del estancamiento han sido desgarrados de repente y barridos por la tormenta proletaria, y ahí donde ayer parecía elevarse todavía fantasmalmente una enigmática plaza fuerte del rígido estancamiento secular, ahí tenemos hoy ante nosotros una tierra revuelta y agitada por las más modernas tempestades, de la que se proyecta sobre todo el mundo burgués un formidable resplandor de incendio.

226

Es una lección profunda de optimismo revolucionario la que nos proporcionan los acontecimientos de Petersburgo, A través de mil obstáculos, a través del baluarte medieval, sin todas las condiciones de vida políticas y sociales modernas, se impone la ley férrea de la evolución capitalista en el nacimiento, el crecimiento y la conciencia del proletariado como clase. Y solamente en erupciones volcánicas de la revolución se pone de manifiesto cuán rápida y profundamente ha trabajado el joven topo. ¡Cuán alegremente trabaja primero bajo los pies de la sociedad burguesa europea occidental! Querer medir la madurez política y la energía revolucionaria latente de la clase trabajadora con estadísticas electorales o cifras de sindicato o de colegio electoral, esto equivale a querer medir el Mont Blanc con la cinta métrica del sastre. En los llamados días normales de la vida cotidiana burguesa, ni siquiera sabemos cuán vigorosamente nuestras ideas han arraigado ya, cuán fuerte es el proletariado y cuán podrida está ya internamente la estructura de la sociedad dominante. Y todas las fluctuaciones y desviaciones del oportunismo desembocan, finalmente, en un cálculo falso en relación con las fuerzas del movimiento socialista, en una ilusión subjetiva de *debilidad.*

Que la mentalidad mezquina, que sólo es capaz de captar con la mano la moneda de cobre del éxito material inmediato, tangible, declame pues cuanto quiera acerca de la “revolución abortada” o de la “llamarada de paja” sin trascendencia del levantamiento de Petersburgo, porque el absolutismo subsiste formalmente, la asamblea constituyente no ha sido convocada todavía, y las masas, hoy en huelga, todavía volverán probablemente mañana a la normalidad cotidiana. De hecho, sin embargo, los acontecimientos de la semana pasada han operado a través de la sociedad rusa existente un desgarramiento que ya nunca más se dejará componer. No son el mismo zarismo, la misma clase trabajadora, ni la misma sociedad, los que salen del torbellino revolucionario. En efecto, el zarismo ha recibido ya internamente el golpe de gracia, y su existencia, por corta o larga que sea, ya no puede ser más que una agonía. Se ha mirado por vez primera cara a cara con aquella clase del pueblo que está *llamada* a derrocarlo. El zarismo ha puesto de manifiesto ante el mundo entero que ya no existe gracias a la pasividad, sino, más bien, contra la voluntad activa de

aquella capa popular cuya voluntad es políticamente decisiva. La clase trabajadora ha luchado abiertamente por primera vez como un todo unido, y se ha adueñado de la dirección política de la sociedad contra el absolutismo. E inclusive, la última arma, la fuerza brutal con la que el absolutismo ha vencido hoy a duras penas, se ha mellado a causa precisamente de este uso; en efecto, los militares se han desmoralizado a tal punto por la guerra civil, y han sido despertados a sacudidas tan violentamente, como decenios enteros de conspiración clandestina en los cuarteles no habrían logrado hacerlo. El zarismo apenas si puede arriesgarse otra vez a un enfrentamiento del pueblo con la fuerza miltar.

227

Y aquí es donde *empieza* la verdadera tarea de la socialdemocracia para mantener el estado revolucionario con carácter de permanencia. Su tarea resulta naturalmente, de la propensión de la miopía política a ver el fracaso y el fin de la lucha allí precisamente donde se encuentra el comienzo de la revolución. Oponemos a la depresión pesimista de la masa trabajadora, con la que la reacción especula; poner de manifiesto a los ojos del proletariado, el sentido interno y los resultados enormes del primer ataque; prevenir la modorra que suele apoderarse de la masa en las revoluciones *burguesas* tan pronto como el objetivo de la revolución no parece estar al alcance de la mano y que indudablemente se apoderará ya mañana de los héroes *liberales* en Rusia, todo esto es la abundante tarea que tiene la socialdemocracia de modo inmediato ante sí. La socialdemocracia no tiene el poder para crear artificialmente momentos y situaciones históricos, ni en Rusia ni en ninguna otra parte, como el heroísmo verbal juvenil se lo querrá tal vez imaginar. Pero lo que sí puede y debe hacer, es aprovechar en cada caso la situación, llevando a la conciencia del proletariado su sentido histórico y sus consecuencias, conduciéndolo así hacia nuevos momentos de la lucha.

En el momento actual, existe en Rusia la necesidad importante de acudir a las masas *después* de su primera lucha, explicándoles, alentándolas y animándolas. Y *esta* tarea no la realizarán ni los gapones[6] que suelen centellear en la revolución como meteoros para desaparecer luego para siempre; ni los liberales, quienes después de cada arranque se pliegan, desde *siempre,* como cortaplumas; ni tampoco los numerosos aventureros revolucionarios, que sólo en ocasión de un gran ataque están siempre dispuestos a hacer causa común. En efecto, esta función *sólo* puede realizarla, también en Rusia, la socialdemocracia, que está por encima de cualquier momento particular de la lucha, porque tiene un objetivo final que

[6] G. A. Gapon había creado en 1903-04 en Petersburgo, por encargo y bajo la protección de la policía, “organizaciones obreras” para mantener alejados a los trabajadores del movimiento socialdemócrata. Fue el iniciador de la manifestación de Petersburgo del 22 de enero de 1905.

va más allá de todos los momentos particulares y, por consiguiente, no ve en el éxito o el fracaso inmediatos del momento el fin del mundo; en resumen, esta tarea sólo puede llevarla a buen fin la socialdemocracia, para quien la clase trabajadora no es un medio para el fin de la libertad política, sino que la libertad política es para ella medio y fin de la emancipación de dicha clase.

228

# LA REVOLUCIÓN EN RUSIA [II]

El primer levantamiento revolucionario masivo del proletariado ruso contra el absolutismo, el 22 de enero en Petersburgo, fue reprimido por el gobierno del knut "victoriosamente", lo que significa que fue ahogado con la sangre de miles de trabajadores indefensos, con la sangre de los hombres, mujeres y niños asesinados del pueblo. Es muy posible que —al menos en la misma Petersburgo— se produzca por el momento una pausa sombría de reposo en el movimiento revolucionario. La marea viva refluye ahora desde Petersburgo, en el norte, hacia abajo, por todo el enorme reino, y alcanza una tras otra todas las grandes ciudades industriales de Rusia. Aquel que esperaba un triunfo de la revolución *de un solo golpe.* o aquel que ahora, después de la "victoria" de la política del hierro y la sangre en Petersburgo, se entregue a una depresión pesimista o, por el contrario, a un júbilo prematuro, según la posición partidista de cada uno por el restablecimiento del "orden", no hará más que demostrar que la historia de las revoluciones, con sus leyes férreas, sigue siendo para él un libro cerrado con siete sellos.[1]

Tardó una eternidad —al menos según la impaciencia revolucionaria y los sufrimientos del pueblo ruso— hasta que de bajo la capa de hielo secular del absolutismo, el fuego de la revolución irrumpió en llamarada viva. Podrá acaso necesitarse, y se *necesitará* seguramente todavía, un largo periodo de terribles luchas, con victorias y derrotas alternas del pueblo, que costarán innumerables victimas, hasta que la bestia asesina del absolutismo, terrible todavía en su reventar, sea abatida definitivamente. Debemos preparamos en Rusia para un periodo revolucionario de años, y no de días o meses, como ocurrió con la gran revolución francesa.

Y sin embargo, todos los amigos de la civilización y de la libertad, es decir, la clase trabajadora internacional, pueden lanzar ya con toda el alma gritos de alegría, porque es lo cierto que la causa de la libertad ha triunfado en Rusia ya *ahora,* y la causa de la reacción internacional ha pasado *ahora,* el 22 de enero en las calles de Petersburgo, por su Jena sangriento. *Porque en dicho día subió el proletariado ruso por primera vez como clase al escenario político;* por primera vez ha aparecido finalmente en el terreno de la lucha aquella fuerza designada por la historia y capaz ella sola de derribar al zarismo y de plantar en Rusia, como en todas partes, el estandarte de la civilización.

1

229

La guerrilla contra el absolutismo ruso dura desde hace ya más de un

siglo. Ya en 1825 se produjo en Petersburgo una revuelta, llevada a cabo por la juventud de la más alta aristocracia, por oficiales que trataron de sacudir las cadenas del despotismo. Los monumentos de este levantamiento fracasado, brutalmente reprimido, pueden verse hoy aún en los campos nevados de Siberia, donde docenas de las más nobles víctimas fueron enterradas para siempre. Sociedades secretas y atentados se reprodujeron en los años cincuenta, y nuevamente volvieron a triunfar prontamente el "orden" y el látigo (knut) contra la hueste de los luchadores desesperados. En los años setenta se formó un vigoroso partido de la intelectualidad revolucionaria que, apoyado en la masa campesina, quería producir por medio de atentados terroristas sistemáticos una subversión política. Sin embargo, no tardó en revelarse que la masa campesina de entonces era un elemento perezoso totalmente inadecuado para movimientos revolucionarios. El terrorismo reveló igualmente que la eliminación de los zares era un arma totalmente impotente para suprimir el zarismo como sistema de gobierno.

Después de la decadencia del movimiento terrorista en Rusia, en los años ochenta, se apoderó por algún tiempo de la sociedad rusa, al igual por lo demás que de los amigos de la libertad en Europa occidental, una profunda depresión. El bloque de hielo del absolutismo parecía inconmovible, la situación social parecía carecer en Rusia de toda esperanza. Y sin embargo, se inició precisamente en aquel momento, en Rusia, el movimiento cuyo resultado había de ser el 22 de enero de este año: el movimiento *socialdemócrata.*

Fue una idea totalmente desesperada del zarismo querer trasplantar a Rusia, después de la grave derrota de la guerra de Crimea,[1] el capitalismo europeo-occidental. Es el caso, sin embargo, que el absolutismo en quiebra necesitaba, para fines fiscales y militares, ferrocarriles y telégrafos, hierro y carbón, máquinas, algodón y tela en el país. Cultivó el capitalismo con todos los medios de la explotación del pueblo y con la política más descaradamente proteccionista, y se cavó en esta forma con sus propias manos, sin advertirlo, su propia tumba. Cuidó cariñosamente a la clase capitalista y su política de explotación, y engendró de este modo proletarios y su sublevación contra la explotación y la opresión.

El papel para el cual la clase campesina se había revelado como inadecuada, se convirtió en Rusia en tarea histórica de la clase trabajadora urbana e industrial. *Esta clase se convirtió en exponente del movimiento*

[1] En la guerra de 1853 a 1856 contra la coalición formada por Inglaterra, Francia, Turquía y Cerdeña por la hegemonía y la influencia en el próximo Oriente, había sufrido la Rusia zarista una grave derrota. Hubo de ceder la región de la desembocadura del Danubio y no podía mantener en el mar Negro flota de guerra alguna.

*liberador y revolucionario.* La infatigable labor subterránea de ilustración de la socialdemocracia rusa ha logrado en Rusia, en veinte años, aquello que no había logrado un siglo de heroicas revueltas de la intelectualidad, esto es, socavar en sus cimientos la vieja fortaleza del despotismo.

230 Ahora pueden entrar en acción *todas* las fuerzas revolucionarias y de oposición de la sociedad rusa: la vaga indignación elemental de los campesinos, el descontento liberal de la aristocracia progresista, el amor por la libertad de la intelectualidad cultivada, de los profesores, literatos y abogados. Todos ellos, apoyados en el movimiento revolucionario de masas, del proletariado urbano y marchando tras de él, pueden conducir ahora un gran ejército de luchadores, un *pueblo,* contra el zarismo. Pero es el caso, con todo, que esta *fuerza* y este *futuro* residen exclusivamente en el proletariado ruso con conciencia de clase, así como también el proletariado es el único que sabe sacrificar la vida, por millares, en el campo de batalla de la libertad. Y por más que en el primer momento de la sublevación vaya la dirección a dar a manos de líderes casuales, por más que la sublevación se vea enturbiada externamente por toda clase de ilusiones e ideas gastadas, esto no es, con todo, más que el resultado de la suma enorme de la ilustración política que en los dos últimos decenios ha sido difundida de modo invisible, por la agitación socialdemócrata de mujeres y hombres en las capas de la clase trabajadora rusa.

En Rusia, como en todas partes, la causa de la libertad y el progreso social está ahora en manos del proletariado con conciencia de clase. ¡Está en buenas manos!

# EL PROBLEMA DE LOS “CIEN PUEBLOS”

Por sobre el reino enorme del látigo ruso, último escondrijo del “por-la-gracia-de-Dios” absolutista, se levanta finalmente la sangrienta aurora de al menos una libertad burguesa. A la emancipación de la clase trabajadora internacional del yugo del capitalismo, se anticipa necesariamente la emancipación del último país capitalista moderno de los pañales férreos de la Edad Media. Con lo que no podía faltar, por supuesto, que en los círculos de la reacción rusa y también de la internacional, se volviera a agitar el viejo tema de la “falta de madurez” del pueblo ruso para las libertades burguesas. La melodía y el texto nos son de sobra conocidos. Al parecer, trátase de repetir el juego que se ha jugado ya reiteradamente con éxito: las clases gobernantes no creen en la “madurez” política del pueblo mientras éste sigue pidiéndoles la concesión de sus derechos por las buenas, mientras cree todavía en su sabiduría política y sus sentimientos humanos, pero abandonan repentinamente su incredulidad, tan pronto como el pueblo se toma, con mano firme, aquello que le había sido negado. El examen de la madurez política del “pueblo”, sólo parece haber sido pasado con éxito para las clases gobernantes cuando, según la receta de Lassalle, aquél les manda sin miramientos el puño al ojo y les aprieta la rodilla sobre el pecho.

Bueno, pues si no hay otra posibilidad, tampoco en Rusia se quedará atrás el pueblo trabajador en este aspecto, puesto que se ha despojado ya definitivamente del último resto de su “falta de madurez” política que consistía en la esperanza ingenua de una conquista pacífica de la libertad política, de una explicación pacífica con el látigo.

En cuanto a las efusiones burguesas acerca de la “falta de madurez” del pueblo, éstas constituyen en sí mismas, desde diversos puntos de vista, un fenómeno interesante. No hay nada tan divertido, en efecto, como que un Harden se preocupe por la libertad del pueblo ruso y elimine diligentemente de su Brockhaus a los bálticos, los polacos, los finlandeses, los judíos, los letones, los suecos, los armenios, los cheremisos, los estonianos, los basquires, los kirguises, los lapones, los calmucos y los buriatos, para llegar a la conclusión de que el país de los cien pueblos, con su proletariado urbano, que “en ocasión de su primer paso en la vida política es presa de un vértigo”, a cuyas suelas adhiere “la rapacidad”, y su campesinado, no están ni remotamente maduros para un régimen parlamentario.

Es de hecho muy curioso que desde las alturas o, mejor dicho, desde las profundidades de la decadencia burguesa, cualquier literato barato se considere capacitado para pronunciar sentencias inapelables sobre la

madurez o la falta de madurez de pueblos enteros. Y finalmente, tratándose de su propio pellejo, indudablemente sabrían también los kirguises, los lapones y los calmucos, replicar como la carpa que a la pregunta acerca de si preferiría ser cocida o hervida, respondió fríamente que lo que preferiría ante todo era no ser comida en forma alguna.

232

Pero lo más cómico se da en la conmovedora vieja ilusión de la burguesía, de que se requiere Dios-sabe-cuál “madurez” política para participar en el profundo misterio del parlamentarismo burgués. En efecto, ¿cómo demonios podría un trabajador de fábrica ruso o polaco, y no digamos ya un campesino, elevarse hasta las alturas vertiginosas de la política parlamentaria burguesa? Todo vulgar agente de bolsa, todo comerciante obeso, todo estúpido ganadero, que sólo sabe moverse con el látigo y en el establo, está como creado naturalmente para decidir acerca de la política interior y exterior de los Estados, pero ¿un proletario o un simple campesino, “que no sabe leer ni escribir”?

Si todas estas fanfarronerías pudieran causar algún día alguna impresión o pudieran encontrar alguna credulidad, fue a lo sumo en aquel primer vértigo de la democracia burguesa, cuando andaba grávida todavía del sagrado temor del parlamentarismo. Pero hoy, después de 50 años de práctica parlamentaria en los países capitalistas, después que todo el mundo ha mirado ya tras el gran secreto de Sais[1] y se ha convencido de que detrás de la cortina nada hay en absoluto que rebase las fuerzas intelectuales normales de un simple mortal, el tema de la madurez política del pueblo ruso para la constitución burguesa adquiere un gustillo muy especial de sutil ironía y autorridiculización inconscientes. De sobra ha mostrado la práctica del parlamentarismo, tanto francés como italiano, que precisamente las mismas clases y los mismos partidos que suelen levantar los hombros con pesar acerca de la “falta de madurez” de los pueblos, han sabido simplificar enormemente para el “pueblo” este problema delicado e intrincado, esto es, por medio de todas las amenas prácticas internacionales del regateo electoral y del contrabando parlamentario, que convierten sistemáticamente al “pueblo” en un ganado con voto, sin voz y obediente. Es de esperar, y puede aun anticiparse con seguridad, que también en la futura Rusia liberada surgirán un centro, un partido liberal nacional o un agrarismo que se harán cargo del pobre “pueblo” menor de edad y lo conducirán con mano firme por los caminos complicados de la vida parlamentaria, al menos en los primeros momentos, hasta que sean relevados de esta lucrativa fatiga por la socialdemocracia y mandados al diablo.

[1] Alusión a una leyenda oriental glosada en un poema de Schiller. [T.]

Pero nada revela tan bien el grado de la propia “madurez” política de la burguesía actual, como cuando deja que la libertad de Rusia fracase precisamente ante el problema *nacional.*

233

En efecto, los numerosos kirguises, bachquires, lapones, etcétera, que son sólo pueblos y residuos de pueblos, por Jo demás, llevan en su mayoría, como en *todo* Estado moderno, una existencia pasiva y aislada en la periferia del territorio estatal, sin tener en la vida política y social de Rusia más intervención que los vascos, por ejemplo, en Francia, o los wendas en Alemania. Tales desdichados pueblos y pueblitos, son los que le entorpecen el camino a la libertad rusa, porque: ¿cómo van a elegir unos veinte pueblos juntos un Reichstag? ¿Cómo se pondrán de acuerdo acerca de una política común? ¿Cómo promulgarán y llevarán a ejecución leyes comunes? Imposible, se trata de una tarea insoluble, ¡de un verdadero caos! De ahí que la libertad burguesa no pueda tener aplicación en Rusia en un futuro previsible. Pero, ¿qué es lo que se expresa con esto en otras palabras? Pues que este mismo problema insoluble, que ninguna constitución, ningún parlamento ni ley burguesa alguna es capaz de resolver, puede ser resuelto por la bella institución del zarismo. Por lo visto, los cien pueblos no pueden hacer juntos leyes comunes, pero la cuestión se resuelve inmediatamente ¡si sobre las cien espaldas escribe sus leyes el mismo látigo! Ellos no pueden en modo alguno encontrar juntos un lenguaje parlamentario común, pero la convivencia se desarrolla con la suavidad de un tomo de hilar, si a los cien pueblos se Ies quita sus respectivas lenguas, se violentan sus creencias y se pisotean sus costumbres con la bota. Los numerosos pueblos no están maduros para regirse ellos mismos pacíficamente, pero un enjambre de *chinovics,* unas docenas de necios generales con narices enrojecidas por el vodka y una jauría de pillos ladinos, éstos pueden cuidar, jugando, de la administración de todos esos pueblos. En una palabra: los cien pueblos se arrancarían mutuamente las entrañas a los pocos días, en una vida constitucional moderna, en tanto que, al chasquido del látigo, fuera del cual no hay salvación posible del absolutismo, toda hostilidad peligrosa se resuelve de repente en un corrillo armonioso de reconciliación, conforme a la *vieja* melodía:

> ¡Bailad, polacos bailad germanos.
> Todos al son del mismo látigo![2]

Esto constituye una vez más, una valiosa confesión de la burguesía en el sentido de que, hoy como siempre, no sabe resolver todos los importantes problemas sociales e históricos, todos los *verdaderos* problemas de la

[2] Obras de Herwegh en un tomo. Berlín-Weimar, 1967, p. 156.

política y la administración que trascienden de la más burda política del hartarse en el pesebre del Estado y del arte igualmente burdo de la explotación del pueblo por medios de violencia parlamentaria, de otra manera que con su tan cacareado parlamentarismo y poniendo simplemente, con absoluta confianza, en manos de los gendarmes, todas las preocupaciones que la historia universal le causa. Y para la cuestión social: leyes de excepción, y para la cuestión nacional: el látigo absolutista; así se hace en Alemania, así se piensa para Rusia.

234

De hecho, los acontecimientos actuales proporcionan ya una clara lección de cómo se resuelve el problema nacional en su forma actual y de cómo puede resolverse. El levantamiento revolucionario actual de todo el proletariado, es al propio tiempo el primer acto de la confraternización de los pueblos en el reino del zar. Todas las intrigas y todos los ardides del absolutismo, todas las artes del enconamiento de los pueblos no han servido de nada. La brutalización sistemática de Polonia no ha servido de nada. La persecución de los “unidos” y los católicos ha fracasado: los trabajadores de los diversos idiomas y las diversas religiones han estado unidos en la lucha contra el zarismo, todos han sentido que en Petersburgo había sido asesinada carne de su carne y sangre de su sangre, y que aquello había que vengarlo. Y en esta forma han luchado al propio tiempo, de la mejor manera posible, por sus intereses proletarios de clase y por los intereses nacionales de sus respectivos pueblos.

Los movimientos nacionales burgueses han demostrado su impotencia frente al absolutismo. Los levantamientos polacos no sólo no lograron hacer tambalearse al zarismo en Rusia, pese a los más terribles sacrificios, sino que ni siquiera lograron proteger las menguadas libertades constitucionales autónomas de la Polonia del Congreso. Los finlandeses[3] vivieron casi un siglo en su rincón nórdico, tras la muralla china de un aislamiento histórico, social, lingüístico y político, y no se preocuparon en lo más mínimo por el resto del reino de los zares y sus luchas revolucionarias internas, con la ilusión de que hasta su autonomía constitucional, “escriturada y jurada”, no podían llegar las tormentas de las estepas de Rusia. A ambos países los alcanzó luego, pese a actitudes opuestas, el mismo destino: a Polonia, pese a sus tumultuosas luchas nacionales por la independencia, y a Finlandia, pese a su “lealtad” para con el águila de dos cabezas; ambas perdieron, una tras otra, el último residuo de sus libertades particulares; su autonomía constitucional fue absorbida por el despotismo de la madre Rusia. La historia del martirio de *todas* las nacionalidades bajo el yugo ruso ha

[3] Desde principios del siglo XIX Finlandia pertenecía a Rusia como gran principado autónomo, con una cámara propia y un senado. Desde el siglo XIX trataba el zarismo, cada vez con mayor fuerza, de despojar a Finlandia de su autonomía y de someterla totalmente.

revelado una cosa, a saber: que no puede haber en ningún territorio del Estado libertad alguna, sino hasta que en la propia Petersburgo se aplique el hacha al tronco del despotismo. Y precisamente esta tarea le ha tocado, como tarea histórica de clase, al proletariado unido.

Y así, lo mismo en Rusia que antes ya en Austria, no sólo la libertad burguesa, sino también la paz de los pueblos están hoy representadas exclusivamente por el proletariado con conciencia de clase. Es hoy un secreto a voces, que Austria no se hunde por causa de la multiplicidad de las nacionalidades, como suele creerlo para su consuelo el político de cervecería, sino a causa de la demencia del sistema constitucional y de gobierno, que pone el dominio en manos de clases y partidos cuya tarea vital está en azuzar a las nacionalidades unas contra otras, al paso que excluye de toda influencia política a la única clase y al único partido que, en este caso, es verdaderamente “conservador del Estado”, porque labora por la reconciliación y la unión de las nacionalidades, esto es, la clase trabajadora socialdemócrata.

Tampoco en Rusia la libertad burguesa se estrellará contra el problema nacional, sino que, inversamente, el problema nacional se solucionará gracias a la libertad burguesa que nace de la acción de clase revolucionaria del proletariado.

# LA REVOLUCIÓN EN RUSIA [III]

## I

Con el desplazamiento del levantamiento proletario de Petersburgo hacia la provincia rusa y los territorios lituano y polaco, el desarrollo de los acontecimientos revolucionarios en el reino de los zares ha eliminado ya toda duda con respecto al carácter del movimiento: no se trata actualmente en el reino del látigo de una revolución espontánea, ciega, de esclavos oprimidos, sino de un verdadero movimiento político del proletariado urbano con conciencia de clase, iniciado de modo uniforme y en la más estrecha conexión con la repentina señal dada desde Petersburgo. Aquí la socialdemocracia ha estado ya por doquier al frente del levantamiento.

Y esto corresponde también al papel natural de un partido revolucionario al estallar una declarada lucha política de clases.

Conquistarse *en el curso de la revolución* el lugar dominante, aprovechar sagazmente los primeros triunfos y las primeras derrotas de los levantamientos elementales para dominar la corriente en plena corriente, *ésta* es la tarea de la socialdemocracia en los momentos revolucionarios. Dominar y dirigir, no el *principio* sino el *final,* el resultado de la explosión revolucionaria: éste es el único objetivo que un partido político puede proponerse razonablemente, si no quiere entregarse a ilusiones fantasiosas de sobrestimación propia o a un pesimismo indolente.

Ahora bien, en qué medida el partido logre dominar esta tarea, en qué medida esté *a la altura* de la situación, depende en gran parte de la medida en que la socialdemocracia de los tiempos prerrevolucionarios haya sabido conquistarse influencia sobre las masas; de la medida en que haya logrado crear, ya anteriormente, un núcleo militante de trabajadores políticamente educados y con una clara visión de los fines; de cuán grande sea la suma de la labor de orientación y organización realizada. Los acontecimientos actuales en el imperio ruso, sólo pueden comprenderse y juzgarse a la luz de los destinos anteriores del movimiento obrero, desde la perspectiva de la historia entera de la socialdemocracia desde hace 15 a 20 años.

Si se plantea la pregunta de cuál ha sido la parte de la socialdemocracia en el levantamiento revolucionario actual, hay que dejar bien sentado ante todo que, desde siempre y hasta la fecha más reciente, nadie, aparte de la socialdemocracia, se ha ocupado jamás en Rusia de la propia clase

trabajadora, de su mejora cultural y material o de su orientación política. La burguesía industrial y comercial propiamente dicha, ni siquiera ha logrado elevarse *ella* misma como clase hasta un liberalismo enclenque, y los aristócratas agrarios liberales han permanecido mohínos en sus rincones, con lo que en política sólo se han movido incesantemente por un angosto sendero, "entre miedo y esperanza".

237

En cuanto educadores políticos del proletariado industrial no cuentan. Y en la medida en que la intelectualidad radical y democrática se ha ocupado del "pueblo" ruso —y esto lo hizo con celo principalmente en los años setenta y ochenta—ha dedicado tanto su actividad como su simpatía exclusivamente a la población rural, al *campesinado.* Actuaron en calidad de médicos en las aldeas, de estadísticos en los territorios (zemstvos), de maestros de escuela, y como propietarios, los liberales y demócratas rusos trataron de llevar a cabo una actuación cultural. El campesino y la "madre tierra", éstos fueron para la intelectualidad, hasta entrados los años noventa, los puntos cardinales de la mejora de Rusia y de su futuro político. El proletario industrial urbano, juntamente con el capitalismo moderno, era para esta intelectualidad algo ajeno al ser ruso, era un elemento de descomposición y una llaga en la existencia del pueblo. Todavía en la primera mitad de los años noventa, el jefe de la oposición rusa, el escritor Mijailovsky, brillante en su día, dirigía campañas literarias contra la doctrina marxista sobre la importancia social del proletariado industrial, demostrando, por ejemplo, en base a las canciones callejeras urbanas y otras cosas por el estilo, que el proletariado fabril contribuía directamente a la degradación moral e intelectual del "pueblo" ruso.

Y por los mismos derroteros discurrían también, hasta los años noventa, las ideas *socialistas* en Rusia. El movimiento terrorista de la vieja Narodnaya Volia, que en su teoría se apoyaba preferentemente en la ficción de la colectividad rural comunista y en su misión socialista, seguía influyendo, hasta fines de los años ochenta, en los círculos revolucionarios y mantenía fijados los espíritus en el viejo populismo, adverso al proletariado urbano, aunque el zenit *político* de la táctica terrorista hubiera quedado ya rebasado en 1881, con la eliminación de Alejandro II.

En dichas circunstancias, era pues cuestión de adquirir primero para el proletariado moderno en Rusia, siquiera carta de naturaleza social e histórica, de demostrar su importancia social y económica, de señalar en él el germen latente de una futura fuerza revolucionaria, así como la "conexión particular de la idea de la clase trabajadora" con la liberación política de Rusia del dominio zarista. Esta sola tarea, la candente lucha literaria teórica con las teorías populistas anticapitalistas para asegurar el derecho de existencia y el papel del proletariado moderno en la sociedad rusa, ha

requerido casi un *decenio* entero.

Solamente hacia principios de los años noventa, habían sido superadas las tradiciones terroristas y los prejuicios populistas, y se había implantado la doctrina marxista en las mentes hasta el punto de que pudiera iniciarse una práctica socialdemócrata.

238

Pero con esto no hicieron más que empezar las dificultades y los dolorosos extravíos de la praxis. Al principio, ésta adoptó, por supuesto, la forma de una propaganda secreta en pequeños círculos cerrados de trabajadores. Al proletario ruso, totalmente rudo todavía, había primero que instruirlo, las más de las veces en sentido general; había que proporcionarle (os elementos de instrucción más elementales, antes de que estuviera en condiciones de absorber la doctrina socialdemócrata. Así pues, la propaganda hubo de ligarse necesariamente a la labor de ilustración general, convirtiéndose en una tarea sumamente pesada y de progreso muy lento. Círculos de cinco, diez y veinte trabajadores, absorbieron durante años enteros las mejores fuerzas o, mejor dicho, la totalidad de las fuerzas de la intelectualidad socialdemócrata. Debido a la escrupulosidad y al celo con que en Rusia la forma de agitación dominante es llevada en cada caso hasta sus últimas consecuencias y hasta el absurdo, no tardó en mezclarse a la agitación de los círculos el elemento inevitable de la pedantería, y la socialdemocracia pudo observar pronto que, entretanto, el socialismo se había convertido en los círculos casi en una caricatura de la doctrina marxista de la lucha de clases. Los trabajadores no se convirtieron en los círculos en proletarios militantes con conciencia de clase, sino, en cierto modo, en rabinos eruditos del socialismo, en adiestrados ejemplares modelos de trabajadores ilustrados, que no llevaban el movimiento a la gran masa, sino que, al revés, arrancados de su terreno natural, se le enajenaban.

La primera fase de la labor socialdemocrática fue sometida a una autocrítica “cruelmente escrupulosa”, fue ridiculizada y descartada. En lugar de la “labor domiciliaria” aislada en los círculos socialistas y “cuestiones eruditas”, se estableció en los años noventa la consigna: *agitación de masa,* lucha inmediata. Es el caso, sin embargo, que una agitación y una lucha de masas bajo el absolutismo, sin todos los derechos y las formas políticas, sin posibilidad alguna de acercamiento a la masa, sin libertad de asociación y de reunión, sin derecho de coalición, parecía la cuadratura del círculo, una idea descabellada. Sin embargo, no había de tardar en ponerse de manifiesto, en el ejemplo precisamente de Rusia, cuánto más poderosa e ingeniosa es la evolución social que toda aquella clase de “legalismos” que inspira a más de un socialdemócrata occidental, con su faz amarillenta de pergamino, un temor y una reverencia tan sagrados. En efecto, la lucha de masas y la agitación de masas bajo el absolutismo se revelaron como posibles, y la

cuadratura del círculo se resolvió, antes que en otra parte alguna, *en Polonia,* en donde ya alrededor del año 1890 se creó la primera organización socialdemócrata que, por supuesto, se dedicó más bien empíricamente y a tientas a la lucha económica, pero que supo crear un movimiento activo de masas. Al ejemplo de Polonia siguió Rusia y, sin tardar, a los sindicatos socialdemócratas se les abrieron brillantes perspectivas. Mediante una agitación activa y nueva en el terreno de las necesidades materiales inmediatas, la masa se puso efectivamente en movimiento y, después de una larga serie de huelgas mayores y menores, la agitación culminó en la huelga enorme del año 1896 en Petersburgo. Dirigida exclusivamente por socialdemócratas, dicha explosión de masas parecía coronar la obra y proporcionar un testimonio brillante a la segunda nueva fase de la agitación.

239

Sólo que la cosa volvía también a tener un pero. En efecto, el carro de la socialdemocracia rusa, que avanzaba rápidamente a tropezones, topó esta vez, en otra esquina, de modo peligroso: mientras en Polonia la primera fase "económica" de la agitación de masas fue superada ya en 1893 y desembocó en un movimiento socialdemócrata de carácter francamente político, en Rusia, en cambio, con el celo de la agitación de masas, habían desaparecido de ella, casi inadvertidamente, tanto la política como el socialismo, y lo que quedaba no era en gran parte más que sindicalismo de vía estrecha, con un aumento mínimo de salario y con las negociaciones con el inspector de fábrica como ideal, en lugar de la lucha con la burguesía. Y al igual que anteriormente, el trabajador individual del círculo era en cierto modo conducido a Marx a través de un curso académico, a menudo mediante un pequeño rodeo por Darwin y los anélidos y los píatelmintos de Vogt, así había que educar ahora a la clase trabajadora entera para la lucha de clases, como si se tratara de una gran clase de alumnos y por medio de una enseñanza intuitiva, dejando que fuera empujada espontáneamente, por los gendarmes y los porrazos de la policía en ocasión de las huelgas, a la ocurrencia ingeniosa de la necesidad de la eliminación del absolutismo. En esta forma se preparó en cierto modo el camino a los experimentos gubernamentales de Subatov[1] cuyos engendros salmodiaban más adelante, en las asociaciones obreras oficialmente autorizadas, los mismos consejos que últimamente les daba el canciller del Reich, conde Bülow, a los mineros en huelga de la región del Ruhr.

Por tercera vez volvió a someterse la forma de agitación a una critica despiadada, y así, el fin de los años noventa, señala un cambio brusco hacia la agitación *política* de masas. Y el terreno se reveló tan fecundo, tan bien

[1] Por iniciativa del jefe de la gendarmería, S. VV. Subatov, en los años de 1901 a 1903 el gobierno zarista procedió al intento de desviar a los trabajadores de la lucha revolucionaria creando organizaciones obreras legales controladas por la policía.

preparado, que la idea de la lucha política prendió con la rapidez del rayo. Al empezar el año 1901 se inició una nueva fase, esto es, la de las *manifestaciones políticas de masas,* en conexión con disturbios académicos. Como una tormenta, liberando y purificando el aire, la manifestación callejera fue pasando de una ciudad a otra, desde Petersburgo, del norte al sur, del oeste, desde Varsovia, hasta el más lejano este, a la remota Siberia, a Tomsk y Tobolsk. Y nuevamente se descargaron las fuerzas revolucionarias recién despertadas en una huelga de masas, esta vez una *huelga de masas política* en el sur, en *Rostov-sobre-cl-Don,* el año 1902,[2] en donde día tras día tenían lugar asambleas populares de diez mil y veinte mil trabajadores al aire libre, rodeadas de soldados, y donde tribunos populares socialdemócratas de nueva promoción improvisaban discursos inflamatorios y donde decenas de millares prorrumpían en ¡Viva la socialdemocracia! y anunciaban el fin del absolutismo.

240

Por cuarta vez, amenazaba ya el movimiento con desembocar nuevamente en un callejón sin salida. En efecto, el movimiento de masas exige que, para no retroceder, ha de avanzar inexorablemente, ha de desarrollarse y superarse. Y ahora, el movimiento trabajador ruso vivía rápida e intensamente. Después del primer ciclo de las manifestaciones políticas callejeras, se le planteaba a la socialdemocracia la inquietante pregunta: "¿Y ahora qué?" En efecto, no se puede "manifestar" incesantemente. La manifestación no es más que un momento, una abertura, un punto interrogante. Y la *respuesta* se le detenía a la socialdemocracia en los labios: no era fácil.

Con esto vino la guerra. Y con ella la solución se produjo automáticamente. Aquella palabra que pronunciada en la atmósfera tranquila y sobria de la vida cotidiana gris es de mal gusto, una fanfarronada y una frase hueca, *la revolución,* se convirtió en Rusia desde el principio mismo de la guerra en la consigna que despertaba todas las energías vivas, todas las fuerzas vitales, el eco más sonoro de la clase trabajadora. La socialdemocracia del reino entero agitaba, al unísono armonioso de los acontecimientos de la guerra y tomando como acompañamiento el retumbar del cañón en Manchuria, en favor de la idea de la revolución, de la lucha declarada en las calles, del levantamiento del proletariado contra el zarismo. Todos los artículos de los periódicos socialdemócratas, todos los centenares de miles de volantes de la socialdemocracia —de la rusa, la

[2] En noviembre de 1902 en Rostov —sobre el Don— comenzó una huelga de los ferrocarrileros que pronto se extendió a todas las empresas de la ciudad. A partir de esta huelga económica se desarrolló la más grande de las acciones de masa políticas en la que el proletariado se enfrentó "por primera vez como clase a todas las demás clases y al régimen zarista" (Lenin). Esta acción aportó esencialmente al posterior ascenso del movimiento obrero en Rusia.

polaca, la judía, la letona—, todas las reuniones desembocaban en la consigna: *sublevación proletaria contra el zarismo.* Se agitaba con el aliento contenido y cierta opresión en el pecho. Porque es el caso que no hay nada más sencillo que una revolución que ha tenido ya lugar, ni más difícil que la que hay que empezar "por hacer". Se invocaba la revolución con mil voces, y la revolución vino.

Y vino como suele venir siempre: cuando nadie la esperaba; aunque preparada desde hacía dos decenios, vino sin ser oída, de noche, como una marea que sube, llevando consigo, en la turbia agua agitada de la crecida, toda clase de baratijas y de maderos encontrados en su camino.

241

Aquel que cree que los maderos a la deriva son los que rigen la marea, podrá creer que el padre Gapon fue el autor de la revolución proletaria en Rusia.

## II

Basta, pues, conocer un poco la historia del movimiento obrero socialdemócrata en el reino ruso para saber de antemano que la revolución actual, cualquiera que sea la forma que adopte y cualquiera que sea el motivo exterior que por el momento ostente, no se ha producido como un disparo de pistola, sino que ha surgido, del movimiento socialdemócrata en todo el reino y constituye una etapa normal, un punto de intersección en la línea evolutiva de la agitación socialdemócrata, un punto en que la cantidad se ha convertido una vez más en calidad, esto es, en una nueva *forma* de lucha, en una reproducción acelerada de los levantamientos socialdemócratas del año 1896 en Petersburgo y 1902 en Rostov.

En efecto, si se repasa la historia de unos quince años de la práctica socialdemócrata en el imperio i-uso, ésta no se presenta en modo alguno como un curso brusco en zigzag, como podría acaso parecerles *subjetivamente a.* los socialdemócratas que allí actúan, sino, antes bien, como un desarrollo perfectamente lógico, en el que cada etapa superior resulta de la precedente y no se deja concebir sin ésta. Por muy acerbamente, pues, que la fase inicial de la propaganda cerrada de círculo haya sido criticada más tarde por los propios socialdemócratas, no cabe duda, con todo, que solamente esta labor poco conspicua de Sísifo, ha producido entre el proletariado aquella numerosa pléyade de individuos ilustrados, que luego habían de convertirse en exponentes y sostenedores de la agitación de masas en el terreno de los intereses económicos. Y solamente todas aquellas etapas evolutivas juntas, en su intensidad siempre creciente y en la extensión cada vez mayor de la agitación, han producido

aquella suma de ilustración política, aquella capacidad de acción y aquella tensión revolucionaria que han conducido a los acontecimientos del 22 de enero y a los de la semana siguiente. Y es indudablemente obra exclusiva y directa de la *socialdemocracia,* el haber desarrollado a tal punto el sentimiento de la solidaridad política de todos los proletarios del imperio de los zares, pese a todos los enconos nacionales del absolutismo, que la sublevación de Petersburgo se convirtiera en señal para la sublevación unánime general de la clase trabajadora en todo el reino, esto es, tanto en la propia Rusia como, en mayor grado todavía, en Polonia y Lituania: una sublevación con fines comunes y postulados comunes.

Lo que importa, por supuesto, no es *justificar* el camino descrito por el movimiento socialdemócrata en Rusia como el mejor y el único verdaderamente bueno. Sería tal vez posible, en efecto, sobre todo ahora *a posteriori,* encontrar un camino mucho mejor y más breve. Pero, puesto que la historia social es un perpetuo estreno y una representación que no se da más que una sola vez, lo que importa ante todo, especialmente para la socialdemocracia, es aprender a comprender los *verdaderos* caminos del movimiento obrero tal como se ha producido propiamente y se produce en cada país

242

Sin duda, los *acontecimientos de la guerra* y la presión del absolutismo, que se ha hecho insoportable desempeñan en este acontecer un papel decisivo. Pero, que el momento de la guerra actual pudiera producir semejante erupción, que la presión del absolutismo se haya hecho totalmente insoportable, *subjetivamente,* para la gran masa del proletariado industrial —*objetivamente* esta presión ha sido siempre la misma—, en esto es en lo que se pone de manifiesto la labor realizada por la socialdemocracia. En efecto, a guerra de Crimea, no menos catastrófica para la Rusia oficial, no condujo en su día, más que a una farsa de reformas "liberales", y esta farsa fue la liquidación y el equivalente de aquella fuerza política que el *liberalismo* ruso supo reunir por sí mismo. La guerra ruso-turca,[3] que en cuanto a disponer arbitrariamente de decenas de miles de vidas de proletarios y campesinos no se quedó a la zaga y que produjo también en su día una fuerte fermentación en la sociedad, sólo aceleró la aparición de la Narodnaya Volia terrorista y mostró, en su brillante pero breve y estéril carrera, lo que la *intelectualidad revolucionaria* puede producir, apoyada en los círculos democráticos y liberales de la "sociedad", en materia de fuerza política. Con todo, el advenimiento del partido del terror político sistemático era ya por su parte, de buenas a primeras, un

[3] La guerra ruso-turca de 1877 a 1878 terminó con una derrota del ejército ruso. Confirió al movimiento nacional de los eslavos meridionales en los Balcanes un impulso y liberó grandes partes de la península balcánica del dominio turco.

producto de la desilusión a propósito de la incapacidad de organización y de acción del *campesinado* ruso. Con esto, también *esta clase* social ha demostrado en el imperio de los zares su indolencia histórica.

Y únicamente la guerra *actual* ha logrado poner en pie un movimiento revolucionario de masa que hace tambalearse inmediatamente todo el castillo fuerte del absolutismo. Porque, precisamente, sólo la presente guerra ha encontrado en el reino entero una clase trabajadora moderna, sacudida y orientada casi por espacio de decenios, que está en condiciones de convertir las consecuencias de la guerra, por primera vez en la historia de Rusia, en *acción* revolucionaria.

Y no es sino sobre el fondo de este movimiento obrero socialdemócrata, que las inquietudes liberales y las corrientes democráticas de la intelectualidad y de la nobleza progresista han cobrado sangre y vida, importancia y relieve. La revolución proletaria vino precisamente en el momento oportuno, esto es, en el momento en que sus precursores transitorios, la campaña liberal [4] de los zemstvos y los banquetes democráticos de la intelectualidad en Rusia, amenazaban con estrellarse ante su propia impotencia; cuando en el movimiento de oposición conjunto se había producido de repente un punto muerto, y que la reacción, con el olfato seguro de los gobernantes, había husmeado inmediatamente, disponiéndose a actuar con mayor energía. El musculoso brazo proletario ha empujado el carro de un golpe hacia adelante y ¡e ha imprimido una velocidad tal, que no volverá a detenerse hasta que el absolutismo quede aplastado bajo sus ruedas.

243

Tampoco en el reino de los zares es la socialdemocracia la que cosecha allí donde otros han sembrado, sino que, antes bien, la siembra revolucionaria es *suya,* juntamente con la labor gigantesca de roturación del terreno proletario. Pero la cosecha pertenece a todos los elementos progresistas de la sociedad burguesa y también, en particular, a la *socialdemocracia internacional.*

[4] Bajo la influencia de los fracasos del gobierno zarista en la guerra contra el Japón y del descontento creciente de las masas populares se produjo, en el periodo de agosto 1904 a enero de 1905, una reanimación del movimiento constitucional de la burguesía liberal. Durante esta “campaña de los zemstvos” les fue concedido a los representantes de éstos por las autoridades zaristas, la celebración de reuniones, deliberaciones, banquetes y congresos.

244

# LA REVOLUCIÓN EN RUSIA [IV]

## I

Los acontecimientos trascendentales de Petersburgo han producido en las filas de la clase trabajadora ilustrada alemana no sólo la más profunda emoción, la indignación más candente contra el régimen asesino del látigo y la simpatía más calurosa y fraternal por el proletariado ruso en su lucha heroica, han planteado también una serie de *preguntas* acerca del carácter, el significado, el origen y las perspectivas del movimiento revolucionario ruso, que se justifican de sobra. Formarnos ante todo una idea clara sobre el *sentido* y el *contenido* político e histórico del movimiento, ésta es nuestra primera tarea. El viejo Liebknecht dice en sus recuerdos acerca de Karl Marx: para él constituía la política un *estudio.*[1] Y Marx debiera

ser en esto un modelo para todos nosotros. En efecto, en cuanto de hecho somos socialdemócratas, hemos de ser siempre *alumnos,* esto es, alumnos que van a la escuela de la gran maestra, *la historia.* Sobre todo para nosotros, en cuanto partido revolucionario, toda revolución que vivimos es un filón de experiencias históricas y políticas que amplían nuestro horizonte intelectual y debieran hacernos más maduros para nuestros objetivos y nuestras tareas. Así también, la actitud de la socialdemocracia alemana ha de distinguirse de la de los partidos burgueses, frente a los acontecimientos de Rusia, no sólo en que lanzamos gritos de júbilo allí donde ellos echan pestes, como buenos reaccionarios, o fluctúan temerosamente como liberales entre alegría y depresión, sino también por el hecho, ante todo, de que comprendemos plenamente el sentido de los acontecimientos, allí donde ellos, incapaces de comprender, sólo perciben lo exterior, el choque material de las fuerzas y la presión política y la indignación.

La pregunta principal que a nosotros como socialdemócratas, como partido de la intervención *consciente* en el proceso de la vida social, ha de interesarnos en mayor grado es ésta: ¿Ha sido la revolución de Petersburgo una ciega explosión elemental del cólera popular, o acaso intervinieron en ella dirección consciente y acción planeada? Y en la afirmativa, ¿cuáles factores, clases, partidos han desempeñado aquí el papel principal y cuál ha sido, en particular, el papel de la socialdemocracia en este movimiento?

245

[1] Véase Wilhelm Liebknecht, *Karl Marx zum Gedäachtnis. Ein Lebensabriss und Erinnerungen,* en Mohr y General, *Erinncrungen an Marx und Engels.* Berlín 1964, p. 77.

A primera vista parece uno inclinado a ver en el levantamiento de Petersburgo una revuelta ciega, sin plan alguno, que por una parte se ha producido de modo totalmente inesperado para todos, bajo la influencia inmediata de los *acontecimientos bélicos* y que, por otra parte, en la medida en que han intervenido en ella dirección e influencia conscientes, éstas han estado en manos de elementos que en todo caso nada tienen que ver con la socialdemocracia. Es cierto que al frente del levantamiento de Petersburgo se encontraba una asociación obrera legal, creada con autorización de la policía, que fue fundada y era tolerada con la intención de minarle el terreno a la socialdemocracia. Además, el levantamiento conjunto del 22 de enero fue conducido por un individuo, mezcla de profeta y "demagogo", que al público alemán le recuerda vivamente algunas figuras místicas de Tolstoi.

Y sin embargo, el juicio que sólo se basara en *estos* indicios externos sería totalmente erróneo. En efecto, los momentos revolucionarios para comprenderlos bien, han de abordarse, de buenas a primeras, con un *criterio* apropiado, un criterio que no puede extraerse de los tiempos de paz del pequeño trabajo cotidiano, ni, en particular, de la vida cotidiana de los países *parlamentarios.* Una verdadera revolución, un gran levantamiento de masa no es *nunca* ni *puede ser* jamás un producto artificial de dirección y agitación premeditadas conscientes. Se puede trabajar en favor de una revolución haciendo ver a las clases destinadas a ser exponentes de ella su necesidad objetiva; se puede decidir de antemano la *dirección* general de la revolución, ilustrando a las clases revolucionarias en el mayor grado posible, acerca de sus tareas y las condiciones sociales del momento histórico; se puede acelerar la explosión de la revolución aprovechando, mediante agitación diligente e inteligente, todos los elementos revolucionarios de la situación para espolear a las clases populares a la acción política; pero jamás se puede dirigir la revolución, tan pronto como ha estallado, *especialmente en su primera jase,* con voz de mando; jamás puede fijarse la explosión elemental de las masas en un día o una hora determinados, como en un estreno en el teatro, y menos todavía puede conducirse a las masas que irrumpen en la calle como una compañía de soldados disciplinados en un desfile. La idea de una revolución "dirigida" en esta forma es ya totalmente antihistórica, por la sencilla razón de que supone el inicio de la revolución en un momento en que toda la masa popular que interviene estaría ya políticamente ilustrada, hasta el último individuo, tendría una clara conciencia de los fines y estaría inclusive organizada y sometida a la dirección de órganos determinados. Es lo cierto, sin embargo, que las explosiones de la lucha de clases nunca esperan hasta que la "labor de preparación" en el sentido del esquema mencionado esté perfectamente terminada y todo se haya llevado a cabo como por arte de magia. Porque la

cantidad acumulada, almacenada, de conceptos instintivos y medio confusos relativos a la oposición de las clases, es por regla general, mucho mayor en el pueblo de lo que los propios agitadores suponen. Y la revolución es precisamente la escuela insustituible que empieza por eliminar el resto de la confusión de la masa en el tumulto de la lucha y hace que aquello que, tal vez, ayer todavía era *instinto* e impulso oscuro, se convierta, al calor de los acontecimientos, en conciencia política.

246

Por esto vemos que todas las revoluciones, en los primeros momentos, llevan siempre consigo toda clase de sorpresas; que intervienen en ella toda clase de influencias totalmente casuales y jefes casuales de última hora, que afloran inclusive a la superficie, de modo que al observador sin sentido crítico se le aparecen como jefes, como exponentes de la revolución, cuando, en realidad, ellos son arrastrados. Pertenecen también, indudablemente, a la aparición típica de semejantes dirigentes casuales de las revoluciones, que creen empujar, en tanto que sólo son empujados, el cura Gapón de Petersburgo e igualmente, en primer lugar, la asociación obrera entera fundada con la bendición del gobierno absolutista. Y constituiría en verdad una superficialidad y una miopía imperdonables, querer juzgar el carácter del levantamiento de Petersburgo por el hecho de que a su cabeza iba al principio un cura con una cruz y una imagen del zar. Porque semejantes influencias adventicias, inclusive si en los primeros momentos pueden encontrar acaso en las ideas tradicionales y atrasadas de la gran masa un terreno abonado, con todo, son *superadas y eliminadas* en el curso tumultuoso de los acontecimientos revolucionarios con una rapidez vertiginosa. La masa que tal vez ayer todavía salió a la calle confiando en el zar y con un espíritu acaso medio religioso, está curada ya hoy de todas las ilusiones, tan rápida y profundamente como años y decenios de agitación socialista no lo habrían conseguido.

Y en la misma medida en que semejantes mezclas perturbadoras, semejantes residuos de una concepción atrasada son descartados —y esto es en épocas revolucionarias, según decimos, cosa de pocas semanas o inclusive de *días*—, también son descartados los dirigentes y las influencias casuales, y la dirección pasa, como es natural, a manos de aquel núcleo firme de las masas revolucionarias que desde el principio ve los objetivos y las tareas claramente, esto es, a las manos *de la socialdemocracia.* Ella es a continuación la única que conserva su superioridad y está a la altura de la situación, precisamente *porque* no compartía ni cultivaba las ilusiones cruelmente destruidas, y además porque ve más lejos y muestra a las masas, que por regla general se hallan desconcertadas y deprimidas después de la primera derrota, el camino *ulterior,* y las llena de valor y esperanza, de confianza en el éxito final y en la *necesidad inexorable* de la revolución y su

triunfo.

247

## II

Si prescindimos de las manifestaciones externas y en particular de los primeros momentos de la revolución en Petersburgo, ésta se presenta como un *levantamiento de clase moderno, de carácter eminentemente proletario.*

En primer lugar, la circunstancia de que los trabajadores de Petersburgo se dirigieran al zar con la *súplica* de libertades políticas, con la esperanza de conseguir algo de su bondad e inteligencia, si se mira más detenidamente no es en sí misma, en modo alguno, tan importante como se supuso probablemente de modo general bajo la primera impresión. Porque lo decisivo no es aquí la *forma* en que los trabajadores presentaban sus demandas, sino la pregunta: ¿Cuáles eran estas demandas? Y en este sentido, la lista de las reformas políticas que la manifestación de los trabajadores de Petersburgo se proponía presentar al zar, constituye una expresión inequívoca de su madurez política y su conciencia de clase, porque dicha lista no era más que el resumen de los artículos básicos de una *Constitución democrática:* era el programa político de la socialdemocracia rusa, con excepción de la demanda de una república.

Y estas exigencias democráticas de libertad, no le fueron sugeridas a la clase trabajadora de Petersburgo, ni por el padre Gapón, ni por su asociación obrera tolerada por la policía, que tenía precisamente por misión mantener a los trabajadores alejados de la "política". Aquellos postulados eran el tema de la agitación política de la socialdemocracia. E inclusive si no tuviéramos informes auténticos de testimonios presenciales, de cómo en las reuniones de la asociación gaponiana de los últimos turbulentos días antes del 22 de enero, los trabajadores socialdemócratas actuaron como oradores, de cómo con la exposición de sus puntos de vista y sus aspiraciones lograron arrastrar literalmente a la masa de los trabajadores, aun así, bastarían las demandas presentadas por el proletariado de Petersburgo, para provocar en nosotros el convencimiento: esto es un resultado de la labor de orientación socialdemocrática; esto es y no puede ser más que el resultado de una agitación de decenios, aunque externamente pueda parecer obra acaso de unos pocos días.

Pero no sólo el *texto* de las demandas de Petersburgo rebasaba ya, por su clara decisión y su rasgo radical, las débiles peticiones de los congresos, los banquetes y las reuniones *liberales,* las más de las veces ambiguas en algún punto, sino que también el *carácter* entero de dichas demandas y de su *motivación* revelaba un rasgo expresamente proletario. No olvidemos

que entre las medidas de adopción *inmediata* que los trabajadores solicitaban, figuraba en primer lugar la *jornada de ocho horas.* Con esto encontraban expresión absolutamente inequívoca, el aspecto *social* del movimiento y el *fundamento de clase del programa libertario.* Y lo que es más, en la propia súplica al zar, concebida como introducción de las demandas, resuena como nota dominante la oposición a los *explotadores capitalistas;* la necesidad de las reformas políticas se fundamenta expresamente y en todo su significado con la *situación de la clase* de los trabajadores, con la necesidad de disponer de libertad de movimiento política y legal para poder llevar a cabo la lucha contra la explotación del capital dominante.

248

Se encuentra en esto un elemento extraordinariamente importante para el enjuiciamiento del movimiento entero en Rusia. En efecto, desafortunadamente, en Europa occidental se propende demasiado, de modo general, a considerar la revolución actual del imperio de los zares, según el patrón histórico, como una revolución *burguesa* en su significado, pese a que, mediante la coincidencia particular de elementos sociales, sea promovida y defendida por la clase trabajadora. La idea de que el proletariado sólo actuaría actualmente en Rusia, en cierto modo, como mera representación histórica de la burguesía, es totalmente errónea. En efecto, semejantes simples cambios mecánicos de posición de las clases y partidos en el proceso histórico —como en una ataque de lanceros— no se dan en absoluto, y gracias a la circunstancia de que es actualmente en Rusia la clase trabajadora, y aun una clase trabajadora con un alto grado de conciencia de clase y orientada sistemáticamente desde hace muchos años por la socialdemocracia, la que lucha por la libertad burguesa, el carácter de esta libertad y de esta lucha adquieren también una fisonomía muy peculiar. En efecto, ya no se trata de una lucha, como en Francia, Alemania y en todos los países burgueses en su día, por las garantías legales y políticas para un desarrollo económico sin trabas del capitalismo y el dominio político de la burguesía en el país, sino de una lucha por las garantías políticas y legales, de una lucha de clase sin obstáculo, del proletariado contra el dominio económico y político de la burguesía.

Sin duda, desde el punto de vista formal, tampoco en Rusia la clase trabajadora se apoderará finalmente, como resultado de la actual época revolucionaria, de las riendas del Estado, del dominio político, sino que lo hará la burguesía. Pero es el caso que en Rusia esta situación llevará ya en sí, de buenas a primeras, en un grado incomparablemente mayor que por ejemplo en Alemania después de la revolución de marzo, una profunda discrepancia, una contradicción, que habrá de ser decisiva para la evolución ulterior del país. Pero, además, el curso del periodo revolucionario, del que

sólo nos encontramos ahora al *principio,* tomará acaso para la socialdemocracia una orientación particularmente importante e intrincada.

En presencia del vigor de la conciencia de clase y de la *organización* como el que desde el 22 de enero ha desplegado la revolución en todo el reino; en presencia del hecho de que desde la matanza de Petersburgo el movimiento está ahora indudablemente en manos de la socialdemocracia —tanto en Petersburgo como en la provincia, como en la Polonia rusa, en Lituania y el Cáucaso—, el curso ulterior de la revolución, que no debe contarse por semanas sino por años, no puede de ningún modo seguir los mismos derroteros que por ejemplo el "año loco'' en Alemania. En efecto, la clase trabajadora, y con ella también el socialismo, se verán llamados a intervenir en los acontecimientos en forma mucho más decisiva y a tratar de imponer las demandas de clase del proletariado en forma mucho más directa de lo que jamás fuera posible y haya sido el caso, anteriormente, en una revolución burguesa. Para comprender este curso ulterior del movimiento, así como su conexión con su punto de partida, esto es. con la revuelta de Petersburgo, es igualmente necesario apreciar ya la primera explosión revolucionaria, no según sus manifestaciones casuales y contingentes, sino en su contenido y sentido internos, *como la sublevación de clase de un proletariado moderno altamente consciente.*

249

## III

Ya el primer periodo de la revolución que acabamos de presenciar en el imperio de los zares, ha procurado a la clase trabajadora un lugar de clase dirigente en el seno de la sociedad, y aun en un grado que en ninguna revolución anterior ha sido jamás el caso. Sin duda, también las revoluciones modernas en Francia, en Alemania y en los países occidentales, fueron *obra* del pueblo trabajador. Fue *su* sangre, en efecto, la que se derramó en las calles de París, Berlín y Viena; fueron *sus* hijos los que cayeron en las barricadas; fueron *sus* víctimas las que obtuvieron la victoria de la sociedad moderna contra el feudalismo medieval. Pero es el caso, que allí las masas trabajadoras no eran más que la tropa auxiliar, el instrumento de la revolución *burguesa.* El espíritu, la línea y la dirección de la revolución, los decidía en cada caso la burguesía, y asimismo, *sus* intereses de clase eran históricamente la fuerza impulsora de los levantamientos revolucionarios.

Pero actualmente se presentan las cosas en Rusia de modo totalmente distinto. Sin duda, ha habido desde siempre en Rusia, y sigue habiéndolos, corrientes y grupos burgueses de oposición. En Rusia propiamente dicha fue el *liberalismo, y* en la zona occidental del reino fue la oposición nacional la

que, ante todo en Polonia, condujo a dos vigorosos levantamientos en los años 1831 y 1863. Pero precisamente la historia del último periodo de la lucha contra el zarismo, ha puesto de manifiesto la impotencia total de estos dos movimientos.

En efecto, el liberalismo ruso, "burgués" más bien, en el sentido de que no es proletario, ha sido desde siempre, y sigue siéndolo actualmente, no expresión de la evolución capitalista burguesa, sino más bien, por una parte, de la oposición del agrarismo aristocrático, que en cuanto *clase exportadora de trigo* está interesado en la libertad de comercio e irritado por la política proteccionista extrema del absolutismo, que representa para él la adquisición de máquinas agrícolas caras y una venta más difícil en el extranjero, al paso que se ve al propio tiempo frenado y molestado constantemente por la política económica estúpida de la burocracia; y, por una parte, se añade aquí la oposición de la intelectualidad burguesa urbana, que está indignada por la vil opresión asiática de la libre investigación económica, de la prensa y de toda la vida intelectual y se siente sumamente irritada también por la terrible miseria material de las grandes masas de la población. Finalmente, se añaden además diversos intereses parciales y particulares de las capas y los grupos burgueses, esto es: los cuerpos administrativos urbanos y rurales autónomos que se ven totalmente paralizados en su libertad de movimiento por los torpes golpes de la camarilla gobernante dados a ciegas. A partir de todos estos elementos, se ha producido allí, en estos últimos tiempos, un fermento liberal al que desde la guerra se ha mezclado también un "patriotismo" seriamente enfermizo y que hacia fuera ha producido inclusive temporalmente una impresión considerable.

250

Pero, en qué poco grado este fermento liberal es exponente en sí de los vigorosos intereses de cualquier clase burguesa y cuán poco peligroso es en sí para el absolutismo, lo muestra el trato que le ha sido dispensado por éste. En efecto, después de un breve jugueteo "liberal" del periodo Swiatopolk-Mirski,[2] el despotismo ha suprimido la "primavera" liberal entera, por medio de una breve glosa marginal que Nicolás II garrapateó con lápiz en una súplica constitucional de los zemstvos, designándola como "falta de tacto e impertinente". ¡Con esto basta! Los banquetes, los discursos y los acuerdos liberales fueron sencillamente prohibidos, y el liberalismo aristocrático-intelectual se dejó desconcertar totalmente: estaba completamente perplejo y desorientado. Es un hecho, con todo, y conviene

[2] De agosto de 1904 a enero de 1905, Swiatopolk-Mirski fue en Rusia ministro del Interior y practicó, para debilitar la crisis revolucionaria creciente, una política de contemporización. Hizo algunas concesiones a la oposición liberal: una atenuación insignificante de la censura, una amnistía parcial y autorización para la celebración de congresos de los zemstvos.

destacarlo con la debida insistencia que, un momento antes de estallar la sublevación proletaria en Petersburgo, el *fermento liberal había desembocado en un estancamiento* y se sentía totalmente paralizado por la insolente actitud del absolutismo. Así pues, si no se hubiera producido inesperadamente en el escenario la aparición de la clase trabajadora, el liberalismo hubiera vuelto a arriar las velas por enésima vez, y todo el periodo de oposición habría terminado con un triunfo fácil del absolutismo. Pero de repente cambió entonces el panorama entero. En efecto, el zarismo, que unos momentos antes podía tratar con soberbia de "canalla" toda la campaña del liberalismo y anularla, a la manera de una chiquillada tonta, como "impertinente", se puso lívido de terror a la primera aparición de la masa proletaria, e intuyó, cuando los trabajadores apenas se disponían a "suplicar", que se trataba en adelante de una cuestión de vida o muerte. Y desde el primer momento se jugó inmediatamente el último triunfo: el asesinato en masa, la lucha abierta contra el proletariado. En esta forma, el movimiento libertario se ha convertido de golpe en una disputa directa entre el absolutismo y la clase trabajadora, viéndose el liberalismo burgués-aristócrata-intelectual relegado a segundo término.

251 Y esto es más cierto todavía en las provincias no rusas del reino de los zares, especialmente en Polonia. En efecto, aquí el nacionalismo, como vigoroso movimiento de oposición de la aristocracia, se había dormido ya beatíficamente desde el último levantamiento del año 1863. La forma de producción capitalista que a partir de los años sesenta había crecido vigorosamente en la Polonia del Congreso, no sólo quebró aquí las aspiraciones separatistas de la nobleza, sino que puso al frente de la sociedad a una burguesía moderna que, en interés del afán de lucro capitalista, se convirtió en el apoyo más leal y celoso del zarismo. Sin embargo, las tradiciones nacionales seguían haciendo ruido, aunque despojadas de toda fuerza viva activa y en forma totalmente borrosa, en las esferas de la pequeña burguesía y de la intelectualidad urbana. El periodo revolucionario más reciente en el reino de los zares, ha constituido también una prueba de fuego para los restos de esta oposición nacional y se puso de manifiesto que ni siquiera un vislumbre de actividad política viva quedaba en dichas tradiciones. Es obvio, en efecto, que si algún momento era apropiado o inclusive hecho a propósito para la aparición de un movimiento nacional, este momento era precisamente el periodo del fermento liberal interno en Rusia propiamente dicha. Era entonces el momento de hablar, de protestar y de aprovechar la agitación general en favor de las aspiraciones nacionalistas. Pero nada de esto se produjo. En el periodo de las protestas, los banquetes y los acuerdos liberales declarados, fue precisamente Polonia la única provincia del reino de los zares en la que tanto la burguesía, como la

aristocracia y la intelectualidad se mantuvieron igualmente pasivas, en la que no se dejó oír voz alguna, siquiera de aspiraciones liberales, ni de la capa burguesa ni de la pequeñoburguesa.

Y solamente con el levantamiento general de la *clase trabajadora* polaca, levantamiento netamente proletario o de solidaridad con el proletariado de Petersburgo. ha vuelto a introducirse también nuevamente la Polonia del Congreso en la corriente revolucionaria general del imperio de los zares. Y este movimiento ha estado tan libre de separatismo nacional como el levantamiento de los proletariados judío, letón y armenio de las últimas semanas. Se ha tratado, antes bien, de un movimiento moderno unitario de clase de carácter netamente político, que reúne a todos los grupos obreros del reino de los zares en un ejército de combate contra el despotismo, y ha asegurado a la clase trabajadora, en tanto que único factor revolucionario y políticamente activo, la dirección en la sociedad.

# AL RESPLANDOR DE LA REVOLUCIÓN [1]

[1] * Ante el ascenso del movimiento revolucionario en Rusia, dos cuestiones eran de urgencia extrema: las nuevas tareas de los proletariados ruso y polaco y la traducción de los acontecimientos revolucionarios rusos al contexto político de los socialistas alemanes. Estas dos cuestiones son las que ocupan a Rosa Luxemburgo en estos tres artículos.

A pesar de que en Alemania no hubiera en este momento hechos revolucionarios de la importancia de los que estaban sucediendo en Rusia, la tensión política era general. En 1905, el número y la extensión de las huelgas alcanzaron su punto máximo y las posiciones de clase dominaban todos los enfrentamientos entre sindicatos y patrones. Al mismo tiempo, el desarrollo de la revolución en Rusia, daba a todos estos movimientos de huelga, su enfoque político.

En esta situación, Rosa Luxemburgo comprendía bien que la solidaridad con el proletariado ruso no podía consistir únicamente en declaraciones verbales, sino en un trabajo político efectivo. Por el momento, lo fundamental consistía en señalar las consecuencias de los acontecimientos revolucionarios rusos sobre los socialistas alemanes: la solidaridad era fundamentalmente participación política. “Me siento maravillosamente bien en mi trabajo, pues la revolución se desarrolla según las reglas y constituye una gran alegría poder observarla, entenderla y participar en ella”, escribía Rosa Luxemburgo. (Carta a Henriette Roland-Holst, 3 de julio de 1905, citada por G. Badia, op. cit., p. 82.) Frente a las vacilaciones de los dirigentes socialdemócratas, frente al oportunismo de la dirección sindical, los que, como Rosa Luxemburgo, pensaban en la necesidad de una política más radical, optaron por difundir en Alemania los acontecimientos rusos, insistiendo en las analogías de las situaciones respectivas.

Por otra parte, el desarrollo de los acontecimientos en Rusia, plantea con urgencia la cuestión de las nuevas tareas del proletariado ruso y polaco. Para responer a esta cuestión, Rosa Luxemburgo parte de un principio político fundamental: la articulación entre las reivindicaciones políticas y las económicas, articulación que precisamente es característica de los periodos revolucionarios. Esta articulación es la que confiere su carácter específico a la revolución rusa. Algunas de las reivindicaciones del proletariado ruso, la jornada de trabajo de ocho horas, por ejemplo, transforman la revolución rusa de “formalmente burguesa” en “conscientemente proletaria”. (*Al resplandor de la revolución.*) Se trata pues para el proletariado de una tarea doble. El objetivo inmediato es echar abajo el absolutismo. Y en un segundo momento, se trata de “organizar a la clase obrera para hacer de ella un partido obrero consciente, en vista a la lucha abierta contra la burguesía, al *mismo día siguiente* de la caída del absolutismo”. (*En la hora revolucionaria:* ¿y *ahora qué?* [ir].)

Pero, una vez definidos los objetivos de la revolución, se plantea de inmediato la pregunta acerca del *cómo* llevarla a un fin victorioso. ¿Cuáles son los medios para luchar? La revolución rusa ha “revelado” el medio esencial: la huelga de masas. ¿Cuál es el papel específico de la huelga de masas? Por el momento, Rosa Luxemburgo no quiere discutir este punto en la prensa alemana: toca a los actores “directos” decidir acerca de esta cuestión. Precisamente por esto, combate a los que en Alemania creen que en Rusia ha llegado el momento del enfrentamiento armado; igualmente critica a los que en el extranjero quieren organizar colectas para comprar armas o fabricar bombas. (*En la hora revolucionaria: ¿Y ahora qué?* [I]) Concede, que en el mejor de los casos, sólo se podría armar a “algunos grupos de obreros" y, que más que nada, se trataría únicamente de permitirles defenderse de los ataques de la policía zarista. Un mes después, en un segundo artículo con ci mismo título (*En la hora revolucionaria: ¿Y ahora qué?* [II]), plantea ya la cuestión de "armar a la masa del pueblo”, pero este armamento sólo pueden hacerlo las masas mismas con las armas que se procuren “en el curso de los enfrentamientos con el ejército".

Aun entonces, Rosa Luxemburgo sigue preconizando ante todo, “la agitación y la organización del proletariado”. El objetivo prioritario permanece, pues, incambiado: ganar a las masas y organizarías. Como lo hace notar G. Badia con respecto a estos dos artículos: Rosa Luxemburgo "preconiza aquí la organización del proletariado, mientras que en *Huelga de masas* atacará el mito de la organización que reina en los sindicatos alemanes. Es que el interlocutor no es el mismo; rusos y polacos deben ser prevenidos contra la sobrestimación de la acción armada y la subestimación de la acción de masas. Los alemanes subestiman la acción directa y sobrestiman las virtudes de la organización 'en sí’. Este ejemplo confirma la circunspección con la que hay que leer lo que escribe Rosa Luxemburgo, teniendo en cuenta cada vez, la fecha, el país, las circunstancias y el interlocutor supuesto o real". *Rosa Luxemburg,* p. 87, n. 42.)

En diciembre de 1905, Rosa Luxemburgo partió repentinamente para Varsovia en donde tomó parte en la revolución. Detenida en el mes de marzo del año siguiente, liberada en julio, le asignan Finlandia como

Por primera vez, la fiesta de mayo se celebrará este año en una situación revolucionaria, pues un contingente importante del proletariado internacional se encuentra en una formidable lucha directa de masas en defensa de sus derechos políticos. Esta circunstancia es la que ha de imprimir e imprimirá a la fiesta de mayo de este año su carácter peculiar. Y no sólo en el sentido de que en todas partes, en las conferencias y las resoluciones de las reuniones de mayo, se recuerde con unas palabras de simpatía a los proletarios del reino de los zares en lucha. La revolución í-usa actual, si se la considera no sólo con sentimientos superficiales de simpatía, sino con reflexión profunda, es la *causa propia* del proletariado internacional y está ligada, muy especialmente, al significado verdadero de las fiestas internacionales de mayo: constituye una etapa importante en la realización de las dos ideas fundamentales de la fiesta de mayo, esto es, la jornada de ocho horas y el socialismo.

254

*La jornada de ocho horas* se ha convertido, de buenas a primeras, en la consigna principal del actual levantamiento revolucionario en el imperio ruso. Las demandas presentadas al zar por la clase trabajadora de Petersburgo en la célebre súplica, enumeran en primer lugar, al lado de derechos y libertades políticas fundamentales, la introducción inmediata de la jornada de ocho horas. En la formidable huelga general que estalló en todo el reino a continuación de la matanza de Petersburgo, especialmente en la Polonia rusa, la jornada de ocho horas ha constituido la exigencia social más importante. Y también en la segunda etapa posterior del movimiento huelguista, cuando la huelga general como manifestación política terminó provisionalmente para ceder el lugar a una serie prolongada de huelgas parciales de carácter económico, la exigencia de la jomada de ocho horas ha sido el hilo rojo que corría a través de las luchas de todos los ramos y ha sido el elemento unificador, la nota revolucionaria de estas luchas parciales. Así, pues, ya el periodo de la revolución rusa que se ha dado hasta ahora, se ha transformado en una formidable manifestación en favor de la consigna internacional de mayo. Ha mostrado, en efecto, como tal vez ningún otro

---

residencia. En septiembre de 1906 vuelve a Alemania, a tiempo para hacer imprimir su folleto *Huelga de masas, partido y sindicatos.* Habiendo participado directamente en la revolución, Rosa Luxemburgo se siente autorizada ahora para intervenir en la discusión acerca del *cómo* llevarla adelante, acerca de los “medios” con que cuenta, discusión que apenas unos meses antes reservaba a los actores “directos" de la misma.

Ya desde su llegada a Varsovia en enero de 1906, escribe que ‘5a *simple huelga general* ha terminado su papel”, y que “actualmente, sólo un combate de calles, abierto y general, puede ganar la decisión”. (*Cartas a Karl y Luise Kautsky,* citadas por G. Badia, op. cit., p. 87.) Se plantea así la cuestión central de *Huelga de masas',* una “estrategia de derrocamiento’’, como Rosa Luxemburgo la llama, que tenga como base la práctica de la huelga de masas. Como lo declarará Karl Rádek más tarde, “con *Huelga de masas, partido y sindicatos,* empieza la separación del movimiento comunista de la socialdemocracia en Alemania”. (*Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht; Leo Jogiches.* Hamburgo, 1921, p. 15.) [E.]

ejemplo anteriormente, cuán profundamente está arraigada la idea de la jornada de ocho horas en la situación social del proletariado mundial y hasta qué punto la jornada de ocho horas constituye una cuestión vital para el proletariado de todos los países.

Nadie pensaba, en Rusia, en relacionar especialmente los objetivos políticos principales de la revolución actual con la exigencia de la jornada de ocho horas o inclusive en ponerla en el primer plano. En toda la agitación que precedió a la revolución, el peso principal se puso, como es natural, con cierta unilateralidad comprensible, en las demandas políticas, esto es: la eliminación del absolutismo, la convocatoria de una asamblea constituyente, la proclamación de la república, etcétera. Pero ahora el proletariado se levantó en masa y recurrió instintivamente, al lado de las demandas políticas, a la exigencia social principal de la jomada de ocho horas; la sana sublevación revolucionaria de masas corrigió, en cierto modo espontáneamente, la agitación socialdemócrata pronunciadamente política y transformó la revolución formalmente "burguesa", mediante esta exigencia internacional puramente proletaria, en una revolución conscientemente *proletaria.* En efecto, la constitución democrática, e inclusive la constitución republicana, son consignas que según su significado histórico pueden formularlas igualmente bien las clases burguesas o que, mejor dicho, son de hecho patrimonio propio de la democracia burguesa. En este aspecto, la clase trabajadora de Rusia sólo subió al escenario político "en representación" de la burguesía. La jornada de ocho horas, en cambio, es una demanda que sólo puede hacer la clase trabajadora; que ni por tradición ni por su significado está ligada en modo alguno a la democracia burguesa, sino que, por el contrario, le es más odiosa todavía al exponente de la democracia burguesa en todos los países del mundo, esto es, a la pequeña burguesía, que al gran capital industrial. Así, pues, la jornada de ocho horas tampoco es en Rusia la consigna de la *comunidad* de los intereses proletarios con todos los elementos burgueses progresistas, sino, por el contrario, es la consigna del *contraste,* de la lucha de clases. Ligada indisolublemente a las exigencias político-democráticas, revela inmediatamente que el proletariado del reino de los 2ares asume su "representación" de la burguesía en contraste con la sociedad burguesa, con plena conciencia, como una lucha de la clase que aspira a su propia liberación definitiva.



Y también en esto estriba el significado internacional de la revolución rusa para la otra idea principal de la fiesta de mayo, esto es, para la realización del socialismo. La conexión entre ambos postulados es muy íntima y directa. Sin duda, la jornada de ocho horas no es todavía en modo alguno un "pedazo de socialismo". Formalmente, en efecto, no es más que

una reforma social burguesa en el terreno del orden económico capitalista. En su realización parcial, tal como la hemos presenciado en alguno que otro lugar, la jomada de ocho horas no ha provocado revolución alguna del sistema del salario, sino que lo ha elevado simplemente a un plano moderno superior. Pero, en cuanto *regla legal internacional,* tal como nosotros la postulamos, la jornada de ocho horas es al propio tiempo la reforma social más radical que en el marco de la sociedad existente pueda llevarse a cabo; constituye una reforma social burguesa, sin duda, pero, en cuanto tal, es al propio tiempo un punto de intersección en que la cantidad se cambia ya en calidad, esto es, una "reforma" que, sin embargo, sólo será llevada a cabo, según toda probabilidad por el proletariado, una vez que éste tenga en sus manos el timón del poder político del Estado. Es por esto que la revolución rusa, en la que la jornada de ocho horas es postulada como fundamental tan ruidosamente, se encuentra al propio tiempo bajo el signo de la revolución social. Con esto, sin embargo, no quiere darse a entender en modo alguno que como producto próximo de esta revolución quepa esperar el comienzo de la revolución social. Por el contrario, como próximo resultado tangible de las luchas actuales, lo más probable es que se produzca en el imperio zarista una revolución política y aun acaso solamente la introducción de una simple y totalmente mezquina constitución burguesa.

Pero es el caso que bajo la superficie de esta revolución formalmente política tendrá lugar, con toda seguridad, una revolución social profunda. En efecto, la división de clases, la oposición de clases, la madurez política y la conciencia de clase del proletariado alcanzarán en Rusia, después del periodo revolucionario, un grado que en el caso de un curso tranquilo de las cosas no se habría alcanzado ni siquiera en decenios bajo el dominio del régimen parlamentario. El proceso de la *lucha de clases,* que prepara la revolución social, ha experimentado en Rusia un impulso insospechado. Y con él también la lucha de clases proletaria *internacional.* La conexión interna de las vidas política y social entre países capitalistas es actualmente tan intensa, que la repercusión de la revolución rusa sobre la situación social de Europa, y aun en todo el mundo llamado civilizado, será enorme: mucho más profunda que la repercusión internacional de las anteriores revoluciones burguesas. Resulta ocioso querer prever y predecir las formas concretas que dicha repercusión adoptará o puede adoptar. Lo principal es percatamos claramente que, de la revolución actual en el imperio zarista, habrá de partir una *aceleración* enorme de la lucha de clases internacional, que pronto nos pondrá, también en los países de la "vieja" Europa, en situaciones revolucionarias y frente a nuevas tareas tácticas.

Con *estos* pensamientos y con *este* espíritu ha de celebrarse este año la fiesta de mayo en todas partes, y ha de mostrar que el proletariado

internacional ha comprendido la consigna más importante de toda lucha: *¡Lo que cuenta es estar preparado!*

# EN LA HORA REVOLUCIONARIA: ¿Y AHORA QUÉ? [I]

## I

La revolución actual en el imperio zarista pone a la socialdemocracia frente a tareas totalmente nuevas, tales como ningún partido socialdemócrata en país alguno las ha tenido todavía ante sí. En todos los Estados modernos, el movimiento de los trabajadores sólo se ha desarrollado en gran escala después de la caída de los gobiernos feudales absolutistas. En Inglaterra, en Francia, en Alemania y en Austria fue la propia burguesía la clase que en interés del desarrollo liberal del capitalismo, declaró en su día la guerra abierta al absolutismo, provocó la revolución política y conquistó formas de gobierno parlamentarias y constitucionales o inclusive, como en Francia, republicanas.

Sin duda, tampoco en Europa occidental fue propiamente la burguesía la que hizo la revolución, sino que fue el pueblo trabajador. Fue éste, en efecto, el que cayó en las barricadas, tanto en la gran revolución francesa como en Viena y Berlín en 1848; el pueblo trabajador derramó profusamente su sangre en combates con las tropas monárquicas y, con el precio de su sangre, se compraron las libertades políticas sobre las que la burguesía ha construido su gobierno actual.

Es el caso, sin embargo, que en aquellas revoluciones el pueblo trabajador sólo actuó como instrumento en manos de la burguesía, que era la que se encontraba al frente del movimiento: el proletariado fue la carne de cañón con la que la clase de los capitalistas se abrió el camino hacia el poder. Los trabajadores franceses y alemanes no se habían separado entonces todavía de la burguesía y la pequeña burguesía como clase y partido distintos, ni comprendían todavía sus intereses particulares de trabajadores y su enemistad natural con los intereses de la burguesía. Fueron a la revolución contra el gobierno absolutista llamados por la clase capitalista, conducidos por la pequeña burguesía, sin comprender siquiera lo que de aquellas luchas había de resultar para ellos mismos.

La lucha entre el proletariado y la burguesía sólo empezó considerablemente más tarde. Así, pues, la socialdemocracia en Francia y Alemania creció ya sobre el terreno de la constitución burguesa, y se benefició desde el principio de las elecciones parlamentarias, la libertad de prensa y de expresión, la libertad de reunión y la de asociación. No se

encontraba, como nosotros en la Rusia zarista, ante la tarea de: ¿cómo pueden conquistarse estos derechos políticos elementales? No se encontraba ante la pregunta: *¿Qué es lo que debe hacerse en el momento de semejante revolución? ¿Cómo acelerar la victoria? ¿Cómo conducir a las masas del pueblo trabajador?*

258

Todas estas preguntas se nos plantean a nosotros actualmente, y puesto que la experiencia de los partidos hermanos de los demás países no puede proporcionarnos la respuesta, hemos de encontrarla nosotros mismos.

Naturalmente hay socialistas para quienes la cuestión más urgente, en la que debemos devanamos actualmente los sesos, es la cuestión del *armamento de la clase obrera.* Según dichos políticos, todo irá como sobre ruedas y tendremos la victoria en el bolsillo sobre el absolutismo, tan pronto como tengamos una reserva suficiente de dinamita, bombas y revólveres. "Poseemos ya *fuerzas* revolucionarias", declara por ejemplo el órgano del partido socialista polaco, *Robotnik,* n. 59; "ahora queremos conquistar los *medios,* formar organizaciones de lucha, procurarnos armas y municiones, y conquistaremos las libertades políticas". Este punto de vista corresponde por completo al de partidos como el partido socialista polaco o inclusive al llamado Partido Socialrevolucionario[1] en Rusia, o al punto de vista de los partidos que sólo han adherido al movimiento de clase del proletariado artificialmente y únicamente ven ante todo, en este movimiento, un determinado número de individuos, susceptible de ser utilizado en la lucha física. La burguesía, para quien la fuerza política del movimiento de masas es totalmente incomprensible, sólo ve también en todas las luchas sociales y políticas la cuestión de la fuerza física bruta. Si se preguntara, por ejemplo, a uno de nuestros fabricantes corrientes o a un aristócrata agrario por qué considera actualmente la restauración de Polonia como totalmente imposible, contestaría, con toda seguridad, que aquello es muy sencillo: "Porque, ¿de dónde hemos de sacar, mi señor, las fuerzas suficientes para poder Liquidar al ejército enorme de las potencias ocupantes?" El mismo punto de vista tosco y trivial en relación con la cuestión de las luchas políticas, lo transportan los socialistas del tipo de nuestros socialpatriotas[2] o los terroristas rusos, al movimiento revolucionario. Primero no creen en absoluto, durante decenios, en la posibilidad, la fuerza y la eficacia del movimiento de clase del proletariado ruso. Y cuando este espíritu y esta fuerza se han convertido en realidad, perceptibles e indiscutibles para los

[1] En 1902, los socialrevolucionarios rusos se habían constituido como partido pequeñoburgués, que se apoyaba en el campesinado, a partir de los restos del movimiento populista (los *narodniki*). Negaban el papel director del proletariado en el movimiento revolucionario y querían lograr la eliminación de la autocracia zarista y el establecimiento de una república democrática por medio del terror individual.

[2] Véase el artículo "En memoria del partido Proletariado", p. 134.

propios siervos zaristas, entonces gritan dichos “socialistas” a voz en cuello: ¡Ahora proporcionémosles a estas masas lo más rápidamente posible bombas y dinamita, y la causa está ganada!

259 Se necesita no estar ligado siquiera intelectualmente con el movimiento de clase del proletariado, para ver el zarismo en una revolución como la actual, tan sólo desde la óptica del armamento. Si la cantidad de armas y el número de soldados decidieran de la derrota o la victoria, entonces la derrota de los levantamientos de nuestra aristocracia constituiría, en cierto modo, un enigma. Porque es el caso que el levantamiento del año 1831 tuvo fuerzas considerables del ejército regular polaco armado a su disposición, y los “dirigentes” de la sublevación acabaron por emigrar con unidades numerosas, que ni siquiera habían entrado en combate.

Pero más importante aún que la idea del “armamento” de la masa popular por el puñado de dirigentes socialistas —porque es el caso que el número de los *agitadores* socialistas activos es y seguirá siendo de momento, en las condiciones actuales, un *puñado,* en comparación con los millones de individuos que entran en consideración como fuerzas de la revolución—, es la transferencia viva de los conceptos de los círculos y la conspiración a la lucha de clases del proletariado. De modo análogo a como después de un plan concebido en algún cuartito “conspirativo”, los terroristas arman a su media docena de miembros de la “organización de lucha” para “enviarlos” a la ejecución de atentados, así piensan ahora más o menos establecer un “plan” para “armar” al pueblo trabajador entero. En la idea de dichos políticos, la preparación de la masa de los trabajadores es la misma que la preparación de un puñado de terroristas para un atentado, sólo que *en mayor escala.* No comprenden que la *esencia* misma, el contenido y el carácter de la lucha de masas revolucionaria son totalmente distintos a la lucha terrorista individual.

La lucha de clase del proletariado es y ha de ser en todas sus formas, y así también en el choque revolucionario, un movimiento autónomo de la totalidad de las masas.

El partido socialista no puede desempeñar el papel de asesor de la clase trabajadora, en el sentido de adquirir a su criterio y con sus medios, y en cierto modo a espaldas del pueblo, armas para éste, de procurarse en el extranjero con dinero reunido a toda prisa dinamita y revólveres, o fabricar bombas en cuartos clandestinos y poner estas armas en manos de la clase obrera, tal como se le da a un niño un pequeño sable y un tamborcito y se le envía a la guerra. Sin duda, el armamento de determinadas unidades no es más que una cuestión de dinero y de la habilidad de la organización correspondiente. Pero el armamento de las masas en la situación

revolucionaria, sólo es y puede ser el *resultado de la revelación de la propia fuerza y de la madurez política de dichas masas.* Y esto significa, dicho llanamente, que las masas sólo pueden y deberían armarse *ellas mismas, en el curso de su lucha,* por decisión propia, por su propio impulso de conquista, y no ciertamente por vía de *compra clandestina* en las tiendas, como se compra un fusil de caza, sino mediante *conquista por virtud de su movimiento,* por triunfos parciales sobre el gobierno. Cabe enumerar ya de antemano a título de ejemplo, algunas de estas formas que corresponden a la forma de armarse *de las masas* y no al método de la conspiración, tales como la conquista por asalto de almacenes privados de armas y, lo que es más importante, de depósitos gubernamentales, el desarme de unidades de tropa, etcétera. Sin embargo, semejante enumeración sólo tiene el valor de un *ejemplo,* para mejor ilustrar el punto de vista acerca del armamento de las masas. Porque, en cuanto a instruir con seriedad a los trabajadores de qué modo deben, en el momento de estallar una revolución callejera, tratar de apoderarse de revólveres, escopetas, hachas o barras, o cómo deben construir barricadas en las calles, esto es sencillamente ridículo. Inclusive en las guerras de las potencias militares, apenas tiene lugar batalla alguna conforme al plan elaborado de antemano en el papel por el estado mayor, porque es lo cierto, que del curso de la batalla y de la manera de conducirla se deciden un sinnúmero de circunstancias que no pueden preverse en absoluto. Un general genial como Napoleón, sólo durante la guerra e inclusive en el momento de la batalla establece un plan de acuerdo con la situación e introduce a menudo una táctica totalmente nueva, esto es, una nueva forma de conducir la guerra.

260

En las revoluciones populares, este general genial no es en modo alguno un “comité de partido” ni un pequeño círculo cualquiera que pomposamente se llame a sí mismo ‘‘organización de lucha”, sino la gran masa, que es la que vierte su sangre. Pese a esos "socialistas”, que se imaginan que la masa del pueblo trabajador ha de ejercitarse bajo su mando para la lucha armada como una compañía de soldados, dicha masa encuentra y crea ella misma en cada revolución las formas de la lucha física que corresponden a las condiciones dadas. Es por esto que hasta el presente, toda revolución moderna ha tenido en Europa occidental sus métodos y su táctica peculiares de lucha contra el gobierno existente. Y es por esto también, que la revolución actual en el imperio zarista, que tiene lugar en condiciones muy distintas de aquellas de las revoluciones burguesas en Francia y Alemania, habrá de crear sus métodos de lucha y de armamento directamente en las luchas de la calle. “Elaborar” estos métodos de antemano y “preparar” a las masas para el conflicto armado con el gobierno, es tan poco posible como lo es enseñarle a uno a nadar en el

cuarto, junto a la mesa, explicándole sobre el papel las reglas de la natación.

Entonces, ¿hemos acaso de permanecer sentados, con los brazos cruzados y esperar a que estallen nuevas revoluciones en la calle, dejando la preocupación de miles de trabajadores a la bondad del destino, consolándonos con que "todo saldrá bien", como muchos compañeros perguntan? ¡De ninguna manera! En efecto, la socialdemocracia no puede esperar en modo alguno, cruzada de brazos, los acontecimientos ulteriores. Al contrario, tenemos tanto trabajo ante nosotros que no nos bastan las manos. Entre otras tareas, es también la del *armamento posible* de los camaradas una de ellas. De lo que se trata, con todo, es de no engañarnos nosotros mismos ni engañar a las masas trabajadoras acerca del volumen y la *importancia* del armamento que podemos conseguir con los medios del partido. Del armamento de la *masa* del pueblo por los socialistas, no cabe ni hablar.

261

En efecto, bastan el buen sentido y un instante de reflexión, para que todo el mundo comprenda que ningún partido socialista tendría, en nuestras condiciones, los elementos y los medios para armar a las masas populares, que cuentan en Rusia cientos de miles e inclusive millones de individuos. Los métodos secretos y complicados con los que los socialistas pueden actualmente adquirir e introducir armas excluyen la consecución de los enormes depósitos que serían necesarios para la gran masa. Además, aun si por un momento consideráramos la posibilidad de tan enormes depósitos de armas, aun así, constituye el armamento de la masa de trabajadores una quimera. En efecto, el pueblo trabajador no es en modo alguno un regimiento de soldados que, a la voz de mando, pueda reunirse y formarse en los patios de los cuarteles para que le sean entregadas las armas. Habida cuenta de todo esto, en el *mejor de los casos,* podremos armar a nuestros propios agitadores activos y un número muy pequeño de círculos de trabajadores de los más allegados al partido. Y este armamento no tiene más significado que el de un *medio de defensa* de los individuos y de determinados grupos de trabajadores contra ataques de los esbirros zaristas. Defendernos y oponer resistencia a los actos de violencia de los órganos del gobierno, esto es un deber nuestro, y debemos hacer al respecto todo lo que esté en nuestro poder. Pero contarles a los trabajadores que cualquier partido socialista está en condiciones de armar a la masa entera del pueblo trabajador y que la equipa con armas que bastan para el *asalto* de las fuerzas militares o para una batalla decisiva contra la soldadesca, esto equivale a *engañar a la masa trabajadora.*

Y semejante procedimiento es sumamento peligroso. Hoy, en efecto, cuando la masa del proletariado se ha levantado finalmente para la lucha contra el despotismo, toda nuestra esperanza de victoria depende de que

las grandes masas, cientos de miles y millones de trabajadores, comprendan que son ellas mismas las que han de conducir la lucha iniciada hasta el final. El absolutismo sólo se hundirá cuando la masa gigantesca del pueblo comprenda claramente, tanto en Polonia como en toda Rusia, que es ella misma la que ha de dar la batalla al gobierno y que sólo puede conseguir la victoria por sus propios medios, mediante su lucha de masas, Es por esto que aquellos que despiertan en la masa trabajadora la esperanza ilusoria de que no debe esperar de sí misma todos los medios para la victoria, sino que algún "comité de partido" o alguna "organización de lucha" le servirá en bandeja las armas para la lucha contra el absolutismo, *cometen, en realidad, un crimen en contra de la clase obrera.*

Sin embargo, lo más importante es que, con el parloteo y el engaño acerca del *armamento,* la atención del proletariado es desviada con respecto a sus tareas más inmediatas. Es absolutamente necesario, que el pueblo trabajador comprenda que no puede contar en modo alguno con derrotar al ejército zarista en una serie de batallas regulares declaradas con las tropas, como por ejemplo en una guerra, simplemente por el hecho de una superioridad en materia de armamento. Esperar la victoria sobre el gobierno zarista en está forma es una quimera. En efecto, con los medios imponentes de guerra con que cuentan actualmente las potencias militares, con ejércitos tan numerosos, con una artillería tan preparada para el ataque y con instrumentos tan perfeccionados de muerte como son los cañones y las ametralladoras, el pueblo ha de contar de antemano, en una batalla regular declarada contra los militares, con una terrible derrota. Es por esto que el triunfo de la revolución popular y la conquista de la libertad política no se fundan en modo alguno en la esperanza de que la masa trabajadora obtenga en batallas decisivas una victoria militar sobre el ejército zarista.

262

Nuestra victoria y la caída del despotismo sólo son posibles si logramos aumentar las proporciones de la revolución y el *número* del pueblo en lucha en la mayor extensión posible, y reducir, en toda la extensión posible, la cantidad de la soldadesca que por orden del zar nos asesina obedientemente. Y esto significa que son necesarias dos cosas, a saber:

> *Adhesión de los trabajadores del campo a la lucha revolucionaria* y *conquista en favor de la causa revolucionaria de la mayor parte posible de las tropas.*

La agitación en el campo y la agitación en los cuarteles, ésta es la respuesta correcta de la socialdemocracia a la pregunta acerca del armamento de la masa popular y de su preparación para la gran batalla contra el absolutismo. Y estos medios, a los que la socialdemocracia remite,

no están injertados artificialmente en la lucha de clase del proletariado como aquellos proyectos de “armamento” de la masa que, a fin de cuentas, consisten en que algunos señoritos de la intelectualidad burguesa deban dar una buena docena de miles de rublos o más, para que otros señoritos viajen al extranjero e importen clandestinamente dinamita y revólveres o puedan fabricar secretamente bombas.

La propaganda en el campo y la agitación entre la tropa no son en modo alguno argucias ingeniosas que hayan sido inventadas por la desesperación para salvar la causa revolucionaria, sino que resultan, por el contrario, de la totalidad de nuestra lucha de clase y constituyen un elemento natural de sus tareas, con el que, al crecer el movimiento trabajador, la socialdemocracia había de topar espontáneamente tarde o temprano.

El trabajador del campo es una parte del proletariado explotado y oprimido de la misma manera que el trabajador urbano, forma parte de la clase trabajadora y es tan víctima de la propiedad privada y del orden social capitalista como el trabajador de fábrica, el artesano o el minero. El gobierno zarista atormenta tanto al proletariado rural como al proletariado urbano. Por consiguiente, los trabajadores del campo tienen necesariamente los mismos intereses económicos, políticos y de clase que los trabajadores de la ciudad. El derrocamiento del absolutismo y la prosecución consciente de la realización del orden social socialista, constituyen en el zarismo un problema vital tanto para el proletariado rural como para el urbano. De ahí que el lugar natural del trabajador del campo esté al lado de los trabajadores industriales, en un partido de clase común de los trabajadores, en las filas de la socialdemocracia.

263

Si sólo ahora nos volvemos al proletariado que trabaja en el campo con una agitación ampliada, esto no se debe en modo alguno a que sólo nos acordemos ahora de él y su miseria, y a que queramos utilizarlo simplemente como instrumento para facilitarnos la victoria sobre el absolutismo. ¡De ningún modo! Esto es sólo la consecuencia perfectamente natural de distintas situaciones: el trabajador industrial urbano empieza más fácilmente, y antes que la población rural dispersa en las aldeas, a comprender sus necesidades de clase y a luchar contra la explotación y la opresión. En todos los países, la lucha de los trabajadores la inicia el proletariado urbano. Y solamente cuando la lucha de los trabajadores en las ciudades ha alcanzado cierto volumen, empieza el proletariado industrial consciente a incorporar también a la lucha, mediante su ejemplo, a sus hermanos del campo.

Y así es también aquí entre nosotros. En efecto, el eco de la lucha de clases actual y, concretamente, de los acontecimientos en Petersburgo, de

la huelga general y la resonancia de la revolución aquí y en Rusia han repercutido también en grandes regiones del campo, han llegado también a las capas de nuestro pueblo que sufre la miseria más espantosa y la humillación y la opresión más terribles. Ahora es, pues, cuando hay que aprovechar el tiempo para llevar con todas las fuerzas la luz del socialismo y de la lucha política a los trabajadores del campo, esos "negros" blancos de la agricultura, y también a los pequeños campesinos, esclavos de su pequeña propiedad, a esos mendigos en su "propia" tierra. No para ganar, al servicio de nuestra revolución política, algunos miles de brazos musculosos y puños vigorosos, sino para conquistar para el evangelio del socialismo a nuevos miles de proletarios y encender en miles de corazones el fuego de la rebelión y el deseo de liberación. Al ampliar el movimiento a las aldeas, hemos de llevar allí la *consigna de la lucha de clases,* sin ocultar las tareas políticas bajo frases patrióticas ambiguas, como lo hace el Partido Socialista de Polonia en su llamado a los trabajadores del campo, en el que formula sus pretensiones. Hemos de conquistar a nuestros hermanos del campo con carácter *permanente* en favor del movimiento obrero, llevándoles la ilustración sobre todos los aspectos de su vida proletaria o semiproletaria y explicándoles sus intereses y así como el que tienen en común con el pueblo trabajador de Rusia entera: la caída del absolutismo.

264

En esta forma, la conquista de nuevas fuerzas formidables para nuestra revolución política será simplemente la consecuencia de la extensión de nuestro movimiento obrero a nuevas capas del proletariado, y constituirá al propio tiempo un medio para el derrocamiento del despotismo y un paso adelante hacia la realización del socialismo.

Y asimismo, la agitación entre las tropas resulta ella misma de las tareas de clase de nuestro movimiento obrero. También al respecto, el punto de vista de la socialdemocracia es totalmente distinto de aquel de los socialpatriotas del PPS. En efecto, este último se esfuerza, por todos los medios, por separar al movimiento obrero polaco del ruso; se esfuerza por inculcar a los trabajadores polacos que tienen intereses y aspiraciones totalmente distintos de aquellos del pueblo trabajador ruso. Pero es el caso que en nuestra tierra tenemos precisamente *soldados rusos.* ¿Con qué palabras puede dirigirse a ellos el PPS? ¿Puede invitarlos acaso a restaurar Polonia? Esto equivaldría a predicar en el desierto. O bien, ¿ha de invitarlos, tal vez a luchar junto a los trabajadores polacos en favor de la mejora de la suerte de la clase trabajadora? Pero precisamente, el propio PPS sigue persistiendo en la separación de los trabajadores polacos con respecto a los rusos. Así, pues, para el PPS, los soldados rusos no son más que soldados, sólo enemigos y siervos del gobierno, en los que a lo sumo se puede apelar a sentimientos humanos, al sentimiento de justicia y de respeto por un asunto

que a ellos les es *ajeno.*

Para nosotros, en cambio, para la socialdemocracia, el soldado ruso no es únicamente un enemigo, un animal armado y peligroso que tratamos de apaciguar. Para nosotros, en efecto, el soldado ruso es ante todo el instrumento ciego del absolutismo, un proletario, un trabajador, una parte de la clase trabajadora rusa y, en cuanto tal, nuestro hermano, un miembro de *una y la misma clase trabajadora,* a la que, en nuestro concepto, pertenecen los proletarios tanto polacos como rusos. Por consiguiente, la causa de nuestra lucha obrera es también la suya. Al ilustrar al soldado ruso estacionado en nuestro país, no le invitamos a sentir compasión por una causa que le es ajena, sino a comprender sus propios intereses de clase, la lucha común con nosotros para la liberación común, primero del absolutismo y, a continuación, de las cadenas del orden social capitalista.

En esta forma, nuestra agitación entre las tropas, aun si está adaptada a la revolución actual, ha de ostentar el carácter de la agitación obrera general, socialista y de clase. En esta agitación aprovechamos ante todo, por supuesto, la emoción de los sentimientos y las impresiones que han provocado también entre el ejército las matanzas llevadas a cabo por orden del zar en estos últimos meses[3] Y el resultado natural de la ilustración que llevamos, aunque no sea más que a una parte del ejército, será que en el momento en que el pueblo se disponga a la lucha por la libertad y se dé la orden de asesinarnos, una parte de los soldados se pasará a nuestro lado y otra se mostrará vacilante. Y esta sola confusión que se produce así en el ejército, debilita su fuerza, su disciplina y confiere al pueblo que lucha con entusiasmo el predominio moral. Y con semejante confusión, con esta *vacilación* de las tropas, hemos de contar más que con la victoria conseguida sobre ellas con armas asesinas.

265

Por consiguiente, las perspectivas de nuestra victoria sobre el gobierno zarista en la revolución actual, también aquí están ligadas a nuestra labor conjunta de ilustración de clase entre todas las capas del pueblo trabajador. No es con saltos artificiales ni con ocurrencias aventuradas, a los que han de recurrir los socialpatriotas o los terroristas rusos, como aceleraremos y aseguraremos la victoria de nuestra revolución actual. La socialdemocracia permanece también en el momento presente fiel a su tarea, esto es, a la ilustración y la organización del proletariado para la lucha de clase. La lucha actual para el derrocamiento del absolutismo no es más que uno de los momentos de esta lucha de clase, y nuestra victoria en esta revolución no

[3] Después del domingo de sangre de Petersburgo en enero de 1905, se habían producido en el reino de Polonia, sobre todo en los centros industriales de Varsovia, Lodz, Radon, Kielce Czestochova y en la cuenca carbonífera de Dabrowa, choques entre trabajadores polacos *y* soldados rusos, en los que fueron muertos centenares de huelguistas. Las luchas alcanzaron su punto culminante en mayo y junio de 1905.

será más que uno de los resultados de nuestra labor, del "armamento" de la masa popular —de la urbana y la rural, de la de blusa y la de uniforme— con la más terrible de las armas que podemos proporcionarles: *la comprensión de sus necesidades económicas y políticas de clase.*

Vivimos en un periodo de transición, en un periodo de espera. En el pecho de cada trabajador consciente vibra la impaciencia, el afán de acelerar el triunfo definitivo de la revolución. En semejante atmósfera se produce el deseo de cualquier acto revolucionario físico, visible, y, por consiguiente, también el de embriagarse con atentados, bombas o aun sólo con discusiones sobre armas y armamento.

Este estado de cosas y estos sentimientos son comprensibles. Y sin embargo, hay que oponerse con la mayor decisión a este barullo y a este ruido presuntamente revolucionarios, ya que los camaradas que se dejan arrastrar a la embriaguez irreflexiva del estampido y los disparos demuestran que no están a la altura de la *socialdemocracia,* que no captan la profunda seriedad de la lucha de clases que nosotros estamos llamados a dirigir.

Hay dos maneras distintas de acelerar la revolución y de desorganizar al gobierno. Lo desorganiza la guerra actual con el Japón y lo desorganizan los chunchusos en Manchuria,[4] lo desorganizan el hambre y las malas cosechas, lo desorganiza la pérdida de crédito en las Bolsas europeas. Todos éstos son factores *que no dependen de la voluntad y la actuación de la masa del pueblo.* Y acciones del mismo tipo son también, en el fondo, el lanzar bombas clandestinamente, el matar o herir a policías altos o bajos, aunque los individuos que tal hacen se digan socialistas y crean obrar "en nombre" de la clase trabajadora.

266

La otra forma de debilitamiento del gobierno es la producida por la actuación de la *masa popular* ella misma, que no es en modo alguno expresión del azar, sino de la conciencia política de ésta, esto es: huelga general y huelgas parciales, paralización de la industria, del comercio y del transporte, revueltas militares, paro de los ferrocarriles por trabajadores en huelga, agitación de los trabajadores del campo, resistencia de masas frente a la movilización, etcétera.

La primera forma de provocar caos y confusión —por medio de bombas y atentados— representa para el gobierno lo mismo que una picadura de mosquito. En Rusia, el lugar de cada policía eliminado lo esperan cien mil candidatos, y el del jefe de policía al menos veinticinco mil. La confusión creada por bombas sólo puede aparecer como un peligro para el gobierno a

[4] Los chunchusos, bandas saqueadoras armadas en Mancharía, fueron aprovechadas por Japón en la guerra ruso-japonesa para participar en luchas políticas.

los ojos de los individuos que no piensan y no son capaces de ver más allá de los efectos inmediatos, que juzgan de la importancia de un acontecimiento político por las caras más o menos asustadas del "público" y por su efecto sobre los corazones y cerebros de conejo de nuestra burguesía.

Solamente la segunda de las formas —la desorganización del gobierno por la actuación en masa— es peligrosa para el absolutismo, porque precisamente este método desorganiza no sólo al gobierno dominante, sino que *organiza* al propio tiempo aquella fuerza política que derrocará al absolutismo y creará el nuevo orden. Y precisamente, a esta forma de acelerar la revolución se siente llamada la *socialdemocracia.*

Esto parece ser una receta aburrida a insuficiente. Agitación y organización ... esto lo venimos haciendo desde hace ya tantos años. Y ahora, en el actual momento revolucionario, ¿no podemos de veras hacer algo mejor y más eficaz?

Aquel que formula esta pregunta no entiende en absoluto la fuerza inconmensurable y la eficacia revolucionaria de la agitación socialdemócrata.

Porque es precisamente esta agitación, y no el lanzamiento de bombas y las heridas causadas a los policías, lo que destrozará verdaderamente al gobierno zarista.

Porque precisamente esta agitación:

prepara el estallido de la huelga o de las *huelgas generales,* o sea la conmoción de todo el orden estatal y el comienzo de la revolución en la calle;

extiende el fermento revolucionario a la *provincia y a las aldeas,* ensanchando y ampliando así el ámbito de la lucha a tal punto, que los medios físicos del gobierno son ya totalmente insuficientes para dominar este incendio;

y finalmente, al movilizar a las grandes masas del pueblo contra el gobierno, crea una fuerza que, como lo hemos visto en todas las revoluciones de Europa occidental, levanta barricadas, conquista armas y, aquí y allá, vence parcialmente y desarma a la tropa y, en parte, la gana para sí y la arrastra.

267

Así es: la última palabra en el choque con el absolutismo la dirá la *fuerza física.* Pero esta fuerza física no parte de unos cuantos temerarios que lanzan bombas, sino que la desarrolla la propia masa popular al lanzarse a la revolución. Y esta fuerza la preparamos precisamente nosotros, los socialdemócratas, al llevar a las fábricas urbanas, bajo los techos de paja de las aldeas y a los cuarteles militares, la orientación política y de clase; al

despertar la vida política, la agitación y la resistencia en todas las esferas del pueblo trabajador; al distribuir cientos de miles de proclamas; al organizar en todas partes centros de trabajadores conscientes; al invitar a las masas, a cada paso, a ofrecer resistencia contra el gobierno, y al aprovechar todo momento favorable para provocar choques entre el pueblo y el gobierno.

¡Agitación y organización! Éstas son, sin duda, consignas viejas, tan viejas como la lucha de clase del proletariado, y se mantendrán vivas mientras subsista el orden capitalista. Pero precisamente toda fase de la lucha, todo momento histórico, aporta a nuestra agitación nueva vida, un nuevo contenido y nueva fuerza, confiriéndole una forma nueva. Hoy, el contenido y la vida de nuestra agitación consisten en despertar a las masas a la revolución, en nombre de sus intereses políticos y de clase. Y solamente en esta forma, directamente, en choques de las masas con el gobierno, se produce, juntamente con la conciencia política, la fuerza física suficiente para obtener la victoria sobre el absolutismo atrincherado tras bayonetas y ametralladoras.

# EN LA HORA REVOLUCIONARIA: ¿Y AHORA QUÉ? [II]

La revolución en nuestro país, como parte de la revolución general de los trabajadores en el imperio zarista ha recorrido un periodo de tres meses, cuyo comienzo fue la proclamación de la huelga general, el 28 de enero, siendo su punto culminante la huelga como manifestación del lo. al 4 de mayo. Este breve periodo muestra por sí sólo, un ascenso y un desarrollo excepcionalmente rápidos de la causa revolucionaria, un aumento de la conciencia y la fuerza de la clase trabajadora y un incremento inaudito de tas influencias de la socialdemocracia. Pero este primer periodo de la revolución ha planteado toda una serie de preguntas a las que la socialdemocracia, en cuanto partido del proletariado en lucha consciente, ha de encontrar inexcusablemente una respuesta clara y categórica.

Esto es algo perfectamente natural: en todos los países, la clase trabajadora sólo aprende a luchar en el curso de su lucha. Únicamente partidos como el PPS, que se imaginan ser partidos socialistas y de trabajadores, pero que en el fondo son totalmente ajenos al espíritu de la lucha de clases, pueden sostener en todo momento, con expresión engreída, que tienen un proyecto listo en el bolsillo, para “ordenar” a la clase trabajadora lo que debe hacer y cómo debe hacerlo. La socialdemocracia, en cambio, que no es más que la vanguardia del proletariado, una parte de la masa trabajadora total, carne de su carne y sangre de su sangre, la socialdemocracia, pues, sólo busca y encuentra los caminos y las consignas especiales de la lucha de los trabajadores en la medida del desarrollo de dicha lucha, y sólo de esta lucha extrae las orientaciones para el camino ulterior.

En relación con dos momentos de la fase de la revolución que acabamos de vivir, o sea con las huelgas inicial y final de este periodo, se plantean sobre todo dos preguntas.

La huelga general de enero, provocada por el levantamiento obrero y la matanza en Petersburgo, que era expresión de la lucha *política* e iba dirigida expresamente contra el despotismo, no tardó en dividirse en un gran número de huelgas *económicas* particulares. La consigna inicial común: derrocamiento del absolutismo y convocatoria de la asamblea constituyente para la proclamación de la república en el reino zarista, cedió el paso a las más diversas pequeñas demandas para cada ramo. La ola revolucionaria se deshizo en toda la linea, después de unas semanas se dispersó y desapareció transitoriamente.

De ahí resulta para todo camarada consciente la pregunta: ¿no fue acaso esta transición a las huelgas económicas una desintegración momentánea de la energía revolucionaria, *un repliegue?* Porque, ¿las huelgas económicas no son acaso una inútil pelea con el capital, una vana pérdida de fuerza, y no se debería mejor, por consiguiente, *actuar en contra* de semejante desintegración de una huelga general, rompiéndola de modo breve y perentorio, mientras dura todavía en toda su plenitud como manifestación política?

269

En los primeros días de mayo, en cambio, estalló la energía revolucionaria de las masas trabajadoras, y la huelga conservó el carácter de pura manifestación política. Pero, por esto, esta huelga y la manifestación corrieron con fuerza incontenible al choque con los militantes zaristas y culminaron en la matanza de la masa indefensa, a continuación de lo cual la masa obrera hubo de apretar los puños en una cólera impotente. Es aquí en donde la ola revolucionaria se topa con un punto muerto, como con un muro de piedra, del que rebota. ¿Qué es, pues, lo que hay que hacer? ¿Cómo llevar la causa, de este punto muerto, hacia adelante? Esta es la pregunta que se impone espontáneamente y que requiere una respuesta.

Entre estos dos polos —la desintegración del movimiento en huelgas económicas y el golpe impotente contra el muro de las bayonetas— es también probable que la causa de la revolución se seguirá moviendo en un futuro próximo. ¿Cuál actitud debería adoptar pues, la socialdemocracia en presencia de esta situación?

Estas dos preguntas, al igual que todos los demás problemas de la lucha de los trabajadores, no pueden contestarse de otro modo que volviendo siempre a recordar la esencia y el contenido de la lucha, sus objetivos conjuntos y sus tareas presentes, y reflexionando al respecto.

## I

La revolución actual tiene en nuestro país, como por lo demás en todo el ámbito del dominio zarista un carácter doble. Por su objetivo inmediato es una revolución *burguesa.* Se trata de la introducción en el Estado zarista de la libertad política, de la república y del orden parlamentario que. dado el dominio del capital, no es más que una forma avanzada del Estado burgués, una forma del dominio de clase de la burguesía sobre el proletariado.

Pero sucede que, en Rusia y en Polonia, esta revolución no es llevada a cabo por la burguesía, como en su día en Alemania y Francia, sino por la clase trabajadora, y aun por una clase trabajadora que tiene ya un un alto

grado de conciencia de sus intereses de clase; una clase trabajadora que conquista las libertades políticas no para la burguesía, sino por el contrario, con el objetivo de facilitarse a sí misma la lucha de clase contra la burguesía, con el objetivo de acelerar el triunfo del socialismo. Es por esto que la revolución actual es al propio tiempo una revolución de *trabajadores.* De ahí que en esta revolución, la lucha contra el absolutismo deba ir de la mano con la lucha contra el capital, contra la explotación. Por consiguiente, en esta revolución, las huelgas económicas no se dejan separar de buenas a primeras de la huelga política.

270

Por supuesto, esto no les conviene a las clases burguesas. Nuestros capitalistas estarían dispuestos, sin duda, a arrebatar para sí la libertad y los derechos cívicos, a condición de que esto nada les cueste y de que sea el proletariado el que proporcione las víctimas. Pero, ¡fuera las manos de su bolsa! Es también en el sentido de los intereses del capital explotador que la llamada Democracia Nacional[1] —por ejemplo en la proclama recientemente publicada del Comité Nacional de Trabajadores de la cuenca minera de Dabrova— exhorta a los trabajadores a que tengan "prudencia en la formulación de sus demandas", dándoles el consejo de "no pedir más que aquello que el fabricante puede buenamente dar, sin exponer la empresa al peligro de quiebra". Por otra parte, no cabe la menor duda que el gobierno zarista, en el momento presente de la revolución, ve con agrado las huelgas económicas, pues se entrega a la ilusión de que en esta forma, la energía del proletariado se dirige contra la explotación, apartando así del pecho del gobierno la espada de la lucha de los trabajadores y, además, asustando y curando a la burguesía de su simpatía por el movimiento libertario.

Sin embargo, la socialdemocracia ha de considerar las huelgas económicas, independientemente de todo temor y enojo de la burguesía y de toda especulación y esperanza del absolutismo, desde su punto de vista independiente, esto es, desde el punto de vista de los intereses de la causa de los trabajadores.

Constituiría ante todo un error, y sería contrario al espíritu de la socialdemocracia, apreciar la lucha económica siempre y en todas las circunstancias del mismo modo. En efecto, una huelga ordinaria en una fábrica determinada, que sólo es provocada por el deseo de mejorar las condiciones de trabajo, tiene un significado muy distinto de la fiebre general de huelgas que estalla de repente y abarca a masas enteras de trabajadores

[1] En junio de 1897 se había fundado el Partido Nacional Democrático (Endecja) como representante de los intereses de la gran burguesía y de partes de los latifundistas y la pequeña burguesía. Tenía un programa nacionalista y antisemita. En éste rechazaba cambios revolucionarios en la sociedad y se proclamaba partidario de la igualación de las clases. Sus representantes principales fueron Román Dmowski y Zygmunt Balicki.

que se aprestan en forma elemental para la lucha, que se transmite de un ramo de actividad a otro y como una tormenta de verano se mueve en círculo sobre el país entero. Semejante tormenta huelguística se apoderó ya en una ocasión de la masa de nuestro proletariado, concretamente en la segunda mitad de los años ochenta,[2] aunque en forma incomparablemente menor y más débil, motivando al propio tiempo el nacimiento del movimiento de masa de los trabajadores, del que surgió la primera organización social demócrata del reino, la Asociación de Trabajadores Polacos. Ocasionalmente lo mismo tuvo lugar también en países capitalistas en el oeste, en Alemania, Francia y Suiza, donde por ejemplo, la fiebre huelguística general estalló a mediados de los años sesenta, inmediatamente después de la fundación de la Asociación Obrera Internacional y con la participación activa de ésta.

271

Semejante levantamiento en masa del proletariado para la lucha contra el capital constituye siempre una manifestación de crisis en la vida de la clase trabajadora, un cambio en su relación con la sociedad burguesa. Esto representa siempre un periodo del despertar repentino de las capas trabajadoras a la *conciencia de clase.*

Y el mismo carácter tuvieron las huelgas económicas de febrero y marzo entre nosotros.

La totalidad de la enorme masa de los trabajadores industriales, que ya anteriormente se habían esforzado en gran parte por mejorar sus condiciones de vida en diversas ramas particulares de producción, en talleres y fábricas, se levantaron de repente, como impelidos por una gran fuerza, para la lucha enérgica contra la explotación. Toda la injusticia material y moral infligida a los trabajadores, la explotación inhumana, los salarios de miseria, el trabajo agotador, el daño inconsiderado a la salud de los trabajadores, los sistemas de castigo refinados y el desprecio y la ofensa de la dignidad humana de los trabajadores por los capitalistas y patronos, esta red de condiciones de trabajo ruinosas y vergonzosas que tiene atrapados a los trabajadores, este infierno entero que representa el destino diario del proletario bajo el yugo del capitalismo, todo esto apareció de repente a la luz, salió de la penumbra del infierno social donde millones de trabajadores viven, trabajan y sufren como topos, a la superficie.

La masa entera de los proletarios industriales percibió de repente, aguda y dolorosamente, toda la injusticia que se le infligía y que por regla general soporta en forma más que paciente en el estado de una insensibilidad

[2] En los años 1887-88, el movimiento obrero se había animado en el reino de Polonia. Se produjeron principalmente huelgas de los trabajadores textiles, curtidores, mineros y obreros de las fundiciones en Lodz, Varsovia, Bielostoc y en la cuenca carbonífera de Dabrova.

pasiva, la injusticia *común de clase* que con una monotonía espantosa y terrible se repite de un ramo de producción a otro, de una fábrica a otra y de un taller a otro. Y precisamente por esto, por esta concurrencia de todas estas gotas amargas de injusticias particulares, apenas perceptibles en el curso cotidiano de la vida, en un mar, en una gran explosión general de la lucha económica, precisamente por esto se convirtió dicha lucha en un verdadero movimiento de *clase,* que es lo que de repente imprimió a la masa del proletariado, profundamente y en carne viva, como con un aguijón penetrante, el sentimiento y la conciencia de clase.

272

Para un partido obrero como la socialdemocracia, para la cual los trabajadores no son en modo alguno un medio aprovechable para fines políticos, sino una clase cuyo levantamiento y liberación constituyen su objetivo final, para semejante partido, ni la menor mejora del destino diario del proletariado puede resultar indiferente. Si este movimiento huelguista económico general, que tuvo su punto de partida en la huelga política general, no produjera en nuestro país más consecuencia que la de que los trabajadores alcanzaran en toda una serie de medios laborales y fábricas una reducción del tiempo de trabajo, cierta mejora de los salarios o la eliminación de algunos de los abusos más escandalosos y vergonzosos, aun así, estas huelgas constituirían ya para la socialdemocracia un instrumento inapreciable con miras a la mejora de la situación material del proletariado y a su liberación de ese abismo de miseria al que ha sido empujado por la explotación capitalista desenfrenada.

Pero este movimiento y sus consecuencias fueron y son, además, un impulso formidable para despertar en la masa trabajadora el sentimiento, tanto de su explotación como de su *fuerza* social, de esa fuerza que reside en la *lucha* solidaría conjunta. Este movimiento general provocó, por otra parte, en el campo del capital, entre los empresarios, sus auxiliares y los capataces, entre los intelectuales burgueses y entre la prensa capitalista, un *respeto* mezclado con miedo y odio, antes totalmente desconocidos, por los trabajadores como clase, como una fuerza social y moral hasta ahora totalmente ignorada. La disposición de los empresarios, antes jamás manifestada, a negociar con los trabajadores en huelga, no es resultado del miedo a la “bomba” o de las amenazas del “comité de lucha”, como se lo imaginan los “socialistas” infantiles, que quisieran liquidar la lucha de clases mediante cartas anónimas enviadas por correo, llenas de “sentencias” y “amenazas”, sino producto de la fuerza y la conciencia de *clase* que nuestro proletariado industrial ha mostrado a la vista de todo el mundo, precisamente mediante esta lucha heroica de masas por la mejora de su condición, por su humanidad pisoteada, por un poco de luz y aire en la oscuridad apestosa de la explotación capitalista.

Y esto no es todo. En efecto, el movimiento económico no sólo fortaleció la conciencia de clase del proletariado industrial, que representaba desde hacía ya mucho el núcleo revolucionario de nuestra clase trabajadora, sino que alcanzó además capas totalmente nuevas de dicha clase.

La huelga general iniciada por las masas trabajadoras el 27 de enero, no tardó en desbordarse con fuerza elemental en dos direcciones. En efecto, se desplazó hacia arriba, hacia esferas que en toda su forma de vida y de pensar son pequeño burguesas, como los funcionarios, los ferrocarrileros, los fotógrafos, los agentes de seguros, los farmacéuticos, empleados de banco y mozos de tiendas, Y luego, este movimiento huelguista se propagó hacia abajo, hacia las esferas rurales, alcanzando a los trabajadores del campo. En esta forma, la huelga se extendió desde el núcleo del proletariado de las grandes ciudades y los centros industriales hasta aquellas capas, que por su posición económica quedan más cerca de la clase trabajadora y la rodean como un círculo, pero que hasta ahora no han fraternizado jamás con el proletariado industrial en la lucha de clases. La huelga penetró hasta aquellas capas que hasta ahora nunca habían recogido todavía la consigna de la lucha contra la explotación, que ni siquiera tenían conciencia de ella, que nada sabían de la oposición entre sus propios intereses y los intereses de sus amos, que no sabían que pertenecen de hecho a la clase del proletariado. Y al atraer hacia sí estas capas, el proletariado industrial las desprendió al propio tiempo de su medio social, al que hasta entonces habían estado ligadas.

273

Este movimiento huelguista epidémico significa, pues, un repentino deslinde; el proletariado se destacó como clase con respecto a la sociedad burguesa; arriba, se desprende de la pequeña burguesía urbana, y abajo de la masa campesina: las huelgas agrícolas separan al proletariado rural, a los jornaleros que empujan hacia la mejora de su suerte, de los “granjero” que permanecen totalmente inmóviles o son llevados por la Democracia Nacional con ayuda de la “escuela polaca” y de la “comunidad polaca”. Al propio t iempo, l a ola de huelgas se e xtendió desde los grandes centros urbanos hacia la provincia, donde arrastró a sectores enteros del proletariado industrial a la lucha contra el capital; sectores que también experimentaban por primera vez la particularidad de sus intereses, pero para los cuales el camino de la lucha de clases ya en parte trazado, como en la cuenca de Dabrova, había vuelto a quedar cubierto, desde hacía mucho, de hierba y abrojos.

Toda esta serie de huelgas, que tuvieron lugar y siguen teniéndolo en el fuego de la revolución, no es otra cosa, pues, sino el nacimiento de nuevas capas de la clase trabajadora polaca. En el curso de la revolución política tiene lugar, gracias a las huelgas políticas que le están ligadas, la división de

la sociedad burguesa en dos clases hostiles: la burguesía y el proletariado. Al principio, nosotros, los socialdemócratas, sólo existíamos *en la idea* de aquellos que habían dado ya expresión entre nosotros, a la lucha de clases. Y de hecho, al principio sólo participaba en esta lucha una parte exigua de la formidable masa de los trabajadores, y una parte más exigua todavía lo hacía conscientemente según las consignas de la socialdemocracia. Con todo, ésta tenía el derecho de hablar en nombre de la clase trabajadora entera, porque no era ni sigue siendo, por su esencia, más que la expresión de los intereses y necesidades del pueblo trabajador entero, y porque, actuando en esta forma, contaba y podía contar impertérritamente con el despertar progresivo de la masa trabajadora entera.

274

Precisamente hoy, en el curso de la revolución, este despertar ha tenido lugar en saltos repentinos. La clase trabajadora, la oposición de clases, la lucha de clases, se convierten en realidad en nuestro país; la *idea* de la socialdemocracia se hace material, y la pequeña hueste de vanguardia crece hasta convertirse en un ejército formidable.

Y este destacarse de la masa trabajadora, como una clase en lucha consciente de explotados, con respecto a la sociedad burguesa es un saldo valioso en nuestro haber —y en esto reside propiamente el significado de la fiebre de huelgas económicas que data de fines de enero—, derivándose además de ello, orientaciones acerca de lo que la socialdemocracia deba hacer.

Dondequiera que bajo la presión de la ola de huelgas revolucionarias la corteza de la sociedad burguesa se ha hecho quebradiza, la socialdemocracia ha de aplicar inmediatamente, con todas sus fuerzas, el pico de la agitación, para agrandar la grieta, profundizarla y *fijarla,* esto es, para hacer dicha oposición de clases lo más *consciente* posible y, por medio de la *organización,* fortalecerla lo más que se pueda.

Para dicho fin se presentan dos caminos. Por una parte, en cada caso particular, la concentración y el agolpamiento de las demandas económicas alrededor de la exigencia de la jornada de ocho horas, que ha de convertirse en eje central de la lucha económica entera. Ya desde el primer momento, desde los días de enero, proclamó la socialdemocracia entre nosotros, lo mismo que el proletariado de Petersburgo, la jomada de ocho horas como postulado paralelo económico fundamental, al lado de los postulados políticos. Esta consigna había de ponerse a la cabeza y de enlazarse en adelante consciente y sistemáticamente con toda huelga económica en el país. Agrupadas alrededor de este eje central, las huelgas dispersas se funden en un movimiento de *clase* y se unen orgánicamente con la lucha política, confiriéndole a su vez el carácter de lucha conscientemente obrera

y socialista. Sin duda, la jornada de ocho horas no constituye todavía una reforma socialista, ya que no es más que una reforma económica sobre el terreno de la economía burguesa. Pero es el caso, con todo, que, entendida como ley obligatoria y general, esta reforma es tan radical que representa ya un reto dirigido a la propiedad capitalista y a la explotación mismas. AI propio tiempo enlaza, en cuanto consigna *internacional,* los objetivos especiales de nuestra revolución política actual con la lucha de clase del proletariado internacional en su conjunto.

Por otra parte, las huelgas económicas constituyen directamente, en la fase actual, el terreno apropiado para la agitación *política y socialista,* para la orientación general de clase y la organización de los trabajadores.

Por consiguiente, la lucha económica no debe reprimirse o detenerse, como lo propone en su irreflexión el socialpatriota PPS (véase su intento de detener la huelga en la cuenca del Dabrova), con lo que revela —lo mismo que con su anuncio de que la huelga política de enero había estallado "por orden suya"— que no tiene la menor idea de lo que ocurre en el seno de la masa trabajadora, ni del significado de clase que posee el movimiento huelguista entero.

275

Profundizar la lucha económica y enlazarla con los objetivos políticos de la revolución actual en un todo armónico, y no reprimirla o detenerla, he aquí la tarea de la socialdemocracia. Para los funcionarios superficiales, "también socialistas", que en el fondo no son más que una caricatura pequeñoburguesa del partido de los trabajadores, el aspecto revolucionario de la lucha actual sólo consiste en el antagonismo político con el gobierno, en tanto que el antagonismo simultáneo del proletariado con el capital es más bien para ellos un obstáculo, una prenda, de la que no saben lo que deban hacer con ella y de la que desean deshacerse lo más rápidamente posible, no aceptando la participación en las huelgas económicas más que de mala gana, para no perder por completo el contacto con la masa y la influencia sobre ella. Para la socialdemocracia en cambio, en cuanto partido de la lucha de clases, el aspecto revolucionario del momento actual reside no sólo en la lucha contra el absolutismo, sino también, y no en menor grado, en los choques con el capital ligados a ella. Y si, por una parte, el movimiento económico ha de aprovecharse para explicar a los trabajadores, especialmente a los de capas y regiones de nueva conquista en favor del movimiento, que el absolutismo constituye el obstáculo principal en la lucha con el capital y su derrocamiento el objetivo de clase más urgente del proletariado, por la otra inversamente, hay que mantener la conciencia de la masa obrera constantemente despierta al hecho de su antagonismo con la explotación capitalista y la burguesía, y aún con mayor insistencia durante la lucha contra el absolutismo. Solamente en esta forma, enlazando y

manteniendo constantemente el equilibrio de estos dos lados de la revolución actual, logrará la socialdemocracia cumplir la doble tarea que resulta para ella.

En efecto, la revolución actual presenta desde el punto de vista de la clase trabajadora —hay que repetirlo una vez más— una *tarea doble.* Una de ellas es el derrocamiento del absolutismo, objetivo tangible meramente político, apropiado al *momento* actual de la lucha. Y la otra, es la que consiste en la organización de la clase trabajadora en un partido consciente de trabajadores en favor de la lucha declarada con la burguesía, al día siguiente de la caída del absolutismo, esto es, un objetivo *fundamental y permanente,* que resulta de nuestras tareas en cuanto partido socialista. Separar estas dos tareas una de otra y decirles a los trabajadores: concentrad ahora todas las fuerzas únicamente en la conquista de la libertad política, dejando para mañana la lucha con la burguesía, porque no representa más que un despilfarro de fuerzas y aleja de nuestra lucha contra el gobierno a la sociedad que simpatiza con nosotros, es algo que sólo pueden decir los nacionalistas de diversos matices, que consideran a los trabajadores como un instrumento para la realización de sus fines políticos. Para la socialdemocracia, al contrario, las libertades políticas por las que luchamos, no son más que un instrumento en la lucha de clase del proletariado. Y es por esto que, en la revolución actual, los objetivos definitivos de la socialdemocracia están indisolublemente unidos, lo mismo aquí entre nosotros como en Rusia y como en todo momento en todos los países, con los objetivos del día: la lucha política con la económica, y la lucha contra el absolutismo con la lucha contra la burguesía.

276

## II

Desde el mismo punto de vista se resuelve también el segundo problema que la revolución plantea, a saber: ¿Qué debe hacerse en presencia de choques de las masas con los militares, como los del 1º de mayo, y en presencia del sentimiento que semejantes choques despiertan en ella?

La manifestación de mayo de la socialdemocracia era perfectamente pacífica. La masa trabajadora salió a la calle, no para librar una batalla con el ejército, sino solamente para manifestar sus objetivos. La socialdemocracia no enardeció en modo alguno a la población ni la enloqueció con ningún alboroto acerca del “armamento”, ni provocó tampoco a la policía o al ejército con acto terrorista alguno. Precisamente por esto, cuanto más la culpa de la matanza bestial del lo. de mayo recae exclusiva y totalmente en los lacayos del absolutismo, cuanto más clara aparece la monstruosidad de

su crimen, tanto más fuertemente se produce en la masa trabajadora un doble sentimiento, esto es, el sentimiento de su propia impotencia desesperada y la necesidad de una venganza activa inmediata.

La socialdemocracia está obligada a dejar libre curso a estos sentimientos, pero sólo puede resolver esta tarea en una forma coincidentc con la esencia de la agitación socialdemócrata, esto es, llevando a dicho sentimiento elemental la *conciencia política.*

Bajo la impresión inmediata del choque, los obreros se sienten inclinados a pensar que su impotencia frente al gobierno, puesta de manifiesto en la manifestación de mayo, sólo depende de la falta de *armas,* de la falta de los *medios físicos* de lucha. Un político irreflexivo se dispone, después de las manifestaciones de mayo, a exclamar, como el PPS que alimenta en el proletariado todas las ilusiones nocivas: "Las *fuerzas* las tenemos ya, apoderémonos ahora de los *medios,* esto es, de las armas para la lucha, y la victoria será nuestra." La tarea de la socialdemocracia, en cambio, no consiste en alimentar las ilusiones de la masa, sino en disiparlas; no en dar pábulo a dichas ilusiones, sino en despertar la conciencia de la masa con respecto a la situación.

A primera vista, las dos manifestaciones socialdemócratas —la fiesta del primero de mayo y la huelga general en homenaje de las víctimas del gobierno el 4 de mayo— fueron expresión de la fuerza gigantesca de la clase trabajadora. Si se tratara de imponer nuestra fuerza mediante manifestaciones externas, como los socialpatriotas de la intelectualidad burguesa, podríamos contentamos con la constatación de que no ha habido nunca todavía una manifestación obrera, desde que existe el movimiento socialista en Polonia, que fuera tan formidable en cuanto a su volumen, tan madura en cuanto a conciencia y tan disciplinada en cuanto al comportamiento de las multitudes. Es un hecho, en efecto, según lo escribió el órgano gubernamental, que la historia del movimiento obrero no conoce *en país alguno* un ejemplo de una obediencia tan incondicional c ilimitada como aquella con que Varsovia, una ciudad de un millón de habitantes, cumplió la "orden" de la socialdemocracia, relativa a la suspensión general del trabajo el 4 de mayo.

277

Sin embargo, en la medida en que como partido obrero lo que importa a la socialdemocracia no es la *apariencia* sino la *esencia* de la fuerza del proletariado, su tarea consiste en mostrar a las masas trabajadoras que sus fuerzas son todavía demasiado *insuficientes* para poder medirse verdaderamente con las del absolutismo. En cuanto manifestación, el desfile de los veinte mil en Varsovia constituye un resultado excelente de la agitación socialdemocrática; pero, como expresión de la conciencia

revolucionaria y como ejército de lucha del proletariado, esto no representa más que una parte insignificante de la masa obrera, que cuenta en la sola Varsovia varios centenares de miles de trabajadores, y un puñado casi invisible, en comparación con la población trabajadora entera de las ciudades y del campo en nuestro país. Desde el principio mismo, el tema principal de la agitación socialdemocrática consistió en hacer ver a los trabajadores que solamente cuando *la totalidad* de la *población* obrera —cuando masas gigantescas del proletariado industrial y rural, así como una gran parte del proletariado que se encuentra bajo las armas del zar, esto es, los soldados— se levante para la lucha, tanto aquí como en Rusia, la victoria será nuestra. Y esto mismo necesitamos repetírselo a los trabajadores siempre y continuamente, y tanto más ahí donde un éxito momentáneo y local del movimiento podría provocar en ellos una sobreestimación de sus fuerzas y la ilusión prematura de que ya sólo se necesitan armas físicas para la decisión de la lucha en favor del pueblo. Por consiguiente, el sentimiento de impotencia de la masa frente a la soldadesca ha de remplazarse por la conciencia de que a la revolución obrera no le faltan "medios", sino "fuerzas", no fusiles, sino proletarios ilustrados.

En cuanto revolución obrera, nuestra revolución, por su propio carácter, es un movimiento de masas, y sólo vencerá al absolutismo como lucha *de masas.* Esto lo repite ya hoy, inclusive el nacionalista PPS, que en su manifiesto de mayo anuncia, con el tono de voz más alto posible: "Ante un puñado armado el gobierno no se arredrará, con terror sólo no venceremos al gobierno zarista. Nuestra fuerza está en la masa, nuestro futuro está en la lucha de masas." Sin embargo, comprender y reconocer la *importancia de la masa* como factor en la lucha política no constituye arte alguno ni representa descubrimiento alguno de los socialistas. En efecto, que sin los millones de manos endurecidas por el trabajo de los obreros no puede alcanzarse mucho en la lucha política, este secreto lo saben todos los partidos burgueses, lo saben de sobra los capitalistas, los reaccionarios y la pequeña burguesía. Y es precisamente por esto que todos los demagogos tratan de conquistar las masas trabajadoras.

278

No consiste, pues, la política de un partido socialista, en gritar que "nuestro futuro está en la lucha de masas", sino en que también el *programa* del partido esté adaptado a los intereses de la clase trabajadora, y en que *toda su táctica y todo su comportamiento* se orienten en el sentido de la acción y, concretamente, de la acción consciente de la clase obrera.

La lucha socialdemócrata es una lucha de masas. Pero es el caso que esta lucha se desarrolla constantemente, y con ella ha de evolucionar también el *concepto* mismo *de masas.* Una muchedumbre de veinte mil almas que sigue la bandera de la socialdemocracia, constituye ya un signo serio de un

movimiento de masas, en comparación con los tiempos nada lejanos todavía, en que apenas unos centenares y luego algunos miles de individuos participaban activa y conscientemente en la lucha. Pero, en la etapa actual de la lucha revolucionaria, el concepto de las *masas* que están llamadas a actuar y a medirse con el absolutismo ha de crecer muy rápidamente y llegar a centenares de miles y a millones. Y ha de rebasar asimismo los límites de los grandes centros urbanos separados y abarcar el *país entero.* Por consiguiente, en presencia del sentimiento de impotencia de los trabajadores en determinadas localidades frente a la prepotencia del gobierno, nuestra tarea de igual rango, consiste en señalar incesantemente que únicamente mediante la *extensión del terreno de lucha* a la provincia entera y al país entero, podemos asegurar paulatinamente la revolución, el predominio sobre el absolutismo y, finalmente, la victoria.

La pregunta frente a la cual la manifestación de mayo nos ha colocado, no es. por consiguiente, otra cosa sino *precisamente la pregunta vital de la revolución.* A primera vista nos encontramos ante una contradicción: La causa de la revolución desemboca en cierto modo en un callejón sin salida, no tiene escapatoria. En efecto, la lucha actual necesita, en cuanto lucha de masas, *manifestaciones masivas,* o sea que, al lado de la huelga general, necesita la posibilidad de que la masa se reúna físicamente, que esta masa manifieste abierta y rumorosamente sus propósitos. La revolución necesita demostraciones y manifestaciones de masas, reuniones y desfiles de masas. Pero las demostraciones y los desfiles conducen, según vimos en mayo, al ametrallamiento de la multitud indefensa. ¿Qué puede hacerse pues? ¿Habremos de renunciar acaso, en vista de las matanzas que con las demostraciones de masas podemos esperar, a este medio de lucha? Pero esto significaría renunciar al desarrollo ulterior del movimiento, ¡significaría renunciar a la revolución misma! ¿Habrá que buscar, pues, la salida en la fabricación de bombas y en “sentencias de venganza” contra instrumentos del zarismo que se distingan por una bestialidad particular? Sucede, sin embargo, que aun docenas de bombas y las “sentencias” de los “comités” escandalosos contra miembros del gobierno, sólo pueden servir para tranquilidad y aturdimiento de aquellos revolucionarios que sienten la necesidad de tumulto y ruido y consideran la revolución popular como una serie de incidentes aventureros, con tal que corra sangre y haya golpes. Únicamente los aliados voluntarios del absolutismo, por el estilo de los “demócratas nacionales” o del *Slovo Polske* (“La palabra polaca”), o los provocadores, pueden insultar a la socialdemocracia por el hecho de que no armara a las masas con “bombas”, cuando la convocó para la demostración de mayo. Se necesita ser un demente, falto de todo sentido de responsabilidad para con las masas, para engañar a los trabajadores

dicicndoles que las bombas puede ser el medio acertado de la lucha *de masas* contra fusiles que disparan a distancias de 500 o 1.000 metros, o contra la artillería, contra cañones y ametralladoras, que el absolutismo tiene siempre en reserva.

279

¿Dónde está, pues, la salida de esta situación? ¿Cómo debe ser la respuesta de la masa revolucionaria a la matanza con que el gobierno trata de reprimir las manifestaciones de masa?

La salida de la situación, la única respuesta es:

*organización más frecuente todavía de manifestaciones pacíficas en todo el país* y *manifestaciones cada vez más masivas.*

Todo el secreto y toda la fuerza de la seguridad de victoria de la revolución de los trabajadores se basan en el hecho de que, a la larga, ningún gobierno del mundo puede mantenerse en lucha contra una masa popular revolucionaria consciente, si esta lucha se extiende incensantemente y va creciendo en magnitud. La matanza y la prepotencia brutal *del* gobierno no constituyen más que una superioridad *aparente* sobre la masa. En realidad, cada uno de estos choques de la masa del pueblo con el gobierno, representa un *paso* de la causa revolucionaria hacia adelante, porque sucede que la matanza sólo puede ser un medio excepcional de empleo raro. En cambio, con cuanta mayor frecuencia las masas de trabajadores desfilan en manifestación, en cuantas más localidades se organicen manifestaciones de esta clase y cuanto más las masas crezcan y se vayan extendiendo, tanto más impotente es el gobierno contra dichos desfiles. En la medida en que las manifestaciones pacíficas de la masa popular se convierten en un fenómeno cotidiano y general, las matanzas se van haciendo cada vez menos posibles, porque se revelan ineficaces como medio de disuasión frente a los trabajadores, y su único resultado es la excitación creciente y la disposición revolucionaria de la población, y el descontento y las vacilaciones cada vez mayores entre los soldados. Por consiguiente, la única medida eficaz frente a las matanzas y los ataques bandidescos del gobierno contra las masas humanas en manifestación, está en mostrarle al gobierno que el *resultado* de semejante política es *contrario* a aquello que se propone conseguir, y que dichas matanzas no intimidan a las masas, sino que, por el contrario, las animan más y las mueven a manifestarse en mayor escala.

280

Se comprende que los trabajadores que asisten a las manifestaciones deberían armarse tan bien como puedan. A los ataques de los lacayos del gobierno las masas han de responder con todas sus fuerzas en legítima defensa. Pero el primer deber de la conciencia consiste, con todo, en explicarle a las masas:

1] que nuestro *objetivo* en la fase actual de la revolución no es la lucha armada con la tropa, sino la manifestación *pacifica,* porque ésta constituye el mejor medio para ganar en favor de la revolución, tanto entre las masas como entre los soldados, a grupos cada vez mayores; que las armas sólo pueden servir actualmente para *defensa propia* en un ataque de los militares;

2] que el armamento de la *masa popular* —aunque sólo tenga lugar para fines de defensa— no puede ser anticipado por un "comité" cualquiera, sino que ha de producirse, por ejemplo, mediante un aumento constante de las manifestaciones. Porque precisamente, el desfile de masas cada vez más numerosas, *reduce las probabilidades de ataque* por parte del ejército y *aumenta las probabilidades de la defensa y del armamento de las masas por cuenta propia* en el curso de los choques con los militares.

*Por consiguiente, la demostración pacífica ha de conquistar carta de naturaleza en todas las ciudades y aldeas del país donde los trabajadores están concentrados:* esto constituye el primer objetivo y la primera tarea del movimiento revolucionario. Y esta tarea, que va de sí como única respuesta posible a la política bandidesca anterior del gobierno, representa al propio tiempo, la *fase inmediatamente siguiente* en el camino del desarrollo ulterior de la revolución.

Al absolutismo le llegará la hora cuando la masa de millones en las ciudades y en el campo se levante definitivamente contra él en todo el país y arrastre consigo a una parte de la tropa. Pero el medio para concentrar y movilizar esta gigantesca masa entera para la lucha, no es otro que la formación visible, incesante, de aquella parte de la clase trabajadora que ha adquirido ya conciencia de la necesidad de lucha contra el absolutismo. En efecto, el medio más vigoroso de atraer a la población trabajadora a la lucha y de orientar a las capas trabajadoras aún indiferentes, está precisamente en las manifestaciones pacíficas de la parte revolucionaria del proletariado. En esta forma, mediante extensión natural, aumento y propagación de las manifestaciones, crece el ejército de los trabajadores preparados y se acerca el momento en que la revolución pasa por sí misma a la *etapa final,* esto es, a las luchas directas en la calle entre el pueblo y las tropas cada vez más vacilantes.

281

Así, pues, manifestaciones como la de mayo son en realidad, pese a la aparente victoria del gobierno asesino y la aparente impotencia de los trabajadores asesinados, *un paso* formidable e inevitable *hacia adelante,* hacia la victoria definitiva del proletariado sobre el absolutismo.

Se trata, sin duda, de un camino lleno de sacrificios terribles, sembrado de los cadáveres de los proletarios en lucha, pero con todo es el único

camino y desde el punto de vista de la *revolución de masas* es el camino normal. Por este mismo camino se desarrolló y triunfó la revolución de masas en junio de 1848, en París, Viena y Berlín. Y por el mismo camino se ha desarrollado el movimiento de los trabajadores en Polonia y Rusia. Los políticos que se tienen por socialistas y peroran acerca del ‘‘movimiento de masas”, que se imaginan que, con ayuda de los grupúsculos que se designan a sí mismos como “conspiradores” o “comités de lucha”, podrán evitarle a las masas los sacrificios y, con ardides, las víctimas de la revolución de masas, actuando ellos “en nombre” de las masas y obrando por su cuenta, no hacen más que mostrar, una vez más, que no comprenden, ni saben siquiera por cuál camino la revolución popular se ha desarrollado hasta aquí y ha alcanzado la magnitud actual.

Hubo un tiempo en que una pequeña huelga económica ordinaria era algo imposible en el zarismo. Con sacrificios enormes, con la cárcel, con Siberia, con expulsiones en masa a las localidades de origen, que equivalían a una sentencia de muerte por hambre, pagaron los trabajadores su participación en la lucha más corriente por una mejora insignificante en el salario. Pero renunciar a las huelgas era imposible. Y con huelgas cada vez más frecuentes y cada vez más formidables, los trabajadores que no se arredraban ante sacrificio alguno, conquistaron la posibilidad real de la lucha económica: el absolutismo sintió la impotencia de sus persecuciones rurales y la huelga económica adquirió carta de naturaleza. Hubo un tiempo en que la idea de una reunión declarada de trabajadores socialistas parecía constituir una locura. Y pese a los sacrificios sangrientos, el movimiento obrero se conquistó él solo, mediante la improvisación cada vez más fuerte y cada vez más frecuente de asambleas, la posibilidad de discutir sus asuntos en reuniones de masa, tanto en Rostov del Don como en la cuenca carbonífera de Dabrova Gornicza y en otras regiones. La huelga general como medio de la lucha política, sólo hizo su aparición a fines de enero, y ya el primero y el 4 de mayo, mostraron los trabajadores que la huelga general había adquirido en nuestro país carta de naturaleza, convirtiéndose en un fenómeno normal. Y el mismo camino sigue la cuestión de las manifestaciones de masas, y el mismo camino que las manifestaciones, y a través de las manifestaciones, fortaleciéndose y extendiéndose cada vez más, seguirá la revolución victoriosa conjunta.

En esta forma y en situaciones como la actual después de mayo, en que la tensión revolucionaria parece llegar a un punto culminante y exigir una acción extraordinaria, el proletariado con conciencia de clase no debe apartarse de su táctica general y fundamental —ni hay necesidad alguna de ello—, pues basta ésta para todas las situaciones y todas las fases de la lucha. A la impaciencia y al afán de acción del proletariado, la

socialdemocracia no puede mostrarle salida alguna en forma de un medio artificial que actúe como tranquilizante, como lo hace el PPS cuando habla de “masas” y de lanzamiento de “bombas vengadoras” fuera de la exhortación al proletariado de llevar a cabo manifestaciones *de masas* ulteriores *cada vez más masivas.*

282

El proletariado, gracias a su propio carácter, está penetrado todavía de un elevado idealismo, no teme los sacrificios de la lucha; le duelen únicamente los sacrificios inútiles y sólo odia el sentimiento de su impotencia. Y aquí, en cuanto partido de trabajadores, la socialdemocracia puede insuflar a las masas ánimo y fuerza, no ciertamente poniendo en sus manos una docena de fusiles o media docena de bombas, sino comunicándoles la conciencia clara de las leyes fundamentales del movimiento obrero, en el sentido de *que la única salida posible de todas las dificultades de la lucha de masas es, en todos los momentos de su evolución, la extensión de la acción de masas y el aumento numérico de las masas que en ella participan.*

Si la respuesta a la matanza de la manifestación de mayo en Varsovia de veinte mil trabajadores es, la próxima vez, una manifestación de cuarenta mil almas en Varsovia; si al anuncio de la matanza de Varsovia se levantan en manifestación una cantidad cada vez mayor de trabajadores en todos los alrededores de Varsovia y también en Lodz, la Cuenca de Dabrova, en Czestochova y Bielostoc, entonces, en la medida en que las masas que manifiestan crecen, crecerán también inevitablemente la inseguridad entre las tropas y la vacilación del gobierno en cuanto a la utilización de éstas contra las masas, y exactamente en la misma medida se transformará la *matanza* de la multitud indefensa por los esbirros, en una lucha de una multitud que en el curso de ésta se irá armando: en una lucha que no puede acabar de otro modo que con la *victoria de la revolución.*

Revelar a la masa del proletariado la fuerza de su propio movimiento y aumentar así su carácter de masa y su fuerza, éste es también en el presente caso, como siempre y doquier, todo el contenido y el secreto de la agitación socialdemócrata y de la dirección, que no consiste en “remplazar” a la masa en la historia, sino en llamarla al escenario de la lucha de clase, no ciertamente para “azuzarla”, sino para *hacerla consciente* de su tarea, que es tan sencilla, pero a la vez tan grande: sencilla y grande como el movimiento histórico del proletariado por su liberación de clase.

Una de las ilusiones acerca de su propia fuerza por parte del sector militante del proletariado es, indudablemente, en momentos como los días de mayo, la ilusión acerca de la simpatía de la “sociedad” por su causa.

283

La impresión que la manifestación, y más adelante la matanza de mayo,

han despertado en toda la ciudad, así como el curso imperturbable de la *huelga* general del 4 de mayo en Varsovia, indudablemente puede engendrar en los círculos obreros la ilusión de la simpatía *política* de los círculos burgueses. Por supuesto, de acuerdo con su punto de vista nacionalista, los socialpatriotas alimentan también esta ilusión nociva de los trabajadores y escriben, por ejemplo, en el *Naprzod* (Adelante): "Hay que subrayar el comportamiento de la *sociedad en su totalidad* (digo en su totalidad, aunque seguramente algunos elementos 'sensatos', que pertenecen en particular a los círculos de diversos partidos 'políticos' lamentarán, por razones superiores, los disturbios): *todas las capas,* los propietarios de tiendas, los comerciantes, la intelectualidad, la industria, los círculos burgueses, todos ven con simpatía este movimiento. Ayer y hoy (el 1º y 2 de mayo) están enfrentados como dos *mundos* hostiles: la *sociedad* por una parte y el ejército y las autoridades por la otra."

El deber de la socialdemocracia como partido de clase es, inversamente, poner a los trabajadores en guardia contra la tendencia a adoptar la apariencia por la realidad y señalar el hecho vergonzoso de la pasividad total de la "sociedad" y su canina docilidad para con el gobierno de los esbirros; señalar el odio silbante en la prensa burguesa por la actitud revolucionaria del proletariado, y explicar a los trabajadores que los "elementos sensatos", esto es, la burguesía reaccionaria, no constituyen en modo alguno una *excepción,* sino que son los representantes autorizados de la sociedad burguesa. En resumen: también en la situación actual, el cometido de la socialdemocracia es *deslindar* a la masa trabajadora como una clase consciente de su particularidad política, sin apartarse ni un ápice, a causa de éxitos aparentes y de presuntas exigencias de la situación momentánea, de su tarea permanente de organizar al proletariado para la lucha de clase contra la burguesía y aclararle que los "dos mundos" en que la revolución ha desgarrado nuestro país no son el gobierno ruso por una parte y la "sociedad" polaca por la otra, sino el proletariado polaco en lucha a] lado del ruso, contra las clases burguesas polacas al lado del gobierno zarista.

Y solamente así, uniendo el objetivo más inmediato de la lucha política con la agitación permanente de clase, tanto en las huelgas económicas como también durante las huelgas generales y las manifestaciones de masa y, en resumen, en todos los fenómenos y los momentos de la lucha frente a grupos separados del proletariado, destacará a la socialdemocracia, en el sentido del *Manifiesto Comunista,* los verdaderos intereses del proletariado y el movimiento de clase en su conjunto y, frente a objetivos circunstanciales separados de la lucha, destacará igualmente su objetivo definitivo, esto es, la liberación socialista del dominio de la sociedad capitalista.

284

# LOS DEBATES EN COLONIA

## I

El Congreso de los Sindicatos de Colonia[1] nos ofrece, en distintos sentidos,

un extenso material para pensar, mejor dicho, para impugnar. Sin duda alguna, los debates de Colonia poseen algo más que su actualidad y su carácter práctico. Tienen un significado *sintomático y* deben ser considerados, desde este punto de vista, como la expresión de ciertas corrientes generales que actúan en amplios círculos de nuestros trabajadores. Desde este ángulo, *el debate sobre la huelga general* es típico del espíritu, el nivel y la orientación de los círculos que imponen el ritmo a nuestros sindicatos.

Recalcando sólo lo necesario: la resolución que abandona la huelga política de masas[2] y prohíbe la "propagación" de este medio de lucha, puede dejar perplejos a los auténticos defensores de la idea de la huelga general. Si bien nunca hemos abrigado demasiadas esperanzas en la "propagación" de esta idea, la contribución de nuestros dos "propagadores" especiales, los camaradas Friedberg y Bernstein, ha conducido en mayor medida al descrédito de dicha idea que a su comprensión. Y en verdad se puede suponer que precisamente la propaganda de estas bienintencionadas personas aunque pésimos políticos, ha puesto su grano de arena en la resolución de Colonia.

285

[1] El V Congreso de los Sindicatos en Alemania tuvo lugar en Colonia, del 22 al 27 de mayo de 1905.

[2] La Resolución del Congreso de Sindicatos en Colonia dice: "El V Congreso alemán de los sindicatos considera como un deber ineluctable de los sindicatos combatir con toda decisión los intentos de limitar los derechos populares existentes, y luchar con sus mejores fuerzas por el mejoramiento de todas las leyes, sobre las cuales está basada su existencia y sin las cuales no estarían en posibilidad de realizar sus tareas.

La táctica para estos tipos de lucha necesarios, debe adecuarse según las condiciones, como cualquier otra táctica.

El Congreso considera nefastos todos los intentos de fijar una táctica determinada a través de la propaganda de la huelga política de masas. El Congreso recomienda a los trabajadores enfrentarse enérgicamente a todos estos intentos.

El Congreso considera indiscutible la huelga general, en la forma en que es sostenida por anarquistas y personas sin ninguna experiencia en las cuestiones de la lucha económica; el Congreso previene a los trabajadores para que no se dejen confundir y apartar del trabajo diario meticuloso y el fortalecimiento de la organización de los trabajadores, a través de la asimilación y la propagación de tales ideas." (Protocolo de las sesiones del V Congreso de los Sindicatos de Alemania, realizado en Colonia del 22 al 27 de mayo de 1905, Berlín.)

En una fase determinada de la lucha de clases, no es posible impedir la huelga política de masas mediante acuerdos de Congreso reprobatorios, y mucho menos a través del aburrido debate sobre el tema realizado en forma abstracta cuando no existen las condiciones objetivas para ello. La huelga política de masas como medio político de lucha es un *producto histórico* de la lucha de clases, que como la revolución, no puede ser "realizada" o "reprobada" mediante una orden. Lo único que puede hacer, a partir de "elementos libres", el partido consciente de la lucha de clases, o sea la socialdemocracia y el sindicato, en tanto que estén situados en el terreno de la lucha de clases moderna, es conocer previamente las condiciones históricas, sociales y políticas, que hacen necesario el surgimiento de estas formas de la lucha de clases. Todo ello, con el fin de participar *conscientemente* en su desarrollo, y marchar a la cabeza del rumbo reconocido como históricamente necesario.

Hasta la fecha, la reacción ha preferido conformar la grata ilusión de que los fenómenos históricos de masas, como la revolución, la huelga general. son "realizados" por iracundos revoltosos y por lo tanto pueden ser "abandonados" si entran en razón. Esta pedante concepción, reaccionaria desde sus raíces más profundas, está en estricta contradicción con los fundamentos del socialismo moderno, como es bien sabido fue llevada a la socialdemocracia por la orientación bernsteiniana. Grupo de tal inocencia que considera factible declarar repentinamente, que la idea de la revolución es un remanente superfino del tiempo de la barbarie socialdemócrata que ahora puede ser sustituido ¡x>r métodos de lucha civilizados y legales.

La concepción sobre la huelga general expresada por Bömelburg y el decidido rechazo a la "propagación" de esta idea, se mueven a lo largo de la misma línea de pensamiento. La resolución de Bömelburg abandona no sólo la propia utilización de la huelga general, sino también la *propaganda,* la *aclaración* de esta cuestión y el intercambio de opiniones sobre ella. Es demostrativo que esta extraña resolución haya surgido precisamente de la concepción y la orientación emparentadas con aquella que no dejó de protestar enérgicamente, por el desprecio al "libre intercambio de opiniones" y a la "libertad de investigación" en la socialdemocracia.

El terrorismo verbal del partido *imaginado, concebido ad usum del phini* a partir de elementos libres, desató un sinnúmero de tormentas de desconsuelo entre los círculos oportunistas. Este es el primer ejemplo, el primer ejemplo que conoce nuestro movimiento obrero en el que una verdadera resolución del Congreso prohíbe formalmente cierta libertad de expresión utilizando el mismo argumento que se emplea para quejarse de los "literatos" insubordinados, para reírse de los radicales y arrebatados. Queremos ver si los abanderados de la "libertad de expresión oprimida" —

Heine, David y camaradas— se movilizan *esta vez* en el terreno donde sus subordinados han sido verdaderamente heridos.

Mientras que la "libertad de investigación" de Bernstein fue en su momento una insoportable y estéril repetición, cuyo autor "caminaba en círculos como si fuese un animal", y que condujo al partido una y otra vez al mismo "abrupto terreno teórico" de sus dudas, la cuestión de la huelga política de masas ofrece un campo nuevo y fértil del conocimiento histórico y social. Un terreno que debe ser asimilado por los trabajadores, con toda la seriedad teórica e histórica. Y si algo ha demostrado la necesidad imperiosa de la aclaración científica de esta cuestión, y si algo está en abierta contradicción con las resoluciones del Congreso de Colonia, entonces, es tanto la argumentación propia de los expositores de esta resolución como la de los que la redactaron. El problema central de la posición de Colonia sobre esta cuestión, no reside en la propia resolución, la cual no tendrá ningún significado práctico —*ni* para la aplicación de la huelga de masas, *ni* para su discusión—, sino en la *argumentación* y el nivel del debate que la acompañaron. *Este* debate, junto con el lo. de mayo, son, clara e indiscutiblemente, un "signo de nuestro tiempo".

286

## II

Desde que la socialdemocracia internacional se ocupa de la cuestión de la huelga de masas, la diferenciación, entre la huelga general *sindical* y la poZíiica por una parte, y por la otra, entre la concepción *anarquista* de la huelga general política y la concepción *socialdemócrata* se ha convertido en el punto de partida de toda la discusión. La diferenciación de estos tipos básicos de la huelga de masas, no sólo es teóricamente inevitable, sino que está fundamentada históricamente, en tanto que el movimiento obrero internacional ya ha experimentado los distintos tipos con resultados diferentes. Mezclar los diferentes tipos significa actuar, teórica y prácticamente, casi en la misma dirección de los profesores burgueses: que pretenden identificar las coaliciones de trabajadores y las asociaciones empresariales como una y la misma categoría de la "representación de intereses".

El que no puede diferenciar entre la huelga general sindical y la política, entre la socialdemócrata y la anarquista, el que no alcanza a percibir la diferencia entre la idea de un círculo de solidaridad económica en apoyo de una lucha salarial determinada y el levantamiento político general de las masas trabajadoras en lucha por sus derechos políticos comunes, aquél que

no le es posible diferenciar entre la huelga general belga de 1893[3] por la conquista del derecho al voto universal o la huelga general actual en Rusia y la ya excomulgada *Idée á la Bakunin,* de introducir el orden socialista a través de una huelga general disparada con una pistola, aquél que no ve todas estas diferencias, sólo demuestra que no entiende el ABC de todo esto y con él *no se discute.* Únicamente se le puede recomendar que aprenda algo primero. Pero, ¿qué es lo que escuchamos en el Congreso de los Sindicatos de Colonia? El expositor Bömelburg ofrece una amplia y extensa charla sobre la peligrosidad de los círculos de simpatizantes sindicales. Después, sin nexo alguno, se traslada sobre la ancha ola de su parsimonia desde la reciente y fatal huelga de los trabajadores de envases de vidrio,[4] a la "huelga social general". Festeja el verdadero triunfo de una broma sobre un orate anarquista típico, relatándola para el deleite del público vociferante. Y por último, en forma similarmente inconexa, pasa a la critica de la huelga de resistencia, la cual es rápidamente tirada a la basura con estériles y demagógicos trucos oratorios. El congreso "acompaña cada frase del orador con coros de aprobación hasta el final", ¡Según la información del *Vorwärts*! La argumentación del segundo oponente al secretario general, *Leimpeters,* es mucho más sorprendente. Éste asienta clara y francamente: "no puedo hacer ninguna diferenciación entre la huelga general anarquista y la huelga política de masas". Y no extrae la más mínima conclusión correcta, de que es preciso una aclaración más profunda y que cada resolución sería apresurada, sino que a partir de su ignorancia e incapacidad de juicio, llega a la confusión más completa y directa de todos los tipos de huelga.

287

Y también se le remunera con "hilaridad masiva" por un par de chistes sobre la farsa, tantas veces desenmascarada, de la huelga anarquista. Hilaridad tan compartida en este congreso de los sindicatos, que nos recuerda las risas de un parlamento burgués en la discusión sobre el "futuro Estado socialista".

Se completa el triunvirato con Robert Schmidt, que por su parte hizo la siguiente aclaración: "la experiencia nos ha enseñado que hasta ahora la clase obrera no ha obtenido ninguna utilidad permanente de alguna de estas grandiosas luchas, en cambio la reacción se ha fortalecido". "La experiencia", donde la única experiencia en el terreno de la huelga de masas *política* que verdaderamente fue realizada hasta ahora, la huelga general belga del año de 1893 y las recientes huelgas generales en Rusia,

[3] En abril de 1893 a través de la huelga de masas de 250.000 trabajadores belgas, el gobierno fue obligado a introducir el derecho electoral general con el voto plural.

[4] El 27 de julio de 1901, la Liga de Trabajadores del Vidrio proclamó la huelga general de los trabajadores de envases. Comprendió 4 700 trabajadores en 20 localidades. La huelga acabó con una derrota el 17 de septiembre de 1901.

demuestran *¡un éxito brillante!*

(La reciente huelga general fracasada en Bélgica, en abril de 1902 no puede tomarse aquí en consideración, porque brinda una experiencia de cómo se puede ahogar una huelga general, y no de cómo realizarla.)

Es imposible suponer, que estos *hechos* hayan pasado desapercibidos para compañeros como Robert Schmidt, Bömelburg y Leimpeters que pertenecen a los dirigentes sindicales más activos. Conocen muy bien los hechos que contradicen tajantemente sus concepciones. Lo que no entienden y con ellos la gran mayoría de activistas sindicales, que aprobaron a sus oradores en Colonia, es la comprensión profunda, la *penetración* seria y sin prejuicios ele las enseñanzas de la huelga general en el extranjero. Tal parece que Bélgica no tiene validez suficiente, para ser objeto de un estudio más profundo con relación a sus experimentos. Es un país "ligero de cascos", semirromántico. al que los activistas sindicales alemanes miran sólo desde arriba. Y Rusia, sí, Rusia, el "país salvaje", territorio virgen, un país que no tiene la traza más mínima de cajas sindicales repletas, de una comisión general de sindicatos y de un equipo completo de funcionarios sindicales pagados. Cómo pudieron los activistas sindicales alemanes "experimentados", serios, llegar a la idea de que es una "estupidez general" concluir algún juicio sobre la huelga general, mientras que en Rusia este método de lucha encuentra una aplicación grandiosa e insospechada. ¡Aplicación que habrá de ser ejemplar y aleccionadora para todo el mundo de los trabajadores!

288

Todos los opositores de la huelga general hablaban de "experiencias prácticas". La "experiencia" era el tono básico del debate. El símbolo que enfrentaron a la "teoría", a los "literatos" y al extranjero. ¡Y todo esto desde el pulpito de las "experiencias" de un país que *jamás* ha tenido la posibilidad de realizar una experiencia con la huelga general política!

Ciertamente, la experiencia no fue el tono básico que resonó en el debate sobre la huelga general, sino la *torpeza.* Y seguramente nunca se ha realizado un congreso de los sindicatos en Alemania, donde la torpeza hubiera surgido tan contundentemente como en Colonia. Una torpeza autosuficiente, radiante, evidente, que se impregnó a sí misma de una inmensa alegría, que se dejó ofuscar por sí misma, que pretendió estar por encima de todas las experiencias del movimiento obrero internacional sin comprenderlo en absoluto. Que creía poder dar opiniones sobre un producto histórico al que no le importa en lo más mínimo las resoluciones del Congreso. Esta misma torpeza estuvo a punto de lanzar por la borda la idea del lo. de mayo. Y esta misma torpeza nos aseguró al final: ¡No se ablanden! ¡La reacción no nos puede hacer nada! ¡Puede quitarnos todo, el

derecho electoral, el derecho de coalición, todos los derechos, nosotros seguiremos siendo fuertes!

Si *esto* no significa arrullar a los trabajadores en la peligrosa mecedora de las grandes potencias en forma irresponsable, entonces no sabemos lo que significa la demagogia y la perdición de los trabajadores.

Ciertamente somos fuertes y ¡habremos de vencer! Venceremos a la reacción en todos los renglones. Pero no permitiendo con una sonrisa en la boca el despojo de nuestros derechos y sacrificando con frivolidad impensada medios de lucha como el 1º de mayo.

# EN LA HORA REVOLUCIONARIA: ¿Y AHORA QUÉ? [III]

La huelga general de la industria, de los ferrocarriles y del correo, iniciada hacia fines de diciembre,[1] se ha terminado. Los contrarrevolucionarios del gobierno y de la burguesía, la prensa rusa de los pillos y la prensa polaca de la nacionaldemocracia, triunfaron, según ellos, en el sentido de que esta vez, la huelga general, especialmente la huelga de los ferrocarrileros "no salió bien", que los mítines fueron poco frecuentados y que el espíritu y el ambiente de lucha durante esta huelga era mucho menos animado que en las anteriores. De esto, la reacción concluyó con alegría que la influencia de los "alborotadores" socialistas disminuye... y que el pueblo, cansado y agotado por las fatigas anteriores, empieza a desobedecer a sus líderes. La burguesía y, particularmente nuestra inteligencia burguesa, que en la revolución juega el papel de espectador y observa la lucha desde un escondite seguro a través de los huecos en la cerca y espera que termine pronto para dedicarse a gozar "tranquilamente" el fruto de los sacrificios sangrientos del proletariado, esta inteligencia burguesa que siempre está lista para humillarse delante de la fuerza impresionante de la bayoneta, ya empieza otra vez a dudar de la victoria de la revolución. Hombres que no tienen ninguna relación espiritual con la masa del proletariado, que no entienden la necesidad histórica de esta revolución que retumba desde hace un año en el país, ni entienden su lógica interna y la garantía de su victoria, juzgan sobre el destino de la revolución entera tras cada pequeña oscilación del platillo de la balanza entre el pueblo y la contrarrevolución; hoy, los mismos se inclinan otra vez a creer en la fuerza del absoluto y a dudar de la fuerza del proletariado, porque temporalmente un soldado con bayoneta atraviesa la calle con paso triunfal, porque el asesinato y la crueldad son hechos diarios, porque la prensa está agarrotada, la libertad personal ofendida, los sindicatos prohibidos, los mítines públicos disueltos con muerte, en una palabra, porque toda la "constitución" está aparentemente, virtualmente abolida.

Una vez más observemos la situación atentamente. A primera vista, según la apariencia, puede parecer de veras a estas gentes miopes e irreflexivas que la reacción hubiera salido victoriosa de esta última prueba de fuerza con la revolución ya que se terminó con la huelga general,

[1] En Moscú había empezado por decisión del Soviet el 20 de diciembre de 1905 una huelga general contra el absolutismo zarista. La huelga se convirtió en una sublevación armada y se dispersó por toda Rusia. Las tropas zaristas lograron derrotar las sublevaciones.

mientras subsiste el estado de guerra. Durnovo[2] y su política de la violencia dominan, y el absolutismo sostiene el derecho del látigo levantado en cuanto que no reconoce los derechos de los sindicatos de los ferrocarrileros y de los trabajadores del correo y del telégrafo. *Aparentemente,* por cierto, esta huelga general no logró su objetivo. ¿Significaría esto que esta arma poderosa se acható, que la huelga general a la que debemos hasta ahora las adquisiciones más importantes de la revolución, dejó de ser efectiva?

290 Quien así piensa, sólo comprueba que se ha enfrentado ciegamente hasta ahora a la historia de la revolución y al lugar de la huelga general en ella. La huelga general es y será un arma poderosa "cargada de futuro" en la lucha de clases, pero es un arma cuya aplicación y eficacia depende siempre de las circunstancias, de las condiciones dadas y del momento de la lucha. Desde que estalló la revolución obrera, abierta en enero del año pasado, se llegó —aparte de las huelgas locales en ciudades y regiones separadas, que resucitaron aquí y allá casi ininterrumpidamente— tres veces a la huelga general que se derramaba como ola gigantesca sobre el estado entero. Tres veces estalló la huelga como expresión inmediata de la lucha contra el zarismo en toda Rusia y Polonia, y cada vez tuvo otra causa, venía acompañada de otras circunstancias, su significado y su papel fueron distintos en el transcurso general de la revolución.

## I

Por primera vez la ola de la huelga general llegó desde Petersburgo, después del 22 de enero, o sea, después de aquella matanza para siempre memorable del proletariado indefenso de Petersburgo que se había puesto en marcha en un grupo de doscientas mil personas hacia el palacio del zar con la petición urgente de la libertad política y de la jornada de ocho horas. Con la noticia de aquella sublevación pacífica de los hermanos en Petersburgo y de los crímenes cometidos contra ellos por el zarismo, se sublevó el proletariado y se enfrentó a la lucha en todas las regiones y ciudades industriales del país: en Polonia, en el Cáucaso, en Livonia, en el Sur, en Rusia Central, en Siberia. Los obreros tras esta noticia se levantaron espontáneamente casi en todas partes, desde la capital zarista; la huelga general estalló por ella misma, los partidos socialistas apenas lograron emitir la consigna de la huelga, dar expresión a la energía de lucha de las masas obreras que se apuraban a manifestar su solidaridad con el proletariado de Petersburgo. Precisamente en esto estaba el sentido y el

[2] P. N. Durnovo fue secretario de gobernación de octubre de 1905 hasta abril de 1906 y aplicó crueles represalias en la lucha contra la revolución.

contenido de aquella primera sacudida de la huelga general. Era la primera expresión de la acción política común de las aspiraciones comunes de clase de los obreros de Petersburgo, Moscú, Kíev, Odesa, etc., es decir, de todo el país. Antes, los obreros de cada ciudad, de cada provincia, luchaban separados contra el capital y el zarismo, aunque estaban unidos por la misma idea, los mismos intereses, las mismas aspiraciones. En esta huelga general de enero y febrero, la colectividad de las aspiraciones del proletariado en el Estado entero, se volvieron realidad viva por primera vez, se revelaron en la acción, en la lucha común y enarbolando simultáneamente una misma consigna. La huelga misma como protesta contra la masacre de Petersburgo tenía su propio contenido y su propia significación, puesto que fue la primera manifestación política simultánea del proletariado entero de todo el país, el primer acto de la voluntad de la lucha común. Esta huelga general fue el nacimiento político del proletariado de Rusia, Polonia, Lituania, Livonia, del Cáucaso y de Siberia, su nacimiento político como clase y la apertura de su lucha de clase común contra el capital y el zarismo.

291

Por consiguiente, las *consecuencias* de la primera huelga general eran inmensas. Todavía no derrotó al absolutismo, pero movió y revolvió todo el terreno social en el cual crece la lucha de clases del proletariado. Como la tierra fertilizada en la primavera por una inundación comienza a producir abundamente y a llevar rica cosecha, así se inflamó la conciencia de clase del proletariado, la conciencia de la injusticia social cometida en él, que despertada poderosamente de repente por la huelga general, se expresó como una cantidad innumerable de huelgas locales, parciales y profesionales. El proletariado del país entero, conmovido por la propia participación en la lucha de clases general, empezó a sacudir sus cadenas, a luchar por la mejora de su existencia diaria, a acordarse de su estado sin derechos. Toda la primavera y el verano permaneció el efecto de aquella primera huelga general que dio la señal para la lucha infatigable de los obreros contra el poder del capital, para una lucha en cada región, en cada ciudad, en cada fábrica, para una lucha que concentró la multiplicidad y la desigualdad de las exigencias locales en una misma punta: la consigna de la jomada de trabajo de ocho horas y de la libertad política.

Las circunstancias en las que estalló la segunda huelga general —hacia fines de octubre— ya eran otras. La lucha del proletariado en toda Rusia y Polonia, que había empezado tras la señal de la matanza de Petersburgo y que duró sin interrupciones casi medio año, obligó al absolutismo a la primera capitulación. El gobierno zarista veía que sólo con matanzas ya no podía reprimir de ningún modo la revolución obrera y, por lo tanto, emprendió la tarea de tranquilizarla por medio de una trampa, la de

engañar al proletariado luchador con la apariencia de la libertad política. Se elaboró y publicó aquel famoso proyecto de "Duma" bulyginista,[3] por el cual, bajo el pretexto del gobierno constitucional, después de que el trono vacilante del zar fue apoyado con ayuda de la burguesía reaccionaria y de la aristocracia, en realidad, bajo la apariencia de libertad, sólo se intentaba reconfirmar la omnipotencia del látigo y negar los derechos políticos del pueblo trabajador.

292

Este subterfugio del absolutismo creó transitoriamente un peligro para la causa de la libertad. No sólo nuestra burguesía reaccionaria sino también la aristocracia liberal se decidieron en seguida a aceptar los derechos sangrientos del zarismo y a engañar a la clase obrera. Si el proletariado hubiera admitido que se realizara la comedia de las elecciones a la Duma de Bulygin (que debía constituirse con un puñado de esclavos burgueses y de aristócratas del zarismo y carecer totalmente de poder legislativo), si lo hubiera tolerado, entonces la revolución hubiera quizás enmudecido por un tiempo más largo y se hubiera logrado el objetivo del engaño zarista. Las grandes masas de la población urbana y rural en su totalidad, poco o nada instruidas, ya que no saben distinguir la verdadera libertad política del despotismo enmascarado, hubieran tomado en serio la comedia engañosa del absolutismo, la hubieran tomado por un criterio verdadero de la voluntad del pueblo y así habrían sido adormecidas otra vez por algún tiempo e invitadas a hundirse en la pasividad. La huelga general de fines de octubre puso fin a las intenciones del gobierno zarista, destruyó el proyecto de Bulygin, las elecciones, la Duma y toda la comedia infame del zarismo. Con el paro general y la gestión directa, la parte consciente de la clase obrera manifestó esta vez claramente que ningún subterfugio del absolutismo logrará engañarla, que no exige el embozamiento del gobierno sino su caída completa. Con esta huelga, la capa consciente del proletariado mostró ante los ojos de los círculos más amplios de la población, las intenciones bandidescas del zarismo, les advirtió el peligro y los llamó a la lucha inmediata. La consecuencia de la huelga se dio en seguida: el manifiesto zarista del 30 de octubre,[4] que esta vez prometió ya la verdadera libertad política, enterró los proyectos de Bulygin y abrió una nueva fase de la revolución.

Entre la huelga general de octubre y la de enero existe en todos los

[3] El 19 de agosto de 1905 el gobierno zarista había promulgado una ley elaborada por el secretario de gobierno A. G. Bulygin, que convocaba a elecciones de la Duma del imperio. Según esta ley, la Duma era considerada sólo como órgano consejero, y las elecciones deberían realizarse según el principio de estados federados y según un censo fijo de bienes.

[4] El gobierno zarista, frente a la huelga general, se vio obligado a hacer concesiones constitucionales. En el manifiesto del 30 de octubre de 1905 se aseguraron las libertades políticas burguesas, se amplió el círculo de las personas con derecho a voto para la Duma y se dio poder legislativo a la misma.

aspectos una diferencia enorme. El estallido de la huelga de enero fue sobre todo espontáneo. Los obreros, guiados por un sano instinto de clase, pararon el trabajo en todas partes tras la noticia de la matanza de Petersburgo. La huelga de octubre, en cambio, era una acción totalmente política y consciente del proletariado que aspiraba a un fin determinado: la destrucción del proyecto de la Duma de Bulygin. La "contraseña" para la huelga de enero fue dada por la masacre de la manifestación de obreros indefensos que portaban la petición de libertad; la señal para la huelga de octubre la dieron los ferrocarrileros de Moscú, conscientes y en lucha bajo la bandera de la socialdemocracia y. tras ellos, todos los ferrocarrileros del país. Además, sólo en las condiciones del estallido de la segunda huelga general se manifestó el progreso enorme de la causa de los obreros y de la revolución, y la misma huelga de octubre, por su lado, empujó con violencia la causa de la revolución.

293 El manifiesto zarista del 30 de octubre quería evitar la tormenta revolucionaria con la promesa solemne de verdadera libertad política, cuando fue evidente que, en vista de la madurez política del proletariado, ya no era posible evitarla con sólo conceder libertades aparentes. Pero la misma madurez política de los trabajadores logró también que el propio pueblo y su omnipotencia revolucionaria, realizara inmediatamente la promesa zarista en cuyo cumplimiento el absolutismo no pensaba en lo más mínimo. A principios de noviembre la libertad política se hizo realidad, antes de que los sátrapas zaristas se pudieran dar cuenta. Una prensa libre de las cadenas de la censura, asambleas populares libres, libertad de expresión, manifestaciones, sindicatos libres, todo esto lo conquistaron las masas populares y lo tomaron por asalto en pocos días. La libertad efectiva dominó en Petersburgo, en Moscú, en Varsovia y en el país entero. Pero la primera utilidad y la más importante de la libertad política para el proletariado. es en todos los países la organización de clase abierta y fuerte. Bajo la dirección de la socialdemocracia la clase obrera y, después de ella, los funcionarios y la pequeña burguesía, procedieron a la creación de sindicatos. La idea de la organización constante para la lucha de clases, desconocida en todas las revoluciones anteriores y nacida de la lucha de clases, se convirtió en el alma de esta revolución obrera. Como después de la primera huelga de enero, los círculos |jequeñoburgueses, la intelligentzia, los funcionarios, los artistas y, por otro lado, la población rural, sintieron por primera vez, con el ejemplo del proletariado industrial, su contradicción de clase frente a los explotadores, empezaron por primera vez a aplicar el arma de la *huelga* con el fin do mejorar su situación: así comienzan todos estos círculos, después de la segunda huelga general, con la ayuda de la libertad efectiva conquistada y gracias al ejemplo del proletariado industrial, a aplicar por

primera vez el arma de la *organización,* apresurándose a crear asociaciones diversas.

El paso más importante en este progreso general de la revolución es la organización de los trabajadores del correo y de telégrafos. Pero justamente por ello, el florecimiento extensivo de la organización piovocó un nuevo esfuerzo por parte del gobierno zarista que se hundía. Parar con violencia aquel enorme impulso a la organización, definir la libertad de prensa y de asamblea ligada con aquél, tal era el objetivo del atentado del zarismo al sindicato, al sindicato de los trabajadores del correo y de telégrafos.[5] Y la respuesta a este ataque fue y es la heroica huelga general de los trabajadores de la comunicación, admirada por el mundo entero, cuya conclusión fue la última, la tercera huelga general de los obreros industriales y de los ferrocarrileros.

294

Esta vez, las circunstancias de la huelga eran muy diferentes de las dos anteriores. La importancia de la primera huelga general en enero consistió en que realmente se pudo hacer, en que era la primera acción de clase común del proletariado de todo el país, en que despertó la conciencia de clase en los obreros del imperio zarista y los unió en adelante para la lucha.

Toda nuestra revolución debe ser vista en este sentido como resultado y adquisición de aquella primera huelga que significaba la abierta declaración de guerra al zarismo por parte de la cíase obrera. La segunda huelga en octubre, fue ya una respuesta a los engañosos subterfugios del absolutismo y destruyó toda posibilidad de mantener al zarismo bajo cualquier envoltura constitucional. El resultado y el progreso de esta huelga fueron el manifiesto del 30 de octubre y la libertad efectiva de la prensa, de asamblea, de los sindicatos y uniones, de expresión, libertades que se dieron inmediatamente después del manifiesto.

Esta vez, la tercera huelga intentaba ya defender esta libertad efectiva que es un derecho conquistado por la clase obrera, derecho que el absolutismo había decidido anular y eliminar. El asunto de la lucha ya no es ahora intentar negar este o aquel proyecto del absolutismo. El zarismo renunció a todos los subterfugios, ya que después del destino de la Duma de Bulygin y del manifiesto del 30 de octubre se hizo evidente su inutilidad. El zarismo se presentó sin máscaras para destruir con violencia la libertad política nacida y su desarrollo siguiente. En el momento en que, por un lado, la libertad política, al menos sus principios más fundamentales, se hizo ya sangre y carne, se convirtió en propiedad de las masas populares, y por el

[5] El secretario de gobernación aludido prohibió la Unión Rusa de los Empleados del Correo y de Telégrafos. El congreso de la asociación contestó a aquello con la proclamación de una huelga de protesta el 15 de noviembre de 1905.

otro, el gobierno zarista se esfuerza abiertamente en matar esta libertad, la lucha ya sólo se puede llevar por la *existencia* del gobierno zarista. Esto significa que la lucha revolucionaria se acerca a su propia y última meta. No en el sentido de que sea decidida en un tiempo próximo, por el contrario, la lucha todavía puede y va a durar probablemente largo tiempo, pero se acerca a su fin, al cambio decisivo en su relación con el enemigo más próximo, con el gobierno zarista. En la primera fase de la revolución, el ejército revolucionario del proletariado primero se juntó y se formó. En la segunda, este ejército conquistó la verdadera libertad política y destruyó de hecho el dominio del absolutismo. Se trata ahora de quitar de en medio lo que queda del gobierno zarista: el ejercicio de la violencia que obstaculiza el camino del futuro desarrollo de la libertad política.

295

Basta con reflexionar sobre esta etapa, sobre este desarrollo gradual de la revolución, para comprender que la huelga general ella sola no podía decidir las cosas esta vez. Pudo cumplir enteramente su tarea en enero cuando se jugó el primer acto de la comunidad de la clase del proletariado. También pudo lograr su objetivo en octubre cuando se trataba de manifestar la protesta y el desprecio por la comedia del zarismo, cuando era suficiente con demostrar que el pueblo trabajador adivinaba la trampa y el engaño del gobierno, en forma tal que el engaño y la trampa tenían que desaparecer del escenario como un trapo viejo y sucio, como la carta falsa del tahúr que ha sido descubierta.

Ahora el gobierno ya no hace trampas, sino que con el empleo exclusivo de la violencia quiere anular la libertad política que le ha sido arrebatada. Ya no hay malentendidos ni subterfugios; la revolución y la contrarrevolución están enfrentadas en carne viva; el ataque del gobierno a los gérmenes de la libertad política es un reto claro a la lucha final. Por consiguiente, la cuestión puede ser decidida sólo por medio de la fuerza física; la respuesta a la violencia sólo puede ser la violencia, a los atentados del gobierno, la sublevación general y la lucha callejera. La huelga general era eficaz y siempre actuará como la expresión más completa de la voluntad y de la conciencia de las líneas de vanguardia del proletariado revolucionario, como despertadora de la conciencia y voluntad de las capas populares aun apáticas. Por ello, la huelga general es y será el arma más importante e indispensable de la clase revolucionaria, para la cual, la manifestación y la expansión de la conciencia son contenido y fundamento de la lucha de clase. En este sentido ninguna huelga está equivocada, cada una aporta resultados enormes. Pero en la fase actual, en la que el zarismo no puede desatender ni engañar la voluntad del proletariado y sólo quiere quebrarla con la fuerza, la sublevación armada y la lucha callejera entran necesariamente al campo de batalla como refuerzo de la huelga general.

Precisamente esta situación dominó en la última huelga general y le dio ciertos rasgos de vacilación y de inseguridad exterior. Si hasta cierto grado las masas vacilaban esta vez ante la huelga, si los mítines socialistas ya no causaban tanto entusiasmo y excitación como en la fase anterior de la lucha, leemos en esto la expresión de combate del instinto infalible del revolucionario, que sentía que la huelga general ya no era suficiente, que ya no podia ser sino la introducción y arremetida de una serie de luchas callejeras abiertas contra el gobierno de la violencia y de las masacres. Si por ello la huelga general esta vez "no salió bien", no es porque las masas ya estén hartas de la lucha y de la huelga, es que por el contrario sienten la necesidad de la lucha que va más allá, más decidida, más clara; es que el instinto de las masas palpó, que la huelga general sola ya no basta. Con otras palabras, el transcurso de la última huelga es la prueba de que la causa revolucionaria no retrocede, no disminuye en fuerzas, sino al contrario, de que avanza y se fortifica; que los líderes socialistas no empiezan a perder la influencia sobre las masas, sino que las mismas masas, como es natural en momentos de cambio de la lucha, empujan espontáneamente a los líderes hacia consignas más decididas; que hemos entrado en una nueva fase de la revolución que nos enfrenta a nuevas luchas más potentes que las anteriores. Y como ya antes grupos aislados del proletariado precedieron en la lucha al ejército entero, como ya dejaron ver con sus explosiones parcialmente elementales los caminos y las formas que la lucha de todo el proletariado tiene que adoptar conscientemente, así, no menos Moscú con su rebelión callejera, y también el Ural, Bachmut, Rostov del Don y Livonia, dieron ya la señal y muestran los caminos hacia una nueva fase de las luchas armadas. Este mismo "fracaso" de la huelga general última, del cual se alegran los esbirros zaristas y la burguesía reaccionaria en su ceguera, es un triunfo del desarrollo de la revolución y anuncia una serie de enormes próximos choques decisivos contra el zarismo.

296

## II

La socialdemocracia anunció y declaró desde el principio de la lucha contra el zarismo, que la caída del absolutismo y la realización de la libertad política sólo es posible mediante una sublevación general de las masas políticamente conscientes del pueblo trabajador en todo el país. La socialdemocracia declaró también desde el principio de la revolución, que la realización de tal sublevación general de la clase obrera no es posible sino por el camino de la sublevación gradual y parcial desde las capas más conscientes. La socialdemocracia declaró que en cada levantamiento local y parcial y en cada lucha de obreros, aun cuando sean reprimidos en un

principio, la causa revolucionaria adelanta un paso, porque, en primer lugar, difunde por el eco de la lucha conciencia y energía revolucionaria entre los círculos populares que todavía son inconscientes y pasivos y prepara de este modo la unión y la organización revolucionaria del proletariado entero; en segundo lugar, desorganiza el dominio del absolutismo y de esta manera debilita sus fuerzas de resistencia; en tercer lugar, gana para sí partes del ejército, por el encuentro de éste con el pueblo luchador y crea en parte, las condiciones para el pertrechamiento masivo de los trabajadores en el curso de la lucha. La socialdemocracia declaró, con esto, que todas las dificultades y problemas de la revolución no se pueden resolver y superar mediante subterfugios artificiales, como tampoco los partidos socialistas dirigentes hacer milagros, sino exclusivamente por el desarrollo lógico e inexorable de la lucha de las masas populares proletarias. La tarea de la dirección de la socialdemocracia consiste únicamente en introducir la conciencia de su propio movimiento clasista a las masas proletarias y, además, en juntar y fijar en una organización de clase permanente a las capas vanguardistas que han tomado conciencia en el curso de la revolución gracias a la agitación socialdemócrata.

297 Un año entero dura ya la revolución en el país y hasta ahora todo su transcurso confirma cada una de las palabras declaradas por la socialdemocracia. Paulatinamente, paso por paso, se transmitió la llama de la revolución de un lugar a otro, hasta que se realizó la unión del proletariado combatiente en un ejército que se extiende en el campo entero del zarismo, un ejército que ahora domina cada paso de los combatientes en Polonia, Pctcrsburgo, Moscú, Rusia Central y del Sur obligando a los revolucionarios de cada ciudad o provincia o de la capital a considerar en cada paso a todo el país. Antes, la actuación por separado de Polonia, Petersburgo, Moscú, Odesa y del Cáucaso, tenía respectivamente el significado de un nuevo golpe y de una nueva brecha contra la fortaleza del absolutismo. Hoy, especialmente la participación de los ferrocarrileros y de los empleados del correo en la revolución, unificó la revolución en todo el territorio en el sentido de que la actuación individual, aun cuando muy valiente, de cualquier ciudad o de toda una región, puede no ser la expresión de un triunfo, sino más bien de una derrota de la revolución.

Simultáneamente se puso al orden del día la necesidad de una sublevación general. Aunque había sido prevista y anunciada por la socialdemocracia desde un principio, no resultó impuesta a las masas como un invento artificial de los “alborotadores”, sino como resultado, como consecuencia lógica del transcurso tomado por la revolución. Esta necesidad surgió por ella misma de la situación de la lucha revolucionaria, de su desarrollo, del agotamiento de los subterfugios por parte del zarismo, de la

elevación del grado de conciencia y del aumento de la fuerza del lado de la revolución. Justamente esta necesidad pesó ya sobre la última huelga general y produjo este sentimiento vago de esperanza, de inseguridad y de vacilación que dio a la huelga ciertos rasgos de una derrota, que, en el fondo, era nuevo progreso, un nuevo paso decidido dado hacia adelante en el camino del desarrollo de la causa revolucionaria.

De esta manera, el transcurso de la lucha que se desarrolla según todos los principios de una verdadera lucha de masas, alcanzó una fase en la que las adquisiciones y progresos de la revolución que representan la garantía de su victoria final, causan temporalmente, en la fase de transición, la apariencia de debilidad y de vacilación: la revolución obrera de masas, que no se desarrolla en virtud de las "órdenes" de un puñado de falsos "líderes", sino según las leyes de un fenómeno histórico, se distingue en eso precisamente de las magníficas y deslumbradoras revoluciones burguesas, en que está llena de vacilaciones aparentes, de derrotas aparentes y hasta de retrocesos aparentes. "Las revoluciones burguesas", dice Karl Marx en su obra *El dieciocho Brumario,*

298

> avanzan arrolladoramente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se atropellan, los hombres y las cosas parecen orlados de brillantes de fuego, el éxtasis es el espíritu de cada día; pero estas revoluciones son de corta vida, llegan en seguida a su apogeo y una larga modorra se apodera de la sociedad, antes de haber aprendido a asimilarse serenamente los resultados de su periodo de embate y lucha. En cambio, las revoluciones proletarias, como las del siglo XIX, se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado para comenzarlo de nuevo desde el principio, se burlan con concienzuda crueldad de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan:
>
> *Hic Rhodus, hic salta!*
> ¡*Aquí está la rosa, baila aquí!*[6]

[6] Karl Marx, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte.* En K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas,* Ediciones en lenguas extranjeras. Moscú, 1951, t. I, p. 227. 298

La autocrítica de la clase obrera —el hecho que se haga consciente en cada paso de la dirección, la lógica y los fundamentos de su propio movimiento de clase—, es la fuente de la que saca constantemente fuerza para nuevas luchas y por la que se explica las propias vacilaciones y derrotas como pruebas de fuerza y de la victoria segura.

En el momento actual, las próximas tareas de la revolución parecen difíciles de solucionar. De un lado, la huelga general exclusivamente pacífica, parece a primera vista agotada como arma de lucha. Del otro lado, la sublevación y la lucha armada parecen todavía muy carentes de preparación. Allí está la sublevación heroica del proletariado de Moscú, reprimida en chorros de sangre, que terminó aparentemente en una derrota. Allí está la soldadesca todavía dispuesta a matanzas y a obedecer las órdenes de) gobierno criminal. Allí está la masa del pueblo todavía sin armas y expuesta con el cuerpo indefenso a los tiros homicidas de los militares.

Pero la situación es así solamente vista con superficialidad. En realidad, el mismo transcurso y el mismo desarrollo de la revolución que nos empujan hacia la necesidad del levantamiento y de las luchas abiertas, crearon ya todas las condiciones y la seguridad de la victoria. Desde el primer día, esta marcha y este desarrollo están marcados en forma inalterable e inquebrantable en dos direcciones: las posibilidades y el poder del gobierno disminuyen constantemente, las posibilidades y el poder de la revolución de los obreros crecen y aumentan también sin parar.

299

En la primera fase de la revolución el proletariado industrial emprendió solo la lucha. En Rusia Central tenía el apoyo moral de la inteligencia progresista y democrática, y la aristocracia liberal se abstuvo cobardemente; en nuestro país, en Polonia, ni siquiera había aquello. El obrero urbano emprendió solo, abandonado por todos, solo contra toda la sociedad burguesa corrompida, la lucha contra todo absolutismo. Poco después de la primera ola de huelgas, los fundamentos de esta reacción unida y los de la pasividad de la sociedad, agrietados, empezaron a caer: capas populares comenzaron a romper con ella y a juntarse con el proletariado de las fábricas. Gradualmente, los funcionarios menores, los ferrocarrileros, luego, los empleados del correo y de telégrafos y, simultáneamente, los marineros se unieron a él. Las unidades militares, una tras otra, empezaron a afiliarse al proletariado. Finalmente, el incendio de la sublevación campesina también prendió en la población rural en toda Rusia y Livonia, empezando igualmente la rebelión general del ejército en Manchuria. Las multitudes de los combatientes crecieron y crecen cada día, el descontento y la injusticia acumulados durante siglos estallan cada vez en forma distinta, el terreno de la revolución se extiende constantemente. Cada nuevo puesto ganado es

una conquista que no se nos puede arrebatar.

La huelga de los ferrocarrileros, la huelga de los empleados de correo se han aparentemente malogrado ¡jorque "no alcanzaron" su objetivo inmediato: el reconocimiento de los sindicatos por el absolutismo. Pero con la terminación de la huelga ya no se puede eliminar, ni el descontento, una vez despierto, de los negros blancos de los ferrocarriles y del correo, ni su unión real y su sindicalismo en el estado entero. Representan una adquisición duradera de la revolución y un fermento constante para nuevas luchas. La rebelión de los marineros en Sebastopol, en Kronstadt, la sublevación de varias unidades militares en Moscú, Kiev y Odesa pudieron ser reprimidas, pero la fermentación en la armada y en el ejército, claro está, no cesó por ello, sino, al contrario, tanto más violenta y brutalmente es reprimida la sublevación, tanto más poderosamente se extiende, en forma tal que, hasta ahora, cada rebelión militar suprimida con éxito es una garantía segura para nuevas rebeliones, siempre más frecuentes y más poderosas. Finalmente, también la sublevación campesina, aun cuando sea suprimida sangrientamente en este o aquel pueblo, no puede terminar sino con la revolución total, porque la población rural, una vez despierta de su letargo y puesta en movimiento, no volverá al estado de pasividad, mientras la revolución obrera sigue lanzando alrededor nuevos incendios en los silos de la injusticia y miseria de los campesinos, acumuladas durante siglos.

300

De esta manera, el ejército revolucionario está creciendo constantemente en su marcha como una avalancha que sólo sale ganando y no pierde en volumen. Y con el crecimiento y la variedad de las multitudes revolucionarias, las formas de ataque y los métodos de lucha se vuelven más variados y múltiples. Al lado de la huelga industrial están, en los últimos meses, las huelgas de los ferrocarriles y del correo o el bloqueo de la comunicación que dan a la acción revolucionaria un significado directamente internacional político y financiero. A la huelga pacífica en las ciudades, a la revolución de los "brazos caídos", se sumó la guerra campesina de las horcas y de las trillas; a la huelga obrera y a la rebelión campesina, la sublevación de los acorazados y la guerra naval.

Por el otro lado, las reservas de la contrarrevolución se agotan cada día más y son irrecuperables. Los pogromos de judíos, el método más importante de ataque por parte del absolutismo en la primera fase de la revolución, son ya un arma vacía c inadecuada. Su única consecuencia duradera fue el compromiso del zarismo ante el extranjero. En Rusia misma y en Polonia se hizo imposible urdir pogromos allí donde existen ya grupos de obreros conscientes y revolucionarios. La campaña difamatoria contra los judíos se volvió imposible en Polonia, en Petersburgo, en Moscú y en Riga, en todos los núcleos importantes de la revolución. Todavía es posible en

ciudades muy apartadas del sur de Rusia, en Besarabia por ejemplo, es decir, allí donde el movimiento revolucionario no existe o sólo débilmente. En una palabra, los pogromos sólo son posibles en donde no son necesarios, son imposibles en donde servirían de medida contra la revolución.

El segundo método y escalada del absolutismo —las manifestaciones de las "centurias negras"—,[7] era un error y se agotó desde que el mundo entero reconoció detrás de la máscara de un grupo patriótico del pueblo los rasgos asquerosos de la escoria de la sociedad. El objetivo y el sentido propio de este método del absolutismo —oponer al ejército del proletariado revolucionario manifestaciones "patrióticas" dirigidas por el clero—, consistía en disimular y urdir la apariencia de una lucha entre las convicciones de dos partes distintas de un mismo pueblo. La lucha fratricida entre el mismo pueblo debía desviar el corte filoso de la lucha dirigida contra el absolutismo. Pero la especulación del zarismo fracasó, incluso en la delgada capa del pueblo que quiso manejar como choque antirrevolucionario. El carácter propio de la escoria de la sociedad, que había de jugar el papel de "pueblo honesto", se expresó en un caos de crimen, de anarquía, de incendio, de borracheras y robo rapaz, estallando con frecuencia en una orgía tal que hubo de enterrar cualquier mando del gobierno absolutista y lo comprometió totalmente a los ojos del pueblo verdadero y de la burguesía. Moscú, en donde el método de la guerra de los lumpen contra los obreros y la intelligentzia revolucionaria pasó sus primeros exámenes más audaces, es hoy también la primera ciudad en la que la sublevación armada más grande y la lucha más poderosa hasta ahora del pueblo contra el ejército, ha mostrado al proletariado de todo el territorio el próximo camino de la lucha hasta la victoria.

301

Al gobierno zarista, hoy por hoy, le queda solamente la lucha abierta, empleando las últimas reservas: la bayoneta y la artillería. Pero entre la tropa los grupos que obedecen al zar encogen también día con día y, precisamente, cada vez más bajo la influencia de los choques con el proletariado revolucionario. Así como en una guerra regular la acometividad y la disciplina de los militares crecen con toda claridad tras cada victoria sobre el enemigo exterior, así, en una revolución, cada victoria sobre "el enemigo interior"; sobre el propio pueblo, con la fatalidad de una ley natural se convierte en una derrota para la contrarrevolución. Un soldado que hubiese sido abatido y vencido por el pueblo callejero, estaría furioso contra el pueblo, en él se despertarían la ambición y la bestialidad atávica.

[7] Las "centurias negras" eran bandas terroristas creadas por el régimen zarista para la lucha contra el movimiento revolucionario. Se componían de elementos reaccionarios de la pequeña burguesía, del lumpenproletariado y de criminales. Asesinaron a trabajadores progresistas e intelectuales y programaban pogromos de judíos.

En cambio, un soldado que “venció” a sus propios hermanos vestidos con sus blusas de trabajo y se manchó con la sangre del pueblo, vuelve su tristeza y amargura contra sus líderes, quienes lo usaron como instrumento para el crimen. Esto no es una especulación de la socialdemocracia. fabricada para este momento, calculada para impedir armar a todo el pueblo. es una característica social contradictoria que lleva el militarismo burgués en sí, que convierte artificialmente una parte del proletariado en instrumento de represión del proletariado entero. El mejor camino, el más seguro para vencer a los militares en la revolución, es el convencimiento gradual de los mismos para la causa revolucionaria, y la escuela revolucionaria más poderosa para el ejército son los choques con el pueblo revolucionario trabajador. La agitación de la socialdemocracia entre los militares, sólo explica, formula y organiza las consecuencias de este fermento revolucionario, fermento echado entre las líneas de las tropas gracias a la lucha de los obreros contra el uso del ejército por el absolutismo con el fin de “pacificar” la revolución. El Moscú revolucionario fue derrotado en un torrente de sangre. Pero ya en Moscú, desde el primer momento de la lucha, una unidad completa de infantería tuvo que ser retirada, encerrada y vigilada en los cuarteles por insegura. El que hasta ahora es sin duda el pilar gubernamental, los cosacos, también negó en Moscú la obediencia. Hasta una parte de la artillería local se retiró de la lucha contra el pueblo. En una palabra, la guarnición local de Moscú resultó inadecuada para acallar a los obreros. Solamente reclamando artillería y dragones de otras regiones lejanas, de Petersburgo, del distrito de guerra de Varsovia, logró el gobierno ahogar la revuelta. Moscú comprobó de esta manera que hoy el gobierno sólo puede usar sus fuerzas militares contra la revolución trasladándolas de un lugar a otro; esto quiere decir que en el momento de una sublevación armada que estalle simultánea en todos los núcleos, el gobierno se verá impotente, y lo es. Por otro lado, el traslado de las tropas todavía fieles al absolutismo a los centros revolucionarios, es la primera lección para estas tropas “vírgenes” del ejército. La lucha en Moscú, sin duda, sacudió y minó la disciplina, la obediencia y la lealtad de unidades enteras del ejército que han servido hasta ahora al absolutismo. De esta manera, cada victoria armada sobre el proletariado la paga el gobierno con la pérdida de nuevos regimientos que se pasan del lado de la espera pasiva o de la revolución activa. La victoria moscovita es una derrota transitoria y local de la revolución y de ningún modo puede impedir la derrota final irrecuperable y general del absolutismo. Un método para conservar la lealtad o por lo menos la tranquilidad y la disciplina externa en el ejército zarista, sería no usarlo para nada en la lucha contra el pueblo, no comprometerlo en el torbellino peligroso de la revolución. Hoy, el uso del ejército es ya el último recurso del absolutismo. La revolución mantiene en jaque al zarismo en un

círculo mágico sin salida. Actualmente, siguiendo el ejemplo de Moscú, el gobierno se prepara con un último esfuerzo a la brutal represión sangrienta de toda sublevación revolucionaria, y la suprimirá durante algún tiempo, para perder con cada victoria sobre el pueblo nuevas líneas del ejército y aumentar las filas de la revolución, acercándose inexorablemente a su última gran derrota.

302

Así pues, la causa del proletariado revolucionario tiene que avanzar en la fase actual de su evolución y alcanzar la victoria por el mismo camino y con los mismos métodos con los que anduvo las etapas anteriores: creciendo en poder y en fuerza. Por ningún subterfugio artificial, por ningún invento milagroso, sino por el desarrollo y la expansión normal e infatigable del movimiento de masas mismo, así como por la instrucción y la organización de los hijos del proletariado que representan su ejército, la lucha revolucionaria llegará a la victoria final. Lo mismo que la acción huelguista general en el territorio entero, simultánea y pacífica, preparada y creada por huelgas graduales, primero aisladas, locales y dispersas, así nacerá, primero aquí y allá y luego en todas partes, el gran incendio de la sublevación general, único, simultáneo, concentrado y unificado. Y como cada una de las huelgas fue aparentemente una decepción a fin de extender y unificar la acción huelguística general, así cada uno de los levantamientos armados del proletariado será reprimido para que se organice y acelere la última sublevación general y victoriosa.

303

## III

La visión trivial y burguesa de la revolución como un choque físico de dos fuerzas materiales, busca las condiciones y la garantía de la victoria sobre todo en la cantidad y la calidad de las armas. Pistolas, bombas y dinamita, éstos serían los factores decisivos de la lucha en la opinión de la burguesía y de los “amigos” de la revolución que piensan burguesamente. Cerebros burgueses que rinden homenaje al materialismo craso, no son capaces de comprender que ni siquiera en las guerras capitalistas las armas y las fuerzas físicas del ejército deciden la victoria, sino la superioridad del progreso político-social. La derrota de Rusia en la guerra ruso-japonesa[8] no fue el triunfo de los buques torpederos japoneses, sino el triunfo de la joven sociedad capitalista sobre el cadáver del absolutismo gangrenado, así corno la derrota del zarismo en Sebastopol durante la guerra de Crimea hace

[8] De enero de 1904 hasta septiembre de 1905 el Japón hizo la guerra imperialista a Rusia por la hegemonía en el lejano oriente. La pesada derrota de las tropas rusas en el año 1905 desangró al zarismo y aceleró la crisis revolucionaria en Rusia.

medio siglo, no fue la bancarrota de los cañones y fortificaciones rusas, sino la de la encomienda rusa; igualmente, la derrota de los alemanes en Jena en el año de 1807 en la guerra contra Napoleón fue la victoria de la revolución francesa y de la Francia burguesa sobre el feudalismo alemán podrido. Ya que el destino de las guerras de la época no se decide en lo físico por las armas desnudas, sino por las necesidades históricas del desarrollo social que produce asimismo la superioridad de las armas y la estrategia perfeccionada y, sobre todo, la acometividad que asegura la victoria, el destino de la revolución es exclusiva y completamente la obra de esta evolución. En todas las revoluciones de la sociedad burguesa, el pueblo fue, está y estará mal armado, y las tropas regulares tienen y tendrán la prepotencia física sobre el pueblo. Justamente, en esto se basa y a ello apunta en los Estados capitalistas la institución de los ejércitos permanentes a los que "corresponde" el pueblo desarmado; por ello, una de las exigencias próximas de la socialdemocracia en todos los países será la de armas para la población, las milicias populares. Pero, a pesar de ello, hasta ahora, todas las revoluciones terminaron con la victoria del pueblo y la capitulación de las viejas formas políticas y sociales que sobrevivían. Asimismo, sobre el destino de la actual revolución obrera no decide el número de armas de fuego que tengan los obreros combatientes a su disposición, sino el hecho de que la caída del absolutismo, en vistas de la poderosa evolución de la lucha de clase del proletariado —lucha que ha crecido en el suelo del capitalismo y que ha sido llevada a la escuela por el propio zarismo— se ha convertido en una necesidad histórica. Mientras que nuestra burguesía cobarde y su intelligentzia lacayuna empiezan ya a dudar de la victoria de la revolución, bajo la influencia de los asesinatos "victoriosos" del absolutismo en Moscú y de la suspensión temporal de la acción huelguista en general, y empiezan a dirigir miradas de ardiente admiración a la bayoneta desnuda y a la metralla erecta; mientras el capitalismo internacional concede un homenaje y un voto de confianza a la presente superioridad aparente de la contrarrevolución moscovita, elevando el tipo de cambio de los títulos rusos en la bolsa, la victoria de la revolución no está sujeta al altibajo de la duda, por la simple razón de ser ya hoy un hecho que adquiere mayor realidad día con día. El derrumbe del absolutismo y la libertad política, que según la burguesía caerá del cielo y sus nubes sólo cuando en base a la injusticia más miserable en cuanto al derecho de voto, las elecciones para la Duma se hayan realizado; la libertad política vuelta realidad para la burguesía en cuanto los caballeros tomen asiento en las nuevas sillas legislativas de la Duma zarista, esta libertad de hecho, se realiza ya cada dia en el proceso de la lucha misma.

304

El absolutismo como forma gubernamental realmente ya no existe, fue

abolido. Para la burguesía reaccionaria, para la que el látigo simboliza el poder del gobierno, la banda de Witte[9] sigue dominando hoy plenamente, ya que conserva la determinación y fuerza para cometer actos violentos y matanzas. Pero la esencia de cada gobierno, por más reaccionario que sea, no consiste en brutalidades sino en la ejecución de ciertas funciones normales en el interés de la sociedad capitalista. El gobierno presente no tiene la capacidad de ejecutar ninguna de estas funciones. No puede garantizar a la clase capitalista su enriquecimiento normal gracias a la explotación de la clase trabajadora y de su fuerza de trabajo, ya que la revolución desencadenó la lucha de clases económica, las huelgas, las exigencias del proletariado y la acción política a grado tal que el proceso de explotación capitalista perdió su continuidad y seguridad, siendo interrumpido y sacudido a cada momento. El gobierno actual ya no puede tampoco asegurar a la aristocracia rural su enriquecimiento tranquilo y adusto mediante la explotación del trabajador del campo, ya que la revolución encendió la guerra campesina que el gobierno zarista ya no es capaz de sofocar. Tampoco puede ya asegurar el funcionamiento constante de la educación pública, indispensable en toda sociedad burguesa, porque la revolución ha cerrado todas las escuelas estatales a lo largo de la línea. No puede mantener el factor más indispensable en un Estado burgués moderno, el de la vida económico-social comunicada, pues la revolución ha tomado el mando sobre los medios de comunicación: ferrocarriles, correo, telégrafos y tranvías. En todos los puntos, la revolución ha arrancado de las manos de la banda zarista las funciones de gobierno fundamentales, puesto que el absolutismo ya no es una forma de gobierno sino una organización de violencia que consume todas sus fuerzas en la represión de la insurgencia,

305

La contrarrevolución es hoy la única función del absolutismo; el gobierno propiamente dicho, es decir, la regulación de las relaciones en el seno de la economía, entre las clases en la vida política y entre el público, ha pasado a la revolución. Solamente cajas de resonancia cerebral embotadas, como las de los políticos zaristas del calibre de un Duronovo, pueden soñar con apoderarse de nuevo, por vía de matanzas y parches constitucionales, de todas las funciones gubernamentales perdidas. Este dominio de la revolución en todas las áreas de la vida pública, llamado “caos y anarquía” por la burguesía, no es más que la expresión del hecho de que la sociedad y sus situaciones de clase ya realmente no caben en el marco del absolutismo. Durante siglos el gobierno existió y se mantuvo gracias a la inconsciencia, la inmadurez política de millones de trabajadores, que no entendían la

[9] S. J. Witte fue primero ministro desde octubre de 1905 hasta abril de 190G. Era monárquico, pero dispuesto a la unión con la gran burguesía, así como a concesiones constitucionales.

enemistad de sus intereses con los de las clases dominantes, que no entendían y no sentían la necesidad de la lucha de clases y de la libertad política indispensable para este fin. Hoy, en todo el territorio, las amplias masas obreras comprenden sus intereses de clase, llevan una lucha masiva diaria contra la burguesía y en esa misma medida el absolutismo se hace imposible: la lucha de clases ya lo hizo saltar, rebasó su cuadro como una ola gigantesca, lo desnudó de su contenido y de sus funciones sociales. En consecuencia, ya que lo que la burguesía llama "caos" y "anarquía" es la simple manifestación de la madurez de la lucha de clases del proletariado, lucha que se incrementó inmensamente en el fuego de la propia revolución, ninguna fuerza, ningún poder puede ya anular esta situación; ni por ninguna enmienda a medias a pobres constitucioncillas, ni por la violencia o la matanza puede ya ser devuelta la función gubernamental al absolutismo, penetrado ya, irrevocablemente, por las condiciones sociales maduradas en la revolución.

Basta con que tomemos conciencia de estos fundamentos y de esta esencia del transcurso de la revolución y de sus victorias hasta ahora, para comprender en qué se basan las garantías de su próximo destino y cómo hay que seguir.

En el momento actual, la revolución sortea una de esas pausas que parecen calmadas, en las que la obra gigantesca creada por ella, sus triunfos y victorias, en cierto modo desaparecen de la vista, se empequeñecen, y los espectadores de la lucha revolucionaria empiezan a creer en la posibilidad del aniquilamiento total por medio de las bayonetas o también, por el agotamiento de la revolución misma, por el cansancio de los luchadores. Históricamente, se trató de lo uno y de lo otro en el caso de las anteriores revoluciones. Pero aquellos que, exclusivamente sobre esta base, están dispuestos a contemplar el mismo destino para la actual revolución en cuanto a cada pausa temporal, sólo comprueban lo poco que entienden el simple hecho de que cada revolución está sujeta a las leyes férreas de la lógica histórica y, que su destino, sus derrotas y victorias, no son en absoluto hijas del azar, sino siempre el resultado necesario de las situaciones políticas y de las condiciones sociales.

306

Tanto la realización completa de cualquier revolución, como también su supresión por la fuerza de la bayoneta en un momento dado, son perfectamente posibles, pero sólo bajo condiciones muy definidas. O sea, hasta ahora, se trató de un fenómeno regular de las revoluciones modernas burguesas, en las que la conductora del movimiento era, por cierto, la propia burguesía, pero obligada a incluir en todas partes a las masas de la pequeña burguesía y del proletariado, sin las cuales ninguna hubiera podido realizarse. Por cierto, la participación de las masas trabajadoras, del

proletariado, siempre empujó a las revoluciones burguesas a consignas y exigencias que iban mucho más allá y eran mucho más radicales de lo que correspondía a los planes e intereses de la burguesía dirigente y, a la vez, correspondía al estadio de desarrollo social total. Por consiguiente, un fenómeno regular de estas revoluciones era el cansancio y la decadencia repentina de la energía, justamente en el momento en que la lucha parecía estar en el auge de su fuerza y de su ímpetu; precisamente allí, las clases y partidos burgueses dirigentes del movimiento sentían que la corriente de la revolución los había elevado demasiado alto, y la sociedad entera preveía instintivamente el cercano retroceso inevitable de la ola revolucionaria, la resaca que arañaba su propio lecho y aun, en ocasiones, lo socavaba. Tales "pausas" del cansancio y de la depresión, eran a la ve2 el anuncio de la derrota sangrienta que aguardaba inevitablemente a la revolución, dado que la clase obrera, que se adelanta a las intenciones y aspiraciones de la burguesía gracias a su afán de lucha, su acometividad y el radicalismo de sus exigencias, cada vez hace saltar la chispa del pedernal violento de la bayoneta asesina. En realidad, el descalabro de la revolución era en estos casos sólo un descalabro de las aspiraciones demasiado adelantadas e históricamente imposibles de realizar, un descalabro de la clase que las representaba. La victoria de las bayonetas era el método propio de los movimientos burgueses con el fin de recortar el ímpetu revolucionario a límites históricamente posibles.

Tal fue precisamente el caso de la gran revolución francesa que, iniciada en el año de 1789 por la burguesía liberal, bajo la consigna de la monarquía constitucional con derecho a elección muy limitado, que por cierto, en tres años fue empujada por la pequeña burguesía y el proletariado de París hasta la república con matices socialistas. El dominio del partido montañés en el año 1793, fue precisamente aquel punto máximo de la revolución al cual el pueblo parisiense pudo empujarla, y el terror que aplicó el gobierno revolucionario de entonces, la llamada Convención, que mandó a los ciudadanos moderados y a los burgueses reaccionarios por centenas a la guillotina, fue el desesperado intento del pueblo por mantenerse en el poder. Pero la gran revolución de hace 100 años, de hecho era sólo la aurora del orden burgués y de toda condición para una revuelta socialista: en la Francia de entonces ni siquiera existía una república democrática. Por ello, la derrota y la caída del partido radical de la "Montaña". la asfixia del proletariado y a la vez la derrota de la revolución, eran inevitables.



Lo mismo se dio más tarde, en la revolución de 1848 que inició en Francia la burguesía liberal con la consigna de la reforma al derecho de elección. Bajo la presión del proletariado pasó en seguida a la consigna de la república popular y pronto iba ya todavía más lejos: hasta la consigna de una revuelta

socialista vagamente concebida en el sentido de la teoría, medio utópica, medio conspiratoria, del socialismo de entonces, encarnado en L. Blanc y A. Blanqui.

En la por siempre inolvidable masacre de junio de 1848, las clases burguesas ahogaron la revolución en la sangre proletaria de los obreros parisinos, para demostrar a la clase obrera que la revolución socialista en aquellos años, cuando las capas más amplias de la burguesía y de la pequeña burguesía misma apenas tomaban el poder político en el Estado, era una consigna prematura e imposible de realizar. Asimismo, finalmente, la famosa Comuna de París del año 1871, aquel dominio omnipotente del proletariado que duró varios meses en la capital de Francia, estuvo condenada de antemano a la derrota y a la venganza terrible de la burguesía; tampoco esta vez llegó el poder político a los obreros como resultado de las circunstancias sociales maduras para la dictadura del proletariado: fue un botín accidental y fortuito debido a que la cobarde burguesía francesa había abandonado París y el poder durante la guerra con Prusia.

De estos mismos ejemplos se sigue lógicamente que el agotamiento de las líneas revolucionarias, así como la reducción violenta de todo el movimiento, son posibles e inevitables en ciertos momentos de las revoluciones burguesas, pero hoy son imposibles. La revolución actual en el imperio zarista es la primera cuya alma es la clase obrera consciente. Justamente porque el proletariado combatiente no está dirigido hoy por clases y partidos burgueses, sino por la socialdemocracia, es por lo que su vanguardia está consciente de sus intereses de clase, de sus tareas y también de las condiciones sociales de su realización; por ello, el proletariado no se propone en la actual revolución objetivos utópicos y demasiado lejanos —como la inmediata realización del socialismo—, sino una meta posible e históricamente necesaria: la conquista de la república democrática y la jornada de ocho horas. Aunque pueda parecer, visto superficialmente, que las condiciones presentes en el Estado i-uso están muy lejos de la república; aun cuando parezca que el brinco, desde el dominio ayer todavía actual del feroz absolutismo a la forma más democrática del Estado burgués, la república, sea titánico, no se trata, sin embargo, de una posibilidad y una probabilidad “al tanteo”, sino de la posibilidad histórica. La meta puesta por la clase trabajadora de Polonia y de Rusia es ciertamente alcanzable, es decir, es posible en cuanto a los términos del desarrollo social del país, porque concuerda con el dominio clasista posrevolucionario de la burguesía —hoy todavía inevitable— y, a la vez, corresponde a la alta evolución política de la clase obrera y a las condiciones de clase que han madurado en la revolución misma.

Por el otro lado, la clase obrera es la última clase de la sociedad burguesa que se presenta con fines revolucionarios. Ir más allá de los objetivos exigidos conscientemente por el proletariado, es algo que está excluido. La única capa social más baja que el proletariado, el estrato de los parásitos sociales sin propiedades, como las prostitutas, los criminales profesionales, toda clase de existencias oscuras y accidentales, no es un factor revolucionario sino por el contrario son contrarrevolucionarios, como se ve en el caso de las "centurias negras" que son sostén del absolutismo.

Por cierto, la misma clase obrera puede ser llevada tan lejos por el curso rápido de la revolución actual, que también tendría que ampliar sus demandas presentes, y exigir no sólo la república democrática, sino incluso concesiones importantes de la clase capitalista, sobre todo en el espíritu de reforma social, lo cual evocaría al final una dura lucha del proletariado contra todas las otras clases de la sociedad. Pero tal viraje de la revolución sería posible sólo en cuanto la clase obrera hubiera ya antes alcanzado la victoria completa, y hasta tal punto que no sólo lograra la proclamación de la república, sino que llegara a tomar en sus manos el timón del poder del Estado durante algún tiempo.

Pero mientras no se ha logrado esto, mientras el proletariado ruso y polaco aun no están en el poder, aun luchan primeramente por sus metas revolucionarias inmediatas, es imposible ahogarlos a bayonetazos e imposible el agotamiento por cansancio.

Derrotas *individuales,* triunfos aislados para las bayonetas no sólo son posibles, sino son también inevitables, ya que todo el desarrollo de la revolución actual —la concentración, la instrucción y el crecimiento de las filas del proletariado combatiente— se da en definitiva únicamente en la escuela de la misma lucha de masas, es decir, en el camino formado por choques individuales con las fuerzas de la reacción, todavía superior. Sin embargo, la revolución avanza en su *totalidad* en forma irresistible, y sus pausas aparentes no son signo de una crisis interna, ni un síntoma de la *retirada,* próxima de la ola revolucionaria, tal como los movimientos burgueses, sino, al revés, son fenómenos de la avanzada de la revolución hacia nuevos saltos repentinos, siempre hacia adelante. Después de la primera pausa aparente y del supuesto abatimiento de la movilización que concluyó el periodo primaveral de la fiebre general huelguística, sucedió de súbito la explosión rebelde del Potiomkin,[10] grito con el que la revolución conquistó una nueva dimensión para la acción: la armada zarista. Después de la segunda pausa y del aparente aflojamiento total de la lucha, cuando se

[10] El 27 de junio de 1905 estalló sobre la cubierta del acorazado ruso Potiomkin una rebelión de los marineros; fue la primera acción masiva revolucionaria en el ejército y la armada zarista.

acercaban las elecciones para la Duma de Bulygin, se dio el estallido de la huelga general de los ferrocarrileros, es decir, otra expansión repentina de la revolución. Así también, la "pausa" actual es un seguro indicio de un nuevo renacimiento de la revolución y de su eficacia creadora. La tarea y el papel de la dirección consciente del proletariado, la socialdemocracia no es en todo esto, como siempre, ningún otro que el de suministrar infatigablemente elementos, coleccionar "material combustible" para la revolución que explota en formas y progresos siempre nuevos de la lucha. Y estos elementos, este material vivificante de la revolución no es otra cosa que la *conciencia política y la organización de clase del proletariado urbano y rural.*

309 La fase iniciada de las luchas abiertas, armadas, impone a la socialdemocracia la obligación de armar dentro de lo posible las líneas de vanguardia de los combatientes, la reflexión de los planes, y la evaluación de las condiciones de la lucha callejera y, sobre todo, el aprovechamiento de las experiencias y lecciones de la sublevación armada en Moscú. Pero no es en estos preparativos *técnicos* para las sublevaciones armadas —aunque sean importantes e indispensables— donde yace la garantía *principal* de la victoria del pueblo en el choque abierto con el ejército. Finalmente, lo decisivo no será la pequeña minoría de la clase obrera organizada en divisiones de lucha que se dedica especialmente a la lucha revolucionaria clandestina, sino las masas más amplias del proletariado. Solamente su combatividad, sus movilizaciones organizadas y disciplinadas, su heroísmo masivo, pueden asegurar a la revolución callejera la victoria final. Sólo a fanfarrones revolucionarios de la especie conspiratoria, se les puede ocurrir organizar a la masa entera del proletariado en divisiones de lucha. Las masas obreras sólo pueden organizarse en el terreno de la lucha de clases diaria y constante, económica y política. Los sindicatos socialdemócratas y las uniones, la agitación intensa en las ciudades y en el campo, la formación de asociaciones entre los militares a nivel de los cuarteles, éste es el trabajo de preparación más importante, trabajo fundamental para la victoria futura en la lucha de calles. La organización y la instrucción de las masas obreras con base en sus tareas generales como clase y, simultáneamente, en las tareas específicas planteadas por el momento presente, ofrece, en *primer lugar,* la posibilidad de fortalecer para siempre los éxitos de la lucha de clases que ya corroyeron al absolutismo y, de esta manera, asegurar la revolución contra el retorno de la reacción al poder; en *segundo lugar,* posibilita la preparación del "material explosivo" de la revolución actual que es la madurez política del proletariado y que, donde quiera que está concentrado, siempre vuelve a producir nuevos estallidos, nuevas formas y nuevos progresos repentinos de la lucha misma en otros lugares; finalmente

en *tercer lugar,* la posibilidad de crear en las masas este ambiente de lucha y esta voluntad de victoria a todo precio que harán inevitables los choques armados tarde o temprano, y a la vez, la posibilidad de guiar los movimientos de las masas en estos choques.

310

En las supuestas "pausas", como en la de ahora, disminuye temporalmente no sólo la fe de los burgueses parásitos de la revolución en el poder del proletariado, sino también la fe de la clase obrera en su propia fuerza, porque los horizontes de la revolución se estrechan y sus caminos próximos son invisibles. El mejor y único método para mantener en alto la energía y la fe revolucionaria entre las filas de los luchadores, es hacerles otra vez conscientes las necesidades históricas, la evolución lógica y las victorias anteriores de la revolución. Como decía Lasalle, "llamar por su nombre a lo que es", es y será siempre el acto más revolucionario.

# HUELGA DE MASAS, PARTIDO Y SINDICATOS [1]

[1] * El título original de la obra de Rosa Luxemburgo es *Massenstreik Partei und Gewerskschaften. Im Auftrage des Vorstandes der sozialdemokralischen Landesorganization Hamburgs und der Vorstande der sozialdemokratischen Vereine von Aliona, Ottensen und Wandsbeck.* (*Por cuenta de la presidencia de la Organización regional socialilemócrata de Hamburgo y de las presidencias de las Uniones socialdemócratas de Altona Ottensen y Wandsbeck*), Hamburg, Verlag von Erdmann Dubber, 1906.

La primera edición lleva el sobreimpreso "ais Manuskript gedruckt" (impreso como manuscrito). Esta edición (distribuida en librerías a fines de noviembre de 1906) fue requisada y destruida por la presidencia del partido, a solicitud de la prensa y de los dirigentes sindicales. La segunda edición atenuó un cierto número de párrafos dirigidos contra los dirigentes sindicales. El texto está datado: "Petersburg, 15. September 1906." El folleto fue compuesto en Kuokkala (hoy Répin), en Finlandia, a una hora de tren de San Petersburgo, donde, proveniente de Varsovia, Rosa Luxemburgo se habia establecido no después del 10 de agosto de 1906, bajo el nombre de Felicia Budilowitsch. *"Herrn* Bud, es superfino, dado que el portador del nombre no es otra que su devotísima amiga en persona", escribe en un postscriptum de una carta no datada, pero de agosto de 1906, a Arthur Stadthagen. En la ciudad de Wasa, donde Lenin reside a veces por aquel periodo, conoce entre otros a Zinóvicv (como resulta del discurso conmemorativo pronunciado por éste en el Soviet de Petrogrado en enero de 1919). Viajó también a San Petersburgo encontrándose con Axelrod y visitando a Parvus y a Leo Deutsch, reclusos en la fortaleza de Pedro y Pablo. Rosa Luxemburgo había encontrado una situación muy confusa en Rusia y la revolución en un proceso de descomposición. Indudablemente, su desilusión con respecto a la socialdemocracia rusa influirá en el llamado "espontaneísmo" de su ensayo. Si no retorna de inmediato a Alemania es por el temor de una detención inmediata por parte de las autoridades germanas. En el Congreso del partido de Jena (17-23 de septiembre de 1905) su intervención sobre la huelga de masas política del 22 de septiembre había asumido ante la autoridad el aspecto de una "incitación a la violencia". En Varsovia había sido advertida *"sub sigillo* de la más absoluta discreción por un señor colocado en las altas esferas que desde Prusia se había expresado el deseo de que discretamente" fuera consignada a la frontera prusiana *"antes de la apertura de las sesiones del Reichstag".* Bebel y Kart Kautsky habían a su vez confirmado la advertencia. Ella temía ser acusada de eludir el juicio por su "escapada" a Rusia. El tribunal de Weimar La condenó por su discurso a dos meses de prisión el 12 de diciembre de 1906 (purgados entre el 12 de junio y el 12 de agosto de 1907).

Rosa Luxemburgo le escribe a Stadthagen porque hasta 1902 había sido abogado, antes de ser expulsado por sus criticas a la administración de la justicia alemana y a sus representantes. Recibidas a comienzos de septiembre las seguridades de parte de Stadthagen, ella le anuncia en una tarjeta sellada en Kuokkala el 11 de septiembre de 1906 su propia partida "directamente" para Hamburgo el "jueves" (13 de septiembre). La fecha del folleto: "Petersburgo, 15 de septiembre de 1906" puede indicar un atraso, una breve permanencia en San Petersburgo o ser simplemente una indicación sin valor real y al solo efecto de indicar una localidad más conocida. De todas maneras el 20 de septiembre llegó a Hamburgo, donde se demora en la corrección de las pruebas de imprenta de su folleto, distribuido luego a los delegados al Congreso del partido en Mannheim (23-29 de septiembre de 1906). En dicho Congreso, Rosa Luxemburgo interviene como delegada de Bromberg y Posen y pronuncia dos discursos en los debates sobre la huelga de masas política (26 de septiembre) y sobre la relación entre el partido y los sindicatos (28 de septiembre).

El folleto, publicado por cuenta de la organización del partido que ocupaba el segundo lugar por la cantidad de adherentes y su importancia política, tuvo una amplia difusión. Mehring hizo un largo comentario en la *Leipziger Volkszeitung.*

Posteriormente al Congreso de Mannheim, apareció una edición ligeramente expurgada en el sentido arriba indicado, destinada al gran público alemán. Las correcciones dieron lugar a observaciones por parte de los adversarios, entre otros en *Sozialistische Monatsherte,* a los que responde Mehring en la *Neue Zeit.*

Para la historia y la bibliografía contemporánea del *Massenstreik* son esenciales el libro de Karl Kautsky, *Der politische Massenstreik. Ein Bettrag zur Geschichte der Massenstreikdiskussionen innerhalb der deutschen Sozialdemokratic.* Berlín. Verlag: Buchhandlung Vorwärts, 1914, y la introducción de Frólich al vol. IV de las *Gesammelte Werke* de Rosa Luxemburgo.

En castellano puede consultarse el libro de G. D. H. Colé, *Historia del pensamiento socialista.* La Segunda Internacional (t889-1914). Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1959, vol. ut, pp. 298-303, 448-76.

# I

Casi todos los escritos y declaraciones del socialismo internacional que tratan de la cuestión de la huelga general datan de la época *anterior* a la revolución rusa, experiencia en la que este medio de lucha fue utilizado en vasta escala por primera vez en la historia. Ello explica el envejecimiento de la mayoría de dichos textos. En su concepción se inspiran en Engels quien, criticando a Bakunin y a su manía de fabricar artificialmente la revolución en España, escribía en 1873:

312

> En el programa bakuninista, la huelga general es la palanca de que hay que valerse para desencadenar la revolución social. Una buena mañana, los obreros de todos los gremios de un país y hasta del mundo entero dejan el trabajo y, en cuatro semanas a lo sumo, obligan a las clases poseedoras a darse por vencidas o a lanzarse contra los obreros, con lo cual dan a éstos el derecho a defenderse y a derribar, aprovechando la ocasión, toda la vieja organización social. La idea dista mucho de ser nueva; primero los socialistas franceses y luego los belgas se han hartado, desde 1848, de montar este palafrén que es, sin embargo, por su origen, un caballo de raza inglesa. Durante el rápido e intenso auge del cartismo entre los obreros británicos, que siguió a la crisis de 1837, se predicó, ya en 1839, el "mes santo", el paro en escala nacional (cf. Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*)*;* y la idea tuvo tanta resonancia que los obreros fabriles del norte de Inglaterra intentaron ponerla en práctica en junio de 1842. También en el Congreso de los aliancistas celebrado en Ginebra el 1º de septiembre de 1873 desempeñó un gran papel la huelga general, si bien se reconoció por todo el mundo que para esto hacía falta una organización perfecta de la clase obrera y una caja bien repleta. Y aquí precisamente la dificultad del asunto. De una parte, los gobiernos, sobre todo si se les deja envalentonarse con el abstencionismo político, jamás permitirán que la organización ni las cajas de obreros lleguen tan lejos; y, por otra parte, los acontecimientos políticos y los abusos de las clases gobernantes facilitarán la emancipación de los obreros mucho antes de que el proletariado llegue a reunir esa organización ideal y ese gigantesco fondo de reserva. Pero, si dispusiese de ambas cosas, no necesitaría dar el rodeo de la huelga general para llegar a la meta.[2]

313

[2] F. Engels, *Los bakuninistas en acción,* en K. Marx-F. Engels, *La revolución española.* Ed. lenguas extranjeras, Moscú, s/f, pp. 196-97.

En los años siguientes, la actitud de la socialdemocracia internacional frente a la huelga de masas se fundó en una argumentación semejante. Esta concepción está dirigida contra la teoría anarquista de la huelga general que opone esta acción a la lucha política cotidiana de la clase obrera, Y gira alrededor de un dilema muy simple: o bien el proletariado en su conjunto no dispone todavía ni de organización ni de fondos considerables —y entonces no puede realizar la huelga general—, o bien los obreros están lo suficientemente organizados como para no tener necesidad de la huelga general. A decir verdad, esta argumentación es tan simple y tan inatacable, que durante un siglo prestó inmensos servicios al movimiento obrero moderno, ya sea para combatir en nombre de la lógica a las quimeras anarquistas, ya sea como medio auxiliar para llevar la idea de la lucha política a las capas más profundas de la clase obrera. Los progresos gigantescos del movimiento obrero en todos los países modernos en el curso de los últimos veinticinco años prueban de una manera brillante la táctica de la lucha política preconizada por Marx y Engels, en oposición al bakuninismo; y la socialdemocracia alemana, con su pujanza actual, con su colocación en la vanguardia de todo el movimiento obrero internacional, es en gran parte el producto directo de la aplicación consecuente y rigurosa de esta táctica.

Pero ahora la revolución rusa ha sometido esta argumentación a una revisión fundamental. Por primera vez en la historia de las luchas de clases, ha permitido una realización grandiosa de la idea de la huelga de masas e incluso —ya lo explicaremos más en detalle— de la huelga general, inaugurando de este modo una época nueva en la evolución del movimiento obrero.

Es cierto que no podemos concluir de esto que Marx y Engels sostuvieron erróneamente la táctica de la lucha política, o que la crítica que hicieron del anarquismo es falsa. Muy por el contrarío, se trata de los mismos razonamientos, de los mismos métodos en los que se inspira la táctica de Marx y Engels y que funda todavía hoy la práctica de la socialdemocracia alemana y que, en la revolución rusa, han producido nuevos elementos y nuevas condiciones de lucha de clases.

314

La revolución rusa, esa misma revolución que constituye la primera experiencia histórica de la huelga general, no sólo no ha rehabilitado al anarquismo, sino que tampoco equivale a una *liquidación histórica del anarquismo.* Se podría pensar que el reinado exclusivo del parlamentarismo durante un periodo tan largo explicaba tal vez la existencia vegetativa a que estaba condenada esta tendencia por el poderoso desarrollo de la

socialdemocracia alemana. Se podría suponer ciertamente que el movimiento orientado exclusivamente hacia la "ofensiva" y la "acción directa", una "tendencia revolucionaria" en el sentido más estrecho del llamado a los patíbulos, había sido simplemente adormecida por el traqueteo de la *routine* parlamentaria, pero estaba pronta a despertarse en el momento de un retomo al periodo de lucha abierta, en una revolución callejera, y desplegando entonces su fuerza interna.

Rusia sobre todo parecía particularmente preparada para servir de campo de experiencias a las hazañas anarquistas. Un país donde el proletariado no tenía absolutamente ningún derecho político y sólo poseía una organización extremadamente débil, una mezcla confusa de poblaciones distintas, con intereses muy diversos, que se desplazaba y entrecruzaba; el bajo nivel cultural en el que vegetaba la gran masa del pueblo, la más extrema brutalidad empleada por el régimen reinante, todo esto debía contribuir a dar al anarquismo un poder repentino, aunque quizás efímero. AI fin de cuentas, ¿acaso Rusia no era históricamente la cuna del anarquismo? Sin embargo, la patria de Bakunin debía convertirse en la tumba de su doctrina. No sólo los anarquistas no estuvieron ni están a la cabeza del movimiento de huelga de masas en Rusia, no sólo la dirección política de la acción revolucionaria y también de la huelga de masas están totalmente en manos de las organizaciones socialdemócratas —denunciadas con encarnizamiento por los anarquistas como "un partido burgués"— o en manos de organizaciones socialistas influenciadas de algún modo por la socialdemocracia o cercanas a ella, como el partido terrorista de los "socialistas revolucionarios",[3] sino que el anarquismo es absolutamente inexistente en la revolución rusa como tendencia política seria.

En una pequeña ciudad de Lituania, donde las condiciones son particularmente difíciles —donde los obreros tienen orígenes nacionales muy diversos, la pequeña industria está muy esparcida, y el nivel del proletariado es muy bajo—, en Bialystok, se cuentan, entre los seis o siete grupos revolucionarios diferentes, un puñado de "anarquistas" o pretendidamente tales, que mantienen con todas sus fuerzas la confusión y el desorden de la clase obrera. Se puede también observar en Moscú y tal vez en dos o tres ciudades más un puñado de gente de este tipo. Pero aparte de estos escasos grupos "revolucionarios", ¿cuál es el papel desempeñado por el anarquismo en la revolución rusa? Se ha convertido en el portaestandarte de vulgares ladrones y saqueadores; bajo el rótulo de

[3] El partido socialista revolucionario, creado en 1900 por Chernov, heredero del socialismo tradicional ruso preconizaba la colectivización de la tierra en el marco del *mir.* Estaba compuesto de dos ramas, una de ellas terrorista, responsable entre otros del asesinato de tres ministros del Interior y del gran duque Sergio en 1905.

"anarcocomunismo" se cometieron gran parte de esos innumerables robos y pillajes a particulares que, en este periodo de depresión, de reflujo momentáneo de la revolución, se expanden como una ola de fango. El anarquismo en la revolución rusa no es la teoría del proletariado militante sino el portaestandarte ideológico del *lumpenproletariat* contrarrevolucionario, que gruñe como una bandada de tiburones tras la estela del navío de guerra de la revolución. Y de esta manera concluye, sin duda, la carrera histórica del anarquismo.

315

Por otra parte, la huelga de masas fue practicada en Rusia no como un medio de instalarse de entrada, mediante un golpe de efecto, en la revolución social, ahorrándose la lucha política de la clase obrera y particularmente el parlamentarismo, sino como un medio de crear primero para el proletariado las condiciones de la lucha política cotidiana y en particular del parlamentarismo. En Rusia, la población laboriosa y a la cabeza de ésta, el proletariado, llevan adelante la lucha revolucionaria sirviéndose de las huelgas de masas como del arma más eficaz para conquistar precisamente esos mismos derechos y condiciones políticas cuya necesidad e importancia en la lucha por la emancipación de la clase obrera fueron demostradas por Marx y Engels, quienes las defendieron con todas sus fuerzas en el seno de la Internacional, oponiéndose al anarquismo. De este modo, la dialéctica de la historia, la roca sobre la cual reposa toda la doctrina del socialismo marxista, tuvo por resultado que el anarquismo, ligado indisolublemente a la idea de la huelga de masas, haya entrado en contradicción con la práctica de la propia huelga de masas. Y esta última, a su vez, combatida en otra época como contraria a la acción política del proletariado, aparece hoy como el arma más poderosa de la lucha política por la conquista de los derechos políticos. Si es verdad que la revolución rusa obliga a revisar fundamentalmente el antiguo punto de vista marxista respecto de la huelga de masas, sólo el marxismo, sin embargo, sus métodos y sus puntos de vista generales, podrán alcanzar la victoria bajo una nueva forma. "La mujer amada por el Moro sólo puede morir a manos del Moro."[4]

314

## II

En lo que respecta a la huelga de masas, los acontecimientos en Rusia nos obligan a revisar antes que nada la *concepción* general del problema. Hasta el presente, aquellos que eran partidarios de "ensayar la huelga de masas" en Alemania, los Bernstein, Éisner, etc., así como los adversarios

[4] Las palabras sobre la prometida de Kar] Moor (Moro en castellano) están tomadas del célebre drama de Schiller. *Los bandidos.*

rigurosos de semejante tentativa, representados en el sindicato por ejemplo por Bomelburg,[5] se atenían a una misma concepción, a saber, la concepción anarquista. Los polos opuestos en apariencia no sólo no se excluyen, sino que se condicionan y complementan recíprocamente. Para la concepción anarquista de las cosas, en efecto, la especulación sobre la "gran conmoción", sobre la revolución social, constituye solamente algo exterior y no esencial; lo esencial es la manera totalmente abstracta, antihistórica de considerar a la huelga de masas, así como por otra parte, a las condiciones de la lucha proletaria. El anarquista no concibe sino dos condiciones materiales previas de esas especulaciones "revolucionarias"; primero el "espacio etéreo" y luego la buena voluntad y el coraje para salvar a la humanidad del valle de lágrimas capitalista donde gime hasta el presente. Es en ese "espacio etéreo" donde nació tal razonamiento hace más de sesenta años, época en que la huelga de masas era ya el medio más corto, seguro y fácil de efectuar el salto peligroso hacia un más allá social mejor. Es en ese mismo "espacio abstracto" donde nació recientemente la idea, surgida de la especulación teórica, de que la lucha sindical es la única "acción de masas directa" real y, en consecuencia, la única lucha revolucionaria —último estribillo, como se sabe, de los "sindicalistas" franceses e italianos. Pero para desgracia del anarquismo, los métodos de lucha improvisados en el "espacio etéreo" se revelaron siempre como meras utopías; además, como la mayoría de las veces se negaban a considerar la triste y despreciable realidad, dejaban insensiblemente de ser teorías revolucionarias para convertirse en auxiliares prácticas de la reacción.

Hoy día están en el mismo terreno de una concepción abstracta, ahistórica, tanto los que próximamente quieren desencadenar en Alemania la huelga de masas a través de una decisión de la dirección tomada para un día preciso del calendario, como también aquellos, que al igual que los participantes del congreso sindical de Colonia, desean eliminar de la superficie de la tierra el problema de la huelga de masas a través de la prohibición de su propagandización. Las dos orientaciones parten de la idea común, puramente anarquista, que la huelga de masas es simplemente un medio de lucha técnico, que puede ser "decidido" o también "prohibido" a voluntad, de acuerdo con el mejor conocimiento y conciencia, una suerte de cortaplumas que se puede tener guardado en el bolsillo "por lo que pudiera suceder", cerrado y preparado, o que por una simple decisión se pudiera abrir y utilizar. Indudablemente los adversarios de la huelga de masas reivindican con justicia el mérito de tener en cuenta el terreno histórico y las condiciones materiales de la situación actual en Alemania, en oposición a los

[5] Bomelburg, sindicalista alemán de la Federación de la Construcción (1862-1912). En el Congreso de Colonia, en 1906, rechazó las tentativas de introducir una nueva táctica en la huelga política de masas.

"románticos de la revolución" que flotan en el espacio inmaterial y se niegan absolutamente a encarar la dura realidad, sus posibilidades e imposibilidades. "Hechos y cifras, cifras y hechos" exclaman como Grangrind en *Los tiempos difíciles* de Dickens. Lo que los adversarios sindicalistas de la huelga de masas entienden por "terreno histórico" y "condiciones materiales" son dos elementos diferentes: por una parte la debilidad del proletariado. por otra la fuerza del militarismo prusiano.

317

La insuficiencia de las organizaciones obreras y el estado de los fondos, el poder de las bayonetas prusianas: tales son los "hechos y cifras" sobre los que esos dirigentes sindicales fundan su concepción práctica del problema. Es cierto que tanto la caja sindical como las bayonetas prusianas constituyen incontestablemente hechos materiales e incluso muy históricos, pero la concepción política fundada sobre esos hechos no es el materialismo histórico en el sentido de Marx, sino un materialismo policial del tipo del de Puttkamme.[6] Incluso los representantes del Estado policial confían mucho y hasta de modo exclusivo en la potencia efectiva del proletariado organizado a cada momento y en el poder material de las bayonetas. Del cuadro comparativo de esas dos cifras no dejan de extraer esta conclusión tranquilizadora: el movimiento obrero revolucionario es producido por dirigentes, agitadores; *ergo* tenemos en las prisiones y en las bayonetas un medio suficiente para convertirnos en amos de ese "fenómeno pasajero y desagradable".

La clase obrera consciente de Alemania ha comprendido desde hace tiempo la comicidad de esta teoría policial según la cual todo el movimiento obrero sería el producto artificial y arbitrario de un puñado de *"agitadores* y dirigentes" sin escrúpulos. Vemos manifestarse la misma concepción cuando dos o tres bravos camaradas forman un piquete de guardianes voluntarios para alertar a la clase obrera alemana contra los manejos peligrosos de algunos "románticos de la revolución" y de su "propaganda en favor de la huelga de masas"; o también cuando desde el sector adversario se asiste al lanzamiento de una campaña indignada y lacrimosa por parte de aquellos que, sintiéndose decepcionados en su espera de una explosión de la huelga de masas en Alemania, se creen frustrados por no se sabe qué acuerdos "secretos" entre la dirección del partido y el Consejo central de los sindicatos. Si el desencadenamiento de las huelgas dependiese de la "propaganda" incendiaria de los "románticos de la revolución" o de las decisiones secretas o públicas de los comités directivos no hubiéramos tenido hasta aquí ninguna huelga de masas importante en Rusia. No existe país —como ya lo señalé en la *Sachsische Arbeiterzeitung* [Gaceta obrera de

[6] Puttkammer, 1828-1900, ministro del Interior de Alemania de 1331 a 1888.

Sajonia] en marzo de 1905— donde se haya pensado en “propagar” e incluso discutir la huelga de masas tan poco como en Rusia. Y los pocos ejemplos aislados de resoluciones y acuerdos de la dirección del partido socialista ruso que decretaban la huelga total y general —como la última tentativa en agosto de 1905 después de la disolución de la Duma— han fracasado casi por completo. En consecuencia, la revolución rusa nos enseña que la huelga de masas no es ni “fabricada” artificialmente ni “decidida” o “propagada” en un espacio inmaterial y abstracto, sino que representa un fenómeno histórico resultante en un cierto momento de una situación social, a partir de una necesidad histórica.

318

Por lo tanto el problema no se resolverá mediante especulaciones abstractas acerca de la posibilidad o la imposibilidad, sobre la utilidad o el riesgo de la huelga de masas, sino a través del estudio de los factores y de la situación social que provoca la huelga de masas en la fase actual de la lucha de clases. Ese. problema no será comprendido y no podrá ser discutido a partir de una apreciación subjetiva de la huelga general tomando en consideración lo que es deseable o no, sino a partir de un *examen objetivo* de los orígenes de la huelga de masas, interrogándonos sobre si ella es históricamente necesaria.

En el espacio inmaterial del análisis lógico abstracto se puede probar con el mismo rigor tanto la imposibilidad absoluta, la derrota indudable de la huelga de masas, como su posibilidad absoluta y su victoria segura. De este modo el valor de la demostración es en los dos casos el mismo, quiero decir, nulo. Por eso temer a la propaganda en favor de la huelga de masas, pretender excomulgar formalmente a los culpables de ese crimen, es caer víctima de un malentendido absurdo. Es tan imposible “propagar” la huelga de masas como medio abstracto de lucha como “propagar” la revolución. La “revolución” y la “huelga de masas” son conceptos que en sí mismos constituyen únicamente la forma exterior de la lucha de clases y sólo tienen sentido y contenido en relación a situaciones políticas bien determinadas.

Emprender una propaganda en regla en favor de la huelga de masas como forma de la acción proletaria, querer extender esta “idea” para ganar poco a poco a la clase obrera sería una ocupación tan ociosa, tan vana e insípida como emprender una campaña de propaganda por la idea de la revolución o del combate en las barricadas. Si en la hora presente la huelga de masas se convirtió en el centro de vivo ínteres de la clase obrera alemana e internacional, es porque representa una nueva forma de lucha y como tal es el síntoma auténtico de profundos cambios interiores en las relaciones de las clases y en las condiciones de la lucha de clases. El hecho de que. la masa de los proletarios alemanes manifieste un interés tan ardiente por este problema nuevo —a pesar de la resistencia obstinada de sus dirigentes

sindicales— es un testimonio de su seguro instinto revolucionario y de su clara inteligencia.

319

Pero no se responderá a este interés, a esta noble sed intelectual, a este impulso de los obreros hacia la acción revolucionaria disertando con una gimnasia cerebral abstracta acerca de la posibilidad o imposibilidad de la huelga de masas; se responderá explicando el desarrollo de la revolución rusa, su importancia internacional, la exasperación de los conflictos de clase en Europa occidental, las nuevas perspectivas políticas de la lucha de clases en Alemania, el papel y los deberes de las masas en las luchas futuras. Sólo bajo esta forma la discusión sobre la huelga de masas servirá para ampliar el horizonte intelectual del proletariado, contribuirá a aguzar su conciencia de clase, a profundizar sus ideas y fortificar su energía para la acción. En esta perspectiva, por lo demás, aparece la ridiculez del proceso criminal intentado por los adversarios del "romanticismo revolucionario" que acusan a los sustentadores de esta tendencia de no haber obedecido al pie de la letra la resolución de Jena.[7] Los partidarios de una política "razonable y práctica" aceptan en rigor esta resolución porque vincula la huelga de masas con el destino del sufragio universal. Creen poder extraer dos conclusiones: 1] que la huelga de masas conserva un carácter puramente defensivo; 2] que ella misma está subordinada al parlamentarismo, transformada en un simple anexo del parlamentarismo. Pero el verdadero fondo de la resolución de Jena es el análisis según el cual en el estado actual de Alemania un ataque de la reacción y del poder contra el sufragio universal en las elecciones al Reichstag, podría ser el factor que desencadenara un periodo de luchas políticas tempestuosas. Entonces por primera vez en Alemania la huelga de masas podría ser aplicada.

Querer restringir y mutilar artificialmente mediante el texto de una resolución de congreso el alcance social y el campo histórico de la huelga de masas, como problema y como fenómeno de la lucha de clases, es dar pruebas de un espíritu tan estrecho y limitado como el que se manifiesta en la resolución del Congreso de Colonia,[8] que prohíbe la discusión de la huelga de masas. En la resolución de Jena, la socialdemocracia alemana ha labrado acta de la profunda transformación lograda por la revolución rusa en las

[7] En el Congreso de Jena (1905) del Partido Socialdemócrata Alemán se votó una resolución reconociendo a la huelga de masas como un arma eventual del proletariado, en particular para la defensa de los derechos parlamentarios. La resolución consideraba favorablemente la discusión de tal eventualidad en el partido. Esta resolución, de la que Bebel era el autor, fue juzgada como demasiado tibia por Rosa Luxemburgo, aunque ella consideraba a la vez que el ala de izquierda del partido había logrado a pesar de todo una victoria en dicho congreso.

[8] En el Congreso sindical de Colonia (1908), los sindicatos reclamaron cierta autonomía frente al partido y rechazaron la discusión sobre la huelga de masas. Esto constituyó un retroceso con respecto a la resolución de Jena.

condiciones internacionales de la lucha de clases; allí manifestaba su capacidad de evolución revolucionaria, de adaptación a las nuevas exigencias de la fase futura de las luchas de clases. En esto reside la importancia de la resolución de Jena. En cuanto a la aplicación práctica de la huelga de masas en Alemania, la historia decidirá sobre ello como lo hizo en Rusia. Para la historia, la socialdemocracia y sus resoluciones constituyen un factor importante, ciertamente, pero un factor entre muchos otros.

320

## III

La huelga de masas, tal como se presenta actualmente en Alemania en cuanto tema de discusión, es un fenómeno muy claro y muy simple de concebir, sus limitaciones son precisas: se trata solamente de la huelga política de masas. Por tal se entiende un paro masivo y único del proletariado industrial, emprendido con ocasión de un hecho político de mayor alcance, sobre la base de un acuerdo recíproco entre las direcciones del partido y de los sindicatos, y que, llevado adelante en el orden más perfecto y dentro de un espíritu de disciplina, cesa en un orden más perfecto aún ante una consigna dada en el momento oportuno por los centros dirigentes. Queda establecido, como es natural, que el ajuste de cuentas de los subsidios, gastos, sacrificios, en una palabra, todo el balance material de la huelga, es determinado previamente con precisión.

Ahora bien, si comparamos este esquema teórico con la huelga de masas tal como se manifiesta en Rusia desde hace cinco años, nos vemos obligados a señalar que el concepto alrededor del cual giran todas las discusiones alemanas no corresponde a la realidad de ninguna de las huelgas de masas que se han producido, y que por otra parte las huelgas de masas en Rusia se presentan bajo formas tan variadas que es absolutamente imposible hablar de “la” huelga de masas, de una huelga esquemáticamente abstracta.

No sólo cada uno de los elementos de la huelga de masas, al igual que sus caracteres, difieren según las ciudades y las regiones, sino que hasta su propio carácter general se ha modificado muchas veces en el curso de la revolución. Las huelgas de masas conocieron en Rusia una cierta evolución histórica que aún continúa. De este modo, quien quiera hablar de la huelga de masas en Rusia deberá ante todo tener esa historia ante sus ojos.

El periodo actual, por así decirlo oficial, de la revolución rusa es datado y con razón a partir de la sublevación del proletariado de San Petersburgo el 22 de enero de 1905, ese desfile de doscientos mil obreros delante del palacio de los zares y que concluyó con una terrible masacre. El sangriento tiroteo de San Petersburgo fue, como se sabe, la señal que desencadenó la

primera serie de huelgas de masas. En pocos días éstas se extendieron por toda Rusia e hicieron resonar el llamado a la revolución en todos los rincones del imperio, ganando a todas las capas del proletariado.

321

Pero ese levantamiento de San Petersburgo del 22 de enero era sólo el punto culminante de una huelga de masas que había puesto en movimiento a todo el proletariado de la capital del zar en enero de 1905. A su vez, esta huelga de enero en San Petersburgo era la consecuencia inmediata de la gigantesca huelga general que había estallado poco antes, en diciembre de 1904, en el Cáucaso (Bakú) y que mantuvo a Rusia pendiente durante mucho tiempo. Ahora bien, los acontecimientos de diciembre en Bakú eran en sí mismos sólo un último y poderoso eco de las grandes huelgas que en 1903 y 1904, semejantes a temblores de tierra episódicos, sacudieron todo el sur de Rusia y cuyo prólogo fue la huelga de Batum, en el Cáucaso, en marzo de 1902. En última instancia esta primera serie de huelgas, en la cadena de erupciones revolucionarias actuales, está alejada sólo en cinco o seis años de la huelga general de los obreros textiles de San Petersburgo en 1896-97. Se podría creer que algunos años de tranquilidad: aparente y de reacción severa separan el movimiento de entonces de la revolución de hoy; pero basta conocer un poco la evolución política interna del proletariado ruso hasta el estadio actual de su conciencia de clase y de su energía revolucionaria, para remontar la historia del periodo presente de las luchas de masas a las huelgas generales de San Petersburgo. Éstas son importantes para nuestro problema porque contienen ya en germen todos los elementos principales de las huelgas de masas que siguieron. En una primera aproximación, la huelga general de 1896 de San Petersburgo aparece como una lucha reivindicatoria parcial, con objetivos puramente económicos. Fue provocada por las condiciones intolerables de trabajo de los hilanderos y de los tejedores de esa ciudad: jomadas de trabajo de 13, 14 y 15 horas, salarios miserables por piezas; a esto se le agrega el conjunto de vejaciones patronales. Sin embargo, los obreros textiles soportaron mucho tiempo esta situación hasta que un incidente mínimo en apariencia hizo desbordar la medida. En efecto, en mayo de 1896 tuvo lugar la coronación del actual zar, Nicolás II, que se había diferido durante dos años por miedo a los revolucionarios. En esta ocasión los patrones manifestaron su celo patriótico imponiendo a sus obreros tres días de paros forzosos, negándose por otra parte, cosa notable, a pagar los salarios de esas jomadas. Los obreros textiles exasperados se agitaron. Se realizó una deliberación en el jardín de Ekaterinov, en la que participaron alrededor de trescientos obreros entre los más duros políticamente. Se decidió ir a la huelga formulándose las reivindicaciones siguientes: P las jornadas de la coronación debían ser pagadas; 2’ duración del trabajo reducida a diez horas; 3aumento del

salario. Esto ocurría el 24 de mayo. Una semana después todas las fábricas de tejidos y las hilanderías estaban cerradas y cuarenta mil obreros estaban en huelga. Hoy este acontecimiento, comparado con las vastas huelgas de la revolución, puede parecer mínimo.

322

Dentro del clima de estancamiento político de Rusia *en esa época,* una huelga general era algo inaudito: representaba toda una revolución en miniatura. Naturalmente que a continuación se desató la represión más brutal; alrededor de un millar de obreros fueron detenidos y enviados a sus lugares de origen, la huelga general fue aplastada. Vemos ya perfilarse todos los caracteres de la futura huelga de masas: primero, la ocasión que desencadenó el movimiento fue fortuita e incluso accesoria, la explosión fue espontánea. Pero en la manera en que el movimiento fue puesto en marcha se manifestaron los frutos de la propaganda llevada adelante durante varios años por la socialdemocracia. En el curso de la huelga general los propagandistas socialdemócratas permanecieron a la cabeza del movimiento, lo dirigieron e hicieron de él un trampolín para una viva agitación revolucionaria. Por otra parte, si las huelgas parecían, exteriormente, limitarse a una reivindicación puramente económica referida a los salarios, la actitud del gobierno, así como la agitación socialista las convirtieron en un acontecimiento político de primer orden. Al fin de cuentas la huelga fue aplastada, los obreros sufrieron una “derrota”. No obstante, a partir del mes de enero del año siguiente (1897), los obreros textiles de San Petersburgo recomenzaron la huelga general, obteniendo esta vez un éxito evidente: la instauración de la jornada de once horas y media en toda Rusia. Pero hubo un resultado más importante aún: después de la primera huelga general de 1896, que fue emprendida sin asomo siquiera de organización obrera y sin fondos de huelga, se organizó poco a poco en Rusia propiamente dicha una lucha sindical intensiva que se extendió muy pronto de San Petersburgo al resto del país, abriendo perspectivas totalmente nuevas a la propaganda y a la organización de la socialdemocracia. De este modo, un trabajo invisible y subterráneo preparaba, en el aparente silencio sepulcral de los años que siguieron, la revolución proletaria. La huelga del Cáucaso en marzo de 1902 explotó de manera tan fortuita como la de 1896 y parecía también ser el resultado de factores puramente económicos, atenerse a las reivindicaciones parciales. Esta huelga está vinculada con la dura crisis industrial y comercial que precedió en Rusia a la guerra rusojaponesa y contribuyó mucho a crear, lo mismo que esa guerra, la fermentación revolucionaria. La crisis engendró una desocupación enorme que alimentó el descontento en la masa de los proletarios. Él gobierno emprendió también la tarea de remitir progresivamente la “mano de obra inútil” a su región de origen para

tranquilizar a la clase obrera. Esta medida, que debía afectar a unos cuatrocientos obreros petroleros, provocó precisamente en Batum una protesta masiva. Hubo manifestaciones, arrestos, una represión sangrienta y, finalmente, un proceso político durante el cual la lucha por reivindicaciones parciales y puramente económicas adquirió el carácter de un acontecimiento político y revolucionario. Esta misma huelga de Batúm, que no logró éxito y que culminó en una derrota, tuvo por resultado una serie de manifestaciones revolucionarias de masa en Nijni-Novgorod, en Saratov, en otras ciudades; en consecuencia fue el origen de una ola revolucionaria general.

323

A partir de noviembre de 1902, vemos su primera repercusión verdadera bajo la forma de una huelga general en Rostov del Don. Este movimiento fue desencadenado por un conflicto que se produjo en los talleres del ferrocarril de Vladicáucaso a causa de los salarios. Como la administración quiso reducir los salarios, el comité socialdemócrata del Don publicó un manifiesto llamando a la huelga y planteando las siguiente reivindicaciones: jornada de nueve horas, aumento de salarios, supresión de los castigos, despido de los ingenieros impopulares, etcétera. Todos los talleres de ferrocarril entraron en huelga. Todas las otras ramas de actividades se unieron al paro, y Rostov conoció repentinamente una situación sin precedentes: había un paro general del trabajo en la industria, todos los días tenían lugar mítines monstruos de 15 a 20.000 obreros al aire libre, a veces los manifestantes estaban rodeados por un cordón de cosacos; los oradores socialdemócratas tomaron allí la palabra públicamente por primera vez; se pronunciaban discursos inflamados sobre el socialismo y la libertad política y eran recibidos con un entusiasmo extraordinario; los panfletos revolucionarios eran difundidos por decenas de millares de ejemplares. En medio de la Rusia inmovilizada en su absolutismo el proletariado de Rostov conquista, por primera vez, en el fuego de la acción, el derecho de reunión, la libertad de palabra. Como es natural la represión sangrienta no se hizo esperar. En pocos días, las reivindicaciones salariales en los talleres de ferrocarril de Vladicáucaso habían tomado las proporciones de una huelga general política y de una batalla callejera revolucionaria. Una segunda huelga general siguió inmediatamente a la primera, esta vez en la estación de Tichoretzkaia, sobre la misma línea de ferrocarril. Allí también dio lugar a una represión sangrienta, luego a un proceso y, a su turno, Tichoretzkaia ocupó un sitio en la cadena ininterrumpida de los episodios revolucionarios. La primavera de 1903 trajo consigo un desquite a las derrotas de las huelgas de Rostov y Tichoretzkaia: en mayo, junio, julio todo el sur de Rusia arde. Literalmente hay una huelga general en Bakú, Tiflis, Batún, Elisabethgrad, Odesa, Kíev, Nicolaiev, Ekaterinoslav. Pero tampoco allí el movimiento es iniciado a partir

de un centro, según un plan preconcebido: se desencadena en diversos puntos, por diversos motivos y bajo formas diferentes para confluir luego. Bakú abre la marcha: varias reivindicaciones parciales de salarios en diversas fábricas y ramas culminan en una huelga general. En Tiflis son dos mil empleados de comercio, cuyas jornadas de trabajo van de las seis de la mañana a las once de la noche, los que comienzan la huelga; el 4 de julio a las ocho de la noche todos abandonan los negocios y desfilan en manifestación a través de la ciudad para obligar a los comerciantes a cerrar. La victoria es completa: los empleados de comercio obtienen la jornada de trabajo de ocho de la mañana a ocho y media de la noche; el movimiento se extiende inmediatamente a las fábricas, a los talleres, a las oficinas. Los diarios dejan de aparecer, los tranvías sólo circulan bajo la protección de la tropa.

324

En Elisabethgrad, la huelga se desató el 10 de julio en todas las fábricas, teniendo como objetivo reivindicaciones puramente económicas. Éstas son aceptadas en su mayoría y la huelga cesa el 14 de julio. Pero dos semanas más tarde estalla de nuevo; esta vez son los panaderos los que dan la voz de orden, seguidos por los carreros, los carpinteros, los tintoreros, los molineros, y finalmente por todos los obreros de fábrica. En Odesa el movimiento comienza por una reivindicación salarial, en la que participa la asociación obrera “legal” fundada por los agentes del gobierno de acuerdo al programa del célebre policía Zubatov. Ésta es también una de las más sorprendentes astucias de la dialéctica histórica. Las luchas económicas del periodo precedente —entre otras la gran huelga general de San Petersburgo (en 1896)— habían llevado a la socialdemocracia rusa a exagerar lo que se ha dado en llamar el “economismo”, preparando por ese costado en la clase obrera el terreno a las actividades demagógicas de Zubatov. Pero un poco más tarde la gran corriente revolucionaria hizo virar de norte al esquife de los falsos pabellones y lo obligó a bogar a la cabeza de la flotilla proletaria revolucionaria. Son las asociaciones de Zubatov las que dieron en la primavera de 1904 la consigna de la huelga general de San Petersburgo. Los trabajadores de Odesa, que se habían acunado hasta entonces con la ilusión de la benevolencia del gobierno con respecto a ellos y con su simpatía en favor de una lucha puramente económica, quisieron de repente ponerlas a prueba: obligaron a la “Asociación obrera” de Zubatov a proclamar la huelga con objetivos reivindicativos modestos. El patrón los echó muy simplemente a la calle, y cuando reclamaron al jefe de la Asociación el apoyo gubernamental prometido este personaje los evitó, cosa que llevó al colmo la fermentación revolucionaría. Inmediatamente los socialdemócratas tomaron el mando del movimiento de huelga, que ganó otras fábricas. El 1º de julio, huelga de 2.500 obreros de los ferrocarriles; el 4 de julio los obreros

del puerto entran en huelga, reclamando un aumento de salarios que iba de los 80 kopeks a dos rublos y una reducción de una media hora en la jornada de trabajo. El 6 de julio los marinos se unen al movimiento. El 13 de julio paro del personal de los tranvías. Tiene lugar una reunión de todos los huelguistas —7 a 8.000 personas—; la manifestación se forma y va de fábrica en fábrica, crece como una avalancha hasta contar con una masa de 40 a 50.000 personas, y llega hasta el puerto para organizar un paro general. Muy pronto en toda la ciudad reina la huelga general. En Kíev, paro general el 21 de julio en los talleres de ferrocarril. Allí también lo que desencadena el paro son las condiciones miserables de trabajo y las reivindicaciones salariales. El día siguiente las fundiciones siguen el ejemplo. El 23 de julio se produce un incidente que da la señal de la huelga general. A la noche dos delegados de los ferroviarios son detenidos; los huelguistas reclaman su inmediata libertad; ante la negativa que se les opone deciden impedir que los trenes salgan de la ciudad.

325

En la estación todos los huelguistas con sus mujeres y sus hijos se apostan sobre los rieles como una verdadera marea humana. Se amenaza con abrir el fuego sobre ellos. Los obreros desnudan sus pechos gritando: "¡Tiren!" Se tira sobre la multitud, hay de treinta a cuarenta muertos entre los cuales se cuentan mujeres y niños. Ante esta noticia todo Kíev se alza en huelga. Los cadáveres de las víctimas son transportados a mano y acompañados por un cortejo imponente. Reuniones, discursos, arrestos, combates aislados en la calle —Kíev está en plena revolución. El movimiento se detiene rápidamente; pero los tipógrafos han ganado una reducción de una hora en la jornada de trabajo, así como un aumento de salario de un rublo; se concede la jornada de ocho horas en una fábrica de porcelana; los talleres de ferrocarril son cerrados por decisión ministerial; otras profesiones continúan huelgas parciales por sus reivindicaciones. Por contagio, la huelga general gana Nicolaiev, bajo la influencia inmediata de las noticias de Odesa, de Bakú, de Batúm y de Tiflis, y a pesar de la resistencia del comité socialdemócrata, que quería retardar el estallido del movimiento hasta el momento en que la tropa saliera de la ciudad para las maniobras, no se pudo frenar el movimiento de masa. Los huelguistas iban de taller en taller; la resistencia de la tropa no hizo más que echar aceite al fuego. Inmediatamente se vio formarse manifestaciones enormes que arrastraban al son de cantos revolucionarios a todos los obreros, empleados, personal de tranvías, hombres y mujeres. El paro era total. En Ekaterinoslav los panaderos comienzan la huelga el 5 de agosto; el 7 son los obreros de los talleres de ferrocarril; luego todas las otras fábricas; el 8 de agosto la circulación de tranvías se detiene, los diarios dejan de aparecer. Es así como se formó la grandiosa huelga general del sur de Rusia en el curso

del verano de 1903. Mil conflictos económicos parciales, mil incidentes "fortuitos" convergieron, confluyendo en un océano poderoso; en algunas semanas todo el sur del imperio zarista fue transformado en una extraña república obrera revolucionaria.

"Abrazos fraternales, gritos de entusiasmo y de éxtasis, cantos de libertad, risas felices, alegría y transportes de dicha: se escuchaba todo un concierto en esta multitud de personas yendo y viniendo a través de la ciudad de la mañana a la noche. Reinaba una atmósfera de euforia; casi se podía creer que una vida nueva y mejor comenzaba sobre la tierra. Espectáculo emocionante y al mismo tiempo idílico y conmovedor." Así escribía entonces el corresponsal de *Osvobvzhdeme*,[9] órgano liberal de Piotr Struve.

326

A partir de comienzos del año 1904 comenzó la guerra, que provocó por un tiempo una interrupción del movimiento de huelga general. Al principio se expandió en el país una ola turbia de manifestaciones "patrióticas" organizadas por la policía. El chauvinismo zarista oficial comenzó por sacrificar a la sociedad burguesa "liberal". Pero inmediatamente la socialdemocracia retomó la posesión del campo de batalla; a las manifestaciones policiales de la canalla patriótica se oponen manifestaciones obreras revolucionarias. Finalmente, las bochornosas derrotas del ejército zarista despiertan a la propia sociedad liberal de su sueño. Comienza la era de los congresos, de los discursos, de las demandas y manifiestos liberales y democráticos. Momentáneamente disminuido por la vergüenza de la derrota, en medio de su confusión, deja actuar a esos señores que ya ven abrirse ante ellos el paraíso liberal. El liberalismo ocupa la primera fila de la escena política durante seis meses, el proletariado se hunde en las sombras. Solamente después de una larga depresión el absolutismo se reincorpora, la camarilla reúne sus fuerzas; es suficiente con hacer oír el repique de los cosacos para enviar a los liberales a su covacha, especialmente desde el mes de diciembre. Y los discursos, los congresos, son tachados de "pretensión insolente" y prohibidos de un plumazo; el liberalismo se encuentra súbitamente con que se le termina la cuerda. Pero en el momento mismo en que el liberalismo está desorientado comienza la acción del proletariado. En diciembre de 1904 al calor de la desocupación estalla la huelga de Bakú: la clase obrera ocupa de nuevo el campo de batalla. La palabra prohibida es reducida al silencio, la acción recomienza. En Bakú, durante varias semanas, en plena huelga general, la socialdemocracia domina enteramente la situación; los extraños acontecimientos ocurridos en

[9] *Osvobozhdenie* [Liberación]: revista quincenal de la burguesía liberal monárquica; se editó en el extranjero, en los años 1902-05, bajo la dirección de P. B. Struve. Esta publicación sirvió más adelante de núcleo del principal partido burgués de Rusia: el partido demócrata-constitucionalista (Kadete).

el Cáucaso en diciembre habrían provocado una gran conmoción si no hubiesen sido rápidamente desbordados por la marea ascendente de la revolución de la que ellos mismos eran el origen. Las noticias fantasiosas y confusas sobre la huelga general de Bakú no habían llegado aún a todos los rincones del imperio, cuando en enero de 1905 estalla la huelga general de San Petersburgo. También allí el pretexto que desencadenó el movimiento fue mínimo, como se sabe. Dos obreros de las canteras de Putilov fueron despedidos porque pertenecían a la asociación "legal" de Zubatov. Esta medida de rigor provocó el 16 de enero una huelga de solidaridad de todos los obreros de esas canteras que contó con más de 12.000 huelguistas. Ésta fue para los socialdemócratas la ocasión de emprender una propaganda activa por la extensión de las reivindicaciones: reclamaban la jornada de ocho horas, el derecho de asociación, la libertad de palabra y de prensa, etcétera. La agitación que animaba los talleres de Putilov se extendió rápidamente a otras fábricas y algunos días después 140.000 obreros estaban en huelga. Después de las deliberaciones en común y de discusiones tormentosas, fue elaborada la carta proletaria de las libertades cívicas, mencionando como primera reivindicación la jornada de ocho horas; 200.000 obreros conducidos por el sacerdote Capón[10] desfilaron delante del palacio del zar el 22 de enero llevando esta carta. En una semana el despido de dos obreros de las canteras de Putilov se convertía en el prólogo de la más poderosa revolución de los tiempos modernos. Los acontecimientos que siguieron son conocidos: la sangrienta represión de San Petersburgo daba lugar, en enero y en febrero, en todos los centros industriales y las ciudades de Rusia, de Polonia, de Lituania, de las provincias bálticas, del Cáucaso, de Siberia, del norte al sur, del este al oeste, a gigantescas huelgas de masas y a huelgas generales. Pero si se examinan las cosas de más cerca, las huelgas de masas toman formas diferentes de las del periodo precedente; esta vez son las organizaciones socialdemócratas las que en todas partes llamaron a la huelga, en todo momento es la solidaridad revolucionaria con el proletariado de San Petersburgo lo que fue expresamente designado como el motivo y el objetivo de la huelga general, en todas partes hubo desde el principio de las manifestaciones, discursos y enfrentamientos con la tropa. Sin embargo tampoco allí se puede hablar de plan previo, ni de acción organizada porque el llamado de los partidos debía apenas seguir a los levantamientos espontáneos de las masas; los dirigentes apenas tenían el tiempo de formular las consignas que ya la masa de proletarios se lanzaba al asalto. Otra diferencia: las huelgas de masas y las huelgas generales anteriores tenían su origen en la convergencia de las

[10] Gapón, sacerdote ruso (1870-1906) que organizó de acuerdo con la policía de Zubatov las manifestaciones del "Domingo sangriento" de San Petersburgo.

reivindicaciones salariales parciales; éstas, en la atmósfera general de la situación revolucionaria y bajo el impulso de la propaganda socialdemócrata, se convertían rápidamente en manifestaciones políticas; el elemento económico y la expansión sindical eran su punto de partida, la acción de clase coordinada y la dirección política constituían su resultado final. Aquí el movimiento es inverso. Las huelgas generales de enero-febrero estallaron antes que nada bajo la forma de una acción coordinada y dirigida por la socialdemocracia; pero esta acción se diseminó rápidamente en una infinidad de huelgas locales, parcelarias, económicas en diversas regiones, ciudades, profesiones, fábricas. Durante toda la primavera de 1905 hasta el pleno verano se ve surgir en este imperio gigantesco una poderosa lucha política de todo el proletariado contra el capital; la agitación gana por arriba a las profesiones liberales y pequeñoburguesas, los empleados de comercio, de la banca, los ingenieros, los actores, los artistas, y penetra hacia abajo hasta los domésticos, los agentes subalternos de la policía, incluso hasta ¡as capas del subproletariado, extendiéndose al mismo tiempo a los campos y golpeando a las puertas de los cuarteles. He aquí el fresco inmenso y variado de la batalla general del trabajo contra el capital; en ella vemos reflejarse toda la complejidad del organismo social, de la conciencia política de cada categoría y de cada región; vemos desarrollarse toda la gama de conflictos desde la lucha sindical llevada adelante en buena y debida forma por el ejército de élite bien entrenado del proletariado industrial hasta la explosión anárquica de rebelión de un puñado de obreros agrícolas y el levantamiento confuso de una guarnición militar, desde la revuelta distinguida y discreta en puños de camisa y cuello duro en el mostrador de un banco hasta las protestas a la vez tímidas y audaces de policías descontentos reunidos en secreto en un puesto lleno de humo, oscuro y sucio.

328

Los partidarios de “batallas ordenadas y disciplinadas” concebidas según un plan y un esquema, en particular los que pretenden saber siempre exactamente y desde lejos cómo “habría que haber actuado”, estiman que fue un “grave error” el parcelar la gran acción de huelga general política de enero de 1905 en una infinidad de luchas económicas, porque esto desemboca a sus ojos en la parálisis de la acción y en su conversión en un “fuego de artificio”. Incluso el partido socialdemócrata ruso que participó realmente en la revolución, aunque no fuera su autor, y que debe aprender sus leyes a medida que se va desarrollando, se encontró durante algún tiempo un poco desorientado por el reflujo aparentemente estéril de la primera marea de huelgas generales. Sin embargo, la historia, que había cometido este “grave error”, realizaba de tal modo un trabajo revolucionario gigantesco tan inevitable como incalculable en sus consecuencias, sin preocuparse por las lecciones de quienes se

autopostulaban como maestros.

El brusco levantamiento general del proletariado en enero, desencadenado por los acontecimientos de San Petersburgo, era en su acción exterior un acto revolucionario, una declaración de guerra al absolutismo. Pero esta primera lucha general y directa de clases desencadenó una reacción tanto más poderosa en el interior por cuanto despertaba por primera vez, como por un sacudimiento eléctrico, el sentimiento y la conciencia de clase en millones y millones de hombres. Este despertar de la conciencia de clase se manifiesta de inmediato de la manera siguiente: una masa de millones de proletarios descubre repentinamente, con una agudeza insoportable, el carácter intolerable de su existencia social y económica, a la que estaba sometida desde hacía decenios bajo el yugo del capitalismo. Inmediatamente se desata un levantamiento general y espontáneo para sacudir el yugo, para romper esas cadenas. Los sufrimientos del proletariado moderno reavivan bajo mil formas diferentes el recuerdo de esas viejas heridas siempre sangrantes. Aquí se lucha por la jornada de ocho horas, allí contra el trabajo a destajo; aquí se lleva sobre carretillas a los amos brutales después de haberlos amarrado y metido dentro de una bolsa; en otra parte se combate el infame sistema de las multas; en todos lados se lucha por mejores salarios, aquí y allí por la supresión del trabajo a domicilio. Los talleres anacrónicos y degradados de las grandes ciudades, las pequeñas ciudades provincianas adormecidas hasta allí por un sueño idílico, la aldea con su sistema de propiedad heredada de la servidumbre —todo eso es bruscamente extraído del sueño por el brusco trueno de enero, toma conciencia de sus derechos y busca febrilmente reparar el tiempo perdido.

329

Aquí la lucha económica no fue en realidad un parcelamiento, un desperdicio de la acción, sino un cambio de frente: la primera batalla general contra el absolutismo se convierte repentinamente y con gran naturalidad en un ajuste de cuentas general con el capitalismo y éste, de conformidad con su naturaleza, reviste la *forma* de conflictos parciales por los salarios. Es falso decir que la acción política de clase en febrero fue abatida porque la huelga general se fragmentó en huelgas económicas. Lo contrario es verdad: una vez agotado el contenido posible de la acción política, considerando la situación dada y la fase en que se encontraba la revolución, ésta se dividió o mejor se transformó en acción económica. De hecho, ¿qué más podía obtener la huelga general de enero? Había que ser inconsciente para esperar que el absolutismo fuera abatido de golpe por una sola huelga general “prolongada” según el modelo anarquista. Es el proletariado el que debe derrocar al absolutismo en Rusia. Pero el proletariado tiene necesidad para eso de un alto grado de educación

política, de conciencia de clase y de organización. No puede aprender todo esto en los folletos o en los panfletos, sino que esta educación debe ser adquirida en la escuela política viva, en la lucha y por la lucha, en el curso de la revolución en marcha. Por otra parte, el absolutismo no puede ser derrocado en cualquier momento, simplemente con la ayuda de una dosis suficiente "de esfuerzos" y de "perseverancia". La caída del absolutismo sólo es un signo exterior de la evolución interna de las clases en la sociedad rusa. Antes que nada, para que el absolutismo sea derrotado, es necesario establecer la estructura interna de la futura Rusia burguesa, constituir su estructura de Estado moderno de clases. Esto implica la división y la diversificación de las capas sociales y de los intereses, la constitución no sólo del partido proletario revolucionario, sino también de los diversos partidos: liberal, radical, pequeñoburgués, conservador y reaccionario; esto implica el despertar al conocimiento, a la conciencia de clase no sólo de las capas populares, sino también de las capas burguesas; pero estas últimas sólo pueden constituirse y madurar en el curso de la lucha revolucionaria, en la escuela viva de los acontecimientos, en la confrontación con el proletariado y entre ellas mismas en un roce continuo y recíproco. Esta división y esta maduración de las clases en la sociedad burguesa, así como su acción en la lucha contra el absolutismo, son a la vez entorpecidas y trabadas por una parte, estimuladas y aceleradas por otra, por el papel dominante y particular del proletariado y por su acción de clase. Las diversas corrientes subterráneas del proceso revolucionario se entrecruzan, se obstaculizan mutuamente, avivan las contradicciones internas de la revolución, sin embargo esto tiene por resultado precipitar e intensificar la poderosa explosión. De tal modo este problema en apariencia tan simple, tan poco complejo, puramente mecánico —el derrocamiento del absolutismo— exige todo un proceso social muy largo; es necesario que el terreno social sea roturado de arriba a abajo, que lo que está abajo aparezca en la superficie, que lo que está arriba se hunda profundamente, que "el orden" aparente se cambie en caos y que a partir de la "anarquía" aparente sea creado un orden nuevo.

330

Ahora bien, en este proceso de transformación de las estructuras sociales de la antigua Rusia, desempeñaron un papel irreemplazable no sólo el trueno de la huelga general de enero, sino mucho más aún la gran tormenta de la primavera y el verano siguientes y las huelgas económicas. La batalla general y encarnizada del asalariado contra el capital ha contribuido a la vez a la diferenciación de las diversas capas populares y a la de las capas burguesas, a la formación de una conciencia de clase tanto en el proletariado revolucionario como en la burguesía liberal y conservadora. Si en las ciudades las reivindicaciones salariales contribuyeron a la creación del

gran partido monárquico de los industriales de Moscú, la gran revuelta campesina de Livonia significó la rápida liquidación del famoso liberalismo aristócrata y agrario de los *zemstuos.* Pero al mismo tiempo el periodo de las batallas económicas de la primavera y del verano de 1905 permitió al proletariado de las ciudades extraer inmediatamente después las lecciones del prólogo de enero y tomar conciencia de las tareas futuras de la revolución, gracias a la propaganda intensa dirigida por la socialdemocracia y su dirección política. A este primer resultado se suma otro de carácter social durable: la elevación general del nivel de vida del proletariado en el plano económico, social e intelectual. Casi todas las huelgas de la primavera de 1905 tuvieron una culminación victoriosa. Citemos solamente, a título de ejemplo elegido entre una colección de hechos enormes y cuya amplitud aún no se puede medir, un cierto número de datos sobre algunas huelgas importantes, que se desarrollaron todas en Varsovia bajo la conducción de la socialdemocracia polaca y lituana. En las más grandes empresas metalúrgicas de Varsovia: Sociedad Anónima Lilpop, Rau y Lowenstein, Rudzky y Cía., Bormann Schwede y Cía,, Handtke, Gerlach y Pulst, Geisler Hnos., Eberhard, Wolski y Cía., Sociedad Anónima Conrad y Jarmuskiescicz, Weber y Daehm, Gwizdzinski y Cía., Fábrica de alambres Wolanoski, Sociedad Anónima Gostynski y Cía., K. Brun e hijos, Fraget, Norblin, Wemer, Buch, Kenneberg Hnos., Labor, Fábrica de lámparas Dittmar, Serkowski, Weszynski, en total 22 establecimientos, los obreros obtuvieron, después de una huelga de 4 a 5 semanas (comenzada el 21 y 26 de enero), la jornada de trabajo de 9 horas así como un aumento de salarios del 15 al 25%; obtuvieron igualmente diversas mejoras de menor importancia. En los más grandes talleres de la industria de la madera de Varsovia, sobre todo Karmansky, Damiecki, Gromel, Szerbinski. Trenerovski, Horn, Bevensee, Twarkovski, Daab y Martens, en total diez establecimientos, los huelguistas obtuvieron a partir del 23 de febrero, la jornada de 9 horas; sin embargo no se contentaron y mantuvieron la exigencia de la jornada de 8 horas, cosa que lograron una semana más tarde al mismo tiempo que un aumento de salario. Toda la industria de la construcción entró en huelga el 27 de febrero, reclamando, según la consigna de la socialdemocracia, la jornada de 8 horas; el 11 de marzo obtenían la jornada de 9 horas, un aumento de salarios para todas las categorías, el pago regular del salario por semana, etcétera. Los pintores de obra, los carpinteros, los talabarteros y los herreros obtuvieron juntos la jornada de 8 horas sin reducción de salario. Las fábricas de teléfonos estuvieron en huelga durante diez días y obtuvieron la jomada de ocho horas y un aumento de salario del 10 al 15%. La gran fábrica de tejido de lino de Hielle y Dietrich (10.000 obreros) obtuvo después de nueve semanas de huelga una reducción de una hora en la jornada de trabajo y aumentos de salario que iban del 5 al 10%. Resultados análogos con

variantes infinitas se dan en todas las industrias de Varsovia, de Lodz, de Sosnovice.

331

En Rusia propiamente dicha la jornada de ocho horas fue obtenida:

—en diciembre de 1904, por varias categorías de los obreros petroleros de Bakú,

—en mayo de 1905, por los obreros azucareros del distrito de Kíev;

—en enero, en el conjunto de las imprentas de la ciudad de Samara (al mismo tiempo que un aumento de los salarios del trabajo a destajo y la supresión de las multas);

—en febrero, en la fábrica de instrumentos de medicina del ejército, en una ebanistería y en la fábrica de municiones de San Petersburgo.

—Además se instauró en las minas de Vladivostok un sistema de trabajo por equipos de ocho horas;

—en marzo, en el taller mecánico de la impresora de papeles del Estado, perteneciente al Estado;

—en abril, los herreros de la ciudad de Bodroujsk;

—en mayo, los empleados de tranvías eléctricos en Tiflis; en mayo igualmente la jornada de ocho horas y media fue introducida en la enorme empresa de tejido de lana de Morosov (al mismo tiempo que se suprimía el trabajo de noche y que se aumentaban los salarios en un 8%’);

—en junio, se introducía la jornada de 8 horas en varios molinos aceiteros de San Petersburgo y de Moscú;

—la jornada de ocho horas y media en julio para los herreros del puerto de San Petersburgo;

—en noviembre, en todas las imprentas privadas de la ciudad de Orel, así como un aumento del 20% de los salarios por hora y del 100% de los salarios a destajo, se instituía igualmente un comité de arbitraje compuesto por un número igual de patrones y obreros.

La jornada de nueve horas en todos los talleres de ferrocarril en febrero; en muchos arsenales nacionales de guerra y astilleros navales; en la mayoría de las fábricas de Berdjansk; en todas las imprentas de Poltava y de Minsk; la jomada de nueve horas y media en las cuencas marítimas, el astillero y la fundición mecánica de Nicolaiev; en junio después de una huelga general de los mozos de café de Varsovia fue introducida en la mayoría de los restaurantes y cafés al mismo tiempo que un aumento de salarios del 20 al 40% y vacaciones de quince días por año.

332

La jornada de diez horas en casi todas las fábricas de Lodz, Sosnovice, Riga, Kovno, Reval, Dorpat, Minsk, Varkov; para los panaderos de Odesa: en los talleres artesanales de Kichinev; en varias fábricas de sombreros de San Petersburgo; en las fábricas de fósforos de Kovno (junto con un aumento de salarios del 10%), en todos los astilleros navales del Estado y para todos los obreros de los puertos.

Los aumentos de salarios son generalmente menos considerables que la reducción del tiempo de trabajo, pero son sin embargo importantes: así. en Varsovia durante el mes de marzo de 1905, los talleres municipales impusieron un aumento de salario del 15%; en Ivanovo-Voznesensk. centro de industria textil, los aumentos de salarios alcanzaron entre el 7 y el 15%; en Kovno, 75% de la población obrera total se benefició con los aumentos de salarios. Se instauró un salario mínimo fijo en un cierto número de panaderías de Odesa, en los astilleros marítimos del Neva en San Petersburgo, etcétera. A decir verdad estas ventajas han sido retiradas más de una vez en uno u otro lugar. Pero esto sólo sirvió de pretexto para nuevas batallas, para respuestas aún más encarnizadas; es así como el periodo de las huelgas de la primavera de 1905 introdujo una serie infinita de conflictos económicos siempre más vastos y enmarañados que todavía subsisten en la actualidad. En los periodos de tranquilidad exterior de la revolución, cuando los despachos no comunican ninguna noticia sensacional del frente ruso, cuando el lector de Europa occidental abandona su periódico comprobando que no hay “nada de nuevo” en Rusia, en realidad la revolución prosigue sin tregua, día tras día, hora tras hora; su inmenso trabajo subterráneo mina las profundidades de todo el imperio. La lucha económica intensa hace que se produzca rápidamente el paso, por medio de métodos acelerados, del estadio de la acumulación primitiva de la economía patriarcal fundada sobre el pillaje, al estadio de la civilización más moderna. Actualmente Rusia está adelantada en lo que concierne a la duración real del trabajo, no sólo con respecto a la legislación rusa que prevé una jornada de trabajo de once horas y media, sino también con respecto a las condiciones efectivas del trabajo en Alemania. En la mayoría de las ramas de la gran industria rusa se practica hoy la jornada de ocho horas, lo cual constituye, a los ojos mismos de la socialdemocracia alemana, un objetivo inaccesible. Más aún, este “constitucionalismo industrial” tan deseado en Alemania, objeto de todos los anhelos, en nombre del cual los adeptos de una táctica oportunista quisieran preservar las aguas estancadas del parlamentarismo —única vía posible de salvación— al abrigo de toda brisa un poco fuerte, ha visto la luz en Rusia, en plena tempestad revolucionaria, al mismo tiempo que el “constitucionalismo” político. En realidad, lo que se produjo no fue solamente una elevación general del nivel de vida de la clase obrera, ni

tampoco de su nivel de civilización. El nivel de vida, bajo una forma durable de bienestar material, no tiene cabida en la revolución. Ésta está llena de contradicciones y de contrastes e implica a veces victorias económicas sorprendentes, a veces las respuestas más brutales del capitalismo: hoy la jornada de ocho horas, mañana los lock-out en masa y el hambre total para centenas de millares de personas. El resultado más precioso, porque es el más permanente de este flujo y reflujo brusco de la revolución, es de orden espiritual: el crecimiento por saltos del proletariado en el plano intelectual y cultural ofrece una garantía absoluta de su irresistible progreso futuro tanto en la lucha económica como en la política.

333

Pero esto no es todo, las mismas relaciones entre obreros y patrones están subvertidas: a partir de la huelga general de enero y de las huelgas siguientes de 1905 el principio del capitalista amo en su casa fue prácticamente suprimido. Hemos visto constituirse espontáneamente en las grandes fábricas de todos los centros industriales importantes, consejos obreros, únicas instancias con las que el patrón trata y que arbitran en todos los conflictos. Y además, las huelgas en apariencia caóticas y la acción revolucionaria "inorgánica" que siguieron a la huelga general de enero se convierten en el punto de partida de un valioso trabajo de organización. La historia se burla de los burócratas enamorados de los esquemas prefabricados, guardianes celosos de la felicidad de los sindicatos. Las organizaciones sólidas, concebidas como fortalezas inexpugnables, y cuya existencia hay que asegurar antes de soñar eventualmente con emprender una hipotética huelga de masas en Alemania, han salido por el contrario de la misma huelga de masas. Y mientras los guardianes celosos de los sindicatos alemanes temen ante todo ver romperse en mil pedazos esas organizaciones, como una preciosa porcelana en medio del torbellino revolucionario, la revolución rusa nos presenta un cuadro totalmente diferente: lo que emerge de los torbellinos, de las tempestades, de las llamas y de la hoguera de las huelgas de masas, como Afrodita surgiendo de la espuma del mar, son... los sindicatos nuevos y jóvenes, vigorosos y ardientes. Citemos aún un pequeño ejemplo, aunque típico para todo el imperio. En el curso de la segunda conferencia de los sindicatos rusos, que tuvo lugar a fines de febrero de 1906 en San Petersburgo, el delegado de los sindicatos petersburgueses presentó un informe sobre el desarrollo de las organizaciones sindicales en la capital de los zares, informe en el que decía:

334

> El 22 de enero de 1905, que ha barrido a la asociación de Gapón, ha marcado una etapa. La masa de los trabajadores aprendió por la fuerza de los acontecimientos a apreciar la importancia de la organización y comprendió que podía crear por sí sola esas organizaciones. El primer sindicato de San Petersburgo, el de los

tipógrafos, nace en estrecha relación con el movimiento de enero. La comisión elegida para el estudio de las remuneraciones elaboró los estatutos y el 19 de junio fue el primer día de existencia del sindicato. Los sindicatos de los oficinistas y tenedores de libros vieron la luz aproximadamente al mismo tiempo. Al lado de estas organizaciones cuya existencia era casi pública (y legal) vimos surgir entre enero y octubre de 1905 los sindicatos semilegales e ilegales. Citemos entre los primeros al de los empleados de farmacia y al de los empleados de comercio. Entre los sindicatos ilegales hay que mencionar a la Unión de relojeros, cuya primera reunión secreta tuvo lugar el 24 de abril. Todas las tentativas para convocar a una asamblea general pública chocaron contra la resistencia obstinada de la policía y de los patrones representados por la Cámara de Comercio. Este fracaso no impidió la existencia del sindicato que realizó asambleas secretas con sus adherentes el 9 de junio y el 14 de agosto, sin contar las sesiones del Buró de los sindicatos. El Sindicato de sastres y cortadoras fue fundado en la primavera de 1905 en el curso de una reunión secreta llevada a cabo en un bosque, con la asistencia de 70 sastres. Después de haber discutido el problema de la fundación, una comisión elegida fue encargada de elaborar los estatutos. Todas las tentativas de la comisión por asegurar al sindicato una existencia legal no lograron éxito. Su acción se limita a la propaganda o al reclutamiento en los diferentes talleres. Una suerte semejante le estaba reservada al sindicato de los zapateros. En julio fue convocada una reunión secreta por la noche en un bosque fuera de la ciudad. Más de 100 zapateros se reunieron; se presentó un informe sobre la importancia de los sindicatos, sobre su historia en Europa occidental y su misión en Rusia. Inmediatamente se decidió fundarlo y fue elegida una comisión de 12 miembros encargada de redactar los estatutos y de convocar a una asamblea general de zapateros. Los estatutos fueron redactados, pero hasta ahora no se pudo imprimirlos ni convocar la asamblea general.

Tales fueron los comienzos de los sindicatos. Después vinieron las jornadas de octubre, la segunda huelga general, el úcase del 30 de octubre y el corto “periodo constitucional”. Los trabajadores se arrojaron con entusiasmo en las olas de la libertad política a fin de utilizarla para el trabajo de organización. Al lado de las actividades políticas cotidianas —reuniones, discusiones, fundación de grujios— se comenzó inmediatamente el trabajo de organización de los sindicatos. En octubre y noviembre fueron creados cuarenta sindicatos nuevos en San Petersburgo. De inmediato se creó un “Buró central'', es decir una unión de sindicatos; aparecieron varios

periódicos sindicales e incluso a partir de noviembre un órgano central; *El Sindicato.*

335

La descripción de lo que ocurrió en San Petersburgo se aplica a Moscú y a Odesa, a Kíev y a Nicolaiev, a Saratov y a Voronej, a Samara y a Nijni-Novgorod, a todas las grandes ciudades de Rusia y con más razón a Polonia. Los sindicatos de esas ciudades buscan tomar contacto entre sí, llevan a cabo conferencias. El fin del "periodo constitucional y el retorno a la reacción de diciembre de 1905 pone provisoriamente término a la actividad pública amplia de los sindicatos, sin provocar por eso su desaparición. Continúan actuando como organizaciones secretas y prosiguen al mismo tiempo abiertamente la lucha por los salarios. Constituyen una mezcla original de actividad sindical a la vez legal e ilegal que corresponde a las contradicciones de la situación revolucionaria. Pero incluso en medio de la lucha el trabajo de organización se prosigue con seriedad y hasta con pedantería. Los sindicatos de la socialdemocracia polaca y lituana, por ejemplo, que en el último Congreso del partido (en julio de 1906) estaban representadas por cinco delegados y comprendían diez mil miembros que cotizaban, son provistos de estatutos regulares, de carnets impresos de adherentes, de estampillas, etcétera. Y esos mismos panaderos y zapateros, metalúrgicos y tipógrafos, de Varsovia y de Lodz, que en junio de 1905 estaban en las barricadas y que en diciembre sólo esperan una consigna de San Petersburgo para salir a la calle, encuentran el tiempo necesario para reflexionar seriamente entre dos huelgas, entre la prisión y el lock-out, en pleno estado de sitio, y para discutir a fondo y atentamente los estatutos sindicales. Más aún, los que se batían ayer y que se batirán mañana en las barricadas algunas veces reconvinieron severamente a sus dirigentes en el curso de alguna reunión y los amenazaron con abandonar el partido porque no se habían podido imprimir más rápidamente los carnets de afiliación —en imprentas clandestinas y bajo la amenaza de persecución policial.

Este entusiasmo y esta seriedad duran aún hasta el presente. En el curso de las dos primeras semanas de julio de 1906 fueron creados —para citar un ejemplo— quince nuevos sindicatos en Ekaterinoslav; en Kostroma seis, otros en Kíev, Poltava, en Smolensk, en Tcherkassy, en Proskurov, y hasta en las más pequeñas localidades de los distritos provinciales. En la sesión realizada el 5 de junio último (1906) por la Unión de Sindicatos de Moscú, se decidió, de conformidad con las conclusiones e informes de los delegados de cada organización, que los sindicatos deberían velar por la disciplina de sus adherentes e impedirles tomar parte en combates callejeros, porque la huelga de masas es considerada como inoportuna. Frente a las provocaciones eventuales del gobierno deben vigilar para que la masa no salga a la calle. Finalmente la Unión decidió que durante todo el tiempo en

que un sindicato realice una huelga, los otros deben abstenerse de presentar reivindicaciones salariales. En lo sucesivo la mayoría de las luchas económicas serán dirigidas por los sindicatos.[11]

336

Es así como la gran lucha económica cuyo punto de partida ha sido la huelga general de enero que continúa hasta el presente, constituye el trasfondo de la revolución, de donde a veces vemos brotar explosiones aisladas o estallar inmensas batallas del proletariado en su totalidad —bajo la influencia conjugada y alternada de la propaganda política y de los acontecimientos externos. Citemos algunas de estas explosiones sucesivas: en Varsovia el lo. de mayo de 1905, en ocasión de la fiesta del trabajo, una huelga general total sin ejemplo hasta entonces, acompañada por una manifestación de masas perfectamente pacífica, terminó en un enfrentamiento sangriento de la multitud desarmada con la tropa. En Lodz, en el mes de junio, la dispersión por parte del ejército de una reunión de masas, dio lugar a una manifestación de cien mil obreros; en ocasión del entierro de algunas de las víctimas de la soldadesca, se produce un nuevo encuentro con el ejército, y finalmente se declara la huelga general. Ésta termina los días 23, 24 y 25 de mayo con un combate de barricadas, el primero del imperio de los zares. En junio igualmente estalló en el puerto de Odesa, a propósito de un pequeño incidente a bordo del acorazado l'otiomkin, la primera gran sublevación de marineros de la flota del Mar Negro, que provocó a su vez una inmensa huelga de masas en Odesa y Nicolaiev. Este motín tuvo otras repercusiones aún: una huelga y algunas rebeliones de marinos en Kronstadt, Libau y Vladivostok.

En octubre tuvo lugar en San Petersburgo la experiencia revolucionaria

---

[11] * Sólo en las dos primeras semanas de junio de 1906, los sindicatos emprendieron las siguientes luchas reí vindicativas:

Los tipógrafos de San Petersburgo, Moscú, Odesa, Minsk, Vilna, Saratov, Tambov, por la jornada de ocho horas y el reposo semanal.

Huelga general de los marinos de Odesa, Nicolaiev, Kertch, Crimea, Cáucaso, la flota del Volga, Kronstadt, Varsovia y Plock, por el reconocimiento del sindicato y la liberación de los delegados detenidos.

Los obreros de los puertos de Saratov, Nicolaiev, Zaritsin, Arcangelsk, Bialystok, Vilna, Odesa, Jarkov, Brest-Litovsk, Radom, Tiflis.

Los obreros agrícolas en los distritos de Verjné-Dnieprovsk, Borinsovik, Simfcrópol, en las gobernaciones de Todolsk, Tula, Kurks, en los distritos de Kozlov, Lipovilz, en Finlandia, en las gobernaciones de Kíev, en el distrito de Elisabethgrad.

En varias ciudades la huelga se extendió en este periodo a casi todos los oficios al mismo tiempo: por ejemplo, en Saratov, Arcangelsk, Kertch, Krementchug; en Backmut, huelga general de los mineros en toda la cuenca.

En otras ciudades el movimiento reivíndicativo afectó a todos los oficios sucesivamente en el curso de esas dos semanas: por ejemplo, en San Petersburgo, Varsovia, Moscú, en toda la provincia de Ivanovo-Voznesensk.

La huelga tenía como objetivo en todas partes la reducción del tiempo de trabajo, el reposo semanal, reivindicaciones relativas a los salarios. La mayoría de las huelgas terminaron con la victoria, los informes locales hacen resaltar que afectaron parcialmente categorías de obreros que participaban por primera vez en una lucha reivindicativa salarial.

de la instauración de la jornada de ocho horas. El consejo de los delegados obreros decide introducir por métodos revolucionarios la jornada de ocho horas. De este modo, en una fecha determinada, todos los obreros de San Petersburgo declararán a su patrones que se niegan a trabajar más de ocho horas por día y abandonarán sus lugares de trabajo a la hora fijada.

337

Esta idea sirvió de pretexto para una intensa campaña de propaganda, fue acogida y ejecutada por el proletariado que no escatimó los más grandes sacrificios; por ejemplo, por los obreros textiles, que hasta entonces eran pagados a destajo y cuya jornada de trabajo era de once horas, la reducción a ocho horas representaba una pérdida enorme de salario, pero sin embargo la aceptaron sin vacilaciones. Por espacio de una semana la jornada de ocho horas se había introducido en San Petersburgo y la alegría de la clase obrera no conoce límites. No obstante, inmediatamente la patronal, en un principio desamparada, se prepara para la reacción: en todas partes se amenaza con cerrar las fábricas. Un cierto número de obreros acepta negociar y obtienen la jomada de diez horas en un lado, la de nueve en otro. Sin embargo la élite del proletariado de San Petersburgo, los obreros de las grandes fábricas nacionales de metalurgia permanecen inconmovibles: sigue un lock-out; de 45 a 50.000 obreros son lanzados a la calle por un mes. De este hecho, el movimiento en favor de la jornada de ocho horas prosigue en la huelga general de diciembre, desencadenada en gran parte por el lock-out. En el intervalo sobreviene en octubre, en respuesta al proyecto de Duma de Bulvgin,[12] la segunda y poderosísima huelga general desencadenada ante una consigna de los ferroviarios y que se extiende a todo el imperio. Esta segunda gran acción revolucionaria del proletariado reviste un carácter sensiblemente diferente al de la primera huelga de enero. La conciencia política desempeña un papel mucho más importante en ella. Ciertamente, la ocasión que desencadenó la huelga de masas fue también aquí accesoria y aparentemente fortuita: se trata del conflicto entre los ferroviarios y la administración, a propósito de la caja de publicaciones. Pero el levantamiento general del proletariado que se produjo se sustenta por un pensamiento político claro. El prólogo de la huelga de enero había sido una súplica dirigida al zar a fin de obtener la libertad política; la consigna de la huelga de octubre era: "¡Terminemos con la comedia institucional del zarismo!" Y gracias al éxito inmediato de la huelga, que se traduce en el manifiesto zarista del 30 de octubre, el movimiento no se repliega sobre sí mismo como en enero para volver al comienzo de la lucha económica, sino que desborda hacia el exterior,

[12] Bulygin, estadista ruso (1851-1919). Designado ministro del Interior en febrero de 1905, debió redactar, bajo la presión revolucionaria, un decreto prometiendo un régimen constitucional. La primera Duma que se constituyó después de la revolución de 1905 lleva su nombre.

ejerciendo con ardor la libertad política recientemente conquistada. Manifestaciones, reuniones, una prensa naciente, discusiones públicas, masacres sangrientas para terminar con el regocijo, seguidos de nuevas huelgas de masas y de nuevas manifestaciones, tal es el cuadro agitado de las jornadas de noviembre y diciembre. En noviembre, ante el llamado de la socialdemocracia, se organiza en San Petersburgo la primera huelga de protesta contra la represión sangrienta y la proclamación del estado de sitio en Livonia y en Polonia.

338

El sueño de la Constitución es seguido por un despertar brutal, y la sorda agitación termina por desatar en diciembre la tercera huelga general de masas, que se extiende a todo el imperio. Esta vez el desarrollo y la culminación son totalmente diferentes que en los casos anteriores. La acción política no cede el lugar a la acción económica como en enero, tampoco obtiene una victoria rápida como en octubre. La camarilla zarista no renueva sus tentativas por instaurar una libertad política verdadera y la acción revolucionaria choca así, por primera vez, con toda la extensión de ese muro inquebrantable: la fuerza material del absolutismo. Por la evolución lógica interna de los acontecimientos en curso, la huelga de masas se transforma en rebelión abierta, en lucha armada, en combates callejeros y en barricadas en Moscú. Las jornadas de diciembre en Moscú constituyen el punto culminante de la acción política y del movimiento de huelgas de masas, cerrando de este modo el primer año laborioso de la revolución. Los acontecimientos de Moscú muestran en imagen reducida la evolución lógica y el porvenir del movimiento revolucionario en su conjunto: su culminación inevitable en una rebelión general abierta. Sin embargo, ésta sólo puede producirse luego de un entrenamiento adquirido en una serie de rebeliones parciales y preparatorias, que desembocan provisoriamente en “derrotas” exteriores y parciales, pudiendo aparecer cada una como “prematura”.

El año 1906 es el de las elecciones y del episodio de la Duma. El proletariado, animado por un poderoso instinto revolucionario que le permite tener una visión clara de la situación, boicotea la farsa constitucional zarista. El liberalismo ocupa de nuevo por algunos meses el escenario político. Parece volverse a la situación de 1904. La acción cede el lugar a la palabra y el proletariado entra en la sombra por algún tiempo, para consagrarse con más ardor aún a la lucha sindical y al trabajo de organización. Las huelgas de masas cesan, mientras días tras día los liberales hacen estallar los petardos de su elocuencia. Finalmente, la cortina de hierro cae bruscamente, los actores son dispersados, de los petardos de elocuencia liberal sólo queda el humo y el polvo. Una tentativa de la socialdemocracia por llamar a manifestarse con una corta huelga de masas en favor de la Duma y del restablecimiento de la libertad de palabra cae en el vacío. La

huelga política de masas agotó su papel como tal y el paso de la huelga al levantamiento general del pueblo y a los combates callejeros no está todavía maduro. El episodio liberal está terminado, el episodio proletario no ha recomenzado aún. La escena permanece provisoriamente vacía.

## IV

339

En las páginas que preceden hemos tratado de esbozar sumariamente la historia de la huelga de masas en Rusia. Una simple ojeada sobre esta historia nos ofrece una imagen de la huelga de masas que no se parece en nada a la que nos hacemos de ella en Alemania en el curso de las discusiones. En lugar de un esquema rígido y vacío que nos muestra una "acción" política lineal ejecutada con prudencia y según un plan decidido por las instancias supremas de los sindicatos, vemos un fragmento de vida real hecho de carne y de sangre que no se puede separar del medio revolucionario, unida por el contrario por mil vínculos al organismo revolucionario en su totalidad. La huelga de masas tal como nos la muestra la revolución rusa es un fenómeno tan fluido que refleja en sí todas las fases de la lucha política y económica, todos los estadios y todos los momentos de la revolución. Su campo de aplicación, su fuerza de acción, los factores de su desencadenamiento, se transforman de continuo. Repentinamente abre perspectivas nuevas a la revolución en un momento en que ésta parecería encaminarse hacia un estancamiento. Y se niega a funcionar en el momento en que se creía poder contar con ella con toda seguridad. A veces la ola del movimiento invade todo el imperio, a veces se divide en una red infinita de pequeños arroyos; a veces brota del suelo como una fuente viva, a veces se pierde dentro de la tierra. Huelgas económicas y políticas, huelgas de masas y huelgas parciales, huelgas de demostración o de combate, huelgas generales que afectan a sectores particulares o a ciudades enteras, luchas reivindicativas pacíficas o batallas callejeras, combates de barricada: todas estas formas de lucha se entrecruzan o se rozan, se atraviesan o desbordan una sobre la otra; es un océano de fenómenos eternamente nuevos y fluctuantes. Y la ley del movimiento de esos fenómenos aparece claramente: no reside en la huelga de masas en sí misma, en sus particularidades técnicas, sino en la relación de las fuerzas políticas y sociales de la revolución. La huelga de masas es simplemente la forma que adopta la lucha revolucionaria y toda desnivelación en la relación de las fuerzas en lucha, en el desarrollo del partido y la división de las clases, en la posición de la contrarrevolución, influye inmediatamente sobre la acción de la huelga a través de mil caminos invisibles e incontrolables. Sin embargo, la acción de la huelga en sí misma no se detiene prácticamente ni un solo

instante. No hace más que revestir otras formas, modificar su extensión, sus objetivos, sus efectos. Es el pulso vivo de la revolución y al mismo tiempo su motor más poderoso. En una palabra, la huelga de masas, tal como nos la ofrece la revolución rusa, sólo es un medio ingenioso inventado para reforzar el efecto de la lucha proletaria, aunque representa el movimiento mismo de la masa proletaria, la fuerza de manifestación de la lucha proletaria en el curso de la revolución. A partir de allí se pueden deducir algunos puntos de vista generales que permitirán juzgar el problema de la huelga de masas.

340

1] Es absolutamente erróneo concebir la huelga de masas como una acción aislada; ella es más bien el signo, el concepto unificador de todo un periodo de años, quizás de decenios, de la lucha de clases. Si se consideran las innumerables y diferentes huelgas de masas que tuvieron lugar en Rusia desde hace cuatro años, una sola variante e incluso de importancia secundaria corresponde a la definición de ella como acto único y breve de características puramente políticas, desencadenado y detenido a voluntad según un plan preconcebido: me refiero aquí a la simple huelga de protesta. Durante todo el curso del periodo de cinco años sólo vemos en Rusia algunas huelgas de ese género en pequeño número y, lo que es notable, limitadas por lo común a una ciudad. Citemos entre otras la huelga general anual del 1º de mayo en Varsovia y Lodz —en Rusia propiamente dicha la costumbre de celebrar el lo. de mayo mediante la paralización del trabajo no está aún extendida ampliamente—. la huelga de masas en Varsovia el 11 de septiembre de 1905 en ocasión del entierro del condenado a muerte Martín Kasprzak,[13] la de noviembre de 1905 en San Petersburgo en señal de protesta contra la proclamación del estado de sitio en Polonia y Livonia; la del 22 de eneto de 1906 en Varsovia, Lodz, Czenstochau y en la cuenca minera de Dombrova, lo mismo que en algunas ciudades rusas en conmemoración del domingo sangriento de San Petersburgo; en julio de 1906 una huelga general en Tiflis en manifestación de solidaridad con les soldados condenados por sublevación y finalmente por la misma razón en septiembre de ese año durante el proceso militar de Reval. Todas las otras huelgas de masas parciales o huelgas generales son huelgas de lucha y no de protesta. Con ese carácter nacieron espontáneamente en ocasión de incidentes particulares locales y fortuitos y no de acuerdo con un plan preconcebido y deliberado y, merced a la potencia de fuerzas elementales, adquirieron las dimensiones de un movimiento de gran envergadura. No concluían con la retirada ordenada, sino que se transformaban a veces en luchas económicas, a veces en combates callejeros y otras veces se

[13] Martín Kasprzak, dirigente del grupo de Varsovia del Partido Revolucionario Socialista Proletario. Rosa Luxemburgo lo conoció en 1887, cuando ella adhirió a ese movimiento.

derrumbaban por sí mismas.

Dentro de este cuadro de conjunto, las huelgas de protesta política pura desempeñaron un papel de segundo orden: el de puntos minúsculos y aislados en medio de una gran superficie. Si consideramos las cosas según la cronología, comprobamos lo siguiente: las huelgas de protesta que, a diferencia de las huelgas de lucha, exigen un nivel muy elevado de disciplina del partido, una dirección política y una ideología política conscientes, y aparecen en consecuencia según el esquema como la forma más alta y madura de la huelga de masas, son importantes sobre todo *al comienzo* del movimiento. De este modo el paro total del primero do mayo de 1905 en Varsovia, primer ejemplo de la aplicación perfecta de una decisión del partido, fue un acontecimiento de gran alcance para el movimiento proletario en Polonia. Igualmente la huelga de solidaridad en noviembre de 1905 en San Petersburgo, primer ejemplo de una acción de masas concertada, causó sensación. También el "ensayo de huelga general" de los camaradas de Hamburgo el 17 de enero de 1906, que ocupara un lugar destacado en la historia de la futura huelga de masas en Alemania, constituye el primer intento espontáneo de usar esta anua tan discutida, intento exitoso por otra parte y que testimonia la combatividad de los obreros hamburgueses.

341

De igual modo, una vez comenzado el periodo de huelgas de masas en Alemania, culminará seguramente con la instauración de la fiesta del primero de mayo con un paro general del trabajo. Esta fiesta podrá ser celebrada como la primera demostración colocada bajo el signo de las luchas do masas. En tal sentido ese "viejo caballo de batalla", como se ha llamado al lo. de mayo en el Congreso sindical de Colonia, tiene todavía un gran porvenir y está llamado a desempeñar un papel importante en las luchas de clase proletarias en Alemania. Sin embargo, con el desarrollo de las luchas revolucionarias la importancia de tales demostraciones disminuye con rapidez. Los mismos factores que hacen objetivamente posible el desencadenamiento de las huelgas de protesta según un plan preconcebido y de acuerdo a una consigna de los partidos, a saber, el crecimiento de la conciencia política y de la educación del proletariado, hacen imposible esta clase de huelgas. En las actuales circunstancias, el proletariado ruso y más precisamente la vanguardia más activa de las masas, no quiere saber ya nada de las huelgas demostrativas, los obreros no entienden más la broma y sólo quieren luchas serias con todas sus consecuencias. Si es verdad que en el curso de la primera gran huelga de masas en enero de 1905 el elemento demostrativo desempeñaba todavía un gran papel —bajo una forma no deliberada sino instintiva y espontánea— en cambio la tentativa del comité central del Partido Socialdemócrata Ruso por llamar en el mes de agosto a

una huelga de masas en favor de la Duma fracasó entre otras causas por la aversión del proletariado consciente hacia las acciones tibias y de mera demostración.

2] Pero si consideramos ya no más esa variedad menor representada por la huelga de protesta, sino la huelga de lucha tal como la vemos hoy en Rusia constituyendo el soporte real de la acción proletaria, nos sorprende el hecho de que el elemento económico y el elemento político se presenten tan indisolublemente vinculados. Aquí también la realidad se aparta del esquema teórico; la concepción pedante que hace derivar lógicamente la huelga de masas política pura de la huelga general económica, como si aquélla fuera el estadio más maduro y elevado y que distingue cuidadosamente una forma de otra, es desmentida por la experiencia de la revolución rusa. Esto no ha quedado demostrado solamente por el hecho de que las huelgas de masas —desde la primera gran huelga reivindicativa de los obreros textiles de San Petersburgo en 1896-97 hasta la última gran huelga de diciembre de 1905— hayan pasado insensiblemente del dominio de las reivindicaciones económicas al de la política, aunque es casi imposible trazar fronteras entre unas y otras. Sin embargo, cada una de las grandes huelgas de masas vuelve a trazar, en miniatura por así decirlo, la historia general de las huelgas en Rusia, comenzando por un conflicto sindical puramente reivindicativo o al menos parcial, recorriendo luego todos los grados hasta la manifestación política. La tempestad que sacudió al sur de Rusia en 1902 y 1903 comenzó en Bakú, como ya vimos, con una protesta contra la cesantía de los huelguistas, en Rostov con reivindicaciones salariales, en Tiflis con una lucha de los empleados de comercio para obtener una disminución de la jornada de trabajo, en Odesa con una reivindicación de salarios en una pequeña fábrica aislada. La huelga de masas de enero de 1905 se inició con un conflicto en el interior de las fábricas Putilov, la huelga de octubre con reivindicaciones de los ferroviarios por su caja de jubilaciones, la huelga de diciembre, finalmente, con la lucha de los empleados de correos y telégrafos para obtener el derecho de asociación. El progreso del movimiento no se manifiesta por el hecho de que el elemento económico desaparece, sino más bien por la rapidez con la que se recorren todas las etapas hasta la manifestación política y por la posición más o menos extrema del punto final alcanzado por la huelga de masas.

342

Sin embargo el movimiento en su conjunto no se orienta únicamente en el sentido de un paso de lo económico a lo político, sino también en el sentido inverso. Cada una de las acciones de masa políticas se transforma, luego de haber alcanzado su apogeo, en una multitud de huelgas económicas. Esto es válido no sólo para cada una de las grandes huelgas sino también para la revolución en su conjunto. Cuando la lucha política se

extiende, se clarifica y se intensifica, la lucha reivindicativa no sólo no desaparece sino que se extiende, organiza e intensifica paralelamente. Existe interacción completa entre ambas.

Cada nuevo impulso y cada nueva victoria de la lucha política dan un ímpetu poderoso a la lucha económica ampliando sus posibilidades de. acción exterior y dando a los obreros nuevos bríos para mejorar su situación aumentando su combatividad. Cada ola de acción política deja detrás suyo un limo fértil de donde surgen inmediatamente mil brotes nuevos: las reivindicaciones económicas. E inversamente, la guerra económica incesante que los obreros libran contra el capital mantiene despierta la energía combativa incluso en las horas de tranquilidad política; de alguna manera constituye una reserva permanente de energía de la que la lucha política extrae siempre fuerzas frescas. Al mismo tiempo el trabajo infatigable de corrosión reivindicativa desencadena aquí o allá conflictos agudos a partir de los cuales estallan bruscamente las batallas políticas.

En una palabra, la lucha económica presenta una continuidad, es el hilo que vincula los diferentes núcleos políticos; la lucha política es una fecundación periódica que prepara el terreno a las luchas económicas. La causa y el efecto se suceden y alternan sin cesar, y de este modo el factor económico y el factor político, lejos de distinguirse completamente o incluso de excluirse recíprocamente como lo pretende el esquema pedante, constituyen en un periodo de huelgas de masas dos aspectos complementarios de las luchas de clases proletarias en Rusia. La huelga de masas constituye precisamente su unidad. La teoría sutil diseca artificialmente con la ayuda de la lógica a la huelga de masas ¡jara obtener una “huelga política pura”, pero he aquí que una disección semejante, al igual que todas las disecciones, no nos permite ver el fenómeno vivo, nos entrega un cadáver.

343

3] Finalmente los acontecimientos de Rusia nos muestran que la huelga de masas es inseparable de la revolución; su historia se confunde con la historia de la revolución. Sin duda, cuando los campeones del oportunismo en Alemania escuchan hablar de revolución piensan inmediatamente en la sangre vertida, en batallas callejeras, en la pólvora y el plomo, y deducen con toda lógica que la huelga de masas conduce inevitablemente a la revolución, concluyen que es menester abstenerse de realizarla. Y de hecho verificamos que en Rusia casi todas las huelgas de masas terminan en un enfrentamiento sangriento con las fuerzas zaristas del orden; lo cual es tan cierto para las huelgas pretendidamente políticas como para los conflictos económicos. Pero la revolución es otra cosa, es algo más que un simple baño de sangre. A diferencia de la policía que entiende por revolución simplemente la batalla callejera y la pelea, es decir el “desorden”, el

socialismo científico ve en la revolución antes que nada una transformación interna profunda de las relaciones de clase. Desde ese punto de vista entre la revolución y la huelga de masas existe en Rusia una relación mucho más estrecha que la que se establece a través de la comprobación trivial, a saber que la huelga de masas concluye generalmente en un baño de sangre.

Hemos estudiado el mecanismo interno de la huelga de masas rusa fundada sobre una relación de causalidad recíproca entre el conflicto político y el conflicto económico. Pero esta relación de causalidad recíproca está determinada precisamente por el periodo revolucionario. Solamente en la tempestad revolucionaria cada lucha parcial entre el capital y el trabajo adquiere las dimensiones de una explosión general. En Alemania se asiste todos los años, todos los días, a los conflictos más violentos, más brutales entre los obreros y los patrones sin que la lucha supere los límites de la rama de industria, de la ciudad e incluso de la fábrica en cuestión. El despido de obreros organizados como en San Petersburgo, la desocupación como en Bakú, reivindicaciones salariales como en Odesa, luchas por el derecho de asociación como en Moscú: todo esto se produce diariamente en Alemania. Pero ninguno de esos incidentes da lugar a una acción de clase común. E incluso si esos conflictos se extienden hasta convertirse en huelgas de masas con carácter netamente político no desembocan en una explosión general. La huelga general de los ferroviarios holandeses, que a pesar de las simpatías ardientes que suscitó se extinguió en medio de la inmovilidad absoluta del conjunto del proletariado, nos proporciona un ejemplo aleccionador de ello.

344

A la inversa, sólo en un periodo revolucionario, cuando los fundamentos sociales y las barreras que separan a las clases sociales están quebrantados, cualquier acción política del proletariado puede arrancar de la indiferencia en pocas horas a las capas populares que habían permanecido hasta entonces apartadas, lo que se manifiesta naturalmente a través de una batalla económica tumultuosa. Súbitamente electrizados por la acción política los obreros reaccionan de inmediato en el campo que les es más próximo: se sublevan contra su condición de esclavitud económica. El gesto de revuelta que es la lucha política les hace sentir con una intensidad insospechada el peso de sus cadenas económicas. Mientras que en Alemania la lucha política más violenta, la campaña electoral o los debates parlamentarios a propósito de las tarifas aduaneras, no tienen más que una importancia mínima sobre el curso o la intensidad de las luchas reivindicativas que se llevan a cabo al mismo tiempo, en Rusia toda acción del proletariado se manifiesta inmediatamente por una extensión e intensificación de la lucha económica.

De este modo sólo la revolución crea las condiciones sociales que

permiten un paso inmediato de la lucha económica a la lucha política y de ésta a aquélla, lo que se expresa a través de la huelga de masas. El esquema vulgar sólo percibe una relación entre la huelga de masas y la revolución en los enfrentamientos sangrientos con que concluyen las huelgas de masas; pero un examen más profundo de los acontecimientos rusos nos hace descubrir una relación *inversa.* En realidad no es la huelga de masas la que produce la revolución sino la revolución la que produce la huelga de masas.

4] Es suficiente con resumir lo que precede para descubrir una solución al problema de la dirección y de la iniciativa de la huelga de masas. Si ella no significa un acto aislado sino todo un periodo de la lucha de clases, si este periodo se confunde con el periodo revolucionario, es claro que no se puede desencadenar arbitrariamente, incluso si la decisión emana de las instancias supremas del más poderoso de los partidos socialistas. Mientras no esté al alcance de la socialdemocracia el poner en acción *o* anular revoluciones a gusto, ni siquiera el entusiasmo y la impaciencia más fogosa de las tropas socialistas lograrán suscitar en periodo de huelgas de masas que constituya un movimiento popular potente y vivo. La audacia de la dirección del partido y la disciplina de los obreros pueden lograr sin duda organizar una manifestación única y de corta duración: tal fue el caso de la huelga de masas en Suecia o más recientemente en Austria, o también de la huelga del 17 de enero en Hamburgo.[14] Pero estas manifestaciones se parecen a un verdadero periodo de huelgas de masas revolucionario tanto como unas maniobras navales realizadas en un puerto extranjero, cuando las relaciones diplomáticas son tensas, se parecen a una guerra.

345

Una huelga de masas nacida simplemente de la disciplina y del entusiasmo desempeñará en el mejor de los casos sólo el papel de un síntoma de la combatividad de les trabajadores, después de lo cual la situación retornará a la apacible rutina cotidiana. Ciertamente, incluso durante la revolución las huelgas no caen del cielo. Es necesario que de una u otra manera sean realizadas por los obreros. La resolución y la decisión de la clase obrera desempeñan también un papel y es menester precisar que tanto la iniciativa como la dirección de operaciones ulteriores incumben muy naturalmente a la parte más esclarecida y mejor organizada del proletariado: la socialdemocracia. Pero esta iniciativa y esta dirección sólo se aplican a la ejecución de tal o cual acción aislada, de tal o cual huelga de masas cuando el periodo revolucionario está ya en curso y las más de las veces esto ocurre en el interior de una ciudad dada. Por ejemplo, ya hemos visto que alguna vez la socialdemocracia ha dado expresamente y con éxito

[14] El 17 de enero de 1906, en Hamburgo, se produjo lo que Rosa Luxemburgo denomina “un ensayo de huelga de masas”.

la consigna de huelga en Bakú, en Varsovia, en Lodz, en San Petersburgo. Semejante iniciativa tiene muchas menos posibilidades de éxito si se aplica a movimientos generales que afectan al conjunto del proletariado. Por otra parte, la iniciativa y la dirección de las operaciones tienen sus límites determinados. Precisamente durante la revolución es en extremo difícil para un organismo dirigente del movimiento obrero prevenir y calcular la ocasión y los factores que pueden desencadenar o no explosiones. Tomar la iniciativa y la dirección de las operaciones no consiste aquí tampoco en dar arbitrariamente órdenes, sino en adaptarse lo más hábilmente posible a la situación y en mantener el contacto más estrecho con la moral de las masas. El elemento espontáneo, según ya vimos, desempeña un gran papel en todas las huelgas de masas en Rusia, ya sea como elemento impulsor, ya sea como freno. Pero esto es así no porque en Rusia la socialdemocracia sea aún joven y débil, sino por el hecho de que cada operación particular es el resultado de una tal infinidad de factores económicos, políticos, sociales, generales y locales, materiales y psicológicos que ninguno de ellos puede definirse ni calcularse como un ejemplo aritmético. Incluso si el proletariado, con la socialdemocracia a la cabeza, desempeña un papel dirigente, la revolución no es una maniobra del proletariado sino una batalla que se desarrolla cuando alrededor todos los fundamentos sociales crujen, se desmoronan y se desplazan incesantemente. Si el elemento espontáneo desempeña un papel tan importante en las huelgas de masas en Rusia, no es porque el proletariado ruso sea “insuficientemente educado” sino porque las revoluciones no se aprenden en la escuela.

346

Por otra parte, comprobamos que en Rusia esta revolución que hace tan difícil a la socialdemocracia conquistar la dirección de la huelga y que tan pronto le arranca, tan pronto le ofrece la batuta de director de orquesta, resuelve por el contrario precisamente todas las dificultades de la huelga, esas dificultades que el esquema teórico tal como es discutido en Alemania considera como la preocupación principal de la dirección: el problema del “aprovisionamiento”, de los “gastos”, de los “sacrificios materiales”. Indudablemente no los resuelve de la manera en que los arregla, lápiz en mano, en el curso de una apacible conferencia secreta mantenida por las instancias superiores del movimiento obrero. El “arreglo” de todos esos problemas se resume en lo siguiente: la revolución hace entrar en escena masas populares tan inmensas que toda tentativa de regular por adelantado o estimar los gastos del movimiento —tal como se hace la estimación de los gastos de un proceso civil— aparece como una empresa desesperada. Es verdad que en la propia Rusia los organismos directivos tratan de sostener con sus mejores medios a las víctimas del combate. De este modo, por ejemplo, el partido ayudó durante semanas a las valerosas víctimas del

gigantesco lock-out que tuvo lugar en San Petersburgo, luego de la campaña por la jomada de ocho horas. Pero en el inmenso balance de la revolución esto equivale a una gota de agua en el mar. En el momento en que comienza un periodo de huelgas de masas de gran envergadura, todas las previsiones y cálculos de gastos son tan vanos como la pretensión de vaciar el océano con un vaso. En efecto, el precio que paga la masa proletaria por toda revolución es un océano de privaciones y de sufrimientos terribles. Un periodo revolucionario resuelve esta dificultad en apariencia insoluble desencadenando en la masa una suma tal de idealismo que la vuelve insensible a los sufrimientos más agudos. No se puede hacer ni la revolución ni la huelga de masas con la psicología de un sindicato que sólo consentiría en detener el trabajo el lo. de mayo con la condición de poder contar con un subsidio determinado por adelantado con precisión en caso de ser despedido. Pero en la tempestad revolucionaria el proletario, el padre de familia prudente, se transforma en un "revolucionario romántico" para el cual el bien supremo mismo —la vida— y con mayor razón el bienestar material tienen poco valor en comparación con el ideal de lucha. En consecuencia, si es verdad que el periodo revolucionario se encarga de la dirección de la huelga en el sentido de la iniciativa de su desencadenamiento y de la carga de los gastos, no es menos cierto que en un sentido completamente diferente la dirección de la huelga de masas corresponde a la socialdemocracia y a sus organismos directivos. En lugar de plantearse el problema de la técnica y del mecanismo de la huelga de masas en un periodo revolucionario, la socialdemocracia está llamada a asumir la dirección *política.* La tarea de "dirección" más importante en el periodo de la huelga de masas consiste en dar la consigna de la lucha, en orientar, en regular la *táctica* de la lucha política de manera tal que en cada fase y en cada instante del combate sea realizada y movilizada la totalidad del poder del proletariado ya comprometido y lanzado a la batalla y que este poder se exprese por la posición del Partido en la lucha; es necesario que la táctica de la socialdemocracia nunca se encuentre, en lo que respecta a la energía y a la precisión, por debajo del nivel de la relación de las fuerzas en acción, sino que por el contrario sobrepase ese nivel; en tal caso dicha dirección política se transformará automáticamente en cierta medida en dirección técnica. Una táctica socialista consecuente, resuelta, avanzada, provoca en las masas un sentimiento de seguridad, de confianza, de combatividad; una táctica vacilante, débil, fundada en una sobreestimación de las fuerzas del proletariado, paraliza y desorienta a las masas. En el primer caso las huelgas estallan "espontáneamente" y siempre "en el momento oportuno"; en el segundo caso será inútil que el partido llame directamente a la huelga. Todo será en vano. La revolución rusa nos ofrece ejemplos que hablan de uno y del otro caso.

347

## V

En los momentos actuales la cuestión a plantear es la siguiente: ¿en que medida todas las lecciones que se pueden extraer de la huelga general en Rusia pueden aplicarse a Alemania? Las condiciones sociales y políticas, la historia y la situación del movimiento obrero difieren enteramente en Alemania y en Rusia. A primera vista podría pensarse que las leyes internas de las huelgas de masas en Rusia, tal como las hemos expuesto más arriba, son resultado de condiciones específicamente rusas, no siendo válidas en absoluto para el proletariado alemán. En la revolución la lucha política y la lucha económica están vinculadas por relaciones muy estrechas y su unidad se revela en el periodo de las huelgas de masas. Pero, ¿no es eso una consecuencia del absolutismo ruso? En un Estado donde toda forma y manifestación del movimiento obrero están prohibidos, donde la más simple de las huelgas es un crimen, toda lucha económica se transforma necesariamente en lucha política.

Por otra parte e inversamente, si la primera explosión de la revolución implicó un ajuste de cuentas general de la clase obrera con el patronato, esto es la simple consecuencia del hecho de que hasta entonces el obrero ruso tenía el nivel de vida más bajo y jamás había llevado adelante la menor batalla económica en regla para mejorar su suerte. El proletariado ruso debía comenzar primero por salir de la más innoble condición. ¿Por qué asombramos entonces de que haya puesto en ello un ardor juvenil desde el momento en que la revolución hubo traído el primer soplo vivificador en el aire irrespirable del absolutismo? Y, finalmente, el curso tumultuoso de la huelga de masas así como su carácter elemental y espontáneo se explican en parte por la situación política atrasada de Rusia y en parte por la falta de educación y de organización del proletariado ruso. En un país donde la clase obrera posee detrás suyo treinta años de experiencia de vida política, un partido socialista con tres millones de votos y un centro de tropas sindicalmente organizadas que alcanzan un millón y cuarto, es imposible que la lucha política, que las huelgas de masas, revistan el mismo carácter tempestuoso y elemental que en un Estado semibárbaro que acaba apenas de pasar sin transición de la Edad Media al orden burgués moderno. Ésta es la idea que se hace generalmente la gente que quiere medir el grado de madurez de la situación económica de un país a partir de la letra de sus leyes escritas.

348

Examinemos los problemas separadamente. En primer lugar, es inexacto hacer remontar el principio de la lucha económica a la explosión de la

revolución. De hecho, las huelgas y los conflictos salariales no habían dejado de estar cada vez más a la orden del día, a partir del inicio de la década del 90 en Rusia propiamente dicha e incluso desde fines de los años 80 en la Polonia rusa, prácticamente habían adquirido carta de ciudadanía. Es verdad que provocaban a menudo brutales represiones policiales, sin embargo formaban parte de los hechos cotidianos. Es así como en Varsovia y en Lodz existía desde 1891 una caja mutual importante; el entusiasmo por los sindicatos hizo nacer en Polonia durante algún tiempo incluso esas ilusiones "economistas" que algunos años más tarde reinaron en San Petersburgo y en el resto de Rusia.[15]

349

De igual modo hay mucha exageración en la idea que nos hacíamos de la miseria del proletariado del imperio zarista antes de la revolución. La categoría de obrero que es actualmente la más activa y ardiente tanto en la lucha económica como en la política, la de los trabajadores de la gran industria de las grandes ciudades, tenía un nivel de existencia apenas inferior al de las categorías correspondientes del proletariado alemán; en cierto número de oficios encontramos salarios iguales e incluso superiores a los existentes en Alemania. Del mismo modo, en lo que respecta a la duración del trabajo, la diferencia entre las grandes empresas industriales de los dos países es insignificante. La idea de un pretendido ilotismo material y cultural de la clase obrera rusa no reposa sobre nada sólido. Si se reflexiona un poco es refutada por el hecho mismo de la revolución y del pajrel eminente que en ella desempeñó el proletariado. Revoluciones con semejante madurez y lucidez política no se hacen con un subproletariado miserable. Los obreros de la gran industria de San Petersburgo, de Varsovia,

---

[15] * En consecuencia, sólo por error la camarada Roland-Holst puede escribir en el prefacio de la edición rusa de su libro *Generalstreik und Sozialdemokralie* (Huelga general y socialdemocracia):

"El proletariado [de Rusia] desde los comienzos de la gran industria casi se había familiarizado con la huelga de masas por la simple razón de que bajo la opresión política del absolutismo las huelgas parciales se habían revelado como imposibles" (véase *Neue Zeit,* 1906, n. 33). Todo lo contrario fue lo que se produjo. El informante de la Unión de Sindicatos de San Petersburgo, al comienzo de su informe leído en el curso de la segunda conferencia de los sindicatos rusos en febrero de 1906, señalaba lo siguiente: "En el momento en que se reúne la presente conferencia, no tengo necesidad de hacerles notar que nuestro movimiento sindical no tiene su origen en el periodo 'liberal' del príncipe Sviatopol-Mirski [en 1904 — R.L.] como muchos tratan de hacerlo creer; de donde sí nació es del 22 de enero. El movimiento sindica] tiene raíces mucho más profundas: está indisolublemente ligado a todo el pasado de nuestro movimiento obrero. Nuestros sindicatos son sólo formas nuevas de organización que prosiguen la lucha económica que el proletariado ruso lleva adelante desde hace años. Sin profundizar más en la historia tenemos el derecho de decir que la lucha económica de los obreros de San Petersburgo reviste formas más o menos organizadas desde las memorables huelgas de 1896 y 1897. La dirección de esta lucha política corresponde a esa organización socialdemócrata que se llamó *Unión de lucha por la emancipación de la clase obrera* de San Petersburgo y que luego de la conferencia de marzo de 1898 se llamó *Comité petersburgués del partido obrero socialdemócrata de Rusia.* Se creó un sistema complicado de organizaciones en las fábricas, los distritos y los barrios con innumerables hilos que vinculaban al organismo central con las masas obreras y permitían responder por medio de carteles a todas las necesidades de la clase obrera. De este modo estaba dada la posibilidad de apoyar y dirigir las huelgas."

de Moscú y de Odesa que encabezaban el combate, están mucho más próximos del tipo occidental en el plano cultural e intelectual de lo que se imaginan los que consideran al parlamentarismo burgués y a la práctica sindical regular como la única e indispensable escuela del proletariado. El desarrollo industrial moderno de Rusia y la influencia de quince años de socialdemocracia dirigiendo y animando la lucha económica han logrado, incluso en ausencia de garantías exteriores del orden legal burgués, un trabajo civilizador importante.

Pero las diferencias se atenúan también si condideramos el otro aspecto de la cuestión y examinamos de más cerca el nivel de vida real de la clase obrera alemana. Las grandes huelgas de masas políticas agitaron violentamente, desde el primer instante, a las capas más amplias del proletariado ruso que se lanzó enardecidamente a la batalla económica. ¿Pero acaso no existen en Alemania en el seno de la clase obrera categorías que viven en una oscuridad que la bienhechora luz del sindicato apenas ha iluminado, categorías que se esforzaron muy poco o que trataron sin éxito, de salir de su ilotismo social llevando adelante, cotidianamente, la lucha por los salarios? Tomemos el ejemplo de la miseria de los míneroj; inclusive en el apacible trajín cotidiano, en la fría atmósfera de la rutina parlamentaria alemana —como en los otros países, por otra parte, hasta en Inglaterra, paraíso de los sindicatos— la lucha de los mineros sólo se manifiesta a través de impulsos, fuertes erupciones, huelgas de masas que tienen el carácter de fuerzas elementales. Ésta es la prueba de que la oposición entre el capital y el trabajo está demasiado exacerbada, es demasiado violenta como para permitir la disgregación en luchas sindicales, apacibles y metódicas. Pero esta miseria obrera de carácter eruptivo, que incluso en tiempos normales constituye un crisol de tempestades de donde parten las sacudidas violentas, debería desatar inmediata e inevitablemente un conflicto político y económico brutal con motivo de cada acción política de masas en Alemania, de todo choque un poco violento que agite momentáneamente el equilibrio social normal.

350

Tomemos el ejemplo de la miseria de los *obreros textiles;* aquí también la lucha económica se manifiesta por medio de explosiones exasperadas y la mayoría de las veces inútiles, que inquietan al país cada dos o tres años y que sólo dan una pálida idea de la violencia explosiva con la que la enorme masa concentrada de los esclavos de la gran industria textil cartelizada reaccionaría en el momento de un sacudimiento político proveniente de una poderosa acción de masas del proletariado alemán.

Consideremos luego la miseria de los trabajadores a domicilio, la de los obreros de la confección, de la electricidad, verdaderos centros eruptivos donde al menor signo de crisis política estallarían conflictos económicos

violentos, agravados por el hecho de que el proletariado se embarca aquí muy raramente en la batalla en tiempos de paz social, que su lucha es cada vez más inútil y que el capital lo obliga cada vez más brutalmente a inclinarse apretando los dientes bajo su yugo.

Veamos ahora a las grandes categorías del proletariado que en general, en tiempos "normales", no poseen ningún medio para llevar adelante una lucha económica pacífica por mejorar su condición y están privados de todo derecho a la sindicalización. Citemos como primer ejemplo la miseria evidente de los empleados de los *ferrocarriles y de correos.* Estos obreros del Estado están en Alemania, en pleno país de legalidad parlamentaria, en la misma situación que los empleados rusos todavía antes de la revolución, cuando reinaba un absolutismo sin trabas. Desde la gran huelga de octubre de 1905 la situación del ferroviario ruso, en un país donde reinaba todavía formalmente el absolutismo, estaba a cien pies por encima de la del ferroviario alemán en lo que concierne a su libertad de movimiento económico y social. Los ferroviarios y los carteros rusos conquistaron de hecho el derecho a sindicalizarse en plena tormenta revolucionaria, por así decirlo, e incluso si momentáneamente llueven procesos sobre procesos y despidos sobre despidos, nada puede destruir su solidaridad interna. Sin embargo, suponer como lo hace toda la reacción en Alemania, que la obediencia incondicional de los ferroviarios y carteros alemanes durará eternamente, que es roca inamovible, sería hacer un cálculo psicológico enteramente falso. Es verdad que los dirigentes sindicales alemanes están tan acostumbrados a la situación existente que descontentos de soportar sin emoción esta vergüenza sin ejemplo en Europa, pueden contemplar con alguna satisfacción los progresos de la lucha sindical en su país; aunque si hay un levantamiento general del proletariado industrial, la cólera sorda y amasada durante largo tiempo en el corazón de esos esclavos con uniforme del Estado estallará inevitablemente. Y cuando la vanguardia del proletariado, los obreros industriales, quieran conquistar nuevos derechos políticos o defender los antiguos, el gran ejército de los ferroviarios y carteros tomará necesariamente conciencia de la vergüenza de su situación, y terminará por sublevarse para librarse de esa parte de absolutismo ruso que se ha creado especialmente para ellos en Alemania, La teoría pedante que pretende hacer desarrollar los grandes movimientos populares según esquemas y recetas, ve en la conquista del derecho a la sindicalización por parte de los ferroviarios, una *condición previa* sin la cual es imposible "imaginar" siquiera una huelga de masas. El curso verdadero y natural de los acontecimientos sólo puede ser el inverso: únicamente por medio de una acción de masas vigorosa y espontánea podrá ser conquistado el derecho a la sindicalización para los carteros y ferroviarios alemanes, y este problema

insoluble dentro de la situación actual de Alemania encontrará súbitamente su solución y su realización bajo el efecto y la presión de una acción general del proletariado.

351 Y finalmente la más grande e impresionante de las miserias: las de los *obreros agrícolas.* Dado el carácter específico de la economía inglesa y del escaso papel desempeñado por la agricultura en el conjunto de la economía nacional, se puede comprender que los sindicatos estén organizados pensando exclusivamente en los obreros industriales. En Alemania una organización sindical por maravillosamente desarrollada que esté, si abarca únicamente a los obreros industriales sería inaccesible al inmenso ejército de los obreros agrícolas y sólo daría una imagen débil y parcial de la condición proletaria en su conjunto. Pero por otra parte sería igualmente peligroso caer en la ilusión de que las condiciones en el campo son inmutables y eternas e ignorar que el trabajo infatigable llevado a cabo por la socialdemocracia y más aún por toda la política en Alemania no cesa de minar la pasividad aparente del obrero agrícola; sería un error pensar que en caso de que el proletariado alemán emprendiera una gran acción de clase, cualquiera sea su objetivo, el proletariado agrícola se mantendría fuera. Ahora bien, la participación de los obreros sólo puede manifestarse inicialmente por una lucha económica tempestuosa, por medio de potentes huelgas de masas.

De este modo tenemos una imagen por completo diferente de la pretendida superioridad económica del proletariado alemán con relación al proletariado ruso, si dejando de lado la lista de profesiones industriales o artesanales sindicalmente organizadas consideramos las grandes categorías de obreros que se encuentran al margen de la lucha sindical, o cuya situación económica particular no puede entrar en el estrecho marco de la lucha sindical cotidiana. Pero incluso si miramos hacia la vanguardia organizada del proletariado industrial alemán y si por otra parte observamos el espíritu de los objetivos económicos perseguidos actualmente por los obreros rusos, comprobamos que no se trata en modo alguno de combates que los más antiguos sindicatos alemanes puedan permitirse despreciar como anacrónicos. Así ocurre con la reivindicación principal de las huelgas rusas a partir del 22 de enero de 1905: la jomada de ocho horas no es en absoluto un objetivo superado por el proletariado alemán; todo lo contrario, en la mayoría de los casos aparece como un bello ideal lejano. Otro tanto puede decirse de la “situación del patrón amo en su casa”, de la lucha por la introducción de comités obreros en todas las fábricas, la supresión del trabajo a destajo, del trabajo artesanal a domicilio, del respeto absoluto al reposo dominical, del reconocimiento del derecho a sindicalizarse.

352 Observados de cerca todos los objetivos económicos que el proletariado

ruso coloca al orden del día de la revolución tienen también la mayor actualidad para el proletariado alemán y rozan los puntos dolorosos de la condición obrera. Como resultado de estas reflexiones tenemos en principio como conclusión que la huelga de masas puramente política, tema preferido de todas las discusiones, es también para Alemania un simple esquema teórico sin vida. Si las huelgas de masas nacen de una gran fermentación revolucionaría y se transforman naturalmente en luchas políticas resueltas del proletariado urbano, cederán con la misma naturalidad el lugar a todo un periodo de luchas económicas elementales, tal como ha ocurrido en Rusia. Los temores de los dirigentes sindicales que temen que en un periodo de luchas políticas tempestuosas, en un periodo de huelgas de masas, la batalla por los objetivos económicos pueda ser apartada o ahogada, reposan sobre una concepción totalmente escolástica y gratuita del desarrollo de los acontecimientos y por el contrario incluso en Alemania un periodo revolucionario más bien transformaría el carácter de la batalla económica e intensificaría ésta a un punto tal que la pequeña guerrilla sindical actual aparecería en comparación como un juego de niños. Y por otra parte, esta explosión elemental de huelgas de masas económicas daría a la lucha política un nuevo impulso y fuerzas frescas. La interacción entre la lucha económica y la lucha política, que constituye hoy el motor interno de las huelgas de masas en Rusia, y al mismo tiempo el mecanismo regulador de la acción revolucionaria del proletariado, se produciría igualmente en Alemania como una consecuencia natural de la situación.

## VI

Dentro de esta perspectiva, el problema de la organización en sus relaciones con la huelga de masas adopta en Alemania un aspecto totalmente distinto.

La posición adoptada por numerosos dirigentes sindicales sobre este problema se limita la mayoría de las veces a la siguiente afirmación: “No somos aún lo suficientemente fuertes como para arriesgar una prueba de fuerza tan temeraria como la huelga de masas.” Ahora bien, esta posición es indefendible puesto que constituye un problema irresoluble el hecho de querer apreciar en frío, por medio de un cálculo aritmético, en qué momento el proletariado seria lo “bastante fuerte” como para emprender cualquier lucha.

353

Hace treinta años los sindicatos alemanes contaban con 50.000 miembros, cifra que de acuerdo con los criterios establecidos más arriba no permitía imaginar siquiera una huelga de masas. Quince años más tarde los

sindicatos eran ocho veces más poderosos ya que contaban con 237.000 miembros. Sin embargo, si en esa época se hubiese preguntado a los actuales dirigentes si la organización del proletariado tenía la madurez necesaria como para emprender una huelga de masas seguramente habrían respondido que se estaba lejos de ello, que la organización sindical debería primero reagrupar millones de adherentes. Al presente contamos con más de un millón de afiliados, pero la opinión de los dirigentes es siempre la misma y esto podría durar indefinidamente. Dicha actitud se funda sobre el postulado implícito de que la clase obrera en su totalidad, hasta el último hombre, hasta la última mujer, debe entrar en la organización antes de que seamos lo "suficientemente poderosos" como para arriesgar una acción de masas, la cual se revelaría según la vieja fórmula probablemente como superflua. Pero esta teoría es perfectamente utópica por la simple razón de que sufre de una contradicción interna, de que se mueve en un círculo vicioso. Cualquier forma directa de lucha de clases estaría sometida a la condición de una organización total de los trabajadores. Pero las circunstancias y las condiciones de la evolución capitalista y del Estado burgués hacen que en una situación "normal", sin luchas de clases violentas, ciertas categorías —y de hecho se trata precisamente del grueso de las tropas, las categorías más importantes, las más miserables, las más aplastadas por el Estado y por el capital— no puedan en absoluto estar organizadas. De este modo comprobamos que incluso en Inglaterra un siglo entero de trabajo sindical infatigable, sin todos esos "disturbios" —excepto al principio del periodo del cartismo—, sin todas las desviaciones y las tentaciones del "romanticismo revolucionario", sólo ha logrado organizar una minoría entre las categorías privilegiadas del proletariado.

Pero por otra parte los sindicatos, al igual que las demás organizaciones de combate del proletariado, no pueden a la larga mantenerse sino por medio de la lucha, y una lucha que no es solamente la pequeña guerra de ranas y ratones en las aguas estancadas del parlamentarismo burgués, sino un periodo revolucionario de luchas violentas de masas. La concepción rígida y mecánica de la burocracia sólo admite la lucha como resultado de la organización que ha llegado a un cierto grado de fuerza. La evolución dialéctica viva, por el contrario, hace nacer a la organización como producto de la lucha. Hemos visto ya un magnífico ejemplo de ese fenómeno en Rusia, donde un proletariado casi inorgánico comenzó a crear en un año y medio de luchas revolucionarias tumultuosas una vasta red de organizaciones. Otro ejemplo de este orden nos es proporcionado por la propia historia de los sindicatos alemanes. En 1878 los sindicatos contaban con 50.000 miembros. Ya vimos que según la teoría de los dirigentes sindicales actuales esta organización no era lo "suficientemente poderosa"

como para embarcarse en una lucha política violenta.

354 Sin embargo, los sindicatos alemanes no obstante su debilidad se embarcaron en la lucha (me refiero a la lucha contra la ley de excepción)[16] y revelaron ser lo "suficientemente poderosos" como para salir vencedores quintuplicando su potencia. Luego de la supresión de la ley, en 1891, contaban con 227.659 adherentes. A decir verdad el método gracias al cual lograron la victoria contra la ley de excepción no corresponde para nada al ideal de un trabajo apacible y paciente de hormiga; todos comenzaron por hundirse en la batalla para subir y renacer luego con la próxima ola. Ahora bien, éste es el método específico precisamente de crecimiento de las organizaciones proletarias: prueban sus fuerzas en la batalla y salen renovadas de ellas. Examinando con más detenimiento las condiciones alemanas y la situación de las diversas categorías de obreros, se ve claramente que el próximo periodo de luchas de masas políticas y violentas implicaría para los sindicatos no la amenza del desastre que se teme sino, por el contrario, la perspectiva nueva e insospechada de una extensión de su esfera de influencia por medio de saltos rápidos. Pero este problema tiene todavía otros aspectos. El plan que consistiría en emprender una huelga de masas a título de acción política de clase importante con la única ayuda de los obreros organizados es absolutamente ilusorio. Para que la huelga, o más bien las huelgas de masas, para que la lucha se vea coronada por el éxito, debe convertirse en un verdadero movimiento popular, es decir, arrastrar a la batalla a las capas más amplias del proletariado. Incluso en el plano parlamentario, la potencia de la lucha de clases proletaria no se apoya sobre un pequeño grupo organizado, sino sobre la vasta periferia del proletariado animado por simpatías revolucionarias. Si la socialdemocracia quisiera llevar adelante la batalla electoral con el único apoyo de algunos centenares de afiliados se condenaría a sí misma al aniquilamiento. Aunque la socialdemocracia desee hacer entrar en sus organizaciones a casi todo el contingente de sus electores, la experiencia de treinta años demuestra que el electorado del socialismo no aumenta en función del crecimiento del partido sino a la inversa, que las capas obreras recientemente conquistadas en el curso de la batalla electoral constituyen el terreno que será luego fecundado por la organización. Aquí también no es sólo la organización la que proporciona las tropas combatientes, sino la batalla la que proporciona en una medida mucho más amplia los contingentes para la organización. Evidentemente esto es mucho más valedero para la acción de masas política que para la lucha parlamentaria. Aunque la socialdemocracia, como núcleo

[16] La ley de excepción contra los socialistas que Bismarck logró hacer votar por el Reichstag en 1878 y hacer renovar hasta 1890, prohibía la existencia del partido socialdemócrata. Muchos de los dirigentes emigraron, en particular a Suiza, donde hicieron aparecer el periódico *Der Sozialdemokrat.*

organizado de la clase obrera, sea la vanguardia de toda la masa de los trabajadores, y aunque el movimiento obrero extraiga su fuerza, su unidad, su conciencia política de esta misma organización, el movimiento proletario no puede ser concebido jamás como el movimiento de una minoría organizada.

355

Toda verdadera gran lucha de clases debe fundarse en el apoyo y la colaboración de las más amplias capas, una estrategia que no tomara en cuenta esta colaboración, que sólo pensara en los desfiles bien ordenados de la pequeña parte del proletariado reclutado en sus filas, se vería condenada a un lamentable fracaso. En Alemania las huelgas y las acciones políticas de masas no pueden ser dirigidas solamente por los militantes organizados, ni organizadas o "comandadas" por un estado mayor que emane de un organismo central del partido. Como en Rusia, lo que se necesita en semejante eventualidad es menos una "disciplina". una "educación política", una evaluación tan precisa como sea posible de los gastos y los subsidios, que una acción de clase resuelta y verdaderamente revolucionaria, capaz de interesar y de arrastrar a capas más amplias de las masas proletarias desorganizadas, pero revolucionarias por sus simpatías y su condición. La sobreestimación o la falsa apreciación del papel de la organización en la lucha de clases del proletariado está vinculada generalmente a una subestimación de la masa de los proletarios desorganizados y de su madurez política. Sólo en un periodo revolucionario, en medio de la efervescencia de las grandes luchas tumultuosas de clase es donde se manifiesta el papel educador de la evolución rápida del capitalismo y de la influencia socialista sobre las amplias capas populares; en tiempos normales las estadísticas de las organizaciones o incluso las estadísticas electorales sólo dan una idea extremadamente pobre de esta influencia.

Hemos visto que en Rusia, desde hace más o menos dos años, el menor conflicto limitado de los obreros con el patrono, la menor brutalidad por parte de las autoridades gubernamentales locales, pueden engendrar inmediatamente una acción general del proletariado. Todo el mundo se da cuenta de ello y lo encuentra normal porque en Rusia precisamente está "la revolución". ¿Pero qué se quiere decir con esto? Se quiere decir que el sentimiento, el instinto de clase es tan vivo en el proletariado ruso que todo problema parcial que afecte a un grupo restringido de obreros le concierne directamente como un problema general, como un asunto de clase, y reacciona inmediatamente en su conjunto. Mientras que en Alemania, en Francia, en Italia, en Holanda, los conflictos sindicales más violentos no dan lugar a ninguna acción general del proletariado —ni siquiera de su núcleo organizado—, en Rusia el menor incidente desencadena una tempestad

violenta. Pero esto sólo significa una cosa: por paradojal que pueda parecer el instinto de clase del proletariado ruso muy joven, no educado, poco esclarecido y aún menos organizado, es infinitamente más vigoroso que el de la clase obrera organizada, educada y esclarecida de Alemania o de cualquier otro país de Europa occidental. Esto no es para ponerlo en la cuenta de no se qué virtud del "Oriente joven y virgen" por oposición con el "Occidente podrido", sino que se trata muy simplemente del resultado de la acción revolucionaria directa de las masas.

356

En el obrero alemán esclarecido la conciencia de clase inculcada por la socialdemocracia es una conciencia *teórica, latente:* en el periodo de la dominación del parlamentarismo burgués no tiene en general ocasión de manifestarse por una acción de masas directa; es la suma ideal de las cuatrocientas acciones paralelas de las circunscripciones durante la lucha electoral, de los numerosos conflictos económicos parciales, etcétera. En la revolución, donde la propia masa aparece en la escena política, la conciencia de clase se vuelve conciencia *practica y activa.* De este modo un año de revolución ha dado al proletariado ruso esa "educación" que treinta años de luchas parlamentarias y sindicales no pueden dar artificialmente al proletariado alemán. Ciertamente, este instinto de clase viviente y activo que anima al proletariado disminuirá sensiblemente incluso en Rusia una vez cerrado el periodo revolucionario y una vez instituido el régimen parlamentario burgués legal, o al menos se transformará en una conciencia escondida y latente. Pero inversamente no es menos cierto que en Alemania, en un periodo de acciones políticas enérgicas, un vivo instinto de clase revolucionario, ávido por actuar, se apoderará de las capas más amplias y profundas del proletariado; esto se hará con tanta más fuerza y tanto más rápidamente cuanto más poderosa haya sido la influencia educadora de la socialdemocracia. Esa obra educadora, así como la acción estimulante revolucionaria de la política alemana actual, se manifestarán en los siguientes: en un periodo revolucionario auténtico la masa de todos los que en la actualidad se encuentran en un estado de apatía política aparente y son insensibles a todos los esfuerzos de los sindicatos y del partido para organizados se enrolará en las filas de la socialdemocracia. Seis meses de revolución harán más por las masas actualmente desorganizadas que diez años de reuniones públicas y de distribución de panfletos. Y cuando la situación en Alemania haya alcanzado el grado de madurez necesario para un periodo semejante, las categorías que están hoy más atrasadas y desorganizadas, constituirán naturalmente el elemento más radical en la lucha, el más fogoso, y no el más pasivo. Si se producen huelgas de masas en Alemania, quienes desplegarán la mayor capacidad de acción no serán los obreros mejor organizados —no ciertamente los obreros gráficos— sino los

obreros menos organizados o incluso desorganizados tales como los mineros, los obreros textiles o también los obreros agrícolas.

De este modo arribamos a las mismas conclusiones para Alemania, en lo que concierne al papel a desempeñar por la "dirección" de la socialdemocracia en relación a las huelgas de masas, que para el análisis de los acontecimientos en Rusia. En efecto, dejemos de lado la teoría pedante de una huelga demostrativa montada artificialmente por el partido y los sindicatos y ejecutada por una minoría organizada y consideremos el cuadro vivo de un verdadero movimiento popular surgido de la exasperación de los conflictos de clase y de la situación política que explota con la violencia de una fuerza elemental en conflictos tanto económico; como políticos y en huelgas de masas. La tarea de la socialdemocracia consistirá entonces no en la preparación o la dirección técnica de la huelga, sino en la dirección política del conjunto del movimiento.

357

La socialdemocracia es la vanguardia más esclarecida y consciente del proletariado. No puede ni debe esperar con fatalismo, con los brazos cruzados, que se produzca una "situación revolucionaria" ni que el movimiento popular espontáneo caiga del ciclo. Por el contrario, tiene el deber como siempre de *adelantarse* al curso de los acontecimientos, de buscar precipitarlos. No lo logrará lanzando al azar y no importa en qué momento, oportuno o no, la consigna de la huelga, sino más bien haciendo comprender a las capas más amplias del proletariado que la llegada de un periodo semejante es *inevitable,* explicándoles las *condiciones sociales* internas que conducen a ello así como sus *consecuencias políticas.* Para arrastrar a las capas más amplias del proletariado a una acción política de masas de la socialdemocracia y para que, inversamente, en caso de un movimiento de masas la socialdemocracia asuma y mantenga la dirección efectiva, que domine *en sentido político* a todo el movimiento, es necesario que ella, en el periodo de las luchas futuras, sepa fijar con claridad, coherencia y resolución absolutas la *táctica* y las *metas* del proletariado alemán.

## VII

Hemos visto que en Rusia la huelga de masas no es el producto artificial de una táctica impuesta por la socialdemocracia, sino un fenómeno histórico natural nacido sobre el suelo de la revolución actual. Ahora bien, ¿cuáles son los factores que provocaron esta nueva forma de encarnación: la revolución? La revolución rusa tiene como primera tarca la abolición del absolutismo y el establecimiento de un Estado moderno legal con régimen

parlamentario burgués. Formalmente es la misma tarea que se había propuesto la revolución de marzo de 1848 en Alemania y la gran revolución burguesa francesa de fines del siglo XVIII. Pero estas revoluciones, que presentan analogías formales con la revolución actual, tuvieron lugar en condiciones y en un clima histórico totalmente diferentes de los de la Rusia actual. La diferencia esencial es la siguiente: entre estas revoluciones burguesas de Occidente y la revolución burguesa actual en Oriente se expandió todo el ciclo del desarrollo capitalista. El capitalismo no afectó solamente a los países de Europa occidental, sino igualmente a la Rusia absolutista. La gran industria, con todas sus secuelas, se convirtió en el modo de producción dominante en Rusia, es decir decisivo para la evolución social: la división moderna de las clases y las contradicciones sociales acentuadas, la vida de las grandes ciudades y el proletariado moderno. Pero he aquí que de ello resultó una situación histórica extraña y llena de contradicciones.

358

Por sus objetivos formales la revolución burguesa es llevada adelante en principio por un proletariado moderno, con una conciencia de clase desarrollada, en un medio internacional colocado bajo el signo de la decadencia burguesa. Al presente el elemento motor en las revoluciones occidentales no es, como ocurría anteriormente, la burguesía —la masa proletaria estaba por ese entonces perdida en el seno de la pequeña burguesía y servía de fuerza de maniobra a las clases dominantes. Hoy es el proletariado consciente el que constituye el elemento activo y dirigente, mientras que las capas de la gran burguesía se muestran ya sea abiertamente contrarrevolucionarias, ya sea moderadamente liberales, y sólo la pequeña burguesía rural y la intelligentzia pequeñoburguesa de las ciudades tienen una actitud francamente opositora, incluso revolucionaria. Pero el proletariado ruso, llamado a desempeñar de este modo un papel dirigente en la revolución burguesa, emprende la lucha en el momento en que la oposición entre el capital y el trabajo es particularmente tajante, y cuando está liberado de las ilusiones de la democracia burguesa, cuando posee en cambio una conciencia aguda de sus intereses específicos de clase. Esta situación contradictoria se manifiesta por el hecho de que en esta revolución formalmente burguesa el conflicto entre la sociedad burguesa y el absolutismo está dominado por el conflicto entre el proletariado y la sociedad burguesa, de que el proletariado lucha a la vez contra el absolutismo y la explotación capitalista, de que la lucha revolucionaria tiene por objeto a la vez la libertad política y la conquista de la jomada de ocho horas así como un nivel material de existencia conveniente para el proletariado. Ese doble carácter de la revolución rusa se manifiesta en esa vinculación e interacción estrecha entre la lucha económica y la lucha

política, que los acontecimientos de Rusia nos hicieron conocer y que se expresan precisamente en la huelga de masas. En las revoluciones burguesas anteriores eran los partidos burgueses los que tomaron a su cargo la educación política y la dirección de la masa revolucionaria, pero sólo se trataba de derribar al gobierno anterior. El combate de barricadas, de corta duración, era por ese entonces la forma más apropiada de lucha revolucionaria. En el presente la clase obrera está obligada a educarse, reunirse y dirigirse a sí misma en el curso de la lucha y de este modo la revolución está orientada tanto contra la explotación capitalista como contra el régimen de Estado anterior. La huelga de masas aparece así como el medio natural de reclutar, organizar y preparar para la revolución a las más amplias capas proletarias, y es al mismo tiempo un medio de minar y abatir el Estado anterior o de contener la explotación capitalista. El proletariado industrial urbano es en el presente el alma de la revolución en Rusia. Pero para llevar a cabo una acción política de masas es necesario primero que el proletariado se reúna en masa; para ello es menester que salga de las fábricas y de los talleres, de las minas y de los altos hornos y que supere esa dispersión y derroche de fuerzas a que lo condena el yugo capitalista. La huelga de masas es, por consiguiente, la forma natural y espontánea de toda gran acción revolucionaria del proletariado en la revolución; cuanto más importante se vuelve la industria como forma predominante de la economía de una sociedad, mayor es el papel desempeñado por el proletariado en la revolución, más exasperada es la oposición entre el capital y el trabajo y mayor importancia y amplitud tienen necesariamente las huelgas de masas. La precedente forma básica de las revoluciones burguesas, la lucha de barricadas, el enfrentamiento directo con el poder armado del Estado es en la revolución moderna un mero punto exterior, un momento solamente de todo el proceso de la lucha de masas proletaria.

359 De este modo la nueva forma de la revolución ha permitido alcanzar ese estadio “civilizado” y “atenuado” de las luchas de clase profetizado por los oportunistas de la socialdemocracia alemana, los Bernstein, los David[17] y secuaces. A decir verdad imaginaban esta lucha de clases “atenuada”, “civilizada” según sus deseos, a través de las ilusiones pequeñoburguesas y democráticas: creían que la lucha de clases se limitaría exclusivamente a la batalla parlamentaria y que la revolución —en el sentido de combates callejeros— sería simplemente suprimida. La historia ha resuelto el problema a su manera, que es a la vez la más profunda y la más sutil: hizo

[17] Eduard David, político alemán (1863-1930), diputado socialista al Reichstag, autor de un proyecto de programa agrario (1895) rechazado por el partido: teórico reformista, partidario de la pequeña propiedad campesina.

surgir la huelga de masas que ciertamente no remplaza ni torna superfluos los enfrentamientos directos y brutales en la calle, sino que los reduce a un simple momento en el largo periodo de luchas políticas y al mismo tiempo vincula a la revolución con un trabajo gigantesco de civilización en el sentido estricto del término: la elevación material e intelectual del conjunto de la clase obrera, "civilizando" las formas bárbaras de la explotación capitalista.

La huelga de masas aparece de ese modo no como un producto específicamente ruso generado por el absolutismo, sino como una forma universal de la lucha de clases proletaria determinada por el estadio actual del desarrollo capitalista y de las relaciones de clase. Las tres revoluciones burguesas: la francesa de 1789, la alemana de marzo de 1848 y la actual revolución rusa constituyen desde este punto de vista una cadena de evolución continua: reflejan la grandeza y la decadencia del siglo capitalista. En la gran revolución francesa, los conflictos internos de la sociedad burguesa todavía latentes ceden el lugar a un largo periodo de luchas brutales donde todas las oposiciones brotan y maduran al calor de la revolución y estallan con tina violencia extrema y sin ninguna traba.

360

Medio siglo más tarde la revolución burguesa alemana, que se produce a mitad de camino de la evolución capitalista, es detenida por la oposición de los intereses y el equilibrio de fuerzas entre el capital y el trabajo, ahogada por un compromiso entre feudalismo y burguesía, reducida a un breve y lastimoso interludio, rápidamente amordazada. Pasa otro medio siglo y la revolución rusa actual estalla en un punto de la evolución histórica situado ya sobre la otra vertiente de la montaña, más allá del apogeo de la sociedad capitalista. La revolución burguesa ya no puede ser ahogada por la oposición entre burguesía y proletariado, por el contrario se extiende durante un largo periodo de conflictos sociales violentos que hacen aparecer los viejos ajustes de cuentas con el absolutismo como irrisorios comparados a los nuevos exigidos por la revolución. La revolución de hoy realiza los resultados del desarrollo capitalista internacional en este caso particular de la Rusia absolutista; aparece menos como la heredera de las viejas revoluciones burguesas que como la precursora de una nueva serie de revoluciones proletarias. El país más atrasado, precisamente porque tiene un retardo imperdonable en la tarea de cumplir la revolución burguesa, muestra al proletariado de Alemania y de los países más avanzados las vías y los métodos de la lucha de clases futura. Incluso desde este punto de vista, es completamente erróneo considerar de lejos a la revolución rusa como un espectáculo grandioso, como algo específicamente ruso, contentándose con admirar el heroísmo de los combatientes, dicho de otro modo, los accesorios exteriores de la batalla. Por el contrario, es importante que los obreros alemanes aprendan a mirar la revolución rusa como *algo que les*

*concierne directamente:* no basta con que experimenten una solidaridad internacional con el proletariado ruso, deben considerar a esta revolución como un *capitulo de su propia historia social y política.* Los dirigentes y los parlamentarios que piensan que el proletariado alemán es "demasiado débil" y la situación en Alemania poco madura para las luchas revolucionarias de masa no sospechan que lo que refleja el grado de madurez de la situación de clase y la potencia del proletariado en Alemania, no son las estadísticas de los sindicatos ni las estadísticas electorales, sino los acontecimientos de la revolución rusa. El grado de madurez de las luchas de clases en Francia bajo la monarquía de julio y las batallas de julio en París se midió en la revolución de marzo de 1848 en Alemania, en su evolución y en su fracaso. Asimismo hoy la madurez de las oposiciones de clase en Alemania se refleja en los acontecimientos y el poder de la revolución rusa. Los burócratas registran los cajones de sus escritorios para encontrar la prueba del poder y de la madurez del movimiento obrero alemán sin ver que lo que buscan está delante de sus ojos, en una gran revelación histórica. Porque históricamente la revolución rusa es un reflejo de la potencia y de la madurez del movimiento obrero internacional y antes que nada del movimiento alemán. Se reduciría la revolución rusa a un resultado muy pequeño, grotescamente mezquino, si se extrajera de ella para el proletariado alemán la simple lección que extraen los camaradas Frohme, Elm[18] y otros: pedir prestada a la revolución rusa la forma exterior de la lucha, la huelga de masas, y guardarla en el arsenal de reserva para el caso de que se suprima el sufragio universal; dicho de otro modo, reducirla al papel pasivo de un arma de defensa para el parlamentarismo.[19] Si nos quitan el derecho de sufragio en el Reichstag, nos defenderemos. Éste es un principio que no se discute.

361

Pero para mantener este principio, es inútil adoptar la pose heroica de un Dantón, como lo hizo el camarada Elm en el Congreso de Jena; la defensa de los derechos parlamentarios modestos que poseemos ya no es una innovación sublime que reclame las terribles hecatombes de la revolución rusa para alentar su aplicación. Pero la política del proletariado en el periodo revolucionario no debe reducirse en ningún caso a una simple actitud defensiva. Sin duda es difícil prever con certeza si la abolición del sufragio universal en Alemania conducirá a una situación que provoque inmediatamente una huelga de masas; por otra parte, es verdad que una vez que Alemania entre en un periodo de' huelgas de masas le sería

[18] Frohme, socialista sindicalista (federación de la construcción). Elm, uno de los pioneros del movimiento cooperativista. Sindicalista y defensor de la autonomía de los sindicatos frente al partido.

[19] A comienzos del siglo se temía la supresión del sufragio universal para las elecciones al Reichstag, con el propósito de impedir el impetuoso avance socialista. En realidad, esto ocurrió sólo en los parlamentos locales (Landtag), donde existía un sistema de sufragio calificado.

imposible a la socialdemocracia detener su táctica en una simple defensa de los derechos parlamentarios. Está fuera del alcance de la socialdemocracia el determinar por adelantado la ocasión y el momento en que se desencadenarán las huelgas de masas, porque está fuera de su alcance el hacer nacer situaciones por medio de simples resoluciones de congreso. Pero lo que si está a su alcance y constituye su deber es precisar la orientación política de esas luchas cuando se producen y traducirla en una táctica resuelta y consecuente. No se pueden dirigir a voluntad los acontecimientos históricos imponiéndoles reglas, pero se pueden calcular por adelantado sus consecuencias probables y regular acorde con ellas la propia conducta.

El peligro más inminente que acecha al movimiento obrero alemán desde hace años es el de un golpe de Estado de la reacción, que pretendería privar a las masas populares más amplias de su derecho político más importante, a saber, el sufragio universal para las elecciones del Reichstag. A pesar de los alcances inmensos que tendría un acontecimiento semejante, es imposible predecir con certeza, repitámoslo, que habrá inmediatamente una respuesta popular directa a ese golpe de Estado, bajo la forma de una huelga de masas. Hoy ignoramos, en efecto, la infinidad de circunstancias y de factores que en un movimiento de masas contribuyen a determinar la situación. Sin embargo, si se considera la exasperación de los antagonismos de clases en Alemania y por otra parte las consecuencias internacionales múltiples de la revolución rusa, así como una Rusia renovada en el futuro, es evidente que el trastorno político que provocaría en Alemania la abolición del sufragio universal no se atrincheraría sólo en la defensa de ese derecho. Un golpe de Estado semejante desencadenaría inevitablemente en un lapso más o menos largo una expresión elemental de cólera: una vez despiertas las masas populares ajustarían todas sus cuentas políticas con la reacción, se levantarían contra el precio usurario del pan, contra el encarecimiento artificial de la carne, de las cargas impuestas por los gastos ilimitados del militarismo y del “marinismo”, la corrupción de la política colonial, la vergüenza nacional del proceso de Koenisberg, la detención de las reformas sociales; contra las medidas que apuntan a la privación de los derechos a los ferroviarios, los empleados de correos y los obreros agrícolas; contra las medidas represivas tomadas con los mineros, contra el juicio de Löbtau y toda justicia clasista, contra el sistema brutal del lock-out —en resumen, contra toda la opresión ejercida desde hace veinte años por el poder coaligado de los terratenientes de Prusia oriental y del gran capital de los cartels.

362

Una vez que la bola de nieve se pone a rodar no puede detenerse, lo quiera o no la socialdemocracia. Los adversarios de la huelga de masas

niegan la lección y el ejemplo de la revolución rusa como inaplicables a Alemania, bajo el pretexto de que en Rusia era necesario primero saltar sin transición de un régimen de despotismo oriental a un orden legal burgués moderno. Esta separación formal entre el régimen político antiguo y el moderno sería suficiente para explicar la vehemencia y la violencia de la revolución rusa. En Alemania poseemos desde hace largo tiempo las formas y las garantías de un régimen de Estado fundado sobre el derecho; es por ello que un desencadenamiento tan elemental de conflictos sociales es imposible a sus ojos. Los que así razonan olvidan que en cambio en Alemania, una vez iniciadas las luchas políticas, el objetivo histórico será totalmente distinto al de la Rusia de hoy. Es justamente porque en Alemania el régimen constitucional existe desde hace mucho y tuvo el tiempo de agotarse y de llegar a su declinación, porque la democracia burguesa y el liberalismo han llegado a su término, que ya no puede plantearse más la revolución *burguesa* en Alemania. Un periodo de luchas políticas abiertas tendría necesariamente en Alemania como único objetivo histórico la *dictadura del proletariado.* Pero la distancia que separa la situación actual en Alemania de ese objetivo es todavía mucho mayor que la que separa el régimen legal burgués del régimen del despotismo oriental. Es por eso que el objetivo no puede ser logrado de una sola vez; sólo puede ser realizado luego de un largo periodo de conflictos sociales gigantescos.

363 Pero, ¿no hay contradicciones flagrantes en las perspectivas que abrimos? Por una parte afirmamos que en el curso de un eventual periodo de acciones de masa futuras, quienes comenzarán por obtener el derecho de coalición serán al principio las capas sociales más atrasadas de Alemania, los obreros agrícolas, los empleados de ferrocarril y de correos y afirmamos también que será necesario suprimir primero los excesos más odiosos de la explotación capitalista; por otra parte, el objetivo político de este periodo sería ya la conquista del poder político por el proletariado. Por un lado se trataría de reivindicaciones económicas y sindicales teniendo en cuenta intereses inmediatos, y por el otro del objetivo final de la socialdemocracia. Ciertamente, tenemos aquí contradicciones flagrantes pero que no surgen de nuestra lógica sino de la evolución del capitalismo. El capitalismo no evoluciona siguiendo una hermosa línea recta, sigue un recorrido caprichoso y lleno de bruscos zig-zags. Así como los diferentes países capitalistas representan los estadios más diversos de la evolución, en el interior de cada país se encuentran las capas más diversas de una misma clase obrera. Pero la historia no espera con paciencia a que los países y las capas más atrasadas alcancen a los países y a las capas más avanzadas, para que el conjunto pueda ponerse en marcha en formación simétrica, en columnas cerradas. Se dan las explosiones en los puntos neurálgicos cuando la situación está

madura y en la tormenta revolucionaria bastan algunos días o algunos meses para compensar los retardos, corregir las desigualdades, poner en marcha de golpe todo el progreso social. En la revolución rusa, todos los estadios de desarrollo, toda la escala de intereses de las categorías distintas de obreros estaba representada en el programa revolucionario de la socialdemocracia y el número infinito de luchas parciales confluía en la inmensa acción común de clase del proletariado; lo mismo ocurrirá en Alemania cuando la situación esté madura. La tarea de la socialdemocracia consistirá en regular su táctica no en base a los estadios más atrasados sino en los más avanzados de la evolución.

## VIII

La más importante de las condiciones exigidas en el periodo de grandes luchas que sobrevendrá, tarde o temprano, para la clase obrera alemana es, junto a la resuelta firmeza y coherencia de la táctica, la mayor capacidad posible de acción, y en consecuencia la mayor unidad posible en el grupo socialista que dirige la masa proletaria.

Sin embargo, las primeras tentativas débiles de preparar una acción de masas más considerable pusieron de manifiesto un inconveniente capital a este respecto: la división, la separación completa entre las dos organizaciones del movimiento obrero, el partido socialista y los sindicatos.

364

De un análisis bastante detallado de las huelgas de masas en Rusia, como así también de las condiciones de la misma Alemania, resulta evidente que cualquier acción de lucha un poco importante, si no debe limitarse a una simple manifestación de un día, sino convertirse en una real acción de masas, no puede ser concebida como una huelga del tipo llamado político. Los sindicatos deben participar en ella a la par de la socialdemocracia. No ya, como se imaginan los dirigentes sindicales, por la razón de que el partido socialista, con su organización numéricamente inferior, estaría obligado a recurrir a la colaboración del millón y medio de trabajadores adherentes al sindicato, y no podría hacer nada sin ellos. La razón es mucho más profunda: toda acción directa de masas, todo periodo declarado de lucha de clases debe ser al mismo tiempo político y económico. En Alemania, apenas se produzcan en esta o aquella ocasión, en este o aquel momento dado, grandes luchas políticas, huelgas de masas, ellas abrirán simultáneamente un periodo de luchas sindicales violentas, sin que los acontecimientos se pregunten en modo alguno si los dirigentes sindicales aprueban o no el movimiento. Si ellos se mantuvieran apartados o trataran de oponerse a la lucha, la consecuencia de este comportamiento sería simplemente que los

dirigentes del sindicato al igual que los dirigentes del partido en un caso similar, serían marginados por el flujo de los acontecimientos, y que las luchas tanto económicas como políticas serían llevadas adelante por las masas aun sin ellos.

En efecto, la división entre lucha política y lucha económica y su separación no es sino un producto artificial, aunque explicable históricamente, del periodo parlamentario. Por una parte, en el desarrollo pacífico, "normal" de la sociedad burguesa, la lucha económica está fraccionada, disgregada en una multitud de luchas parciales en cada empresa, en cada rama de la producción. Por la otra, la lucha política es conducida, no por la masa misma en una acción directa, sino, de conformidad con la estructura del Estado burgués, de modo representativo, por la presión ejercida sobre el cuerpo legislativo. Una vez abierto un periodo de luchas revolucionarías, es decir, una vez que la masa haya aparecido en el campo de batalla, cesan tanto la dispersión de la lucha económica como la forma parlamentaria indirecta de la lucha política. En una acción revolucionaria de masas, lucha política y lucha económica son una sola cosa, y el límite artificial trazado entre sindicato y partido socialista, como entre dos formas separadas, totalmente distintas del movimiento obrero, es simplemente cancelado.

Pero aquello que en el movimiento revolucionario de masas se vuelve claro para todos, existe también como dato de hecho real para el periodo parlamentario. No existen dos luchas distintas de la clase obrera, una económica y otra política; existe sólo *una única lucha* de clase que tiende simultáneamente a limitar la explotación capitalista dentro de la sociedad burguesa y a suprimir la explotación capitalista y al mismo tiempo la sociedad burguesa.

Si estos dos aspectos de la lucha de clase, en un periodo parlamentario, se separan por razones técnicas, ellas no constituyen dos acciones paralelas, sino sólo dos fases, dos grados de la lucha de emancipación de la clase obrera. La lucha sindical abraza los intereses inmediatos, la lucha socialista los intereses futuros del movimiento obrero. Los comunistas. dice el *Manifiesto del partido comunista,*

365

> en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y, por otra parte [.. .| en las diferentes fases de desarrollo por que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto.

Los sindicatos sólo representan los intereses de grupos del movimiento obrero y un estadio de su desarrollo. El socialismo representa la clase obrera y los intereses de su emancipación en su conjunto.

La relación de los sindicatos con el partido socialista es. en consecuencia, la de una parte con el todo y si, entre los dirigentes sindicales, la teoría de la "igualdad de derechos" entre los sindicatos y la socialdemocracia encuentra tanto eco, esto deriva de un sustancial desconocimiento de los sindicatos y de su papel en la lucha general por la emancipación de la clase obrera.

Esta teoría de la acción paralela del partido y de los sindicatos y de su "igualdad de derechos" no es por tanto un artificio abstracto: tiene sus raíces históricas. En efecto, ella se apoya en una ilusión relativa al periodo pacífico y "normal" de la sociedad burguesa, en el cual la lucha política del partido socialista parecía abrirse gradualmente en la lucha *parlamentaria.* Pero la lucha parlamentaria, que constituye el complemento y la verificación de la lucha sindical, es, como aquélla, una lucha llevada exclusivamente en el terreno del orden social burgués. Ella es, por su naturaleza, una obra de reformas políticas, así como los sindicatos son una obra de reformas económicas. Es una obra política en el presente así como los sindicatos son una obra económica en el presente. La lucha parlamentaria no es sino una fase de un aspecto del conjunto de la lucha de clases proletaria, cuyo objetivo final supera igualmente la lucha parlamentaria y la lucha sindical. También la lucha parlamentaría es a la política socialista como una parte es al todo, exactamente igual que el trabajo sindical. El partido socialista es precisamente hoy el punto de encuentro tanto de la lucha parlamentaria como de la lucha sindical, en una lucha de clases que tiende a la destrucción del ordenamiento social burgués.

La teoría de la "igualdad de derechos" entre los sindicatos y el partido socialista no es por tanto un simple error teórico, una simple confusión: ella es una expresión de la conocida tendencia del ala oportunista del socialismo que quiere reducir de hecho la lucha política de la clase obrera a la lucha parlamentaria, y transformar la socialdemocracia de un partido proletario revolucionario en un partido reformista pequeñoburgués.[20]

---

[20] * Del mismo modo en que se niega habitualmente la existencia de una tendencia similar en el seno de la socialdemocracia alemana, así es necesario saludar la franqueza con la que la tendencia oportunista ha formulado últimamente los fines que le son propios.

En un congreso del partido, en Maguncia, el 10 de septiembre de 1906, fue aprobada la siguiente resolución propuesta por el doctor David:

"Considerando que el partido socialista democrático no concibe la idea de 'revolución' en el sentido de una transformación violenta, sino en el sentido pacífico del desarrollo, es decir, de la fundación gradual de un principio social nuevo, la conferencia pública del partido en Maguncia rechaza todo 'romanticismo revolucionario'.

"La conferencia no ve en la conquista del poder político otra cosa que la conquista de la mayoría de la población para las ideas y las reivindicaciones de la socialdemocracia; conquista que no puede hacerse con

366

Si la socialdemocracia aceptara la teoría de la "igualdad de derechos" de los sindicatos, aceptaría así, de un modo indirecto y tácito, la transformación que desde hace mucho tiempo están impulsando los representantes de la tendencia oportunista.

Sin embargo, un cambio tal de las relaciones en el seno del movimiento obrero es imposible en Alemania más que en cualquier otro país. El nexo teórico que hace del sindicato una simple parte de la socialdemocracia encuentra en Alemania su demostración en los hechos, en la práctica viva: él se manifiesta en tres direcciones.

1] Los sindicatos alemanes son un producto directo del partido socialista: es el partido socialista quien ha creado los inicios del actual movimiento sindical en Alemania; es el partido socialista el que veló su crecimiento y el que todavía hoy les da sus mejores mentalidades y los militantes más activos de sus organizaciones.

367

2] Los sindicatos alemanes son también un producto de la socialdemocracia en este sentido: la teoría socialista constituye el espíritu vivificador de la práctica sindical; los sindicatos deben su superioridad sobre todos los grupos sindicales burgueses y confesionales, a la idea de la lucha de clases. Sus éxitos materiales, su fuerza, son el resultado de esta práctica suya iluminada por la teoría del socialismo. La fuerza de la "práctica política" de los sindicatos alemanes reside en su comprensión de las causas sociales y económicas profundas del régimen capitalista. Ahora bien, esta comprensión ellos la deben sólo a la teoría del socialismo científico, sobre la que se funda su acción. En este sentido, la tentativa de emancipar a los sindicatos de la teoría socialista, mediante la búsqueda de otra "teoría

---

medios violentos, sino agitando las mentes por medio de la propaganda ideológica y de la acción práctica de reforma en todos los aspectos de la vida política, económica y social.

"Con la convicción de que el socialismo prospera mucho más con los medios legales que con los medios ilegales y el desorden, la conferencia rechaza la 'acción directa de masa' como principio táctico, y se limita al principio de la acción reformista parlamentaria, es decir desea que el partido se esfuerce, de ahora en adelante como en el pasado, por realizar poco a poco nuestros objetivos por la vía legislativa y a través de un desarrollo orgánico.

"La condición fundamental de este método de lucha reformadora es la de que la posibilidad para la masa de la población proletaria de participar en la legislación en el imperio y en los distintos Estados, no disminuya, sino que por el contrario sea extendida hasta la completa igualdad de derechos. Por esta razón la conferencia considera como un derecho incontestable de la clase obrera, si todos los otros medios desaparecen, el de llegar a rehusarse a trabajar durante un tiempo más o menos largo, tanto para rechazar los atentados contra sus derechos legales como para conquistar otros nuevos.

"Pero dado que la huelga política de masa puede ser llevada adelante victoriosamente por la clase obrera sólo si ella se mantiene en el terreno estrictamente legal y no ofrece, de parte de los huelguistas, ninguna ocasión para la intervención de la fuerza armada, la conferencia ve en la extensión de la organización política, sindical y cooperativa el único adiestramiento necesario y eficaz para el uso de este medio de lucha. Solamente así pueden ser creadas en las masas del pueblo las condiciones que garantizan el desarrollo victorioso de una huelga de masa: una consciente disciplina de su objetivo y una base económica suficiente."

sindicalista" en oposición al socialismo, es, desde el punto de vista de los mismos sindicatos y de su futuro, una tentativa suicida. Separar la práctica sindicalista del socialismo científico, significaría para los sindicatos alemanes perder inmediatamente toda su superioridad sobre los distintos sindicatos burgueses, y caer de la altura conquistada al nivel de los viejos balbuceos y de un verdadero empirismo de baja estofa.

3] Los sindicatos son también directamente —cosa esta de la que los dirigentes han tomado poco a poco conciencia— en su fuerza numérica un producto del movimiento socialista y de la propaganda socialista. Es cierto que en más de un país la agitación sindical precedió y precede la agitación política y, en todas partes el trabajo de los sindicatos allana el camino al trabajo del partido. Desde el punto de vista de su *acción,* partido y sindicato se dan recíprocamente una mano. Pero si se considera el marco que presenta la lucha de clases en Alemania en su conjunto y en sus causas profundas, esta relación se modifica sensiblemente. Muchos dirigentes sindicales se complacen, a partir de la enorme cuota de su millón y doscientos cincuenta mil inscritos, en lanzar no sin un aire de triunfo, una mirada de conmiseración sobre el pobre medio millón todavía no alcanzado de los afiliados del partido, y en recordar los tiempos, quince años ha, en los que en las filas del partido se tenían todavía una idea pesimista de las posibilidades de desarrollo de los sindicatos. Ellos señalan que entre estos dos hechos, la elevada cifra de los inscritos al sindicato y la cifra inferior de los afiliados socialistas, existe en alguna medida *una relación directa de causa a efecto.* Millares y millares de obreros no entran en las organizaciones del partido precisamente porque *entran* en los sindicatos. En teoría todos los trabajadores deberían estar inscritos en ambas partes: asistir a las reuniones de una y otra parte, pagar una cuota doble, leer dos periódicos obreros, etcétera. Pero ¡jara hacerlo es necesario ya un elevado grado de inteligencia y de ese idealismo que, por puro sentimiento del deber hacia el movimiento obrero, no retrocedía ante los sacrificios cotidianos de tiempo y de dinero; es necesario también el apasionado interés por la vida del partido que no puede satisfacerse sino perteneciendo a su organización. Todo esto se encuentra en la minoría más consciente e inteligente de los obreros socialistas en las grandes ciudades, donde la vida del partido es rica y atrayente, donde la existencia del obrero está en su nivel más alto. Pero en las capas más amplias de la masa obrera de las grandes ciudades, así como en provincia, en los pequeños y pequeñísimos huecos donde la vida política local no tiene independencia y es el simple reflejo de los acontecimientos que suceden en la capital, donde, en consecuencia, la vida del partido es pobre y monótona, donde finalmente la existencia económica de los trabajadores es por lo demás absolutamente

mísera, la doble organización es muy difícil de realizar.

368

Para el obrero que pertenece a la masa, si tiene ideas socialistas, la cuestión se resuelve entonces por sí misma: él adhiere a su sindicato. En efecto, sólo puede satisfacer los intereses inmediatos de la lucha económica, dada la naturaleza misma de esta lucha, perteneciendo a una organización de categoría. La cuota que paga, con frecuencia a costa de grandes sacrificios, le presta una utilidad inmediata y visible. En cuanto a sus convicciones socialistas puede practicarlas aun sin pertenecer a una específica organización de partido: votando en las elecciones para el parlamento, asistiendo a reuniones públicas socialistas, siguiendo los informes en las asambleas representativas, leyendo los periódicos del partido, hecho que puede' constatarse si se compara el número de los electores socialistas y el de los abonados al *Vorwärts*[21] con las cifras de los afiliados al partido en Berlín. Y, lo que tiene importancia decisiva, el obrero con ideas socialistas en cuanto es un hombre simple que no entiende nada de la teoría complicada y sutil "de las dos almas"[22] se siente justamente *socialista* también en el sindicato. Aunque las federaciones sindicales no enarbolen oficialmente la bandera del partido, el trabajador perteneciente a la masa en cada ciudad o región, ve en la cabeza de su sindicato, como los dirigentes más activos, a los colegas que él conoce también, en la vida pública, como compañeros, como socialistas: sean diputados del partido en el Reichstag, en los Landhag, en los consejos municipales, sean funcionarios, fiduciarios, presidentes de comités electorales, redactores de periódicos, secretarios de organizaciones del partido, sean simplemente oradores y propagandistas del partido. Además, en la propaganda en el interior de su sindicato, encuentra por lo general las ideas ya familiares y comprensibles para él sobre la explotación capitalista, sobre las relaciones entre las clases, que conocía a través de la propaganda socialista. Y todavía más, los oradores más estimados en las reuniones sindicales son también socialistas conocidos.

369

Todo ello concurre, por lo tanto, a dar al obrero la impresión de que organizándose sindicalmente pertenece de igual modo a su partido obrero y forma parte de la organización socialista. *En esto consiste la verdadera fuerza de reclutamiento de los sindicatos alemanes.* No es la apariencia de la neutralidad, es la realidad socialista de su esencia lo que ha dado a las federaciones el medio para alcanzar su fuerza actual. Este hecho es

---

[21] *Vorwärts* (Adelante): órgano central de la socialdemocracia alemana. Comenzó a publicarse en 1876, bajo la redacción de G. Liebknecht y otros. Desde la segunda mitad de la década del noventa, después de la muerte de Engels, *Vorwärts* publicó sistemáticamente los artículos de los revisionistas. Era a la vez órgano local de Berlín y órgano central del partido.

[22] Alusión a un verso del *Fausto:* "Dos almas habitan aquí, en mi pecho."

confirmado simplemente por la existencia misma de los sindicatos afiliados a los distintos partidos burgueses católicos, Hirsch-Duncker,[23] etcétera, con lo que se pretende probar precisamente la necesidad de esta "neutralidad" política. Cuando el obrero alemán que puede adherir libremente a un sindicato cristiano. católico, evangélico o liberal, no dije ninguno de ellos sino el "sindicato libre", o también pasa de aquéllos a éste, haciéndolo sólo porque concibe a las federaciones comprometidas en la moderna lucha de clases, como organizaciones o, lo que en Alemania es lo mismo, como sindicatos socialistas.

En pocas palabras, la apariencia de "neutralidad", que es un hecho para más de un dirigente sindical, no existe para la gran masa de los trabajadores organizados en el sindicato. Y éste es el gran éxito del movimiento, sindical. Si alguna vez esta apariencia de neutralidad, esta distinción o esta separación entre los sindicatos y la socialdemocracia se transformara en verdadera y se realizara sobre todo ante los ojos de las masas proletarias, los sindicatos perderían de golpe toda su ventaja frente a las asociaciones burguesas concurrentes, y perderían así toda su fuerza de reclutamiento, el fuego que las torna vivas. Lo que aquí afirmo encuentra una demostración convincente en hechos conocidos por todos. La apariencia de neutralidad podría prestar grandes servicios como medio de atracción en un país donde el partido socialista no contara por sí solo con crédito alguno entre las masas, donde su popularidad, en lugar de servirle, perjudicara una organización obrera ante los ojos de las masas, donde, en pocas palabras, los sindicatos tuvieran que comenzar a reclutar por sí solos sus adherentes en una masa absolutamente no educada y animada de sentimientos burgueses.

Un modelo de país semejante ha sido durante todo el siglo pasado y en cierta medida lo es aún, Inglaterra. Pero en Alemania, la situación del partido es completamente distinta. En un país en el que la socialdemocracia es el partido político más potente, en el que su fuerza de reclutamiento está atestiguada por un ejército de tres millones de proletarios, es ridículo hablar de una aversión al socialismo que los alejaría y de la necesidad, para una organización de lucha de los obreros, de mantener la neutralidad política. Es suficiente comparar las cifras de los electores socialistas con las cifras de las organizaciones sindicales en Alemania, para advertir al recién llegado que los sindicatos alemanes no conquistaron sus huestes, como en Inglaterra, en una masa sin educación y animada por sentimientos burgueses, sino en una masa de proletarios ya despierta por el socialismo y ganada para las ideas de la lucha de clases, es decir, en la masa de los electores socialistas. Más de un

[23] Hirsch, político alemán (1882-1905). Cofundador del partido progresista con Duncker y Schulze-Delitzsch. En 1868 fundó los Deutsche Gewerkvereine o sindicatos de contenido liberal-burgués.

dirigente sindical rechaza con indignación —corolario obligado de la teoría de la "neutralidad"— la idea de considerar los sindicatos como una escuela de reclutas para el socialismo. En efecto, esta suposición que les parece tan ofensiva *y* que, en realidad, sería clarividente, es puramente imaginaria porque la situación es por lo general inversa: en Alemania, es la socialdemocracia la escuela de los reclutas de los sindicatos.

370

Si bien la obra de organización de los sindicatos es con frecuencia muy fatigosa y difícil, ello no obstante, y exceptuando alguna región o algún caso particular, no sólo el terreno ya desbrozado por el arado socialista, sino que la misma semilla sindical y el sembrador deben ser también socialistas, "rojos", para que se pueda cosechar. Si en lugar de comparar las fuerzas numéricas sindicales con las de las organizaciones socialistas, las medimos con las masas electorales socialistas —y éste es el único modo justo de comparar— arribamos a un resultado que se aleja bastante de los análisis divulgados. Se observa, en efecto, que los "sindicatos libres" representan efectivamente la minoría de la clase obrera en Alemania, y que con su millón y medio de inscritos no recogen ni siquiera la mitad de la masa conquistada por el partido socialista.

La conclusión más importante de los hechos citados es ésta: la completa *unidad* del movimiento obrero sindical y socialista, absolutamente necesaria para las futuras luchas de masas alemanas, *está realizada desde ahora* y se manifiesta en la vasta multitud que forma al mismo tiempo la base del partido socialista y la de los sindicatos y en la convicción a partir de la cual las dos caras del movimiento se confunden en una unidad mental. La pretendida oposición entre partido y sindicatos se reduce, en este orden de cosas, a una oposición entre el partido y un cierto grupo de funcionarios sindicales y, al mismo tiempo, en una oposición en el interior de los sindicatos, entre este grupo y la masa de los proletarios organizados sindicalmente.

El gran desarrollo del movimiento sindical en Alemania, durante los últimos quince años, en particular en el periodo de la prosperidad económica entre 1895 y 1900, condujo como es natural a una especialización de sus métodos de lucha y de su dirección y al surgimiento de una verdadera categoría de funcionarios sindicales. Todos estos hechos son un producto histórico, perfectamente explicable y natural, del desarrollo do los sindicatos en quince años, un producto de la prosperidad económica y de la calma política en Alemania. Aunque inseparables de ciertos inconvenientes, no dejan por ello de ser un mal necesario. Pero la dialéctica de la *evolución* comporta lógicamente que estos medios necesarios para el desarrollo de los sindicatos se transformen, en un momento dado de la organización y en cierto grado de madurez de las condiciones, en su

contrario, en obstáculos para la continuación de este desarrollo.

371

La especialización de su actividad profesional de dirigentes sindicales, así como la restricción natural de horizontes que los liga con las luchas económicas fragmentadas en periodos de quietud, concluyen por llevar fácilmente a los funcionarios sindicales al burocratismo y a una cierta estrechez de miras. Pero estas dos características tienen su expresión en toda una serie de tendencias que podrían ser fatales para el porvenir del movimiento sindical. Entre ellas, habría que enumerar ante todo la tendencia a sobreestimar la organización que paulatinamente de un medio con vistas a un fin se convierte en un fin en sí mismo, en un bien supremo al que deben estar subordinados todos los intereses de la lucha. Se explica así, ante todo, esta necesidad, abiertamente confesada, de tregua, cuando se temen riesgos serios, esta necesidad de pretendidos peligros para la existencia del sindicato, cuando se teme la espontaneidad de ciertas acciones de masas; así se explica la confianza excesiva en el método de lucha sindical, en sus perspectivas y en sus éxitos.

Los dirigentes sindicales, constantemente absorbidos por la pequeña guerra económica, que tienen por objetivo hacer que las masas obreras sepan apreciar el gran valor de cada conquista económica, por mínima que ella sea, de cada aumento salarial y reducción del horario de trabajo, llegan insensiblemente a perder de vista las grandes interconexiones causales y el panorama de conjunto de la situación general. Sólo así se puede entender por qué más de uno de ellos se extienda con tanta satisfacción sobre las conquistas de estos últimos quince años, sobre los millones de aumentos salariales, en lugar de insistir por el contrario en el reverso de la medalla: en el descenso de las condiciones de vida para los proletarios, que simultáneamente han causado el encarecimiento del pan, toda la política fiscal y aduanera, la especulación sobre las áreas fabriles, que aumentan de modo exorbitante los alquileres, en pocas palabras, sobre todas las tendencias efectivas de la política burguesa, que anulan en gran parte las conquistas de las luchas sindicales de quince años.

De la verdad socialista *total,* que, poniendo de relieve el trabajo presente y su absoluta necesidad, pone el acento principal sobre la *critica* y los límites de este trabajo, se llega a defender así la media verdad sindical, que hace resaltar sólo el resultado positivo de la lucha cotidiana. Y finalmente, la costumbre de silenciar los límites objetivos trazados por el orden social burgués a la lucha sindical, se transforma en hostilidad directa contra toda crítica que muestra estos límites ligándolos de nuevo al objetivo final del movimiento obrero. El panegírico absoluto, el optimismo ilimitado, son considerados como un deber por todo “amigo del movimiento sindical”.

372

Pero dado que el punto de vista socialista consiste precisamente en combatir el optimismo sindical acrítico, y además combatir el optimismo parlamentario, se termina por oponerse a la misma teoría socialista: se busca a tientas una "nueva teoría sindical", es decir una teoría que, en contraste con la doctrina socialista, abriría a las luchas sindicales, en el terreno del orden capitalista, perspectivas ilimitadas de progreso económico. En verdad, hace ya tiempo que dicha teoría existe: es la teoría del profesor Sombart,[24] fundada expresamente con la intención de trazar una línea de separación entre los sindicatos y la democracia en Alemania, y de llevar a los sindicatos a pasarse al campo burgués.

A estas tendencias teóricas se une directamente un cambio de las relaciones entre los dirigentes y las masas. A la dirección colectiva de los comités locales, con sus incontestables insuficiencias, se sustituye la dirección profesional del funcionario sindical. La dirección y la facultad de juicio se convierten por así decirlo en su especialidad profesional, mientras que a la masa le corresponde principalmente la virtud más pasiva de la disciplina.

Estos inconvenientes del burocratismo comportan seguramente también para el partido peligros que podrían derivar con bastante facilidad de la innovación más reciente: la institución de los secretarios locales del partido. Y estos peligros encontrarán forma de manifestarse si la masa socialista no vigila constantemente a estos secretarios para que permanezcan como puros y simples órganos ejecutivos, sin ser considerados nunca como los representantes profesionales de la iniciativa y de la dirección de la vida local del partido. Pero el burocratismo tiene en la socialdemocracia, por la naturaleza misma de las cosas, por el carácter de la lucha política, límites muy definidos, más estrechos que en la vida sindical. En ésta, la especialización técnica de las luchas salariales, por ejemplo la conclusión de complicados contratos de trabajo a destajo u otros acuerdos similares, actúa de modo que la masa de inscritos no tenga con frecuencia "la visión de conjunto de toda la vida sindical" y en esto se basan para constatar su incapacidad para decidir. Y éste es también un resultado de dicha concepción, al igual que la argumentación por la que se rechaza toda la crítica teórica sobre las perspectivas y las posibilidades de la praxis sindical, haciendo creer que constituiría un peligro para la fe de las masas en el sindicato. Se parte entonces de esta idea: que una fe ciega en las ventajas de la lucha sindical es el único medio para conquistar y para conservar la masa obrera.

[24] Werner Sombart, economista y sociólogo (1363-1941). Escribió diversos trabajos sobre el capitalismo moderno. Especialista del socialismo; al comienzo, más o menos influenciado por el marxismo, luego se convirtió en un adversario encarnizado.

*Es todo Jo opuesto* del socialismo que funda la influencia propia sobre la comprensión de parte de las masas de las contradicciones del ordenamiento existente y de la compleja naturaleza de su desarrollo, en su actitud crítica, en todo momento y en cada estadio de la lucha de clases. Por el contrario, según esta falsa teoría, la influencia y la fuerza de los sindicatos reposaría sobre la incapacidad de las masas para criticar y juzgar. "Es necesario custodiar la fe para el pueblo'', tal es el principio por el cual muchos funcionarios sindicales califican como un atentado contra el movimiento sindical todo análisis crítico de las insuficiencias de este movimiento.

Finalmente, otro resultado de esta especializaron y de este burocratismo en los funcionarios sindicales es la fuerte "autonomía" y "neutralidad" de los sindicatos respecto del partido socialista. La autonomía externa del órgano sindical deriva de su desarrollo, como condición natural, como relación nacida de la división técnica del trabajo entre las formas de lucha política y sindical. La "neutralidad" de los sindicatos alemanes ha sido, por su parte, un resultado de la legislación reaccionaria sobre las asociaciones, un resultado del carácter policial del Estado prusiano-alemán. Con el tiempo, estos dos elementos cambiaron su naturaleza. De la condición de neutralidad política, impuesta a los sindicatos por la policía, se extrajo a renglón seguido una teoría de su neutralidad voluntaria, pretendida, necesidad fundada sobre la naturaleza misma de la lucha sindical. Y la autonomía técnica de los sindicatos, que reposa sobre una división del trabajo hecha en el ámbito de la unidad de lucha de la clase socialista, se ha transformado en el alejamiento de los sindicatos que se apartan de la socialdemocracia, de sus ideas y de su dirección; se ha transformado en lo que se llama la "igualdad de derechos" con la socialdemocracia.

Ahora bien, esta apariencia de división y de igualdad está personificada específicamente por los funcionarios sindicales, alimentada por el aparato administrativo de los sindicatos. Exteriormente, la coexistencia de todo un cuerpo de funcionarios, de comités centrales absolutamente independientes, de una abundante prensa sindical y, en fin, de congresos sindicales, ha creado la apariencia de un paralelismo completo con el aparato administrativo del partido socialista, con su comité directivo, su prensa y sus congresos. Esta ilusión ha conducido además al monstruoso fenómeno siguiente: en los congresos sindicales y en los congresos socialistas, fueron discutidos temarios análogos y sobre el mismo problema fueron adoptadas decisiones distintas, y hasta diametralmente opuestas.

Por una división natural del trabajo entre el congreso del partido que representa los intereses y los problemas generales del movimiento obrero, y las conferencias de los sindicatos que estudian los aspectos más específicos

de los problemas y de los intereses particulares de la lucha corporativa de cada día, se ha producido de manera artificial una escisión entre una pretendida concepción sindical del mundo y la concepción socialista respecto de los mismos problemas e intereses generales del movimiento obrero.

374

Así, se ha verificado este extraño orden de cosas: el mismo movimiento sindical que, en la base, en la vasta masa proletaria es una sola cosa con el socialismo, se divide netamente en la cúspide, en el edificio administrativo del partido socialista y se planta frente a él como una segunda gran fuerza independiente. El movimiento obrero alemán reviste así la forma singular de una doble pirámide, en la cual la base y el cuerpo están constituidos por una misma masa, mientras que los vértices se alejan uno del otro.

De lo aquí expuesto resulta con claridad cuál es el único camino que permite crear de modo natural y eficaz esta unidad compacta del movimiento obrero alemán, unidad imprescindible para las futuras luchas políticas do clase, y además para el propio desarrollo ulterior de los sindicatos. Nada sería más falso e inútil que intentar establecer esta unidad deseada por medio de esporádicas o periódicas tratativas entre la dirección del partido socialista y el comité central de los sindicatos sobre los problemas específicos del movimiento. Son justamente (como vimos) los vértices de la organización de las dos formas del movimiento los que expresan su división y su autonomía, que, en consecuencia, representan la ilusión de la “igualdad de derechos” y de la existencia paralela del partido y de los sindicatos. Querer realizar la unidad entre sí a través de la aproximación de la dirección del partido y del comité general de los sindicatos, sería como querer construir un puente precisamente donde el foso es más amplio y el paso más difícil.

No es en la cúspide, en el vértice de las organizaciones y de su unión federativa, sino en la base, en la masa proletaria organizada, donde está la garantía para la unidad real del movimiento obrero. En la conciencia de un millón de inscritos al sindicato, partido y sindicatos son efectivamente *una sola cosa:* la lucha *socialista* por la emancipación bajo distintas formas. De esto resulta, como es natural, la necesidad, para suprimir los roces producidos entre el partido socialista y una parte de los sindicatos, de hacer adherir sus relaciones recíprocas en la conciencia de la masa proletaria, es decir, volver a unir los sindicatos a la socialdemocracia. Esto significará de hecho realizar la síntesis del desarrollo que desde la primitiva incorporación de los sindicatos condujo a la división de la socialdemocracia, para preparar luego, a través de un periodo serio de desarrollo, tanto de los sindicatos como del partido, el futuro periodo de las grandes luchas proletarias de masa; y con esto mismo hacer una necesidad de la reunión del partido y de

los sindicatos en el interés común.

No se trata, como es claro, de romper en el partido la estructura sindical actual: se trata de restablecer, entre la dirección de la socialdemocracia y la de los sindicatos, entre los congresos sindicales, la relación natural que corresponde a la relación de hecho entre el movimiento obrero en su conjunto y en su aparente división. Una transformación tal no dejará de provocar la oposición violenta de una parte de los dirigentes sindicales. Pero es hora ya de que la masa obrera socialista aprenda a demostrar si es capaz de juicio y de acción, a demostrar así su madurez para los momentos de grandes luchas y de grandes acciones, en los cuales la masa debe ser el coro que actúa, mientras que los dirigentes son meramente las "figuras parlantes", o sea los intérpretes de la voluntad de la masa.

375

El movimiento sindical no consiste en la imagen que se forma en las ilusiones perfectamente explicables, pero erróneas, de una minoría de dirigentes sindicales; él es la realidad que existe en la conciencia unitaria de los proletarios conquistados para la lucha de clases. En esta conciencia, el movimiento sindical es una parte del movimiento socialista. "Que tenga el coraje de ser lo que es."[25]

[25] Alusión a la frase de Bernstein a propósito de la necesidad de la revisión de la doctrina del partido. En su opinión, el partido debía tener el "coraje de parecerse a lo que es hoy en realidad: un partido reformista democrático y socialista" (*Voraussetzungen,* p. 162). De la obra principal de Bernstein, la Editorial Claridad publicó una versión con el título de *Socialismo teórico y socialismo práctico.* Buenos Aires, 1966.

# DISCURSO EN EL CONGRESO DEL PARTIDO OBRERO SOCIALDEMÓCRATA DE RUSIA

## DEL 13 DE MAYO HASTA EL 1º DE JUNIO DE 1907, EN LONDRES [1]

### I. DISCURSO DE SALUDO

¡Camaradas! Cuando la dirección del Partido Socialdemócrata Alemán se enteró de mi intención de participar en el congreso de ustedes, decidió aprovechar la ocasión y me encargó que les transmitiera su saludo fraternal y los mejores deseos de éxito.

El proletariado alemán consciente, en número de millones, sigue con vivo interés y con la mayor atención la lucha revolucionaria de sus hermanos rusos, y la socialdemocracia alemana ha demostrado ya, por medio de hechos, que está dispuesta a extraer de la abundancia de experiencias de la socialdemocracia rusa enseñanzas fecundas para sí misma. A principios del año 1905, cuando retumbó en Petersburgo el primer trueno del temporal revolucionario, después de las manifestaciones del proletariado del 9 de enero, se produjo en las filas de la socialdemocracia alemana una animación. Ésta encontró expresión en los acalorados debates actuales sobre cuestiones de táctica, y la resolución del Congreso de Jena sobre la huelga de masas[2] fue la primera conclusión importante que nuestro partido extrajo de la lucha del proletariado ruso. Sin duda, dicha resolución no ha encontrado todavía hasta el presente aplicación práctica alguna y sólo alcanzará su realización en el futuro próximo, pero su importancia de principio es manifiesta. Hasta el año 1905, dominaba en las filas de la socialdemocracia alemana, en relación con la huelga de masas, una actitud absolutamente negativa; se la consideraba, en efecto, como una solución puramente anarquista y, por consiguiente, como una utopía reaccionaria y perniciosa. Pero tan pronto como el proletariado alemán empezó a ver en la huelga de masas de los trabajadores rusos una nueva forma de lucha, que no está en oposición con la lucha política, sino que debe aplicarse más bien como un arma en dicha lucha, esto es, no como un medio milagroso, para

[1] Título de la redacción.

[2] En el congreso de la socialdemocracia alemana que tuvo lugar en Jena del 17 al 23 de septiembre de 1905, se subrayaba en las resoluciones tomadas la utilización de la huelga de masas como uno de los medios más importantes de lucha con que contaba la clase obrera.

realizar un salto repentino al orden socialista, sino como un medio de la lucha de clases para la conquista de las libertades más elementales en el Estado moderno de clases, se apresuró a modificar fundamentalmente su actitud frente a la huelga de masas y a reconocer que, en determinadas circunstancias, puede aplicarse asimismo a Alemania. /Camaradas! Con esto, considero necesario llamar su atención sobre el hecho de que el proletariado alemán ha cambiado su actitud, para gran honor suyo, con respecto a la cuestión de la huelga de masas, sin dejarse guiar en lo más mínimo por las impresiones de los éxitos externos de esta forma de lucha, susceptible de impresionar inclusive a los políticos burgueses. En efecto, la resolución del Congreso de Jena fue adoptada un poco más de un mes después de la primera, y hasta el presente única, gran victoria de la revolución, antes de los memorables días de octubre, que arrancaran al absolutismo concesiones constitucionales en forma del manifiesto del 17 de octubre.[3] Todavía no obtenía entonces la lucha revolucionaria en Rusia más que derrotas, pero el proletariado alemán percibía ya, con su acertado instinto de clase, que detrás de aquellas derrotas externas se estaba preparando un auge sin precedente de las fuerzas proletarias, una prenda segura de las victorias futuras. Es un hecho que el proletariado alemán se apresuró, aun antes de que la revolución rusa hubiera registrado éxito externo alguno, a rendir tributo a su experiencia, añadiendo a sus formas de lucha anteriores una nueva solución táctica, que ya no especula con la actividad parlamentaria, sino con la presencia inmediata de las masas proletarias más vastas.

377

Los acontecimientos siguientes en Rusia —los días de octubre y noviembre y especialmente el pronto punto culminante hasta el que se elevó la ola revolucionaria, esto es, la crisis de diciembre en Moscú—, se reflejaron en Alemania en un levantamiento mayor de los espíritus y en una vigorosa fermentación en el ánimo de la socialdemocracia. En diciembre y enero —después de las grandes manifestaciones en Austria a causa del sufragio universal[4]— se inició en Alemania una viva discusión acerca de si era o no tiempo de poner en relación directa, en esta o en otra forma, la resolución sobre la huelga de masas con la lucha por el sufragio universal en las elecciones para los parlamentos prusiano, sajón y de Hamburgo. Esta cuestión fue decidida negativamente, y la idea de provocar artificialmente una gran manifestación de masas fue rechazada. Por lo demás, el 17 de

[3] Como lo señala Rosa Luxemburgo en el artículo *En la hora revolucionaria: ¿Y ahora qué?,* frente a la huelga general el absolutismo se vio obligado a hacer concesiones constitucionales. El manifiesto del 30 de octubre de 1905 asegura, en general, las libertades políticas burguesas.

[4] De octubre a diciembre de 1905, bajo la dirección del Partido Socialdemócrata Austríaco, tuvieron lugar huelgas y demostraciones de masas, exigiendo el sufragio universal.

enero de 1906,[5] se llevó a cabo el primer intento: una huelga de masas de mediodía realizada brillantemente en Hamburgo, huelga que volvió a levantar los ánimos y la conciencia de su fuerza entre las masas trabajadoras del gran centro de la socialdemocracia alemana.

378

El año siguiente, 1906, a juzgar desde fuera, sólo le valió derrotas a la revolución rusa. También en Alemania la cosa terminó como una derrota externa del partido socialdemócrata. Ustedes saben que la socialdemocracia alemana perdió en las elecciones del 25 de enero[6] casi la mitad de sus distritos electorales. Pero también esta derrota parlamentaria guarda la relación más estrecha con la revolución rusa. En efecto, para aquel que conoce la proporción del cambio de los partidos en las últimas elecciones, no cabe la menor duda que uno de los elementos más importantes que decidió el resultado de dicha campaña fue la revolución rusa. Sin la menor duda, las impresiones de los acontecimientos revolucionarios en Rusia y el temor que inspiraron a las clases burguesas en Alemania, fueron uno de los factores que juntaron y unieron a todas las capas y a todos los partidos de la sociedad burguesa, con excepción del centro, en un solo bloque reaccionario, con la consigna de: ¡Abajo la representación de clase del proletariado consciente, abajo la socialdemocracia! Nunca antes se había realizado la afirmación de Lassalle, acerca de la burguesía como una “masa reaccionaria única”, de modo tan visible como en estas elecciones. Pero por esto, el resultado de las mismas, obliga más al proletariado alemán a dirigir su mirada, con redoblada atención, a la lucha revolucionaria de sus hermanos en Rusia. Si en pocas palabras se establece el balance político e histórico de las últimas elecciones al Reichstag, cabe decir que Alemania ha sido, después del 25 de enero y del 5 de febrero de 1907, el único país moderno en que no ha habido huellas, ni de un liberalismo burgués ni de una democracia burguesa en el sentido propio del vocablo: uno y otra se pusieron definitiva e irrevocablemente del lado de la reacción en la lucha contra el proletariado revolucionario. Precisamente la traición del liberalismo, ante todo en ocasión de las últimas elecciones, nos entregó al poder de la reacción feudal, y aunque actualmente los liberales hayan entrado en mayor número en el Reichstag, sin embargo, ya no representan más que el papel de tristes lacayos de la reacción, disimulados con una etiqueta liberal.

---

[5] En la tarde del 17 de enero de 1906, 80.000 trabajadores de Hamburgo abandonaron el trabajo y ocuparon la calle, protestando contra la limitación del sufragio universal. Fue la primera huelga política de masas en Alemania.

[6] En las elecciones del 25 de enero de 1907, la socialdemocracia alemana alcanzó 3.3 millones de votos absolutos, contra 3 millones obtenidos en 1903; sin embargo, a causa de la división de los distritos electorales y de la alianza de los partidos burgueses contra la socialdemocracia en la segunda vuelta, de 81 distritos que había ganado en 1903, pasó a 43 en 1907.

Y en conexión con esta circunstancia surgió en nuestras filas una pregunta que también a ustedes, camaradas rusos, les preocupa en mayor grado todavía. Por lo que yo sé, uno de los puntos de partida que desempeñan el papel principal en el establecimiento de la táctica de los camaradas rusos es la concepción de que el proletariado se enfrenta en Rusia a una tarea muy especial, que representa cierta contradicción interna y es, concretamente, la tarea de crear primero las condiciones políticas del orden burgués llevando a cabo simultáneamente la lucha de clases contra la burguesía. Esta situación parece distinguirse fundamentalmente de la situación del proletariado entre nosotros, en Alemania, y en toda Europa occidental.

379

¡Camaradas! Creo que semejante concepción no es más que cuestión puramente formal. En cierto modo, también nosotros nos encontramos en una situación difícil parecida. En efecto, entre nosotros, en Alemania, esto lo han puesto de manifiesto, precisamente, las últimas elecciones: el proletariado es necesariamente el único luchador y defensor de las formas democráticas del Estado burgués.

Y no se hable ya de que entre nosotros, en Alemania, no existe sufragio universal para la mayoría de los parlamentos; de que padecemos todavía una gran cantidad de residuos del feudalismo medieval y que inclusive las pocas libertades que poseemos, como el sufragio universal en las elecciones al Reichstag, el derecho de huelga, el de coalición y el de reunión, no están verdaderamente garantizados y están expuestos a los ataques constantes de la reacción. Y en todas estas cuestiones, el liberalismo burgués es un aliado que no inspira confianza en lo absoluto, de modo que, en todos estos casos, el proletariado consciente es el único apoyo firme del desarrollo democrático en Alemania.

En conexión con esto, el fracaso en las últimas elecciones ha vuelto a llevar nuevamente al orden del día la cuestión acerca de nuestra relación con la burguesía liberal. Sin duda, fueron muy pocas las voces que lamentaron el hundimiento prematuro del liberalismo. En relación con esto, nos fue dado desde Francia el consejo de considerar en nuestra táctica la débil posición del liberalismo burgués y de mostrarnos indulgentes para con sus restos, para aprovecharlo como aliado en la lucha contra la reacción y para la defensa de los fundamentos generales de un desarrollo democrático. ¡Camaradas! Puedo observar que también estas voces que se lamentan de los resultados de la evolución política en Alemania, que también estos consejos han encontrado en las filas del proletariado alemán consciente una vigorosa y unánime resistencia. [Aplauso de los bolcheviques y de una parte del centro.] Observo con placer, que en este caso no sólo un ala determinada, sino el partido entero declaró: podemos lamentar los tristes

resultados de la evolución histórica, pero no debemos apartamos, por amor del liberalismo, ni un ápice de nuestra táctica proletaria de principio. El proletariado alemán consciente extrajo de las últimas elecciones al Reichstag conclusiones exactamente contrarias: ¡Si el liberalismo burgués y la democracia burguesa se revelan tan débiles y vacilantes que, en ocasión de todo gesto más o menos enérgico de la lucha de clase del proletariado, están dispuestos a hundirse en el precipicio de la reacción, entonces les está muy bien! [Aplausos de los bolcheviques y de una parte del centro.] Bajo la influencia del resultado de las elecciones del 25 de enero, se hizo claro para las capas más vastas del proletariado alemán que, frente a la desintegración del liberalismo, el proletariado había de desprenderse de las últimas ilusiones y esperanzas de su auxilio en la lucha contra la reacción, y no había de confiar en adelante, tanto en la lucha por sus propios intereses de clase como en la lucha contra los ataques reaccionarios a la evolución democrática, más que en sí mismo. [Aplausos de los bolcheviques y de una parte del centro.] Y en estas mismas elecciones se puso de manifiesto con claridad extraodinaria una agudización tal de los antagonismos de clase como nunca antes había sido el caso. La evolución interior de Alemania alcanzó, según puede verse, un grado de madurez como el que ni siquiera los mayores optimistas habían podido representárselo. El análisis proporcionado por Marx acerca de la evolución social burguesa ha encontrado una vez más una clara confirmación, una confirmación más brillante de lo que hubiéramos podido esperar. Pero al propio tiempo, se ha hecho claro para todo el mundo que esta evolución, que esta agudización de los antagonismos de clase, conduce tarde o temprano, pero inevitablemente, a un periodo de luchas políticas tormentosas también entre nosotros, en Alemania. Y en relación con esto se discuten entre nosotros, con interés particular, las cuestiones de las diversas formas y fases de la lucha de clases.

380

Precisamente por esto, el proletariado alemán dirige sus miradas, con atención redoblada, a los hermanos de Rusia, como a sus campeones, como a la vanguardia de la clase trabajadora internacional. De mi modesta experiencia en la campaña electoral, puedo decir que en todas las asambleas electorales —y asistí a asambleas con 2.000 y 3.000 participantes— resonaban de en medio mismo de los trabajadores voces que decían: “¡Háblenos usted de la revolución rusa!” Y en eso se manifestaba no sólo una simpatía natural que proviene de la solidaridad instintiva de clase con los hermanos en lucha, sino también la conciencia de que los intereses de la revolución rusa son su propia causa. Lo más importante que el proletariado alemán espera del ruso es la ampliación y el enriquecimiento de la táctica proletaria, la aplicación de los principios de la

lucha de clases en condiciones históricas totalmente nuevas. En efecto, aquella táctica socialdemócrata que utiliza actualmente la clase trabajadora en Alemania y a la que debemos nuestras victorias hasta el presente, está adaptada principalmente a la lucha parlamentaria, está calculada con relación al marco del parlamentarismo burgués; y a la socialdemocracia de Rusia es la primera a quien le ha correspondido la tarea difícil pero honrosa de aplicar los fundamentos de la doctrina de Marx no en el periodo de un curso parlamentario correcto y tranquilo de la vida estatal, sino en un periodo revolucionario tempestuoso. El único caso en que el socialismo científico pudo aplicarse a la política práctica en un periodo de revolución fue la actividad de Marx en la revolución de 1848. Sin embargo, el curso de la revolución de 1848 no puede servir él mismo como ejemplo para la presente revolución en Rusia. En efecto, de aquél sólo puede aprenderse probablemente una cosa: cómo no debemos conducirnos en la revolución.

381 Las características fundamentales de dicha revolución fueron: el proletariado se bate con el heroísmo habitual, pero no sabe aprovechar sus victorias; la burguesía desaloja al proletariado para apropiarse los frutos de su lucha; finalmente, el absolutismo aplasta tanto al proletariado como a la revolución. La separación del proletariado como clase estaba todavía entonces en germen. Sin duda existía ya entonces el *Manifiesto Comunista,* la gran carta de la lucha de clases; sin duda Garlos Marx participó ya en aquella, revolución como un luchador práctico, pero debido precisamente a las condiciones históricas particulares, no pudo desempeñar el papel de un político socialista, sino que hubo de adoptar el de un demócrata burgués radical, y la *Neue Rheinische Zeitung* no era tanto un órgano de la lucha de clases sino de la posición de extrema izquierda del campo revolucionario; sin duda en la Alemania de entonces no existía propiamente en modo alguno aquella democracia burguesa cuyo portavoz ideológico era la *Neue Rheinische Zeitung,* pero Marx siguió precisamente esta política, en el primer año de la revolución, como una consecuencia férrea, dictada por las condiciones. Sin duda, esta política consistía en que Marx apoyaba la lucha de la burguesía contra el absolutismo por todos los medios pero ¿en qué consistía este apoyo? En que desde el principio hasta el fin vapuleó despiadada e inexorablemente toda la desunión e inconsecuencia, toda la debilidad y cobardía de la política burguesa [aplauso de los bolcheviques y de una parte del centro], en que apoyó y defendió sin la menor vacilación toda acción de las masas trabajadoras —no sólo la acción que llevó consigo la primera victoria pasajera, el 18 de marzo,[7] sino también aquel memorable

[7] Trabajadores berlineses, pequeñoburgueses y estudiantes emprendieron el 18 de marzo de 1848 la lucha contra los militares prusianos, levantaron barricadas c infligieron a las tropas una derrota. Federico Guillermo IV se vio obligado a alejar a los militares de Berlín.

asalto al arsenal de Berlín el 14 de junio,[8] del que entonces y más adelante se sostuvo tan obstinadamente en las filas burguesas que había sido una trampa puesta al proletariado, y también las sublevaciones de septiembre y el levantamiento de octubre en Viena,[9] esto es, los últimos intentos de las masas trabajadoras por salvar la revolución, que fracasó debido a la vacilación y a la traición de la burguesía. Apoyó los movimientos nacionales de ¡848, porque los consideraba como aliados de la revolución. La política de Marx consistía en llevar siempre a la burguesía hasta el límite extremo de la situación revolucionaria. Es más, Marx apoyó a la burguesía en su lucha contra el absolutismo, pero la apoyaba con el látigo y a puntapiés. Marx consideraba como una falta imperdonable que el proletariado, después de su efímera victoria del 18 de marzo, permitiera la formación del ministerio burgués responsable de Camphausen-Hansemann. Pero, puesto que la burguesía había llegado ahora al poder, Marx le exigió desde el primer momento que llevara a la práctica la dictadura revolucionaria. Declaró categóricamente en la *Neue Rheinische Zeitung* que el periodo de transición después de cada revolución requería una dictadura enérgica. Marx comprendía demasiado bien toda la impotencia de la "Duina" alemana —la asamblea Nacional de Frankfurt—, pero no veía en esto para ella circunstancia atenuante alguna, sino, al revés, le señaló la única salida de dicha situación impotente, y semejante salida consistía en conquistar el poder en lucha abierta contra el antiguo gobierno, apoyándose en esto en las masas revolucionarias del pueblo.

382

Pero, camaradas, ¿cómo terminó esta política de Marx? Un año más tarde hubo de abandonar este puesto a los demócratas burgueses extremos —un puesto totalmente aislado y sin perspectivas— y pasarse a la política pura de clase proletaria. En la primavera de 1849, Marx salió con los que pensaban como él de la asociación democrático-burguesa, con el propósito de crear una organización obrera independiente; querían participar también en el congreso obrero alemán conjunto que estaba previsto, habiéndose originado la idea de convocar dicho congreso de las filas del proletariado de Prusia oriental. Pero, cuando Marx se disponía a proceder a un cambio de frente de su política, la revolución vivía ya sus últimos días, y la *Neue Rheinische Zeitung* desapareció como una de las primeras víctimas de la reacción triunfante, antes de que Marx tuviera ocasión de aplicar la nueva táctica puramente proletaria.

---

[8] El 14 de junio de 1848 trabajadores y artesanos berlineses asaltaron el arsenal y se armaron. La rebelión fue reprimida por el ejército y la guardia cívica, y los trabajadores fueron desarmados.

[9] En Viena se habían levantado en lucha armada trabajadores, estudiantes y otras fuerzas revolucionarias, con objeto de impedir el envío de los regimientos alemanes e italianos estacionados en Viena, para reprimir el movimiento húngaro en favor de la libertad y la independencia.

Esta claro que ustedes, en Rusia, camaradas, no deben empezar allí donde Marx empezó, sino allí donde en 1849 terminó su política, esto es, con una clara política independiente de clase, con una política del proletariado. En efecto, actualmente, el proletariado en Rusia no se encuentra en aquel estado de germen en que se encontraba en Alemania el año 1848, sino que representa una fuerza política consciente y compacta. El proletariado ruso no debe sentirse en su lucha actual como un ejército aislado, sino como una parte del ejército mundial internacional del proletariado. No debe olvidar que su lucha revolucionaria actual no es en modo alguno una escaramuza, sino una de las grandes batallas en el curso total de la lucha de clases internacional. Está claro asimismo, que cuando entre nosotros, en Alemania, tarde o temprano, según la madurez correspondiente de las condiciones de clase, la lucha proletaria desemboque en choques inevitables de masa con las clases dominantes, ese proletariado alemán no deberá aplicar la experiencia y el ejemplo de la revolución burguesa de 1848, sino la experiencia del proletariado ruso en su revolución actual. Es por esto, camaradas, que tienen ustedes obligaciones para con el proletariado ....

383 Falta la página

384

... lucha de liberación es la unidad y la solidaridad de la socialdemocracia rusa. Esperamos de los representantes de nuestros hermanos rusos que las deliberaciones y las conclusiones de su congreso correspondan a nuestras expectativas y esperanzas y lleven a cabo la unidad y la solidaridad de la socialdemocracia rusa.

En este sentido, enviamos a su congreso nuestro saludo fraternal,

Berlín, 30 de abril de 1907.

La presidencia del
Partido Socialdemócrata de Alemania
W. Pfannkuch

## II. DISCURSO ACERCA DEL PAPEL DE LA BURGUESIA EN LA REVOLUCIÓN DE 1905-1906 EN RUSIA [10]

A mí y a los representantes de la delegación polaca, no nos interesa la

[10] Título de la redacción.

cuestión que ha de discutirse,[11] desde el punto de vista de la lucha interna de fracciones, sino desde el punto de vista de los principios de la táctica proletaria internacional. La posición del ala derecha de nuestro partido con respecto a los partidos burgueses representa una construcción perfectamente lógica, que se apoya en la idea conocida de la función histórica tanto de la burguesía como del proletariado en la revolución actual. En la base de esta concepción se halla un esquema que uno de los admirados veteranos y grandes teóricos de la socialdemocracia rusa formula de modo claro y preciso. En efecto, en sus "cartas sobre la táctica y la falta de tacto", dice el camarada Plejánov:

> Los creadores del *Manifiesto Comunista* escribieron hace 58 años: La burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario [...] la burguesía no puede existir sin revolucionar continuamente los instrumentos de producción, esto es, los medios de producción, o sea, el conjunto de las condiciones sociales.

Y más adelante, acerca de la misión política de la burguesía:

> La burguesía se encuentra en una lucha permanente: al principio contra la aristocracia, más adelante contra partes de la propia burguesía cuyos intereses entran en contradicción con el progreso de la industria [...] En todas estas luchas se ve [...] [la burguesía] obligada a apelar al proletariado, a solicitar su ayuda y a arrastrarlo así al movimiento político. Ella misma facilita, pues, al proletariado sus propios elementos de instrucción, esto es, las armas contra ella misma.

385

Precisamente es esta concepción del papel político de la burguesía la que, en opinión de un ala de nuestro partido, ha de decidir la táctica conjunta del proletariado ruso en la revolución actual. La burguesía es una clase revolucionaria que arrastra a las masas populares a la lucha contra el orden antiguo, la burguesía es la vanguardia natural y la educadora del proletariado. Por consiguiente, en Rusia sólo reaccionarios malvados o Quijotes desesperados pueden "estorbar" actualmente a la burguesía en la consecución del poder político. De aquí que deban detenerse los ataques contra el liberalismo ruso hasta que los Kadetes[12] hayan alcanzado el poder, y es por esto que no hay que ponerle a la revolución burguesa palos entre

[11] En el centro de los debates del congreso y de las discusiones políticas entre bolcheviques y mencheviques figuraba la cuestión de la posición con respecto a los partidos burgueses.

[12] El partido demócrata constitucional (los Kadetes) fue fundado en octubre de 1905 y se componía sobre todo de burguesía urbana mediana y pequeña y de intelectuales urbanos.

las ruedas, y es por esto que la táctica del proletariado susceptible de debilitar o asustar a los liberales, constituye la más grosera falta de tacto, y todo esfuerzo por separar el proletariado de la burguesía liberal constituye directamente un servicio prestado a la reacción. Esto constituye, sin duda, un sistema lógico y compacto de concepciones, pero necesita, con todo, una revisión urgente, tanto en relación con los hechos históricos, como también desde el punto de vista de los fundamentos de la propia táctica proletaria.

"Hace 58 años escribían Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista. ..*" Desafortunadamente, no estoy familiarizada con todas las obras de nuestro gran teórico y creador del marxismo ruso, pero no conozco una sola de ellas en las que no les machaque a los socialdemócratas rusos que únicamente los metafísicos juzgan según la fórmula: Sí — sí, no — no, y todo lo que va más allá es malo. Él pensamiento dialéctico, característico del materialismo histórico, exige que se considere el fenómeno no en su estado petrificado, sino en movimiento. Invocar la caracterización de la función de la burguesía por Marx y Engels hace cincuenta y ocho años, para aplicarla a la realidad actual, constituye un ejemplo craso de pensamiento metafísico, una transformación de la concepción histórica viva de los creadores del *Manifiesto* en un dogma rígido. Basta echar una mirada a la esencia y a la relación de los partidos políticos, especialmente al estado del liberalismo en Alemania, Francia, Italia, Inglaterra e inclusive en toda la Europa occidental, para comprender que la burguesía ha dejado desde hace tiempo de desempeñar el papel político-revolucionario que desempeñó en sus días. Su actual evolución general hacia la reacción, hacia la política del sistema de los derechos protectores, su homenaje tributado al militarismo, su pacto con los agricultores conservadores, todo esto demuestra que los 50 años transcurridos desde la aparición del *Manifiesto Comunista* no han transcurrido ciertamente sin dejar huellas. ¿Y no demuestra acaso también la propia breve historia del liberalismo ruso cuán poco del esquema derivado de las palabras del *Manifiesto* se le pueda aplicar?

386

Veamos un poco retrospectivamente, ¿qué representaba todavía el liberalismo ruso hace 50 años? Entonces podía dudarse todavía acerca de si en Rusia aquella "educadora del proletariado" a la que no debemos "estorbar" para que pueda "conquistar el poder", existía siquiera. Hasta el año 1900, el liberalismo soportó pacientemente toda presión del absolutismo, toda manifestación de despotismo. Y solamente cuando el proletariado ruso instruido por la labor de años de la socialdemocracia y sacudido por la guerra japonesa, penetró, por medio de huelgas grandiosas, en el sur de Rusia y en manifestaciones de masas en la arena pública, también se decidió el liberalismo ruso a dar un primer paso vacilante. Empezó la epopeya de los tristemente célebres congresos de los *zemstvos,*

la de las repeticiones de los profesores y la de los banquetes de los abogados.[13] El liberalismo, embriagado por su propia elocuencia y la libertad que inesperadamente le fue concedida, estaba dispuesto a creer en su fuerza. Pero, ¿en qué terminó dicha epopeya? Todos recordamos el célebre momento en que, en noviembre y diciembre de 1904, la "primavera liberal" se nubló de repente y el absolutismo, en vías de recuperación, silenció de un golpe y sin ceremonia alguna al liberalismo, ordenándole simplemente que se callara.[14] Presenciamos todos cómo el liberalismo, mediante un solo puntapié, mediante un solo latigazo del absolutismo, se precipitó instantáneamente desde la altura de su poder aparente al precipicio de una impotencia desesperada. Para el latigazo del fuerte cosaco, no encontró el liberalismo respuesta alguna, sino que se encogió, cayó y mostró así a los ojos de todo el mundo toda su nulidad, y en el movimiento liberador de Rusia se produjo entonces, durante unas semanas, un estancamiento sensible, hasta que. el 9 de enero, el proletariado de Petersburgo se lanzó a la calle y mostró quién está llamado a ser en esta revolución la verdadera vanguardia y el "educador". En el lugar del cadáver del liberalismo burgués surgió una fuerza viva. [Aplausos.]

Por segunda vez levantó el liberalismo ruso la cabeza, cuando la presión de las masas populares obligó al absolutismo a convocar la primera Duma. Los liberales se consideraron nuevamente con fuerzas y creyeron nuevamente que eran ellos precisamente los conductores del movimiento de liberación; pensaron que con discursos de abogados se podría lograr alguna cosa y que ellos eran una potencia. Pero siguió la dispersión de la Duma y el liberalismo cayó por segunda vez y volvió a precipitarse en el abismo de la impotencia y la nulidad. Todo lo que logró hacer por su propia fuerza en respuesta al ataque de la reacción, fue el tristemente célebre manifiesto de Wiborg, aquel documento clásico de la "resistencia pasiva", esto es, aquella resistencia pasiva acerca de la cual Marx escribía en 1848. en la *Neue Rheinische Zeitung,* que se parecía a la resistencia de la ternera contra el carnicero que la quiere sacrificar. [Aplausos.]

387

Esta vez, el liberalismo perdió la ilusión de su fuerza y de su papel director en la revolución actual. Perdió, precisamente en la primera Duma, la ilusión de que pudieran derrumbarse los muros de la fortaleza absolutista por medio de elocuencia de abogados y parlamentarios, como con trompetas las murallas de Jericó. Perdió, en el momento de la dispersión de

[13] La burguesía liberal pedía en banquetes, por los congresos de los *zemstvos y* en peticiones escritas, la constitución burguesa y las consecuentes reformas

[14] El gobierno zarista publicó en diciembre de 1904 una disposición en la que se prometía la ampliación de los derechos de los *zemstvos.* pero se subrayaba oí carácter intocable de la autocracia y de las leyes básicas. Al propio tiempo, el gobierno anunciaba en un decreto que todos los esfuerzos en favor de reformas y da una constitución habían de reprimirse y que sus promotores serían objeto de persecución judicial.

la Duma, la ilusión de que el proletariado estaba llamado a desempeñar contra el absolutismo el papel del coco, al que los liberales mantienen tras bastidores mientras no lo necesitan y al que pueden llamar al escenario con un signo de la mano cuando quieren asustar al absolutismo y reforzar su propia posición. El liberalismo hubo de convencerse de que el proletariado ruso no era en modo alguno un títere en sus manos, que no estaba dispuesto a servir constantemente de carne de cañón a la burguesía, sino que es una fuerza que en esta revolución sigue su propio camino y sigue en su actuación las leyes y la lógica de su propio movimiento, independientemente del de los liberales. Desde ese momento, el liberalismo cambió decididamente de parecer, y ahora presenciamos su vergonzoso repliegue en la segunda Duma, la Duma de Golowin y Struve,[15] la Duma en la que se vota por el presupuesto y el reclutamiento, por las bayonetas con las que mañana se disolverá la Duma. Así se presenta esa burguesía a la que se nos recomienda considerar como clase revolucionaria, a la que no debemos "estorbar" a conquistar el poder, y que está llamada a "educar" al proletariado. Resulta que el esquema petrificado no se deja aplicar en absoluto a la Rusia actual. Resulta que aquel liberalismo revolucionario que aspiraba al poder, al que se nos recomienda que adaptemos la táctica del proletariado, por amor del cual se está dispuesto a recortar las demandas del proletariado, que este liberalismo ruso revolucionario no existe siquiera en realidad, sino que no es más que un producto de la fantasía, algo inventado, un fantasma. [Aplausos.] Y esta política, construida sobre un esquema muerto y sobre condiciones inventadas, que no tiene en cuenta las tareas particulares del proletariado en esta revolución, se designa a sí misma como "realismo revolucionario".

388

Pero veamos de qué modo esto se puede conciliar siquiera con la táctica proletaria. Al proletariado ruso se le recomienda que, en su táctica de lucha, vea de no minar prematuramente la fuerza del liberalismo y no se aísle de él. Pero si esto se designa como táctica "falta de tacto", entonces mucho me temo que deba designarse toda la historia de la socialdemocracia alemana como una sola e ininterrumpida falta de tacto total, porque, empezando con la agitación de Lasalle contra los "progresistas", hasta el momento actual, el crecimiento de la socialdemocracia se ha logrado a expensas del crecimiento y de las fuerzas del liberalismo. Cada paso del proletariado alemán hacia adelante le sustrae al liberalismo el terreno bajo los pies. Y este mismo fenómeno acompaña el movimiento de clase del proletariado en todos los países. Habría que designar como falta de tacto a la Comuna parisiense, ya que aisló el proletariado francés y asustó mortalmente a la burguesía liberal

[15] F. A. Golowin fue presidente de la segunda Duma, que duró de abril a junio de 1907. P. B. Struve fue el líder de los kadetes de derecha.

de todos los países. Y como falta de tacto no menor habría que designar la actuación del proletariado francés en las célebres jomadas de junio, en las que se "aisló" definitivamente, como clase, con respecto a la sociedad burguesa. Y más falta de tacto todavía sería la actuación declarada del proletariado en la gran revolución francesa, cuando asustó a la burguesía, en medio de su primer movimiento revolucionario, por su actitud extrema, la lanzó en brazos de la reacción y preparó así la época del Directorio y de la liquidación de la gran revolución. Y finalmente, habría que designar el nacimiento indudablemente histórico del proletariado como clase independiente como la mayor de las faltas de tacto [aplausos], ya que se creó así el fundamento tanto para su "posición aislada" con respecto a la burguesía como también para la decadencia gradual del liberalismo burgués. Pero, ¿no muestra acaso aquí también la historia de la evolución revolucionaria de Rusia, cuán imposible es para el proletariado, por la naturaleza misma de las cosas, evitar estas "faltas de tacto" que se toman como pretexto para asustarnos con la amenaza de que por medio de ellas nos convertimos en cómplices de la reacción? Ya la primera actuación del proletariado ruso, que inició formalmente la época de la revolución actual —me refiero al 9 de enero de 1905—, operó con un solo golpe un aislamiento estricto de la táctica proletaria con respecto a la liberal, separó a la lucha revolucionaria de calles de la campaña liberal de los banqueros y los congresos *semstvo,* que había ido a dar a un callejón sin salida. Y a continuación conduce cada paso, cada exigencia del proletariado, a un nuevo aislamiento en la revolución actual. El movimiento huelguista lo aísla de la burguesía industrial; la exigencia de la jornada de ocho horas lo aísla de la pequeña burguesía: la demanda de la república y de una asamblea constituyente, lo aísla del liberalismo de todos los matices y, finalmente, el objetivo final, el socialismo, lo aísla del mundo entero. Así, pues, no hay aquí fronteras ni puede tampoco trazarse alguna. Si el proletariado se dejase guiar por el temor de aislarse con respecto al liberalismo y de sustraerle el terreno bajo los pies, habría de renunciar también lógicamente a su lucha entera, a la política proletaria conjunta, a toda su historia en Occidente y, entre otros, a toda su revolución actual en Rusia. La cuestión es que aquello que en una determinada etapa de la historia del proletariado se concibe como condiciones y tareas particulares —suposición con respecto al liberalismo en las condiciones de la lucha contra la antigua autocracia—, es, en realidad, el conjunto de condiciones que acompañan el desarrollo histórico del proletariado desde su nacimiento hasta su fin. Se trata de las condiciones fundamentales de la lucha proletaria que resultan del simple hecho de que el proletariado sube al escenario de la historia juntamente con la burguesía, a cuyas expensas crece, emancipándose gradualmente de ella y acercándose, en este proceso, a la victoria final sobre ella. Y en Rusia,

menos que en ninguna otra parte, puede el proletariado modificar esta táctica. En las revoluciones anteriores, las contradicciones de clase sólo se ponían de manifiesto en el transcurso de los conflictos revolucionarios. En cambio, la revolución actual en Rusia es la primera que ha surgido de contradicciones de clase totalmente maduras y conscientes de la sociedad capitalista, y la táctica del proletariado de Rusia no puede disimular artificialmente este hecho.

389

En la conexión más íntima con estas concepciones fundamentales acerca de la relación con respecto al liberalismo burgués está la concepción de las condiciones y formas de la lucha de clases en general y del significado del parlamentarismo en particular. Otro admirado veterano de la socialdemocracia rusa, ha expuesto este aspecto de la cuestión en un discurso, en cierto modo clásico, en el congreso del partido en Estocolmo.[16] Como un hilo rojo se extiende por todo este discurso el siguiente pensamiento: dejadnos sólo conseguir un orden burgués apropiado, alguna constitución, con un parlamento, con elecciones, etc., y luego sabremos ya conducir la lucha de clases tal como debe conducirse; sabremos situarnos en el terreno firme de la táctica socialdemócrata, tal como ha sido elaborada por la experiencia de años del partido alemán; pero, mientras no exista un parlamento, faltan igualmente las condiciones elementales para la lucha de clases. Y ahora, el mismo admirado teórico del marxismo ruso trata desesperadamente de encontrar en la realidad rusa actual los más insignificantes “puntos de partida” para la lucha de clases —el “punto de partida” es la expresión favorita de aquel discurso— y los encuentra en las alusiones más mínimas, aunque caricaturescas, del parlamentarismo y la constitución. Aquí hay que decir realmente con Goethe:

> El individuo que especula,
> es como animal en un brezal estéril,
> movido en círculo por un mal genio,
> y rodeado de hermosos pastos verdes.

390

A esos especuladores Ies parece que existe el terreno para la lucha de clase, pero que la socialdemocracia no posee ni iniciativa ni fuerza, ni sabe comprender las posibilidades, ni captar las amplias perspectivas que la historia brinda.

En el punto culminante de la revolución actual en Rusia, no existe posibilidad alguna de conducir la lucha de clase; no hay, al parecer, más que exiguos “puntos de partida”. Todas las exigencias políticas del proletariado,

---

[16] En Estocolmo tuvo lugar, del 25 de abril al 8 de mayo de 1906, el IV Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso.

“e inclusive la república misma” —así lo indica el orador— no son expresión propiamente dicha de la lucha de clases, porque no representan nada específicamente proletario. Pero en ese caso —invocamos nuevamente la práctica del movimiento obrero internacional—, en Alemania no hemos conducido hasta el presente lucha de clase alguna propiamente dicha, porque es sabido que toda la lucha política de la socialdemocracia alemana se centra en exigencias del llamado programa mínimo, programa que sólo contiene consignas *democráticas* tales como el sufragio universal, el derecho ¡limitado de coalición, etcétera. E insistimos en estas peticiones contra la burguesía entera. Pero inclusive las exigencias que por su propia forma son de carácter proletario, como la legislación laboral, no representan, como es sabido, nada específicamente socialista, sino que sólo confieren expresión a las exigencias del desarrollo de la economía capitalista. Así pues, el análisis que concede el carácter de la lucha de clases que actualmente tiene lugar en la revolución actual bajo las consignas políticas del proletariado, es menos un modelo de pensamiento marxista que expresión de un estado de ánimo que, por regla general, se caracteriza con las palabras: uno no sabe en dónde tiene la cabeza. Se requiere, en efecto, un prejuicio verdaderamente obstinado en favor de la forma exclusivamente parlamentaria de la lucha política, para no ver actualmente el gran impulso de la lucha de clases en Rusia, y buscar simplemente, a tientas y tropezones, sus débiles “puntos de partida”; para no comprender que absolutamente todas las consignas políticas de la revolución actual, precisamente porque la burguesía se ha desprendido de ellas, son otras tantas manifestaciones de la lucha de clases del proletariado. Y la que menos debería subestimar la situación es precisamente la socialdemocracia rusa. Basta, en efecto, que se considere a sí misma y su historia más reciente, para comprender qué formidable significado educador posee actualmente la lucha de clases por encima de todo parlamentarismo. Basta recordar lo que era la socialdemocracia rusa hasta 1905, hasta el 9 de enero, y lo que representa hoy. Medio año de movimiento, y de movimiento huelguista después de enero de 1905, la han transformado de un pequeño puñado de revolucionarios, de una débil secta, en un partido formidable de masas; y las preocupaciones de la socialdemocracia no residen en la dificultad de encontrar “puntos de partida” para la lucha de clases, sino, inversamente, en la dificultad de abarcar y aprovechar el campo inmenso de actividad que le abre la gigantesca lucha de clases de la revolución. Buscar protección en medio de esta lucha y aferrarse —como el que se ahoga a una paja— a los indicios más insignificantes de parlamentarismo como única garantía de clases que sólo nos espera después de la victoria de los liberales, equivale a no comprender que la revolución es un periodo creador en el que la sociedad se desintegra en clases. Y de modo general, es el esquema al que

se quiere adaptar la lucha de clases del proletariado ruso: un esquema burdo, que en Europa occidental no se ha realizado en lugar alguno y que no es más que una copia grosera de la diversidad entera de la realidad.

391 Sin duda, el verdadero marxismo dista tanto de la sobreestimación unilateral del parlamentarismo como de la concepción mecánica de la revolución y de la sobreestimación de la llamada sublevación armada. Aquí diferimos mis camaradas polacos y yo del punto de vista de los camaradas bolcheviques. En efecto, nosotros, en Polonia, hubimos de contar desde el principio mismo de la revolución, cuando esta cuestión ni siquiera figuraba todavía en la orden del día de los camaradas rusos, con el hecho de que se intentaba conferir a la táctica revolucionaria de nuestro proletariado el carácter de una especulación de conjurados y de un espíritu de aventura burdamente revolucionario. Declaramos de buenas a primeras —y creo yo que logramos enraizar profundamente esta concepción en las filas del proletariado polaco consciente—, que considerábamos el plan de armar a las grandes masas populares en forma ilegal como una empresa utópica, lo mismo que el plan consistente en preparar la llamada sublevación armada y organizaría deliberadamente. Declaramos, de buenas a primeras, que la tarea de la socialdemocracia no consiste en la preparación técnica, sino en la preparación política de la lucha de masas contra el absolutismo. Por supuesto, consideramos necesario ilustrar a las grandes masas del proletariado acerca de que su choque inmediato va a ser con la fuerza armada de la reacción, que el levantamiento popular general es el único final de la lucha revolucionaria susceptible de garantizar su victoria y el final inevitable de su desarrollo progresivo. Pero, en lo que concierne a la prosecución y la preparación técnica del desencadenamiento, para esto no está la socialdemocracia en condiciones. [Aplausos. Plejánov: “¡Muy cierto!”] Los camaradas de la izquierda dicen: “¡Muy cierto!” Me temo, empero, que ya en las próximas conclusiones no van a estar de acuerdo conmigo. Creo, en efecto, que si la socialdemocracia ha de guardarse de la concepción mecánica de la revolución, de la concepción de que es ella la que “hace” las explosiones revolucionarias y fija su desencadenamiento, ha de aclarar al proletariado en cambio, con energía y decisión renovadas, aquella amplia línea política de su táctica que sólo resulta comprensible si le aclara también de inmediato el punto final de dicha línea, a saber: el esfuerzo por apoderarse del poder político, para poder llevar a cabo las tareas de la revolución actual. Y esto está a su vez en la conexión más estrecha con la concepción del papel cambiante de la burguesía liberal y el proletariado en la lucha revolucionaria.

392 Veo, sin embargo, que el tiempo que me está asignado para hablar está por terminar, y he de suspender mi discurso en medio de los comentarios

sobre las concepciones acerca de la cuestión de la relación con los partidos burgueses. No haré, pues, más que unas pocas observaciones generales *pro domo sua* que, en términos generales, explican nuestra posición con respecto a la totalidad de los puntos en discusión de este congreso. Los camaradas que defienden las concepciones que yo acabo precisamente de analizar, están inclinados a invocar con particular frecuencia el hecho de que en la socialdemocracia rusa son ellos precisamente los representantes del verdadero marxismo, y que es en nombre del marxismo y del espíritu marxista que todas estas consignas se difunden y que se recomienda al proletariado de Rusia esta táctica. La socialdemocracia polaca se halla desde su creación en el terreno de la doctrina marxista. En su programa y su táctica se cuenta a sí misma entre los discípulos de los fundadores del socialismo científico y, en particular, de la socialdemocracia alemana. De ahí que la invocación del marxismo posea para nosotros indudablemente un valor particularmente alto. Pero, cuando vemos estas formas de la aplicación de la doctrina marxista; cuando vemos esta inconstancia y estas fluctuaciones en la táctica; cuando oímos ese melancólico gimoteo acerca de las condiciones parlamentarias constitucionales y acerca de las victorias del liberalismo; cuando observamos esa búsqueda desesperada de “puntos de partida” para la lucha de clases en medio del impulso grandioso de la revolución y ese oscilar de un lado a otro en busca de medios artificiales, como los congresos de trabajadores para “sumergirse en las masas”, en busca de consignas artificiales para “desencadenar la revolución” cuando ha aflojado temporalmente, así como esa incapacidad de aprovechar y de estar decididamente a la altura cuando vuelve a hacer espuma; cuando se ve todo esto, uno quisiera exclamar involuntariamente: ¡En qué confusión habéis convertido, camaradas, la doctrina marxista, que se distingue perfectamente por su flexibilidad, sin duda, pero también por su agudeza, que es mortífera como una espada de Damasco!

¡En qué preocupado cacarear de la gallina que busca una perla en el montón de estiércol del parlamentarismo burgués habéis convertido dicha doctrina, que representa las grandes alas aguileñas del proletariado! Porque, precisamente, el marxismo contiene dos elementos esenciales: el elemento del análisis, de la crítica, y el elemento de la voluntad activa de la clase trabajadora como factor revolucionario. Y el que sólo convierte en acción el análisis y la crítica, no representa al marxismo, sino una lamentable y corrompida parodia de dicha doctrina.

Vosotros, camaradas del ala derecha, os lamentáis mucho de la angostura, la intolerancia y cierto mecanicismo en las concepciones de los llamados camaradas bolcheviques. (Exclamaciones: “¡De los mencheviques!”] Y estamos en este aspecto completamente de acuerdo con

vosotros. [Aplausos.]

393

A los camaradas polacos, que están más o menos acostumbrados a pensar en formas que han aprendido del movimiento europeo occidental, esta rigidez específica los desconcierta probablemente más todavía que a nosotros. Pero, ¿sabéis acaso, camaradas, de dónde provienen todos estos rasgos desagradables? A aquel que conoce las condiciones internas de los partidos en otros países, estos rasgos le son muy conocidos: se trata del rostro típico de esa orientación del socialismo que ha de defender, contra otra orientación también fuerte, el principio de la política independiente de clase del proletariado. [Aplausos.]

La inflexibilidad es la forma que la táctica socialdemócrata adopta inevitablemente en uno de los polos, cuando se convierte, en el otro, en una jalea que bajo la presión de los acontecimientos se desintegra en todas direcciones. [Aplausos de los bolcheviques y de una parte del centro.]

Nosotros, en Alemania, podemos permitirnos el lujo de ser *suaviter in modo, fortiter in re,* esto es, duros e inflexibles por lo que se refiere al núcleo de la táctica, pero condescendientes y tolerantes por lo que se refiere a la forma. Y lo podemos, porque el principio de la política revolucionaria independiente de clase del proletariado está en nosotros tan firmemente e inconmoviblemente arraigado, porque este principio tiene tras sí una mayoría tan abrumadora del partido, que la existencia e inclusive la actividad de oportunistas en nuestras filas no representa para nosotros peligro alguno: al contrario, la libertad de la discusión y de las divergencias de opinión es, teniendo en cuenta la magnitud del movimiento, directamente necesaria. Si no me equivoco, fueron precisamente algunos dirigentes del marxismo ruso los que en su día no supieron perdonarnos que en Alemania fuéramos *demasiado poco* inflexibles, que no expulsáramos a Bernstein, por ejemplo. de las filas del partido. Pero si apartamos la mirada de Alemania y la volvemos hacia el partido en Francia, encontramos allí, al menos así era hace unos años, condiciones totalmente distintas. ¿Acaso no se distinguía allí en su día el partido de Guesde[17] por la peculiaridad muy considerable de su carácter inflexible? ¿Qué significaba, por ejemplo, la declaración de nuestro amigo Guesde —que sus adversarios tanto se esforzaron por aprovechar— en el sentido de que, en el fondo, no representaba para la clase trabajadora gran diferencia el que al frente del

[17] Se alude a la corriente marxista revolucionaria del movimiento obrero francés bajo la dirección de Jules Guesde. Integrada al principio orgánicamente en el *Parti Ouvrier* (Partido Obrero), se unió en 1901 con los blanquistas y otros grupos en el *Parti Socialiste de France* (Partido Socialista de Francia). En abril de 1905 este partido de izquierda se unió con el *Parti Socialiste Français* (Partido Socialista Francés) para formar el *Parti Socialiste* (*Section Française de l'Internationale Ouvrière*) (Partido Socialista [Sección Francesa de la Internacional Obrera])

Estado estuviera el presidente republicano Loubet o el emperador Guillermo II? ¿No ostentaba, acaso, el rostro de nuestros amigos franceses algunos rasgos típicos de inflexibilidad e intolerancia sectarias, rasgos que habían adoptado de modo natural en los largos años de defensa de la independencia de clase del proletariado francés contra el socialismo borroso y "amplio" de todos los matices? Y sin embargo, no vacilamos ni un minuto -—el camarada Plejánov estaba entonces con nosotros—, no dudamos que el núcleo de la verdad se encontraba de este lado y que era necesario apoyar a los guesdistas con todas nuestras fuerzas contra sus enemigos. Y exactamente del mismo modo consideramos hoy el partidismo y la estrechez del ala izquierda de la socialdemocracia rusa como resultado natural de la historia del partido ruso en los últimos años, y estamos convencidos de que estos rasgos no deben ser aniquilados por medio artificial alguno, sino que sólo se igualarán por sí mismos cuando el principio de la independencia de clase y de la política revolucionaria del proletariado estén suficientemente afianzados y hayan triunfado definitivamente en las filas de la socialdemocracia rusa. Es por esto que, de modo perfectamente deliberado, tratamos de asegurar el triunfo de esta política, no en su forma bolchevique específica. sino en la forma en que la socialdemocracia polaca la ha concebido y la lleva a cabo, en la forma que más se aproxima al espíritu de la socialdemocracia alemana y al espíritu del verdadero marasmo. [Aplausos.] [18]

394

## III. PALABRAS FINALES [19]

He de responder, ante todo, a algunas interpretaciones erróneas que han resultado de la circunstancia casual de que, por falta de tiempo, tuve que reducir en mi informe casi a la mitad la exposición de los puntos de vista fundamentales sobre la relación del proletariado con los partidos burgueses. Para mis críticos fue particularmente favorable la circunstancia de que yo no tuviera tiempo de ilustrar con mayor detalle la relación del proletariado con las corrientes pequeñoburguesas y, particularmente, con el campesinado. ¡Cuántas conclusiones audaces se han extraído de este hecho! Yo hablé solamente de la relación del proletariado con la burguesía, y esto representa simplemente en la revolución actual, en opinión del camarada Mártov, la identificación del papel del proletariado y de todas las demás clases, excepto la burguesía, o sea, en otras palabras, esto significa ese "bloque de

[18] * "Reconocemos que en la teoría de los camaradas bolcheviques se encuentra *un* granito de verdad, recubierto por una capa espesa de depósitos de fracciones": esa frase no ha sido incluida en el texto del discurso. *Observación de la Comisión de Actas.*

[19] Titulo de la redacción.

izquierda” que borra la posición particular de clase del proletariado y subordina a éste a la pequeña burguesía: “bloque de izquierda” que defienden los camaradas bolcheviques.

395 En opinión del informante de la Alianza,[20] del hecho de que yo me haya ocupado exclusivamente de la política del proletariado frente a la burguesía, resulta precisamente lo contrario de lo anterior, o sea, que niego por *completo* el papel del campesino y del “bloque de izquierda" y me sitúo así en oposición completa con los camaradas bolcheviques. Finalmente, otro orador de la Alianza fue más allá todavía en lo desconsiderado de su conclusión, al declarar que huele directamente a anarquismo el hablar del proletariado solo como de una clase revolucionaria. Como ustedes ven, las conclusiones son bastante heterogéneos y sólo coinciden en el hecho que todas debieran ser para mí igualmente aniquiladoras.

En realidad, hay que asombrarse un poco de la agitación en que han incurrido mis críticos en relación con el hecho de que yo haya ilustrado principalmente las relaciones recíprocas entre proletariado y burguesía en la revolución actual. Sin embargo, está fuera de toda duda que precisamente toda relación, precisamente, ante todo, la definición de la actitud del proletariado frente a su antípoda social, frente a la burguesía, representa el núcleo de la cuestión y es precisamente el eje principal de la política proletaria a cuyo alrededor cristaliza luego su relación con las otras clases y grupos, con una pequeña burguesía, con el campesino y otros. Y si llegamos a la conclusión de que la burguesía no desempeña en la revolución actual el papel del líder del movimiento de liberación ni puede desempeñarlo y que por su política es esencialmente contrarrevolucionaria; si declaramos, en consecuencia, que el proletariado ya no debe seguir considerándose como tropa auxiliar del liberalismo burgués, sino que como vanguardia del movimiento fija su política no en dependencia de otras clases sino que la deduce exclusivamente de sus propias tareas y de sus propios intereses de clase; si decimos que el proletariado no es solamente el lacayo de la burguesía, sino que está llamado a realizar una poiítica independiente; si decimos todo esto, parece estar expresado con claridad que el proletariado consciente ha de aprovechar todo movimiento revolucionario del pueblo y lo ha de subordinar a su dirección y a su política de clase. Y especialmente en relación con el campesinado revolucionario, no podría subsistir la menor duda de que no olvidamos su existencia ni pasamos en modo alguno en silencio la cuestión acerca de la relación del proletariado con él. Las directivas propuestas hace unos días al congreso por los camaradas polacos,

[20] La Asociación obrera general judía de Lituania, Polonia y Rusia (Alianza), era una organización fundada en Vilna en octubre de 1897. de carácter nacionalista burgués, a la que pertenecían sobre todo artesanos judíos.

y entre ellos también por mí, para la fracción socialdemócrata en la Duma, han hablado en esta cuestión un lenguaje perfectamente claro y preciso.

Aprovecho aquí la oportunidad para dedicar a esta cuestión al menos unas pocas palabras. La actitud del ala derecha de nuestro partido en relación con la cuestión del campesinado, estará condicionada —exactamente como en el caso de la burguesía— por el esquema ya conocido y previamente dado, al que las condiciones reales están supeditadas. “Para nosotros marxistas”, dice el camarada Plejánov:

> en las condiciones de la moderna economía mercantil capitalista el trabajador agrícola no es más que una de las variantes de los pequeños productores independientes de mercancías, y los pequeños productores independientes de mercancías los contamos nosotros, no sin motivo, entre los pequeñoburgueses.

396

Resulta de ahí que el campesino, lo mismo que el pequeñoburgués, es un elemento reaccionario de la sociedad, y aquel que lo tiene por revolucionario lo que hace es idealizarlo y subordinar la política autónoma del proletariado a la influencia de la pequeña burguesía.

Esta argumentación constituye un nuevo ejemplo clásico de aquella tristemente célebre manera metafísica de pensar según la fórmula: Sí — sí. no — no, y lo que va más allá es malo. La burguesía es una clase revolucionaria y lo que va más allá es malo. El campesinado es una clase reaccionaria, y lo que va más allá es malo. La apreciación del campesino en la sociedad burguesa, contenida en la cita mencionada, es indudablemente exacta en la medida en que se trate de periodos tranquilos en la existencia de dicha sociedad, periodos de los llamados normales; aunque aun dentro de estos límites adolece ciertamente de miopía y parcialidad. En Alemania, cada día ingresan a la socialdemocracia capas más numerosas no sólo del proletariado rural, sino también de los pequeños campesinos, y demuestran así que constituye hasta cierto punto un esquematismo árido y sin vida el hablar del campesinado como de una clase perfectamente unida de pequeñoburgueses reaccionarios. También en la masa todavía no diferenciada del campesinado ruso, que la revolución actual ha puesto en movimiento, se encuentran capas importantes no sólo de nuestros aliados políticos ocasionales, sino también de nuestros futuros camaradas naturales. Y renunciar ya ahora a ellos, renunciar a subordinarlos a nuestra dirección y a nuestra influencia, sería precisamente para la vanguardia de la revolución un sectarismo imperdonable.

Pero ante todo, la transposición mecánica del esquema del campesinado como capa pequeñoburguesa reaccionaria, al papel del propio campesinado

en el periodo revolucionario, es indudablemente contraria a la dialéctica histórica. En efecto, el papel del campesinado y la actitud del proletariado con respecto al mismo están condicionados, lo mismo que el papel de la burguesía, no por los deseos y los esfuerzos subjetivos de dicha clase, sino por su situación objetiva. La burguesía rusa es, pese a las declaraciones verbales y a los programas impresos del liberalismo, una clase objetivamente reaccionaria, porque sus intereses en la actual situación social e histórica requieren la liquidación lo más rápida posible del movimiento revolucionario por medio de un compromiso vergonzoso con el absolutismo. Por lo que se refiere al campesinado, éste es en la revolución actual, independientemente de toda la confusión y contradicción de sus demandas, independientemente del carácter borroso y tornasolado de sus esfuerzos, un factor objetivamente revolucionario, ya que pone en la orden del día de la revolución, en la forma más aguda, la cuestión de una subversión de la situación agraria, y plantea así una cuestión que no puede resolverse en el marco de la sociedad burguesa y que, por su esencia, va más allá de los límites de esta sociedad. Es perfectamente posible que, tan pronto como las olas de la revolución se alisen, tan pronto como la cuestión de la tierra encuentre finalmente una u otra solución según el espíritu de la propiedad privada burguesa, amplias capas del campesinado ruso se transformen en un partido pequeñoburgués declaradamente reaccionario, por el estilo de la Alianza Campesina Bávara.[21] Pero mientras la revolución perdure, mientras la cuestión de la tierra no esté resuelta, constituye no sólo un escollo político para el absolutismo, sino también una esfinge social para toda la burguesía rusa y, por consiguiente, un germen no independiente de la revolución que, en acción recíproca con el movimiento proletario urbano, le confiere amplio impulso, propio de los movimientos populares espontáneos. Resulta de ahí también ese matiz socialista utópico del movimiento campesino en Rusia, que no es en modo alguno producto de un adiestramiento artificial y de la demagogia por parte de los socialrevolucionarios, sino que ha acompañado a todos los grandes levantamientos campesinos de la sociedad burguesa. Baste recordar la guerra campesina en Alemania, y el nombre de Thomas Münzer.

397 Pero precisamente porque los movimientos campesinos son utópicos y por su esencia no tienen salida, son también totalmente incapaces de desempeñar un papel independiente, y se subordinan así, en toda situación histórica, a la dirección de otras clases más activas y decididas. En Francia, la burguesía urbana revolucionaria apoyó enérgicamente los levantamientos

[21] La Alianza Campesina Bávara había sido fundada en 1895 mediante la unión de diversas asociaciones campesinas de Baviera; ostentaba un carácter de campesinado medio y pequeño y presentaba demandas agrarias y federalistas.

del campesinado, la llamada *Jacquerie.*[22] Si en Alemania, durante la Edad Media, la dirección de las guerras campesinas fue a dar a las manos no de la burguesía progresista, sino a las de la pequeña nobleza baja, clase de oposición reaccionaria, esto fue porque la burguesía alemana, debido al retraso histórico alemán, sólo realizó la primera fase de la emancipación de clases en la forma ideológicamente pobre de la reforma religiosa, y porque, a causa de su debilidad, en lugar de festejar las guerras campesinas se asustó de ellas y se lanzó en brazos de la reacción, tal como ahora el liberalismo ruso, asustado tanto por el movimiento proletario como por el movimiento campesino, se lanza a los brazos de la reacción. Está claro que la dirección política del movimiento caótico del campesinado y la influencia a ejercer sobre el mismo, constituyen ahora en Rusia la tarca histórica natural del proletariado consciente.

398

Y si por miedo de la pureza de su programa socialista renunciara a dicho papel, volvería a estar nuevamente al nivel de una secta doctrinaria, pero no a la altura del guía histórico natural de la masa entera de víctimas desposeídas por el orden social burgués, que es lo que ha de ser de acuerdo con la teoría del socialismo científico. Recordemos aquel pasaje de Marx, en donde habla de que el proletariado está llamado a ser el campeón de todos los desposeídos.

Pero volvamos a la cuestión de la relación con la burguesía. Por supuesto, no voy a responder seriamente a las objeciones y a la crítica por parte de la Alianza. En efecto, toda la sabiduría política de la Alianza se resume. según resulta, en una tesis extraordinariamente simple, a saber: aprovechar los aspectos favorables de cada situación, sin partir de principio fijo y concreto alguno. Con semejante menguada sabiduría política quisieran los camaradas de la Alianza dejarse guiar en la revolución rusa, tanto en la relación con las fracciones en el seno de nuestro partido, como con las diversas clases. En las relaciones internas del partido, no desemboca propiamente esta oposición en la función de un centro político autónomo, sino en una política que especula, ya de antemano, con la existencia de dos fracciones distintas. Transportada al vasto océano de la revolución rusa, conduce a los resultados más lamentables. En efecto, aquí, la política patrocinada por los representantes de la Alianza se reduce a la consigna clásica, conocida desde hace tiempo, de los oportunistas alemanes, a saber: a la política de “según el caso” o, si ustedes prefieren, de un caso a otro. [Aplausos.] Esta fisonomía de la Alianza, que se ha puesto claramente de manifiesto, es importante e interesante, no tanto para su apreciación misma cuanto porque en este

[22] El más importante levantamiento de los campesinos franceses de la época feudal, la llamada *Jacquerie,* estalló en mayo del año 1358. El levantamiento iba dirigido contra la nobleza y no contaba con programa definido alguno. Fue reprimido en junio de 1358.

congreso, mediante su entendimiento y apoyo con los mencheviques, la Alianza da relieve a la tendencia de la política de estos camaradas.

El camarada Plejánov me ha reprochado que represento, en cierto sentido, al marxismo volatilizado que flota sobre las nubes. El camarada Plejánov, que es amable inclusive cuando no se lo propone, me ha hecho en este caso realmente un cumplido. Para orientarse en el curso de los acontecimientos, el marxista ha de captarlos en su conjunto, no arrastrándose en las profundidades de la coyuntura día por día u hora por hora, sino contemplándolos desde una determinada altura teórica. Y la atalaya desde la cual hay que contemplar la revolución rusa, es la evolución internacional de la sociedad burguesa de clases y el grado de madurez por ella alcanzados. El camarada Plejánov y sus amigos me han dirigido amargos reproches por el hecho de que yo habría esbozado para la Revolución actual unas perspectivas tan atrayentes y brillantes, como si al proletariado ruso no le esperaran más que victorias. Esto es totalmente inexacto. Mis críticos me prestan en este caso la concepción, que me es totalmente ajena, de que el proletariado sólo puede y debe desplegar su táctica de lucha plenamente y con la mayor decisión bajo la condición de que de antemano sólo le estén garantizadas victorias.

399

A mí me parece, por el contrario, que el jefe es malo y el ejército pobre si sólo aceptan la batalla cuando tienen la victoria en el bolsillo por anticipado. Por el contrario, no pienso profetizar al proletariado ruso una serie de victorias seguras, sino que creo, antes bien, que si conforme a su tarea histórica la clase trabajadora extiende su táctica de lucha cada vez más y en forma cada vez más decidida de acuerdo con las contradicciones cada vez más profundas y las perspectivas cada vez más amplias de la revolución, podrá encontrarse en situaciones muy complicadas y llenas de dificultades. Es más, creo inclusive que a la clase trabajadora, si se muestra a la altura de sus tareas, esto es, si lleva por medio de su actuación el curso de los acontecimientos revolucionarios hasta el límite extremo fijado por el desarrollo objetivo de las condiciones sociales, le espera en dicho límite, en forma casi inevitable, una gran derrota pasajera. Pero quiero decir que el proletariado ruso ha de poseer el valor y la decisión para enfrentarse a todo aquello que la evolución histórica Je ha reservado, que ha de desempeñar en caso necesario con respecto al ejército mundial del proletariado, aun si le cuesta sacrificios, el papel de la vanguardia que descubre nuevas contradicciones, nuevas tareas y nuevos caminos de la lucha de clases, esto es, el papel que desempeñó el proletariado francés en el siglo xix. Quiero decir que, en su táctica, el proletariado ruso no debe en absoluto dejarse guiar por cálculos de victoria o derrota, sino que debe derivarla exclusivamente de sus tareas históricas de clase, recordando que las

derrotas del proletariado que resultan del ímpetu revolucionario de su lucha de clases, no son más que fenómenos locales y pasajeros de su avance universal total, y que dichas derrotas son peldaños históricos inevitables que conducen a la victoria final del socialismo. [Aplausos.]

# ¿Y DESPUÉS QUÉ?

## I

El problema del derecho del voto en Prusia, que por más de medio siglo permaneció latente, es hoy el punto neurálgico de la vida pública alemana. Algunas semanas de una acción enérgica de masas del proletariado,[1] bastaron para remover la vieja ciénaga de la reacción prusiana y para que una fresca brisa soplase en la vida política de toda Alemania. La reforma electoral prusiana no puede de ninguna manera solucionarse por medios parlamentarios; sólo una inmediata acción de masas en la escena política puede provocar los cambios deseados y este reconocimiento es hoy más vivo y firme que nunca, después de las primeras experiencias con las manifestaciones callejeras, por un lado, y lo ocurrido en la comisión de derecho electoral de la cámara prusiana[2] por el otro.

Si las últimas e impresionantes manifestaciones callejeras significan, por sí mismas, una satisfactoria innovación en las formas de lucha externas de la socialdemocracia, y al mismo tiempo iniciaron con mucha potencia la lucha de masas por el derecho al voto en Prusia, ellas le imponen por su lado al partido, de cuya iniciativa y dirección nacen, determinados deberes. Nuestro partido, dado el movimiento de masas por él producido, debe tener un plan claro y preciso de cómo piensa proseguir dirigiendo la acción de masas iniciada. Las demostraciones callejeras, al igual que las demostraciones militares, son comúnmente la introducción a la lucha. Existen casos en los que las demostraciones alcanzan su objetivo con sólo intimidar al enemigo. Pero aún sin tener en cuenta la indudable realidad de que el enemigo, en este caso la conjunción reaccionaria de los junkers y de la gran burguesía monárquica de la Prusia alemana, no está de ninguna manera dispuesto a arriar las banderas ante las manifestaciones callejeras de las masas populares, las demostraciones pueden únicamente ejercer una presión eficaz cuando detrás de ellas está la firme determinación y disposición de

[1] Desde mediados de enero de 1910 se sucedieron en toda Alemania constantes movimientos de masas en los que cientos de miles de participantes reclamaron el derecho al voto general, igualitario, directo y secreto para todas las personas de 20 años en Prusia.

[2] El proyecto de ley para la reforma del derecho del voto prusiano propuesto por el gobierno el 5 de febrero de 1910, cediendo a la presión de la movilización popular, fue rechazado por las comisiones de la Cámara de Diputados y de la Cámara de Senadores, debido a que sólo contemplaba pequeñas modificaciones de las disposiciones electorales basadas en las tres clases. Las fuertes luchas por el derecho del sufragio llegaron a su máxima expresión en el período que va de febrero a abril de 1910, y obligaron al gobierno a retirar el proyecto de reforma de la ley, el 27 de mayo de 1910.

encarar, en caso necesario, medios más contundentes de lucha. Y para esto se necesita, ante todo, claridad en aquello que pensemos realizar en el momento en que las demostraciones callejeras se muestren como insuficientes para la realización de su objetivo directo.

401

La experiencia del partido ya ha demostrado hasta ahora la necesidad de una total claridad y determinación en este aspecto. Hace ya 2 años hemos realizado los primeros intentos de demostraciones callejeras en Prusia.[3] Y desde aquel momento las masas evidenciaron estar a la altura de la situación, apoyando entusiastamente la convocatoria de la socialdemocracia. Un fresco halo, una esperanza de nuevas y más eficientes formas de lucha, una determinación de no retroceder ante ningún sacrificio y ninguna intimidación se pusieron claramente de manifiesto en las exaltadas masas. ¿Y cuál fue el resultado final? El partido no dio ninguna nueva consigna, la acción no fue extendida y continuada: por el contrario, las masas fueron contenidas, la irritación general decayó pronto y todo quedó en la nada.

Este primer experimento debería ser para nuestro partido una pauta y una advertencia de que las manifestaciones masivas tienen su propia lógica y su psicología, con las que deben contar, como precepto obligatorio, los políticos que quieran dirigirlas. Las exteriorizaciones de la voluntad de las masas en la lucha política no se pueden mantener artificialmente en una y a la misma altura por tiempo indefinido, y encasillar en una y de la misma forma. Deben crecer, agudizarse, cobrar formas nuevas y más eficientes. La acción de masas iniciada debe desarrollarse. Y si se quiebra en la dirección del partido la decisión de dar a las masas las consignas necesarias, en el momento oportuno, entonces se apodera de ellas invariablemente una cierta frustración, el ímpetu desaparece y la acción, en sí misma, decae.

Una pequeña pero clara advertencia en este sentido ya la obtuvimos al comienzo de la actual campaña. Cuando la dirección del partido organizó en enero aquellas 62 asambleas en Berlín, con la intención de no vincularlas en realidad a *ninguna* de las demostraciones callejeras, quedamos desilusionados. Hoy sabemos que a pesar de la agitación desarrollada esas asambleas estuvieron poco concurridas y recién el 13 de febrero,[4] cuando las manifestaciones callejeras fueron planeadas de antemano, las masas siguieron entusiastas, en incontables oleadas, el llamamiento del partido.

---

[3] A fines de 1907 y principios de 1908 tuvieron lugar en Berlín y en otras ciudades de Alemania grandes manifestaciones que reclamaban la implantación de un derecho electoral democrático. Como consecuencia de estos movimientos, y a pesar del reaccionario sistema electoral de las tres clases, en junio de 1909 pudieron incorporarse al parlamento prusiano 7 socialdemócratas. entre ellos Karl Liebknecht.

[4] El 13 de febrero de 1910 se sucedieron en Berlín y en muchas ciudades de Alemania manifestaciones populares que exigían una nueva ley electoral y que fueron, disueltas, previa notificación del jefe de la policía de Berlín, Trugott von Jagow, de la prohibición de caminar por las calles.

Está claro que seguir puntualmente la nómina de un esquema que va, de asambleas sin demostraciones callejeras, a asambleas con demostraciones callejeras, y así sucesivamente, no puede realizarse en la práctica. Las masas proletarias en Berlín y en la mayoría de los grandes centros industriales de Prusia están ya tan agitadas por la socialdemocracia que la simple forma de asamblea de protesta contra la injusticia en el derecho al voto, con su habitual aceptación de resoluciones, ya no alcanzan. Las demostraciones callejeras representan hoy la menor de las manifestaciones que dan cuenta del impulso movilizador de las masas enardecidas y de la tirante situación política.

402

Pero, ¿por cuánto tiempo más? Habría que tener poca sensibilidad con la vida espiritual de las masas partidarias en el país para no ver claramente que las manifestaciones callejeras, ya después de sus primeros impulsos en las últimas semanas, desatan por su lógica interna una disposición de ánimo en las masas y al mismo tiempo crean objetivamente una situación en el campo de lucha, que las sobrepasa y que a la corta o a la larga necesitará indefectiblemente de otros pasos y medios más contundentes.

Los sucesos ocurridos en la comisión de derecho del voto al igual que en la sesión plenaria del parlamento prusiano, el hecho de que hasta el más demagógico de todos los partidos, el Partido del Centro, basándose en el bloque con los junkers[5] se permitió aniquilar toda esperanza en una ponderada reforma del derecho del voto, y todo esto como respuesta a las grandiosas demostraciones en toda Prusia, es una bofetada en la cara de las masas movilizadas y de la socialdemocracia que está a la cabeza de ellas, un golpe que de ninguna manera puede quedar sin respuesta. Una vez que la lucha abierta se ha establecido, debe proseguir, golpe por golpe, de acuerdo con la firme e inevitable lógica de la lucha misma. Una vez que la reacción ha liquidado las demostraciones de masas, al invalidar el proyecto del derecho del voto en la comisión y en la sesión plenaria, la masa debe, bajo la dirección de la socialdemocracia, saldar aquella pérdida con un nuevo avance. En una situación como la actual, una larga demora, pausas muy espaciadas entre los distintos actos de lucha, inseguridad en la elección de los medios y en la estrategia de la continuación de la lucha, significan casi tanto como una batalla perdida. Es necesario tener al enemigo sobre ascuas y no ilusionarse con que igualmente no nos hubiéramos atrevido a ir más lejos que hasta ahora, y que nos hubiera faltado el coraje de la consecuencia. Por otra parte, ya pronto las demostraciones callejeras no servirán más para satisfacer la necesidad psicológica de la disposición de

[5] El Centro, en cuyo programa oficial se pedía la aplicación en Prusia del sistema electoral vigente en el resto de) Imperio, en la Comisión parlamentaria que estudiaba este problema se alineó junto a los conservadores en contra de la introducción del derecho del sufragio directo.

lucha, la exasperación de las masas, y si la socialdemocracia no da firmemente un paso adelante, si deja pasar el momento político oportuno para suscitar una nueva reivindicación, difícilmente logrará la permanencia de las demostraciones callejeras por un largo periodo más; la acción finalmente se adormecerá y al igual que hace dos años, se escurrirá como agua en la arena. Esta misma experiencia se confirma en los ejemplos análogos de lucha en Bélgica, en Austria-Hungría,[6] en Rusia,[7] los que asimismo mostraban un inevitable crecimiento, un desarrollo de la acción de masas, y donde sólo gracias a este desarrollo obtuvieron un efecto político.

También otra circunstancia nos sirve para ofrecernos un claro indicio de que ¡jara la socialdemocracia las manifestaciones callejeras solas pasarán pronto a ser un medio superado en la ola de los acontecimientos. ¡Si hasta los demócratas burgueses, elementos libres izquierdistas de la burguesía, realizan hoy demostraciones callejeras! Evidentemente el coraje de estos políticos sin techo proviene, como es fácil advertir, de la iniciativa socialdemócrata y, evidentemente, las asambleas y manifestaciones callejeras dispuestas por estos oficiales pensionados sin ejército se llenan, en su mayor parte, y casi exclusivamente, por la masa trabajadora socialdemócrata. El hecho mismo de que las manifestaciones callejeras hayan llegado a ser un medio político de lucha y una necesidad de la burguesía democrática, basta para mostrar la imposibilidad de que sigan siendo un medio de lucha suficiente para las necesidades del frente de izquierda de la socialdemocracia. Su misión de impulsar a todos los elementos opositores a las clases poseedoras puede ser válida también en este caso para la socialdemocracia siempre y cuando, por la decisión con que lleva adelante las reivindicaciones, esté a la cabeza de la acción de aquellos elementos, que siempre se les anticipe, indicándoles el camino. Si las demostraciones callejeras son también un medio de lucha para los Breitscheid, Liszt y compañía[8] ya es hora de que la socialdemocracia piense en cuál debe ser su próximo medio de lucha.

Es así como el partido está colocado en todas partes ante la pregunta:

404

*¿Y después qué?* Dado que la última asamblea del partido en Prusia se

---

[6] En septiembre de 1905 se realizó en Austria-Hungría la primera huelga política de masas reclamando el derecho del sufragio universal. La presión de los movimientos de protesta obligó al gobierno austríaco, en enero de 1907, a presentar en el parlamento una ley sobre la introducción del sufragio universal.

[7] * Bajo la presión de la huelga política general realizada en toda Rusia en octubre de 1905, el zar debió aprobar en su manifiesto del 30 de octubre de 1905 la convocatoria de una asamblea constituyente, el establecimiento de las libertades civiles y del derecho del voto para los trabajadores, para la intelectualidad y para los pertenecientes a profesiones liberales.

[8] Rudolf Breitscheid fue hasta 1912 presidente de la Asociación Democrática, organización política liberal constituida en 1908. Se decía defensor de la aplicación de medios de lucha democráticos para la obtención del sufragio universal, medios tales como las manifestaciones callejeras El profesor Franz von Liszt fue en 1910 uno de los cofundadores del Partido Progresista del Pueblo.

desvió del camino, lamentablemente con un gesto más efectista que político,[9] es urgente buscar una respuesta a esa pregunta por el camino de una discusión en la prensa y en las asambleas. Es la propia masa de los camaradas del partido quien debe sopesar y resolver qué es lo que debe ser proseguido. Sólo entonces, y únicamente como expresión de la voluntad de las masas del partido, puede también nuestra táctica futura de lucha tener la presión necesaria y la capacidad movilizadora.

## II

Una serie de resoluciones y expresiones de la masa trabajadora socialdemócrata en distintos centros de nuestro movimiento, ya ha dado la respuesta. En Halle, en Bremen, en Breslau, en la agitada región de Hessen-Nassau, en Kónigsberg, los camaradas han expresado de viva voz el medio de lucha cuya aplicación, en las actuales luchas de masas, se le impone por sí sola al partido, y este medio es *la huelga de masas.*

Hace ya cinco años, en el congreso partidario de Jena, nuestro partido aprobó una resolución formal que proclama a la huelga de masas política como un medio de lucha aplicable también en Alemania. Como es natural, aquella resolución fue concebida principalmente como una medida de defensa, ante la eventual necesidad de proteger el ya existente derecho a voto parlamentario. Es claro que, en la lucha actual, y con relación al íntimo encadenamiento de la política interna de Prusia con la política del imperio, a las recientes provocaciones y amenazas estables de los junkers en el parlamento[10] y a toda la situación en su conjunto, se trata de luchar no solamente por el derecho del voto prusiano sino también, y en primer lugar, por el derecho del voto parlamentario. Si los junkers y sus partidarios obtienen esta vez una victoria sobre los trabajadores en el problema del derecho del voto prusiano, es indudable que se envalentonarán a punto tal que, en determinado momento, pretenderán expulsar también al odiado derecho del voto parlamentario. Y a la inversa, un fuerte y exitoso avance de las masas en el problema del derecho del voto prusiano, representará sin duda la mejor y más segura cobertura para el derecho del voto parlamentario.

405

[9] En la asamblea de la socialdemocracia prusiana, realizada en Berlín del 3 al 5 de enero de 1910, no se debatió el problema electoral, a pesar de que hubo tres mociones reclamando la aplicación de la huelga de masas como medio de lucha.

[10] El 29 de enero de 1910, en el debate parlamentario sobre el presupuesto militar, el conservador Elard von Oldenburg-Januschau hizo una directa petición al emperador reclamando la anulación de la vigencia de la constitución. En contra de esta abierta provocación, se produjeron en varias ciudades de Alemania manifestaciones de protesta.

En favor de la utilización de la huelga de masas en la actual campaña, habla más el hecho de que se trata de una acción de masas ya iniciada y cada vez más extendida, que el hecho de su natural e inevitable crecimiento, el cual en cierta forma se da por sí mismo. Una huelga de masas "prefabricada" por una simple resolución de partido, emitida una buena mañana como un escopetazo, es simplemente una fantasía pueril, una quimera anarquista. Pero una huelga de masas que sea el producto de demostraciones de masas imponentes de trabajadores, de varios meses de duración y que va creciendo hasta colocar a un partido de tres millones ante el dilema de avanzar a cualquier precio o dejar morir a la acción de masas iniciada; una huelga de masas de tales características, nacida de la necesidad interna y de la decisión de las masas que se han despertado, y al mismo tiempo de la situación política agudizada, lleva en sí misma su justificación y al mismo tiempo la garantía de su eficacia.

Evidentemente, la huelga de masas no es un medio capaz de hacer milagros que asegura el éxito bajo cualquier circunstancia. Sobre todo, la huelga de masas no debe ser contemplada como el único medio mecánico utilizable para la presión política, que puede ser empleado artificiosa y asépticamente, según una receta preestablecida. La huelga de masas no es más que la forma exterior de la acción, que tiene su desarrollo interno, su lógica, su agudización, sus consecuencias, en íntima relación con la situación política y con su desarrollo ulterior. La huelga de masas, particularmente como una corta y única huelga demostrativa, no es por cierto la última palabra de la campaña política iniciada. Pero sí es, en cambio, en el actual estado de cosas, *su palabra inicial.* Y si bien resulta imposible planificar con lápiz y papel el desarrollo ulterior, los éxitos inmediatos, los costos y sacrificios de dicha campaña, como si se tratase de la contabilidad de los costos de una operación de bolsa, no por ello deja de haber situaciones en las que el deber político de un partido, dirigente de millones, es plantear con decisión aquella consigna que es la única que permite impulsar hacia adelante la lucha por él iniciada.

En un partido como el alemán, en el que el principio de la organización y el ejemplo de la disciplina de partido se tiene en tan alto concepto, donde por lo tanto la iniciativa de las masas populares no organizadas, su capacidad de acción espontánea, por así decirlo, improvisada —que es un factor tan importante hasta el presente, con frecuencia decisivo en todas las luchas políticas de envergadura—, están casi excluidas, es al partido a quien le corresponde el ineludible deber de demostrar el valor de una organización y de una disciplina tan altamente desarrolladas, su utilidad no sólo para las elecciones parlamentarias sino también para otras formas de lucha. *Se* trata de decidir si la socialdemocracia alemana, que se apoya sobre

la más fuerte organización sindical y el ejército de votantes más grande del mundo, puede implementar una acción de masas que en la pequeña Bélgica, en Italia,[11] en Austria-Hungría, en Suecia —de Rusia ni qué hablar— han sido logradas con éxito en distintas épocas, o si en Alemania, una organización sindical que cuenta con dos millones de cabezas y un fuerte y bien disciplinado partido no puede hacer nacer, en el momento oportuno, una acción de masas efectiva tal como ocurre con los sindicatos franceses, paralizados por la confusión anarquista y por las luchas internas del debilitado partido francés.

Por otra parte, es evidente que una acción del carácter y significación de las huelgas de masas no puede ser hecha por el partido sin los sindicatos. Únicamente a través de una acción solidaria y mancomunada de las dos ramas organizativas puede ser desatada en todo el país esa enorme acción, como es la que se produce en Alemania. Desde el punto de vista sindical únicamente se toman en cuenta algunos puntos. Por un lado, la zona carbonífera occidental se halla desde hace un tiempo en fuerte efervescencia y se prepara para una gran lucha económica. Por otro lado, en distintas ramas de la producción, por ejemplo, en la construcción, las condiciones están tan tirantes que los empresarios esperan sólo un pretexto adecuado para iniciar despidos masivos en sus fábricas. A la primera ojeada estas dos condiciones pueden aparecer como un motivo poco adecuado para realizar una huelga de masas política desde el punto de vista sindical. Pero únicamente a la primera ojeada. Mirada más de cerca, el hecho de que una huelga masiva de envergadura en las minas de carbón converja con un movimiento huelguístico político, sólo puede ser provechoso para ambos. En todo gran movimiento de masas del proletariado confluyen numerosos momentos políticos y económicos, y desgajarlos artificialmente, querer en forma pedante mantenerlos separados sería una empresa inútil y perjudicial. Un movimiento sano y vital, como es la actual campaña prusiana, puede y debe nutrirse de todos los materiales sociales inflamables acumulados. Por otra parte, sólo puede ser de provecho para el problema minero, en particular, si al concluir con un éxito político más amplio logra atemorizar a los enemigos: los magnates del carbón y el gobierno. Tanto más rápidamente se verán éstos obligados a satisfacer, mediante concesiones, a los trabajadores de las minas y a tratar de aislarlos de la marea política. Pero en lo que se refiere a las amenazas de despido, sabemos por innumerables experiencias que ahí donde el interés de los

[11] El 15 de septiembre de 1904 se realizó en Milán un acto de protesta que el 17 del mismo mes se generalizó bajo la forma de una huelga general en casi toda Italia. El motivo de la huelga fue el asesinato por la policía de algunos peones rurales huelguista en Cerdeña y Sicilia. Los dirigentes sindicales resolvieron dar por finalizada la huelga el 20 de septiembre.

empresarios y su punto de vista de clase lo necesita, nunca les ha faltado excusas para un brutal despido masivo, ni una falta de pretextos medianamente apropiados les ha impedido la prosecución de actos de fuerza. Aunque una huelga de masas política se realice o no, los despidos no faltarán en la medida en que le convenga al empresariado. La falta de coincidencia en el tiempo de estos despidos con un gran movimiento político únicamente puede tener la consecuencia de que a través del auge general del idealismo, de la capacidad de sacrificio, de la energía y capacidad de resistencia del proletariado, vuelva también más resistentes a los trabajadores a los perjuicios parciales provocados por los despidos.

407 Desde el punto de vista sindical, la consideración más importante que puede deducirse de todo esto es la siguiente: la acción de una gran huelga de masas es en todo caso un gran riesgo para la existencia de las organizaciones sindicales y sus fondos. ¿Pueden y deben los sindicatos tomar sobre sí este riesgo? Por de pronto este riesgo no debe ni siquiera discutirse. ¿Pero qué lucha, que acción, qué huelga eminentemente económica no arrastra consigo un riesgo para las organizaciones de lucha de los trabajadores? Si es precisamente el desarrollo poderoso, la fuerza en número de nuestros sindicatos alemanes, lo que constituye un motivo para tomar en consideración los riesgos que implica la lucha, riesgos que organizaciones más débiles de otros países como por ejemplo Suecia e Italia están dispuestas a sobrellevar, esto sería un argumento peligroso en contra de los propios sindicatos. Pues desembocaría en la paradójica conclusión de que cuanto más grandes y fuertes son nuestras organizaciones, tanto menos posible se vuelve su accionar, dado que nos volvemos más temerosos. El motivo mismo del fuerte desarrollo de los sindicatos sería puesto en duda, ya que necesitamos las organizaciones como medio para el fin, como armamento para la lucha y no como motivo en sí mismo. Esta pregunta, por suerte, ni siquiera puede aparecer. En realidad, el temor, el riesgo que nuestras organizaciones corren, es únicamente externo puesto que las organizaciones aparecen como fuertes y sanas únicamente cuando se agudiza la lucha; después de cada prueba nacen con renovadas fuerzas y se vuelven a desarrollar otra vez. A pesar de que una huelga política de masas general, en su primera refriega, conlleve el debilitamiento o el deterioro de algunos sindicatos, después de algún tiempo no sólo renacerán las viejas organizaciones, sino que la gran acción removerá nuevas capas del proletariado y los pensamientos de la organización entrarán en un campo que hasta ahora era inaccesible para una organización sindical apacible y sistemática, o ganará para nuestras organizaciones sindicales a nuevos contingentes de proletarios, que hasta ahora están bajo dirección burguesa, en el centro, con los Hirsch-Duncker, con los evangélicos. Las pérdidas

resultarán siempre superadas por los beneficios derivados de una gran acción de masas sana y audaz. Justamente en este momento vivimos un ejemplo aleccionador de cómo, bajo determinadas circunstancias, para un movimiento sindical prudente puede llegar a ser una necesidad, una cuestión de honor, el abocarse a una gran lucha, sin sopesar con temor todas las posibilidades de las pérdidas y las ganancias. Este ejemplo se nos muestra en Filadelfia. Allí vemos entrar en la lucha a una organización que en toda la Internacional es considerada como la menos revolucionaria, audaz e imprudente, una organización en cuya cúspide está un hombre como Gompers, un frío político, lleno de desprecio por las "exageraciones" socialdemócratas y las "frases revolucionarias". Esta organización proclamará quizás en muy corto tiempo una gran huelga general para proteger, en verdad, la libertad de agremiación de 600 empleados tranviarios. No hay ninguna duda de que en esta prueba de fuerza con el capital los sindicatos norteamericanos corren un gran riesgo, pero ¿quién condenará en este caso los pasos de Gompers? ¿quién puede dejar de ver que esta gran prueba de fuerza en última instancia tendrá las más victoriosas consecuencias para el movimiento obrero norteamericano? Finalmente, a los sindicatos alemanes en su totalidad, no puede menos que resultarles de utilidad hacer sentir por una vez palpablemente su poder al capital coaligado ensoberbecido.

408

Desde el punto de vista político hay otra cosa que debe tenerse en cuenta. En 1911 tendremos elecciones en el Imperio,[12] y en ellas tiene gran importancia darle la liquidación general a las elecciones de los "hotentotes".[13] Empero nuestros enemigos han trabajado por adelantado, muy a propósito para nosotros, en la reforma financiera. Por nuestra parte no podemos fabricamos una excelente situación, sino es a través de una gran acción política de masas previa, como Alemania aún no ha conocido. A través de impulsar a las amplias masas, de elevar el idealismo y poner en tensión las energías combativas al máximo en esta acción, podremos conseguir un grado de esclarecimiento, un estado de ánimo que provocarán en ¡as elecciones venideras un tremendo Waterloo para el sistema dominante.

Desde el punto de vista sindical como desde el punto de vista político se

[12] Las elecciones parlamentarias del Imperio se realizaron el 12 de febrero de 1912. La socialdemocracia pudo elevar el número de sus mandatos a 110 (en 1907 obtuvo 43), constituyéndose así en la fracción más fuerte del Reichstag.

[13] Las elecciones al Reichstag (conocidas como elecciones de los hotentotes) se realizaron del 25 de enero al 5 de febrero de 1907. La socialdemocracia que había obtenido 3 millones de votos en 1903, alcanzó los 3.3 millones en 1907. Pero mediante las manipulaciones reaccionarias que permitía la ley electoral que en algunos estados se basaba en el sistema de las "tres clases", los 81 mandatos obtenidos en 1903 se redujeron a sólo 43 obtenidos en 1907.

nos plantea en la misma medida la consigna: *¡Primero sopesar, pero después arriesgar!* Una huelga política de masas en Alemania —pues como es lógico en este caso debemos tomar en cuenta no sólo a Prusia, dado que seguramente las masas del partido del resto del imperio correrían por sí mismas entusiastamente en su apoyo— ejercería sobre la Internacional el efecto más profundo y extendido, sería una realidad que elevaría considerable, mente la valentía, la fe socialista, la confianza, la alegría por el sacrificio del proletariado en todos los países. Es natural que consideraciones de este tipo no pueden ser *el motivo* que lleve a la socialdemocracia alemana y a los sindicatos a decidir la aplicación de las huelgas de masas, aplicación que únicamente puede derivar de la propia situación interna de Alemania. Pero en el recuento de las pérdidas y ganancias por la eventual aplicación de una huelga masiva, la consideración antedicha será seguramente mencionada. La socialdemocracia alemana fue hasta ahora para la Internacional el gran ejemplo, en el terreno de la lucha parlamentaria, de la organización, y de la disciplina partidaria. Podría quizás dar pronto un excelente ejemplo de cómo todas estas ventajosas características pueden unirse a una decidida y valiente acción de masas.

409

Sin embargo, no debe esperarse en modo alguno que un buen día, desde la dirección superior del movimiento, desde el comité central del partido y de la comisión general de los sindicatos, emane la “orden” para la huelga de masas. Los cuerpos que tienen la responsabilidad de conducir a millones de hombres son por naturaleza reticentes en las resoluciones que otros deben llevar a la práctica. Por ello la decisión de una inminente acción de *masas* únicamente puede partir de la masa misma. La liberación de la clase obrera puede ser obra únicamente de la clase obrera misma —esta frase del *Manifiesto Comunista,* indicadora del camino, tiene también validez en lo particular; también en el interior del partido de clase del proletariado cualquier movimiento grande, decisivo, debe surgir del convencimiento y decisión de la masa de militantes y no de la iniciativa de un puñado de dirigentes. La decisión de llevar al triunfo la presente lucha por los derechos electorales en Prusia apelando, según los términos del congreso partidario prusiano, *“a todos los medios”,* es decir inclusive a la huelga de masas, únicamente puede realizarse con las más amplias capas del partido. A los camaradas del partido y de los sindicatos, en cada ciudad y en cada distrito les corresponde tomar posición frente al problema de la situación actual y expresar su opinión y su voluntad en forma clara y abierta, para que la opinión de la masa trabajadora organizada pueda hacerse como un todo. Y si esto ocurre, entonces también nuestros dirigentes estarán a la altura de las circunstancias, como hasta ahora lo estuvieron siempre.

# ¿DESGASTE O LUCHA?

## I

Debido al trabajo de agitación oral al que tuve que dedicarme, respondo con bastante retraso al camarada Kautsky. Pero si mi artículo acerca de la huelga de masas y mi trabajo agitativo de abril[1] no hubiesen conseguido nada más que abrir el partido a una discusión profunda sobre los problemas de táctica, y lograr también que la prohibición de la discusión sobre la huelga de masas se rompa en nuestro órgano teórico *Neue Zeit,* yo podría darme ampliamente por satisfecha. Pues se trataba en primer término de oponerme al incomprensible intento de suprimir la discusión pública en la prensa partidaria de problemas que conmueven en lo más profundo el interés de los más vastos sectores partidarios. En este sentido debe quedar claro que con el fundamento de que la discusión sobre la huelga de masas era indeseable en la prensa partidaria, mi artículo sobre el tema no sólo había sido rechazado por nuestro órgano central *Vorwärts,* sino también por la redacción de *Neue Zeit,* quien primero lo había aceptado y compuesto para su impresión para luego devolvérmelo.

Lo equivocado de dicho intento sólo puede apreciarse si se toma en consideración que no se trata de una discusión desencadenada arbitrariamente. de la ocurrencia de una persona aislada, tal como la presenta el camarada Kautsky al iniciar su trabajo con la frase: “La camarada Luxemburgo ha puesto en discusión el tema de la huelga de masas en su artículo publicado en nuestro órgano partidario de Dortmund.” Antes que yo hubiese aparecido en primera línea con mi articulo, el problema de la huelga de masas estaba a la orden del día en una serie de centros y publicaciones partidarias de importancia.

Los camaradas de Halle, de la zona de agitación de Hessen-Nassau, habían planteado formalmente a la dirección del partido la necesidad de poner en discusión la huelga general. Los camaradas de Königsberg, Essen. Breslau, Bremen, habían decidido organizar conferencias y debates sobre la huelga de masas. En Kiel y Francfort del Meno se habían efectuado con buen éxito huelgas de masas demostrativas de medio día de duración. El camarada Pokorny de la liga minera, había mostrado la perspectiva de la

[1] En los días que van del 3 al 18 de abril de 1910, Rosa Luxemburgo había desplegado una intensa actividad propagandística participando en conferencias y actos públicos en las ciudades alemanas de Bremen, Kiel, Dortmund, Essen, Dusseldorf, Solingen, Barinen, Francfort y Hanau, agitando el tema de la huelga política de masas como instrumento fundamental de acción para lograr la reforma de la ley electoral.

huelga de masas en una asamblea pública en Essen y expresado la esperanza de que los mineros tuvieran el papel de vanguardia en las grandes luchas políticas que se avecinaban; inclusive nuestros representantes en la cámara de representantes de Prusia habían amenazado con la huelga de masas.

411

El hecho de que mi artículo haya sido reproducido por casi toda la prensa partidaria de Prusia y aun por algunas publicaciones de fuera de Prusia, muestra hasta qué punto la discusión de la huelga de masas se correspondía con el estado de ánimo y las necesidades de conjunto de los camaradas del partido. Más aún, se agrega a ello que en Kiel, en Bremen, en Francfort del Meno, en la zona industrial de Renania-Westfalia y el 1º de mayo en Colonia, en las dieciséis grandes asambleas que celebré en abril en Silesia, la consigna de la huelga de masas desencadenó una entusiasta aceptación en todas partes sin excepción. En la actualidad, como lo pude comprobar, sólo hay otra consigna que produce en las masas partidarias de Alemania una aceptación tan fervorosa: es la sólida reafirmación de nuestra posición republicana, una consigna que lamentablemente tampoco puede aparecer públicamente ni en *Vorwärts* ni en *Die Neue Zeit.* Pero también en este caso una parte de nuestra prensa provincial, desde el *Dortmunder Arbeiterzeitung* hasta el *Breslauer Volkswacht,* cumplen con sil deber.

Nunca como hasta ahora existió un ánimo de lucha tan fuerte en las más amplias masas del partido, una voluntad tan decidida de llevar hasta el triunfo la lucha ya iniciada por el derecho del sufragio, a través de la presión de las masas en la calle si fuera necesario, y un tenso interés por la idea de la huelga de masas. Sólo una publicación partidaria no ha sido afectada hasta el presente por esa disposición que reina en el país: nuestro órgano central, el *Vorwärts,* que hasta el día de hoy no ha tomado nota ni con una palabra del debate sobre la huelga de masas que se desarrolla en toda la prensa partidaria. Hay por lo tanto una masa de afiliados que ignora por completo ese debate: los camaradas de Berlín, que a través de *Vorwärts* deberían ser informados sobre el estado de ánimo y la vida espiritual del partido en el país. El órgano central pone tanto entusiasmo en el estricto cumplimiento de las directivas impartidas que borra toda mención sobre la huelga de masas de las crónicas sobre las asambleas que se realizan en Berlín. Incluso, significativamente, del despacho que publicó *Vorwärts* sobre el acto de masas de Francfort del 17 de abril que apareció sin “correcciones” en otras publicaciones partidarias, se borró cuidadosamente la frase: “La oradora suscitó una tumultuosa adhesión de los reunidos con su propagandización de la huelga de masas.” Seguramente el camarada Kautsky también recogió del *Vorwärts* su información sobre los puntos de vista de los círculos del partido, dado que bajo las actuales circunstancias

considera posible impedir la discusión abierta sobre la huelga de masas.

412

No es la primera vez por cierto que se trata de impedir la consideración pública de este problema, y creo que lo infructuoso de cada uno de esos intentos debería haber demostrado lo inútil de la empresa. El congreso de los sindicatos de Colonia ya en 1905 había prohibido la "propagandización de la huelga de masas" en Alemania. La conferencia preparatoria de los camaradas alemanes del partido realizada en Austria en 1904, previa al congreso partidario de Salzburgo,[2] había decidido igualmente que la consigna de la huelga de masas no debería ser analizada ni mencionada en ese congreso. Pero ambas decisiones fracasaron simplemente porque la socialdemocracia no es una secta constituida por un puñado de alumnos obedientes, sino un movimiento de masas en el que las cuestiones que lo agitan interiormente se hacen públicas, aunque haya quienes las quieren silenciar.

Lo que en algunos casos debe preocupamos no es el intento en sí de impedir la discusión del problema —a mi entender prohibiciones de esa índole deben ser enfrentadas, no con desencanto, sino con apacible serenidad de ánimo—, sino la concepción general de la huelga de masas que está en la base de ese intento. Pues si uno escucha los argumentos con los que se fundamenta lo perjudicial que sería en este momento la discusión pública de la huelga de masas, podría creerse que han desaparecido sin dejar rastros las enseñanzas de la revolución rusa. Todo el rico tesoro de las experiencias de ese periodo, fundamentales para la valoración de la huelga de masas y de la táctica de lucha proletaria, parecen haber sido olvidadas. Es como si todavía nos encontráramos en los hermosos tiempos de los debates con Dómela Nieuwenhuis y Cornelissen. "Si esto [la discusión de la huelga de masas —dice el camarada Kautsky—] se hace públicamente, significaría comunicarle al adversario los puntos débiles de nuestra posición. Toda la discusión sería tan conveniente como realizar un consejo de guerra acerca de la oportunidad de dar una batalla al enemigo, tan cerca de él, que éste pudiera escucharnos."

Según esto la huelga de masas sería entonces un golpe planeado cuidadosamente, elaborado en secreto por el "consejo de guerra" de la socialdemocracia —es decir por la dirección del partido y la comisión general de los sindicatos— en un cuarto cerrado, y con el cual se pretendería sorprender al enemigo, en este caso la sociedad burguesa. Ya en 1906 dirigí contra esta concepción mi folleto sobre la huelga de masas escrito por encargo de los camaradas de Hamburgo, y aquí sólo puedo

[2] El Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Austria se realizó en Salzburgo del 26 al 29 de septiembre de 1904.

repetirlo:

"Hoy día están en el mismo terreno de una concepción abstracta, ahistórica, tanto los que próximamente quieren desencadenar en Alemania la huelga de masas a través de una decisión de la dirección tomada para un día preciso del calendario, como también aquellos, que al igual que los participantes del congreso sindical de Colonia, desean eliminar de la superficie de la tierra el problema de la huelga de masas a través de la prohibición de su propagandización. Las dos orientaciones parten de la idea común, puramente anarquista, que la huelga de masas es simplemente un medio de lucha técnico, que puede ser 'decidido' o también 'prohibido' a voluntad, de acuerdo con el mejor conocimiento y conciencia, una suerte de cortaplumas que se puede tener guardado en el bolsillo 'por lo que pudiera suceder', cerrado y preparado, o que por una simple decisión se pudiera abrir y utilizar."[3]

413

A los temores del camarada Kautsky, nacidos de esta concepción que la discusión pública de la huelga de masas revelaría "los puntos débiles" de nuestra posición al enemigo, no tengo mejor forma de contestarles que con las palabras del camarada Pannekoek, que ya ha aclarado en la *Bremer Bürgerzeitung* la mayoría de los puntos débiles de la posición kautskiana:

"Hasta qué punto conduce al error esta comparación con el campo de las técnicas de guerra —escribió Pannekoek— lo demuestra el hecho de que el partido nunca procedió de otro modo que mediante la discusión en forma totalmente pública de sus puntos fuertes y sus puntos débiles. No podría haber sido de otra forma, pues la socialdemocracia no es un grupo pequeño y cerrado sino un movimiento de masas. Ahí los planes secretos no valen nada. La fuerza y la debilidad no pueden ser aumentadas ni reducidas a través del secreto ya que dependen de las condiciones políticas y sociales generales, que a su vez no pueden ser encubiertas. ¿Cómo podríamos revelarle así al enemigo nuestras debilidades? Las conoce tan bien como nosotros. Y si no las conoce, si se deja engañar sobre nuestra fuerza y la suya propia, entonces esto también se fundamenta en condiciones histórico-sociales necesarias, en las que el secreto táctico nada puede cambiar."

Pero el camarada Kautsky señala además otros efectos perjudiciales del debate público: "[...] yo lamentaría mucho" escribe, "que el artículo de la camarada Luxemburgo tuviera el efecto de encender en la prensa partidaria una discusión en la que una de las partes explicitaría sus razones para considerar a la huelga de masas como carente de perspectiva en lo inmediato. Tenga o no razón, un análisis de este tipo no estimularía para nada la acción". Ahora bien, este es un punto de vista que me resulta

[3] Véase infra. pp. 316-17.

totalmente incomprensible y que la socialdemocracia hasta ahora nunca mantuvo. Nunca hemos buscado “estimular la acción” por medio de ilusiones y el ocultamiento ante las masas del verdadero estado de cosas. Si los oponentes de la huelga de masas tienen razón con sus argumentos acerca de la falta de perspectivas de una acción de ese tipo, entonces es muy saludable y necesario escuchar esos fundamentos y aceptarlos. Si no tienen razón, es igualmente saludable y necesario que sus argumentos sean reconocidos públicamente como carentes de base. En estas circunstancias la evaluación más cuidadosa sólo puede ser de utilidad y ayudar al propio esclarecimiento del partido, llamar nuestra atención sobre las debilidades de nuestro movimiento y descubrir las tareas prácticas más urgentes de agitación o de organización.

414

Pero si lo que el camarada Kautsky tenía en vista era el peligro de que, como consecuencia de mi agitación escrita y verbal, los dirigentes sindicales fuesen alertados y apuntaran sus cañones contra la idea de la huelga de masas, entonces en mi opinión en este miedo se esconde una sobrestimación del poder de los dirigentes, que a su vez sólo puede explicarse como producto de una concepción mecánica de la huelga de masas, que es vista como un plan sorpresivo y comandado por el “estado mayor”. En realidad, los dirigentes sindicales no tienen ningún poder para impedir un movimiento de huelga de masas si éste es el resultado de las condiciones, de la agudización de la lucha, del estado de ánimo de las masas proletarias. Si en situaciones de tales características los dirigentes sindicales se ponen en contra de las aspiraciones de la masa, lo que está perdido no es el estado de ánimo de la masa sino la autoridad de los dirigentes sindicales. En realidad, hoy existe en los trabajadores un ánimo de lucha tan vivaz que la aparición pública de los estados mayores sindicales en actitud frenadora sólo tendría como resultado el despertar de la crítica y la protesta dentro de las propias filas de afiliados sindicales. Desde el punto de vista del “estímulo para la acción”, nada sería más deseable que los dirigentes sindicales aparecieran por fin públicamente con sus “cañones”, para que sus argumentos pudieran ser observados atentamente a la luz del día, lo cual permitiría comprobar hasta qué punto los líderes han quedado por detrás de las masas tanto en sus sentimientos como en sus pensamientos. Que el camarada Kautsky haya evitado a los dirigentes sindicales esta penosa labor al oponerse primero personalmente a la discusión pública para aparecer luego abiertamente en dicha discusión cuando aquello resultó inútil, tratando en cuanto teórico de la posición radical de desviar el interés por la huelga de masas hacia las próximas elecciones para el Reichstag, debe haber producido seguramente viva satisfacción en la comisión general de los sindicatos. Pero me parece dudoso que su actitud política fuera coherente

con el objetivo de “estimular la acción”.

¿Qué es entonces lo que realmente impulsó al camarada Kautsky a hacer su llamado de advertencia? ¿Cuáles eran los peligros de los que se trataba de salvar al partido? ¿Hubo alguien que pensara, por ventura, dar de hoy para mañana la orden de una huelga de masas, o existía el peligro que en el partido se despertasen ilusiones infundadas sobre el efecto milagroso de la huelga de masas, llevando irresponsablemente a las masas a una acción en la que esperaran encontrar de un golpe las soluciones para todas las cuestiones? No he podido detectar nada parecido ni en las asambleas ni en la prensa; yo. por mi parte, creo no haber dejado al respecto ningún lugar a dudas.

415

‘‘Una huelga de masas ‘prefabricada’ por una simple resolución del partido, emitida una buena mañana como un escopetazo —escribí—, es simplemente una fantasía pueril, una quimera anarquista. Pero una huelga de masas que sea el producto de demostraciones de masas imponentes de trabajadores, de varios meses de duración y que va creciendo hasta colocar a un partido de tres millones ante el dilema de avanzar a cualquier precio o dejar morir a la acción de masas iniciada; una huelga de masas de tales características, nacida de la necesidad interna y de la decisión de las masas que se han despertado, y al mismo tiempo de la situación política agudizada, lleva en sí misma su justificación y al mismo tiempo la garantía de su eficacia.

“Evidentemente, la huelga de masas no es un medio capaz de hacer milagros, que asegura el éxito bajo cualquier circunstancia. Sobre todo, la huelga de masas no debe ser contemplada como el único medio mecánico utilizable para la presión política, que puede ser empleado artificiosa y asépticamente, según una receta preestablecida. La huelga de masas no es más que la forma exterior de la acción, que tiene su desarrollo interno, su lógica, su agudización, sus consecuencias, en íntima relación con la situación política y con su desarrollo ulterior. La huelga de masas, particularmente como una corta y única huelga demostrativa, no es por cierto la última palabra de la campaña política iniciada. Pero sí es, en cambio, en el actual estado de cosas, *su palabra inicial.* Y si bien resulta imposible planificar con lápiz y papel el desarrollo ulterior, los éxitos inmediatos, los costos y sacrificios de dicha campaña, como si se tratase de la contabilidad de los costos de una operación de bolsa, no por ello deja de haber situaciones en las que el deber político de un partido, dirigente de millones, es plantear con decisión aquella consigna que es la única que permite impulsar hacia adelante la lucha por él iniciada.”

Y para terminar, decía yo con absoluta claridad cuál era, a mi entender, el

punto fundamental:

"Sin embargo, no debe esperarse en modo alguno que un buen día, desde la dirección superior del movimiento, desde el comité central del partido y de la comisión general de los sindicatos, emane la 'orden' para la huelga de masas. Los cuerpos que tienen la responsabilidad de conducir a millones de hombres son por naturaleza reticentes en las resoluciones que otros deben llevar a la práctica. Por ello la decisión de una inminente acción de *masas* únicamente debe partir de la masa misma. La liberación de la clase trabajadora debe ser obra únicamente de la clase trabajadora misma —esta frase del *Manifiesto Comunista,* indicadora del camino, tiene también validez en lo particular; también en el interior del partido de clase del proletariado cualquier movimiento grande, decisivo, debe surgir del convencimiento y de la decisión de la masa de militantes y no de la iniciativa de un puñado de dirigentes. La decisión de llevar al triunfo la presente lucha por los derechos electorales en Prusia, apelando según los términos del congreso partidario prusiano, *a todos los medios,* es decir inclusive a la huelga de masas, únicamente puede realizarse con las más amplias capas del partido. A los camaradas del partido y de los sindicatos en cada ciudad y en cada distrito les corresponde tomar posición frente al problema de la situación actual y expresar su opinión y su voluntad en forma clara y abierta, para que la opinión de la masa trabajadora organizada pueda hacerse escuchar como un todo. Y si esto ocurre, entonces también nuestros dirigentes estarán a la altura de las circunstancias, como hasta ahora lo estuvieron siempre."

416

Es decir, que el principal objetivo perseguido era que las masas se ocuparan del problema de la huelga de masas y tomaran posición frente a ella. Si la huelga de masas era posible, adecuada, necesaria, surgiría de la situación y de la posición de las masas. La actuación del camarada Kautsky, por el contrario, desde el punto de vista de una concepción marxista aparece como realmente peculiar. El camarada Kautsky fundamenta toda su teoría de la "estrategia de desgaste" en el hecho de que no ahora, pero después de las elecciones del Reichstag del próximo año, podríamos encontrarnos en una situación donde estemos obligados a aplicar la huelga de masas. Más adelante acepta que "por un hecho imprevisto, como una masacre después de una manifestación callejera", puede hacerse necesaria la huelga de masas en forma totalmente espontánea. Incluso llega a escribir: "Desde la existencia del Imperio Alemán las contradicciones sociales, políticas e internacionales nunca estuvieron tan tensas como ahora [.. nada más fácil que pensar en sorpresas que todavía antes de las próximas elecciones para el Reichstag lleven a grandes descargas y catástrofes en las que el proletariado se vea impelido a la utilización de todas sus fuerzas y

medios de lucha. En *esas* condiciones una huelga de masas bien podría estar en situación de barrer con el régimen existente.”

Pero esto es así aunque sólo exista una única posibilidad de que la huelga de masas sea utilizada en Alemania en el futuro próximo, entonces va de suyo que es nuestro deber explicitar también esta eventualidad ante las masas, despertar ya ahora la simpatía por esta acción en los más amplios círculos del proletariado, para que la masa trabajadora no se vea sorprendida, para que no entre en acción ciegamente, por razones afectivas, sino con plena conciencia, bajo la segura convicción de su propia fuerza y, en lo posible, en imponentes conjuntos masivos. Se trata que la masa misma esté madura para todas las eventualidades, que ella misma determine sus acciones, y no que espere de arriba la señal de batuta “en el momento apropiado”, “confiando en su magistrado, que piadosa y amorosamente guarda al Estado a través de un actuar clemente, ilustre y sabio”, mientras que a la masa partidaria lo que siempre le corresponde es “callarse la boca”. La concepción marxista consiste precisamente en la consideración de la masa y de su conciencia como factores determinantes de todas las acciones políticas de la socialdemocracia. En el espíritu de esta concepción también las huelgas de masas políticas —como toda la lucha por el derecho del sufragio— no es finalmente otra cosa que un medio de esclarecimiento de clases y la organización de las capas más amplias del proletariado. Desde el punto de vista de la doctrina marxista resulta un enigma absoluto que se pueda pensar en la posibilidad de la realización de acciones de ese tipo en un futuro próximo y que, simultáneamente, se prohíba a la masa que tome en consideración ese problema, como si se tratara de impedirle que juegue con fuego; pero tampoco la moderna o antigua estrategia de la guerra permite explicarnos ese enigma.

417

## II

En estrecha relación con esta idea de la huelga de masas, en cuanto acción que se rige por las decisiones de un comando de la huelga general, también está la cuidadosa diferenciación que realiza el camarada Kautsky entre las distintas formas de huelgas: huelgas demostrativas, huelgas coercitivas, huelgas económicas, huelgas políticas. El camarada Kautsky exige que se las diferencie estrictamente, pues ante una falta de claridad de la propaganda, las masas podrían entendernos mal y en lugar de una huelga demostrativa planificada, podríamos efectuar sin quererlo una “huelga coercitiva” inapropiada; la mezcla de exigencias económicas (e inclusive una movilización por la jornada de ocho horas) con el movimiento por los

derechos del sufragio, sólo podría perjudicarlas.

Ahora bien, esta división estricta y esquemática de la huelga de masas, con tipos y subtipos, pueden tener sentido en el papel y bastar también para la vida parlamentaria. Pero apenas comienzan las grandes acciones de masa y los periodos políticos tormentosos, la clasificación es descompaginada totalmente por la vida misma. Por ejemplo, este fue el caso de Rusia, donde las huelgas demostrativas y las huelgas combativas se alternaban continuamente, y donde el incesante y multifacético efecto de la acción económica y política constituía justamente lo característico de esa lucha revolucionaria y la fuente de su fuerza interna. El camarada Kautsky descarta ciertamente el ejemplo de Rusia porque "allí entonces reinaba la revolución". Dado que los acontecimientos rusos caen bajo el rubro "revolución", las enseñanzas de las luchas rusas no pueden tener validez para otros países. Pero a medida que también en Alemania nos acercamos a épocas de tormentosos enfrentamientos del proletariado con la reacción dominante, tanto más válidas resultan para nuestras condiciones las manifestaciones de una situación revolucionaria.

Pero nosotros ni siquiera necesitamos mirar hacia Rusia para entender lo inadecuado de ese esquema tan exangüe. Pues lo mismo nos demuestra la historia de la lucha por los derechos del sufragio en Bélgica, donde no hubo ni una guerra ni una revolución. El camarada Kautsky opina que "hasta el momento la vida ha sido tan pedante" como para mantener rigurosamente diferenciadas la lucha económica y la política, que por lo menos, "en las luchas de Europa occidental por el derecho del sufragio el momento económico y el momento político hasta ahora se han mantenido estrictamente separados". El camarada Kautsky se encuentra en un error.

418

El movimiento belga por el derecho del sufragio se inició en 1886, precisamente a partir de todo un torrente de luchas económicas. En su comienzo fue una elemental huelga de mineros la que dio la señal para el levantamiento. A la huelga de los mineros le siguieron otras huelgas prácticamente en todas las ciudades y ramas de la producción, en las que las exigencias salariales estaban en primer plano. De estas luchas puramente gremiales nació en Bélgica el movimiento de masas por el derecho del sufragio universal. A la exigencia salarial pronto se le acopló en todas partes la exigencia del derecho electoral, y utilizando la gran agitación por la lucha económica, la joven socialdemocracia belga pudo organizar el 15 de agosto de 1886 en Bruselas su primera demostración de masas en favor del sufragio universal. Volvió a ocurrir lo mismo más tarde. La gran huelga de masas política del año 1891, que arrancó del gobierno un proyecto sobre derechos del sufragio, se produjo en relación con la lucha por la jomada de ocho horas, en particular debido al impulso inmediato de la fiesta de mayo, y fue

el efecto de una serie de acciones sindicales. Nuevamente una gran huelga salarial de los mineros, a la que siguieron huelgas en las siderurgias y acerías, y luego paros de los carpinteros de obra, trabajadores portuarios, y otros; a partir de los dirigentes partidarios belgas de esa época, se llevó a cabo la primera huelga por el derecho del sufragio, que también fue la que obtuvo el primer éxito. Después que las concesiones que hizo el gobierno permitieran la finalización de esta huelga de masas política, los mineros en Charleroi continuaron todavía su huelga para obtener una reducción de la jomada de trabajo y un aumento de salario. A todo lo largo del año 1892 se mantuvo en la industria belga una crisis larvada que generó una gran agitación en la masa trabajadora, varias huelgas para oponerse a reducciones salariales, y a fin de ese año a un importante desempleo. El 8 de noviembre de 1892, el día de la apertura de las cámaras, el partido organizó en todas las fábricas de Bruselas una huelga demostrativa de masas. Y en diciembre de ese mismo año la socialdemocracia belga hizo suyo el problema del desempleo y realizó imponentes manifestaciones de desocupados.

De esta manera, en una interacción alternada de huelgas demostrativas y huelgas "coercitivas", de acción económica y acción política, se fue preparando la siguiente huelga de masas por el derecho del sufragio y el combate decisivo del año 1893. Si el camarada Kaustky trata ahora cuidadosamente de empequeñecer también este triunfo, al señalar que "hasta hoy Bélgica no posee el derecho del sufragio universal", este hecho por todos conocido sería sólo un argumento en contra de quien recomendase la huelga de masas política como un milagroso remedio curalotodo que, por ejemplo, según la receta anarquista, permitiría la obtención de todos los triunfos de un solo golpe. Sin embargo, por ahora de lo único que se trata es de si la huelga de masas fue *o no* un medio excelente para permitir al proletariado belga el acceso al parlamento y para conquistar desde el punto de partida, en la primera elección, un quinto de todos los mandatos y de si en este movimiento por el derecho del sufragio las luchas económicas no han desempeñado un papel de primer plano, constituyendo el punto de partida y la base de la huelga de masas política.

419

Pero también nuestras propias experiencias pasadas contradicen la suposición del camarada Kautsky. En estos momentos tenemos la gran lucha del gremio de la construcción. Según el esquema consignado, nosotros deberíamos separar estrictamente esta lucha económica de nuestro movimiento por el derecho del sufragio, y probablemente habría que haber evitado esta lucha por perjudicial a los intereses de dicho movimiento. En realidad esa división es imposible de realizar y sería probablemente la mayor estupidez que podríamos cometer. Por el contrarío, en cada asamblea por el

derecho del sufragio se llega a hablar naturalmente del lock-out en la construcción, los obreros en paro constituyen una parte de nuestro público en cada asamblea y manifestación, y por el efecto de la impresión que produce la brutalidad del capital en el gremio de la construcción, toda palabra de crítica a las condiciones imperantes despierta un eco más vivo en las masas. En una palabra, la prueba de fuerza en el gremio de la construcción ayuda a elevar el ánimo de combatividad por el derecho del sufragio, y a la inversa, la simpatía general, la agitación generalizada de las masas en la lucha por el derecho electoral, beneficia a los obreros de la construcción.

En la práctica nosotros ya hemos cometido un pecado de este tipo contras el esquema expuesto, al unir la lucha por el derecho del voto con la fiesta del lo. de mayo, es decir, con la lucha por la jornada de ocho horas, al convertir directamente la fiesta del lo. de mayo en una demostración por el derecho del voto. Lo cierto es que todo el mundo comprende que este nexo era una exigencia muy simple de la táctica socialdemócrata, y que nuestra lucha en Prusia por el derecho del voto adquiere su marco adecuado como lucha de clases proletaria, justamente por su unión con las consignas del lo. de mayo del socialismo internacional.

Aquí es donde reside precisamente el punto principal de la cuestión. Si nosotros queremos llevar nuestro movimiento prusiano por el derecho del sufragio sólo como una lucha constitucional política en el sentido del liberalismo burgués y en alianza con el mismo, entonces es correcta la separación estricta de este movimiento de todas las luchas económicas contra el capitalismo. Pero entonces la huelga de masas estrictamente política también está condenada al fracaso desde un comienzo como medida parcial, como lo muestra el destino de las huelgas de masas belgas del año 1902, que por otra parte quizás puedan explicarle al camarada Kautsky por qué, "por otra parte, hasta hoy Bélgica no posee el derecho del sufragio *universal".* Si por el contrario queremos conducir la lucha por el derecho del sufragio en el sentido de una táctica proletaria, es decir, como un aspecto parcial de nuestra lucha de clases socialista general, si queremos fundamentarla en una crítica amplia de las relaciones de clase económicas y políticas generales, y basarla únicamente en la fuerza propia y en la acción de clase del proletariado, entonces resulta claro que una "separación estricta" de los intereses económicos y las luchas del proletariado se contradice con los fines, resultando inclusive imposible. Así habría que paralizar artificialmente la fuerza y el ímpetu del movimiento por el derecho del sufragio, empobrecer su contenido, si no quisiéramos incorporar al mismo todo aquello que toca los intereses vitales de las masas trabajadoras, todo lo que vive en el corazón de estas masas.

El camarada Kautsky habla justamente aquí con las palabras de aquella concepción pedante, estrecha, del movimiento por el derecho del sufragio, que ya nos ha dañado: cuando en los años 1908 y 1909 vivimos el primer huracán de manifestaciones en el movimiento por el derecho del sufragio, la masa trabajadora acababa de comenzar a sentir los horrores de la crisis económica. En Berlín reinaba un desempleo terrible que se manifestaba en agitadas asambleas de desocupados. En lugar de dirigir este movimiento de desocupados hacia el remolino de la lucha por el derecho del sufragio, en lugar de unir el reclamo de pan y trabajo con la exigencia de un derecho del sufragio igualitario, por el contrario se separó estrictamente la cuestión de los desocupados de la cuestión del derecho del voto y el *Vorwärts* se tomó el máximo trabajo en alejar públicamente a los desocupados del movimiento por los derechos electorales. Según el esquema del camarada Kautsky, esto fue una sabia maniobra de *estrategia de desgaste;* según mi concepción fue una violación del deber más elemental de una táctica verdaderamente proletaria, y uno de los medios más eficaces para paralizar rápidamente el movimiento de manifestaciones de esa época.

Cuando el camarada Kautsky apoya nuevamente la separación estricta del movimiento por el derecho del sufragio de las grandes luchas económicas de masas sustenta a nivel teórico precisamente aquel espíritu del partido, a partir del cual se explica la inclinación de los círculos directivos a realizar en lo posible sólo demostraciones con gente organizada, aquel espíritu que considera a todo el movimiento por el derecho del sufragio como una maniobra efectuada bajo un comando severo de las instancias superiores de acuerdo con planes y directivas exactas, en lugar de ver en el mismo un gran movimiento histórico de masas, fragmento de la gran lucha de clases que se nutre de todo aquello que constituye la actual contradicción entre el proletariado y el Estado clasista dominante.

En una palabra, el camarada Kautsky fundamenta teóricamente los prejuicios y las limitaciones de la concepción de nuestros círculos dirigentes, que sin necesidad de su aporte ya se interponen en el camino de toda acción política de masas de cierta envergadura y audacia en Alemania, y cuya superación es una exigencia de los intereses más urgentes del actual movimiento por los derechos electorales.

421

## III

Consideremos el problema fundamental.

El camarada Kautsky trata de analizar el problema de si hoy en Alemania se puede pensar en una huelga de masas, a partir de una teoría general

sobre estrategias. La *estrategia del asalto directo* habría sido la adecuada para las clases revolucionarias hasta la Comuna de París, pero desde ese momento habría tomado su lugar la *estrategia de desgaste.* A esta estrategia de desgaste la socialdemocracia alemana debería agradecer todo su crecimiento y los brillantes éxitos logrados hasta el presente, y nosotros no tendríamos ningún motivo para abandonar ahora esta estrategia triunfante con una huelga de masas, pasando así a la estrategia del asalto directo. Las consideraciones del camarada Kautsky sobre las dos estrategias y las ventajas de la estrategia de desgaste son obviamente los pilares fundamentales de su argumentación. De este modo el camarada Kautsky da a su posición la máxima autoridad al identificar directamente su *estrategia de desgaste* con el *testamento político* de Friedrich Engels. [4] Lamentablemente toda la argumentación sólo se basa en una nueva *palabra,* una etiqueta nueva para cosas viejas y bien conocidas. Pero si este nombre nuevo y mistificador es dejado de lado, la discusión ya tiene poco que ver entonces con Friedrich Engels. ¿Qué es lo que hay de concreto detrás de esa supuesta "estrategia de desgaste", que el camarada Kautsky alaba tanto y a la que la socialdemocracia alemana debe los más brillantes éxitos logrados hasta el momento? La utilización de los medios parlamentarios del Estado burgués para la lucha de clases cotidiana, para el esclarecimiento, la reunión y la organización del proletariado. Pero para esta "nueva estrategia" las bases ya estaban echadas en Alemania no desde la Comuna de París, sino desde casi un decenio antes, a través de la agitación de Lassalle que, como dice Engels, no era más que un ejecutor de las directivas del *Manifiesto Comunista.* Esta táctica la recomienda y de hecho la fundamenta Friedrich Engels en su famosa Introducción a *La lucha de clases en Francia.* Pero en Jugar de construir esquemas generales sobre estrategias como el camarada Kautsky. Engels dice muy claramente en qué consiste la táctica que él recomienda, pero más particularmente, contra qué otra táctica está ella dirigida. "Hasta aquella fecha [1848] todas las revoluciones se habían reducido al derrocamiento y sustitución de una determinada dominación de clase por otra; pero todas las clases dominantes anteriores sólo eran pequeñas minorías, comparadas con la masa del pueblo dominada. Una minoría dominante era derribada, y otra minoría empuñaba en su lugar el timón del Estado y amoldaba a sus intereses las instituciones estatales.[5] Como todas estas transformaciones eran en realidad revoluciones de minorías, las mismas se llevaban a cabo utilizando el factor sorpresa. En 1848 se esperaba poder iniciar una

[4] Véase Friedrich Engels, *Introducción a la lucha de clases en Francia,* conocida en los medios socialdemócratas alemanes como el "testamento político" de Engels en Marx-Engels, *Obras escogidas,* ed. cit, t. I.

[5] Véase la *Introducción* de Engels, ibid., p. 108.

transformación socialista siguiendo el mismo camino del golpe de mano a cargo de una minoría revolucionaria.

422

"La historia —dice Engels— nos ha dado un mentís a nosotros y a cuantos pensaban de un modo parecido. Ha puesto de manifiesto que. por aquel entonces, el estado del desarrollo económico en el continente distaba mucho de estar maduro para poder eliminar la producción capitalista", que era imposible, "en 1848, conquistar la transformación social simplemente por sorpresa".[6] Se hizo claro que sólo se podrían lograr las condiciones objetivas para la transformación socialista en el largo proceso de desarrollo de la sociedad burguesa, y la preparación del proletariado para su misión en esta transformación sería el resultado de una lucha de clases cotidiana larga y tenaz. "La época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado. Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social, tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida. Esto nos lo ha enseñado la historia de los últimos cincuenta años. Y para que las masas comprendan lo que hay que hacer, hace falta una labor larga y perseverante. Esta labor es precisamente la que estamos realizando ahora, y con un éxito que sume en la desesperación a nuestros adversarios." Y aquí Engels hace resaltar como el arma más apropiada en este sentido la utilización del derecho del sufragio universal: "Con este eficaz empleo del sufragio universal entraba en acción un método de lucha del proletariado totalmente nuevo, método de lucha que se siguió desarrollando rápidamente."[7]

Por el otro lado, Engels muestra cómo también habían empeorado las condiciones internacionales para las posibilidades de sorpresas revolucionarias del viejo cuño. "Pues también en este terreno habían cambiado sustancialmente las condiciones de la lucha. *La rebelión al viejo estilo, la lucha en las calles con barricadas,* que hasta 1848 había sido decisiva en todas partes, estaba considerablemente anticuada."[8] Después que Engels aclara el aspecto técnico-militar de la lucha de barricadas en las condiciones modernas, dice: "Mantener en marcha ininterrumpidamente este incremento [el de la socialdemocracia alemana como se da gracias al aprovechamiento del derecho del sufragio universal], hasta que desborde por sí mismo el sistema de gobierno actual... tal es nuestra tarea principal. Y sólo hay un medio para poder contener momentáneamente el crecimiento constante del ejército socialista en Alemania e incluso para llevarlo a un

[6] Ibid., pp. 109 y 110.
[7] Ibid., p. 114.
[8] Ibid., p. 115.

retroceso pasajero: un choque en gran escala con las tropas, una sangría como la de 1871 en París." [9] De ahí que la burguesía busque desesperadamente inducimos a ello. Pruebas: el proyecto de golpe de estado.

423

Este es el "testamento político" de Friedrich Engels, tal como se lo publicó hace quince años en el momento en que aparecía el proyecto carcelario.[10]

Explícita y claramente critica al socialismo utópico premarxiano, que creía posible llegar al objetivo final por medio de una lucha de barricadas, y le contrapone la moderna lucha cotidiana socialdemócrata, que aprovecha sobre todo el parlamentarismo.

Y ahora pregunto: ¿Qué tiene que ver este "testamento" de Engels con la situación actual y con nuestro debate sobre la huelga de masas? ¿Es que por ventura alguien ha pensado en la introducción sorpresiva del socialismo a través de la huelga de masas? ¿O es que a alguien se le ha ocurrido trabajar en la dirección de una lucha de barricadas, de "un choque en gran escala con las tropas"? ¿O, finalmente, pensó quizá alguna persona en agitar en contra de la utilización del derecho del sufragio universal, o contra, el aprovechamiento del parlamentarismo?

Está claro: cuando el camarada Kautsky saca a relucir el "testamento"' de Engels en contra de la utilización de la consigna de la huelga de masas en la actual lucha por el derecho del sufragio universal en Prusia, nuevamente libra un combate imaginario y exitoso contra el *fantasma anarquista* de la huelga de masas, y son evidentemente los sonidos congelados de la trompeta de Dómela Nieuwenhuis los que bruscamente lo han espantado lanzándolo a su cruzada. Por otra parte, en la medida en que critica la táctica envejecida de las sorpresas, el "testamento" de Engels se vuelve en todo caso contra el camarada Kautsky mismo, que considera a la huelga de masas como un golpe sorpresivo planificado secretamente por el "consejo de guerra".

Lo poco que la "estrategia de desgaste" defendida por el camarada Kautsky tiene que ver realmente con el "testamento político" de Engels lo demuestra una circunstancia graciosa. Simultáneamente con el camarada Kautsky, en los *Sozialistischen Monatsheftenf*", [11] Bernstein aparece

---

[9] Ibid., p. 120.

[10] El 20 de junio de 1899 el gobierno había presentado al parlamento un proyecto de ley "para protección de las relaciones laborales y gremiales", que dio en llamarse proyecto de ley carcelaria, dirigida contra el creciente movimiento huelguístico y que apuntaba a la eliminación del derecho de asociación y de huelga de los trabajadores. A raíz de poderosas acciones de masa este proyecto de ley pudo ser rechazado el 20 de noviembre de 1899 en el parlamento, en contra de los votos de los conservadores.

[11] Eduard Bernstein, "Die Potenz politischer Massenstriks" en *Sozialistische Monatshefte,* Berlín, 1910,

oponiéndose a la consigna de la huelga de masas en la actual situación. Con los mismos argumentos y en algunos lugares coincidiendo casi palabra por palabra con el camarada Kautsky, Bernstein quiere demostrar la estricta separación entre huelga demostrativa y "huelga coercitiva", así como entre huelga gremial y huelga política y se descarga contra los "jugadores" que ahora arrojan a las masas la peligrosa consigna de una "huelga coercitiva". Una táctica de este tipo no es adecuada para "los representantes del movimiento de la clase obrera, que lleva en sí la convicción de su ascenso social, pero para la que la *actividad organizada incesantemente* ha demostrado ser, en Alemania, el medio más seguro de este ascenso".[12] ¿Correr el riesgo de una huelga de masas? "Para ello realmente no habría motivos dado que el movimiento obrero alemán ha avanzado, quizá lenta pero constante y seguramente, en el camino por él visualizado". Bernstein, no Engels, defiende aquí la "estrategia de desgaste" del camarada Kautsky. Esta estrategia de desgaste representa sin embargo algo totalmente distinto del contenido del testamento de Engels.

424

La huelga de masas tal como se la debate actualmente en la lucha por el derecho del sufragio en Prusia, no fue pensada por nadie en *contraposición* al parlamentarismo, sino como su complemento, incluso como un medio de conquistar derechos parlamentarios. No como una cosa contrapuesta con la tarea cotidiana de adoctrinamiento, esclarecimiento y organización de las masas proletarias. Gomo el camarada Kautsky opone la huelga de masas así concebida con nuestra vieja y probada táctica del parlamentarismo, en realidad lo único que hace es recomendar por ahora y para la situación actual nada más que *parlamentarismo *,* se contrapone entonces no con el socialismo utópico de las barricadas, como hacía Engels, sino contra la acción de masas socialdemócratas del proletariado para la conquista y el ejercicio de sus derechos políticos.

En los hechos, el camarada Kautsky —este es el pilar fundamental de su estrategia de desgaste— nos remite con insistencia a las próximas elecciones para el Reichstag. De estas elecciones para el Reichstag deben esperarse todas las soluciones. Con toda seguridad ellas aportarán un triunfo extraordinario, crearán una situación totalmente nueva, dándonos una base más amplia para la lucha; por sí solas pueden producir las condiciones en las que podamos pensar en una "estrategia de derrota", es decir simplemente en una acción de masas; determinarán una "catástrofe de todo el sistema gubernamental imperante"; es por ello que ahora nos ponen "en el bolsillo la llave para esa importante situación histórica". En una

---

vol. I, pp. 428-88.

[12] Ibid; p. 486.

palabra, el cielo de las próximas elecciones para el Reichstag se presenta tan lleno de regalos que seríamos imperdonablemente irresponsables si pensáramos ahora en una huelga de masas, frente a la perspectiva de un triunfo futuro mediante la boleta electoral, de un triunfo tan seguro que ya lo "tenemos en el bolsillo".

Yo no creo que sea bueno y conveniente pintar al partido en tan brillantes colores nuestro próximo triunfo en las elecciones del Reichstag. Pienso más bien que sería más aconsejable prepararnos para las elecciones como siempre con todo entusiasmo y energía, pero sin crear expectativas exageradas. Si triunfamos, la medida de ese triunfo ya la iremos a experimentar. Saborear los triunfos futuros por adelantado no está en el modo de ser de los partidos revolucionarios serios, y yo comparto el punto de vista del camarada Pannekoek que sostiene que sería mejor ni mencionar siquiera perspectivas tan fantásticas como la duplicación de nuestro número de votos.

425

Pero ante todo: ¿qué tiene que ver nuestro futuro triunfo en las elecciones para el Reichstag con la cuestión de la lucha actual por el derecho del sufragio en Prusia? El camarada Kautsky opina que si las elecciones para el Reichstag no tienen lugar se crearía "una situación totalmente nueva". No queda claro en qué consistiría esta nueva situación. Si no vivimos con la esperanza fantástica de que pronto tendremos la mayoría de los mandatos, si nos mantenemos con los pies en la tierra tomando incluso como perspectiva el supuesto de un crecimiento de nuestro bloque hasta unos 125 integrantes, ello no significará ningún cambio total de la situación política. En el Reichstag seguimos siendo una minoría que se enfrenta con una cerrada mayoría reaccionaria; no creo que el camarada Kautsky piense que nuestro triunfo electoral pueda tener un efecto tan tremendo sobre la reacción prusiana que obligue a ésta a concedernos espontáneamente el derecho del sufragio igualitario en Prusia. Hay una sola cosa que puede constituir la situación "totalmente nueva": el golpe de Estado, la eliminación del derecho del sufragio para el Reichstag. Entonces, sostiene el camarada Kautsky, hemos de proceder con todos los medios, incluso con la huelga de masas. La "estrategia de desgaste", que hoy se contrapone a una acción de masas mayor, está enlazada con una especulación de golpe de Estado que será el que nos capacite para la realización de acciones mayores. Ahora bien, este pronóstico especulativo tiene en común con todas las especulaciones de este tipo que se trata de música futurista. Si el golpe de Estado no se produce sino que continúa este avance de curso zigzagueante —y el camarada Kautsky mismo debe reconocer que *éste* es el resultado más probable de las elecciones para el Reichstag— entonces se derrumba toda la combinación, relacionada con la "situación nueva" y nuestras

grandes acciones. Obviamente si no buscamos aguzar nuestra táctica en base a las elecciones para el Reichstag y el golpe de Estado, si no queremos planificar en base a ciertas combinaciones futuras, entonces podrá dejamos bastante fríos la cuestión de si conquistaremos más o menos mandatos en las próximas elecciones, y si con ello el golpe de Estado se producirá o no. Si simplemente en cada momento *del presente* cumplimos con nuestro deber, si realizamos en cada instante la máxima agitación y esclarecimiento de las masas, poniéndonos a la altura de las circunstancias y sus exigencias, saldaremos favorablemente nuestras cuentas en cualquier desarrollo ulterior de los acontecimientos. Si, por el contrario, hacemos como el camarada Kautsky, que quiere fundamentar toda una "estrategia de desgaste" para hoy en la perspectiva de las grandes acciones de la "estrategia del asalto directo" del año próximo, dependiendo éste, además, de un eventual golpe de Estado, entonces nuestra "estrategia" adquiere un cierto parecido con la de los demócratas pequeñoburgueses franceses, que Marx caracterizó tan genialmente en *El dieciocho Brumario:* de las cosas a medias y las derrotas del presente se solían consolar con la esperanza de grandes acciones en la próxima coyuntura. "Y del 13 de junio se consuelan con este giro profundo: Pero si se osa tocar el sufragio universal, ¡ah, entonces! ¡Entonces verán quiénes somos nosotros! 'Nous verrons'."[13]

426

## IV

Por otra parte la protesta del camarada Kautsky en nombre de la "estrategia de desgaste", que pone todas sus esperanzas en las próximas elecciones para el Reichstag, llega bastante tarde. No debería haber dirigido su llamado de advertencia contra la actual discusión sobre la huelga de masas, sino antes todavía contra las manifestaciones callejeras, inclusive contra todo el movimiento por el derecho del sufragio en Prusia, que fue impulsado por el congreso partidario prusiano de enero.[14] En este congreso se formuló ya con insistencia el punto de vista directriz de toda la campaña por el derecho del voto, es decir que la reforma del sistema electoral prusiano no se podría lograr por medios parlamentarios —ni a través de la actividad dentro del parlamento, ni por medio de elecciones para el parlamento—, sino única y exclusivamente a través de la agudización de las acciones de masa a lo largo del país. "Se trata de convocar a una movilización del pueblo en la mayor escala posible", declaró allí el

[13] Karl Marx, "El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte", en *Obras escogidas,* cit., t. I, p, 253.

[14] El congreso de la social democracia prusiana se realizó en la ciudad de Berlín del 3 al 5 de enero de 1910.

informante, que fue aplaudido vivamente, “si no, los que han sido despojados de sus derechos se verán lamentablemente engañados y estafados. Y lo que es peor aún, nosotros mismos tendríamos que culpamos de que el pueblo fuera trampeado de ese modo”.

En el congreso partidario ya habían sido presentadas cinco mociones —de Bratislava, Berlín, Spandau-Osthavelland, Francfort del Meno y Magderburgo— pidiendo el empleo de medidas más agudas, manifestaciones callejeras y huelgas de masas. La resolución que posteriormente tuvo aceptación unánime plantea la perspectiva de la utilización en la lucha por los derechos del sufragio de “todos los medios al alcance”, y el informante hizo sobre esto el siguiente comentario en su discurso: “Mi resolución ha tomado distancias explícitamente para no mencionar las manifestaciones callejeras o la huelga de masas política. Pero esta resolución debe representar —deseo que el congreso partidario también lo interprete así— que estamos decididos a utilizar todos los medios a nuestro alcance.” El *momento* en que se aplicarán *estos* medios depende siempre “del grado de entusiasmo desencadenado en las masas por nuestro esclarecimiento y agitación. Tenemos que poner el peso principal en la obligación de trabajar ante todo para este enardecimiento de las masas en la lucha por los derechos de sufragio”.

427

Es así como desde un principio las manifestaciones que se produjeron desde el congreso partidario estaban pensadas en relación con la consigna de una eventual huelga de masas, como medio para alcanzar ese grado de “enardecimiento de las masas” en el que se aplicarían los medios más agudos. Estas manifestaciones, por lo tanto, se apartaban ya bastante del marco de la “estrategia de desgaste” hacia el terreno de la “estrategia del asalto directo” y conducían rectamente hacia esta última.

Y aquí se puede agregar otro argumento: si a la “estrategia de desgaste” pertenece el evitar toda posibilidad de choque con la fuerza militar de acuerdo con el espíritu del testamento engelsiano del año 1895, entonces las manifestaciones callejeras por sí mismas, aún más que la huelga de masas, constituyen ya una ruptura con dicha “estrategia”. Tanto más extraño es entonces que el camarada Kautsky, por su parte, apruebe las demostraciones. que reconozca incluso la necesidad de “continuar con el empleo especialmente [de] las manifestaciones callejeras, no debilitar esta acción, por el contrario darle forma cada vez más poderosa”. Pero quiere manifestaciones sin crecimiento, sin agudización. Las manifestaciones tienen que ser “cada vez más poderosas”, pero no deben avanzar “a cualquier precio”, no deben “debilitarse”, pero no tienen que agudizarse. En una palabra: las manifestaciones no deben avanzar ni retroceder.

Pero esto es una concepción puramente teórica de las manifestaciones, de las acciones de masas, que toma muy poco en cuenta la realidad viviente. Cuando llamamos a salir a las calles en manifestación a grandes masas proletarias, cuando les explicamos que la situación tiene características tales que la meta sólo y únicamente puede ser alcanzada por su propia acción multitudinaria y no por acciones parlamentarias, cuando las demostraciones callejeras son cada vez más poderosas y el espíritu, el ánimo de lucha crece cada vez más, así como inevitablemente se agudizan los conflictos con el poder del Estado y aumentan las posibilidades de choque con la policía y el ejército, entonces en las masas mismas nace espontáneamente la pregunta: ¿Y ahora qué? Pues las manifestaciones por sí mismas no traen la solución, son el comienzo, no el final de la acción de masas. Al mismo tiempo, por sí mismas, llevan a una agudización de la situación. Y cuando el movimiento de masas por nosotros desencadenado reclama nuevas directivas, nuevas perspectivas, entonces tenemos que enseñarle estas nuevas perspectivas, y si por una u otra razón no estamos en condiciones de hacerlo, el movimiento de manifestaciones también, a la larga o a la corta, se derrumba, *tiene* que derrumbarse.

427 El camarada Kautsky discute esto. Para ello se refiere a Austria:

"La lucha por los derechos del sufragio ha durado allí más de una docena de años; ya en 1894 los camaradas austríacos evaluaron la utilización de la huelga de masas, y sin embargo lograron mantener su excelente movimiento de masas en acción hasta 1905 sin ninguna aceleración ni agudización ... Los camaradas de Austria nunca sobrepasaron en su lucha por el derecho del sufragio las demostraciones callejeras, y a pesar de ello su ímpetu no desapareció, su acción no sufrió ningún colapso,"

El camarada Kautsky se equivoca en relación con los hechos de Austria, como se equivoca con los hechos de la lucha por el derecho del sufragio en Bélgica.

Los camaradas de Austria tuvieron tan poco éxito en mantener en acción "su excelente movimiento de masas" por el término de una docena de años, que por el contrario este movimiento de masas desde 1897 hasta 1905, es decir durante unos ochos años, estuvo en total abatimiento. Sobre esto tenemos un testimonio de confianza: son la totalidad de los congresos del partido de los camaradas austríacos de dicha época. Pues desde 1898 hasta 1905 las quejas sobre el derrumbe de la acción de masas, sobre el abatimiento de la lucha por el derecho del sufragio, constituyen la nota dominante de todos los congresos partidarios. Ya en el congreso de Linz de 1898 el camarada Winarsky criticaba que en el informe sobre la táctica partidaria "no se dice casi nada sobre el derecho del sufragio universal" y

expresaba: “Contra este bastión habría que emprender un nuevo ataque.” Las mismas requisitorias y quejas se hicieron escuchar en el congreso partidario de Brünn en 1899.[15] En el congreso de Graz en el año 1900, Emmerling comprueba: “Desde el año 1897 hemos frenado totalmente la lucha por el derecho del sufragio universal.” Skaret plantea “que hoy es nuestra responsabilidad la de hacer del congreso del partido un movimiento por el derecho de sufragio”. Pólzer informa: “Los camaradas dicen: desde que tenemos a la quinta curia es como si los generales estuviesen hipnotizados, ya nada se mueve. Pienso entonces que en todas partes hay que realizar asambleas demostrativas por el derecho del sufragio universal.” Bartel explica: “En el manifiesto de la representación partidaria y de la Liga se lanzó un tímido llamado a la lucha electoral. Pero no pasó nada, y nosotros nos encontramos en el mismo lugar que antes del manifiesto.” Todos los oradores se manifestaron en el mismo sentido. Las mismas quejas se repiten en el congreso partidario de 1901 en Viena, en Aussig en 1902 y otra vez en Viena en 1903.[16] Por fin en el congreso partidario de Salzburgo en 1904 hubo una tormenta de descontento por la parálisis del movimiento por el derecho del sufragio. Pólzer exclamó: “Me pregunto, ¿qué es lo que va a suceder? Camaradas, esto no puede continuar así. Si nosotros efectuamos amenazas tenemos que cumplirlas, se trata de actuar con toda la fuerza, pues ya hace mucho que sólo estamos amenazando.” Schuhmeier comprueba: “No puede negarse que en nuestras filas ha decaído el ánimo, que el fuego del entusiasmo por la lucha ha cedido.” Tan grande era la depresión general, tan bajo el espíritu, que Schuhmeier en Salzburgo —apenas un año antes del triunfante huracán de noviembre de 1905— pudo decir: “Hoy estoy convencido *que nos encontramos más lejos que nunca del derecho del sufragio universal.”* Freundlich comprueba que “en las masas existe una desesperanza y una falta de interés frente a la vida política de dimensiones no observadas hasta entonces”. Pernerstorfer piensa que ni se podrían llevar a cabo manifestaciones callejeras: se pide “que salgamos a la calle, que llamemos a los camaradas del partido a iniciar un tipo de manifestaciones como ya se las hiciera alguna vez, pero nosotros opinamos con toda seriedad que con una acción de este tipo sufriríamos en el presente un fiasco”. Winarsky dice expresamente: “Hemos esperado siete años, y creo que finalmente es necesario terminar con este tiempo de espera en función de los intereses del partido.”

429

Es decir, que el cuadro del “excelente movimiento de masas” que fuera

[15] El congreso conjunto del Partido Obrero Social demócrata de Austria se realizó en la ciudad de Brünn del 24 al 29 de septiembre de 1899.

[16] Los congresos del Partido Obrero Socialdemócrata de Austria citados se realizaron, respectivamente, en las fechas que indicamos a continuación: Viena, del 2 al 6 de noviembre de 1901; Aussig, del 15 al 18 de agosto de 1902; Viena. del 9 al 13 de noviembre de 1903.

mantenido en marcha durante doce años en Austria y del espíritu que no cejó, es bastante pobre. Obviamente, la culpa no era de la dirección partidaria. La causa verdadera la demostró exhaustivamente Adler ya en Linz: "Nos exigen [que se ponga en marcha un movimiento por el derecho del sufragio] evidentemente un movimiento que se exprese con la misma decisión de los que teníamos hace varios años. Ante esto les declaro: hoy no podemos hacer esto, quizás *tengamos* que hacerlo mañana, no lo sé. Pero que hoy no podemos hacerlo eso está claro. Movimientos de tales características no son puestos en marcha porque uno quiera hacerlos, un movimiento así debe darse como una necesidad interna de las condiciones reales." Y desde ese momento hubo de repetirse lo mismo en cada congreso partidario, pues el "mañana" en el que se torna posible otra vez el movimiento de masas por el derecho del sufragio en Austria, recién se dio en el año 1905, cuando bajo la impresión inmediata de las triunfantes huelgas de masas en Rusia, que habían forzado el manifiesto constitucional del 30 de octubre, los camaradas reunidos en el congreso partidario[17] interrumpieron las deliberaciones para salir a la calle, decididos a "hablar en ruso", como diez años antes habían estado decididos a "hablar en belga".

El proletariado austríaco impuso en realidad la reforma electoral a través de las dos impetuosas arremetidas del movimiento de masas, realizadas una al comienzo de los años noventa por el estímulo de la huelga de masas belga y otra en 1905 por el impulso de la huelga de masas rusa. Sin embargo, el camarada Kautsky rechaza para Prusia tanto el ejemplo belga como el ruso, para indicarnos como modelo a aquel periodo intermedio de ocho años en Austria, en el que en realidad, como acción de masas el movimiento por el derecho del sufragio estaba totalmente abatido. Y en ambos casos, tanto con la imposición de la curia de Taaff del derecho del sufragio universal como en la conquista de la última reforma electoral, el movimiento de masas en Austria estuvo estrechamente ligado a la decisión de una huelga de masas. Como el camarada Kautsky debe saber, en el año 1905 se habían hecho serios preparativos para la huelga de masas. En ambos casos no se llegó a concretar porque el gobierno, inclinado a la reforma electoral, hizo rápidamente concesiones. Vale la pena señalar que también en Austria apareció reiteradas veces la consigna de la huelga de masas, cuando en el triste periodo intermedio se buscaban medios para revitalizar el movimiento. Tanto en Graz como en Salzburgo el debate sobre el movimiento por el derecho del sufragio se transformó en un debate sobre la huelga de masas. Pues los camaradas sentían lo que Rosel había expresado en Salzburgo: "Un movimiento por el derecho electoral sólo puede ser

[17] El congreso conjunto del Partido Obrero Social demócrata de Austria se realizó en la ciudad de Viena del 20 de octubre al 2 de noviembre de 1905.

lanzado cuando se está decidido a poner el máximo esfuerzo en su realización.” Está claro que la decisión por sí sola no basta, dado que ni una huelga de masas ni las movilizaciones pueden ser creadas artificialmente de la nada, cuando la situación política y el estado de ánimo de las masas no han sufrido un desarrollo progresivo. Pero tampoco hay que hacerse ilusiones con la situación inversa, con la idea de que un movimiento de masas, de movilizaciones, podría ser mantenido activo durante años sin que haya una progresión ni la decisión de luchar hasta el máximo.

430

Hasta qué grado esto es improbable lo demuestra el desarrollo que ha seguido hasta el presente nuestro propio movimiento por el derecho del sufragio en Prusia. Es un hecho conocido que hace dos años fue interrumpido el movimiento de demostraciones que había comenzado poco tiempo antes, a pesar que el espíritu de la masa proletaria no estaba decayendo de ningún modo. En ciertos aspectos, este año revela rasgos semejantes. En cada movilización importante que se organizaba en Berlín se sentía con toda claridad que la misma se emprendía con el íntimo pensamiento: “¡Esta es la última!” Después de la extraordinaria manifestación del Tiergarten del 6 de marzo —que frente a la del 12 de febrero significó un gran paso adelante—. el estado de ánimo de las masas en Berlín estaba tan alto que. para el partido, si realmente estaba interesado en producir movilizaciones “progresivamente más poderosas”, resultaba un deber aprovechar la primera ocasión adecuada para organizar una nueva demostración todavía más eficaz. Una oportunidad de este tipo, y brillante por añadidura, se presentó el 18 de marzo, o por lo menos el domingo siguiente al 18 de marzo. En lugar de ello, y para salir del paso, el 15 de marzo se ordenaron aquellas tres docenas de reuniones en Berlín que, dado el estado de ánimo de las masas y de lo ocurrido el 6 de marzo, significaron un lamentable retroceso. El 18 de marzo de ese año, el aniversario de la revolución alemana y de la Comuna de París, fecha que para el movimiento de masas había adquirido un significado y una actualidad mayor que en ninguno de los años anteriores y que podía ser brillantemente utilizado para sacudir a las masas, para trazar un panorama político retrospectivo y un análisis histórico, para criticar sin piedad a los partidos burgueses, en Berlín no fue ni siquiera celebrado. Ni una demostración ni una reunión masiva, ni un escrito recordatorio, sólo un opaco artículo en el *Vorwärts* y ni una línea en la *Neue Zeit.* Esa fue la forma en que se aprovechó esa extraordinaria oportunidad y el brillante estado de ánimo de las masas para “darle forma cada vez más poderosa a las demostraciones”. En verdad, es totalmente lógico que esto ocurra si las movilizaciones no se plantean con una decisión clara de impulsar cada vez más adelante al movimiento, sin retroceder ante las consecuencias de una

manifestación impetuosa.

431 Las reuniones del 15 de marzo en Berlín, que borraron al 18 de marzo, fueron lisa y llanamente un paso atrás, medido en términos del estado de ánimo de las masas en Berlín y de los camaradas en la provincia. Allí donde los camaradas aprovecharon en la medida de las posibilidades el 18 de marzo y donde la consigna de la huelga de masas se hacía cada vez más intensa, si el espíritu y la decisión no hubieran sido tan grandes, con seguridad no hubiéramos tenido la demostración del 10 de abril. Hasta qué punto esto es exacto lo demuestra una circunstancia más. Apenas habríamos obtenido el gran triunfo del 10 de abril en Berlín sobre la reacción al imponer el derecho a las manifestaciones callejeras, dando un nuevo paso adelante que sobrepasó el 6 de marzo, pero que sin duda fue también su resultado. Desde entonces se le planteaba al partido el nítido deber de aprovechar al máximo el derecho a la calle recién conquistado, si en alguna medida quería seguir conduciendo adelante a las movilizaciones y "darles forma cada vez más poderosa". La siguiente oportunidad para ello fue el lo. de mayo. Pero ahí nos encontramos con un hecho extraño: mientras que en todo el país y también en los pueblos más pequeños se realizaron, de un modo u otro, demostraciones callejeras, mientras que en los centros urbanos mayores —en Dortmund, en Colonia, en Magderburgo, en Francfort, en Solingen, en Kiel, Stettin, Hamburgo, Lübeck— las manifestaciones callejeras del lo. de mayo sobrepasaron todas las anteriores por su envergadura y su combatividad y constituían un paso adelante real, en Berlín, por el contrario, ni desde el punto de vista del movimiento por el derecho del sufragio ni en relación con la conmemoración de esa fecha, tuvo lugar manifestación alguna en las calles, ni permitida ni prohibida, ni el menor intento de manifestación. Todo lo que se hizo fue un sinnúmero de reuniones, en las que se desperdigó otra vez más el magnífico ánimo de lucha de la masa trabajadora berlinesa.

432 Mientras que el tratamiento parlamentario del proyecto de derecho del sufragio —las idas y vueltas entre la cámara alta y la cámara de diputados— se prolongará todavía durante un mes y dará oportunidad para la realización de movilizaciones en las que el estado de ánimo de las masas no muestra la más mínima señal de decaimiento, parecería que nosotros nos encamináramos hacia una hermosa "pausa veraniega", donde son otras las cosas que nos preocupan —el camarada Kautsky nos señala precisamente las próximas elecciones para el Reichstag—, en la que el movimiento de demostraciones es puesto a dormir tranquila pero seguramente. Esta es la inevitable lógica de las cosas. El partido es colocado ante un dilema no por mi agitación culpable, como opina el camarada Kautsky, sino por las condiciones objetivas: o se quiere desencadenar un "movimiento popular de

gran estilo", llevar a la realidad la consigna: "No nos demos reposo en Prusia", hacer que las manifestaciones resulten cada vez más poderosas, para lo que hay que enfrentar la cosa con decisión, ir hasta el límite, no esquivar la agudización de la situación que pueda resultar, y aprovechar todos los conflictos económicos importantes para el movimiento político. Pero también hay que poner en el orden del día la consigna de la huelga de masas, volverla popular entre las masas, pues sólo de este modo se mantendrá a la larga la confianza de las masas, su ánimo de lucha y valor. O se pretende realizar un par de manifestaciones como breves desfiles ds acuerdo con el programa y la consigna, para luego retroceder ante una agudización de la lucha y finalmente retirarse por más de un año a la bien acreditada preparación de las elecciones para el Reichstag. Pero si de esto se trata sería mejor entonces no hablar de un "movimiento popular de gran estilo", anunciar en el congreso del partido el empleo de "todos los medios a nuestra disposición", escenificar en el *Vorwärts* de enero un ensordecedor ruido de sables y amenazar incluso en el parlamento con una huelga de masas. Entonces tampoco hay que engañarse pensando que mantendremos las movilizaciones a lo largo del tiempo, dándoles formas cada vez más poderosas. Pues así corremos el riesgo de parecemos a la descripción de la democracia francesa que hace Marx en *El dieciocho Brumario:* "Las amenazas revolucionarias de los pequeñoburgueses y de sus representantes democráticos no son más que intentos de intimidar al adversario. Y cuando se ven metidos en un atolladero, cuando se han comprometido ya lo bastante para verse obligados a ejecutar sus amenazas, lo hacen de un modo equívoco, evitando, sobre todo, los medios que llevan al fin propuesto y acechan todos los pretextos para sucumbir. Tan pronto como hay que romper el fuego, la estrepitosa obertura que anunció la lucha se pierde en un pusilánime refunfuñar [...] y la acción se derrumba lamentablemente, como un balón lleno de aire al que se le pincha con una aguja."[18]

433

## V

¿Cuál es el cuadro general de la situación? Por primera vez tenemos finalmente en Alemania un movimiento de masas activo, por primera vez hemos superado las formas puras de la lucha parlamentaria y hemos logrado poner en movimiento al Aqueronte. A la inversa de lo que sucedió en Austria durante casi un decenio, nosotros no tenemos que afrentar la dura tarea de generar una acción de masas en medio de la apatía general usando todas nuestras fuerzas, sino que tenemos ante nosotros la tarea

[18] Karl Marx, op. cit., t. 1, p. 252.

satisfactoria y natural de aprovechar el exaltado estado de ánimo de las masas deseosas de lucha dando la consigna política para transformarlo en esclarecimiento político y social, para avanzar al frente de ¡as masas indicándoles el camino del ascenso. A partir de esta situación la consigna de la huelga de masas aparece del modo más natural en primera línea, y es deber del partido discutirla abierta *y* claramente como un medio que tarde o temprano deberá ser utilizado como resultado del creciente movimiento de demostraciones y la tenaz resistencia de la reacción. No se trata de ordenar súbitamente, de hoy para mañana, una huelga de masas en Prusia, o "llamar" a una huelga de masas para la semana próxima, sino de aclararle a las masas histórica, económica y políticamente en relación con una crítica a todos los partidos burgueses y un esclarecimiento sobre la situación global de Prusia y Alemania, que no puede confiar en los aliados burgueses y la acción parlamentaria, sino que sólo pueden contar consigo mismas, con la propia y decidida acción de clase. La consigna de la huelga de masas aparece así, no como un medio sutilmente pensado, patentado para la obtención de triunfos, sino como la formulación, el resumen de las enseñanzas políticas e históricas de las condiciones actuales en Alemania.

Una agitación de este tipo ofrece la posibilidad de esclarecer con nitidez toda la situación política, el agrupamiento de clases y partidos en Alemania, incrementar la madurez política de las masas, despertar su sensación de fuerza, su entusiasmo por la lucha, apelar a su idealismo, mostrar al proletariado nuevos horizontes. El debate de la huelga de masas se convierte así en un medio extraordinario para sacudir a capas indiferentes del proletariado, atraer hacia nosotros a simpatizantes proletarios de los partidos burgueses, en particular del centro, preparar a las masas para todas las eventualidades de la situación y, por fin, trabajar en forma preparatoria de la manera más eficaz ¡rara las elecciones del Reichstag.

Si el camarada Kautsky abre una campaña contra esta agitación, declara peligrosa la discusión sobre la huelga de masas y trata de orientar todo el movimiento por el derecho del sufragio hacia las futuras elecciones para el Reichstag como única meta, entonces está tratando simplemente de reducir a los viejos y gastados carriles del parlamentarismo puro el movimiento partidario ya satisfactoriamente encaminado por nuevos caminos.

434

Pero el camarada Kautsky no hace más que echar agua al mar cuando nos predica en Alemania el valor de la acción parlamentaria. Hace ya decenios que hemos organizado nuestra vida partidaria con las elecciones para el Reichstag como acción principal, y nuestra táctica es influenciada más que suficientemente por la preocupación por las elecciones parlamentarias. Con una mención a las próximas elecciones para el Reichstag se censuran periódicas discusiones sobre la táctica. Por respeto a

las elecciones para el Reichstag en el año 1907 se siguió la política totalmente equivocada del *Vorwärts* de dirigir todos los proyectiles contra el liberalismo, dejando al centro fuera del juego porque parlamentariamente estaba en la oposición. Sólo porque nuestra prensa provincial, más precisamente la de la circunscripción occidental, no siguió este ejemplo y combatió sin miramientos al centro, logramos afirmar nuestra posición. Mientras que en cada elección para el Reichstag resulta lo más natural que en todo el país se despliegue una agitación incansable, que todos los oradores sean puestos a trabajar, que en cada ciudad y en cada población se realicen numerosas asambleas, ahora, durante el movimiento por el derecho del sufragio la dirección de nuestro partido concentra su atención en las elecciones para el Reichstag y no se realiza nada de ello. La agitación desarrollada en reuniones y volantes es la menor posible. Este año, por razones parlamentarias no se aprovechó, entre otras cosas, la fecha del 18 de marzo: la asamblea decidida para el 15 de marzo en Berlín debía relacionarse con la tercera lectura en la cámara de representantes de Prusia, en vez de vincularla con la revolución. Finalmente, la agitación republicana, por consideración hacia el parlamentarismo y por costumbre parlamentaria, es dejada de lado justamente ahora, cuando sería más urgente que nunca.

¿Pero realmente necesitábamos en Alemania, precisamente ahora, una mayor agudización de toda nuestra táctica con vistas a las elecciones del Reichstag, una fascinación aún mayor de las masas con las elecciones parlamentarias?

Yo creo que no. Ciertos “peligros” contra los que había que proceder, sólo podían existir en la imaginación de aquellos que no se pueden desprender de las ideas anarquistas sobre la huelga de masas. El verdadero efecto de la salida a escena del camarada Kautsky es, por lo tanto, el de dar una pantalla teórica para los elementos del partido y los sindicatos que se sienten incómodos frente al ascenso del movimiento de masas, que quieren frenar a las masas y retirarse lo más pronto posible a los viejos y conocidos carriles de la actividad cotidiana parlamentaria y sindical. Al tranquilizar la conciencia de estos elementos bajo la invocación de Engels y el marxismo, el camarada Kautsky ha dado simultáneamente los medios para quebrar el espinazo durante el próximo periodo del movimiento de demostraciones que quisiera fortalecer cada vez más.

Pero está claro que ahora, a la inversa, las nuevas perspectivas del movimiento electoral requieren justamente la continuación y un desarrollo más poderoso de la acción de masas. El fracaso parlamentario del proyecto electoral significa la bancarrota del gobierno, así como del bloque conservador-clerical. La acción de los adversarios se ha quedado sin argumentos, la acción del proletariado por consiguiente tiene que ser tanto

más apremiante. El enemigo se encuentra en retirada, a nosotros nos corresponde la ofensiva. Lo que necesitamos no son consoladoras esperanzas de una grandiosa revancha dentro de un año y medio en la urna electoral, sino dar ahora mismo golpe tras golpe, nada de desgaste sino lucha en toda la línea. Y repito: si la masa de miembros del partido comprende esto y lo siente así, entonces también nuestros dirigentes estarán a la altura de las circunstancias. "Es la masa la que lo hace."

435 Para terminar, una pequeña reminiscencia histórica, que no deja de tener paralelos adecuados con la actualidad. El camarada Kautsky rechaza para Prusia los ejemplos de otros países, donde en los últimos tiempos se pusiera en juego la huelga de masas. Rusia no sirve de ejemplo, Bélgica tampoco, ni aún Austria. En realidad, "en relación con la situación actual en Prusia no resulta pertinente remitirse a los ejemplos de otros países". Pero el camarada Kautsky mismo, para encontrar el modelo adecuado a nuestra táctica, se remite a los antiguos romanos y a Aníbal. Allí encuentra el ejemplo del cual se debe nutrir el proletariado alemán, en Fabio el Indeciso con su supuestamente triunfante "estrategia de desgaste". No me parece conveniente recurrir a algo tan lejano como los antiguos romanos, pero dado que el camarada Kautsky lo hace, quiero ciertamente dejar constancia de que aquí tampoco los hechos se corresponden totalmente. La fábula de la estrategia necesaria y triunfante del Gunctator [el Indeciso] ya fue destruida por Mommsen, al demostrar que desde el comienzo la "utilización natural y correcta" de la fuerza de combate romana hubiera sido un ataque resuelto y que la actitud irresoluta de Fabio, que Mommsen llama el "metódico no hacer nada", no era la manifestación de un plan estratégico profundo y dictado por las circunstancias, sino la consecuencia de toda la política conservadora y senil del senado. "Quinto Fabio —dice Mommsen— era un hombre de edad avanzada, de una prudencia y firmeza que a no pocos parecía indecisión y testarudez; un entusiasta admirador de los viejos tiempos, de la omnipotencia política del senado y de la dirección del cónsul, esperaba la salvación del Estado, oraciones y sacrificios mediante, a partir de una conducción metódica de la guerra." En otra parte dice: "Lo que debe haber faltado es un estadista de primera línea, que dominara la relación entre las distintas situaciones; en todas partes sucedía demasiado o demasiado poco. Entonces comenzó la guerra, en la que se había dejado al enemigo elegir momento y lugar, y junto con una bien fundada y satisfactoria sensación de superioridad militar, faltaba todo criterio sobre los objetivos y el desarrollo de las próximas operaciones." El ataque en España y África era el primer mandato de la táctica, "sólo que se dejó pasar por alto no sólo el mandato de los beneficios sino también del honor". Que por esta hesitación los aliados españoles de Roma resultaron sacrificados por

segunda vez era tan fácil de prever como el haber evitado la indecisión. “Así como del lado romano era sabio comportarse defensivamente y esperar el éxito principal en base a la interrupción de los medios de subsistencia del enemigo, fue extraño un método de defensa y hambreamiento por el cual el enemigo devastó sin obstáculos toda la Italia central, bajo los ojos de un ejército romano que lo igualaba en número, avituallándose abundantemente para el invierno a través de un aprovisionamiento organizado que se realizó en gran escala.” Finalmente, en lo que respecta al ejército romano, no se podía decir que el mismo obligaba a su jefe a esta conducción; es cierto que en parte estaba compuesto por la guardia territorial llamada bajo banderas, pero su núcleo eran las legiones de Arminum acostumbradas al servicio militar, y que lejos de estar desanimadas por las últimas derrotas, se sentían resentidas per la tarea poco honrosa que les adjudicaba su jefe de campaña, el “lacayo de Aníbal”, exigiendo abiertamente ser conducidas frente al enemigo. En las asambleas de ciudadanos se llegó a las intervenciones más vehementes contra el viejo testarudo. Mommsen sigue en el mismo tono durante bastante espacio. “No fue el Indeciso quien salvó a Roma —dice claramente— sino la sólida unión de su confederación y quizás no en menor grado el odio nacionalista con que los occidentales recibieron al hombre fenicio.” Esto era tan público, que finalmente también “la mayoría del senado, a pesar que los últimos acontecimientos daban al sistema de indecisión de Fabio una cuasi legitimación, estaba decidido a alejar a esta conducción de la guerra, que llevaba al estado de desastre lenta pero seguramente”.

436

Esta es la realidad de la triunfante “estrategia de desgaste” de Fabio Cunctator. En realidad es una leyenda que se recita en nuestros bachilleratos a los estudiantes para entrenarlos en el espíritu conservador y advertirlos contra la “precipitación” y los “revoltosos”, para inculcarles como sentido de la historia universal el lema bajo el cual marcha la reserva territorial: “lentamente, siempre adelante”. Que esta leyenda deba servir para el proletariado revolucionario en la situación actual, sería uno de los lances más sorprendentes e inesperados del destino.

Sea como fuere, la presencia del noble Quinto Fabio, que según los sacrificios rituales y las oraciones esperaba la salvación del Estado a partir de una conducción bélica metódica, esa presencia, según parece, está ampliamente representada en el más alto cenáculo de nuestro partido y los sindicatos. Hasta ahora, que yo sepa, no hemos padecido de una falta de decisión ni de juveniles desbordes y precipitaciones a nivel de la conducción partidaria. Gomo io dijera el camarada Adler en el congreso partidario austroalemán de Graz: “El látigo siempre hace bien, y debo confesar que las expresiones del congreso partidario, que se quejan de que suceda

demasiado poco, me son mucho más simpáticas que aquellas que aconsejan sabiduría y reflexión. De la reflexión ya nos ocupamos nosotros, quizás en medida desmesurada. Como freno no las necesitamos.” Así creo yo, son también las cosas entre nosotros. Que el camarada Kautsky preste su pluma y su conocimiento histórico para el apoyo a la estrategia del Gunctator es, cuando menos, un derroche. Gomo freno, camarada Kautsky, no lo necesitamos.

# LA TEORÍA Y LA PRÁCTICA [1]

## I

La primera pregunta que en nuestra discusión actual solicita el interés de los círculos del partido, es la de saber si la discusión sobre la huelga de

[1] * El pronunciamiento inesperado de Baden* despierta en muchos compañeros de partido y en nosotros mismos, el deseo de retirar de la *Neue Zeit* todo aquello que se presenta como disputa en el campo propio del marxismo. Tenemos además la impresión de que, bajo el efecto de los acontecimientos de Badén, el interés de nuestros lectores por una discusión como la presente sólo puede ser pequeño. Por estas razones, hemos considerado apropiado aplazar la impresión del artículo de la camarada Luxemburgo, y le propusimos que la siguiente declaración de la Redacción fuera la exposición de los motivos de ese aplazamiento, a la que había de añadirse la declaración satisfactoria de Kautsky que incluimos:

¡A nuestros lectores! Hemos recibido una réplica extensa de la camarada Luxemburgo sobre la cuestión de la huelga de masas, cuya primera parte había de aparecer en el presente número y estaba ya compuesta. De acuerdo con la camarada Luxemburgo, hemos retirado dicha réplica, ya que, en el momento actual, en presencia de la provocación inaudita de una parte de la fracción socialista del Landtag de Badén, de su ruptura frívola de la disciplina del partido, y de su bizantimsmo, es obligación de todos los elementos revolucionarios y de espíritu verdaderamente republicano de nuestro partido apretar las filas y dejar de lado todas las diferencias frente a un oportunismo para el cual la buena opinión de los liberal-nacionales cuenta más que la voluntad y el respeto del proletariado socialdemócrata de Alemania. *La Redacción.*

A continuación de esto, me considero hoy obligado *a* rectificar un error que se aclara en el artículo retirado de la compañera Luxemburgo. El pasaje acerca de la agitación republicana, que suscitó mis reparos, no ha permanecido, como yo suponía, sin publicar, sino que ha aparecido con una nueva introducción y un nuevo final, como artículo separado, en la *Volkswacht* de Breslau. Por consiguiente, mis conclusiones, que yo ligaba a la supuesta no publicación, han quedado sin objeto.

En nuestras diferencias objetivas nada ha cambiado. Pero el solventarlas ha de diferirse a un momento más oportuno, por las razones más arriba expuestas.

*K. Kautsky*

La camarada Luxemburgo se niega a declararse de acuerdo con la posposición de su artículo. El asunto le parece tan enormemente importante, que no admite la menor dilación. Si su contrincante no fuera redactor de la *Neue Zeit* misma, esa oposición de la camarada Luxemburgo no nos impediría diferir un artículo que en el momento actual puede dañar la causa del proletariado; porque sólo podía lograr, suponiendo que en este momento se le prestara siquiera alguna atención, que el interés de los camaradas, que actualmente ha de concentrarse unánimemente en los "insurgentes" de Badén, se dividiera. Y porque, además, se propone la tarea de desacreditar a la presidencia del partido, al *Vorwärts* y, en general, a aquellos elementos tras los cuales hemos de estar ahora unidos frente a los transgresores de ja disciplina.

Sin embargo, no queremos adoptar siquiera una decisión simplemente dilatoria. Pero los compañeros comprenderán que Kautsky consideraría un error contestar ahora a la camarada Luxemburgo. Se trata actualmente, en efecto, de decidir otras cuestiones. De una liquidación de cuentas a fondo, del rechazo de sus afirmaciones falsas y de la ilustración de sus métodos de cita, la camarada Luxemburgo no se librará, pero, para esto, el momento oportuno sólo llegará después de haber sido rechazado el ataque de Badén. Por el momento tenemos por delante cosas más importantes. —*La Redacción.*

* El 14 de julio de 1910, la mayoría de la fracción socialdemócrata del Landtag había votado en Badén el presupuesto. En el Congreso de Magdeburgo, del 18 al 24 de septiembre de 1910, la ruptura de la disciplina por parte de los revisionistas de Badén y su actitud frente al Estado imperialista, contraria a los principios, había sido condenada por la mayoría de los delegados, habiendo pedido algunos de ellos que los revisionistas fueran expulsados del partido.

masas, ha sido o no obstaculizada en la prensa del partido, especialmente en el *Vorwärts* y en la *Neue Zeit.* El camarada Kautsky lo niega, afirmando que "nunca se le había ocurrido, por supuesto, 'prohibir' la discusión de la huelga de masas".[2] El camarada Kautsky quiere aquí entenderme mal. No se trata, por supuesto, de una prohibición del camarada Kautsky —en efecto, un redactor único no puede "prohibir" nada—, sino de una prohibición de las "instancias superiores" que el camarada Kautsky acató en su esfera, en la *Neue Zeit,* en contra de la admisión primera de mi artículo. Por lo que se refiere a la otra cuestión —la propagación de la República—, también aquí niega el camarada Kautsky que me hubiera puesto obstáculo. Dice que esto no se le ha ocurrido en absoluto, y que sólo se trataba de un pasaje sobre la República, en mi artículo sobre la huelga de masas, "cuya formulación" "le parecía inoportuna" a la redacción de la *Neue Zeít.* Dice que yo habría publicado luego mi artículo en la *Arbeiter-Zeitung* de Dortmund, "*pero en vano se puede buscar en dicho articulo aquel pasaje sobre la República"*.[3] El camarada Kautsky "tampoco ha encontrado" que yo hubiera publicado el pasaje en cuestión en ningún otro lugar.

439

> El cobarde disimulo de principios que la camarada Luxemburgo nos echa en cara [concluye él], se reduce, pues, a que objetamos un pasaje de su artículo, a cuya publicación ella misma ha renunciado voluntariamente desde entonces. ¡Semejante estrategia no tiene nada de una proeza![4]

El camarada Kautsky ha sido víctima en esta exposición de los hechos, para mí tan censurable, de curiosos errores. En realidad, no se trataba en absoluto de un "pasaje" y del presunto peligro de su "formulación", sino que se trataba del contenido, de la consigna de !a República y de agitación en favor de ésta, y el camarada Kautsky habrá de permitirme que, en la situación precaria en la que me ha puesto mediante su exposición de la cuestión, le llame a él mismo como testigo de excepción y como salvador en mis apuros. En efecto, el camarada Kautsky me escribió después de haber recibido mi artículo sobre la huelga de masas:

440

> Tu artículo es muy bello y muy importante. No estoy de acuerdo con todo y rae reservo polemizar en contra. Hoy no tengo tiempo de hacerlo por carta. En fin, acepto el artículo de buena gana si suprimes las páginas 29 hasta el final. Éstas no puedo publicarlas en ningún caso. Ya su punto de partida es falso. En nuestro programa no figura

[2] K. Kautskv, "Una nueva estrategia", en *Lie Neue Zeit* (Stuttgart), año 23. 1909/10, vol. 2, p. 334.
[3] K Kautsky, "Una nueva estrategia", en *Die Neue Zeit.* año 23 1909/10. vol. 2, p. 337.
[4] Ibid.

> una sola palabra sobre la República, Y no por descuido, no por preferencia alguna de la redacción, sino por razones de peso. Tampoco el programa de Gotha hablaba de la República, y Marx, por mucho que condenara dicho programa, reconoció en su carta que no resultaba indicado reclamar la República abiertamente (C. Marx, "Crítica del Programa de Gotha" en *Obras Escogidas,* op. cit., t. II, p. 25). Del mismo asunto habló Engels en el Programa de Erfurt (F. Engels, *Crítica del Programa de Erfurt.* Ed. Ayuso, Madrid, 1975, p. 73). No tengo tiempo para explicarte las razones que Marx y Engels, Babel y Liebknecht consideraron como válidas. En fin, lo que tú quieres es una agitación totalmente nueva, que hasta el presente siempre había sido rechazada. Sin embargo, sucede que esta agitación es de tal clase, que no nos es posible discutirla públicamente. Con tu artículo proclamarías por cuenta propia y como persona individual, una agitación y una acción totalmente nuevas, que el partido ha rechazado siempre, En esta forma no podemos ni debemos proceder. Una sola persona, por muy alto que esté, no puede crear por cuenta propia un *fait accompli,* susceptible de tener para el partido consecuencias imprevisibles.

Y en el mismo sentido sigue aproximadamente unas dos páginas más. La "agitación totalmente nueva", susceptible de tener para el partido "consecuencias imprevisibles", rezaba como sigue:

> El derecho electoral general, igual y directo para todos los adultos, sin distinción de sexo, es el próximo objetivo que nos asegura en el momento actual la aprobación entusiasta de las capas más vastas. Pero dicho objetivo no es el único que debamos predicar ahora. En efecto, al proclamar, en respuesta a la infame chapucería de reforma electoral del gobierno y de los partidos burgueses, la consigna de un sistema electoral verdaderamente democrático, seguimos encontró ¡denos —considerada la situación política en su conjunto— a la defensiva. De acuerdo con el buen viejo principio de toda táctica verdadera de lucha, en el sentido de que un buen golpe constituye la mejor defensa, debemos contestar a las provocaciones cada vez más impertinentes de la reacción dominante, volviendo la lanza en nuestra agitación y pasando al ataque enérgico en toda la línea. Y esto puede hacerse de la manera más visible, más clara, y por así decir lapidaria, si en la agitación presentamos aquel postulado político que constituye el primer punto de nuestro programa, a saber: *exigencia de la República.*

En nuestra agitación, la consigna republicana ha desempeñado hasta el presente un papel secundario. Esto tiene sus buenas razones en el hecho de que nuestro partido ha querido proteger a la clase trabajadora alemana de aquellas ilusiones burguesas republicanas o, mejor dicho, pequeñoburguesas-republicanas, que fueron tan funestas, por ejemplo, para la historia del socialismo francés y han seguido siéndolo basta el presente. En Alemania, la lucha proletaria se dirigió desde el principio, de modo consecuente y decidido, no contra tal o cual forma o abuso del Estado de clases en particular, sino contra el Estado de clases como tal: no se dividió en antimilitarismo, antimonarquismo y otros "ismos" pequeñoburgueses, sino que adoptó siempre la forma del anticapitalismo, de enemigo mortal del orden existente en todos sus abusos y sus formas, tanto bajo el manto monárquico como republicano. En 40 años de esta labor básica de ilustración, hemos conseguido, en efecto, convertir en posición férrea del proletariado ilustrado en Alemania la convicción de que la mejor república burguesa no es menos un Estado de clases y un baluarte de la explotación capitalista que una monarquía actual, y que solamente la abolición del sistema del salario y del dominio de clase en todas sus formas puede cambiar fundamentalmente la situación del proletariado, y no, en cambio, la apariencia externa del "gobierno popular" en la república burguesa.

Sólo que, precisamente porque en Alemania nos hemos prevenido tan a fondo contra los peligros de las ilusiones republicano-pequeñoburguesas, mediante la labor de 40 años de la socialdemocracia, podemos hoy reservar en nuestra agitación al principio supremo de nuestro programa político, algo más del lugar que en derecho le corresponde. Mediante la puesta en relieve del carácter republicano de la socialdemocracia, ganamos, ante todo, una ocasión más de ilustrar, de modo más tangible y popular, nuestro antagonismo de principio, en cuanto *partido de clase del proletariado,* con el campo unido de *todos los partidos burgueses.* La derrota espantosa del liberalismo burgués en Alemania, se manifiesta también entre otras cosas, de modo particularmente impresionante, en el bizantinismo frente a la monarquía, en el que la burguesía liberal le gana todavía a la aristocracia terrateniente conservadora por algunas medias cabezas.

Pero no basta. Toda la situación de la política tanto interna como externa de Alemania, apunta en los últimos años a la monarquía, como foco, o al menos, corno punta visible de la reacción dominante. La monarquía sentí absoluta con el régimen personal constituye

> indudablemente desde hace un cuarto de siglo y cada año más, el punto de apoyo del militarismo, la fuerza impelente de la política de las fuerzas navales, el espíritu rector de las aventuras universales, de modo análogo a como constituye el amparo de la nobleza agraria en Prusia y el baluarte del predominio del atraso político de Prusia en el reino entero y, finalmente, es, por así decir, el enemigo personal jurado de la ciase trabajadora y de la socialdemocracia. La *consigna de la República* es pues actualmente en Alemania más que la expresión de un bello sueño de "Estado popular" democrático o de un doctrinarismo político que flota en las nubes; es, antes bien, un grito práctico de guerra contra el militarismo, la marina, la política colonial, la política universal, el dominio aristocrático, y la crucifixión de Alemania: no es más que una consecuencia y un resumen categórico de nuestra lucha diaria contra todas estas manifestaciones parciales de la reacción imperante. Pero, en particular, precisamente los acontecimientos de los tiempos más recientes apuntan también en la misma dirección, a saber: las amenazas de un golpe de Estado absolutista de la nobleza agraria en el Reichstag y los impertinentes ataques del canciller del Reich contra el derecho electoral al Reichstag en el Landtag prusiano, así como el cumplimiento de la "palabra real" en cuestiones del derecho electoral prusiano mediante el proyecto de reforma de Bethmann.

442

Puedo poner aquí esta "agitación totalmente nueva", con una conciencia tanto más tranquila cuanto que ya ha sido publicada sin que el partido experimentara el menor daño ni en su cuerpo ni en su alma. En efecto, después que el camarada Kautsky, a pesar de la aprobación que yo había dado mediante encogimiento de hombros, pero con resignación, para la supresión del capítulo acerca de la República, me hubo devuelto finalmente el artículo completo sobre la huelga de masas, publiqué las páginas "del 29 al final" por él prohibidas, sin cambiar una sola palabra, provistas de introducción y final y como artículo separado, bajo el título de "Tiempo de siembra", en la *Volkswacht* de Breslau del 25 de marzo, después de lo cual, según recuerdo, fue reproducido en una serie de hojas del partido, en Dortmund, Bremen, Halle, Elberfeld, Kónigsberg y en los periódicos de Turingia. Todo esto no fue ciertamente proeza mía alguna, y no ha sido más que mala suerte mía el que el camarada Kautsky leyera tan superficialmente en aquellos días la prensa del partido, y reflexionara de la misma forma acerca de la posición del partido con respecto a la consigna de la República. En efecto, si hubiera reflexionado la cosa más detenidamente, no podía en modo alguno aducir contra mí, en la cuestión de la República, a Marx y

Engels. El artículo de este último a que el camarada Kautsky alude es la crítica del esbozo del Programa de Erfurt del año 1891. elaborado por la presidencia del partido. Aquí dice Engels, en el Capítulo II. "Exigencias políticas":

> Las reivindicaciones políticas del programa adolecen de una gran falla.
>
> > Lo que justamente hubiera sido necesario decir, falta en ellas. Si estas diez revindicaciones estuviesen bien coordinadas, es cierto que nosotros podríamos destacar de algún modo la reivindicación principal; pero esta reivindicación principal falta absolutamente.[5]

443

La necesidad urgente de aclarar esta "cosa principal" misma de las exigencias políticas de la socialdemocracia, la fundamenta Engels señalando "el oportunismo... comienza a tomar cuerpo en una gran parte de la prensa socialdemócrata".[6] Y luego prosigue:

> ... ¿Cuáles son hoy los problemas más delicados, esenciales?
>
> > *En primer lugar.* Una cosa absolutamente cierta es que nuestro partido y la clase obrera no pueden llegar a la dominación más que bajo la forma de república democrática. Esta última incluso es la forma especifica de la dictadura del proletariado, como ya lo ha demostrado la gran revolución francesa. En efecto, ¿no es inconcebible que nuestros mejores hombres deben convertirse en ministros de un emperador, como, por ejemplo, Miguel?
> >
> > Ahora bien: parece legalmente imposible poner directamente en el programa la reivindicación de la república democrática —y, sin embargo, esto pudo hacerse en Francia, bajo Luis Felipe, así como hoy en Italia. Pero el hecho de que no sea posible en Alemania establecer un programa abiertamente republicano, prueba cuán iluso es pensar que se podrá, por una vía bonachonamente pacífica, organizar la República, y no solamente la República, sino aún más: la sociedad comunista.
> >
> > Si, en rigor, se puede evitar la cuestión de la República, según mi criterio debería y podría incluirse en el programa la reivindicación de la *concentración de todo el poder político en manos de la representación del pueblo.* Y esto será suficiente, por ahora, si no se puede ir más lejos.

---

[5] F. Engels. *Critica del Programa de Erfurt,* op. cit., p. 69.
[6] Ibid., p. 70.

> *En segundo lugar.* La reconstrucción de Alemania [...] Así pues, república unitaria [...]
>
> De todo esto poco se puede incluir en el programa. Si lo menciono, es para destacar el carácter de la situación en Alemania, donde no se puede hablar de tales cosas, y también para mostrar al mismo tiempo cuánto se ilusionan los que quieren, por la vía legal, transferir tal estado de cosas a la sociedad comunista. Y, también, para recordar al comité directivo del partido que existen otras cuestiones políticas importantes además de la legislación directa por el pueblo y la justicia gratuita, sin la cual, a fin de cuentas, avanzaremos Jo mismo. Visto el estado de inseguridad general, estos problemas pueden convertirse en candentes de la noche a la mañana; ¿qué sucedería, pues, si no los liemos discutido, si no nos hemos puesto de acuerdo respecto de ellos?[7]



Como puede verse, Engels considera como "una gran falta" del programa del partido, el hecho de que no contenga la exigencia de la República, y sólo por la consideración categórica de que esto "no está permitido" en Alemania por razones policiacas, se decide con desazón manifiesta a tragarse la píldora y "pasar en todo caso por alto" la exigencia de la República. Pero lo que declara sin ambages como necesario es la *discusión de la consigna de la República en la prensa del partido:*

En cuanto a si —dice nuevamente— [...] sería posible formular, en relación con lo que acabo de exponer, otras reivindicaciones en el programa, no puedo juzgar desde aquí con tanto fundamento como ustedes. Pero sería bueno *que estas cuestiones fueran discutidas en el seno del Partido antes de que sea demasiado tarde*.[8]

*Este* "testamento político" de Friedrich Engels, en todo caso, es interpretado en forma curiosa por el camarada Kutsky, al suprimir de la *Neue Zeit* la cuestión de la necesidad de una agitación en favor de la República como "agitación totalmente nueva" que, al parecer, "ha sido siempre rechazada por el partido".

Y por lo que se refiere a Marx, en su *Crítica del Programa de Gotha* llegó hasta declarar, inclusive, que si no se tiene la posibilidad de poner la República como la exigencia política más alta del programa, entonces tampoco se pueden enumerar en éste otras exigencias democráticas de

[7] Ibid., pp. 72-76.
[8] Engels, Ibid., p. 76. [Cursivas de R. L.]

detalle. Escribe acerca del Programa de Gotha:

> Sus reivindicaciones políticas no se salen de la vieja y consabida letanía democrática: sufragio universal, legislación directa, derecho popular, milicia del pueblo, etc. [...]
>
> Pero se ha olvidado una cosa. Ya que el Partido Obrero Alemán declara expresamente que actúa dentro del "actual Estado nacional", es decir, dentro de *su propio* Estado, del imperio prusiano-alemán [...], no debía haber olvidado lo principal, a saber: que todas estas lindas menudencias tienen por base el reconocimiento de la llamada soberanía del pueblo, y que, por tanto, sólo caben en una *república democrática.*
>
> Y si no se tenía el valor —lo cual es muy cuerdo, pues la situación exigía prudencia [obsérvese que Marx escribió esto hace 35 años, en la época de Tessendorf,[9] cuando la ley socialista proyectaba su sombra hacia adelante. R. L.]— de exigir la república democrática, como lo hacían los programas obreros franceses bajo Luis Felipe y bajo Luis Napoleón, no debía haberse recurrido al ardid [...] [los puntos sustituyen un adjetivo campechano de Marx. R. L.] de exigir cosas, que sólo tienen sentido en una república democrática, a un Estado que no es más que un despotismo militar de armazón burocrático y blindaje policiaco, guarnecido de formas parlamentarias, revuelto con ingredientes feudales e influenciado ya por la burguesía; ¡y, encima, asegurar a este Estado que uno se imagina poder conseguir eso de él "por medios legales"!
>
> Hasta la democracia vulgar, que ve en la república democrática el reino milenario y no tiene la menor idea de que es precisamente bajo esta última forma de Estado de la sociedad burguesa donde se va a ventilar definitivamente por la fuerza de las armas la lucha de clases; hasta ella misma está hoy a mil codos de altura sobre esta especie de democratismo que se mueve dentro de los límites de lo autorizado por la policía y vedado por la lógica.[10]

445

Así, pues, también Marx hablaba en forma muy distinta en lo que se refiere a la República. En todo caso, tanto Marx como Engels admitían poco antes e inmediatamente después de la ley socialista —con fundamento en indicaciones de Alemania—, que tal vez no fuera posible hacer figurar con todas sus letras en el *programa* la exigencia de la República. Pero que esta

[9] Hermann Tessendorf fue de 1873 a 1879 primer fiscal en el Tribunal Municipal de Berlín y se ie imputa la organización de las persecuciones de socialistas. A partir de 1886 fue fiscal superior del Reino en Leipzig.

[10] Carlos Marx, *Crítica del Programa de Gotha,* op. cit., t. 11, pp. 25-26.

exigencia hubiera de constituir hoy, un cuarto de siglo más tarde, en la *agitación* —y sólo se trata de ésta—, algo "totalmente nuevo" e inaudito, esto ciertamente jamás lo hubieran soñado.

Sin duda, el camarada Kautsky se refiere a que él, en la *Neue Zeit,* ha propagado ya la República en "forma muy distinta" a como lo hago yo actualmente a mi pobre manera. Él lo sabrá mejor; a mí la memoria me falla un poco en este caso. Pero, ¿se requiere acaso alguna prueba más convincente que la de los acontecimientos de estos últimos días, en el sentido de que en este aspecto no se hace *en la práctica* en cada caso lo necesario? En efecto, la elevación de la lista civil prusiana[11] brindó una vez más la oportunidad más brillante, creando al propio tiempo para el partido el deber indeclinable de destacar de modo cloro y preciso la consigna de la República y de hacer propaganda en su favor. A la provocación impertinente contenida en dicha moción gubernamental inmediatamente después del vergonzoso fin del proyecto de ley electoral, hubiera debido responderse absolutamente con el planteamiento de la función política de la monarquía y del régimen personal en Prusia y Alemania; con la puesta en relieve de su relación con el militarismo, la marina, el estancamiento social político, el recuerdo de los célebres "discursos" y los "dichos" de la "banda de individuos", del "plato de compota"; con el recuerdo del proyecto de ley sobre la correccional; con la ilustración de la monarquía como expresión visible de toda la reacción del Reich alemán. La conmovedora unanimidad de todos los partidos burgueses en el debate bizantino de la moción mostró una vez más, claramente, que en la Alemania actual la consigna republicana se ha convertido en santo y seña de la división de clases, en la consigna de la lucha de éstas. Nada de esto ha ocurrido en la *Neue Zeit* ni en el *Vorwärts.* No se ha tratado la elevación de la lista civil desde el punto de vista político, sino principalmente como cuestión de dinero, como la cuestión del ingreso de la familia Hohenzollern, y se ha examinado prolijamente con más o menos ingenio, pero ni con una sílaba se ha aludido en nuestros dos órganos rectores a la consigna republicana.

446

El camarada Kautsky es un experto marxista, más competente que yo, y él sabrá mejor con qué adjetivo en puntos suspensivos calificaría Marx *este* "ardid" y *esta* forma de republicanismo "dentro de los límites de lo que está permitido por la policía, pero no está permitido por la política".

Con todo esto, el camarada Kautsky se encuentra en un error cuando dice que yo "me lamento" del "mal trato" por parte de la redacción de la

[11] El 9 de junio de 1910 se aprobó en la cámara prusiana de diputados, contra los votos de los socialdemócratas, el proyecto de ley relativo a la elevación de la dotación de la Corona. El proyecto contenía para la corte prusiana una concesión complementaria de 3.5 millones, de modo que le fueron puestos a disposición 19,2 millones de marcos anuales de medios estatales.

*Neue Zeit*.[12] Encuentro que el camarada Kaustky sólo se ha tratado mal a sí mismo.

## II

Pasemos ahora a la huelga de masas. Para explicar la actitud inesperada adoptada contra la consigna de la huelga de masas en la reciente campaña electoral prusiana, el camarada Kautsky ha creado toda una teoría de las dos estrategias, esto es, de la "estrategia de la represión" y de la "estrategia del cansancio". Ahora, el camarada Kautsky va más allá todavía y construye *ad hoc,* toda una nueva teoría sobre las condiciones de la huelga política de masas en Rusia y en Alemania. Oímos aquí, primero, consideraciones generales acerca de cuán capciosos son los ejemplos históricos; de que, faltando la prudencia, pueden encontrarse en la historia justificantes apropiados para prácticamente todas las estrategias, todos los métodos, todas las orientaciones, todas las instituciones y todas las cosas del mundo —consideraciones que en su generalidad y amplitud más bien son inocuas, pero cuya tendencia y punta menos inocuas se formulan en el sentido de que es "particularmente peligroso" referirse a modelos revolucionarios.[13] Estas advertencias, que en su espíritu suenan como exhortaciones paternales del camarada Frohme, van dirigidas sobre todo contra la revolución rusa. Sigue a continuación una teoría que pretende mostrarnos el contraste total entre Rusia y Alemania y hacernos ver que las condiciones para la huelga de masas podrán estar dadas en Rusia, pero no, en cambio, en Alemania.

447

En Rusia tendríamos el gobierno más débil del mundo, en Prusia, en cambio, el más *fuerte;* en Rusia tendríamos una guerra desastrosa contra un pequeño pueblo asiático, en Alemania, en cambio, el "brillo de casi un siglo de victorias ininterrumpidas sobre las potencias más grandes del mundo";[14] en Rusia atraso económico y un campesinado que hasta el año 1905 creía en el zar como en un dios, en Alemania, en cambio, el desarrollo económico más fuerte, por el que el poder concentrado de las asociaciones de empresarios reprime la masa trabajadora por medio del terrorismo extremo; en Rusia, falta total de libertades políticas, en Alemania, en cambio, libertad política, que procura "sin riesgo" a los trabajadores formas múltiples para su protesta y su lucha, de modo que las "asociaciones, asambleas, la prensa y las elecciones de toda clase los mantienen total

[12] Véase K. Kautsky, "Una nueva estrategia", en Die *Neue Zeit,* año 28, 1909-10, vol. 2, p. 355.
[13] Ibid., p. 365.
[14] K Kautsky, "Una nueva estrategia'', en *Die Neue Zeit,* año 28, 1909-10, vol. 2, p. 368.

mente ocupados”.[15] Y el resultado de estos contrastes es el siguiente: en Rusia la huelga era la única forma posible de la lucha proletaria, de ahí que la huelga en sí constituyera ya una victoria, aunque se llevara a cabo sin plan y no produjera resultado alguno; además, toda huelga era ya en sí un acto político, porque las huelgas estaban prohibidas; en Europa occidental, en cambio —aquí el esquema de Alemania se amplía a toda Europa occidental—, semejantes “huelgas primitivas amorfas”[16] son algo superado desde hace mucho, ya que aquí sólo se hace huelga cuando puede esperarse un éxito positivo. La moral de todo esto es que el prolongado periodo revolucionario de la huelga de masas, en que las huelgas de manifestación y de lucha se relevaban una a otra y se complementaban, representa un producto específico del atraso ruso; que en Europa occidental y particularmente en Alemania, en cambio, inclusive una huelga de masas con el carácter de manifestación, a la manera de la rusa, es sumamente difícil, por no decir imposible, “no a pesar, sino a causa del medio siglo de movimiento socialista”;[17] que la huelga política de masas como medio de lucha sólo puede practicarse aquí como lucha final única, “de vida o muerte”, en la que para el proletariado sólo pudiera tratarse todavía de triunfar o perecer.

Sólo quiero señalar, de paso, que la descripción que da el camarada Kautsky de la situación rusa es casi totalmente la inversa en los puntos principales. El campesinado ruso, por ejemplo, no empezó sólo en 1905 a rebelarse de repente, sino que sus levantamientos corren, desde la llamada liberación campesina del año 1861[18] —con un solo descanso entre 1885 y 1895—, como un hilo rojo a través de la historia interior de Rusia; y lo mismo puede decirse de todas las rebeliones contra los terratenientes, como de la resistencia de hecho contra los órganos del gobierno; todas estos levantamientos fueron precisamente la causa de la conocida circular del Ministerio del Interior del año 1898,[19] que puso a todo el campesinado ruso en estado de sitio.

448

Lo nuevo y particular del año 1905 fue solamente que la rebelión crónica de la masa campesina adquirió por vez primera un significado político y revolucionario, como fenómeno concomitante y complementario de una acción revolucionaria consciente de clase del proletariado urbano. Pero es más errónea todavía, si esto fuera posible, la concepción del camarada

[15] Véase ibid., p. 369.

[16] Ibid.

[17] Ibid., n. 370.

[18] El año 1861 se abolió en Rusia la servidumbre, pero, pese a esta y otras reformas, las contradicciones sociales subsistieron.

[19] El Ministro del Interior zarista, bajo I. L. Goremykin, había solicitado en una circular del 17 de julio de 1898 medidas extraordinarias para la represión de los levantamientos campesinos.

Kautsky acerca del punto principal de la cuestión, esto es, de la huelga, y de la acción de huelga de masas del proletariado ruso. En efecto, la imagen de las "huelgas primitivas amorfas", caóticas, de los trabajadores rusos, que hacían huelga simplemente por desesperación, simplemente por hacer huelga, sin objeto ni plan, sin exigencias y sin "éxitos concretos", es de una fantasía exuberante. En efecto, las huelgas rusas del periodo revolucionario, que impusieron una elevación considerable de los salarios, pero ante toda una reducción casi general del tiempo del trabajo a diez, y tal vez a nueve horas; que en Petersburgo lograran mantener durante varias semanas, en lucha encarnizada, la jornada de ocho horas; que conquistaron el derecho de coalición no sólo de los trabajadores, sino también de los empleados del Estado en los ferrocarriles y en correos y —mientras la contrarrevolución no logró imponerse— lo defendieron contra todos los ataques; que lograron romper el dominio del empresario y crear, en numerosas grandes empresas, comités de trabajadores para la reglamentación de todas las condiciones de trabajo; que se propusieron la abolición del trabajo a destajo, del trabajo a domicilio y del trabajo nocturno, de los castigos de fábrica y la observancia estricta del descanso dominical; estas huelgas, de las que en poco tiempo surgieron en casi todos lados organizaciones sindicales de vida sumamente activa con dirección disciplinada, con cajas, estatutos y una prensa sindical considerable; estas huelgas de las que salió una creación tan audaz como el célebre Consejo de los Delegados Obreros de Petersburgo[20] para la dirección unitaria del movimiento entero en el gigantesco imperio; estas huelgas y huelgas de masas rusas eran tan poco "amorfas" y "primitivas", que en cuanto a audacia, fuerza, solidaridad de clase, tenacidad, conquistas materiales, objetivos y éxitos de organización, pueden, antes bien, ponerse tranquilamente al lado de cualquier movimiento sindical "europeo occidental". Sin duda, después de la derrota de la revolución la mayor parte de las conquistas económicas se volvió a perder poco a poco, juntamente con las conquistas políticas. Pero, manifiestamente, esto no cambia nada al carácter de las huelgas mientras duró la revolución.

449

No "fabricados" y, por consiguiente, "sin plan", "espontáneamente", en todo momento estos conflictos económicos parciales *y* locales se desarrollaron como huelgas de masa políticas, generales y revolucionarias, del mismo modo que volvieron a surgir de éstas, gracias a la situación revolucionaria y a la alta tensión de la solidaridad de clase en las masas proletarias. No "fabricado" sino elemental fue también el curso y el éxito, en cada caso, de semejante acción político-revolucionaria general, como lo

[20] En el curso de la revolución rusa de 1905 habían surgido en varias ciudades de Rusia soviets de los delegados de. los trabajadores como órganos de poder revolucionario de la clase trabajadora, entre los que destacó especialmente el Soviet de Petersburgo.

seguirá siendo en movimientos de masas en épocas tumultuosas siempre y en todas partes. Pero, si se quiere medir el carácter progresivo de las huelgas y la "dirección huelguista racional" por sus éxitos inmediatos, como lo hace el camarada Kautsky, entonces el gran periodo de huelgas ha logrado relativamente más en Rusia, en materia de éxitos económicos y sociopolíticos, en el par de años de la revolución, que el movimiento sindical alemán en los cuatro decenios de su existencia. Sin duda, todo esto no constituye ni un heroísmo particular ni un arte particular del proletariado ruso, sino que se debe a las ventajas del paso de carga de un periodo revolucionario, en comparación con el avanzar lento del desarrollo tranquilo en el marco del parlamentarismo burgués.

Como decía, pues, el camarada Kautsky en su *Revolución social,* 2a. edición, p. 63:

> Contra semejante "romanticismo de la revolución", sólo se da *una* objeción que, a decir verdad, se formula con frecuencia, a saber, que las condiciones en Rusia nada demuestran para nosotros en Europa occidental, porque son fundamentalmente distintas a las nuestras.
>
> No ignoro, por supuesto, la diferencia de las condiciones, aunque tampoco debe exagerarse esta diferencia. El folleto más reciente de nuestra camarada Luxemburgo, demuestra claramente que la clase trabajadora rusa no está tan bajo ni ha alcanzado tan poco como suele suponerse. De modo análogo a como los trabajadores ingleses deben desacostumbrarse a mirar desde arriba al proletariado alemán como un género atrasado, así debemos desacostumbrarnos en Alemania de una actitud igual con respecto al proletariado ruso.

Y más adelante:

> Los trabajadores ingleses están hoy, como factor político, más bajo todavía que los trabajadores del Estado europeo económicamente más atrasado y políticamente menos libre, esto es, Rusia. Es su viva conciencia revolucionaria la que confiere a estos últimos su gran fuerza, y fue la renuncia a la revolución, la limitación a los intereses del momento, la llamada política realista lo que convirtió a los primeros en un cero en la política real.[21]

450

Pero dejemos de lado por el momento la situación rusa y volvamos la mirada hacia la descripción que da el camarada Kautsky de la situación

[21] Karl Kautsky, *La revolución social.* Parte 1: Reforma social y revolución social, segunda edición revisada y aumentada. Berlín, 1907, pp. 59-63.

prusiano-alemana. En forma curiosa, nos enteramos también aquí de cosas sorprendentes. En efecto, hasta aquí ha constituido el privilegio de la aristocracia latifundista, por ejemplo, cultivar la conciencia de que los prusianos poseen "el gobierno más fuerte del presente". Pero, ¿cómo puede llegar la socialdemocracia a reconocer con toda seriedad como "el más fuerte" a un gobierno que "no es más que un despotismo militar orlado de formas parlamentarías, mezclado con un resto feudal, influido ya por la burguesía, burocráticamente apuntalado y protegido por la policía"? Comprender esto se me hace algo difícil. La lamentable y necia caricatura del "gabinete" de Bethmann Hollweg, un gobierno reaccionario hasta el tuétano, sin plan alguno, sin norma política alguna, con lacayos y burócratas en lugar de estadistas, que siguen un curso en zigzag; juguete en el interior de una camarilla vulgar de aristócratas y del juego impertinente de intriga de la chusma cortesana; juguete en política exterior de un régimen personal irresponsable y que hasta hace unos pocos años era sólo el limpiabotas despreciable del "gobierno más débil del mundo", del zarismo ruso; apoyado en un ejército que en una parte enorme consta de socialdemócratas, con la disciplina más estúpida y los más infames malos tratos del mundo a los soldados: ¡esto "el gobierno más fuerte del presente"! He aquí, en todo caso, una contribución peculiar a la concepción materialista de la historia que hasta ahora jamás ha derivado la "fuerza" de un gobierno de su atraso, de su hostilidad a la cultura, de su "obediencia cadavérica" y de su espíritu policiaco. Además, el camarada Kautsky ha hecho algo más para este "gobierno más fuerte", y lo ha envuelto inclusive en el "brillo de casi un siglo de victorias constantes sobre las potencias más fuertes del mundo". En las asociaciones militares sólo se ha vivido de la "gloriosa campaña" de 1870. Para construir su "siglo" de brillo prusiano, el camarada Kautsky ha incluido ya también, por lo visto, tanto la batalla de Jena como la campaña de los hunos en China, con nuestro Waldersee al frente, y la victoria de Trothas sobre las mujeres y los niños hotentotes en la Kalahari.[22]

Como se decía ya en diciembre de 1906, en el bello artículo del camarada Kautsky, "La situación del Reich", al final de una larga descripción detallada:

451

> Compárese la brillante situación exterior del Reich en sus comienzos con la situación actual, y habrá que reconocer que jamás una herencia tan brillante de poder y prestigio se malgastó tan rápidamente [...] Nunca, desde su existencia, la posición del Reich alemán fue en el

[22] En 1899, estalló; en China del norte la insurrección general antimperialista de los Ihotuan. En 1900, los ejércitos unidos de ocho Estados imperialistas, bajo la dirección del general alemán A. Graf von Waldersee, la reprimieron cruelmente. La intervención de las tropas alemanas es conocida como la campaña de los hunos en China.

> mundo nías débil y jamás jugó gobierno alemán alguno tan caprichosa e insensatamente con fuego como en estos últimos tiempo.[23]

Entonces se trataba, por supuesto, de pintar con colores brillantes la victoria electoral que nos esperaba en las elecciones de 1907 y las enormes catástrofes que, según el camarada Kautsky, habían de resultar de aquélla con la misma necesidad con la que ahora las hace seguir de las próximas elecciones al Reichstag.

Por una parte, el camarada Kautsky, con fundamento en su descripción de la situación económica y política de Alemania y de Europa occidental, constituye una política de huelga que —medida con la realidad— resulta directamente una fantasía sorprendente. "A la huelga sólo recurre el trabajador en Alemania, y de modo general en Europa occidental, como medio de lucha", nos asegura el camarada Kautsky, "cuando tiene la perspectiva de alcanzar con ella *determinados éxitos.* Y si estos éxitos no se producen, entonces la huelga ha fracasado en su objeto".[24] Con este descubrimiento, el camarada Kautsky ha pronunciado una dura sentencia sobre la práctica de los sindicatos alemanes y "europeo-occidentales". Porque, ¿qué nos dice, por ejemplo, la estadística de las huelgas en Alemania? De las 19.766 huelgas y *lock-outs* que hemos tenido en total de 1890 a 1908, una cuarta parte (25,2 por ciento) no han tenido el menor éxito, casi otra cuarta parte (22,5 por ciento) sólo han tenido un éxito parcial, y menos de la mitad (49.5 por ciento) han tenido un éxito completo.[25] Y en forma igualmente extrema, esta estadística contradice la teoría del camarada Kautsky, según la cual, a consecuencia del desarrollo vigoroso tanto de las organizaciones de trabajadores como de las de empresarios, "las luchas entre estas organizaciones se hacen cada vez más centralizadas y concentradas" y, por consiguiente, "cada vez más raras".[26] En el decenio de 1890 a 1899 tuvimos en Alemania, en total, 3.772 huelgas y *lock-outs;* en cambio, en los años de 1900 a 1908, esto es, en el periodo del mayor aumento de las asociaciones tanto de empresarios como de sindicatos, 15.994. Tan poco se hacen las huelgas "cada vez más raras" que, antes bien, en el último decenio se han hecho cuatro veces más numerosas, con la particularidad de que, en el decenio anterior, participaron en las huelgas 425.142 trabajadores, en tanto que en los últimos nueve anos fueron 1.709.415, esto es, también cuatro veces más, o sea, en promedio,

---

[23] *Neue Zeit,* XXV, 1, p. 427.

[24] K. Kautsky, "Una nueva estrategia", en *Die Neue Zeit,* año 28. 1909-10, vol. 2, p. 369.

[25] * *Hoja de correspondencia de la Comisión General de los Sindicatos de Alemania,* 1909, n. 7, Anexos Estadísticos.

[26] Ibid., p. 372.

aproximadamente el mismo número por huelga.

452

Según el esquema del camarada Kautsky, de una cuarta parte a la mitad de dichas luchas sindicales "no habrían obtenido su objeto" en Alemania. Sólo que todo agitador sindical sabe perfectamente que el "éxito concreto", en forma de conquistas materiales no constituye en modo alguno el objetivo único, ni es ni puede ser tampoco el único punto de vista en estas luchas económicas, sino que las organizaciones sindicales se ven cada vez más obligadas, "en Europa occidental", a emprender la lucha aún con menores perspectivas de "éxito concreto", según lo demuestra especialmente la estadística de las puras huelgas de defensa, de las que en los últimos 19 años no menos de 32,5 por ciento han fracasado en Alemania por completo. Sin embargo, que semejantes huelgas "fracasadas" no sólo no han "errado" "su objeto", sino que, para la defensa del nivel de vida de los trabajadores, para el mantenimiento del espíritu de lucha y para frenar nuevos ataques futuros del sector empresarial, constituyen directamente una condición vital, esto forma parte de los principios elementales de la práctica sindicalista alemana. Es sabido además de todo el mundo que, aparte del "éxito concreto" en conquistas materiales y también *sin* este éxito, las huelgas "en Europa occidental" producen el resultado, tal vez más importante, de servir de punto de partida de la *organización* sindical y que, especialmente en lugares rezagados y en ramas profesionales difíciles de organizar, las más de las veces de dichas huelgas "fracasadas" e "irreflexivas" son de las que vuelven a surgir siempre los fundamentos de la organización sindical. La historia de la lucha y de los sufrimientos de los trabajadores textiles del país de Vogt, cuyo capítulo principal lo constituye la huelga de Crimmitschau,[27] es de esto un testimonio único. Con la "estrategia" que el camarada Kautsky se ha inventado ahora, no sólo no se puede llevar adelante ninguna gran acción política de masas, sino que ni siquiera se puede llevar un movimiento sindical ordinario.

Pero sucede que el esquema en cuestión presenta además para las huelgas "europeo-occidentales" otra brecha importante, concretamente, en el punto en que la lucha económica es tomada en cuenta para la huelga de masas. En efecto, dicho esquema excluye por completo el hecho de que precisamente "en Europa occidental" estalla cada vez un mayor número de huelgas formidables sin mucho "plan", a la manera de tormentas

[27] En agosto de 1903, 8.000 trabajadores textiles se habían declarado en huelga en Crimmitschau en demanda de la jornada de 10 horas y de aumento de sueldo. La intervención de la autoridad estatal y la proclama del estado de sitio en Crimmitschau, confirieron a la huelga su carácter político. Todos los intentos de los empresarios por poner fin a la huelga fracasaron ante el decidido espíritu de lucha de los trabajadores, que se vio reforzado per la solidaridad de la clase trabajadora alemana e internacional. Únicamente la intervención de jefes sindicales reformistas, contra la voluntad de los huelguistas, obligó a los trabajadores, en enero de 1901, a la reanudación incondicional del trabajo.

elementales, en aquellas regiones en que una gran masa de proletarios explotados se enfrenta a la prepotencia concentrada del capital o del Estado capitalista, huelgas que no son "cada vez más raras", sino, por el contrario, cada vez más frecuentes; que en la mayoría de los casos terminan sin "éxitos concretos", pero revisten, con todo, a pesar de ello o precisamente a causa de ello, la mayor importancia como explosiones de una oposición interna profunda que pasa directamente al terreno político. Citaremos aquí las gigantescas huelgas periódicas de los *mineros* en Alemania, Inglaterra, Francia y América, así como las huelgas espontáneas de masas de los *trabajadores del campo,* como las que han tenido lugar en Italia y en Galitzia, y además las huelgas de masas de los *ferrocarrileros,* que estallan ahora en este ahora en aquel otro país. Como se decía ya en el excelente artículo del camarada Kautsky sobre "Las enseñanzas de la huelga minera" en la región del Ruhr del año 1905:

453

> Únicamente en esta forma pueden conseguirse todavía progresos considerables para los trabajadores mineros. La huelga contra las empresas mineras no cuenta ya con probabilidad de éxito alguno; la huelga ha de adoptar de buenas a primeras carácter *político,* y sus demandas y su táctica han de tener como objeto poner la *legislación* en movimiento [...] Esta nueva táctica sindical —prosigue el camarada Kautsky—, esto es, la de la *huelga política,* la de la unión de la acción sindical y la política, es la única que Ies queda todavía a los mineros, es la única, de modo general, que está destinada a reanimar la acción tanto sindical como parlamentaria y a conferir tanto a una como a otra una agresividad aumentada.

Acaso podría parecer que aquí sólo se entiende por "acción política" la acción parlamentaria y no, en cambio, la huelga política de masas. El camarada Kautsky disipa ahora toda duda al declarar lisa y llanamente:

> Sin embargo, las grandes acciones decisivas del proletariado en lucha habrán de llevarse a cabo cada vez más mediante las diversas formas de la huelga política. Y es el caso que la práctica va aquí más aprisa que la teoría. Porque mientras nosotros discutimos acerca de la huelga política y buscamos su formulación y fundamentación teóricas, estalla espontáneamente, por indignación espontánea de las masas, una formidable huelga política de masas tras otra, o bien, toda huelga de masas se convierte en una acción política y toda confrontación política culmina en una huelga de masas, ya sea entre los mineros, entre los proletarios de Rusia, o entre los campesinos y los ferrocarrileros de Italia, etcétera. [*Neue Zeit,* XXIII, I, pp. 780 y 781.]

Así escribía el camarada Kautsky el 11 de marzo de 1905.

Aquí tenemos la “indignación espontánea de las masas” y la dirección sindical, luchas políticas y luchas económicas, huelga de masas y revolución, Rusia y Europa occidental en la más perfecta mezcolanza, y fundidas en la conexión viva de un gran periodo de violentas tormentas sociales.

Tal parece que la “teoría” no sólo “adelanta” más lentamente que la práctica, sino que, lo que es más doloroso, da a menudo también volteretas hacia atrás.

454

## III

Hemos examinado brevemente los fundamentos de la teoría más reciente del camarada Kautsky sobre Rusia y Europa occidental. Sin embargo, lo más importante de esta creación reciente es su tendencia general en el sentido de construir un violento contraste entre la Rusia revolucionaria y la “Europa occidental” parlamentaria y presentar el papel sobresaliente que la huelga de masas política ha desempeñado en la revolución rusa como un producto del *atraso* económico y político de Rusia.

Pero sucede que aquí le ha acontecido al camarada Kautsky aquella cosa tan antipática que consiste en demostrar más de lo que había que demostrar. No cabe duda que, en el presente caso, algo menos hubiera sido decididamente mucho mejor.

Ante todo, el camarada Kautsky no ha observado que su teoría actual le da el golpe de gracia a su teoría anterior de la “estrategia del cansancio”. En efecto, en el centro de la “estrategia del cansancio” figuraba la alusión a las elecciones al Reichstag entonces en perspectiva. Mi falta imperdonable ha consistido en que yo consideraba ya indicada, en aquella lucha por el derecho electoral prusiano, la huelga de masas, en tanto que el camarada Kautsky declaraba que solamente nuestra formidable victoria futura del año siguiente en las elecciones al Reichstag, crearía la “situación totalmente nueva” que podía hacer que la huelga de masas fuera necesaria e indicada. Pero ahora el camarada Kautsky ha demostrado con toda la claridad deseable que, para un periodo de huelgas políticas de masas, faltan las condiciones necesarias en Alemania y, en general, en toda Europa occidental. En efecto, dice que “debido al medio siglo de movimiento socialista, de organización socialdemócrata y de libertad política”, en Europa occidental, inclusive simples huelgas de masas de manifestación, del volumen y el ímpetu de las rusas, se habían hecho casi imposibles. Pero, si

esto es así, entonces las persepectivas de huelga de masas para después de las elecciones del Reichstag se presentan como bastante problemáticas. Está claro, en efecto, que todas las condiciones que en Alemania hacen que la huelga de masas no sea siquiera posible, o sea, el gobierno más fuerte del presente y su brillante prestigio, la obediencia pasiva de los trabajadores del Estado, el poder inconmovible y desafiante de las uniones de empresarios, el aislamiento político del proletariado; está claro que todo esto no va a desaparecer de repente para el año próximo. Y si las razones que militan en contra de la huelga política de masas no residen ya en la situación momentánea, como era todavía el caso con la "estrategia del cansancio", sino precisamente en los resultados del "medio siglo de ilustración socialista y libertad política", en "el alto grado de desarrollo de la vida económica y política de Europa occidental", entonces el aplazamiento de las esperanzas en la huelga de masas de ahora al año próximo, después de las elecciones al Reichstag, se revela simplemente como una modesta hoja de parra de la "estrategia del cansancio", cuyo único contenido verdadero consiste, en consecuencia, en la recomendación de dichas elecciones. Traté de demostrar en mi primera respuesta.[28] que la "estrategia del cansancio" desembocaba en realidad en un "nada-más-que-parlamentarismo". Ahora, el camarada Kautsky confirma esto él mismo con sus profundizaciones teóricas.

455

Es más, el camarada Kautsky ha aplazado, sin duda, la gran acción de masas hasta el momento posterior a las elecciones al Reichstag, pero ha debido confesar, al propio tiempo, que la huelga política de masas podía hacerse necesaria, dada la situación actual, en "cualquier momento", porque "desde la constitución del imperio alemán, los antagonismos sociales, políticos e internacionales nunca habían sido tan tensos como ahora".[29] Pero, si ahora las condiciones sociales generales y el grado de madurez histórica en "Europa occidental", especialmente en Alemania, hacen imposible una acción de huelga de masas, ¿cómo puede entonces ponerse semejante acción de repente en marcha en "cualquier momento"? Sin duda, una provocación brutal de la policía, una matanza en ocasión de una manifestación, pueden elevar repentinamente la excitación de las masas y agudizar la situación, pero no pueden manifiestamente constituir aquella "ocasión más imperiosa" que subvierta de repente toda la estructura económica y política de Alemania.

Pero, además, el camarada Kautsky ha demostrado otra cosa que era superflua. En efecto, si las condiciones generales económicas y políticas en

[28] R. Luxemburgo se refiere al artículo que ella misma había escrito para *Die Neue Zeit:* "¿Desgaste o lucha?" Véase infra p. 410.

[29] K. Kautsky, "¿Y ahora qué?", en *Die Neue Zeit* (Stuttgart), año 28, 1909-10, vol. 2, p. 80.

Alemania son tales que hacen imposible una acción de huelga de masas a la manera de las rusas, y si la extensión que la huelga de masas ha adquirido en la revolución rusa es el resultado específico del *atraso* ruso, entonces se pone en entredicho no sólo la aplicación de la huelga de masas a la lucha electoral prusiana, sino también, en general, la de la resolución de Jena. Hasta el presente, la resolución del congreso de Jena se había venido considerando como una manifestación tan altamente significativa en el país y en el extranjero, porque tomaba prestada oficialmente del arsenal de la revolución rusa la huelga de masas como medio de lucha político y la incorporaba a la socialdemocracia alemana. Sin duda, dicha resolución fue adoptada de modo formal, e interpretada por muchos exclusivamente en el sentido de que la socialdemocracia declaraba que se disponía a recurrir a la huelga de masas sólo en el caso del empeoramiento del derecho electoral al Reichstag. En todo caso, el camarada Kautsky no formaba parte anteriormente de aquellos formalistas, porque escribía ya expresamente en el año de 1904:

456

> Si aprendemos del ejemplo belga, llegaremos al convencimiento de que en Alemania constituía para nosotros un error funesto si para la proclamación de la huelga política nos ligáramos a un plazo determinado, *por ejemplo, al caso del empeoramiento del derecho electoral actual al Reichstag.* [Cursivas de R. L.][30]

Ahora bien, la importancia principal y el contenido propio de la resolución de Jena, en realidad no residían en esa "vinculación" formalista, sino en el hecho de que la socialdemocracia alemana aceptara fundamentalmente las enseñanzas y el ejemplo de la revolución rusa. Era el espíritu de la revolusión rusa el que inspiraba en Jena a nuestro partido. Ahora bien, si precisamente el camarada Kautsky deriva el papel de la huelga de masas en la revolución rusa del *atraso* de Rusia y establece así un contraste entre la Rusia revolucionaria y la "Europa occidental" parlamentaria; si pone expresamente en guardia contra ejemplos y métodos de la revolución, o si inclusive insinúa que la derrota del proletariado en la revolución rusa se debe a la grandiosa acción de huelga de masas que "ha de acabar agotando" al proletariado, o, en resumen, si el camarada Kautsky declara lisa y llanamente: "Sea esto como fuere, en todo caso el esquema de la huelga de masas rusa antes y durante la revolución no se adapta a la situación alemana",[31] entonces desde *este* punto de vista se presenta manifiestamente como una desviación incomprensible que la

[30] K. Kautsky, "Toda clase de cosas revolucionarias", en *Neue Zeit,* XXII, I, p. 736.
[31] K. Kautsky, "Una nueva estrategia", en *Die Neue Zeit,* año 26, 1009-10, vol. 2, p. 374.

socialdemocracia alemana tomara prestada de la revolución rusa, como nuevo medio de lucha, precisamente la huelga de masas. La teoría actual del camarada Kaustky no es en el fondo, más que una revisión cruelmente fundamental de la resolución de Jena.

Así, pues, para justificar su posición individual antigua en la última campaña electoral prusiana, el camarada Kautsky renuncia ahora paso a paso a las enseñanzas de la revolución rusa para el proletariado alemán y europeo-occidental, esto es, renuncia a la ampliación y al enriquecimiento más importantes de la táctica proletaria en los últimos decenios.

## IV [32]

A la luz de las consecuencias que resultan de la última teoría del camarada Kautsky, empieza a ponerse claramente de manifiesto hasta qué punto dicha teoría está equivocada. En efecto, derivar la acción de huelga de masas, sin precedente en la historia de la lucha de clase moderna del proletariado ruso, del atraso de Rusia, equivale a explicar, con otras

---

[32] * El ataque tan violento como inmotivado de la redacción de la Neue *Zeit* en su último número, así como su afirmación de que mi artículo ''podía perjudicar en el momento actual la causa del proletariado", me obligan a la siguiente réplica:

1. Rechazo con la mayor energía la afirmación de la redacción de que en la actual discusión se trata de un "asunto mío", que se me antoja a mí "tan terriblemente importante". En efecto, la cuestión de la lucha electoral prusiana y de la táctica que se le deba aplicar no es en modo alguno un asunto *"mío",* sino del movimiento socialdemócrata de Alemania.

2. La cuestión del derecho electoral figura en el orden del día del congreso de Magdeburgo, y tampoco ha sido borrada del mismo después del incidente dé Badén. Se plantea, pues, para la prensa del partido, y en primer lugar para el órgano de discusión teórica del partido, el simple *deber* de preparar los debates del congreso mediante aclaración completa de la cuestión.

3. La acusación de que yo provoco una "disputa en el propio campo del marxismo" es infundada. En efecto, el marxismo no es en modo alguno una camarilla que necesite ocultar a los ojos del mundo serias diferencias objetivas de opinión. Es, antes bien, un gran movimiento intelectual que no debemos identificar con nuestro pequeño grupo de personas; es una ideología que se ha hecho grande en la lucha libre y abierta de las ideas y que sólo en ella puede guardarse del anquilosamiento.

4. La declaración de la redacción en el sentido de que mi artículo se "propone la tarea de desacreditar a la presidencia del partido, al *Vorwärts* y, de modo general. a todos aquellos elementos", equivale a la afirmación de que aquel que *critica* a los órganos directivos del partido y la política por ellos seguida, sólo puede tener en esto la intención de "desacreditar". Éste es, literalmente, el mismo argumento con el que los dirigentes del sindicato han tratado de rechazar toda crítica de la política de éste y, en particular, también la crítica del redactor de la *Neue Zeit.* La redacción de un órgano de discusión teórica del partido, debería ser la última que recurra a mezquinas suspicacias de los críticos internos del partido, inclusive si ella misma se encuentra casualmente entre los criticados.

5. La liquidación de cuentas relativas al debate sobre la lucha electoral prusiana, que la redacción, por consideración de la votación del presupuesto de Badén, roe imputa, significaba que aplazáramos las cuestiones de la lucha contra los adversarios burgueses por tiempo indefinido, para concentrarnos exclusivamente en la lucha al interior de nuestras propias filas. Puesto que los ataques de elementos oportunistas no han cesado desde hace ya una docena de años, equivaldría simplemente a declarar al partido en estado de sitio por el oportunismo, si se pretendiera dejar pendientes todos los debates serios sobre la táctica y todos los problemas de la evolución ulterior de los modos de lucha socialdemócratas cada vez que a nuestros revisionistas se les ocurriera alguna nueva treta. Semejantes alharacas contradicen también las propias palabras de la redacción en otro lugar. El asunto de Badén ha de liquidarse con la mayor energía y consecuencia. "Sólo que", leemos en el artículo editorial del camarada Mehring en el mismo número de la *Ncue Zeit,* "el partido no va a dejarse alterar por este episodio en su jovial combatividad. En la medida en que hasta el presente, la prensa del partido se ha manifestado al respecto, lo ha hecho con la misma calma superior con que Engels solía considerar los actos provincianos de) 'Cantón Badisch'".* Deseo a la redacción de la *Neue Zeit* algo de esa "jovial combatividad" y de dicha "calma superior".

*Rota Luxemburgo*

Con aquella "calma superior" que la camarada Luxemburgo nos pide, reproducimos también, además al lado de las 30 páginas de su artículo, la presente explicación y dejamos tranquilamente a nuestros lectores la decisión acerca de si una polémica del carácter de ésta resulta indicada en este momento y acerca de si la renuencia violenta de la camarada Luxemburgo contra todo aplazamiento de su respuesta en unas pocas semanas constituye o no una sobreestimación de la importancia de sus propias manifestaciones. —*La Redacción*

* Franz Mehring, "Cantón Badisch", en *Die Neue Zeit* (Stuttgart), año 28. 1909-10, vol. 2, p. 562.

palabras, la importancia sobresaliente, el papel directivo del proletariado de la gran industria urbana en la revolución rusa, por el "atraso" de Rusia, o sea, que significa poner directamente las cosas de cabeza.

458 En efecto, no fue el atraso económico, sino precisamente el alto desarrollo del capitalismo de la industria y de los transportes modernos en Rusia, lo que condicionó e hizo posible aquella acción grandiosa de huelga de masas. Únicamente porque el proletariado industrial urbano era ya en Rusia tan numeroso, estaba concentrado en grandes centros, y estaba a tal grado poseído de conciencia de clase; únicamente porque la contradicción capitalista verdaderamente moderna había llegado a tal punto, pudo ser emprendida en forma decidida por su proletariado la lucha por la libertad política y convertirse, como tal, no en una mera lucha por la constitución, según la receta liberal, sino en una verdadera lucha moderna de clase, en toda su extensión y profundidad, en la que se debaten intereses tanto económicos como políticos de los trabajadores, tanto contra el capital como contra el zarismo, tanto por la jornada de ocho horas como por la constitución democrática. Y únicamente porque la industria capitalista y los medios modernos de transporte que le están ligados, se han convertido ya en condición de existencia de la vida económica del Estado, pudieron conseguir las huelgas de masas del proletariado en Rusia un efecto tan decisivo y fundamental, que la Revolución celebró con ellas sus victorias, y con ellas sucumbió y enmudeció.

No encuentro en este instante formulación más exacta de aquellos momentos de que aquí se trata, que la que ya di en una ocasión en mi obra sobre la huelga de masas escrita en el año 1906, a saber:

> Hemos visto —escribía yo allí— que en Rusia la huelga de masas no es e l producto artificial de una táctica impuesta por la socialdemocracia, sino un fenómeno histórico natural nacido sobre el suelo de la revolución actual. Ahora bien, ¿cuáles son los factores que provocaron esta nueva forma de encarnación: la revolución? La revolución rusa tiene como primera tarea la abolición del absolutismo y el establecimiento de un Estado moderno legal con régimen parlamentario burgués. Formalmente es la misma tarea que se había propuesto la revolución de marzo de 1848 en Alemania y la gran revolución burguesa francesa de fines del siglo XVIII.
>
> 459 Pero estas revoluciones, que presentan analogías formales con la revolución actual, tuvieron lugar en condiciones y en un clima histórico totalmente diferentes de los de la Rusia actual. La diferencia esencial es la siguiente: entre estas revoluciones burguesas de Occidente y la revolución burguesa actual en Oriente se expandió

todo el ciclo del desarrollo capitalista. El capitalismo no afectó solamente a los países de Europa occidental, sino igualmente a la Rusia absolutista. La gran industria, con todas sus secuelas, se convirtió en el modo de producción dominante en Rusia, es decir decisivo para la evolución social: la división moderna de las clases y las contradicciones sociales acentuadas, la vida de las grandes ciudades y el proletariado moderno. Pero he aquí que de ello resultó una situación histórica extraña y llena de contradicciones. Por sus objetivos formales la revolución burguesa es llevada adelante en principio por un proletariado moderno, con una conciencia de clase desarrollada, en un medio internacional colocado bajo el signo de la decadencia burguesa. Al presente el elemento motor en las revoluciones occidentales no es, como ocurría anteriormente, la burguesía —la masa proletaria estaba por ese entonces perdida en el seno de la pequeña burguesía y servía de fuerza de maniobra a las clases dominantes. Hoy es el proletariado consciente el que constituye el elemento activo y dirigente, mientras que las capas de la gran burguesía se muestran ya sea abiertamente contrarrevolucionarias, ya sea moderadamente liberales, y sólo la pequeña burguesía rural y la intelligentzia pequeñoburguesa de las ciudades tienen una actitud francamente opositora, incluso revolucionaria. Pero el proletariado ruso, llamado a desempeñar de este modo un papel dirigente en la revolución burguesa, emprende la lucha en el momento en que la oposición entre el capital y el trabajo es particularmente tajante, y cuando está liberado de las ilusiones de la democracia burguesa, cuando posee en cambio una conciencia aguda de sus intereses específicos de clase. Esta situación contradictoria se manifiesta por el hecho de que en esta revolución formalmente burguesa el conflicto entre la sociedad burguesa y el absolutismo está dominado por el conflicto entre el proletariado y la sociedad burguesa, de que el proletariado lucha a la vez contra el absolutismo y la explotación capitalista, de que la lucha revolucionaria tiene por objeto a la vez la libertad política y la conquista de la jornada de ocho horas así como un nivel material de existencia conveniente para el proletariado. *Ese doble carácter de la revolución rusa se manifiesta en esa vinculación e interacción estrecha entre la lucha económica y la lucha política, que los acontecimientos de Rusia nos hicieron conocer y que se expresan precisamente en la huelga de masas.* [...]

La huelga de masas aparece de ese modo no como un producto específicamente ruso generado por el absolutismo, sino como *una*

> *forma universal de la lucha de clases proletaria determinada por el estadio actual del desarrollo capitalista y de las relaciones de clase.* Las tres revoluciones burguesas: la francesa de 1789, la alemana de marzo de 1848 y la actual revolución rusa constituyen desde este punto de vista una cadena de evolución continua: reflejan la grandeza y la decadencia del siglo capitalista [...] La revolución de hoy realiza los resultados del desarrollo capitalista internacional en este caso particular de la Rusia absolutista: *aparece menos como la heredera de las viejas revoluciones burguesas que como la precursora de una nueva serie de revoluciones proletarias.* El país más atrasado, precisamente porque tiene un retardo imperdonable en la tarea de cumplir la revolución burguesa, *muestra al proletariado de Alemania y de los países más avanzados las vías y los métodos de la lucha de clases futura*.[33]

460

Desde la misma perspectiva histórica, también el camarada Kautsky consideraba antes la revolución rusa. En diciembre de 1906 escribía, de acuerdo totalmente con mi punto de vista:

> Haremos justicia de la mejor manera a la revolución rusa y a las tareas que nos plantea, si no la consideramos como una revolución burguesa en el sentido tradicional ni tampoco como socialista, sino como un proceso totalmente peculiar que tiene lugar en la divisoria entre sociedades burguesa y socialista, que fomenta la disolución de aquélla y prepara la construcción de ésta y que, en todo caso, lleva a la humanidad entera de la civilización capitalista a dar un gran paso hacia adelante en su proceso de evolución.[34]

Ahora bien, si se conciben en esta forma las verdaderas condiciones sociales e históricas que se encuentran en la base de la acción de huelgas de masas, esto es, de la nueva forma de lucha específica de la revolución rusa —y otra concepción apenas es posible, a menos que hagamos surgir totalmente del aire c! curso *verdadero* de esta acción, corno lo hace ahora el camarada Kautsky con sus "huelgas amorfas primitivas"—, entonces, resulta claro que las huelgas de masas como forma de lucha revolucionaria del proletariado, tienen todavía mayor aplicación en Europa occidental que en Rusia, en la medida en que el capitalismo, en Alemania por ejemplo, está mucho más desarrollado. Precisamente todas las condiciones que el camarada Kautsky aduce contra la huelga política de masas, constituyen

[33] Véase infra, pp. 358-61.

[34] K. Kautsky, "Fuerzas impulsoras y perspectivas de la revolución rusa", en *Neue Zeit,* XXV, 1, p. 333.

otros tantos elementos que en Alemania han de hacer la acción de la huelga de masas mucho más inevitable, más extensa y más formidable.

El poder desafiante de las uniones de empresarios, al que el camarada Kautsky se refiere ahora, y que "no tiene par", así como a la obediencia en la que la categoría enorme de los empleados del Estado es mantenida en Alemania, es precisamente lo que causa para el grueso del proletariado alemán una acción sindical tranquila y provechosa cada vez más difícil; lo que provoca enfrentamientos y explosiones en el terreno económico cada vez más formidables, cuyo carácter elemental y cuya extensión de masas van adquiriendo, con el tiempo, cada vez más importancia política.

461

Precisamente el aislamiento político del proletariado en Alemania, al que el camarada Kautsky se refiere; precisamente el hecho de que la burguesía entera y hasta una gran parte de la pequeña burguesía se encuentran como un muro detrás del gobierno; precisamente esto lleva consigo el que toda gran lucha política contra el gobierno se transforme automáticamente en lucha contra la burguesía y la explotación. Y estas mismas circunstancias son para nosotros la garantía de que toda acción enérgica revolucionaria de masas, no adoptará en Alemania las formas parlamentarias del liberalismo o las antiguas formas de lucha de la pequeña burguesía revolucionaria, esto es, la de la breve lucha de las barricadas, sino la forma proletaria clásica de la huelga de masas.

Y finalmente, precisamente porque tenemos en Alemania "medio siglo de ilustración socialista y de libertad política" tras de nosotros, precisamente por esto, tan pronto como la situación esté lo suficientemente madura para que puedan aparecer las masas en el escenario, la acción del proletariado ha de aprovechar toda ocasión de la lucha política para liquidar las viejas cuentas con la explotación privada y estatal y ha de añadir a la lucha política la lucha económica de masas. Porque, escribía el camarada Kautsky en el año 1907,

> no tenemos el menor motivo para suponer que el grado de explotación del proletariado alemán sea inferior al de Rusia. Por el contrario, hemos visto que, con el progreso del capitalismo, la explotación del proletariado aumenta. Y si bien el trabajador alemán está en muchos aspectos mucho mejor que el ruso, la productividad de su trabajo, en cambio, es mucho mayor, y sus necesidades, de acuerdo con el nivel general de vida de la nación, son mucho más altas, de modo que el trabajador alemán experimenta el yugo capitalista tal vez más dolorosamente que el ruso.[35]

[35] K. Kautsky, *La revolución social,* I, 2a. ed., p. 60.

El camarada Kautsky, que ahora nos pinta con tan bellos colores de qué modo el trabajador alemán está “totalmente ocupado con asociaciones, asambleas, elecciones de toda clase”, ha olvidado en este momento todas las enormes huestes de esclavos de los trabajadores prusiano-alemanes del Estado, de los ferrocarrileros, de los empleados de correos y de los trabajadores del campo, que desafortunadamente sólo en muy exiguo grado tienen c! placer de estar ocupados en “asociaciones, asambleas y elecciones de toda clase”, porque es el caso que, hasta el presente, les falta a ellos, de derecho o de hecho, el derecho de coalición. Ha olvidado que esas enormes categorías viven en medio de la monárquica libertad prusiana, tanto política como económicamente, en condiciones auténticamente “rusas”, o sea, que precisamente estas categorías —y no hablemos ya de los mineros— no pueden de ningún modo, en el caso de una conmoción política, mantener la obediencia pasiva, sino que también ellos habrán de arreglar sus cuentas particulares en forma de huelgas gigantescas de masas.

462

Pero, veamos un poco lo que ocurre en “Europa occidental”. El camarada Kautsky, que niega todo esto, debería habérselas con una opositora de otra clase que yo, esto es, con la realidad. ¿Qué vemos aquí en efecto, si no destacamos más que las huelgas de masas más importantes de los últimos 10 años?

Las grandes huelgas de masas belgas, que han conquistado el sufragio universal, figuran aisladas todavía en los años noventa como experiencia audaz. Pero desde entonces, ¡qué abundancia y diversidad!

En el año 1900, la huelga de masas de los mineros de Pensylvania, que según el testimonio de los camaradas americanos hizo más por la propagación de las ideas socialistas que diez años de agitación; en 1900 también, huelgas de masas de los mineros en Austria; en 1902, huelga de masas de los mineros en Francia; en 1902, huelga general de toda la producción en Barcelona, en apoyo de los obreros metalúrgicos en lucha; en 1902, huelga de masas con carácter de manifestación en Suecia por el derecho electoral universal e igual; en 1902, huelga de masas en Bélgica por el derecho electora! universal e igual; en 1902, huelga de masas de los trabajadores del campo en toda Galitzia oriental (más de 200.000) para la defensa del derecho de coalición; en 1903, en enero y abril, dos huelgas de masas de los ferrocarrileros en Holanda: en 1904, huelga de masas de los ferrocarrileros en Hungría; en 1904, huelga de masas de manifestación en Italia, como protesta contra las matanzas de Cerdeña; en enero de 1905. huelga de masas de los mineros de la región del Ruhr; en octubre de 1905, huelga de masas de demostración en Praga y alrededores (100.000

trabajadores) por el derecho electoral universal e igual al Landtag bohemio: en octubre de 1905, huelga de masas de demostración en Lemberg por el derecho electoral general e igual al Landtag de Galitzia; en noviembre de 1905, huelga de masas de demostración en toda Austria por el derecho electoral general e igual al Reichstag; en 1905, huelga de masas de los trabajadores del campo en Italia; en 1905, huelga de masas de los ferrocarrileros en Italia; en 1906, huelga de masas de demostración en Trieste por el derecho electoral general e igual al Landtag, *que logró victoriosamente la reforma:* en 1906, huelga de masas de los trabajadores del acero en Witkowitz (Moravia) en apoyo de 400 delegados expulsados a causa de las fiestas del primero de mayo, terminada victoriosamente; en 1909, huelga de masas en Suecia, en defensa del derecho de coalición; en 1909, huelga de masas de los trabajadores postales en Francia; en octubre de 1909, huelga de manifestación de todos los trabajadores de Trento y Rovereto, como protesta contra persecuciones políticas a la socialdemocracia: en 1910, huelga de masas en Filadelfia, en apoyo de los empleados de los tranvías en lucha por el derecho de coalición, y preparaciones, en ese momento, para la huelga de masas de los ferrocarrileros en Francia.

463

Así es como se ve la "imposibilidad" de la huelga de masas, en particular de la huelga de masas de manifestación en "Europa occidental", que el camarada Kautsky nos ha probado tan bellamente negro sobre blanco. El camarada Kautsky ha demostrado teóricamente, como sobre la palma de la mano, la imposibilidad de imponentes huelgas generales de masas de manifestación, la imposibilidad de las huelgas de masas como *periodo* de luchas particulares repetidas, y ha olvidado que vivimos desde hace diez años en un periodo de huelgas de masas de manifestación y de lucha económica y política, periodo que con llamativa coincidencia se extiende a casi todos los "países europeo-occidentales" y a Estados Unidos, esto es, tanto a países atrasados desde el punto de vista del desarrollo capitalista, como España, como a los más avanzados, como Norteamérica; a países de débil movimiento sindical, como Francia, y a otros de sindicatos socialdemócratas disciplinados, como Austria; a la Galitzia agraria y a la Bohemia altamente industrializada; a Estados semifeudales, como la monarquía habsburguesa, a repúblicas como Francia, y a Estados absolutistas como Rusia. Al lado de las que acabamos de enumerar, figura todavía la grandiosa acción de huelga de masas de Rusia, de 1902 a 1906, que ha mostrado que la importancia y la extensión de las huelgas de masas sólo empiezan a crecer con la situación revolucionaria y la acción política del proletariado.

Porque mientras nosotros discutimos acerca de la huelga política y

> buscamos su formulación y fundamentación teóricas, estalla espontáneamente, por indignación espontánea de las masas, una formidable huelga política de masas tras otra o bien toda huelga de masas se convierte en una acción política y toda confrontación política culmina en una huelga de masas, ya sea entre los mineros, entre los proletarios de Rusia, o entre los campesinos y los ferrocarrileros de Italia, etcétera.[36]

Según esto, tal parece que el camarada Kautsky, con su última teoría de la imposibilidad de un periodo de huelgas de masas políticas en Alemania, hubiera demostrado no un contraste entre Rusia y Europa occidental, sino, antes bien, entre Alemania y el resto del mundo, incluidas Europa occidental y Rusia. Prusia constituiría entonces una excepción entre todos los países capitalistas, si fuera cierto lo que el camarada Kautsky dice acerca de la imposibilidad en Prusia de las huelgas generales de masas con carácter de manifestación, aun breves. "No cabe ni pensar que se llegue entre nosotros, en una huelga de manifestación contra el gobierno, a un paro de los tranvías, los ferrocarriles y el gas"; que presenciemos en Alemania una huelga de manifestación que "cambie totalmente la imagen de la calle y ejerza así la impresión más profunda tanto sobre el mundo burgués en su conjunto como sobre las capas indiferentes del proletariado". [37] Pero entonces en Alemania habría de ser inconcebible aquello que se ha revelado como posible en Galitzia, en Bohemia, en Italia, en Hungría, en Trieste, en Trento, en España, en Suecia. En efecto, en todos estos países y ciudades han tenido lugar brillantes huelgas de manifestación, que cambiaron por completo "la imagen de la calle". En Bohemia, el 20 de noviembre de 1995 se produjo un paro total del trabajo, que se extendió inclusive hasta la *agricultura,* cosa que en Rusia no se ha visto todavía. En Italia, en septiembre de 1904, pararon los trabajadores del campo, los tranvías, y los trabajadores de los ramos de la electricidad y el gas, inclusive la totalidad de la prensa diaria dejó de aparecer. "Ha sido, sin duda, la huelga general más completa que conoce la historia —escribía la *Neue Zeit* —: durante tres días enteros se dejó a la ciudad de Genova sin luz, sin pan y sin carne; toda la vida económica se había paralizado."[38] En Suecia, en la capital, Estocolmo, tanto en 1902 como en la primera semana de 1909, pararon todos los medios de transporte: tranvías, coches de punto, carruajes y todos los trabajos municipales. En Barcelona, en 1902, estuvo toda la vida económica paralizada durante varios días.

---

[36] K. Kautsky, "Las enseñanzas de las huelgas de mineros", en *Die Neue Zeit.* XXIII, p. 781.
[37] K. Kautsky, "Una nueva estrategia", en *Die Neue Zeit,* año 20. 1909-10, vol. 2. p. 370.
[38] Oda Olberg, "La huelga general italiana", en *Neue Zeit,* XXIII, 1, p. 19.

464

Tendríamos así, finalmente, en la Alemania prusiana, con su "gobierno más fuerte del presente", y sus "condiciones alemanas" especiales que habrían de explicar toda clase de imposibilidades de las formas de lucha proletaria que son posibles en todo el resto del mundo, un paralelo inesperado de aquellas particulares condiciones "bávaras" y "sudalemanas" de las que el camarada Kautsky se rio en su día tan abundantemente con nosotros. Empero, estas "imposibilidades" alemanas resultan particularmente graciosas si se tiene en cuenta que precisamente nosotros somos en Alemania el partido más fuerte, tenemos los sindicatos más fuertes, la mejor organización, la mayor disciplina, el proletariado más ilustrado y la mayor influencia del marxismo. Llegaríamos en esta forma al resultado realmente sorprendente de que, cuanto más fuerte es la socialdemocracia, tanto más impotente es la clase trabajadora. Creo, sin embargo, que decir que son actualmente imposibles en Alemania huelgas de masas y huelgas de manifestación que son posibles en diversos otros países equivaldría a darle al proletariado alemán un testimonio de pobreza que ciertamente no ha merecido en modo alguno.

465

## V

¿Qué queda propiamente de la teoría de la huelga de masas del camarada Kautsky, después que él ha demostrado todas estas "imposibilidades"? La "última" huelga de masas, puramente política, que estalla una sola vez, desprendida de las huelgas económicas, pero sólo al final, como un trueno en pleno sol. "Aquí, en esta concepción", dice el camarada Kautsky,

> reside el motivo más profundo de las diferencias acerca de la huelga de masas que existen entre mis amigos y yo. Ellos esperan un *periodo de huelgas de masas,* en tanto que yo, en las condiciones dominantes en Alemania, sólo puedo representarme una huelga política de masa como *un acontecimiento único* [cursivas de R. L.] en el que entra todo el proletariado del Reich, con toda su fuerza, como en una lucha de vida o muerte, una lucha que o bien derrota a nuestras adversarios o destroza, o al menos paraliza por muchos años, el conjunto de nuestras organizaciones y nuestra fuerza entera.[39]

En relación con esta imagen de la "última huelga de masas", tal como el

[39] K. Kautsky, "Una nueva estrategia", en *Die Neue Zeit,* año 28, 1909-10, vol. 2, p. 374.

camarada Kautsky se la representa, cabe decir, ante todo, que se trata en todo caso de una creación totalmente nueva que no se deriva de la realidad, sino que se funda en una mera "representación". Porque no sólo no coincide con ningún modelo ruso, sino que tampoco ni *una sola* de las huelgas de masas, entre las numerosas que han tenido lugar en "Europa occidental" o en Estados Unidos, se parece, ni aproximadamente, al ejemplar inventado para Alemania por el camarada Kautsky. En efecto, ninguna de las huelgas de masas conocidas hasta aquí ha constituido una "última" lucha "de vida o muerte"; ninguna ha conducido a la plena victoria de los trabajadores, pero tampoco ninguna ha destruido "la totalidad de las organizaciones" y "la fuerza entera" del proletariado "por muchos años". En el mayor número de casos, el éxito sólo ha sido parcial e indirecto. Por regla general, las huelgas gigantescas de los mineros acababan inmediatamente con una derrota, pero lograban, mediante su presión, en sus consecuencias ulteriores, reformas sociales importantes, así, por ejemplo, en Austria, la jornada de nueve horas, en Francia, la jomada de ocho horas. La huelga de masas belga del año 1893, tuvo como resultado muy importante la conquista del derecho electoral general e igual. La huelga de masas sueca del año pasado, terminó formalmente con un compromiso, pero en el fondo, evitó un ataque general de todo el sector empresarial contra los sindicatos suecos. Las huelgas de manifestación austríacas favorecieron poderosamente la reforma electoral. Las huelgas de masas de los trabajadores del campo reforzaron en Italia y en Galitzia, pese a su fracaso formal parcial, la organización de los campesinos. *Todas* las huelgas de masas, ya sean económicas o políticas, de manifestación o de lucha, han mantenido aquello que la camarada Oda Olberg escribió en su día tan acertadamente en su balance de la huelga de los ferrocarrileros italianos en la *Neue Zeit:*

466

> Las conquistas de la huelga política son incalculables: su valor varía según el grado de conciencia de clase del proletariado. En efecto, una huelga política llevada a cabo con fuerza y solidaridad nunca se pierde, porque *es* precisamente aquello que *persigue,* esto es, un despliegue de fuerzas del proletariado en el que los luchadores vigorizan su fuerza y su sentido de responsabilidad, cobrando conciencia las clases dominantes de la fuerza de sus adversarios.[40]

Ahora bien, si hasta el presente toda huelga de masas sin excepción, tanto en "Europa occidental" como en Rusia, en contraste estricto con el último esquema del camarada Kautsky, no ha producido ni la victoria

[40] Oda Olberg, "Epílogo a la huelga de ferrocarriles", en *Neue Zeit,* XXIII, 2, p. 385.

completa ni la destrucción del proletariado, sino inversamente, casi siempre, un *refuerzo* de las organizaciones, de la conciencia de clase y del sentimiento de fuerza de los trabajadores, se plantea entonces, por otra parte, la pregunta: ¿Cómo podrá siquiera producirse en Alemania aquella grande y "última" huelga de masas apocalíptica, en la que crujen los robles más fuertes, se agrieta la tierra y se abren las tumbas, si la masa del proletariado no ha sido previamente preparada, enseñada y despertada para ello en un *periodo* prolongado de huelgas de masas, o por luchas de masas económicas o políticas? En esta "última" huelga de masas, "todo el proletariado del Reich" ha de lanzarse, y además, "con toda su fuerza", según el camarada Kautsky. Pero, ¿de qué modo podrán, de repente, estar maduros los ferrocarrileros, los empleados de correos, etc., que hoy están petrificados en una "obediencia pasiva", que no poseen derecho de coalición ni organización alguna, esto es, las grandes capas de trabajadores afiliados todavía a organizaciones adversarias, en sindicatos cristianos, en sindicatos de Hirsch-Duncker, en sindicatos amarillos y, en una palabra, toda la gran masa del proletariado alemán, que hasta el presente no ha sido asequible ni a nuestras organizaciones sindicales, ni a la agitación socialdemócrata, para emprender de un solo salto, una "última" huelga de masas "de vida o muerte", si no ha sido arrancada paulatinamente de su anquilosamiento, de su obediencia pasiva y de su dispersión, e incorporada a la socialdemocracia mediante un periodo precedente de tumultuosas luchas de masas, huelgas de manifestación, huelgas de masas parciales, luchas económicas gigantescas, etcétera?

Esto ha de verlo también el camarada Kautsky.

Por supuesto, dice él, no me represento este acontecimiento único como un acto aislado "salido como un tiro de una pistola". También yo espero una era de luchas encarnizadas de masas y de acciones de masas, pero veo la huelga de masas como la *última* arma.[41]

467

Sólo que ¿cuáles "luchas y acciones de masas" piensa el camarada Kautsky que han de preceder a aquella "última" huelga de masas, sin consistir ellas mismas en una huelga de masas? ¿Habrán de ser acaso manifestaciones callejeras? No se pueden hacer, durante decenios, meras manifestaciones callejeras. Y en cuanto a las huelgas impresionantes de manifestación, éstas han de estar precisamente excluidas en Alemania, según el camarada Kautsky, puesto que "no cabe ni pensar que entre

[41] K. Kautsky, "Una nueva estrategia", en *Die Neue Zeit,* año 28, 1909-10, vol. 2, p. 374.

nosotros se pueda llegar, en una huelga de manifestación contra el gobierno, a un paro de los tranvías, los ferrocarriles y el gas". Las huelgas de masas económicas tampoco pueden realizar para la huelga de masas política aquel trabajo de preparación, puesto que, según el camarada Kautsky, han de mantenerse estrictamente alejadas do la huelga de masas política, a la que no favorecen, sino que más bien perjudican. ¿En qué habrán de consistir, pues, finalmente, aquellas luchas y acciones de masas "encarnizadas" de la era de preparación? ¿Acaso en elecciones "encarnizadas" al Reichstag, o en asambleas con resoluciones de protesta? Pero sucede que aquellas grandes capas del proletariado no organizado o adversamente organizado, que son las que cuentan en la "última" huelga de masas, desafortunadamente no acuden a nuestras asambleas. De modo que, sencillamente, no se deja percibir en qué forma vamos a conquistar, sacudir y disciplinar para la última lucha "de vida o muerte" al "proletariado entero del Reich". Lo quiera o no el camarada Kautsky, su última huelga de masas, puesto que excluye un *periodo* de huelgas de masas de carácter económico y político, sale simplemente como un tiro de una pistola.

Finalmente, hay que preguntarse además: ¿qué es propiamente esa huelga de masas "última", que sólo se produce *una vez* y en la que el proletariado entero del Reich lucha a vida o muerte con todo su poder? ¿Hay que entenderla como una huelga de masas "última" *periódica,* que en toda gran campaña política —así, por ejemplo, por el derecho electoral prusiano, por el derecho electoral al Reichstag, para impedir una guerra criminal, etcétera—, acaba imponiendo la decisión? Pero no es posible luchar periódicamente y varias veces "a vida o muerte". Una huelga de masas concebida en esta forma, en la que "el proletariado entero" y además "con toda su fuerza" lucha "a vida o muerte", sólo puede ser aquella lucha en la que se trata de todo el poder político del Estado, y sólo puede ser manifiestamente aquella "última" lucha "a vida o muerte" en que el proletariado lucha por su dictadura, por liquidar al Estado de clase burgués. La huelga política de masas se aplaza así, para Alemania, siempre más lejos; en efecto, primero se la esperaba, mediante la "estrategia del cansancio", después de las elecciones al Reichstag del año próximo; pero ahora desaparece de nuestras miradas como huelga de masas "última" y única y nos embroma inclusive desde la lejanía azulada de la revolución social.

468

Recordemos ahora, todavía, las condiciones que el camarada Kautsky, en su artículo "¿Y ahora qué?", unía a la ejecución de la huelga política de masas, esto es: el secreto más estricto de las preparaciones frente al enemigo, la resolución por el "consejo de guerra" supremo del partido, la mayor sorpresa posible de los adversarios; y tenemos, de repente, una imagen mental que presenta una fuerte semejanza con el "último gran día",

con la huelga general según la receta anarquista. La idea de la lucha de masas se transforma, de un proceso histórico de las luchas de clases proletarias modernas en un periodo final de varios decenios, en un desbarajuste en que de repente, el "proletariado entero del Reich", líquida, con una sacudida, el orden social burgués.

Como escribía ya el camarada Kautsky, en 1907, en su *Revolución social,* 2ª ed., p. 54:

> Esto es absurdo. Una huelga genera] en el sentido de que *todos* los trabajadores de un país, a un signo dado dejan el trabajo, supone una unanimidad y una organización previas de los trabajadores que en la sociedad actual nunca se logrará y que, si alguna vez se lograra, sería tan irresistible que ya ni siquiera necesitaría la huelga general. Y semejante huelga, no sólo haría imposible, con una sola sacudida, la sociedad existente, sino inclusive toda existencia en general, la de los proletarios aun antes que la de los capitalistas, de modo que debería hundirse inevitablemente, en el momento preciso en que empezara a desplegar su eficacia revolucionaria.
>
> La huelga como medio político de lucha no será nunca, y en todo caso, no en un futuro previsible, la forma de una huelga de *todos* los trabajadores de un país [...] Vamos al encuentro de una época en que, frente a la prepotencia de las organizaciones de empresarios, la huelga política aislada tendrá tan pocas perspectivas como la acción parlamentaria aislada de los partidos de trabajadores frente a la presión del poder estatal dependiente de los capitalistas. Será cada vez más necesario que las dos se complementen y extraigan de su cooperación nuevas fuerzas.
>
> *Lo mismo que el uso de toda nueva arma, así ha de empezarse también por aprender la huelga política*.[42] [Cursivas de R. L.]

Así, cuanto más recurría el camarada Kautsky a amplias generalizaciones teóricas para justificar su actitud en la lucha electoral prusiana, tanto más iba perdiendo de vista las perspectivas generales de la evolución de la lucha de clases en Europa occidental y en Alemania, perspectivas que él mismo no se había cansado de dibujar en los últimos años. Es muy posible que él mismo tenga el sentimiento desagradable de la incongruencia de sus puntos de vista actuales con los anteriores y es por esto que se mostraría tan solícito por reproducir en detalle, en la tercera parte de su réplica contra mí, su serie de artículos del año 1904, "Toda clase de cosas revolucionarias". Por

[42] Karl Kautsky, *La revolución social,* parte I: Reforma social y revolución social, p. 55.

supuesto, la crasa contradicción no queda por esto eliminada en modo alguno, y en realidad sólo se hace resaltar el carácter caótico tornasolado de la última parte del artículo, que afecta tan desfavorablemente el goce de su lectura.

469 Sin embargo, no es sólo esa serie de artículos la que forma una disonancia aguda con lo que ahora dice el camarada Kautsky. En efecto, en su *Revolución social* se habla de todo un periodo prolongado de luchas revolucionarias en las que entraremos y en las que la huelga política de masas "desempeñará ciertamente un gran papel" (p. 54). El folleto entero *El camino del poder,* está dedicado a la descripción de las mismas perspectivas. Es más, aquí hemos entrado ya en los periodos revolucionarios. En este folleto, el camarada Kautsky revisa el "testamento político" de Engels y declara que el tiempo de la "estrategia del cansancio", que consiste en el aprovechamiento legal de las posibilidades estatales concedidas, pertenece ya al pasado:

> En el artículo precedente —decía—, yo pensaba que el mejor medio de acelerar el progreso del proletariado era entonces el de proseguir tranquilamente la edificación de las organizaciones obreras y continuar desarrollando la lucha de clases en el terreno legal. No obedezco, pues, como se me reprocha, a la necesidad de exaltarme con intransigencia revolucionaria cuando me inclino a creer, *observando las condiciones presentes, que la situación ha cambiado bastante desde 1890; cuando pienso que tenemos sobrados motivos para creernos entrados ahora en un periodo de luchas por la constitución y por la conquista del poder,* luchas de las cuales no se pueden prever por el momento ni las formas, ni la duración, pero que *continuarán quizás durante decenas de años* a través de vicisitudes diversas, y acarrearán muy verosímilmente y en un porvenir bastante próximo, desplazamientos de fuerzas notables en favor del proletariado, si no su hegemonía exclusiva en Europa occidental.

Y luego:

> La tarea más urgente del proletariado en medio de esta inseguridad general está indicada. Ya lo hemos expuesto. *No puede avanzar un paso más sin transformar las instituciones fundamentales del Estado que son terreno de sus luchas.* Proseguir enérgicamente la democratización del imperio, así como la de los distintos Estados, *especialmente de Prusia* y *Sajonia,* es su misión más apremiante para Alemania; desde el punto de vista internacional lo es la lucha contra el imperialismo y el militarismo.

> *No menos evidentes que esta tarea son los medios de que disponemos para llevarla a cabo. A los empleados anteriormente hay que agregar la huelga general,* que adoptamos en principio hacia 1893, y cuya eficacia en circunstancias favorables ha sido probada después varias veces.[43]

470

En su *Revolución social,* en *El camino del poder* y en la *Neue Zeit,* el camarada Kautsky predicaba a los sindicatos alemanes la "huelga política" como "la nueva táctica" cada vez más indicada, en presencia del hecho de que la huelga puramente económica estaba condenada, cada vez más, debido a las uniones de los empresarios, al fracaso. Y fue precisamente esta concepción la que le valió el año pasado la violenta disputa con la *Hoja de Correspondencia de la Comisión General de los Sindicatos* (de Alemania).

Ahora, el camarada Kautsky quiere separar las huelgas económicas y la acción política; ahora declara que todas las huelgas en Europa occidental (deben) alcanzar necesariamente "determinados éxitos", ya que, en caso contrario, "han fracasado en su propósito"; y entre los medios que "organizan al proletariado, elevan su comprensión y el sentimiento de su fuerza y aumentan la confianza de la masa popular hacia sus organizaciones", sólo cuentan "movimientos salariales llevados victoriosamente a buen fin". Ahora no necesitamos nada tan urgentemente, para impresionar a las masas, como "éxitos visibles".

> Pero son pocos los éxitos que signifiquen tan manfiestamente a los ojos de la masa nuestra fuerza en crecimiento como las victorias electorales, como la conquista de mandatos.[44]

Así, pues, elecciones al Reichstag y mandatos, ¡he aquí a Moisés y los profetas!

Ahora se nos dice que con el trabajador alemán sólo puede contarse para manifestaciones "sin riesgo alguno"; que "una simple huelga de manifestación ni siquiera constituye la forma más impresionante" de protesta política, y que "unas elecciones victoriosas al Reichstag producen una impresión mucho mayor". Y, finalmente, que "una verdadera manifestación de masas" dedicada a una causa "que no requiere una defensa inmediata, sino que sólo se propone manifestar una protesta contra una injusticia que existe desde hace ya más de medio siglo", apenas es

---

[43] Karl Kautsky, *El camino del poder.* Ed. Grijalbo, México, 1968. pp. 72 y 140-41.

[44] K. Kautsky, "Una nueva estrategia", en *Die Neue Zeit,* año 28, 1909-10. vol. 2, p. 419.

posible en Alemania, "sin algún motivo muy poderoso".[45] Sólo que el camarada Kautsky no se ha dado cuenta de que con esta argumentación ha proporcionado, de paso, la fundamentación teórica más apropiada para la *abolición de la fiesta del primero de mayo.*

471

Muy acertadamente señala el camarada Kautsky que "ya antes de la revolución rusa", en su artículo "Toda clase de cosas revolucionarias", él había dado una descripción exacta de los efectos de una huelga política de masas. Sin embargo, según me parece a mí, no se trata simplemente de describir luchas revolucionarias y su curso externo en la abstracción teórica, como quien dice en el vacío, o de esbozar su esquema general, sino, al menos con igual necesidad, de dar en la práctica las consignas que liberen, en cada caso, la energía revolucionaria del proletariado en grado máximo y sean susceptibles de llevar la situación adelante de la manera más rápida y en el mayor grado posible. Sin duda, en sus numerosos artículos y en sus folletos el camarada Kautsky ha dado la imagen de las luchas revolucionarias del futuro con una claridad impresionante, y en la descripción de la huelga de masas, por ejemplo, expuso ya en 1904 cómo "toda residencia señorial, todo granero, toda fábrica, toda línea de telégrafos y toda vía de ferrocarril son guardados militarmente"; cómo los soldados son enviados a todas partes contra las masas y cómo allí nunca se llega a la lucha, "porque cuando llegan, la multitud se dispersa, para reunirse allá a donde no han llegado todavía o de donde ya se fueron"; cómo dejan primero de funcionar las "centrales de gas y de electricidad; cómo dejan los tranvías de circular y, cómo, finalmente, el correo y los ferrocarriles son contagiados por la fiebre revolucionaria, primero para los trabajadores de los talleres, y luego, también, los empleados más jóvenes de la empresa": en resumen, todo está reproducido con una fuerza, una vivacidad y un realismo tales, que son tanto más de admirar cuanto que se trata, de hecho, de acontecimientos en el aire. Pero cuando la cuestión bajó por vez primera de esas alturas etéreas donde la teoría puede evolucionar todavía tranquilamente en círculo como un águila majestuosa, a la tierra llana de la campaña electoral prusiana, entonces, de repente, el atolondrado y desconcertado gobierno prusiano se transformó en un *rocher de brome;* las condiciones alemanas propicias, tal como *El camino del poder* las describe, en una tierra rígida, en donde "no cabe ni pensar" que los trabajadores de los talleres y los empleados de las empresas estatales participen en una manifestación, sean jóvenes o viejos; y la "era revolucionaria, que apunta al horizonte", se transforma en una preparación diligente para las elecciones al Reichstag, porque "son pocos los éxitos que signifiquen tan manifiestamente nuestra fuerza a los ojos de la

[45] Véase ibid., p. 370.

masa” como.. . unos mandatos al Reichstag.

Teoría que se lanza al asalto del cielo —y “cansancio” en la práctica, perspectivas de lo más revolucionario en las nubes— y mandatos al Reichstag como única perspectiva en la realidad. El camarada Kautsky ha explicado su campaña contra mí como la necesidad urgente de salvar la idea de la huelga de masas de un compromiso. Me temo casi que hubiera sido mejor, tanto para la idea de la huelga de masas como para el camarada Kautsky, si esta acción de salvamento no hubiera tenido lugar.

472

## VI

Pero volvamos a Prusia.

A principios de marzo, en presencia de la campaña electoral iniciada y del movimiento creciente de manifestación, declaré que el partido, si quería llevar el movimiento adelante, había de poner la consigna de la huelga de masas en el orden del día, consistiendo una huelga de masas de manifestación el primer paso en la situación actual. Consideraba que el partido se encontraba ante un dilema, a saber: o bien llevar el movimiento en favor del derecho electoral a formas más violentas, o bien el movimiento no tardaría en adormecerse como en 1908. Y fue esto lo que movilizó al camarada Kautsky contra mí.

¿Y qué vimos? El camarada Kautsky señala que, a despecho mío, no habíamos presenciado traza alguna de huelga de masas; triunfaba por el hecho de que mi iniciativa hubiera sido ahogada por las circunstancias y hubiera quedado “muerta como un palo”. Sólo que el camarada Kautsky ha olvidado, al parecer, en su ardor polémico, que desafortunadamente también otra cosa había quedado “muerta como un palo”, esto es, las manifestaciones y, con éstas, el movimiento mismo en favor del derecho electoral. El camarada Kautsky demostró contra mí, que un incremento de las manifestaciones no era en absoluto necesario; que no existía para el partido dilema alguno, y que lo principal era “ante todo seguir utilizando las manifestaciones callejeras, sin desmayar, y confiriéndoles, antes bien, cada vez mayor relieve”.[46] Sucede, sin embargo, que las manifestaciones callejeras han cesado por completo desde abril. Y no por cierto por falta de ambiente y espíritu de lucha entre las masas, las cuales no se han adormecido tampoco por agotamiento interno. No, sino que las manifestaciones callejeras han sido simplemente *suspendidas* por los órganos directores del partido, en contra de los esfuerzos e intentos de los

[46] K. Kautsky, “¿Y ahora qué?”, en *Neue Zeit,* 15 de abrí! de 1910. p. 71.

camaradas de la provincia, según lo ha demostrado el primero de mayo. Y según lo han demostrado, todavía en mayo, las manifestaciones en Braunschweig y en Breslau, que han sido suspendidas deliberadamente. Exactamente tal como yo lo había escrito ya en mi primera réplica en la *Neue Zeit* a fines de marzo y sin esperar el curso de los acontecimientos ni tener en cuenta la situación, se había fijado la manifestación para el 10 de abril, bajo la presión del ambiente en la provincia, pero con la declaración categórica de que con aquello se concluía. Y efectivamente, ése fue el final. Ninguna otra manifestación y ni siquiera asamblea alguna se ocupa ya de la cuestión del derecho electoral, y la sección amenazadoramente tumultuosa de la lucha por el derecho electoral ha desaparecido de la prensa del partido. Y como síntoma seguro de que la cuestión ha sido descartada por el momento y ya no es de actualidad, puede servir la circunstancia de que nuestro órgano directivo central empezara a ocuparse de la táctica en la lucha[47] por el derecho electoral. "El movimiento de masas de gran estilo" ha sido enviado provisionalmente a casa.

473

Y ¿qué dice el camarada Kautsky al respecto? ¿Se atreverá acaso, él que ha utilizado contra mí "broma, sátira, ironía y significado profundo",[48] a pronunciar siquiera una sola palabra del más tenue reproche contra las "autoridades superiores" que, contrariamente a su advertencia de "no desmayar en modo alguno en las manifestaciones callejeras", han acabado simplemente con el movimiento de manifestación? Por el contrario, aquí rebosa el camarada Kautsky admiración; no encuentra más que palabras de entusiasmo para "la más reciente campaña de manifestaciones", que ha sido "un modelo logrado de estrategia del cansancio".[49] Exactamente; así, en efecto, se ve precisamente en la práctica la "estrategia del cansancio", que "se cansa" después de dos pasos audaces, se duerme en sus laureles y deja terminar la obertura retumbante del "movimiento popular de gran estilo" en un gruñir apocado de la preparación para las elecciones al Reichstag.

Así, pues, el movimiento en favor del derecho electoral ha sido de nuevo parado por un año o tal vez por dos, y aun en un momento tan acertadamente escogido, y en esta forma se le ha prestado al gobierno el mayor servicio que se le podía prestar.

El retiro del proyecto de ley del derecho electoral por Bethmann Hollweg

---

[47] Heinrich Ströbel, en relación con la cuestión del derecho electoral. En *Actas de las negociaciones del Congreso del Partido Socialdemócrata de Prusia,* celebrado en Berlín del 3 al 5 de enero de 1910, Berlín, 1910, p. 224.

[48] *Broma, sátira, ironía y significado profundo es* el título de una comedia de Christian Dietrich Grabbe.

[49] Véase K. Kautsky, "Una nueva estrategia", en *Die Neue Zeit,* año 28, 1909-10. vol. 2, p. 419.

ha sido el momento decisivo. El gobierno estaba totalmente atrapado. En efecto, el trabajo de chapucería en la reforma electoral y el regateo parlamentario habían fracasado. Los adversarios ya no sabían qué hacer. Si se pensaba realmente en serio en el "asalto del derecho electoral", en la consigna "Nada de tranquilidad en Prusia", en las grandes palabras del congreso prusiano, entonces, el fracaso del proyecto de ley del gobierno era el momento indicado para reaccionar a este fracaso de la acción parlamentaria con el grito de; ¡Venga otro proyecto! y de iniciar en el país entero un grandioso movimiento general, con manifestaciones callejeras, que luego hubieran conducido a la huelga general de manifestación y hubieran llevado adelante vigorosamente la lucha. El camarada Kautsky, que me propone amablemente reconocer acontecimientos como la "aparición armada", por ejemplo, en el parque Treptow,[50] como aplicación de mi "estrategia", tiene aquí un ejemplo claro de lo que "mi estrategia" quiere en verdad. Nada de quijotismos infantiles, como los que el camarada Kautsky me supone, sino aprovechamiento político, tanto de las derrotas del adversario como de nuestras propias victorias, lo que, por lo demás, no es tanto invento de alguna "nueva estrategia", sino, antes bien, el abe de toda táctica revolucionaria y aun de toda táctica seria de lucha: ésta era la tarea del partido. Sin duda, no quiero proclamar con esto el deber ineludible del partido, de iniciar todos los lunes y los jueves un "periodo revolucionario". Pero digo, *si* el partido empieza una acción; *si* ha llamado a rebato y ha movilizado sus masas enormes; *si* ha hablado de un "movimiento popular de gran estilo", del asalto "con todos los medios", entonces no puede, después de dos asaltos, rascarse de repente tras la oreja, bostezar y explicar: no es nada, por esta vez la cosa no iba en serio, vámonos a casa. Semejante juego al asalto por vía de orden y ensayo, es indigno, a mi parecer, de la grandeza del partido y de la seriedad de la situación, y apropiado para desacreditarlo a los ojos de las masas. El movimiento iniciado en favor del derecho electoral y de las manifestaciones, constituía además una ocasión excelente para sacudir e ilustrar a las masas indiferentes, para conquistar círculos obreros de sentimientos contrarios, en una forma que la situación regular dista mucho de poder hacerlo. Después del comienzo más brillante, con la interrupción deliberada del movimiento, el partido ha dejado escapar dicha ocasión.

474

Pero, ante todo, entran además en consideración los puntos de vista políticos. Constituye una visión sumamente miope, en efecto, separar

[50] Para el 6 de marzo de 1910, la socialdemocracia berlinesa había convocado en el parque Treptow una manifestación en favor de un derecho electoral democrático; la manifestación fue prohibida por ja policía. Sin embargo, una multitud de más de 150.000 manifestantes ocupó disciplinadamente y en orden, la calle, obligando a la policía montada a retirarse.

mecánicamente la cuestión de la reforma electoral prusiana de aquella del derecho electoral al Reichstag y proclamar: por causa de la lucha electoral prusiana no vamos a sacar nuestra artillería, ya que ésta la reservamos para el caso en que, después de las elecciones al Reichstag, el derecho electoral al Reichstag sea anulado. Hay que cerrar deliberadamente los ojos a las verdaderas relaciones, para no ver que, en la situación actual, la lucha por la reforma electoral prusiana no es otra cosa, en el fondo, que la lucha por el derecho electoral al Reichstag. Está claro, en efecto, que una vigorosa y victoriosa campaña en favor del derecho electoral prusiano constituye el camino más seguro para parar anticipadamente un golpe contra el derecho electoral al Reichstag. Así, pues, la prosecución decidida y consecuente de la lucha electoral habría constituido, al propio tiempo, una acción de defensa contra las veleidades de golpe de Estado de la reacción; una acción que habría tenido todas las ventajas de la ofensiva ante la defensiva impuesta.

El camarada Kautsky objeta ahora —y éste es su último triunfo— que, puesto que la huelga de masas, según vemos, no estalló, esto demuestra de la mejor manera cuán poco resultaba de la situación y cuán erróneo era mi punto de vista.

475

> Pero ya el hecho de que se discutiera al respecto, dice él, mostraba que la situación no había conseguido todavía aquella madurez. Mientras puede seguir discutiéndose y examinando si la huelga de masas es indicada o no, no se ha apoderado todavía del proletariado como masa, ese grado de irritación y ese sentimiento de fuerza que es necesario para que la huelga de masas se imponga. Si el ambiente necesario para ello hubiera existido en marzo, entonces una voz disuasiva como la mía hubiera debido ser ahogada por una protesta de tumultuosa indignación.[51]

El camarada Kautsky muestra aquí un oscilar interesante entre dos extremos: constituye la huelga de masas un golpe cuidadosamente preparado en la tienda cerrada del consejo de guerra, que se prepara en voz baja, en secreto, ya es un "acontecimiento elemental, cuya aparición no puede provocarse a discreción, sino al que hay que esperar, pero sin poder fijarlo".[52] Creo, por mi parte, que la tarea del partido socialdemócrata y de su dirección no consiste ni en preparar en secreto "grandes planes", ni en "esperar" que se produzcan acontecimientos elementales. Sin duda, las huelgas de masas no pueden "hacerse" por orden de las instancias superiores, como lo escribí claramente en mi primer artículo en la *Arbeiter-*

[51] K. Kautsky, "Una nueva estrategia", en *Die Neue Zeit,* año 28, 1909-10, vol. 2. p. 417.
[52] Ibid; p. 421.

*Zeitung* de Dortmund, sino que han de resultar de las masas y de su acción progresiva. Pero, llevar adelante *políticamente* semejante acción en el sentido de una táctica enérgica y de una ofensiva victoriosa, de tal modo que las masas cobren cada vez mayor conciencia de sus tareas, esto sí puede hacerlo el partido, y esto constituye al propio tiempo su deber. La socialdemocracia no estará acaso en condiciones de crear artificialmente un movimiento revolucionario de masas, pero puede paralizar en determinadas circunstancias, con su táctica oscilante y débil, la más bella acción de masas. La prueba nos la proporciona en Bélgica, en 1902, la huelga de masas fracasada o, mejor dicho, suspendida inmediatamente después de su inicio para exigir el derecho electoral. Con cuánta eficacia el partido puede impedir, frenando en determinadas circunstancias, una huelga de masas, ese "acontecimiento elemental", aun si las masas están animadas del mayor espíritu de lucha, esto lo ha expuesto el propio camarada Kautsky en relación con Austria.

> No obstante —nos decía—, pese a que la situación favorece a la huelga de masas en Austria mucho más que entre nosotros, y pese a que las masas habían llegado en Austria a una indignación de la que en Alemania nos quedamos muy atrás, esto es, a una indignación tal, que solamente mediante la movilización de todas las fuerzas pudo impedirse que se lanzaran a la huelga de masas, pese, finalmente, a que reiteradamente y de la manera más positiva se hubiera amenazado con la huelga de masas, aun así, los camaradas responsables de la táctica del Partido han frenado la huelga de masas con la mayor energía y la han impedido.[53]

476

Que semejante papel represivo de la dirección del partido puede manifestarse de la manera más eficaz en Alemania, esto es algo que va de sí, debido al centralismo extraordinariamente desarrollado de la organización de nuestro partido y a su disciplina.

> En un partido como el alemán —decía yo en mi artículo "¿Y después qué?"— en el que el principio de la organización y el ejemplo de la disciplina de partido se tiene en tan alto concepto, donde por lo tanto la iniciativa de las masas populares no organizadas, su capacidad de acción espontánea, por así decirlo, improvisada —que es un factor tan importante hasta el presente, con frecuencia decisivo en todas las luchas políticas de envergadura—, están casi excluidas, es al partido a quien le corresponde el ineludible deber de demostrar el valor de una organización y de una disciplina tan altamente desarrolladas, su

[53] K. Kautsky, "Mi traición a la revolución rusa", en *Neue Zeit.* XXIV. 2, p.

utilidad no sólo para las elecciones parlamentarias sino también para otras formas de lucha.[54]

Hasta aquí, el destino del movimiento electoral prusiano parece casi demostrar que nuestro aparato de organización y nuestra disciplina de partido se prestan por el momento más para frenar acciones de masa que para dirigirlas. En efecto, si de buenas a primeras sólo se llevan a cabo las manifestaciones callejeras en forma titubeante y de mala gana; si se elude escrupulosamente toda oportunidad que se presenta para el fortalecimiento de las manifestaciones, como lo eran el 18 de marzo y el primero de mayo; si dejan de aprovecharse por completo victorias propias, como la conquista, el 10 de abril, del derecho a la calle, y las derrotas de los adversarios, como el retiro del proyecto de ley del gobierno; si, finalmente, se suspenden las manifestaciones en general y se envía a las masas a casa y, en resumen, se hace todo lo posible para detener la acción de masas, para paralizarla y embotar el espíritu de lucha, entonces, por supuesto no puede surgir de las masas ese movimiento tumultuoso que ha de desahogarse en una huelga de masas.

Por supuesto, el efecto represivo de una dirección de esta clase se revelará como decisivo sobre todo allí donde la acción de masas se encuentra en sus fases iniciales, como es el caso aquí entre nosotros, en Alemania, donde da sus primeros pasos. Pero, si el periodo revolucionario está en pleno desarrollo, si las olas de la lucha son ya altas, entonces ningún freno de los dirigentes del partido logrará hacer gran cosa; entonces la masa hace simplemente a un lado a los dirigentes que se oponen a la corriente impetuosa del movimiento.

477

Así ocurrirá acaso también algún día en Alemania. Pero no me parece, ni necesario ni deseable, en interés de la socialdemocracia, tener que llegar a eso. SÍ en Alemania queremos, de todos modos, con respecto a la huelga de masas, esperar hasta que ésta se precipite con “indignación tumultuosa” por sobre los dirigentes que la frenan, eso sólo puede ocurrir, manifiestamente, a expensas de la influencia y del prestigio de la socialdemocracia. Porque podría entonces resultar que el aparato complicado de organización y la estricta disciplina de partido, de los que con razón nos sentimos orgullosos, no sean, desafortunadamente, más que un excelente expediente provisional para la vida cotidiana parlamentaria y sindical, pero que. dada la composición de nuestros círculos dirigentes, constituyan un *obstáculo* para la acción de masas de gran estilo como la que los tiempos inminentes requieren. Y en esto, otro punto débil de nuestra organización podría

[54] Véase infra, p. 405.

revelarse igualmente como funesto. En efecto, si los dirigentes sindicales hubieran sido los únicos en oponerse en la reciente campaña electoral a la consigna de la huelga de masas, eso habría contribuido a la clarificación de la situación, a la agudización de la crítica entre las masas. Pero, el que no tuvieran necesidad de hacerlo, el que por medio del partido y con auxilio del aparato de éste pudieran poner toda la autoridad de la socialdemocracia en la balanza para frenar la acción de masas, *esto* es lo que ha detenido el movimiento en favor del derecho electoral, y el camarada Kautsky sólo ha necesitado ponerle la música teórica.

Por supuesto, nuestra causa avanza a pesar de todo. Nuestros adversarios trabajan tan incesantemente en nuestro favor, que no constituye mérito especial alguno el que nuestro trigo florezca en todos los tiempos. Sin embargo. a fin de cuentas, no consiste la tarea del partido de clase del proletariado vivir simplemente de los pecados y los errores de sus adversarios, sino que su tarea consiste en acelerar, mediante su energía propia, el curso de los acontecimientos y en extraer en todo momento no la cantidad mínima de acción y lucha de clase, sino la máxima.

Y cuando en el futuro, la acción de masas vuelva a aumentar, entonces el partido se encontrará exactamente ante el mismo problema como hace ya dos años y en la última primavera. Después de estos dos intentos, los amplios círculos de nuestros camaradas han de saber claramente de antemano que una verdadera acción de masas de gran estilo sólo puede desarrollarse y sostenerse, a la larga, si se la trata no como un ejercicio de entrenamiento bajo la batuta de la dirección del partido, sino como una gran lucha de clases en la que todos los conflictos económicos importantes se aprovechan y todos los elementos que conmueven a las masas han de dirigirse hacia el torbellino del movimiento; y en la que no se eluden una agudización creciente de la situación y una lucha decidida, sino que se les va al encuentro con una táctica decidida y consecuente. Tal vez la presente discusión habrá contribuido a tal efecto.

# LA HUELGA POLÍTICA DE MASAS Y LOS SINDICATOS

## DISCURSO PRONUNCIADO EL 1º DE OCTUBRE DE 1910 EN HAGEN, EN LA ASAMBLEA EXTRAORDINARIA DE MIEMBROS DE LA UNION DE TRABAJADORES METALÚRGICOS ALEMANES

¡Compañeros y compañeras! ¡Distinguido público!

Debo confesar que no me ha sorprendido menos que a ustedes ver aquí, en la asamblea extraordinaria de miembros de la Unión de Obreros Metalúrgicos, a algunos representantes en uniforme de nuestra autoridad en este mundo. Me he enterado que, aparte del par de señores de alta categoría que se encuentran en este local, hay también una cantidad considerable de comisarios y policías concentrados en el cuartel vecino. [Agitación] ¡Camaradas y distinguido público! Debo confesar que esta sorpresa ha producido en mí un efecto distinto del que les ha producido a ustedes. No me he enterado de ella con indignación, sino que, por el contrario, me ha invadido un sentimiento maravilloso de seguridad. [Ún ¡Bravo! irónico.]

¡Camaradas! Es probable que no hayan ustedes llegado tan lejos aquí, en Hagen, en materia de cultura prusiana, como nosotros en Berlín; yo vengo de la capital. Berlín, y hay en Berlín un barrio llamado Moabit. Y hemos aprendido allí, camaradas, que cuando se quieren mantenar la seguridad y el orden, la policía prusiana es directamente indispensable. [Risas.] ¡Distinguido público! Solamente después de haber recibido la noticia de que nuestro local de reunión ha sido bendecido tan abundantemente con la protección policiaca, me siento perfectamente segura de que podremos dejar la sala con nariz, orejas, ojos y demás partes corporales intactos. [Risas.] Debo confesarles que. al parecer, ejerzo yo una atracción muy particular sobre la policía. [Hilaridad.] Debo confesar que experimento cada vez cierta alegría y, en cuanto ponente, también cierto agradecimiento hacia la honorable policía. Debo decirles que precisamente la presencia de estos señores con las cabezas metidas en cascos confiere a la cuestión cierta agudeza.[1] [¡Muy bien!] Y hoy, precisamente, la presencia de la honorable policía es la que confiere un bello relieve al tema que vamos a examinar esta

[1] * Alusión irónica a los famosos cascos en *punta* de la época de Bismarck. [T.]

noche.

Espero tener todavía, en el curso de esta velada, la ocasión de ilustrar la relación especial existente entre las acciones de masas y las manifestaciones de masas del proletariado y la honorable policía. Creo que es bueno que esos señores tengan también una vez la ocasión de oír lo que pensamos de ellos. (¡Muy cierto!] Nunca abandono, por mi parte, la esperanza de que también ellos puedan alguna vez aprender algo, y es por esto que no debiéramos ser demasiado avaros con nuestras palabras y enseñanzas. Por una vez queremos echar también nuestras margaritas a. . . la policía prusiana.

479

¡Camaradas y distinguido público! De hecho, ningún tema puede ser en estos momentos más actual en una asamblea sindical alemana que el tema de la huelga de masas y los sindicatos. Nos hemos reunido aquí para examinar este tema y reflexionar, en cierto modo, entre dos batallas formidables. Hace solamente unas pocas semanas libraron ustedes aquí, en Hagen y Schuwelm,[2] una magnífica batalla que es un modelo, que merece la atención de toda la clase trabajadora con conciencia de clase de Alemania, y dentro de poco se verán ustedes tal vez obligados, amables asistentes, ustedes y sus numerosos colegas y camaradas de toda Alemania, a emprender una lucha tan formidable como nunca la hemos presenciado todavía en Alemania. Todos ustedes saben que, dentro de pocos días, pasado mañana, los representantes de los trabajadores organizados iniciarán negociaciones con unos formidables capitalistas de los astilleros, negociaciones en las que habrá de decidirse si 400.000 trabajadores metalúrgicos alemanes son dejados o no sin trabajo.[3]

¡Camaradas! Si esto llegara a suceder, se seguiría, lo que es sumamente probable, dadas la solidaridad, la conciencia de clase y la energía combativa de todos los trabajadores organizados de la metalurgia, en toda Alemania una lucha tal que quizás no se haya visto todavía otra igual en el mundo; porque sucede que, juntamente con los parientes más inmediatos y las familias, estarían tal vez en lucha un millón de individuos, en una lucha en la

[2] A mediados del año 1910, se había decretado en Hagen, Schwelm y otras localidades de Westfalia el *lock-out,* contra aproximadamente unos 20.000 trabajadores metalúrgicos. Bajo la dirección de la organización, lucharon juntos, al lado de 2.790 trabajadores organizados en la Unión Metalúrgica Alemana, en el Sindicato Hirsch-Duncker, en los sindicatos cristianos y en la Unión de Herrería, unos 17.000 trabajadores no organizados, enfrentándose así, a los intentos de los empresarios por romper el frente unido de los trabajadores.

[3] La Unión de Industriales Metalúrgicos Alemanes había amenazado, para reprimir la huelga de los trabajadores de los astilleros que duraba desde el 4 de agosto, con decretar el *lock-out* contra 60% de los trabajadores metalúrgicos de Alemania, o sea, aproximadamente 400.000 trabajadores. En las negociaciones de principios de octubre de 1910, los propietarios de los astilleros estaban dispuestos a hacer concesiones parciales que, bajo la influencia de los dirigentes reformistas sindicales, fueron aceptadas por los trabajadores. La reanudación del trabajo se fijó para el 10 de octubre.

que estaría en juego ser o no ser, entre la organización sindical más fuerte y el capital jactancioso y prepotente.

¡Camaradas! En un momento así, entre dos batallas, como acabo de decir, es precisamente indicado que nosotros hablemos aquí del tema y reflexionemos sobre lo que para nosotros representa la cuestión más actual del ayer y del mañana. Así, pues, camaradas, así pues, distinguidos asistentes, vean ustedes aquí a la clase trabajadora organizada y en lucha, en Alemania y en otras partes, que aprovecha un momento, en medio del campo de batalla, en medio del fuego de la lucha, para reflexionar, analizar y agudizar la conciencia, y para examinar las armas que debe emplear en la lucha.

480

Y esto es perfectamente natural, esto resulta de la esencia misma de la lucha de los trabajadores. En efecto, la clase proletaria moderna no conduce su lucha según esquema alguno reproducido en un libro o en una teoría, sino que la lucha moderna de los trabajadores es un trozo de historia, un trozo de evolución social y, en medio de la historia, en medio de la evolución, en medio de la lucha, aprendemos cómo debemos luchar. ¡Camaradas y dignos asistentes! Esto es precisamente lo admirable, esto es precisamente lo excepcional de esta obra formidable de cultura que reside en el movimiento obrero moderno: que, primero, la masa formidable del pueblo trabajador se forja ella misma, por propia conciencia y por propia convicción y propia comprensión, las armas para su liberación. Y es por esto que resulta sumamente importante que aprovechemos por completo este breve momento de pausa entre dos batallas, tal como aquí las presenciamos, para consideraciones bélicas, para el análisis, para el examen de todos los aspectos, de todas las decisiones y de todos los problemas que la vida nos plantea.

Uno de los problemas más importantes que ocupan ahora tanto a las organizaciones sindicales como a las socialistas, no sólo en Alemania sino en todos los países modernos, es el problema de la huelga de masas. Y vean ustedes ahora cómo resulta de esto un fenómeno interesante. Como en tantas otras ocasiones, resulta aquí que la historia no se detiene, que la evolución progresa, y que a nuestra vida y a nuestra actividad social y política se aplica exactamente aquello que Mefistófeles ha dicho en el *Fausto*, de Goethe: “La razón se convierte en sinrazón, y el beneficio en tormento.” Todo cambia con el tiempo.

El primer mandamiento para luchadores políticos como nosotros, es el de ir con la evolución del tiempo y darnos cuenta, en todo momento, tanto del cambio en el mundo moderno como también del cambio en nuestra estrategia de lucha. ¡Camaradas y distinguidos asistentes! En la historia de la

huelga de masas se ha confirmado en forma brillante e impresionante la ley eterna de la evolución histórica. Todos ustedes saben, seguramente, que la idea de la huelga de masas o, según se la llamaba antes, de la huelga general, no es en modo alguno un invento de estos últimos días o de estos últimos años. Al contrario, hace ya decenios que hubo gente que convirtió en su especialidad, en la tarea de su vida, el propagar la idea de la huelga general. Esta gente fueron los anarquistas, especialmente los franceses, holandeses y otros. Todos ustedes conocen seguramente a Dómela Nieuwenhuis,[4] que se distinguió especialmente por la propaganda que hizo de la idea de la huelga general en congresos socialistas internacionales.

481 Todos ustedes saben seguramente que, especialmente en los países latinos, en España y en Francia, secciones muy grandes de los sindicatos, esto es, los llamados "sindicalistas", consideran y propagan la huelga general como la idea salvadora y unificadora. Y todos nosotros hemos visto antes, que aquellos trabajadores que se encuentran en el terreno del socialismo científico moderno, y todos aquellos trabajadores que han comprendido la necesidad y la importancia de la organización sindical y de la lucha, eran los que se oponían con la máxima energía a la idea de la huelga general tal como era propagada por los anarquistas. Y con toda razón. ¡Camaradas! Tanto el Congreso Internacional Socialista de Bruselas de 1891;[5] como el Congreso de Zurich de 1893,[6] rechazaron con una mayoría abrumadora de los representantes de la clase trabajadora de todos los países, la idea de Dómela Nieuwenhuis y sus amigos. En Francia hemos presenciado todavía en fecha reciente, un capítulo interesante de esta ilusión de la huelga general. Yo misma tuve el placer de participar en París[7] en el Congreso Internacional Socialista del año 1900. Y ustedes recordarán, cuán profundamente dividido estaba entonces el socialismo francés, durante la llamada crisis de Millerand,[8] a causa de la gran disputa debida a la entrada de un socialista en un ministerio burgués. Entonces, en el Congreso socialista de París, hizo precisamente su aparición un señor llamado Aristide Briand. Es el mismo que ahora representa en Francia, como presidente del

[4] Bajo la dirección de la socialdemócrata holandesa Dómela Niewenhuis, entró en el movimiento internacional de los trabajadores un grupo semianarquista que exigía que a cada declaración de guerra se respondiera con una huelga general. La proposición fue descartada por la mayoría de los delegados en el Congreso de Bruselas en agosto de 1891.

[5] El Congreso Internacional de Trabajadores de Bruselas tuvo lugar del 16 al 22 de agosto de 1891.

[6] El Congreso Internacional Socialista de Trabajadores de Zurich tuvo lugar del 6 al 12 de agosto de 1893.

[7] El Congreso Internacional Socialista de París tuvo lugar del 23 al 27 de septiembre del año 1900.

[8] Alexandre-Etienne Millerand, que representaba en el movimiento francés una tendencia oportunista, fue ministro de Comercio del 22 de junio de 1899 al 28 de mayo de 1902. en el gobierno burgués reaccionario de Waldeck-Rousseau. Este primer paso práctico del oportunismo para la incorporación del movimiento obrero francés en el Estado burgués, condujo a violentas discusiones entre las fuerzas revolucionarias y los oportunistas.

gabinete, el gobierno burgués, y persigue a los socialistas y los trabajadores organizados posiblemente con más saña que cualquier otro ministro burgués. Ese señor no era todavía ministro en 1900, sino un partidario acérrimo y dogmático de la idea de la huelga general. Y yo tuve que escuchar en París su retumbante discurso, en el que nos criticaba a nosotros y a todos los marxistas. como representantes atrasados del socialismo, que no queríamos creer en el arte verdadero y único liberador de la huelga general. ¡Camaradas y distinguidos asistentes! Gomo ya dije, los socialistas que se sitúan en el terreno del marxismo y los sindicalistas que toman la organización sindical en serio, sólo tiene para esa idea ya sea una sonrisa compasiva o un encogimiento indignado de hombros. Y con razón, porque, ¿qué resultó de ello? Precisamente en los países en que la idea de la virtud liberadora universal de la huelga general como único medio para salir de la noche a la mañana del infierno capitalista; precisamente allí donde esta idea prosperaba, allí las organizaciones de trabajadores estaban paralizadas y siguen siendo, a la fecha, las más débiles de todos los países. Y sucede que fue un miembro de la socialdemocracia alemana, nuestro viejo e inolvidable, desafortunadamente fallecido, Ignaz Auer[9] [¡Bravo!], el que con su arte para acuñar agudas consignas epigramáticas, descartó, con dos palabras, la idea favorita del anarquismo, al declarar clara y rotundamente: "Huelga general, desatino general."

482 ¡Camaradas! Así estaban las cosas hace poco todavía, y ¿qué vemos actualmente? Si sólo consideramos los meros hechos, los resultados del último decenio, del año 1900 hasta hoy, en todos los países de desarrollo capitalista observamos que en uno tras otro, años tras año, estallan huelgas generales y huelgas de masas formidables. ¡Camaradas! Me permito recordarles solamente unas pocas. En el año 1900 tuvimos la formidable huelga de los trabajadores mineros de Pensylvania, de la que los camaradas americanos decían y explicaban que había hecho más para la propagación de la conciencia socialista de clase de lo que suele conseguirse en otra forma en diez años. El año 1902 tuvimos la gran huelga de masas de los mineros en Austria, que al principio no pareció producir resultado alguno, pero que, a continuación, consiguió para los trabajadores, mediante cambio de actitud de la opinión pública y mediante la presión sobre el gobierno y el parlamento, la jomada de nueve horas. En 1903, tuvimos la huelga cíe masas de los mineros en Francia, que en el transcurso ulterior conquistó para los trabajadores franceses en general la jornada de trabajo de ocho horas. Tuvimos el año 1902, en Bélgica, la mayor huelga de masas, la huelga

[9] Ignaz Auer fue miembro de la presidencia del Partido Socialdemocracia Alemán. Falleció en Berlín, en 1907.

política, la lucha por el derecho electoral universal. Tuvimos en 1904, precisamente al principio, en enero, la formidable huelga general de los ferrocarrileros holandeses, que causó en el mundo entero la impresión más formidable y que propagó el anuncio inaudito de que de repente quedó paralizado en Holanda el sistema de transportes entero y, con ello, quedó paralizada toda la vida económica, y que sólo por la voluntad de una determinada categoría de trabajadores logró detenerse. Y luego, camaradas, vino el año 1905. En enero de dicho año, llegó a Europa la noticia que parecía provenir de un país fabuloso. Era la noticia de que en la capital septentrional del zar de todas las Rusias, esto es, en Petersburgo, de repente, de 100.000 a 200.000 proletarios habían declarado la huelga de masas y se habían trasladado al propio tiempo ante el palacio, para pedir la libertad política y la jornada de ocho horas.

483 Ahora bien, camaradas, desde aquel día no ha pasado ni un solo mes, ni inclusive un solo día, sin que estallaran en Rusia huelgas generales y huelgas de masas locales. En un país del que hasta entonces se había creído que constituía una excepción entre los viejos países cultos; en un país del que se suponía que las leyes de la evolución histórica se hundían impotentes en sus fronteras, en su umbral; en un país hacia el cual los gobernantes de Alemania miraban con nostalgia, porque creían que había allí el único padre de la patria a quien sus hijos no causaban preocupación alguna. ¡Camaradas! En dicho país se levantó primero una masa formidable de proletarios y utilizó el instrumento de la huelga de masas, el arma de la huelga de masas, de la huelga política y sindical a la vez, en la lucha contra la clase explotadora y para la conquista de la libertad política. Y como eco sonoro, como repercusión de aquel periodo tumultuoso, tuvimos en otoño, en Austria, una serie de huelgas formidables de masas, como manifestación y medio de lucha en favor del derecho electoral general al Reichstag y a los Landtag particulares de Bohemia, Galitzia y Trieste. También el año 1905, tuvimos en Italia la huelga formidable de los ferrocarrileros; en Galitzia, la huelga de masas de 200.000 trabajadores asalariados del campo, esto es, de aquella categoría de trabajadores que vive en la miseria y la humillación más profundas. Y desde entonces, no transcurre año alguno sin una huelga de masas formidable en este o en aquel otro país. El año pasado, en 1909, tuvimos la huelga general no olvidada en Suecia, que todos ustedes recordarán todavía. En este momento, en este año, hemos tenido —no necesito recordarles lo que ustedes mismos han vivido— dos huelgas de masas brillantemente conducidas y victoriosas en América. La primera empezó en marzo y terminó en abril, fue la huelga de masas de Filadelfia; y la segunda, que acababa precisamente de terminar, fue la huelga general de 70.000 trabajadores masculinos y femeninos de la industria del vestido

femenino de Nueva York, que ha logrado que en todo el ramo y en todos los talleres sólo rija como ley aquello que decide el sindicato de los trabajadores. [¡Bravo!] ¡Camaradas! Esto es en cierto modo un breve resumen de los hechos escuetos de la historia de la huelga de masas del último decenio. Y basta observar estos hechos, para extraer de ellos esta conclusión: en los últimos tiempos se ha producido en las condiciones de la realización de la huelga de masas un cambio formidable. ¿Tenemos, pues, acaso, razón alguna para suponer o pensar que todas estas huelgas de masas y huelgas generales que acabo de enumerarles a ustedes constituyan en cierto modo un triunfo retardado de la idea anarquista? No, en absoluto, distinguidos asistentes; no son en absoluto los anarquistas lo que tienen motivo alguno de triunfar, ni motivo alguno para advertirnos de que en cierto modo hemos llegado a la huelga de masas con retraso. Observen ustedes, en efecto, que precisamente en todos los países en donde han tenido lugar en los últimos años las huelgas de masas más eficaces y formidables, precisamente allí el anarquismo está totalmente extinguido, y observen ustedes el hecho interesante de que, durante la revolución rusa, en el país en donde la huelga de masas como medio de lucha político ha sido en cierto modo bautizada y ha sido aplicada como ejemplo brillante y duradero, que precisamente en dicho país, que es además la cuna del conocido teórico y anarquista Michael Bakunin, con quien Marx y Engels hubieron de librar todavía en la Internacional batallas violentas, que en la propia Rusia, durante toda la gran revolución, el anarquismo no sólo no ha desempeñado papel alguno, sino que ha sido totalmente pisoteado por las huestes victoriosas del proletariado organizado. [¡Bravo!] Porque sucede, camaradas, que todavía ha de destacarse históricamente este hecho: la única forma en que el nombre de anarquismo se dejó ver en la revolución rusa, fue como representante del *lumpenproletariat,* esto es, de los ladrones, los bandidos y los vagabundos, quienes, para cubrirse con algún manto ideal, se llamaron a sí mismos comunistas anarquistas, pero fueron reconocidos por toda la clase obrera socialista como aquello que son, esto es, como representantes del *lumpenproletariat.* ¡Camaradas! Así se separa por completo, en cierto modo, desde los mismos inicios de nuestro actual periodo de evolución, la idea de la huelga de masas con respecto a los patrocinadores y propagandistas anarquistas de la huelga general. La idea de la huelga de masas surge como oposición directa a las quimeras anarquistas. Porque sucede, camaradas y distinguidos asistentes, que mientras para los viejos anarquistas la idea de la huelga general había de ser un medio milagroso para saltar de la noche a la mañana, como por medio de un golpe de varilla mágica y sin gran esfuerzo al paraíso del socialismo; mientras para los anarquistas la idea de la huelga de masas era una contradicción directa de la actividad política, de la lucha política, nosotros

inversamente vemos ahora la huelga de masas como arma política, que sirve más que nada al pueblo para la conquista de sus derechos políticos.

484 Así, distinguidos asistentes, es como se presentan las cosas, y ahora, en cuanto luchadores reflexivos, tenemos todos los motivos para plantearnos la siguiente pregunta: ¿Qué ha ocurrido, cómo ha sido posible que una idea cuya ejecución pareció durante tanto tiempo poco práctica c irrealizable, se haya convertido ahora en cierto modo en fenómeno cotidiano, que figure hoy en el orden del día de todo movimiento político y sindical? Si quieren dar ustedes a esta pregunta la respuesta profundamente reflexiva que corresponde a un político serio, habrán de echar ante todo una mirada al desarrollo económico de los últimos decenios y especialmente del último. Distinguidos asistentes y camaradas, los que viven en uno de los puntos más importantes de la región industrial occidental saben ellos mismos lo que han experimentado en carne viva. El rasgo sobresaliente en el desarrollo de Alemania durante los últimos tiempos, es el de la concentración enorme del capital, la concentración y la acumulación de la gran industria frente al proletariado. Camaradas, recuerden ustedes que hace aproximadamente doce años se hicieron sentir en nuestras propias filas, en las filas de la social democracia, fuertes voces de duda que postulaban la revisión de toda la doctrina marxista, sosteniendo que lo que había dicho Marx acerca de la línea, de la orientación del desarrollo orgánico del capital, había que echarlo por la borda, porque, en realidad, el capitalismo alemán no evolucionó tal como Marx lo había profetizado. Se decía que la concentración del capital no tiene lugar de aquel modo, que muchas pequeñas empresas siguen subsistiendo, de modo que, siendo esto así, el proletariado no tenía en modo alguno una necesidad tan urgente de acabar con el dominio capitalista y —camaradas—, apenas este punto de vista se hubo pronunciado, apenas había empezado la gran tarea de la revisión de la doctrina marxista, vino la vida misma y mostró —y en forma tan manifiesta que inclusive, los ciegos habían de verlo— que en Alemania el desarrollo capitalista confirmaba brillantemente, en cierto modo de acuerdo con los supuestos de Marx, aquello que nuestra doctrina había predicho. En efecto, en estos últimos años en ningún otro lugar se ha concentrado tanto el capital, en un poder enorme y prepotente frente al proletariado, como en Alemania.

485 En ninguna otra parte como en Alemania, y aquí, especialmente, en la región industrial occidental. Vean ustedes simplemente, las ramas principales de la industria. En todas partes la casi totalidad del capital, el poder entero sobre los medios de producción, se concentra en pocas manos, en sindicatos industriales que dominan de modo absoluto la región entera. Y lo propio cabe decir de la industria del carbón, de la del hierro, así

como también, en estos últimos tiempos, de la industria textil. ¿Qué significa el desarrollo de los sindicatos industriales contra la clase obrera? Hace unos años, el Reichstag alemán realizó una encuesta especial, una investigación acerca del carácter y de la naturaleza de los sindicatos industriales alemanes, Se convocó a los representantes de los diversos sindicatos industriales, a los grandes magnates, y éstos hubieron de responder a diversas preguntas que les eran planteadas ante los representantes del Reichstag y del gobierno. Una, de entre estas preguntas, decía así; ¿cuál es la actitud de los sindicatos industriales alemanes de la gran industria frente a las cuestiones obreras, qué influencia ejercen sobre la formación de las condiciones del trabajo? A lo que los señores representantes de los sindicatos industriales, y especialmente el señor Kirdorf, de Gelsenkirchen, contestaron con indignación: los sindicatos industriales jamás intervienen en la situación de los trabajadores. Las condiciones del trabajo nada tienen que ver con los sindicatos industriales. Nuestro representante, el diputado al Reichstag, Molkenbuhr, les dijo a continuación a estos señores entonces ya en la cara, que, en relación con esta declaración, se habían tomado la verdad un poco a la ligera. E inclusive el profesor Schmoller, un individuo perfectamente conservador, declaró que no podía creer que los sindicatos industriales no utilizaran su poder para ejercer alguna presión sobre las condiciones del trabajo.

486

Sin embargo, camaradas y distinguidos asistentes, si se requería alguna prueba en el sentido de que los sindicatos industriales constituyen directamente un poder hostil contra la clase trabajadora y en particular contra las organizaciones de los trabajadores, esta prueba la ha proporcionado en forma brillante el *lock-out* reciente de los trabajadores de la construcción. [¡Muy cierto!] Y es absolutamente necesario que cada uno de ustedes, en cuanto luchadores y representantes de las organizaciones trabajadoras, tomen nota de este hecho, para poder echárselo en cara a nuestros adversarios. Durante el *lock-out* de los trabajadores de la construcción, cuando cientos de miles de trabajadores con mujer y niños se enfrentaban cara a cara al hombre; cuando no sabían con qué iban a calmar al día siguiente el hambre de sus hijos; cuando por una sentencia de una camarilla de capitalistas hamburgueses estaban a punto de morir de hambre, entonces declararon dichos sindicatos industriales, en particular la Unión de los Productores de Acero, o sea, los negociantes de los materiales de construcción, declararon todos como un solo hombre: ahora es cuando debemos apoyar a los empresarios de la construcción. Y para obligar a los pocos empresarios de la construcción que se negaban a obedecer el mandato de su Unión y no quisieron despedir a sus obreros, para obligar a estos pocos empresarios a hacerlo, los proveedores trataron de negarles el

material para las construcciones, para ejercer, en esta forma, una presión sobre los trabajadores. [¡Qué asco!] Este hecho queda como testimonio histórico de que los representantes de los sindicatos industriales alemanes, al presentarles los representantes del Reichstag y del gobierno la pregunta acerca de las condiciones del trabajo, mintieron desvergonzadamente [¡Muy cierto!] al negar que utilizaran alguna forma de presión contra las condiciones del trabajo. Pero, camaradas, al lado de los sindicatos y de las uniones industriales, que sólo tienen por objeto ocuparse de la organización de la producción, hemos sido obsequiados, en el último decenio, con una serie entera de organizaciones de empresarios que persiguen, ya sin disimular el objetivo, la realización de una guerra mortal contra los sindicatos obreros. Tenemos ahora, en casi todos los ramos, asociaciones de empresarios, que mediante presión sobre los salarios, imposición de certificados de trabajos forzosos, etcétera, tratan todos ellos de sustraer a los trabajadores los frutos de la larga y fatigosa labor sindical y de disputarles el derecho de coalición. ¡Camaradas! Todas estas asociaciones de empresarios están centralizadas en dos organizaciones cumbre, esto es, en la Oficina principal de las Asociaciones de Empresarios y en la Unión de las Asociaciones de Trabajadores. Y según el nuevo *Anuario Estadístico del Reich Alemán* de 1910, resulta que casi 270.000 trabajadores están incluidos en el área en que se ejerce su poder. Ahora bien, camaradas, este poder de los empresarios es mucho más extenso, porque todos sabemos que a dichos señores lo que más les gusta es la oscuridad, de modo que no se apresuran en absoluto en aparecer con sus organizaciones y sus prácticas a la luz del día de la vida publica.

487

En realidad, por ejemplo, la relación y la asociación de las empresas capitalistas contra la clase obrera y sus organizaciones, es infinitamente más grande de lo que públicamente se sabe. Pero ahora, camaradas, después de haber visto que en esta forma el desarrollo económico del último decenio ha conducido directamente a movilizar una masa enorme de capital y odio acumulado contra el proletariado, echemos una mirada al aspecto político de la evolución. ¿Qué vemos en los últimos tiempos en el escenario político de Alemania? La conexión entre el desarrollo económico, financiero y político se muestra en una forma característica. Y esto lo sabemos todos que el centro, la cumbre de toda la agresividad empresarial, se encuentra en cierto modo, en la célebre Unión Central de Industriales Alemanes, a cuyo frente figuraba Bueck, de quien todos ustedes conocen el escándalo sensacional de los 12.000 marcos que ofreció al gobierno para fines que poco tenían que ver con el bien del movimiento obrero.[10] Ahora bien, esta

[10] El secretario general de la Unión Central de Industriales Alemanes, Henry Axel Bueck, había ofrecido

Unión Central de Industriales Alemanes es la más intransigente frente a todas las organizaciones de trabajadores, y al propio tiempo, la instancia suprema de la política de la protección aduanal, así como el mayor apoyo a las medidas reaccionarias y el mayor obstáculo frente a todas las demandas sociales en el Reich alemán, o sea, es el apoyo de todas las medidas del partido conservador. Distinguidos asistentes, no hay nada ni fenómeno alguno que ponga de manifiesto en forma tan típica los daños sociales de nuestro desarrollo popular y los haga visibles aun a la mirada más imbécil, como el espectáculo que ha tenido lugar en los últimos tiempos en Alemania y, particularmente, en Prusia, en ocasión de la lucha por el derecho electoral. ¿Qué es lo que ha resultado de ello? Ha resultado que el pueblo ha de recurrir a medios que la clase trabajadora necesita para conseguir los derechos políticos democráticos más elementales, que, en realidad, habrían debido ser conquistados ya por el verdadero liberalismo; y sigue tratándose todavía de la lucha por el sufragio universal para ambos sexos en el Landtag prusiano.

¡Camaradas y distinguidos asistentes! Constituye un hecho sumamente característico, el que en Prusia tuviéramos ya una vez el sufragio universal, por el que ahora hay que luchar con tanto esfuerzo. La época en que habíamos conquistado este derecho electoral fue el 18 de marzo de 1848. Camaradas, ¡recuerden ustedes los acontecimientos que tenían entonces lugar en Alemania! Entonces, aquel día memorable, el pueblo de Berlín se había echado a la calle. Había construido entonces barricadas, presentó batalla a las tropas del rey y las derrotó. El pueblo de Berlín recogió sus muertos al día siguiente, el 19 de marzo, los llevó ante el palacio real y obligó al rey Federico Guillermo, que en una ocasión había pronunciado las orgullosas palabras de que no toleraría jamás que se introdujera entre él y sus súbditos una hoja escrita de papel llamada constitución, pues bien, el pueblo obligó a dicho orgulloso señor a descubrirse la cabeza ante el pueblo y ante el fuego de la lucha de las barricadas, y a poner a los pies de los héroes de las barricadas la hoja escrita de papel. ¡Camaradas! Entonces, en esa hoja de papel que ustedes le arrancaron al rey, figuraba el sufragio universal para todos los prusianos que habían cumplido veinte años. Pero, distinguidos asistentes, aquella libertad no era todavía más que una hoja de papel, y de lo que se trataba era de llevarla a la vida, y para esto no estaba suficientemente maduro el pueblo trabajador de Prusia y de Alemania de entonces. No teníamos todavía el enorme desarrollo capitalista de hoy en día, ni teníamos tampoco a los trabajadores, al proletariado con conciencia de clase, sino a la burguesía liberal. A ésta le fue entregado el poder. Fueron

---

en 1898 al Ministerio del Interior, 12.000 marcos para financiar la agitación en favor del proyecto de ley de trabajos forzados.

precisamente los representantes de la industria de entonces en Westfalia y Renania, los señores Camphausen y Hansemann, los que fueron nombrados ministros después del levantamiento de marzo de 1848. Ahora bien, ¿qué hubiera debido hacer entonces la burguesía liberal con fundamento en la matanza, en las vidas sacrificadas del pueblo trabajador, si de veras se hubiera tomado en serio su programa político liberal? ¡Camaradas! Está claro, ante todo, que ya entonces, al llegar al poder, si se tomaba su programa en serio, la burguesía liberal hubiera debido destrozar la corrompida maquinaria estatal anterior al mes de marzo, y hubiera debido proclamar en toda Alemania la República. [¡Bravo!] ¡Camaradas! El liberalismo burgués de entonces no lo hizo, dejó de reforzar y de asegurar la libertad que el pueblo acababa de conquistar. Al contrario, la burguesía, a espaldas del proletariado y por propia autoridad, hizo la paz con el trono y el feudalismo, lo más rápidamente posible, robando al pueblo el fruto de la lucha. ¿Y por qué? Porque ya entonces temía y odiaba más al pueblo que a toda la reacción prusiana junta. Camaradas, desde entonces hemos asistido a una decadencia cada vez más profunda del liberalismo. Observen ustedes este fenómeno interesante. ¿De donde proviene ahora la mayor reacción dentro del partido liberal? ¡De esta región industrial occidental, de aquí! Mientras en la lucha prusiana por el derecho electoral, el proletariado ha de pagar, bajo la guía de la socialdemocracia, las deudas de los liberales burgueses para conquistar el mismo sufragio universal que los padres de nuestros liberales nos robaron en 1848, la corriente más reaccionaria del liberalismo nacional proviene de los liberales nacionales renano-westfalianos. Ahora se pone claramente de manifiesto que el capital enorme, que se presenta como intransigente contra sus propios trabajadores, es también, al propio tiempo, el baluarte de la reacción en la vida política. Y vemos así en todos los dominios —en la célebre reforma financiera, en la política del proteccionismo aduanal, en los gastos cada vez más elevados para el militarismo y en las aventuras de la política internacional—, una corriente tal, que hemos de decimos que, actualmente, el pueblo trabajador y la socialdemocracia, no pueden contar para la defensa de los intereses de la libertad y de la democracia más que consigo mismos. Todos los partidos burgueses, en un campamento común de la reacción, nos están enfrentados.

489

Resulta de ahí, camaradas, que también en el terreno político, cada paso adelante, cada derecho político, no puede conquistarse de otro modo que por las masas trabajadoras mismas, mediante una atrevida acción o, mejor dicho, en muchas acciones prolongadas de masas, allá afuera, en la calle. Sin duda, ya hemos dado hasta aquí varios pasos hacia adelante; hemos presenciado, camaradas, en esta lucha por el derecho electoral prusiano,

que el orden dominante existente no se arredra ni ante las violaciones más brutales de nuestros derechos cívicos para dificultarnos la victoria. Pensemos simplemente en la bella experiencia del 6 de marzo en el parque zoológico de Berlín, donde nosotros, una multitud de varios miles de individuos permanecíamos tranquilos y pacíficos bajo el sol primaveral, y no hacíamos más que gritar de vez en cuando: "¡Viva el derecho electoral igual y universal!" En esto, apareció de repente en la plaza una tropa de policía montada, que agitando los sables se nos vino encima como una horda salvaje. Así se vio por qué y para seguridad de quién llevan sables los policías. ¡Camaradas! Con caima y tranquilidad podemos relatar este episodio pasado, porque obligamos a aquellos señores a envainarlos. ¡Camaradas! Y hemos mostrado todavía más: obligamos al jefe de policía de Berlín, después que decretó contra nosotros, el partido revolucionario, proclamas formidables acompañadas de carteles en los que se decía que la calle pertenecía al tránsito y que no se toleraban manifestaciones, a cedernos la calle, y le enseñamos que la calle nos pertenece a nosotros, a la masa de los trabajadores. [¡Bravo!] Así, pues, camaradas, el movimiento de masas nos ha mostrado ya hasta el presente, que cada paso hacia adelante ha de conquistarse bajo la presión de la masa enorme de los trabajadores allá afuera en la calle y, exactamente del mismo modo con que hasta ahora hemos conseguido la primera victoria sobre el puño sangriento de la policía, destrozaremos en la calle, mediante grandes manifestaciones proletarias de masas, la injusticia electoral. [Muy cierto!] ¡Camaradas! Precisamente en esta lucha por el derecho electoral prusiano puede revelarse y casi habrá de revelarse forzosamente tarde o temprano, la necesidad de recurrir al arma más eficaz y suprema que el proletariado organizado tiene a su disposición: la huelga política de masas. Sigan los poderes dominantes agitando en Prusia el sable. Tal vez todos ustedes habrán oído qué nuevos hermosos secretos, de aquel lado, fueron revelados en nuestro último Congreso en Magdeburgo;[11] nuevamente un señor de Westfalia, el ex-comandante general von Bissing, había esbozado todo un plan de campaña contra el proletariado que manifestaba en las calles. Apunten simplemente esos señores, sus cañones y sus fusiles cargados contra las masas, como lo hicieron el 6 de marzo en Berlín. Contra las armas que nosotros tenemos en reserva, de nada sirven ni los cañones, ni los sables afilados. [¡Bravo! ¡Muy cierto!] Y esto lo han mostrado ya todas las experiencias anteriores. En efecto, ¿puede acaso algún Estado, aunque en obcecación y brutalidad supere inclusive al Estado prusiano, puede acaso descargar su artillería contra cientos de miles de trabajadores que manifiestan tranquila y

[11] El Congreso de la socialdemocracia alemana de Magdeburgo tuvo Jugar del 18 al 24 de septiembre de 1910.

pacíficamente? Necio y ofuscado sería el Estado que se propusiera pasar a cuchillo una multitud tan formidable de trabajadores. Porque no haría más que asesinar con sus propias manos la abeja de cuya miel él vive como zángano. [¡Bravo! ¡Muy cierto!] Y además, camaradas, ¿puede acaso algún Estado —aunque descargue contra otros la totalidad de sus cañones—, puede acaso obligar a trabajadores que hacen huelga pacíficamente a poner las máquinas en marcha? ¡No! Esto no puede hacerlo ni el Estado más déspota, y con esto se demuestra que precisamente el arma pacífica y tranquila de la huelga política de masas es el arma más eficaz a la que acaso habremos de recurrir si la reacción dominante persiste en su obstinación y su ofuscación. Y así, camaradas, mientras la evolución política nos obliga directamente a recurrir cada vez más a las huelgas de masas para conquistar los derechos políticos más elementales, en el movimiento sindical llevamos una política de esta clase exactamente en la misma dirección.

490 ¡Distinguidos asistentes! ¿A qué circunstancias debemos las últimas grandes huelgas de masas en el terreno económico y, en particular, qué lecciones debemos extraer de la tormenta que se está formando sobre la floreciente Unión de los Trabajadores Metalúrgicos? Son los propios capitalistas los que deliberada y metódicamente tratan de provocarnos a un enfrentamiento formidable. Después de las experiencias del *lock-out* de los trabajadores de la construcción, se ha demostrado, de hecho, que la huelga contra la organización de los trabajadores de la construcción había sido preparada desde mucho antes; que los empresarios trataron deliberadamente, mediante despidos, de llevar a los proletarios a una lucha desesperada, y exactamente el mismo propósito se encuentra ahora en la base tanto del plan de los capitalistas de los astilleros como del de los de la industria metalúrgica. Y si en esta forma los propios capitalistas, los empresarios, tienen en su mano, gracias a la protección de un poder coherente, el forzarnos mediante despidos a una huelga de masas, resulta para nuestra organización profesional la necesidad urgente de contar más adelante, inevitablemente, con el arma de la huelga de masas para la lucha en defensa del derecho de coalición. Resulta de esto que lo más práctico está en mirar al futuro claramente a los ojos y decirse que cuanto más preparadas estén las masas del proletariado mediante una comprensión clara de la situación en su conjunto, mediante la conciencia de las grandes tareas que tienen por delante, cuanto más preparadas estén para librar dicha gran batalla, mayores probabilidades tenemos de salir triunfantes de esta lucha.

491 ¡Distinguidos camaradas! Se dan varios argumentos contra el empleo de la huelga de masas, tratándose aquí de los que más suelen esgrimirse. En primer lugar, nos dicen: con una huelga de masas, especialmente si se trata

de una huelga política de masas, corremos un riesgo enorme, pues exponemos la organización sindical a un peligro formidable. En efecto, en un choque de estas dimensiones, nuestra organización sindical podría quedar hecha añicos. Sin duda, es posible que en una u otra huelga de masas precipitada, nuestra organización sufra algún daño al principio. Pero hay situaciones, y estamos llegando cada vez más a una de ellas, en que una lucha ha de emprenderse aun en las condiciones más desfavorables, si se quiere defender siquiera el honor del movimiento organizado de los trabajadores.

¡Camaradas! Después de todo, las organizaciones sindicales han sido creadas más que nada para servirnos de arma en nuestra lucha, especialmente para la defensa de nuestro primerísimo derecho, esto es, el derecho de coalición que ahora resulta amenazado. De hecho, nuestras organizaciones económicas son nuestros cañones en la lucha para un futuro mejor. ¿Qué dirían ustedes de un Estado militar que declarara que no podia ir a la guerra, por temor a que sus cañones quedaran destrozados en ella? ¿Para qué tenemos, pues, los cañones si no es para disparar también, en su caso, contra el enemigo? Por una parte, nuestras armas no son de una constitución tan burda como las de los Estados militares. En efecto, los cañones de éstos pueden realmente resultar destrozados e inutilizados en una lucha. Nuestras organizaciones, en cambio, se afirman en la lucha, sólo pueden existir en la lucha y sólo crecen en la lucha. Recuerden ustedes la época de la ley socialista. ¿No fue acaso aquella época la más difícil por la que los sindicatos alemanes hayan pasado juntamente con la socialdemocracia alemana? ¿Cómo estaban las cosas en nuestra organización en el primer momento después de la realización de la ley socialista? Nuestros sindicatos estaban destrozados, nuestra prensa estaba paralizada, nuestra organización estaba aniquilada; pero, ¿en qué estado nos encontrábamos doce años más tarde, cuando la ley socialista hubo de ser abolida? Pues allí estábamos nosotros con una fuerza decuplicada, en tanto que la ley socialista yacía destrozada en el suelo. [Aplausos ensordecedores.] Y así será siempre en la gran lucha que nos sea impuesta por nuestros adversarios.

¡Camaradas! ¿Qué muestran las experiencias de los últimos tiempos? Nos muestran que no existe momento más favorable para la ampliación de las organizaciones sindicales que una gran lucha de masas que sacuda las masas indiferentes del proletariado y las haga receptivas para su adhesión a las organizaciones. [¡Muy cierto!] Ustedes mismos lo han presenciado aquí en Hagen, donde, después del último *lock-out,* su Unión de Trabajadores Metalúrgicos ha mostrado un ascenso tan brillante. Y exactamente así ocurre en todas partes.

Tomemos como ejemplo a Rusia, antes mencionada. Hasta el año 1905, apenas había en Rusia organización sindical alguna. En cambio, después de la formidable campaña de huelgas de masas que presenciamos allí el año 1905, van creciendo como los hongos del suelo, en un distrito gubernamental tras otro. Se trata de organizaciones sindicales jóvenes y vigorosas. Lo mismo tuvo lugar, en su día, en Bélgica. En efecto, hasta el año 1886 no había en Bélgica traza alguna de organización sindical. Primero se produjo allí un signo del despertar general después de la tormenta de huelgas de masas en los talleres de los ferrocarriles. De estas huelgas de masas surgieron, por una parte, el gran movimiento político, la lucha por el derecho electoral igual universal, y al propio tiempo, la primera organización sindical de Bélgica. Y la experiencia más reciente nos muestra al respecto ejemplos muy ilustrativos de Filadelfia, en Estados Unidos. Tengo de ellos dos testimonios que me gustaría leerles a ustedes, porque no tenemos otra prueba mejor de cuán eficazmente actúan dichas huelgas de masas elementales sobre el fortalecimiento de las organizaciones sindicales que, precisamente, el ejemplo de Filadelfia. Era a principios de la primavera de este año, el 5 de marzo, cuando los empleados organizados del servicio de tranvías fueron despedidos en Filadelfia. Precisamente porque estaban organizados. En defensa de sus compañeros, todos los empleados del servicio de tranvías y a continuación todas las profesiones de aquella ciudad decretaron la huelga general. Dicha huelga terminó brillantemente con una victoria. Resultó además un aumento enorme de organizaciones sindicales. Así, por ejemplo, leemos en el periódico germano-norteamericano de los panaderos que, antes de que la huelga general se convirtiera en realidad en Filadelfia, había allí apenas 350 trabajadores panaderos organizados. Ninguna de las grandes panificadoras —y Filadelfia, lo mismo que cualquier otra gran ciudad, tiene de ellas gran cantidad— estaba organizada; pero en aquella asamblea de masas estuvieron presentes todos los trabajadores del más grande establecimiento de Filadelfia, y allí declararon que la fábrica había de sindicalizarse antes de que ellos volvieran al trabajo. “Para nuestra unión ha llegado ahora la hora de la acción, y por nuestra parte nada debemos descuidar. Todo compañero disponible con capacidad de organización, será convocado a Filadelfia, para ayudar allí a nuestros camaradas, para aprovechar allí la situación de la mejor manera posible. Ha llegado el momento en que nuestro ejército puede conseguir, a través de los trabajadores panaderos de Filadelfia, un aumento considerable. Hasta aquí Filadelfia ha dormido. Ha sido despertada repentina y brutalmente. El proletariado de Filadelfia está ahora irritado y lleno de energía.” Esto se refiere a una profesión que originalmente nada tenía que ver con la causa de la huelga. Los panaderos se organizaron después de la huelga de masas que había sido provocada por simpatía para con los empleados del servicio

de tranvías.

Y he aquí otro ejemplo de la industria textil de Filadelfia. El señor John Golden, líder de los trabajadores y las trabajadoras textiles, declaró: “Esta huelga nos ha proporcionado la posibilidad de alcanzar más gente para nuestra organización de lo que hubiéramos conseguido en cinco años con un gasto de 10.000 dólares. Esto representa la organización total de los trabajadores textiles de Filadelfia. Hemos inscrito ya a 5.000 nuevos miembros, y esperamos que hasta fines de la semana se inscribirán otros tantos. La educación y el despertar de la conciencia de los trabajadores a la comprensión de la necesidad de organizarse a sí mismos, vale la pena cualquier sacrificio que dicha gran lucha pueda haber exigido. Sea el que fuere el resultado de la lucha actual, los trabajadores saldrán de ella victoriosos, porque estarán más fuertemente organizados que antes.” Así, pues, distinguidos asistentes, vemos en todas partes que precisamente las formidables huelgas de masas sacuden una gran masa de trabajadores hasta allí indiferente y constituyen así una agitación magnífica para la labor de organización de los sindicatos.

493 Y he aquí otro reparo contra las huelgas de masas. ¡Camaradas! Se nos señala —y eso ha desempeñado también un gran papel en la discusión de la huelga de masas en la lucha electoral prusiana —, se nos señala que tenemos todavía demasiado que hacer con una gran masa de colegas organizados y que nos son hostiles. Tenemos que hacer todavía con los trabajadores organizados cristianos, que no comparten nuestro punto de vista, de modo que, ¿podemos acaso emprender así una gran acción como la de las huelgas políticas de masas, si tenemos todavía en contra nuestra a grandes huestes de proletarios que piensan de otra manera? Camaradas, los que manifiestan estos temores han de reconocer que en este aspecto la historia actúa precisamente al revés de lo que ellos dicen. En efecto, los trabajadores cristianos organizados no pueden representar un obstáculo serio en nuestra acción de huelga de masas, sino al contrario. No existe medio más seguro de arrancar grandes huestes de trabajadores a sus líderes burgueses, tanto en asociaciones cristiano-sociales romo en otras, y de atraerlas a nosotros, como una grande y audaz acción de masas. Porque, camaradas, cuantos más movimientos de masas vienen, cuanto más se trata de grandes cuestiones, de grandes problemas y de intereses fundamentales del proletariado, tanto más las masas han de sentirse solidarias con nosotros, también los sindicatos cristianos y los de Hirsch-Dunker, y tanto más se pone de manifiesto el acierto de lo que decimos, esto es, que toda la política de sus líderes en las uniones no es otra cosa, en realidad, que un remedo de los sindicatos. ¡Camaradas! Es por esto que debemos regocijarnos cada vez que, en conexión con un gran movimiento de masa,

los partidarios de las uniones cristianas y de Hirsch-Dunker marchan juntos. Sin duda, semejante marcha sólo puede cumplir su objeto si tenemos la plena publicidad y la aprovechamos políticamente para ilustrar a dichas masas que siguen a líderes burgueses acerca del verdadero carácter de sus intereses y tareas.

¡Camaradas! Existe además otra objeción, que es al parecer muy plausible y constituye una arma peligrosa contra la huelga de masas política, y esta objeción suele ser la de que ponemos el factor principal de la fuerza de nuestras organizaciones sindicales, ponemos nuestra caja y nuestros medios financieros a prueba. Ningún sindicato puede decir ante un formidable movimiento de masas, ante una formidable huelga de masas: tenemos en nuestro sindicato medios suficientes para poder mantener durante largos meses a innumerables cientos de miles. Pero, camaradas, esta concepción de la cuestión es totalmente errónea.

494

En efecto, ni siquiera es posible examinar, desde el punto de vista de nuestras existencias de caja, movimientos tan formidables como son las huelgas políticas de masas. En semejantes casos, hemos de contar con algo distinto al dinero contante y sonante de nuestras cajas y de nuestros libros de caja. Hemos de contar con el manantial inagotable del idealismo en la ejecución de la acción. Nunca podrán ganarse batallas formidables, como las que nos esperan en el futuro, únicamente con cajas. Para ello hay que poner en juego la gran fidelidad para con nuestros objetivos y nuestras tareas; para ello ha de comprender el último de la masa que se trata de tareas por las que no sólo se puede padecer hambre durante meses, sino por las que inclusive se sacrifica, en su caso, la vida. [¡Bravo!] ¡Camaradas! Hasta el presente, la confianza puesta en los ideales de las masas nunca ha fallado en nuestra historia. ¿Acaso no hemos tenido bastantes ejemplos durante la lucha proletaria moderna por la liberación, en el sentido de que las masas están dispuestas a soportar los mayores sacrificios? Con tal que vean claramente ante sí el objetivo que conduce a liberarlas del yugo del capitalismo. ¡Camaradas! Así fue el año 1848, y no sólo en Alemania, sino también en Francia durante la célebre revolución de febrero. En aquel entonces acariciaban los proletarios la noble ilusión de que sólo necesitaban realizar un gran esfuerzo lleno de sacrificios para establecer en breve plazo el orden socialista. Después de haber logrado en Francia, el 24 de febrero de 1871, que el gobierno provisional proclamara la República, formularon inmediatamente la exigencia: exigimos que esta vez se instaure en Francia una república social, en la que haya puré y pan suficiente para todo el mundo. Y en aquel entonces, camaradas, marcharon los proletarios franceses por las calles de París con una bandera negra en la que estaba escrito: ¡Trabajadores, vivid o recibid la muerte! El gobierno provisional, que

sentía entonces el mayor miedo ante el proletariado reunido en la calle, prometió instaurar la república socialista y asegurar a todo el mundo pan y trabajo, pero necesitaba para ello, dijo, algún tiempo. En efecto, aquellos señores sabían perfectamente que antes de tres meses las cosas habrían cambiado profundamente; necesitaban ganar tiempo, para reunir las balas con que alimentar a los hambrientos. Camaradas. Los proletarios pronunciaron entonces las palabras históricas memorables por boca de uno de los suyos, uno de los primeros y mejores trabajadores de París. Dijeron entonces al gobierno provisional reunido: está bien, señores, damos a ustedes tiempo; vamos a soportar tres meses de hambre, nosotros, el proletariado de París, pero queremos la república social. Siguieron tres meses de miseria terrible, y lo soportaron, porque creían que obtendrían la célebre república social que había de tener pan y trabajo para todo el mundo, y cuando los tres meses hubieron transcurrido, entonces no apareció el pan y el trabajo de la república social, sino que apareció en la calle la guardia nacional, apareció en la calle el ejército, y allí tuvieron lugar las célebres luchas de junio y las matanzas de junio, que durante tres días y tres noches trataron de ahogar en sangre la ilusión de la república social.

495

Pero, camaradas, ya entonces se reveló que las masas no se arredran ante sacrificio alguno. Entonces no había cajas para mantener a los proletarios durante tres meses; entonces no había sindicatos, no había organización, para mantener su espíritu de lucha. ¡Cuánto más debiera centrarse actualmente toda nuestra atención en la voluntad de consentir para todas las luchas los sacrificios que sean necesarios, ya que tenemos detrás de nosotros fuerzas formidables tales como los sindicatos alemanes y la socialdemocracia alemana! Para despertar en las masas este espíritu y este idealismo, no necesitamos hacer más que volver a señalar siempre de nuevo que las luchas que ahora libramos, que todas las huelgas de masas que tenemos ante nosotros, no son más que una etapa histórica necesaria hacia la liberación definitiva del capitalismo, hacia el orden de cosas socialista.

¡Camaradas! ¿Acaso todo *lock-out* que actualmente presenciamos no es una propaganda formidable para el socialismo? ¿El solo hecho de que nos encontremos actualmente ante una decisión y nos preguntemos si en los próximos días, por decreto de un puñado de capitalistas, cientos de miles de hombres y mujeres serán lanzados o no a la calle no es acaso una prueba suficiente, inclusive para un ciego, de que semejante orden social merece ser mandado al infierno? [Vivos aplausos]

¡Camaradas! Todo *lock-out* es un paso más hacia adelante, es un nuevo clavo en el ataúd del orden capitalista; porque precisamente el método ahora preferido del *lock-out* constituye la mejor prueba, sin vencer al

proletariado, de que el orden social existente ya no es posible, sino que se ha hecho insoportable; de que ha de ceder el lugar a otro. ¿Y acaso toda huelga de masas no es un paso más hacia adelante en el camino de la eliminación de este orden social? Camaradas, el célebre *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels termina con las palabras: “Los proletarios no tienen nada que perder más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar.” Sólo entonces estaremos equipados para la formidable batalla que próximamente habremos de librar, cuando todo proletario, sindicalmente organizado, haya comprendido su misión en el partido socialdemócrata; cuando todo proletario socialista comprenda que está obligado a apropiarse la literatura educativa socialista, de tal modo que todo trabajador sindicalmente activo y organizado sea al propio tiempo un luchador consciente y seguro en la lucha por la liberación socialista. Únicamente con esta consigna llevaremos las propias batallas a la victoria, cuando el último proletario comprenda que sólo puede perder sus cadenas, pero puede conquistar un mundo entero. [¡Aplausos tumultuosos prolongados!]

# REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

¿REFORMA O REVOLUCIÓN? (Sozialreform oder Revolution?), 1899, segunda edición 1908. Rosa Luxemburg *Gesammelte Werke,* Dietz Verlag, Berlín, 1974, t. 1/1, pp. 369-445. Tomado de *Reforma social o revolución.* Ed. Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1969. Traducción de Liliane Isler.

MILICIA Y MILITARISMO (Anhang Miliz und Militarismus), 1899, segunda edición 1908. *Gesammelte Werke,* op. cit., t. 1/1, pp. 446-66. Tomado de *Reforma social o revolución,* op. cit. Traducción de Liliane Isler.

LA CAUSA DE LA DERROTA (Die Ursache der Niederlage). En *Leipziger Volkszeitung,* 22 de abril de 1902. *Gesammelte Werke,* op. cit., t. 1/2, pp. 208-11. Tomado de *Debate sobre la huelga de masas,* primera parte. Ed. Cuadernos de Pasado y Presente, Buenos Aires, 1975. Traducción de Roberto Fisbaug.

Y POR TERCERA VEZ EL EXPERIMENTO BELGA (Und zum dritten Male das belgische Experiment). En *Die Neue Zeit,* 1901-1902, *Gesammelte Werke,* op cit., t. 1/2, pp. 229-48. Tomado de *Debate sobre la huelga de masas,* op. cit. Traducción de Roberto Fisbaug.

EL MOVIMIENTO OBRERO Y LA SOCIALDEMOCRACIA (Arbeiterbewegung und Sozialdemokratie). En *Leipziger Volkszeitung,* 4 de junio de 1902, *Gesammelte Werke,* op. cit., t. 1/2, pp. 253-57. Traducción de Carlos Gerhard.

LA CUESTIÓN DEL TERRORISMO EN RUSIA (Zur Frage des Terrorismus in Rusland). En *Leipziger Volkszeitung,* 27 de agosto y 1 de septiembre de 1902. *Gesammelte Werke,* op. cit., t. 1/2, pp. 275-80. Traducción de Carlos Gerhard.

EN MEMORIA DEL PARTIDOS "PROLETAIADO" (Dem Andenken des "Proletariat"). En *Przeglad Socjaldemokratyczny,* n. 1 y 2, 1903. *Gesammelte Werke,* op. cit., t. 1/2, pp. 306-62. Traducción del polaco al alemán Tadeusz Kachlak. Traducción al español de Félix Blanco.

ESPERANZAS TRUNCADAS (Geknickte Hoffnungen). En *Die Neue Zeit* 1903-1904. *Gesammelte Werke,* op. cit., t. 1/2, pp. 394-402. Traducción de Ilán Semo.

PROBLEMAS DE ORGANIZACIÓN DE LA SOCIALDEMOCRACIA (Organisationsfragen der russischen Sozialdemokratie). En *Die Neue Zeit* 1903-1904. *Gesammelte Werke,* op. cit., t. 1/2. pp. 422-44. Tomado de

*Teoría marxista del partido político II.* Ed. Pasado y Presente, Córdoba, 1969. Traducción de José Aricó.

SOCIALDEMOCRACIA Y PARLAMENTARISMO (Sozialdemokratie und Parlamentarismus). En *Sachsische Arbeiter-Zeitung,* n. 282 y 284, 5 y 7 de diciembre de 1904. *Gesammelte Werke* op. cit., t. 1/2, pp. 447-55. Traducción de Carlos Gerhard.

LA REVOLUCIÓN EN RUSIA [I] (Die Revolution in Rusland). En *Die Neue Zeit* 1904-1905. *Gesammelte Werke,* op. cit., t. 1/2, pp. 477-84. Traducción de Carlos Gerhard.

DESPUÉS DEL PRIMER ACTO (Nach dem ersten Akt). En *Die Neue Zeit* 19041905. *Gesammelte Werke,* op. cit., t. 1/2, pp. 485-90. Traducción de Carlos Gerhard.

LA REVOLUCIÓN EN RUSIA [II] (Die Revolution in Rusland). En *Die Gleichheit* 1905. *Gesammelte Werke,* op. cit., t. 1/2, pp. 491-93. Traducción de Carlos Gerhard.

EL PROBLEMA DE LOS "CIEN PUEBLOS" (Das Problem der "hundert Vólker"). En *Die Neue Zeit* 1904-1905. *Gesammelte Werke,* op. cit., t. 1/2, pp. 494-99. Traducción de Carlos Gerhard.

LA REVOLUCIÓN EN RUSIA [III] (Die Revolution in Rusland). En *V ornarte* 1905. *Gesammelte Werke,* op. cit., t. 1/2, pp. 500-508. Traducción de Carlos Gerhard.

LA REVOLUCIÓN EN RUSIA [IV] (Die Revolution in Rusland). En *Sachsisehe Arbeiter-Zeitung.* febrero de 1905. *Gesammelte Werke,* op. cit., t. í/2, pp. 509-18. Traducción de Carlos Gerhard.

AL RESPLANDOR DE LA REVOLUCIÓN (Im Feuerscheine der Revolution). En *Sachsisehe Arbeiter-Zeitung,* 29 de abril de 1905. *Gesammelte Werke,* op. cit.. t. 1/2, pp. 537-40. Traducción de Carlos Gerhard.

EN LA HORA REVOUUCIONARIA: ¿Y AHORA QUÉ? [I| (In revolution¨rer Stunde: Was weiter?). En *Czenvony Sztandar,* abril de 1905. *Gesammelte Werke,* op. cit., t. 1/2, pp. 541-53. Traducción de Carlos Gerhard.

EN LA HORA REVOUUCIONARIA: ¿Y AHORA QUÉ? [II] (In revolution¨rer Stunde: Was weiter?). En *Czertvony Sztandar,* abril de 1905. *Gesammelte Werke,* op. cit., t. 1/2, pp. 554-72. Traducción de Carlos Gerhard.

LOS DEBATES EN COLONIA (Die Debatten in Köln). En *Sachsisehe Arbeiter-Zeitung,* mayo de 1905. *Gesammelte Werke,* op. cit., t. 1/2, pp. 580-86. Traducción de Ilán Semo.

EN LA HORA REVOLUCIONARIA ¿Y AHORA QUÉ? [III] (In revolutionárer Stunde: Was weiter?) (Z doby rewolucyjnej: Co dalej? n. 3, Varsovia,

1906). *Gesammelte Werke, op.* cit., t. 2, pp. 11-36. Traducción de Juan David Alvarado y María Brumm.

A DE MASAS, PARTIDO Y SINDICATOS (Massenstreik, Partei und erks*chaften*). Hamburgo, 1906. *Gessammelte Werke,* op. cit., t. 2, pp. 70. Tomado de *Huelga de masas, partido y sindicatos.* Ed. Pasado y Presente, Córdoba, 1970. Traducción de Nora Rosenfeld y José Aricó.

DISCURSO EN EL CONGRESO DEL PATIDO OBRERO SOCIALDEMÓCRATA DE RUSIA (Parteitag der Sozialdemokratischen Arbeiter partei Ruslands). En Piati (Londonski) syezd RSDRP Apriel-Mai 1907 goda. Protokoly. *Gesammelte Werke,* op. cit., t. 2, pp. 205-32. Traducción de Carlos Gerhard.

¿Y DESPUÉS QUÉ? (Was weiter?). En *Arbeiter-Zeitung,* marzo de 1910. *Gesammelte Werke,* op. cit., t. 2, pp. 289-99. Tomado de *Debate sobre la huelga de masas,* primera parte, op. cit. Traducción de Manfredo Sawady.

¿DESGASTE O LUCHA? (Ermattung order Kampf?). En *Die Neue Zeit* 1909-1910. *Gesammelte Werke,* op. cit., t. 2, pp, 344-77. Tomado de *Debate sobre la huelga de masas,* primera parte, op. cit. Traducción de Carlos Bertoldo.

LA TEORÍA Y LA PRÁCTICA (Die Theorie und die Praxis). En *Die Neue Zeit* 1909-1910. *Gesammelte Werke,* op. cit., t. 2, pp. 378-420. Traducción de Carlos Gerhard.

LA HUELGA POLÍTICA DE MASAS Y LOS SINDICATOS (Der politische Massenstreik und die Gewerkschaften). Instituí für Marxismus-Leninismus beim ZK der SED, Zentrales Parteiarchiv. *Gesammelte Werke,* op. cit., t. 2, pp. 463-89. Traducción de Carlos Gerhard.

Impresión;
Talleres Gráficos del Partido del Trabajo
Oriente 107 N.° 3162
Col. Tablas de San Agustín C.P.07S60. México DF.

Impreso en México

COLECCIÓN EL HOMBRE Y SU TIEMPO

Isaac Deutscher
—*Trotsky, el profeta armado*
—*Trotsky, el profeta desarmado*
—*Trotsky, el profeta desterrado*
—*Stalin. Biografía política*
—*La revolución inconclusa*
—*Los sindicatos soviéticos*
—*Rusia, China y Occidente*
—*El marxismo de nuestro tiempo*

Ernest Mandel
—*Tratado de economía marxista*
—*Ensayos sobre el neocapitalismo*
—*Control obrero, consejos obreros, autogestión*

Vladímir I. Lenin
—*¿Qué hacer?*
*[Seguido de las "Actas del 11 Congreso del POSDR"* (*1903*) *y otros escritos sobre el concepto de partido]*
Edición a cargo de Vittorio Strada

Rosa Luxemburgo
—*Obras escogidas. 1*

Andrzej Stawar
—*Libres ensayos marxistas*

Jean-Marie Vincent
—*Fetichismo y sociedad*

Stefan Morawski
—*Reflexiones sobre estética marxista*

Umberto Cerroni
—*Teoría política y socialismo*

Claudio Napoleoni
—*Lecciones sobre el capítulo sexto* (*inédito*) *de Marx*

Rudolfo Acuña
—*América ocupada [Los chicónos y su lucha de liberación]*

Miriam Limoeiro
—*La construcción de conocimientos*

Theotonio Dos Santos
—*Imperialismo y dependencia*

Pierre Salama
—*El proceso de subdesarrollo*

Paul Mattick
—*Marx y Keynes*
[*Los límites de la economía mixta*]

Rossana Rossanda
—*II Manifestó [Tesis de una disidencia comunista]*

Carlos Marx
—*Cuadernos de París*
[*Notas de lectura de 1844*]

Peter Nettl
—*Rosa Luxemburgo*

Alan Angeli
—*Partidos políticos y movimiento obrero en Chile* Fidel Castro
—*La Revolución Cubana*

Arnaldo Córdova
—*La ideología de la Revolución Mexicana*
[*Formación del nuevo régimen*]

Enrique Semo
—*Historia del capitalismo en México*
[*Los orígenes. 1521-1763*]

Andre Gunder Frank
—*América Latina: subdesarrollo o revolución*

Georges Haupt y Jean-Jacques Marie
—*Los bolcheviques*

Kari Korsch
—*Marxismo y filosofía*

E. Preobrazhensky
—*La nueva economía*

K. H. Fan
—*La revolución cultural china*

Camilo Torres
—*Cristianismo y revolución*

Adolfo Sánchez Vázquez
—*Estética y marxismo*

Palmiro Togliatti
—*Escritos políticos*

André Gorz
—*Estrategia obrera y neocapitalismo*

Gastón García Cantú
—*El socialismo en México. Siglo XIX*

Roger Bartra
—*El modo de producción asiático*

William Ash
—*Marxismo y moral*

Regis Debray
—*Ensayos sobre América Latina*

Frantz Fanón
—*Sociología de una revolución*

John Eaton
—*El socialismo en la era nuclear*

Jean Ziégler
—*Sociología de la nueva Africa*

Ernesto Che Guevara
—*Obra revolucionaria*

Bettelheim / Charriére / Marchisio
—*La construcción del socialismo en China* Charles E. Silbennan
—*El problema racial en Norteamérica* C. Wright Mills
—*Los marxistas*